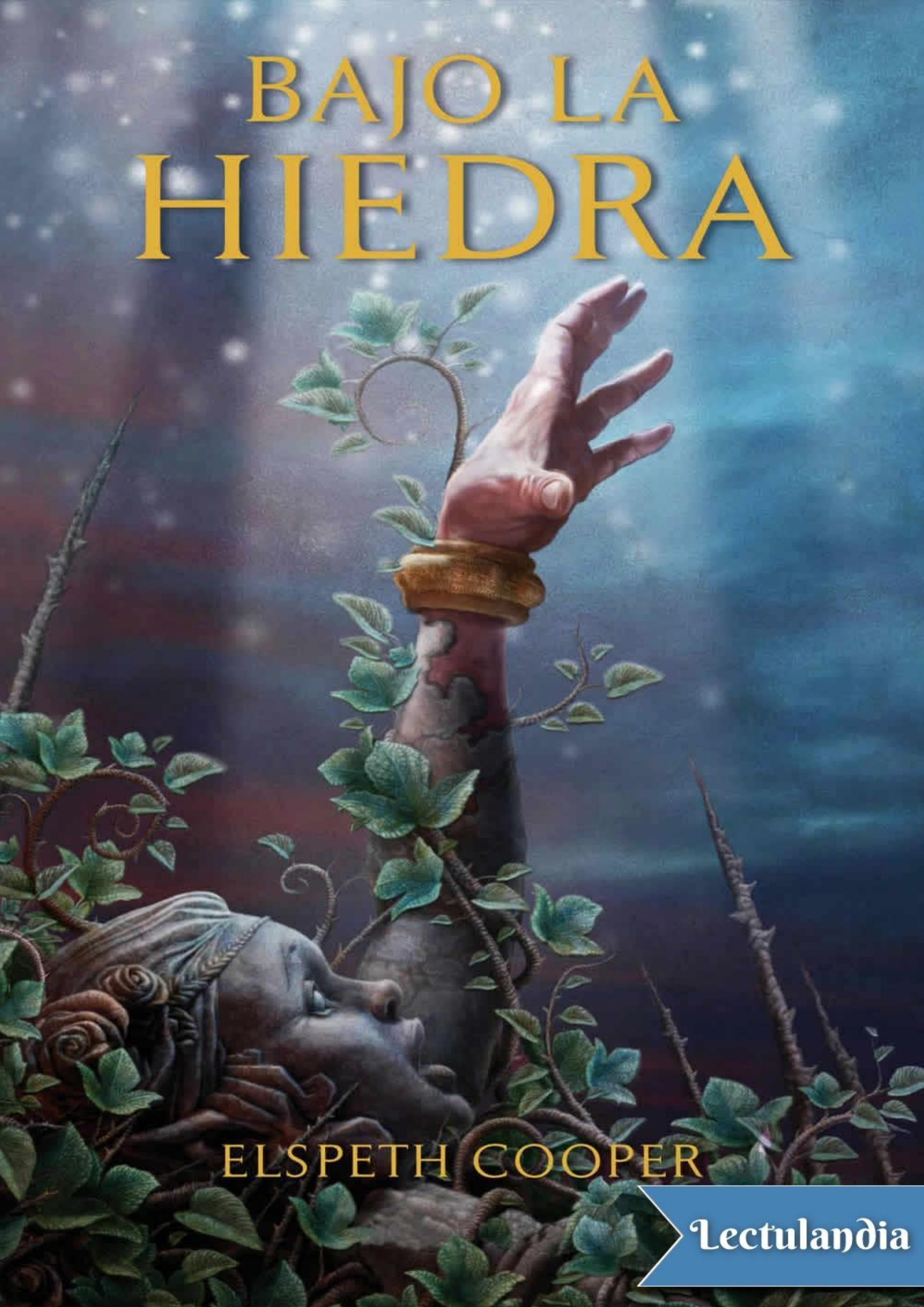


BAJO LA HIEDRA



ELSPETH COOPER

Lectulandia

Gair ha sido condenado a muerte. Escucha música, música poderosa, y en la ciudad santa eso sólo puede significar una cosa: es un brujo, y ha de morir en la hoguera. Aunque consiga escapar, los caballeros de la Iglesia y su cazabrujos le perseguirán sin tregua, mientras su incipiente poder amenaza con destrozarlo por dentro.

No hay esperanza... ...ninguna, salvo una hermética orden, que también ha sufrido la persecución hasta ser prácticamente aniquilada. Si Gair consigue escapar, si consigue dominar sus peligrosas capacidades mágicas, si consigue encontrar a los guardianes del Velo, entonces quizá esté a salvo.

O puede que descubra que su lucha no ha hecho más que comenzar...

Lectulandia

Elsbeth Cooper

Bajo la hiedra

ePUB v1.2

Mística 12.02.12

más libros en lectulandia.com

*Para mis padres,
que plantaron la semilla.
Confío en que la espera
haya merecido la pena.*

CONDENADO

La magia había vuelto a desatarse.

Su música recorría los nervios de Gair como si fueran cuerdas de arpa, y la promesa del poder crepitaba a través de sus dedos. Todo cuanto debía hacer era abrazarlo. Si se atrevía. Pegó el rostro a las rodillas y rezó.

—Madre, llena eres de gracia, vida y luz de todo el mundo. Benditos son los mansos que hallarán la fuerza en ti. Benditos los misericordiosos, que en ti hallarán la justicia. Benditos los perdidos, que en ti encontrarán la salvación. Que así sea.

Versículo a versículo, verso a verso, la devoción se precipitaba a trompicones por sus labios resecos. Crispaba los dedos en torno a las cuentas del rosario para no confundirse de verso, pero hacía mucho que se había perdido. Cuando empezó a tartamudear, pegó con más fuerza las rodillas al pecho y volvió a empezar.

—Ay, madre, me he extraviado en un lugar oscuro. He vuelto a apartarme de la senda por la que me guías...

La música le susurraba al oído, seductora. No había nada capaz de ahogarla. Ni rezos, ni súplicas, ni siquiera los pocos himnos que recordaba. Estaba por doquier. En las paredes de hierro herrumbroso de su celda, en el sudor rancio de su piel, en los colores que distinguía en la oscuridad. Cobraba volumen poco a poco, con cada aliento.

Se oyó un campaneo argénteo. Gair abrió los ojos, perforados por la brillante luz, tan blanca que tuvo que hacerse visera con la mano. A través de los dedos distinguió dos siluetas cubiertas por mantos resplandecientes. Ángeles. Madre de Dios, ángeles enviados para llevarlo a casa.

—Bendíceme ahora y llévame a tu lado, perdona todos mis pecados...

Gair aguardó postrado la bendición. Le propinaron un fuerte golpe con el dorso de la mano y cayó de espaldas, despatarrado.

—¡Ahórrate tus cantos, aberración!

El siguiente golpe lo arrojó con fuerza contra la pared forrada de metal. Experimentó un intenso dolor en la sien y la música se adelgazó hasta el silencio.

—Ojo, que aquí no tiene poder para atacarte.

No. No tenía poder. La magia era demasiado indómita e impredecible como para que alguien la dominara mucho rato. No necesitaba verse encerrado entre paredes de hierro para quedarse indefenso. Hecho un ovillo en el suelo, Gair se llevó las manos a la dolorida cabeza.

«Benditos los perdidos...»

Unas botas con espuelas de plata cruzaron por su línea de visión entre el campanilleo del metal. No eran campanas. No eran mantos de luz, tan sólo las túnicas de lana blanca de los alguaciles del preboste. Los soldados lo esposaron y después lo pusieron en pie tirando de la cadena. Volvió a postrarse al tiempo que la celda parecía dar vueltas a su alrededor.

Uno de los soldados descargó una patada en los riñones de Gair. El otro chascó la lengua.

—Ya sabes que pronunciar su nombre en vano es pecado.

—Ajá. Te has puesto en manos de la fe equivocada, amigo mío. Sermoneas como un profesor. —Otra patada—. ¡Arriba, brujo! ¡Ve al juicio por tu propio pie o te llevaremos a rastras!

Gair se puso en pie con dificultad. Afuera, en el corredor empedrado, volvió a cegar la luz del sol que alanceaba a través de los altos ventanales. Los alguaciles lo flanquearon sin soltarlo del hombro, medio empujándolo, apuntalándolo en parte cuando daba un traspie. Cuando los demás soldados se situaron a su espalda, se oyó el ruido de las vainas y el campanilleo de las espuelas.

Corredores borrosos, interminables. Escaleras que se confabularon para hacerlo tropezar, escalones que le despellejaron los pies descalzos. No hubo tiempo de descansar, de recuperar el aliento, pues era caminar o caer, y no sería la primera vez. La piedad de la diosa no llegaba hasta allí, incapaz de atender sus plegarias por muchos que fuesen los fragmentos dispersos en aquel vacío que había dejado la magia en su interior.

—... Sé luz y consuelo tanto ahora como en la hora de mi muerte...

—¡Cállate!

Una mano guarnecida con guantelete le alcanzó el pómulo, pero un tirón de la cadena bastó para mantenerlo en pie. Salieron a corredores más amplios, de paredes cubiertas de madera; bajo los pies, baldosas de mármol en lugar de piedra desnuda, tapices colgando. Un último giro y los alguaciles detuvieron el paso. Las puertas oscuras se alzaban al frente, custodiadas por personas convertidas en manchas que portaban altos estandartes. Un soplo de aire sacudió la tela, y los Santos Robles flamearon mientras el recamado en hilo de oro resplandecía al sol.

Gair sintió un vuelco en el estómago cuando reconoció el lugar. Esas puertas conducían al salón del rede, donde los caballeros celebraban sus reuniones y ceremonias; donde la orden emitía y ejecutaba sus sentencias. Le temblaron las rodillas. Ruido metálico de cadenas cuando extendió las palmas de las manos para detener la caída en el suelo brillantado. En su interior, el susurro de la música rebulló antes de guardar silencio.

La sentencia. Era demasiado tarde para que lo soltaran sin más. Demasiado tarde

para esperar algo que no fuera el perdón.

«Ay, diosa, mírame con buenos ojos.»

Al frente, la imponente puerta doble se abrió silenciosa hacia adentro.

Desde el apartadizo cubierto con cortina situado sobre la puerta, Alderan vio el salón del rede en todo su esplendor, desde los centinelas con túnica hasta el roble tupido de hojas de bronce que se alzaba tras el asiento del preceptor y relucía a la luz del sol, que se filtraba por los ventanales. Se encontraba en un puesto lo bastante elevado como para pasar desapercibido, siempre y cuando no hiciera algo que llamase la atención. A pesar de ello, corría peligro.

Los bancos situados en los laterales del salón estaban ocupados por jerarcas, espléndidos en su escarlata ceremonial. Hasta donde alcanzaban sus cuentas estaban todos presentes. Mejillas sonrosadas y traseros bien almohadillados, hablillas, inclinaciones de cabeza, mucho lucir las plumas. Alderan frunció el labio.

«¿Y éstos son los herederos de Endirion? El primer caballero debe estar llorando a lágrima viva en su tumba.»

Un par de secretarios entraron por una puerta lateral, serios como cuervos, ataviados con túnicas negras. Tomaron asiento ante sendos escritorios enfrentados que había al pie de la tarima donde estaba el sillón del preceptor, mientras el acusador ordenaba sus documentos, y el escriba sacaba tintero y plumas para dejar constancia de lo sucedido durante la sesión. Al cabo de unos instantes, el preceptor en persona entró en la sala.

Ansel caminaba tan erguido como de costumbre con su anguloso cuerpo, pero el tono de su espeso cabello hacía juego con la túnica blanca. La mano que empuñaba el bastón de su cargo era nudosa y mostraba indicios de artritis.

«Por lo visto, ha encontrado un enemigo al que no puede enfrentarse. El héroe de Samarak, derrotado por el paso del tiempo.»

Junto a Ansel vio al capellán, igual que siempre, sólo que un poco más arrugado que la última vez. Danilar inclinó la cabeza de melena leonina para susurrar unas palabras al oído de Ansel y arrugó el entrecejo al escuchar la respuesta, antes de introducir las manos enormes en las mangas y dirigirse hacia su asiento, situado en el banco frontal. Ansel se irguió de hombros, subió los peldaños de la tarima y se volvió para encarar el salón. Los jerarcas guardaron silencio.

—Llamo al orden al rede —anunció—. Empecemos.

A Ansel le bastó con chascar los dedos para que los centinelas abriesen las puertas. Todos los jerarcas se inclinaron hacia adelante para poder ver mejor la entrada del acusado. Alderan crispó los puños, que apoyaba en el regazo. Eran los funcionarios de más antigüedad de la orden, subordinados del preceptor, que era la mano derecha del lector de Dremen.

«¡Y míralos! Boquiabiertos como patanes en mitad de una feria, esperando a que el director del espectáculo presente a la mujer tatuada o el ternero bicéfalo. Espero que la diosa vea lo que sus ungidos se disponen a hacer en su nombre.»

Entraron por la puerta un par de alguaciles que conducían a un prisionero que caminaba a trompicones entre ambos. El largo pelo lacio y una barba descuidada ocultaban el rostro del cautivo, pero nada disimulaba lo que le habían hecho. Tenía el cuerpo desnudo cubierto de rasguños y moretones; costras de la mordedura del látigo en la espalda, y uno de los pies dejaba a su paso manchones de sangre en el suelo ajedrezado. Cuando los alguaciles lo encadenaron al pasamano de caoba del banquillo de los testigos, el cansancio lo postró de rodillas.

La curia contuvo el aliento. Algunos jerarcas no disimularon el gesto de llevarse el pañuelo al rostro mientras miraban con cara de pasmo.

¿Tanto se habían apartado los suvaeanos de los preceptos de Yelmo de Diamante? ¿Habían recuperado el látigo y el interrogatorio, prohibidos durante siglos? Alderan sintió que la ira se le enroscaba en el estómago como una serpiente dispuesta a morder. ¿Eso entendían ellos por justicia?

El dolor laceró el pie de Gair al caer. La oscuridad anegó poco a poco su campo de visión, y el salón del rede se transformó en una vorágine de color escarlata y luz solar que lo absorbía hacia el suelo ajedrezado.

Experimentó una intensa náusea. Tragó saliva y cerró los ojos con fuerza hasta que superó el mareo. Los jerarcas lo miraban fijamente. Su repulsión, la terrible fascinación que los sobrecogía, le causó escalofríos en la nuca. El silencio reinante era tan estruendoso como un grito.

—¡Apóstata! ¡Infiel!

No tenía respuesta para ellos. ¿Cómo negar la verdad? La culpa gateaba por su piel.

«Levántate, novicio. Sea lo que sea que te espera, afróntalo de pie.»

Selenas, maestro de espadas, con su mano fuerte, bronceada, extendida para ayudar a un joven a levantarse en pleno patio de armas bajo el sol abrasador, lo que se antojaba hacía un siglo. Lo había hecho para que siguiera luchando.

Gair abrió los ojos. Baldosas blancas y negras a sus pies. Olores de abrillantador de suelos, incienso y («¡ten piedad, madre!») su propio cuerpo desaseado. En la periferia de su campo de visión, madera oscura, túnicas rojas. Que la curia lo mirase. No lo verían lloriquear en el suelo como un cachorrillo.

Con lentitud, consciente del peso de las cadenas en las muñecas, asió el pasamano de caoba y se puso en pie.

Alderan expulsó el aire que no era consciente de haber contenido. No habían podido con él. Tal vez no tuviera fuerzas, pero el joven se tenía en pie y sostenía la mirada del preceptor. Alderan se sintió exultante. Aún había esperanza.

El preceptor levantó el bastón con pie de acero y descargó tres golpes en la tarima con la cadencia de los latidos del corazón. Los jerarcas se quedaron inmóviles mientras las motas de polvo flotaban a la luz que entraba por los ventanales. El sol se había desplazado a poniente. La tarima quedaba oculta en sombras, mientras el banquillo de los testigos se encontraba bajo toda esa luz.

—¿Quién se presenta ante el rede? —La voz de Ansel había perdido fuerza con el paso de los años, pero aún conservaba su carisma.

—Un hombre acusado —respondió el acusador con la orden en la mano. Ni siquiera miró al reo.

—¿De qué se le acusa?

—Mi señor, se le acusa de profanar la casa de la diosa, de pecar contra sus mandamientos y de violar los severos preceptos de nuestra fe.

—¿Haciendo uso de qué medios?

—Sirviéndose de la brujería.

Un siseo de alientos contenidos sacudió los concurridos bancos. Bastó con oír aquella palabra para que todos echasen mano del rosario. Alderan crispó de nuevo los puños e hizo un esfuerzo por poner las manos en el regazo. No había ido allí para arrancar uno a uno los ladrillos del salón del rede. Al menos no ese día.

—¿Cuál es el motivo de su presencia?

—Acude para someterse al juicio del rede.

Silencio, aparte del ruido que hacía la pluma del escribiente, e incluso éste cesó. Sin importar el peso de las miradas, el joven mantuvo la cabeza bien alta, clavados los ojos en el lugar en sombras donde intuía el rostro de Ansel. No bizqueó, aunque debía de tener los ojos empañados. El sol le atravesaba la barba, revelando los ángulos marcados de un rostro que apenas ocultaba. Típico oriundo de Leah, desde la simetría de las cejas hasta la larga nariz recta y la perfecta geometría de la mandíbula. A excepción del sudor, nada en él apuntaba la posibilidad de que estuviese inquieto. Y si lo estaba, antes muerto que dar muestras de ello.

«Éste se les va a atragantar.»

El silencio que reinaba en el salón se espesó. El acusador revolvió, irritado, los papeles, mirando de reojo al preceptor. Incluso el polvo que había en el ambiente pareció detenerse, suspendido como moscas en ámbar. En los bancos, los jerarcas se inclinaron hacia adelante.

Ansel salió a la luz. El cabello claro llameó en torno a su cabeza como un halo cuando tomó de manos del acusador la relación de los cargos. La curia se levantó con crujido de bancos y frufrió de túnicas.

—Se te acusa de numerosos actos de brujería, cuyos detalles ha examinado con atención esta asamblea —manifestó Ansel, leyendo el documento que tenía en la mano—. El rede ha inspeccionado las pruebas presentadas, incluida la declaración jurada del Anciano Goran. También hemos atendido testimonios de otros testigos, hechos bajo juramento en esta misma sala, así como los informes referentes a tu confesión.

Miró a Gair a los ojos. El muchacho ni siquiera pestañeó.

—El rede ha emitido un veredicto. ¿Estás preparado para escucharlo, hijo mío?

—Lo estoy, mi señor.

Alderan negó con la cabeza.

«La diosa lo bendiga, ¡hay que ver cómo mira a la condenación a los ojos!»

El preceptor hizo una pausa, consciente de que toda la sala había depositado en él su atención.

—Presta oídos al fallo del rede. —Ansel pronunció estas palabras sin inflexión alguna en la voz, frío como una piedra—. Consideramos al acusado culpable de todos los cargos imputados y lo sentenciamos a morir en la hoguera.

Gair se asió con fuerza al pasamano y juntó las rodillas. No estaba dispuesto a caerse otra vez. ¡Jamás! El veredicto reverberaba en su oído.

«Sé luz y consuelo ahora y en la hora de mi muerte, oh, madre. Si aún puedes oírme: no quiero morir.»

—Sin embargo...

Ansel arrugó el papel. El acusador pestañeó. Frente a él, el hermano cronista miró al preceptor a través de las lentes, con los labios húmedos, arrugados como una hoja de papel que se abre poco a poco después de haberla estrujado en las manos.

—Queda constancia de una petición de clemencia que alude a tu buen carácter y conducta previos. El rede debe tener esto en cuenta, razón por la cual se conmuta la sentencia por la imposición de una marca al hierro, la excomunió de la fe eadoriana y la expulsión de esta parroquia bajo pena de muerte. Tienes hasta el anochecer de hoy. Que la diosa se apiade de tu alma.

El bastón de Ansel golpeó tres veces la tarima. Gair abrió los ojos con cara de pasmo. ¿Un indulto? Pero ¿cómo? Debía de haberlo entendido mal. Aún tenía en el oído el monótono crepitar de las llamas.

—¡Esto es absurdo! —El Anciano Goran descendió por el pasillo que separaba las hileras de bancos, procedente de la parte izquierda de la sala. Una viva tonalidad púrpura se había adueñado de su rostro carnoso—. ¡Menuda atrocidad, Ansel! ¡Exijo saber quién presentó esa súplica!

—No puedo decírtelo, Goran. Ya lo sabes. Fue presentada bajo sobre cerrado y, por tanto, es anónima. La ley consistorial es muy clara en ese particular.

—La brujería se castiga con la muerte —insistió Goran—. No puede conmutarse la sentencia, no puede apelarse. Eso dice el *Libro de Eador*: «No sufrirás la vida de un brujo. Rehúyete la obra del mal, o arriésgate a que ponga en peligro tu alma». Esto no es justicia. ¡Es un insulto a la diosa!

—Haya paz, Goran. —Ansel levantó la mano cuando se alzaron murmullos de protesta procedentes de los bancos—. Y eso va por todos los presentes. No es la primera vez que lo discutimos, y no servirá de nada volver a hacerlo. Este rede ha concluido.

—¡Debo protestar, preceptor! Este individuo se ha desviado del camino que lleva a la verdadera diosa, la única. Ha socavado la santidad de la orden suvaeana, instigado quién sabe qué corruptelas y depravaciones entre nosotros. Ha cometido actos de brujería aquí, en tierra santa. ¡Debe ser castigado!

El sol caía a plomo sobre el rostro de Gair. Estaba mareado y se aferraba al pasamano para no derrumbarse. En el extremo opuesto de la sala, Danilar se inclinó hacia adelante en el asiento.

—¿No crees que el joven ha recibido ya suficiente castigo, Goran? —preguntó, templado, el capellán—. Una vez le impongan la marca, jamás será bienvenido en un lugar de culto. Nunca podrá casarse, ni tener niños que sean bendecidos y aceptados en la fe. Eso lo acompañará hasta la tumba, además del odio y la suspicacia de sus vecinos. ¿Acaso no es suficiente?

—La brujería se castiga con la muerte. —Goran se descargó un manotazo en la otra mano carnosas para reforzar su discurso—. No podemos saltárnoslo por el hecho de que el acusado sea uno de los nuestros. Quienquiera que cometa el pecado de Corlainn compartirá el castigo impuesto a Corlainn. Debe arder en la hoguera.

Se alzaron voces airadas para mostrar su apoyo a Goran. Hubo muchos aspavientos y no pocos rostros fruncidos en expresiones agriadas. Palabras llenas de odio que acuchillaron los oídos de Gair, quien mantuvo, no obstante, los ojos clavados en el preceptor, cuya intervención era lo único que lo mantenía lejos del fuego.

«Por favor, no permitas que me ejecuten.»

Ansel levantó la mano para pedir silencio, gesto que fue ignorado. Las exigencias procedentes de ambas hileras de bancos enrarecieron el ambiente. Con el entrecejo arrugado, hundió el extremo del bastón en la tarima con tal fuerza que el golpe reverberó como la campana de la sacristía.

—¡He dictado sentencia! —aulló—. Es responsabilidad del rede determinar el veredicto. La mía consiste en establecer la sentencia y velar por su cumplimiento. ¡De modo que ya basta!

La curia cedió, adoptando un murmullo grave, vengativo, hasta que finalmente guardó un silencio que hablaba a espaldas de su honda desaprobación. Goran

permaneció en el banco frontal, los ojos muy abiertos.

—Que la gloria sea con la diosa. —Ansel colocó el bastón entre sus pies—. Sois discípulos de Endirion, hermanos míos, no una pandilla de escolares revoltosos. Y ahora id con la diosa. El rede ha concluido.

Unos cuantos murmullos obstinados de protesta empujaron al preceptor a inclinarse hacia adelante hasta verse iluminado por la luz del sol. En su rostro surcado de arrugas, los labios se fruncieron en una mueca de disgusto y los ojos azules le relampaguearon.

—¡Ya basta, he dicho!

—Esto no acaba aquí, Ansel. —Goran señaló a Gair con el dedo—. Aún dará qué hablar.

Y caminó en dirección a la puerta, mientras sus partidarios hacían piña en torno a él. El resto de los jefes descendió de las hileras de bancos y lo siguió al exterior de la sala entre el frufú de las túnicas. Gair apoyó el peso del cuerpo en el pasamano. La sesión había terminado y él seguía con vida. No sabía cómo. Antes de tener siquiera un instante para saborear el rumbo que había tomado la situación, los alguaciles lo desataron y lo obligaron a caminar por el suelo cubierto de baldosas de mármol. Volvió la vista atrás, pero Ansel ya no le prestaba atención.

Ya en el vestíbulo, la escolta lo llevó a empellones por una puerta lateral que daba a un pasadizo cerrado que descendía. Salieron a un patio redondo lleno de piedras quebradas y renegridas que bordeaban el hueco donde se clavaba el poste.

El patio de los traidores, el lugar donde Corlainn *el Hereje* había pagado con su vida los pecados cometidos durante las guerras de la Fundación; donde los habitantes de Dremen habrían acudido a ver cómo quemaban a otro brujo en la hoguera. Los balcones estaban vacíos, y desde arriba no se veía más que la estaca chamuscada con las correas de cuero clavadas a su alrededor. Junto a la estaca había un brasero que atendía un tipo descamisado y rechoncho con delantal de herrador. Sobre el brasero el calor danzaba en el aire. El hierro hundido en el carbón estaba al rojo casi hasta la empuñadura. La desesperación se adueñó del estómago de Gair cuando lo empujaron al sol.

A unos pies del herrador vio a un hombre engallado, vestido con cota de malla y sobrevesta de alguacil. Un hilo de oro bordeaba la divisa del guantelete que llevaba en el pecho, y el cordón dorado de preboste le colgaba en torno al brazo.

Los alguaciles se pusieron firmes. Bredon inclinó levemente la cabeza para responder al saludo. Unos ojos oscuros, en sombras, miraron a Gair sin delatar la menor emoción.

—Te lo ruego, mi señor... —Y Gair pensó: «No lo hagas».

Las arrugas que discurrían desde la nariz aguileña a la boca se hicieron un poco más pronunciadas.

—¿Está preparado el reo para afrontar la sentencia? —preguntó Bredon.

El herrador aferró la cabeza de Gair con manos callosas para abrirle las pestañas con los pulgares. El preso hizo ademán de echarla hacia atrás cuando la luz del sol le hirió las retinas. A continuación, el herrador le dio un pellizco en el brazo, lo bastante fuerte para que le doliera.

—Los he visto en mejor estado —gruñó el interpelado—, pero al menos está en pie.

—Procede.

La escolta de Gair lo arrastró hacia el tocón. Una patada detrás de la rodilla lo obligó a postrarse, momento en que abrieron la esposa de la muñeca izquierda. Lanzó un manotazo al aire con la cadena, pero no alcanzó a nadie. La empuñadura de la maza del alguacil le alcanzó en un lateral de la cara.

—Estate quieto, aberración —espetó el alguacil—. ¡Afronta tu castigo como un hombre, como haría un caballero!

El sol de mediodía caía con gran intensidad, y las sombras que proyectaba eran negras y afiladas como dagas. Gair sentía el martilleo en el cráneo. Fue incapaz de concentrarse, ni de oponerse cuando le pusieron el brazo izquierdo sobre el tocón, mientras tiraban de la cadena del otro hasta colocárselo entre los omóplatos. Le metieron los dedos bajo una amplia grapa de hierro, y las correas de cuero se tensaron alrededor del codo y la muñeca. La sangre le goteaba por el rostro, manchando las piedras polvorientas como lluvia de verano.

En el brasero, el herrador cubrió con un retal de cuero la empuñadura de hierro, antes de retirarlo de las brasas. El extremo de color pajizo desprendió un penacho de humo, y a su alrededor el ambiente se enturbió.

«Ay, diosa... No.»

Gair forcejeó para librar la mano, pero las correas lo impidieron.

—No —logró decir. Fue un siseo que escapó entre los dientes apretados—. ¡Por favor, diosa! ¡No!

El calor latente lo alcanzó como un golpe cuando el herrador alineó con cuidado el hierro, casi con delicadeza, sobre el centro de la palma de su mano. La piel de Gair exudó. El herrador miró fugazmente en dirección a Bredon, en busca de un gesto de aprobación. Entonces aplicó el hierro.

ESTIRPE DE SOMBRA

El viento procedente de la cumbre nevada soplaba con una insistencia que cortaba el aliento. Gair había ascendido tan alto como se había atrevido, hasta un saliente rocoso situado a mayor altura que las copas de los árboles, hasta un punto donde la escasez de oxígeno y la temperatura bastaron para quemarle los pulmones. Él pertenecía a ese lugar. Allí arriba podía ser él mismo, sin que nada ni nadie lo observara, más que el firmamento.

Anduvo en dirección al saliente rocoso. Allí el viento soplaba alborotado, fuerte, gélido. Al igual que él, anhelaba desaparecer. Bajo el saliente se extendía la cordillera de Laraig Anor, un laberinto de granito negro, cubierto de nieve azulada, que esperaba al sol. No tardaría en coronar la cresta a su espalda. El cielo clareaba, las últimas estrellas habían desaparecido hacía rato. Simiel Portanocheeres no era sino un mero fantasma a poniente, amarillento como huesos viejos.

Dio otro paso. El viento lo aferró; extendió los brazos para abrazarlo. La salida del sol alcanzó el hombro de Tir Breann, al frente, cubriendo de luz la nieve que se antojó acero recién salido de la forja. Un último paso y los dedos de los pies acariciaron el borde mismo de la roca. Faltaba muy poco. Se asomó al vacío. Sólo el viento mediaba entre él y la lenta caída hacia la nada, pero confió en él. El viento lo llevaría, como siempre. Mientras viviera no lo dejaría caer.

Los nervios le aceleraron el pulso. Se acercaba el nuevo día, que asomaba tras el horizonte. Abajo el valle contuvo el aliento. Otro instante, un abrir y cerrar de ojos, un latido de corazón. Ahora. Saltó.

Por un momento colgó suspendido. No ascendió, pero tampoco cayó, ni voló ni se precipitó, capturado como presa de un encantamiento en una esfera de delicadas islas de cristal. Los músculos se movieron, superpuestos y enfrentados unos a otros, cambiando hueso y tendón en una compleja danza que le permitió cabalgar el viento. Perfecto. Las alas susurraron su canto en derredor. La luz del sol le caía en los hombros para convertir su piel en oro y fuego. «Perfecto.»

Y entonces cayó al vacío.

Gair despertó de golpe con una fuerte sacudida. Se quedó sin aliento, el estómago encogido, precipitándose aún en el estruendoso silencio de las montañas. Excepto que ya no estaba en las montañas. Los perros ladraban en la distancia, los carros pisaban el empedrado. ¿En la ciudad? No en la casa materna; la cama donde estaba tumbado era demasiado blanda y las sábanas demasiado delicadas. Entonces, ¿dónde estaba?

Se incorporó, sintiendo la palma de la mano izquierda envuelta en fuego.

—¡Santa madre!

Se llevó la mano al pecho y se desplomó en la almohada. Un grito copó sus sentidos: «Santa madre, diosa querida, pero cómo duele». Cerró con fuerza la otra mano en torno a la muñeca para distraerse hasta que el dolor empezó a ceder.

—Bebe esto. Te ayudará con el dolor.

Una mano le arrimó un tazón de barro a los labios. Detrás del tazón, Gair no distinguió más que una vaga silueta oculta en sombras, allí donde debía de estar su interlocutor.

—¿Dónde estamos?

—En una fonda llamada Roble y Águila, frente a la callejuela Cobriza, en la parte occidental de Dremen. Te traje aquí desde la Puerta del Traidor.

—¿Eres físico?

—No soy más que un curandero. —Señaló con un gesto el tazón—. Eso te beneficiará más si te lo tragas. Sabe a rayos, pero confía en mí: te sentirás mejor después.

Gair tomó el tazón.

—¿Qué contiene?

—Athalina con un poco de corteza de sauce y malva blanca para tus heridas. Nada que vaya a perjudicarte.

La voz redonda de barítono resultaba reconfortante. Sin embargo...

—No sé quién eres.

—No te traje aquí para envenenarte en privado, muchacho. Bébetelo.

Gair contempló la sustancia lechosa de la taza y pensó que, después de todo, no tenía nada que perder. No le había mentido, pues sabía a rayos. Contuvo el aliento y tomó tres tragos. El hombre recuperó el tazón vacío y lo dejó a un lado.

—Y ahora, un poco de luz para que podamos vernos.

Abrió una de las contraventanas. La luz vespertina inundó la estancia, reluciente como un estandarte. Iluminó a un tipo de gran estatura y complexión esquelética, cuyos ojos, de un azul intenso, quedaban enmarcados por una barba corta cubierta de canas y unas cejas pobladas. El pelo, espeso y ondulado, blanco como la barba, se le curvaba alrededor de las orejas como la melena de un león pétreo.

—¿Demasiada luz?

—No, está bien.

Aunque Gair mantuvo los ojos entrecerrados, soportó bien la luz. El hombre acercó una silla, le dio la vuelta y tomó asiento, apoyando los brazos en el respaldo. Bajo la capa de vello plateado, los músculos nudosos del antebrazo tenían el color de la teca.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Bastante bien. Algo dolorido.

—La athalina no tardará en hacer efecto. Mano de Hierro no es mala gente, pero algunos de sus alguaciles son muy aficionados a darle a la maza.

—¿Conoces a Bredon?

—Por su reputación.

La mano izquierda de Gair descansaba en el regazo, enroscada como las garras de un ave muerta. La gasa diáfana que le envolvía la palma desprendía un acre olor a hierbas. Marcado. ¿Qué aspecto tendría? ¿Hinchada y enrojecida, llena de ampollas que le cubrían la piel como las burbujas de un guiso? «Diosa, perdóname.» Se frotó los ojos, cansado.

—Procura dejar quieta la mano, a ser posible. Teniendo en cuenta lo que hicieron, no está tan mal. Curará bien, aunque te quedará cicatriz.

La marca de la brujería. Un ojo de mirada sesgada, fruncido, que miraba desde su palma para recordarle su pecado y para prevenir a otros contra él. Podía llevar guantes, tener siempre las manos sucias. Mantenerla oculta. Se le hizo un nudo amargo en el estómago. Verse desterrado no era algo precisamente nuevo para él. Por los santos, menudo dolor de cabeza.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Necesitabas un lugar donde quedarte. Éste era tan bueno como cualquier otro.

—Podrías haberme dejado allí.

—No, no podía. Se había congregado una multitud que te esperaba a las puertas, dispuesta a terminar lo que habían empezado en la casa materna. No estaba dispuesto a cruzarme de brazos y dejar que te asesinaran.

—Pero tú sabes quién soy.

Una sonrisa le crispó la barba.

—Sé lo que la Iglesia piensa que eres, lo cual no es precisamente una y la misma cosa. —Le tendió la mano—. Me llamo Alderan.

Gair se lo quedó mirando. ¿Quién era ese hombre? ¿Por qué se había empeñado en ayudar a un extraño, cuando podría haber pasado de largo por la plaza sin inmiscuirse en cuitas ajenas? ¿Por qué buscarse problemas? La expresión franca y apacible de Alderan no experimentó el menor cambio, y mantuvo la mano tendida en dirección a la cama. Gair la estrechó lentamente.

—Gair.

—¿Y tu apellido familiar?

—No tengo familia.

—Los amigos son la mejor familia, tal como decía mi madre. Al menos son lo único que se puede escoger. —La silla crujió cuando Alderan se puso en pie—. Descansa un rato aquí, deja que la athalina haga efecto. Luego, cuando te encuentres mejor, seguiremos hablando. Mañana tendremos tiempo de sobra.

«Tienes hasta el anochecer de hoy.»

—¿Qué hora es?

—Pasan tres horas del mediodía. Alta tañó mientras dormías.

El miedo se extendió con tacto gélido por la columna vertebral de Gair.

—Al anochecer tengo que haber abandonado la parroquia.

—Hay tiempo de sobras.

—No lo entiendes. Debo irme ya.

Descolgó las piernas por el borde de la cama y se incorporó, pero la estancia giró a su alrededor. Eso había sido un error. Pero el tiempo pasaba, y no podía desperdiciarlo. Descargas amarillentas incendiaron encarnados latidos tras sus ojos, pero apretó con fuerza la mandíbula e intentó ponerse en pie. Alderan le puso una mano en el hombro.

—Espera.

—Aprecio lo que has hecho por mí, pero tengo que ponerme en marcha.

La mano ejerció mayor presión.

—Espera he dicho.

—Maldición, Alderan, ¡es que tengo que irme!

Gair hizo un esfuerzo por levantarse, pero al otro le bastó con mantener la escasa presión que ejercía para impedirse. No tendría que haberle costado imponerse, pero ni siquiera pudo apartarse de la cama. Pataleó frustrado. Alderan se hizo a un lado con la agilidad de un bailarín.

—¡Por las doradas manzanas de la diosa, muchacho! —exclamó—. ¿Siempre tienes que complicarlo todo tanto?

Gair perdía fuerzas como gotas de agua que caen de un cubo agujereado, y finalmente se desplomó sobre las almohadas. Le dolía la cabeza horrores. Experimentó una fuerte náusea que desapareció, dejándole un regusto amargo en la garganta. El anciano lanzó un bufido y volvió a sentarse.

—Deja que te ayude. Dispongo de un caballo de más en el establo, así que podremos superar la frontera antes del anochecer sin llamar la atención de nadie. Si te empeñas en hacerlo a pie no lograrás salir de aquí a tiempo, los alguaciles se encargaron de ello cuando te dieron esa somanta de palos. Además, necesitas un baño y un afeitado, por no mencionar que no tienes nada que ponerte. Y ahora podemos discutir al respecto si quieres, o puedes quedarte bien quieto y reconocer que lo que digo tiene sentido. ¿Qué prefieres?

—No haces más que buscarte problemas. Podría conseguir un caballo si lo necesitara.

—¿Robándolo? ¿Y qué me dices de la ropa? ¿También la robarías?

—Si no tengo más remedio...

Alderan hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No lo creo. No dispones del tiempo necesario, y me atrevería a decir que careces del temperamento para acechar por la ciudad en cueros con el fin de sustraer al prójimo todo cuanto necesites. —Las arrugas que tenía alrededor de los ojos se ablandaron cuando la voz se le suavizó—: No pretendo hacerte daño, Gair. De veras. Confía en mí, por favor.

Si no se sintiera tan indefenso... Tenía que ponerse en marcha, salir de la ciudad sin demorarse más, pero apenas era capaz de mover un dedo. La cama era muy cómoda, las sábanas suaves al tacto en la piel, y su cuerpo maltrecho quería hacerse un ovillo y dejarse arrastrar por el sueño. Dormir, por todos los santos. Hacía tanto de eso. Cerró los ojos cuando la somnolencia acarició su mente.

—Tengo que salir de aquí.

—Pues deja que te ayude.

—Si me atrapan de nuevo acabaré en la hoguera.

—Sólo tenemos que asegurarnos de ir siempre unos pasos por delante de ellos —dijo Alderan con el amago de una sonrisa—. Por cierto, no creo que seas brujo. Lo único que veo es un joven con problemas a quien estoy en posición de ayudar. Si no quieres mi ayuda, es tu elección. No voy a obligarte a aceptarla. Puedes marcharte ahora mismo, pero créeme, tienes escasas posibilidades de lograrlo. Si los caballeros no te apresan, lo harán los lugareños.

Después de diez años en Dremen, Gair no necesitaba que le dijeran qué le sucedería a cualquier persona excomulgada, sentenciada a muerte en la ciudad santa. Le gustara o no, necesitaba a Alderan. Hizo un esfuerzo por mirarlo a la cara.

—He sido muy grosero. Lo siento. Gracias por tu ayuda.

—De nada. —No hubo asomo de rencor en la voz de Alderan—. Te espera un baño caliente al otro lado de esa puerta; te sugiero que lo aproveches. Yo me encargaré del resto.

—¿Qué vamos a hacer?

—Para empezar, salir de la ciudad. Después ya veremos. ¿Siempre haces tantas preguntas?

—¿Cómo sabes que no voy a convertirme en rana y robarte el caballo?

¿Podía hacerlo? Probablemente, si la magia no quemaba la fonda hasta los cimientos o le descomponía la cabeza en mil pedazos. Si la magia regresaba algún día.

—No dudo que puedas hacer tal cosa, pero no creo que lo hagas. —El anciano lo miró de soslayo con expresión divertida—. Además, ¿quién te dice a ti que yo no soy brujo? Y ahora, por el amor de Eador, ve a asearte, anda. Apesta.

El baño estaba alicatado con hermosa cerámica azul y blanca de Syfrian. Dominaba el espacio una bañera impresionante, honda, medio llena de agua caliente. Toallas

dobladas y una pastilla de jabón descansaban en un taburete que había junto al lavamanos. Un amante del detalle había colocado una serie de esponjas, paños y un cepillo de mango largo sobre una repisa situada encima de la bañera.

Gair se encaramó a la bañera, cuidando de mantener la mano quemada en alto. Luego recostó la espalda hasta que el agua le cubrió las orejas. Silencio. Nada a excepción del susurro de la sangre corriendo por sus venas y la lenta pulsación de sus heridas. Por fin la athalina surtía efecto, despejándole el dolor de cabeza. Incluso el dolor de la mano empezaba a ceder. Era consciente de su presencia y de a qué obedecía, pero ya no era tan intenso, se había vuelto indistinto como un paisaje oculto por la bruma.

La música no había vuelto. Tanteó con cuidado el lugar donde la sabía, abriéndose paso en el vacío como quien prueba a encontrar con la lengua un diente perdido. No había nada allí. Hubo un momento en que le pareció notar algo, una presencia, como si otra persona estuviese detrás de él en un cuarto oscuro, pero fue tan huidiza la sensación que no estuvo seguro siquiera de haberla experimentado. Quizá había desaparecido para siempre, y con ella la tentación. Quizá estaba loco como un santo, y abriría los ojos en un instante para descubrir que todo aquello no había sido más que otro sueño, verse de nuevo en la celda, esperando a recibir la visita de los interrogadores.

No. No volvería a pensar en la habitación de hierro, ni en lo sucedido en el salón del rede. Aspiró aire con fuerza y lo expulsó lentamente. Todo aquello había quedado atrás. Músculo a músculo, hizo un esfuerzo por relajarse, por cerrar puertas a los recuerdos a medida que discurrían por su mente, para ponerlos a buen resguardo. Su peso se desvaneció con el sudor y la mugre que se desprendían de su piel. De acuerdo. Por ahora bastaría. Era hora de ponerse en movimiento. Se incorporó y recurrió a la pastilla de jabón para limpiarse los últimos restos de la casa materna.

Cuando hubo terminado, se frotó con la toalla tan bien como pudo y anadeó hasta el lavamanos, donde le habían dejado una cuchilla y un peine. Inclino el espejo y éste se llenó de color. Las contusiones florecían en el vientre, en el esternón y la ingle. Azul violeta, verde musgo, el negro púrpura del lirio. Se secó con la mano las gotas de agua, recordando. Las magulladuras deberían de dolerle tanto que ni siquiera podría tenerse en pie, pero no sentía ningún dolor. Quizá tenía que agradecerse a la sustancia que le había suministrado Alderan, o tal vez había encerrado el dolor en una caja junto al resto de sus recuerdos. No importaba. No volvería a pensar en ello. Salir de la ciudad ya era bastante preocupación. Se ató la toalla húmeda a la cintura y se enjabonó la barba.

Cuando Gair regresó a la habitación, cubierto por una túnica de lino que había encontrado colgada tras la puerta, Alderan estaba sentado a la mesa, junto a una bandeja cubierta por una servilleta. Levantó la vista al sentarse Gair.

—¿Te encuentras mejor?

Gair cabeceó en sentido afirmativo. No le había resultado fácil afeitarse con una cuchilla nueva, disponiendo únicamente de una mano. Tenía el rostro y el cuello sonrosados como los del joven que era. Alderan empujó la bandeja por encima de la mesa.

—Pensé que tendrías hambre —dijo, apartando la servilleta—. Da la impresión de que has perdido peso.

Varias porciones de coca de chicharrón se apilaban en un plato. Había pan recién horneado y mantequilla. Carnes varias a la brasa y encurtidos, además de un cuenco lleno de fruta y una jarra de leche fría para bajarlo todo. A Gair le gruñó el estómago. Con la mano izquierda trazó en el aire el signo de la bendición antes de acordarse de su situación. Apresuró el agradecimiento a la bondad de la diosa y dejó la mano en el regazo, donde no pudiera verla.

—Es la fuerza de la costumbre —se disculpó.

—Si yo hubiera pasado por lo que tú, también daría las gracias por una coca de chicharrón —aseguró Alderan, que pelaba una manzana—. Pero come tranquilo o te sentará mal. Doy por sentado que no te dieron de comer adecuadamente.

—Cuando se acordaban, me daban de comer y de beber. Pero ni el agua ni el alimento eran precisamente del día.

Cuando Gair mordió la coca de chicharrón, experimentó una explosión de sabor en el paladar. Maravillosa. Nada que le hubiesen servido en la sala de banquetes del emperador habría podido superarla.

—¿Cuánto tiempo te tuvieron preso?

El joven se encogió de hombros antes de responder.

—Me arrestaron el día de San Saren, en primavera. ¿Qué día es hoy? He perdido la cuenta.

—El cuarto pasada la canícula.

Gair dejó de masticar. Tres meses. Y algo. Un centenar de días, una eternidad en esa celda forrada de hierro. Desaparecidos. Tragó con dificultad. Alderan lo observó, jugando con el cuchillo que tenía en la mano.

—Por lo general la curia no tarda tanto en alcanzar una decisión. Tú debiste ponerles en un buen brete.

—Supongo.

Aunque la pregunta era bastante sencilla, Alderan no la había formulado directamente. Gair apuró el vaso de leche después de dar el último bocado a la coca, y luego se sirvió otro. A continuación probó el rosbif, que enrolló con los dedos. No se había enfriado, y goteaba de él una succulenta salsa. Extendió la mano para alcanzar otro pedazo.

—¿Desde cuándo eres capaz de oír la música?

—¿Qué música? —preguntó Gair, mientras pensaba: «De modo que lo sabe».

—Se extendió por la ciudad el rumor de que los caballeros iban a sentenciar a un brujo. Sólo una persona salió por la Puerta del Traidor, arrojado como una alfombra vieja. —Alderan mordió uno de los trozos de manzana que había cortado—. ¿Desde cuándo eres capaz de oír la música? —insistió con la boca llena.

—No sé a qué te refieres.

Otro corte de manzana siguió al primero.

—Suele manifestarse por primera vez a los diez u once años, dos arriba dos abajo, aunque a menudo se producen signos antes. Cobra mayor fuerza cuando al joven le cambia la voz, o el pelo le crece en brazos y piernas como la mala hierba después de llover. Luego aprende a usarla, en cierto modo. Al principio son cosas pequeñas, como encender velas, pero poco a poco cobra fuerza en su interior hasta que aprende a controlarla, antes de que ella acabe controlándolo a él. —Un tercer pedazo de manzana precedió a la sonrisa de Alderan—. ¿Qué tal lo estoy haciendo?

Lo sabía. Gair no supo decir cómo, ni quién era ese hombre, pero había descrito el proceso como si lo hubiera leído en un libro. Extendió la palma de la mano sana en la superficie de la mesa como si con ello pudiera evitar caerse de la silla. La habitación había oscilado sobre el eje de la vertical y ya no sabía distinguir lo que estaba arriba de lo que estaba abajo.

—Te has acercado bastante. ¿Cómo lo sabes?

—Siempre sucede del mismo modo. Más o menos. He conocido a otros como tú, y sus historias sólo se diferencian en los detalles. ¿Por qué no me cuentas lo que pasó?

—No creo que vaya a sorprenderte.

—Cuéntamelo de todos modos. Así tenemos algo de que hablar mientras comemos. —Alderan terminó la manzana—. ¿Te han puesto mostaza? Ese rosbif tiene muy buena pinta.

«¿Cómo es posible que no le dé ninguna importancia? La magia es pecado mortal: yo condenado por toda la eternidad, ¡y mientras él podría estar hablando del precio del grano! ¿Cómo es posible que sepa tanto acerca de mi vida?»

Desconcertado, bregando con el inicio de un nuevo dolor de cabeza, Gair se lo contó.

—Empezó a manifestarse cuando era pequeño, puede que a los cinco años. Me colé en la despensa en busca del mazapán, pero era demasiado pequeño para alcanzar la jarra, que estaba al fondo del estante. Lo intenté hasta que extendí las manos y deseé con todas mis fuerzas que la jarra se moviese hacia mí. Comí tanto que acabé vomitando en la alfombra preferida de mi madre adoptiva.

—¿Le contaste lo sucedido?

—No me creyó. Pensó que una de las doncellas me había dado la jarra, o la había

puesto a mi alcance. Insistí en que mi historia era la verdad. No quería que las doncellas tuvieran problemas por algo que no habían hecho, pero no sirvió de nada. El aya me zurró con la zapatilla por contar mentiras.

—¿Y qué pasó después?

Gair se rascó la frente. El dolor de cabeza se le había sentado tras los ojos, no era jaqueca, sino un dolor sordo, como pinchazos en el cerebro.

—Ah, pues más o menos lo que has contado. Empecé por cosas sin importancia. Podía encender la luz sin tener la vela al alcance de la mano, o prender fuego sin yesca y pedernal. La música llegó después, el verano siguiente de mi décimo cumpleaños.

Al principio fue emocionante tener un secreto que nadie conocía. Había pasado horas practicando en lugares apartados con una vela tomada de la despensa de la castellana, a pesar de que sabía que recibiría algo más que una simple azotaina si lo descubrían. Al cabo de un tiempo empezó a escuchar la música, al principio sólo cuando practicaba la magia, pero después fue continuamente, cosida a su conciencia cada segundo del día. Más adelante, las llamas se negaron a prenderse cuando él se lo pidió, y las velas saltaron en mil pedazos de ardiente cera. Al cabo, la música se convirtió en chillido.

—¿Cómo acabaste en la casa materna?

Como era mayor para la guardería, tuvo cuarto propio, arriba, bajo el tejado. Se había acostumbrado a la intimidad, y a encender una luz cuando se apagaba la vela para seguir leyendo. Se había sumergido en las páginas de *El príncipe Corum y los cuarenta caballeros* pasada la medianoche, cuando la castellana Kemerode llamó a su puerta para recordarle que era hora de dormir. No había oído los golpes, ni cómo se abrió la puerta, pero sí oyó el grito que dio ella al ver la luz que le alumbraba la lectura.

«¡Aberración!» El horror la hizo formar una «o» con los labios, mientras se santiguaba con mano temblorosa. «¡Ay, por la dama, traed al lector, rápido! El muchacho es un vástago de la sombra.»

Y eso fue lo que sucedió. Su madre adoptiva derramó en silencio amargas lágrimas, mientras el marido daba rienda suelta a su enfado por el modo en que Gair había recompensado el techo que habían puesto sobre su cabeza y la comida que le habían servido en el plato. Entonces acudió el lector. Antes de que hubiera pasado un día, montaron a Gair a caballo y lo enviaron al norte. No era más que un joven que aferraba una espada muy pesada y larga contra el pecho, agradecido por la lluvia que le caía en el rostro, lluvia que evitaba que el saco de huesos de vicario que viajaba en la parte de atrás de la silla lo viese llorar.

La ira y la vergüenza brillaron de nuevo con luz mortecina, y la humillación relampagueó como ascuas avivadas. Aún le dolía, a pesar del tiempo transcurrido.

—¿Gair?

—Me despisté. —No lo expresó con la locuacidad que pretendía—. El ama me pilló con la luz que había conjurado, por tanto la familia no pudo seguir albergándome. A falta de una solución mejor, confiaron mi educación a la Iglesia. Y mira lo que pasó.

—¿Qué edad tenías?

—Once años. —Gair tomó con la yema del dedo las migajas que había dejado el queso, y la lamió—. Por tanto tampoco te equivocaste en eso.

—Y te las apañaste para mantenerlo en secreto durante ¿cuánto? ¿Otros diez años?

—Hasta que alguien me vio cuando me creía a solas. Fue uno de los otros novicios, creo. Se fue corriendo a ver al Anciano Goran, y Goran presentó los cargos. Los alguaciles acudieron esa noche, a la hora de cenar.

Lo sacaron a rastras del refectorio, para que el resto de los novicios, que dejaron caer las cucharas por el asombro, pudiera ver con quién habían convivido. Había sentido el peso de las miradas de sus amigos mientras se lo llevaban. Nadie había pronunciado una palabra.

El dolor de cabeza había empeorado. Era un dolor interno de tal intensidad que le impedía pensar con claridad. Gair volvió a masajearse la frente.

—Creo que ya conoces el resto.

—En su mayor parte, al menos. ¿Te encuentras bien?

—No es más que un fuerte dolor de cabeza, no te preocupes.

—¿Está ahí la música?

—No. Desde esta mañana no he vuelto a escucharla. —Se pellizcó el puente de la nariz y deslizó los dedos, hasta las cejas—. Por los santos que es como una picadura de avispa.

—¿Qué? —preguntó Alderan, arrugando el entrecejo.

—Me refiero al dolor de cabeza. Es como tener avispas bajo la piel.

—¿Cuánto hace que te sientes así?

—No mucho, puede que unos diez minutos. ¿Por?

El anciano hizo a un lado el plato y se levantó.

—Tenemos que irnos. Vamos.

—Pero ¿qué pasa?

—Corre el rumor de que Goran dispone de un cazabrujos —explicó Alderan—. Y creo que acaba de ganarse el jornal.

EL MASTÍN DE GORAN

El pánico batió un ala a la altura del pecho de Gair.

—Voy a necesitar algo de ropa.

—Ya me he encargado de ello.

Alderan señaló un bulto que descansaba sobre el banco situado junto al hogar. Envuelto por una recia capa de invierno, Gair encontró varias camisas, un par de calzones y un jubón de zalea, todo ello perfectamente limpio a pesar de no ser nuevo. Aquella ropa le pertenecía.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó. Todo estaba ahí, incluida la ropa interior. Incluso las botas.

—Gracias a las limosnas del capellán. Di a entender que la orden te debía algo de caridad. Me parece que esto también es tuyo.

Alderan desató un amplio cinto del respaldo de la silla. Del cinto colgaba una espada de hoja larga enfundada en una sencilla vaina de cuero que colocó junto a los platos.

Gair dejó la ropa y regresó a la mesa. La espada era el arma sencilla de un soldado, sin adornos, con tachones en el puño para asegurar el agarre y una piedra de feldespato engarzada en el centro a modo de adorno. El cinto oscuro era más flexible de lo habitual debido al uso, gastado bajo la hebilla. De todas las cosas confiscadas por los alguaciles del preboste cuando lo arrestaron, aquél era el único objeto que realmente había querido recuperar, aunque fuese tan modesto como el resto. Acarició la empuñadura con los dedos.

—No pensé que volvería a verla.

—¿Tiene valor para ti?

—Es lo único que tengo que realmente me pertenece. La Iglesia me dio el resto.

—Ya me lo agradecerás después. Tenemos que ponernos en marcha. —Alderan sacó de un armario las alforjas y las mantas, y lo amontonó todo en el suelo—. ¡Aprisa, leahno!

Gair aflojó la espada y tiró de ella hasta dejar una parte al desnudo. El pesado acero de doble hoja relució bajo el lustre que le proporcionaba una fina capa de aceite. Oyó de nuevo la voz de su padre adoptivo, dura, rasposa: «Tómala, con el tiempo quizá puedas darle uso. Si la diosa te da el coraje necesario, caerás empuñándola». Deslizó de nuevo la espada en la vaina hasta la empuñadura.

—Gracias, Alderan, no sé cómo recompensar toda tu amabilidad.

El anciano restó importancia a sus palabras con un gesto, acompañado por un encogimiento de hombros.

—No hace falta. No estaba dispuesto a dejarte allí, y estoy convencido de que si nuestros papeles se hubiesen invertido tú habrías hecho lo mismo.

—Hasta que eso suceda estoy en deuda contigo.

—Considéralo un préstamo, pues. Cuando se me ocurra algo que puedas hacer por mí, te lo diré y así estaremos en paz. ¿Hecho?

—Hecho.

—Una vez satisfecho el honor, ¿vas a vestirte de una vez, por el amor de los santos? —Algunos útiles para acampar se sumaron a la pila con estruendo de latón—. ¿O tienes planeado enfrentarte al cazabrujos llevando sólo una túnica que apenas te cubre las pelotas?

En cuanto salieron del establo, Gair sintió las miradas. Aunque no veía a nadie mirarlo, y por lo que Alderan le había contado de lo sucedido a la salida de la casa materna, el afeitado y la ropa lo volvían irreconocible, por mucho que imaginara que los extraños lo observaban. Se rebulló en la silla.

—Todo el mundo me está mirando.

—No es verdad, confía en mí —murmuró el anciano a modo de réplica—. Relájate. Haz como si disfrutaras del paseo y estaremos fuera de la ciudad antes de que te des cuenta.

—Para ti es fácil decirlo —masculló Gair—. A ti no te han sentenciado a muerte.

Observó a la multitud que los rodeaba mientras se abrían paso por la concurrida encrucijada. El caballo prestado echó la cabeza atrás, forcejeando con el bocado.

—Son imaginaciones tuyas. Por los santos, muchacho, ¡respira! Estás tan tenso como una monja en una taberna de mala nota.

—No puedo evitarlo.

—Lo sé, pero estás incomodando al caballo y si sale disparado sí llamarás la atención.

Gair hizo un esfuerzo por mantenerse quieto en la silla. La mano derecha, con la que sostenía las riendas, descansaba en el muslo, y dejó que las caderas se adaptaran al ritmo del paso del caballo, en lugar de compensarlo. Para cuando llegaron al extremo opuesto del mercado del maíz y giraron al oeste, hacia la puerta de Anorien, el caballo andaba con mayor desenvoltura. Alderan le dirigió una inclinación de cabeza.

—Mucho mejor. Cuando te comportas como si tuvieras todo el derecho del mundo a estar en un lugar, la gente da por sentado que lo tienes. Por lo general, creemos lo que ven nuestros ojos.

—Hablas como un ratero.

—Pero no tengo aspecto de serlo, ¿verdad? El mejor ratero es quien tiene aspecto de ser un ciudadano normal y corriente. Comportarse de forma sospechosa es el modo más rápido de llamar la atención sobre uno mismo.

—Aún me siento como si todos nos estuvieran mirando.

El anciano rió entre dientes.

—¿Sabes cuánta gente franquea a diario esa puerta? ¿En una hora? Miles de personas. A simple vista seremos invisibles.

«Si sintiera la mitad de esa confianza...» Gair miró en torno, pero en esa ocasión lo hizo sin afectación alguna, proporcionándose un lugar donde reposar la vista que no fueran las orejas de su caballo. Nadie parecía prestarle atención, aunque cada vez que alguien cruzaba la mirada con él no podía evitar sentir una breve incomodidad.

—¿A qué distancia está la puerta?

—A menos de una milla. Mira, puedes ver las torres.

Siguió el gesto que hizo Alderan con la barbilla. Dos torres grises de planta cuadrada se dibujaban apenas en el extremo de la calle, con estandartes blancos flameando como plumas recortadas contra el cielo. El sol se hallaba a un palmo sobre ellas. Había tiempo de sobras, aunque estaba convencido de ver cómo se hundía poco a poco ante su mirada.

Al frente el gentío se hizo más denso y adoptaron una marcha lenta. Los carreteros se habían sentado en sus carros, y reían y se llamaban los unos a los otros sobre las cabezas de los transeúntes. Las señoras de Dremen, vestidas con falda larga y tocadas con cofia almidonada, iban hombro con hombro con cazadores belisthanos enfundados en piel de ante. Jóvenes nobles a lomos de ensillados caballos sardauki de impecable osamenta, obligados a ceder el paso a un granjero que perseguía una puerca manchada de barro que no estaba interesada en dejarse vender. Las aves enjauladas protestaban, los buhoneros mostraban sus telas y encajes, y lentamente todo el mundo se acercaba a la puerta y la cinta serpenteante, polvorienta, que era el camino de Anorien.

Para cuando la sombra de la puerta cayó sobre él, Gair se mordía el labio, nervioso. La presencia del cazabrujos en su cabeza había perdido fuerza a medida que se acercaban a la puerta, lo que suponía que habían centrado la búsqueda en uno de los cuatro caminos que llevaban fuera de la ciudad santa. Eso esperaba. Tal como estaban las cosas, ya tenía los nervios lo bastante tensos, tensos como las cuerdas de un laúd.

Una partida de caballeros de la Iglesia montaba guardia en la puerta, relucientes las sobrevestas a pesar del polvo que había. Observaban la circulación de los lugareños, pero no movían un dedo para inspeccionar los carros que rodaban por el camino. Gair imaginó que le clavaban los ojos en la espalda en el preciso instante en que pasaron frente a ellos. Estuvo a punto de tragarse la lengua cuando oyó que uno

exclamaba:

—¡Alto!

Alderan volvió la vista con expresión de mera curiosidad, aunque sus ojos examinaban cada detalle. Gair procuró emularlo, pero el corazón le latía con fuerza en el pecho. El carretón de un cervecero se encontraba justo enfrente de ambos. Tiraba de él un tiro de bayos con cintas encarnadas en torno a las crines. El cervecero se volvió en el asiento y se descubrió la cabeza para ver a los caballeros abrirse paso a través del tropel de gente. Gair miró de nuevo al frente. El gentío discurría hacia la puerta, y apenas había un hueco donde meterse. Hombres y caballos avanzaban a ambos lados de él, no había espacio ni para desmontar. Tenía la boca seca y una capa de sudor le cubría la espalda.

—Adelante, adelante —murmuró.

El alazán avanzaba con dificultad, incómodo por las angosturas en las que debía maniobrar. Alderan le puso una mano en el brazo.

—Tranquilo, no creo que vengan a por nosotros.

—¿Seguro?

—No del todo, así que mantente alerta. ¿Aún oyes a nuestro amigo?

—No tan bien como antes, pero sigue ahí.

Gair se incorporó sobre los estribos para mirar en derredor, pero los cuellos arqueados del tiro del carretón y la muralla que formaban los barriles le bloqueaban la vista. No había nada que ver, excepto hombres empapados en sudor y animales inquietos. En algún lugar al frente, unos bueyes levantaron la cola y sumaron su bovina protesta a la atmósfera cargada.

—Huele el aire fresco que se respira en el campo —propuso Alderan.

Gair miró en esa dirección. El espacio limitado y el ambiente turbio lo incomodaban, y cada minuto de espera arrancaba notas más punzantes de sus nervios tensos. Pero el anciano estaba tan tranquilo, desparramado sobre la silla de montar como un saco de nabos y hurgándose los dientes.

—¿Cómo puedes estar tan relajado? Aquí acabaremos aplastados por el ganado. No vamos a salir nunca —dijo Gair, volviendo de nuevo la mirada. Los guardias se acercaban y les oyó gritar al cervecero que se quitara de en medio.

Alderan hizo desaparecer lo que fuera que se había sacado de los dientes.

—No lo estoy, pero inquietarse no hará desaparecer a la muchedumbre. Únicamente tenemos que esperar. Estamos tardando más de lo previsto en salir de la ciudad, pero no hay nada que podamos hacer. Hay cosas en esta vida que son inmutables y que sencillamente hay que aceptar. La muerte. Los impuestos. Las colas. —Sonrió de pronto, como un zorro—. Mírate, muchacho. Nadie pensará que tienes algo que esconder.

Gair pronunció una palabra que le hubiese valido unos buenos azotes de la mano

del maestro de novicios, y se sentó de nuevo en la silla. La risa de Alderan sonó alta y clara, rica en matices como un vino oscuro.

Finalmente los guardias llegaron a la altura del carretón. Gair miró rápidamente al frente y asió las riendas en previsión de lo que pudiera pasar. No podía soportarlo más. Si los caballeros iban a por él, no tenía ni idea de qué podía hacer. No había espacio siquiera para desenvainar la espada, y mucho menos para enfrentarse a ellos. Se mordió el labio e intentó salivar, pero seguía con la boca seca.

—¡Eh, maese carromatero! —gritó un guardia—. ¡Uno de tus barriles pierde!

«Gracias, madre misericordiosa.» Desaparecida toda la tensión, Gair apoyó el peso del cuerpo en la perilla y soltó un tembloroso suspiro. Alderan sonrió de nuevo, no sin cierta cordialidad.

Al frente la muchedumbre empezó a moverse. La presión aflojó, liberándolos por fin al sol vespertino. En cuanto pasaron de largo junto a las últimas casas arracimadas contra la muralla de la ciudad, Alderan llevó al caballo a un lado y detuvo la andadura a la sombra de unas matas.

—Bueno, ya ves que no ha ido tan mal, ¿eh? —dijo—. Estarás a salvo hasta que anochezca, e incluso entonces emprenderán la búsqueda de un fugitivo, no de un joven noble y arrogante que ha salido a dar una vuelta a caballo por la campiña. —Gair frenó el paso ante la descripción—. Disculpa mis palabras, pero ése es el aspecto que tienes. Tiene algo que ver con el modo en que te mueves, como si el espacio que ocuparas te perteneciese. No creo que nadie sospeche siquiera que hace unas horas te dieron una paliza de órdago.

—¿Arrogante? —repitió Gair.

—Tal vez sea cosa de familia.

—No tengo familia. Me encontraron en el porche de la capilla a los pocos días de nacer.

—Eso tiene pinta de ser el arranque de un buen relato —dijo Alderan—. El joven huérfano con la marca de nacimiento en forma de corona que lo identifica como el heredero perdido del reino. Y etcétera.

Gair hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Nada de coronas. Ni de reinos. El mocoso de un soldado confiado a la beneficencia.

Hacía tiempo que había elaborado esa historia. El nombre del día que le habían puesto era cercano a Atardecer; y calculando un período de gestación normal eso suponía que su madre había concebido al principio de la primavera, más o menos en torno al momento en que las levas locales se interpusieron en su camino a Leahaven para embarcar rumbo a Zhiman-dar, donde se reunía el ejército para su enfrentamiento final contra el Culto. No hacía falta mucha imaginación para intuir el resto.

Tal vez su padre fue un valiente, uno de los miles de soldados que perecieron en las sangrientas arenas de Samarak. O quizá la verdad fuera más prosaica y fue un vasallo quien engañó a una joven campesina, demasiado humilde, o avergonzada, para mantener al niño que alumbró mucho después de marcharse el soldado.

Mordiéndose el labio, Alderan le observó un instante, y después miró con ojos bizcos el camino polvoriento que discurría a lo largo de la orilla meridional del Awen, en dirección al sol poniente.

—Deberíamos continuar. Calculo que nos quedan unas dos horas de luz. ¿Te encuentras con fuerzas para galopar?

Gair se rebulló en la silla. Le dolían las contusiones, más a medida que los movimientos del caballo le estiraban los músculos. La ropa le rozaba las costras y sentía pinchazos en la espalda y las piernas, pero en el vientre era donde más se habían ensañado los interrogadores.

—Puedo intentarlo.

—Entonces pongamos distancia entre nosotros y esta ciudad.

El camino seguía el curso del río de oeste a sur, sobre un lateral del valle hasta los páramos donde se bifurcaba. Gair se volvió en la silla para mirar hacia atrás. Vista a distancia, Dremen era un revoltijo de techumbres de teja azul y chapiteles que se alzaban al cielo a través de la bruma nocturna. Parecía lo que era, una capital de provincias llena a rebosar de gentes ordinarias con vidas ordinarias, exceptuando la ciudad dentro de la ciudad que ocupaba la colina situada al norte del centro. Murallas de piedra blanca ceñían bóvedas y cúpulas doradas, cuyas superficies reflejaban la luz del sol sobre los ventanales y pendones que caían desde las torres elegantes. Las más elevadas eran las torres gemelas de la sacristía, que se alzaban al cielo como empeñadas en rozar la gloria de la mismísima diosa.

Casi a la misma altura, tras la ciudadela, se hallaba la casa materna. Era un edificio de aspecto tétrico hecho de gris granito dremeniano, e imponentes muros alrededor de la ciudad interna lo envolvían como un brazo de hierro. Sus torres eran toscas y regulares, sus ventanas rendijas vigilantes. La orden de Suvaeon había protegido la Iglesia durante más de dos mil años, defendiéndola contra infieles, cubiertos por la armadura de la honradez y escudos de fe, respaldados por buen acero syfriano. Su severa mole dominaba toda el área que se extendía entre la ciudad y el río, y amenazaba con seguir haciéndolo durante dos mil años más.

—Por aquí, muchacho —lo llamó Alderan, que se había adelantado. Pero Gair apenas lo oyó, perdido como estaba en sus recuerdos. Desde aquel mismo lugar, diez años atrás, había visto por primera vez la ciudad santa. Ahora, al igual que su hogar adoptivo, la ciudad le había dado la espalda. —Alderan acercó el caballo—. Incluso desde aquí parece un lugar duro.

—Es el único hogar que he conocido desde que tenía once años.

Gair tocó el vendaje de la mano izquierda. Para bien o para mal, la casa materna había impreso en él su marca, al igual que la magia anteriormente. Supo que nunca volvería a ser el mismo.

—La frontera no está muy lejos de aquí —señaló Alderan—. Podrías llegar a Leah en pocos días.

—¿Para qué?

—¿No tienes parientes allí? ¿Nadie que pueda albergarte uno o dos días?

—Ya te he dicho que no tengo a nadie.

—¿Has pensado adónde podrías ir?

—¿Y adónde voy a ir con esto? —preguntó levantando la mano izquierda.

«Maldita sea, no quiero hablar de ello. Sólo quiero marcharme, irme lo más lejos posible.»

Gair tiró de las riendas para que el caballo tomase la bifurcación derecha del camino. Llevaba al sudoeste por una meseta cubierta de brezo, en dirección a las montañas y, más allá, a Belistha. El camino era bueno, allanado tras siglos de servir de vía de paso a los viajeros, de modo que permitió que el caballo se dejase llevar. A unos pasos de distancia a su espalda oyó los gritos de Alderan, seguidos por el estampido de los cascos cuando el anciano puso la montura al galope. No se volvió para mirar hacia atrás.

Recorrieron una legua o más a medida que el sol se hundía en el cielo, hasta que la luna adquirió una cálida tonalidad encarnada. Cuando el camino los acercó al pie de las colinas salieron a un valle. Parte del sendero quedó oculto en sombras, por lo que Gair redujo el paso. Estaba demasiado cerca de la frontera de la parroquia para arriesgar la libertad si el caballo se fracturaba una pata al topar con un bache en el camino.

De haber sido las circunstancias más favorables, aquél habría sido un lugar ideal para hacer un alto. El martín pescador acechaba los estanques del río bajo matorrales de endrino y fresno donde reñían los gorriones. Bajo las nubes de insectos se dibujaban círculos en el agua que apuntaban a la presencia de peces de buen tamaño. La trucha, probablemente. El atardecer veraniego era el mejor momento para pescarla.

El acero resplandeció al sol cuando las lanzas asomaron al frente del camino. Las siguió una hilera de yelmos relucientes cuyos penachos oscilaban a merced del vaivén. Gair tiró de las riendas cuando los caballeros de la Iglesia salieron trotando del pliegue del camino para formar una barrera. Cinco caballos grises, parecidos como gotas de agua, movieron la cabeza, los frenos de plata tintinearón y cinco pendones de seda flamearon al viento. Gair masculló una maldición y volvió grupas para buscar con la mirada a Alderan. El anciano se hallaba a unas cuarenta yardas, acorralado por otros cinco caballeros.

El camino estaba bloqueado. A la derecha estaba el río, con sus treinta yardas de orilla a orilla, y la diosa sabría qué profundidad; a su izquierda, una cuesta pronunciada cubierta de piedras movedizas. Probablemente podría subir por ahí si conducía el caballo con cuidado, pero no había forma de saber qué le aguardaba en la cima. Los páramos dremenianos albergaban tantos pliegues como una sábana, entrelazados por arroyos y valles donde hombres armados podrían tenderles una emboscada. La única forma de salir de la trampa consistía en atravesar la línea. Así las cosas, encaró a los caballeros.

—¡Alto en nombre de la diosa! —voceó un caballero con el cordón rojo alrededor del brazo que correspondía al rango de capitán.

Cinco hombres, pertrechados y cubiertos con armadura. La caballería pesada, lo mejorcito de la Iglesia, distaba una eternidad de los postes o los hombres de paja usados en las prácticas, y Gair había hecho poco más que practicar durante los últimos diez años. La espada larga abandonó la vaina con un silbido.

—¿Qué crees que estás haciendo? —espetó Alderan cuando situó el caballo a su altura—. ¿Ves la rosa roja que llevan en el blasón? Son los hombres de Goran.

—Goran quiso verme arder en la hoguera. Si puede mantenerme en esta parroquia hasta el anochecer, logrará su propósito.

Un movimiento tras el capitán llamó la atención de Gair. Había otro hombre, cubierto por un raído jubón de piel, que montaba un poni de color pardo. Sus ojos azules, acuosos, contemplaban el paisaje como un par de huevos en una cacerola, pero recalaban en él continuamente.

—¿Quién es ése?

Alderan siguió la mirada de Gair y soltó un gruñido.

—El cazabrujos.

—Pensé que había logrado darle esquinazo.

—Yo también. O bien me equivoqué, o bien él acertó al suponer por cuál de las cinco puertas saldríamos.

Gair contempló al hombre mientras aquella mirada a medio cocer le observaba antes de alejarse para después volver a mirarlo. El pinchazo que sentía tras los ojos cobró intensidad.

—¿Cómo lo hace? —Se frotó el rostro con el dorso de la mano, pero no sirvió de nada. El cazabrujos le provocaba pinchazos en el cerebro—. Tenemos que dejarlos atrás.

—Gair, no tiene sentido. Con su ayuda serían capaces de seguirte el rastro a cientos de millas a la redonda. Olvídalo.

—No. —El caballo movió la cabeza a un lado—. No puedo permitir que me alcancen. Tengo que dejarlos atrás.

El alazán no era un caballo de batalla, pero era firme y fuerte. Gair lo espoleó. La

voz de Alderan, que pronunciaba su nombre, quedó atrás. No estaba dispuesto a retroceder.

—¡Alto en el nombre de la diosa! —voceó de nuevo el capitán.

Gair hizo caso omiso, acarició con los tacones el costillar del caballo y echó el peso del cuerpo hacia adelante, con la espada cruzada sobre el lomo del animal. Tan sólo disponía de una oportunidad para enderezar la situación. Moriría si fracasaba. Acabaría ensartado en una lanza, o ardiendo en la hoguera. No había nada que pensar.

Al frente, los caballeros permanecían sentados en la silla con aire indeciso. Eran pocos para bloquear con seguridad el camino, y demasiados para apartarse. Cuando el capitán le gritó de nuevo que se detuviera, Gair puso el caballo al galope y miró el hueco que separaba al segundo del tercer caballero. Las lanzas vacilaron a medio camino de verse puestas al ristre, y los guanteletes aferraron las riendas, pero para entonces ya era demasiado tarde. Entre gritos feroces cargó a través de la línea, camino abajo, ¡y logró atravesarla!

Más caballeros cubiertos con cota de malla doblaron al galope el siguiente recodo. Habían acodado las lanzas. Gair tiró de las riendas con tal fuerza que el alazán estuvo a punto de acabar sentado en el camino, y luego lo obligó a volver por donde había llegado.

«Santa madre, no quiero morir.»

Un trecho de roca partía del camino, fracturada hasta adoptar la forma de una escalera tosca. Llevó hacia allí el caballo y hundió los talones en los costados. El alazán pisó el primer peldaño, luego el otro; Gair levantó su peso de la silla para ayudarlo. Otro salto, las herraduras resbalaron, la aulaga tiró de las botas de Gair. Levantó la vista hacia la cresta, donde vio más caballeros.

Un temor ciego se crispó como un puño en el estómago de Gair. No tenía dónde ir. Los caballeros avanzaban, y la trampa que el mastín de Goran le había tendido estaba a punto de cerrarse sobre él. Al indultarlo, Ansel se había arriesgado por nada a despertar las iras de la curia.

De pronto reverberó en sus oídos una nota aguda.

EL GUARDIÁN DEL PORTAL

Masen exhaló poco a poco, y el aliento trazó una espiral en el aire gélido, hasta desaparecer en las ramas desnudas de los árboles que lo rodeaban. Tenía que ser cuidadoso, no hacer el menor ruido, o su presa le oiría a pesar del rumor de las aguas del río. Aquel ciervo tenía un oído excepcional, incluso para un animal de su especie. No le extrañaba que no se hubiese dejado atrapar durante tanto tiempo.

Lo vio andar a través de los árboles, al frente, un fugaz resplandor blanco entre los oscuros troncos salpicados de nieve. El animal se hallaba muy lejos de su hogar. Ese bosque se extendía a lo largo de las montañas Brindling desde an-Archen meridional hasta Astolar, a mayor altura que las llanuras, casi hasta la línea que delimitaba las nieves. No era territorio para los ciervos, sobre todo para uno que luciera semejante cornamenta. Los ciervos sobrevivían gracias a su astucia y velocidad; no escogían un terreno tan accidentado como aquél, donde era fácil tropezar, ni cubierto de una vegetación tan densa, pues podían trabarse la cornamenta. Fuera lo que fuese lo que lo había llevado allí, le causaba tal pavor que el ciervo había desoído su instinto.

Masen ajustó imperceptiblemente la posición, basculando el peso de un pie al otro. Hubiese jurado que no había hecho ruido, pero el ciervo le oyó y salió disparado. Las pezuñas golpearon la piedra, chapoteando en el agua. En fin, si estaba alertado de su presencia allí, podía permitirse el lujo de no mostrarte tan cauto. Sacudió la red y se encaminó en dirección al río.

El ciervo estaba plantado sobre un montón de grava que asomaba del agua. Su piel relucía bajo los débiles rayos del sol, y cada una de las veinte puntas de la cornamenta resplandecía con luz argétea. Lo miraba fijamente con los ojos azul marino muy abiertos, húmedos los orificios nasales mientras olfateaba su rastro.

Masen dio unos pocos pasos más para alcanzar la orilla. Mantuvo la red suelta en la mano derecha. El ciervo movió bruscamente la cabeza, como advirtiéndole, y el sol se reflejó fugaz en la cornamenta. Diecinueve puntas, no veinte; una la tenía rota y el resto cubierto de surcos y cicatrices de muchas batallas. «Es de los astutos», pensó el cazador. Había escogido enfrentarse a él en el punto del canal más hondo del río, donde el agua fluía con rapidez, y la oscuridad y el hielo salpicaban la piedra. A su espalda tenía los bajíos, en la parte exterior del meandro, preparado para una huida rápida. Masen sonrió. Astuto, sí.

Visto de cerca todavía era más imponente. Tenía una osamenta mejor perfilada que la de un venado de la montaña, pero no menos fuerte, con un pecho abultado que contenía unos pulmones que le permitían correr mucho tiempo, y fuertes caderas que lo impulsaran hacia adelante. La cabeza bien alta, las orejas atentas al menor ruido. Todos y cada uno de los músculos bajo la piel blanca dispuestos para escapar con rapidez. Allí no podía permitirse el lujo de cometer errores.

Lentamente, Masen cambió la red de mano para descolgar el arco y el carcaj. El ciervo resopló y dio un pisotón, echando guijarros al agua. Con mucho cuidado, colgó las armas de la rama de un árbol cercano y levantó la mano, apartándose de ellas. El ciervo movió la cabeza para mantenerlo en su campo de visión, todo ello sin dejar de mover las orejas. Un jabalí había enseñado a Masen que nunca debía subestimar a los animales. Cada vez que se desnudaba, la cicatriz del muslo le servía de recordatorio.

La brisa arrastró hasta él el olor del animal. Olía como cuando estaban en celo, y un sudor rancio le cubría el pelaje, el acre rastro del miedo. Se puso a hablar con un tono suave. No importaba lo que dijera, porque el ciervo no iba a responder; lo importante era el tono. Masen murmuró sinsentidos, tarareó fragmentos de canciones de cuna, cualquier cosa que le cruzara por la mente y sonase tranquilizadora. El ciervo hizo a un lado parte de la tensión. Distrajo la mirada fija un instante, y luego otra vez cuando se arriesgó a observar a su alrededor. Masen se agachó un poco más para ofrecer un aspecto menos amenazador, más insignificante, pero sin descuidar la red. El ciervo movió la cabeza en dirección al agua y sacó un instante la lengua púrpura. Estaba sediento, y el olor del agua podía con la precaución.

Cuando se agachó para beber, Masen se arrojó sobre él. Estiró las piernas y se lanzó con los brazos muy abiertos. La invisible red del canto cubrió volando el río, extendiéndose, cayendo, empujada por su voluntad. El ciervo levantó la cabeza, pero lo hizo demasiado tarde. La red se enredó sobre él; al cabo de unos instantes, se trabó en la orgullosa cornamenta y estorbó las patas del animal, que cayó de costado en la grava, donde baló frenético. Tenía los ojos en blanco, presa del pánico.

Masen saltó al montón de grava en mitad del agua y se inclinó sobre la presa.

—Shh, shh —murmuró—. No pretendo hacerte daño. He venido para llevarte de vuelta a casa.

Le acarició el lomo, tensa la red cuando introdujo la mano bajo ella. Tenía que hacerlo con cuidado para no dejar la mano en un mismo lugar durante mucho tiempo, ya que el ciervo tenía la piel fría como la nieve. Jadeaba y tensaba la red, mientras golpeaba la grava con las pezuñas grises.

—Descansa, mi príncipe. Todo va a ir bien.

Cerró los ojos negros. Reposó la cabeza en la piedra, respirando trabajosamente por los orificios nasales.

—Así, así. Todo va a ir bien, te lo prometo.

Masen sintió su cercanía como una sacudida en el aire, casi como si alguien se le hubiera acercado canturreando. No oyó más sonido que el del río, ni pisada alguna sobre el lecho de hojas, pero a su espalda el mundo había cambiado de forma, y fue consciente de la presencia del cazador.

Por si acaso, Masen preparó un escudo defensivo antes de ponerse en pie.

—Te estoy viendo, humano —oyó.

Se dio la vuelta. Vio el arco de cuerno a la altura de su pecho, y la punta de la flecha resplandeció como el hielo. El cazador se encontraba medio oculto en las sombras que caían en sentido contrario respecto a lo que hubiera dictado la posición del sol, proyectadas por enormes árboles que no se parecían a ningún otro de los que se alzaban en el bosque que los rodeaba.

—Mi señor. —Masen se inclinó—. Sé bienvenido.

—Tienes algo que me pertenece. Devuélvemelo.

—Lo devolveré a su reino, puesto que no pertenece a este lugar, pero no te lo confiaré a ti. No incumpliré la ley.

—¡Dámelo!

El cazador dio medio paso al frente hasta quedar iluminado por un rayo de luz. Unos ojos verdes de mirada fiera observaban a Masen desde el otro extremo del asta de la flecha, y la brisa sacudió la melena trenzada del hombre sobre los hombros. Masen le sostuvo la mirada.

—Tienes que respetar la ley de la caza, mi señor.

—Dame el ciervo, humano, o acabaré contigo.

—No, mi señor, no lo haré. Esa flecha tuya no franqueará la frontera que separa tu reino.

—Pues el ciervo lo hizo.

—El ciervo encontró un portal que atravesó por error. No hay ninguno por aquí.

El cazador maldijo entre dientes y bajó el arco, aflojando la tensión de la cuerda. Sin embargo, mantuvo la mirada amenazante.

—Llevo días siguiendo el rastro del ciervo. Lo tuve a tiro junto a la cascada, al alcance de la mano.

—Ya tendrás ocasión de cazarlo, de tenerlo a tiro de arco. No voy a obsequiarte tu presa.

—Eso te granjearía el favor de la reina.

—No busco el favor de tu reina, tan sólo quiero que se cumplan las leyes de la caza. Yo las acato, igual que tú.

El ciervo sacudió la cabeza a los pies de Masen. La reluciente y medio invisible red tejida por el canto presionaba la gruesa piel del animal que lo protegía de los rigores invernales. Sabía que la muerte andaba al acecho y forcejeaba con todas sus

fuerzas para emprender la huida.

El cazador se relajó antes de devolver la flecha al carcaj de cuero que le colgaba del hombro. La ropa raída, verde, se fundía con el fondo sombrío del bosque que los rodeaba.

—De acuerdo, guardián del portal. Accedo. Pero la reina se enterará de lo sucedido.

—Estoy seguro de que lo hará —dijo Masen—. Éste es un ciervo real, uno de sus animales protegidos. Cazadores más grandes que tú han pretendido darles caza y han fracasado. Te sumas a una gloriosa compañía, mi señor.

El cazador lanzó un gruñido. Acercó la mano a la cintura y arrojó un cuchillo al pecho de Masen. La hoja se detuvo bruscamente con un destello de luz blanquiazul, como una chispa del yunque de la mismísima diosa. El cazador compuso una mueca, se dio la vuelta y se desvaneció en el bosque.

Masen extendió la mano hacia el cuchillo suspendido en el aire con la palma abierta en paralelo a la barrera invisible. La punta del cuchillo le rascó la piel, no lo bastante para herirlo, pero firme como un punzón que atraviesa una manta. Frunció el ceño. No tendría que haber sentido nada en absoluto. El cuchillo debió de caerse a los pies del cazador, no quedarse ahí flotando. Eso sólo podía suponer una cosa. La frontera se debilitaba.

Un escalofrío culebreó en la boca de su estómago. Hacía muchos años que el Velo no se debilitaba de ese modo. No desde la incursión. Había algunas fracturas en ciertos puntos, pequeños rasgones que vertían al mundo un poco del Reino Oculto, igual que un saco de grano derrama maíz con cuentagotas; sin embargo, era fácil barrerlo y remendarlo. Desde que se había convertido en guardián del portal no había visto nada que pudiera compararse. En ese preciso lugar, el tejido del Velo raleaba.

Observó la daga del cazador. Larga y lisa, la hoja estaba hecha de gélida luz azul con signos mágicos grabados. Desaparecieron ante su mirada hasta volverse ilegibles, y luego el cuchillo se disolvió en humo. Dejó de notar la presión en la mano.

Masen se sirvió del canto para tantear la escurridiza factura de la frontera en busca de un rasgón. No había hebras rotas, pero sí una distorsión provocada por la punta del cuchillo, como una zarza en el tejido de una camisa. Lenta y cuidadosamente entrelazó el delgado hilo del canto y alisó después el tejido. La luz desapareció al apartarse.

El ciervo se revolvió a sus pies. Su respiración se volvió más mesurada, pero tenía los ojos abiertos, vueltos hacia la orilla. Masen cobró la red con destreza para transformarla en una correa. El ciervo se puso en pie y salió disparado, pero, trabado como estaba por los cuartos traseros, no hizo sino arañar el aire con las pezuñas.

—Calma, mi príncipe. —Levantó una mano para acariciarle el rostro, pero el animal lo atacó con la cornamenta—. Lo entiendo, lo entiendo —dijo en un intento

por apaciguarlo—. No quieres estar aquí. Estás asustado y solo, y no encuentras el camino de vuelta. A este lado no sientes la presencia de un portal, ¿verdad? Al menos no a esta distancia.

El ciervo resopló con la mandíbula bañada en saliva. La piel le temblaba, espasmos causados por la necesidad que tenía de huir. Con la correa tensa, Masen empezó a cantarle. Iba más allá de un tarareo, pero no llegaba a articular palabra. La melodía se extendió y enredó entre los árboles que el invierno había desnudado como si fuera un ser vivo, pues en cierto modo lo era. Su ritmo no respondía a ninguna convención musical. En lugar de ello semejaba el fluir del agua o las hojas mecidas por la brisa; era un constante cambio sin repetición, pese a lo cual mantenía en cierto modo la constancia. Fueron necesarios años de práctica para perfeccionar las técnicas de respiración adecuadas, a pesar de lo cual en su reino natal aquella compleja melodía era una canción de cuna, como la que una madre podría canturrearle a su hijo.

El ciervo movió las orejas en su dirección, curvadas para abarcar la totalidad del sonido. Los ojos azul oscuro se clavaron en los de Masen, que dejó de tirar de la correa.

—Bueno, mucho mejor. Vamos a devolvete a casa, mi príncipe. Seguro que tienes a la reina muy preocupada.

Dio un paso en el montón de guijarros que sobresalía en plena corriente, soltando un poco de correa. El ciervo efectuó un salto limpio de orilla a orilla, y desde el otro lado volvió la mirada como si fuera a preguntarle por qué tardaba tanto. Masen saltó a la orilla con una sonrisa en los labios y, juntos, se adentraron en el bosque.

El portal no quedaba muy lejos. El umbral hacía cosquillas a la conciencia de Masen, que jugueteaba con el clavo del bolsillo. Existían en la región varios portales, cuya ubicación había trazado hacía tiempo. Ése era uno de los situados a mayor altura, pues se encontraba en las montañas Brindling. Aún no había tenido motivos para sellar los que se hallaban más alejados. Aunque la hondonada era fértil y estaba bien irrigada, poca gente se había establecido en aquella región, y las granjas abandonadas de quienes lo habían intentado se repartían por la llanura.

Demasiados fantasmas. De reinos muertos, de antiguas batallas arrancadas del terreno como grisú. La perfidia y la desesperación pervivían en el ambiente, perturbaban el sueño del hombre y le encanecían el pelo hasta que un día subía todas sus pertenencias a un carro y abandonaba sus campos para regresar a cualquier erial. Esas llanuras eran fértiles porque estaban empapadas por siglos de sangre.

Puestos a creer en leyendas, primero Slaine, luego la ciudad-estado de Milanthor, habían intentado reclamar para sí la totalidad de las llanuras septentrionales. El centenar de torres había servido de nidos para los cuervos. Luego el ejército de Gwlach, al sureste de allí. En el Desfiladero de Riannen los caballeros habían

acabado finalmente con ellos, para después empujarlos a emprender una sangrienta retirada a través del paso del Silbador. El ambiente nocturno estaba cargado con el peso de sus sombras.

Masen emprendió el ascenso de la pendiente usando las raíces y ramas para impulsarse. Envidiaba la agilidad del ciervo, cuyas pezuñas hacían pie entre las rocas donde nunca encajaban las torpes botas. Una sonrisa cansada le dividió el rostro.

—¡Ten paciencia con este anciano, mi príncipe!

El ciervo resopló. Y ahora, ¿quién era la presa y quién el cazador?

En lo alto de la ladera, la maleza desaparecía por completo hasta que el terreno quedaba pelado. A la izquierda las montañas seguían alzándose hacia los picos elevados y, más allá, Fjordain, con los pies en el mar y las altas cabezas blancas rozando las nubes. A la derecha, el nudoso espinazo de la cresta se fundía en el bosque y las llanuras lejanas. El viento, hiriente, prometía nevadas y arrastraba hasta el lugar trombas de agua.

Junto a Masen, el ciervo tiraba hacia adelante. La correa le dejaba marca en el pelaje.

—De modo que entraste por aquí, ¿eh? —preguntó. Soltó un poco más de correa y el animal avanzó hasta donde pudo, con los ojos clavados en la invisible cascada.

Tendría que sellar el portal a su espalda. No podía arriesgarse a que el animal acudiera a ese mundo para refugiarse cuando empezara la cacería. No podía permitir que regresara a voluntad. El equilibrio sufriría las consecuencias, a menos que algo procedente de allí franqueara el Velo para adentrarse en el Reino Oculto a modo de intercambio, lo cual constituía un riesgo tremendo. Cosas pequeñas, objetos inertes como piedras o ramitas, podían pasar de un lado a otro sin daños, pero un animal grande era arena de otro costal.

Además, el ciervo era un animal poderoso. Su presencia pesaba en el mundo tanto como Masen sentía el peso de las piedras en sus bolsillos. Se sirvió del canto para mirarlo. Estaba esculpido en luz blanquiazulada, música fría, tumultuosa, un río helado de energía que lo distorsionaba todo a su alrededor. No pertenecía a ese lugar y jamás lo haría.

Anduvo hasta el borde y se asomó a las rugientes aguas del río. Que él supiera no tenía nombre; si alguna vez lo había tenido, se había convertido en polvo junto al cartógrafo que había trazado su curso. El agua gris y blanca fluía por un desfiladero angosto, cuyas paredes relucían cubiertas de restos de hielo. La senda de roca fracturada había adoptado forma de escalera compuesta por peldaños bajos y conducía a una garganta, donde terminaba a un centenar de yardas de distancia. Allí se abría sin más, y el río fluía sobre la crin de una yegua de espuma que el viento convertiría en lluvia mucho antes de que llegase al suelo.

La cascada del cazador, supuso. Llamaba la atención que los paisajes del Reino

Oculto coincidieran con los del mundo. Por lo general constituían un eco, distorsionado por el tiempo y la distancia hasta que apenas podía reconocerse por lo que había sido. Los bosques eran más ancianos, o jóvenes, o tenían otras facciones sutilmente reestructuradas para que fuesen más agradables a las criaturas que los habitaban. Los ríos cambiaban su curso, cuando no se convertían en lagos, eso si no acababan secos por completo. De vez en cuando había congruencias, lugares como ése donde ambos reinos podían cruzarse, y era en ellos donde se abrían los portales.

Masen empezó a bajar por el sendero con mucho cuidado, seguido por el ciervo. Tendría que acercarse más a la cascada para localizar el portal. Ése parecía ser el único modo, y el hielo húmedo no perdonaba errores. Tendría que darse prisa... pero andar lentamente. Y así, con un cauteloso paso tras otro, descendió hasta la hendidura.

El rugido del río le aporreaba el oído, confinado y amplificado por las paredes rocosas. La rociada, hiriente como un millar de agujas, le alcanzó el rostro y le empapó la ropa. Detrás oyó que el ciervo resoplaba excitado, y se arriesgó a echar un vistazo por encima del hombro. El agua había convertido su cornamenta en plata líquida, y cubierto de gotas como perlas el pelaje; su aspecto era tan hermoso que a Masen le dolía el alma verlo, pero el encanto de las criaturas ocultas era traicionero. Le dio de nuevo la espalda y, con la mandíbula apretada, siguió avanzando por el sendero.

El umbral ejercía una atracción mayor. El ciervo también percibió algo y tiró con más fuerza de la correa, y sus pasos golpearon la roca con el tintineo de las pezuñas de plata. Resopló de nuevo, ansioso por desaparecer. Sentía el olor del hogar en las fosas nasales, algo que escapaba a Masen entre el agua y el pino y la fría roca húmeda. Casi se hallaban en las cascada; el viento soplaba con fuerza a su alrededor, recordándole que se encontraba peligrosamente cerca del vacío. Sacó del bolsillo un clavo de herradura y lo sostuvo del hilo del que colgaba. El clavo se inclinó de inmediato para señalar la cascada. Había llegado al lugar adecuado: sobre la cascada había un portal que seguía abierto al Reino Oculto.

Devolvió el clavo al bolsillo, donde presionó con insistencia el tejido de la casaca. Luego, con un pensamiento retiró la correa del ciervo y aflojó la presión que ejercía sobre el canto.

—Ha llegado la hora de volver a casa —dijo.

El ciervo echó la cabeza hacia atrás y soltó un balido más agudo que el del alce macho, grave y menos ronco que el del venado, pero tanto o más sobrenatural. Juntó los cuartos traseros y se arrojó pendiente abajo en dirección a la catarata. Dio un salto, luego otro, y de algún modo se las apañó para hacer pie en la roca cubierta de hielo, hasta que al fin se adentró en la cañada. Un halo brillante lo rodeó como si el sol atravesara las nubes y se reflejara en cada gota de agua que le cubría el pelaje.

Desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

—Que la diosa te dé alas, mi príncipe —murmuró Masen sin quitarle ojo.

A pesar del tiempo transcurrido, le asustaba ver a una de las criaturas del Reino desaparecer sin dejar rastro a través del portal, sobre todo si lo hacía por un lugar que no daba a tierra firme. Tendría que haberse acostumbrado, pero aún le ponía los pelos de punta.

Recorrió el camino de vuelta por el sendero hasta llegar al borde de la garganta, descendiendo por la ladera. La ropa le colgaba de las extremidades empapada de agua. Para cuando regresó al campamento estaba aterido. Tendría que dejar para más adelante lo de sellar el portal. Incluso con las cuerdas y los útiles de escalada, llegar solo le resultaría imposible. Sería más sencillo destruir la piedra del umbral, siempre y cuando diera con su paradero, aunque provocaría en el Velo un feo desgarrón que, de hecho, sería mucho más peligroso que un portal desprotegido y tardaría el doble de tiempo en remendarlo que en sellar el portal de la manera apropiada.

Pero por ahora eso tendría que esperar. Tenía algo mucho más apremiante que hacer. Masen se deslizó entre los árboles. Había que avisar a la orden. Veinte días al galope por Caminoverde hasta el brazo superior del Gran Río, donde subiría a bordo de un barco. Astolar estaba cerca, pero con el tumulto en el que estaban sumidos los altos tronos quizá hubieran cerrado sus fronteras. No podía permitirse pasar semanas vagabundeando por las colinas de Astolar, incapaz de dar con el camino de salida si la corte blanca optaba por aislarse. El camino ya sería lo bastante largo y arduo de por sí.

No, tendría que ir por Caminoverde, y después al sur. Estaba convencido de ser capaz de hallar algún barco. Demonios, conseguiría pasaje aunque tuviera que enrolarse como marinero, y no sería la primera vez; cualquier cosa que lo enviase de camino a la flota. Si era verdad que el Velo se volvía cada vez más tenue, no tenía tiempo que perder.

MAGIA

Magia. Eleva su tono y se manifiesta con múltiples voces. Se extiende alrededor de Gair, el tiempo adopta un ritmo más lento y los detalles más insignificantes cobran importancia. Se dibujan con dolorosa claridad. Flores de tojo que resplandecen como llamas en la vegetación. Un billón de motas de polvo escarcha el ambiente. Los cascos caen y se alzan como si atravesaran melaza, cada golpe suena con estruendo en su cabeza, como la caída de los imperios.

«Ay, diosa, ayúdame.»

El sol le hiere los ojos. Todo lo que ve es rojo. Rojo como pétalos de rosa, como la sangre que empapa a los caballeros y cubre de vísceras la punta de sus lanzas. El capitán de Goran hizo un gesto con el brazo para que sus hombres avanzaran, y al hacerlo el cordón del brazo le pareció la rociada de sangre de una vena abierta. Alderan despegó los labios para lanzar un grito pero no surgieron palabras. No había ningún sonido, a excepción del canto que llevaba en el interior y el cosquilleo que le recorría las articulaciones.

«Madre, llena eres de gracia, vida y luz de todo el mundo. Benditos son los mansos que hallarán la fuerza en ti. Benditos los misericordiosos, que en ti hallarán la justicia. Benditos los perdidos, que en ti encontrarán la salvación. Que así sea.»

Los cascos del alazán arrancaron chispas del suelo cuando Gair le hizo volver grupas para encarar el camino que había tomado. Los músculos del animal se perfilaron perfectamente en sus cuartos traseros, y echó las orejas hacia atrás; la escalera de granito era empinada, pero el caballo saltó sin pensarlo. Gair sufrió una fuerte sacudida en la silla, pero logró mantenerse en ella. El caballo se dispuso a dar otro salto.

Confiar en el caballo. Tenía que confiar en el caballo. Confiar en el caballo confiar en el caballo.

«Santa madre, no quiero morir.»

Un salto más y Gair se vio de vuelta en el camino. Lo envolvía una polvareda, y tenía una sensación de hormigueo en todo el cuerpo. La magia llenaba todo su ser; estaba hinchado, rebosaba, era como un pellejo de vino a punto de reventar. Cantaba para él. Su mente gritaba horrorizada por su pecado, pero era demasiado tarde para luchar: se sentía indefenso ante la magia. Tenía que usarla antes de que lo consumiera. Echaría a volar, saltaría hecho pedazos con el destello cegador de un relámpago y...

Desapareció. La normalidad se impuso con tal fuerza que se quedó sin aliento. Encogido sobre el cuello del caballo, aspiró aire con fuerza y acabó tosiendo debido al polvo. Olía a sudor, y podía oír el tintineo de los arneses y los caballos inquietos, además de una alondra que cantaba con dulzura en lo alto. La música, no obstante, había desaparecido. Nunca había hecho nada parecido. Escupió en el camino para aclararse la garganta y se enderezó en la silla. Alderan le puso una mano en el hombro.

—Pero ¿qué demonios te habías propuesto hacer? —le susurró.

—No quiero morir, Alderan. No permitiré que me arresten.

El anciano se inclinó sobre él hasta que sus rostros se hallaron a la misma altura. Frunció las temibles cejas y habló con rapidez mientras los caballeros se recuperaban. No apartó la mano del hombro de Gair.

—Escúchame: hoy nadie va a llevarte a ninguna parte, ¿de acuerdo? Te doy mi palabra. Ahora mantén la calma y, por el amor de la diosa, haz un esfuerzo por controlarte. ¿Me entiendes? —Sacudió el hombro de Gair—. Gair, ¿me estás oyendo?

El joven asintió antes de escupir de nuevo. La música había desaparecido, pero el temor aún le aferraba el corazón con puño de hierro. La mano con que Alderan le pellizcaba el hombro pasó a darle una palmada.

—¿Cuánto falta para la puesta de sol? —preguntó el joven.

—Poco menos de una hora. Los límites de la parroquia distan, más o menos, una milla de aquí. Tenemos tiempo de sobra.

Los caballeros formaron en círculo a su alrededor, con las lanzas prestas. Gair devolvió la espada a la vaina y cobró conciencia de hasta qué punto le dolía la mano. Tenía el vendaje empapado de sangre, y no dejaba de sentir pinchazos en la palma. La apoyó boca arriba sobre el muslo mientras el capitán se quitaba el yelmo y conducía el caballo hacia ellos.

—Quedáis arrestados por orden del Anciano Goran —declaró—. Deponed las armas.

El rostro del cazabrujos asomó entre el capitán y el caballero situado a su derecha, y miró con sus ojos claros a ambos cautivos. Una sonrisa torcida se dibujó en sus facciones, dominadas por una mandíbula estrecha y dientes puntiagudos, como un zorro.

—¿Arrestados? ¿De qué se nos acusa? —preguntó Alderan.

—De entrar sin derecho en propiedad ajena, y de robo.

—¿Entrar sin derecho? —preguntó el anciano, enarcando las cejas—. Es una vía pública.

—Yo no he dicho que hayáis delinquido en este preciso momento. —El caballero sonrió, o al menos dejó los dientes al descubierto—. Entrasteis sin derecho en la finca particular del Anciano Goran cinco millas atrás.

—¡Nos desviamos diez yardas del camino para dar de beber a los caballos! — protestó Gair—. ¿A eso lo llamas tú entrar en propiedad ajena?

El caballero miró a los suyos, que se irguieron en sus sillas.

—Prefiero pensar que puedo llamarlo como me venga en gana.

—Supongo que el robo se refiere al agua que bebieron los caballos.

—Por supuesto que no. El agua es el obsequio de la diosa, dado de buena fe a todos los hombres y animales.

—Entonces, ¿a qué hace referencia esa acusación? —preguntó Alderan—. Porque estarás dispuesto a contárnoslo, ¿no?

El rubio capitán mostró de nuevo la dentadura.

—La acusación se debe a la desaparición de un objeto pequeño de las dependencias particulares del Anciano Goran. No es más que una bagatela, pero posee un inmenso valor sentimental. Tendremos que registrar vuestro equipaje. —Se encogió de hombros—. Eso podría llevarnos un rato.

—¿Te importaría decirnos de qué objeto se trata? Discúlpame, pero es que preferiría saberlo ahora, antes de que lo encuentres en mis alforjas.

Otro de los caballeros se dirigió a ellos:

—¿Qué, anciano, admitiendo tu culpabilidad?

—¿Yo? —Alderan extendió los brazos con las palmas de las manos vueltas hacia arriba—. Lo siento, amigo mío. No me cabe duda de que durante mi larga y ajetreada existencia habré sido culpable de muchas cosas, pero lamentablemente ninguna de las que imaginas.

El capitán frunció el ceño y ordenó avanzar a parte de sus hombres.

—¡Registradlos! ¡Registradlo todo!

Desmontaron cinco caballeros. Uno retuvo a los caballos, mientras los demás registraban las alforjas con torpeza debido a los gruesos guanteletes. Alderan observó al más cercano de los caballeros hasta que logró incomodarlo tanto que le devolvió la mirada.

—¿Qué estás mirando?

—Me preguntaba si sería buena idea. —Alderan señaló con la cabeza el brazo que el caballero hundía hasta el codo en las mudas limpias—. Me refiero a que nunca sabes qué vas a encontrar en el bolsillo de un brujo.

El caballero, ceñudo, volcó de nuevo su atención en el registro. De pronto lanzó un grito y sacó la mano de la alforja. Se quitó el guantelete para frotarse los dedos. Al cabo, los otros tres caballeros hicieron lo mismo. Gair miró de reojo a Alderan y vio que el anciano acertaba las riendas.

—¿Preparado?

Alderan no apartó en ningún momento la vista del capitán, que lanzaba gritos agudos y empujaba a sus hombres a reanudar la labor. Los demás caballeros los

miraron en lugar de seguir pendientes de los prisioneros. Tan sólo necesitaban un instante.

Alderan lanzó un grito y espoleó al caballo hacia el hueco que había quedado en la barrera formada por el capitán y sus cinco hombres. Gair tardó un segundo en seguirlo, y el alazán se puso al galope. Cuando franquearon la barrera, Alderan azotó las grupas de los caballos que lo flanqueaban para encabritarlos y aumentar la confusión.

—¡Detenedlos! —rugió el capitán—. ¡Por la diosa que os arrancaré la piel a tiras! ¡Moveos!

Era demasiado tarde. Gair tenía el camino despejado hasta la cresta. Arriesgó una mirada atrás. Un puñado de caballeros había emprendido la persecución, espoleando a los caballos sin piedad, pero se hallaban a considerable distancia. Se agachó sobre el cuello del alazán, a quien animó en voz alta a mantener el paso.

—¡Mil yardas!

Alderan señaló una cresta al frente, donde el camino serpenteaba más allá de las sombras crecientes. Un mojón se alzaba recortado contra el cielo rojizo. En cuanto lo superaran se hallarían fuera de la diócesis de Goran y habrían superado el peligro. Gair clavó los talones en los flancos del animal, exigiéndole un último esfuerzo.

Quinientas yardas después el caballo mostró indicios de cansancio. Al millar, el sudor le cubrió el pelaje y empezó a soltar espumarajos. Cada exhalación surgía áspera por los orificios nasales, muy abiertos, pero siguió galopando, y cada paso los llevaba más cerca de la salvación.

Después de un centenar de yardas más, Gair le susurró al caballo: «Otras cien, y ya queda menos, apenas cincuenta, buen chico, sólo un poco más, vamos, ánimo, ojo, ahí hay una piedra», y de pronto habían dejado atrás el mojón. Se incorporó en la silla y tiró de las riendas para frenar el paso del caballo, para después desandar el trecho que lo separaba del límite que acababa de franquear. Abajo, en la pendiente, los caballeros se reunieron en torno a su capitán, quien apoyaba los antebrazos en la perilla y tenía los ojos muy abiertos.

—A Goran no va a hacerle ninguna gracia saber del fracaso de sus hombres —dijo Alderan, inclinándose para asir las riendas del caballo.

Gair separó la camisa de la espalda empapada en sudor.

—Eran cuarenta en total, Alderan. A muchos de ellos los enviaran tras nosotros.

—Por no mencionar al sabueso.

—¿Te refieres al cazabrujos?

—Durante la Inquisición, la Iglesia los llamaba «buscadores de la verdad». La mayoría de los que hoy en día se hacen llamar «cazabrujos» eran metomentodos que no tenían nada mejor que hacer que espiar al vecino por dinero, pero hay un puñado que realmente posee talento, como ese de ahí.

Los caballeros del camino habían formado en hilera para cabalgar de regreso a Dremen. A unas yardas a su espalda, un hombre poco digno de mención permanecía sentado en el poni con la vista vuelta hacia la cresta. El hormigueo que Gair sentía en la cabeza había perdido intensidad, pero permaneció ahí después de que el cazabrujos volviera grupas y trotara tras los soldados que se alejaban.

—Aún siento su presencia en la mente. ¿Cómo lo hace?

—Tal vez tenga de algún modo la habilidad de sentir lo que puedes hacer. —Alderan se encogió de hombros—. No lo sé. Pero no creo que sea la última vez que sepamos de él, a menos que Goran nos haga la merced de caer fulminado por un ataque de apoplejía. Los santos saben que está bastante gordo.

Gair abrió los ojos desmesuradamente, sorprendido por el tono venenoso de su compañero.

—¿Cómo?

—Digamos que he oído unas cuantas historias acerca del Anciano Ignatio Goran. Si la mitad de ellas son ciertas ni siquiera está capacitado para vestir la túnica escarlata. Vamos. Tendríamos que buscar un sitio donde descansar.

—Cree que lo que hace es por mi propio bien.

—En tal caso, ¿espero que la diosa nos libre de creyentes como él! ¿Salvar tu mente eterna de la condenación, purificando tu cuerpo con el fuego? ¿De veras piensas que eso es lo que ella quiere? —Alderan tendió a Gair las riendas de su caballo.

—Me educaron para creer que nadie se ha extraviado tanto como para que no pueda redimirse.

—Los mismos que te educaron te encerraron tres meses en una celda y te marcaron la palma de la mano con un hierro al rojo.

También le habían hecho otras cosas en nombre de la verdad y la redención. No todas fueron dolorosas. Algunas tuvieron por objeto humillarlo, degradarlo, quebrar su voluntad. Alderan tenía razón. En realidad no tenía ningún sentido. De pronto Gair sintió un cansancio súbito; estaba exhausto, más de lo que recordaba haberlo estado en la vida.

—Creo que la diosa perdona —dijo finalmente—. Sólo que la Iglesia no lo hace.

No lejos del mojón encontraron una hondonada al abrigo de una colina rocosa, donde un riachuelo danzaba hasta desembocar abajo, en el río. Después de abrevar los caballos, retiraron las alforjas y los almohazaron con puñados de hierba.

—¿Estás seguro de que no quieres cabalgar hacia el sur? —preguntó Alderan, poniéndose de puntillas para imponer la voz a la altura del animal—. Aún no es demasiado tarde.

—Estoy seguro. Allí no hay nada para mí.

—Un día de éstos podrías llevarte una sorpresa.

—Puede. —Habían pasado bastantes cosas ese día para abrir además las heridas del pasado—. Alderan, ¿se puede saber qué llevas en las alforjas?

El anciano irguió la postura y arrojó a un lado el manojito de hierba.

—Ratoneras —dijo.

—¿Ratoneras?

—¿Es que no has oído la de problemas que hay últimamente en las ciudades con los rateros? No puedes fiarte de nadie.

Disfrutaron de una cena fría, consistente en lomo y encurtidos, todo ello regado con té dulce caliente. Después, Alderan sacó una pipa de barro y una bolsita de tabaco y se recostó en la silla de montar para fumar. Gair se estiró sobre una manta e intentó conciliar el sueño. A pesar del cansancio y el dolor que sentía en las articulaciones, no se le cerraron los ojos. El arroyo parloteaba constantemente. Seres diminutos recorrían el monte de hierba, y las aves nocturnas se piaban unas a otras. El más imponente de todos era el sonido que no podía oír, el canto de la magia que se alzaba en su interior.

Una parte de él deseaba que no volviera, aunque sintiera un agujero en el estómago cuando pensaba en no oír la música nunca más, en no haber sentido jamás la dulce urgencia de su poder. En realidad no habría ninguna diferencia si permanecía en silencio; Gair ya se había condenado. Había dado la espalda a las enseñanzas de la diosa cuando se había rendido a la tentación, y lo había perdido todo por su pecado, excepto la vida.

Se puso boca arriba y cruzó las manos bajo la nuca. En lo alto, las estrellas centelleaban como agujeros en las cortinas del firmamento. Contó las constelaciones que conocía, de este a oeste: el Peregrino, que se alzaba en ese momento y que a mediados de invierno desaparecería; el Carro; Amarada en su trono; el Cazador y sus Tres Sabuesos; la Espada de Slaine con la Estrella Polar en el puño, clara como un diamante. La primera luna, Miriel, ancha y dorada, colgaba a hombros de las montañas Archen. Tras ella, la Cola del Dragón apenas se divisaba sobre los picos luminosos mientras perseguía lo que quedaba del día.

—¿No puedes dormir? —preguntó Alderan, sentado al otro lado del fuego.

—No oigo la magia. Es como si me faltara algo.

—Curiosa canción de cuna.

—Llevo mucho tiempo escuchándola. Me acabé acostumbrando a su presencia. No es la primera vez que desaparece, pero las otras veces fue diferente, era como si estuviera dormida. Ahora ha desaparecido por completo y, aunque sé que no debería, siento que eso es algo... malo.

—¿Malo?

—No sé cómo explicarlo —continuó Gair—. Cada uno de los sermones que he escuchado me ha prevenido contra el pecado. Cada una de las plegarias que he

aprendido estaba destinada a mantenerme alejado de él. Pero cuando escuché la música por primera vez, me sentí tan bien que no pude luchar contra ella. Le abrí todo mi ser, aunque sabía que perdería la gracia de la diosa para siempre. —Se llevó la mano al pecho, al lugar donde había estado su pequeña medalla de plata de san Agostin antes de que los alguaciles se la arrebataran. Ni siquiera el santo patrón de los caballeros había conseguido mantenerlo en la senda de la luz.

—Sólo eras un niño —le dijo Alderan.

—Era lo suficientemente mayor como para conocer la diferencia entre el pecado y la virtud —le contestó el muchacho—, y aún así la ignoré.

—Todos los niños son curiosos.

—Al principio era curiosidad, pero luego ya no podía renunciar a la música. Sabía que estaba prohibida pero tenía que dejarla entrar. Era... gloriosa.

—Entonces, ¿qué fue lo que pasó en el camino? Me refiero a cuando me arrastraste hacia un puñado de caballeros suvaeanos y me diste un susto que probablemente me habrá costado cinco años de vida.

—Tan sólo pensaba en huir. La magia se había desatado y sentía que o bien actuaba o bien explotaba. Siento haberte espantado el caballo.

—No te preocupes por eso, no sufrió ningún daño. ¿Es así como sucede? Cuando se apodera de ti, quiero decir.

—A veces. —Hablar a oscuras resultaba más sencillo, era como confesarse—. De un tiempo a esta parte, las más de las veces, aunque al principio no era así. Cuando me asusto soy incapaz de controlarla y sé que algo terrible va a suceder.

—¿Algo aún más terrible que la condenación eterna?

—Me refiero a hacer daño a alguien —contestó Gair, como si no pudiera haber nada peor en el mundo.

Al otro lado del fuego se encendió la cazoleta de la pipa de Alderan.

—Ése es un peligro que corren quienes son capaces de alcanzar los cantos de la tierra —aseguró lentamente el anciano—. Con orientación y fuerza de voluntad aprenderías a usarla, y con el tiempo podrías cabalgar sobre tu don como un ave planea en el viento.

—Pero ¿cómo? ¿Quién va a guiarme, quién me enseñará a dominarla? —Se produjo una larga pausa—. ¿Alderan?

—Hay personas capaces de enseñarte —dijo, al cabo—. Si puedes dar con ellas y están dispuestos a ayudarte.

—¿Quién?

—Se hacen llamar los guardianes del Velo. Gracias a la Iglesia quedan muy pocos, pero aún encontrarías algunos. Ellos podrían ayudarte.

Gair se incorporó presa de una súbita alegría. No volver a lidiar a solas con la magia, dejar atrás el temor al futuro... ¿Era posible?

—¿Dónde podría encontrar a los guardianes? ¿Lo sabes? —preguntó.

Alderan negó con la cabeza, antes incluso de que Gair terminara de formular la pregunta.

—No sabría decirte. Temen llamar la atención, así que son gente discreta. Puede que la Inquisición haya desaparecido, pero aún hay miembros de la Iglesia que disponen de los medios y la voluntad para perjudicarlos.

De modo que estaría tan solo como siempre. La breve esperanza que había encendido el ánimo de Gair se apagó hasta convertirse en ascuas. No se extinguió completamente, no del todo, pero tampoco fue suficiente para mantenerlo caliente de noche. Se tumbó de lado y el viento suspiró sobre él. En lo alto, las estrellas rodaron infinitesimalmente hacia el amanecer.

—No entiendo cómo te las apañas para saber tanto, Alderan —dijo—. Soy capaz de hacer cosas que tan sólo he encontrado mencionadas en los libros de historia, o en cuentos infantiles, y tú hablas de ellas como si fueran lo más normal del mundo.

—Eso es porque son lo más normal del mundo. El canto forma parte del tejido de la creación. Sucede sencillamente que los demás han olvidado cómo escucharlo.

El ojo encarnado de la pipa borbolleó antes de apagarse. Alderan se aseguró de apagar el rescoldo sirviéndose del tacón de la bota, y luego utilizó el cuchillo para vaciar bien la cazoleta antes de llenarla de nuevo de tabaco.

—He llevado a cabo una especie de estudio del canto —explicó—. Es una afición. Si buscas en los libros adecuados está bien documentado, aunque la Iglesia se encargó de destruir muchas fuentes documentales. —Encendió las hebras prensadas en la cazoleta y devolvió la pipa a la vida—. ¿Sabías que una de las principales bibliotecas del Imperio está encerrada en las criptas que hay bajo la sacristía, de donde nunca saldrá? Miles y miles de libros perdidos para el conocimiento de todos, exceptuando a quienes mantienen los Índices.

—¿No son heréticos?

—¿Qué es la herejía, sino un punto de vista alternativo? Hay que compartir los libros, Gair. Todo el mundo tendría que poder consultarlos. En lugar de eso los apartan de la vista porque podrían, que los cielos no lo permitan, dar pie al libre pensamiento.

Gair arrugó el entrecejo.

—Pero el Índice fue creado para mantenernos libres de pecado.

—¿Y qué pecado es ése? —replicó el anciano—. ¿El pecado de la filosofía, la astronomía, la medicina? No, el Índice fue creado para controlar el conocimiento y mantener a la gente en la ignorancia, para que los demás sigan pensando que la fiebre intermitente se debe a un desequilibrio de los humores corporales, en lugar de por cavar la letrina demasiado cerca del pozo.

—No es eso lo que me enseñaron.

—La Iglesia te enseñó lo que quiso enseñarte. —Alderan carraspeó antes de dar una fuerte chupada a la pipa—. Os han conducido con las anteojeras puestas, muchacho. Confía en mí, estás mucho mejor lejos de ese sitio. La Iglesia aún tiene en su hombro la mano muerta de la Inquisición.

—¿Qué quieres decir?

—Conoces la historia, ¿no? ¿De cómo se fundó el Imperio? Una docena de pequeños ducados disputaban entre sí, demasiado suspicaces para unirse. Ninguno era lo bastante fuerte para plantar cara por su cuenta cuando los clanes nimrothianos descendieron por los pasos. Fue necesaria la Iglesia para forjarlos en algo que pudiese impedir el avance de Gwlach.

—El gran rede declaró la crisis de la fe. Tuvieron que unirse o afrontar la excomunión.

—Y después, por supuesto, la Madre Iglesia tuvo al emperador metido en el bolsillo. Éste gobernó según el capricho de los lectores. Cualquiera que desafiase el dominio eclesial, o pronunciase la palabra equivocada en el oído adecuado, encontraba en su puerta a la mañana siguiente a las túnicas negras.

—El maestro de novicios no lo cuenta así.

El anciano resopló.

—Bueno, y ¿por qué habría de hacerlo? La Iglesia guarda demasiados secretos. —Alderan estiró las piernas hacia el fuego y cruzó los tobillos—. Ahora vivimos en una era de la razón, con relojes, fábricas y hojas de papel que nos ponen al corriente de las noticias. Pero debido al legado de la Inquisición, hemos perdido algo realmente precioso. No nos queda casi nadie capaz de escuchar los cantos de la tierra.

—Excepto yo.

—Y quienes son como tú, sí. He conocido a varios durante mis viajes por todo el Imperio. La mayoría se sienten como tú, incomprendidos, confundidos, extraviados. Intenté ayudarlos en la medida de lo posible.

—¿Se debe a eso que me ayudaras a salir de Dremen? —Gair miró a través del fuego la figura en sombras de su interlocutor—. ¿Quién eres, Alderan? Casi sabes tanto de medicina como el hermano enfermero, y más acerca de mi don de cuanto yo pueda saber. ¿Qué es? ¿De dónde procede? A partir de ahora ¿qué va a ser de mi vida? ¿Qué haré con esto? —preguntó levantando la mano marcada.

—¡Son tantas las preguntas que no sé ni por dónde empezar! —El anciano rió entre dientes—. Bueno, soy un estudioso. Colecciono libros, cuanto más antiguos y raros mejor. Tenemos tantas cosas que aprender del pasado que merecen no caer en el olvido... Respecto a dónde puedes ir, eso depende de ti. Hay lugares donde la cicatriz no supone un impedimento.

—¿Dónde? El primer lector que la vea me cargará de grilletes.

Después de la cena, Alderan había vuelto a hacerle una cura y le había vendado

de nuevo la herida. La forma de la marca del brujo era claramente visible, a pesar de la hinchazón y las ampollas. Cuando desaparecieran quedaría una cicatriz que resultaría muy difícil disimular.

—No necesariamente. Sé de uno o dos que hacen una interpretación más flexible del *Libro de Eador*.

—Es una doctrina, Alderan. «No permitirás que un brujo siga con vida.»

Gair oyó aquellas palabras, pronunciadas en su recuerdo por el Anciano Goran. La ley estaba hecha de blancos y negros, tanto como el suelo ajedrezado del salón del rede. Su sensación de miedo se agudizó.

—¿No depende eso de tu definición de brujería? Antes dije que no creía que fueras brujo. No creo que lleves dentro la capacidad de hacer esa clase de daño.

—Entonces, ¿qué soy?

—Un joven capaz de convertirse en aquello que se ha propuesto ser —respondió Alderan—. Gozas de salud, se te da bien la espada, pues de no haber sido ése el caso te habrían enviado al escritorio, de modo que hay muchos lugares donde podrías ganarte la vida y en los que la marca de tu mano no provocará más que alguna que otra ceja enarcada. Podrías ser el guardián de un mercader, o servir en la mesnada de algún terrateniente. El Ejército Imperial. Incluso podrías convertirte en mercenario. Es un modo de vida caracterizado por la incertidumbre, pero he oído que se ganan bien la vida. Dicen que Kasrin de la Glaive vive como un príncipe.

Tal como lo había expuesto Alderan, sonaba fácil, a pesar de lo cual Gair no vio más que obstáculos. Ni dinero, ni familia a la que recurrir... Diablos, ni siquiera tenía caballo propio.

—Ojalá todo fuera tan sencillo.

Alderan permaneció callado un rato. Luego se sacó la pipa de la boca y exhaló un largo penacho de humo al cielo nocturno.

—También podrías acompañarme a poniente —propuso—. Tengo una escuela en Penglas, en las islas Occidentales. Allí podrías estudiar, tal vez convertirte en profesor con el tiempo, o aprender un oficio. Tendrás libertad de ir y venir como te plazca. Como mínimo eso te alejaría de aquí. No me quito de encima la sensación de que cuanto más tiempo sigamos en Dremenir, mayor es la probabilidad de que nos topemos de nuevo con los hombres de Goran, digan lo que digan las leyes jurisdiccionales.

—Eso es muy amable por tu parte, pero, con todos mis respetos, apenas nos conocemos. Te has tomado demasiadas molestias para ayudarme en la ciudad, pero no puedo pedirte que hagas más sacrificios por mí.

—Bobadas. Es mi deber de buen eadoriano tender una mano amiga a quienes son menos afortunados que yo, y, visto desde mi perspectiva, sigues perteneciendo a esa categoría. Será un placer tenerte de compañero de viaje, aunque sólo sea por la

conversación. Ya te adelanto que en un camino tan largo, de al menos mil millas, no se tarda en averiguar que los caballos no es que sean muy parlanchines.

—¿Mil millas? ¿Para ir a buscar libros antiguos?

—Me gusta viajar. —Una hilera de dientes asomó en torno a la boquilla de la pipa—. Además, los ejemplares más raros se reparten a lo largo y ancho de las doce provincias, y más allá. Anhelo visitar Sardauk el año que viene. En Marsalis tienen una espléndida biblioteca, y su universidad supera en antigüedad al Imperio. Por alguna razón el desierto alumbra a los mejores estudiosos. Puede que toda esa arena y el calor ayuden a la concentración mental.

Gair observó la fantasmagórica silueta de una lechuza sobrevolándolos en busca de cena. Alderan únicamente lo había tratado con consideración desde que despertó en la fonda, y su sugerencia de viajar a las islas le apetecía mucho más que las demás alternativas. Siempre le había gustado leer. Aventuras, historias, incluso los poemas épicos de las gentes del norte cuando estaba de humor para ello. La biblioteca de la casa materna contaba sobre todo con textos eclesiásticos, pero algunos de los primeros monjes se tomaron la molestia de dejar constancia de la historia de las tierras desde la Fundación en adelante, y hubo muchos que le entretuvieron.

—¿Qué puedo hacer ahí, en las islas?

—Lo que tú quieras. Podrías seguir tu propio camino.

—Y ¿no te importa lo que soy? Me refiero a la magia.

—Ni lo más mínimo. Tú y las demás personas que he conocido sois, casi sin excepción, gente decente, honesta, mejores eadorianos que muchos de los lectores que conozco, incluido nuestro querido amigo el Anciano. Ya he dicho que soy cauto en mis tratos con los hombres de la Iglesia, y tan sólo a un puñado puedo llamarlos amigos.

—¿Es el lector de tu parroquia uno de ellos?

Alderan rió de buena gana.

—Por supuesto. Es un tipo estupendo que me envía una botella de buen vino blanco de Tylan cada Atardecer, y que no me mira con el ceño arrugado si no acudo a confesarme. Quede constancia, Gair, de que a juzgar por nuestra breve relación, serías bienvenido en mi casa.

«Bienvenido» era una palabra que no había escuchado con la frecuencia deseada. Quienes mejor lo conocían lo habían desterrado de Leah, y quienes debieron perdonarlo fueron los mismos que lo expulsaron de la casa materna. La persona que le había tendido sinceramente la mano era a quien menos conocía, y ya estaba cansado de que todo el mundo lo rechazara.

—¿Cuánto llevaría el viaje?

—Mucho me temo que lo que queda de verano, aunque podríamos hacer la mayor parte del camino a bordo de un barco y ahorrarle a nuestros traseros el contacto con la

silla de montar. ¿Debo entender que has decidido acompañarme?

—Siempre me han gustado los libros.

—Comprendo. Pues bien, tenemos unas cuantas millas hasta Mesarilda y éste ha sido un día agotador para ti. Procura descansar.

Gair se tapó hasta los hombros con la manta. A poniente. Un nuevo comienzo, una vida propia, en lugar de la que otros habían decidido para él. Eso podía ser bueno, ¿no? Cerró los ojos. Además, no tenía muchas alternativas precisamente.

PREGUNTAS

La silla de madera era recta como un santo e inflexible como un roble negro de la Puerta del Traidor. Gair forcejeó como pudo con los brazos atados tras el respaldo, pero no sirvió de nada. Prácticamente había perdido la sensibilidad en la espalda.

Serios y pacientes como cuervos posados en una cerca, los tres interrogadores aguardaban. Idénticos con sus túnicas negras, con máscaras como de porcelana cristalizada, nada distinguía al portavoz.

—¿Estás incómodo?

Cabeceó en sentido afirmativo. Le ardían los hombros y le dolía el cuello debido al esfuerzo de mantener la cabeza en alto.

—Todo esto terminará pronto. Luego podrás descansar. —El tono suave, melifluido, era más propio de un confesionario que de la sala desnuda, de paredes encaladas, donde los interrogadores desempeñaban su labor—. Tal vez puedas darte un baño, disfrutar de una comida caliente. ¿Eso te gustaría?

Otro cabeceo. Agua caliente. Toallas esponjosas, cálidas, para envolverlo, como si se tumbara sobre las nubes de verano. Sí.

—Lo único que queremos es la verdad. —Fue una voz distinta esa vez. Más ronca, carente de inflexión, dura como una piedra. La voz apropiada para un interrogador.

—Os he dicho la verdad.

Una de las máscaras apartó la mirada. Otra ni siquiera se movió. La tercera, situada en el centro, se inclinó inquisitoria.

—¿De veras? Eso es imposible, o no estarías aquí. Las preguntas son muy sencillas. ¿Por qué no respondes a ellas con sinceridad?

—Os he dicho la verdad.

—Vamos, Gair —reprobó la voz suave, la de un maestro de escuela decepcionado con su alumno favorito—. Sabes que no es así. Hemos sido pacientes contigo y no creo que te estemos pidiendo gran cosa. Lo único que queremos es la verdad. Ésa es nuestra labor, obtener la verdad. Lo único que tienes que hacer es dárnosla. Es muy simple.

Siempre las mismas preguntas, y las había respondido más veces de lo que podía recordar. Les había contado la verdad, una y otra vez. Les había dicho lo que pensaba que querían oír, pero las mentiras tampoco los satisfacieron. Ellos repitieron sus

preguntas, y no se tomaron bien que no tuviera nada nuevo que decirles. Y estaba ya demasiado cansado de todo aquello.

—No tengo nada más que decirlos. —Tiró de las correas y el cuero grueso le hirió las muñecas—. ¿Cuántas veces más vais a querer oírlo?

—Mentir ante la diosa es pecado —dijo abruptamente la voz ronca—. El mundo es como es y decir lo contrario equivale a degradar la perfección de su creación. ¡Responde a las preguntas que se te hacen, o afronta el castigo por tu pecado!

—He respondido a las preguntas. —La sangre goteó de las manos de Gair.

—¿Quién es tu demonio?

—No tengo demonio.

—¿Quién es tu demonio?

—¡No tengo demonio! ¡Os lo he dicho un millar de veces!

—¿Quién es tu demonio?

Negó con la cabeza. No tenía sentido. Las mismas preguntas, las mismas respuestas, una y otra vez, y vuelta a empezar. Un centenar de años en esa condenada silla, con el culo tieso y las piernas dormidas y sometidas a calambres que no había forma de aliviar porque se las habían encadenado al suelo. Mil años encerrado en ese malsano y húmedo cuarto, respirando el humo acre del rancio aceite de la lámpara, además de su propio hedor. No tenía sentido.

—¿Quién es tu demonio?

—Perdéis el tiempo.

—¡Habla, muchacho, y salva tu alma! ¿Quién es tu demonio?

—¡No tengo demonio! Por el amor de la diosa, ¿es que no me estáis oyendo? —Le tembló la voz—. ¡No tengo demonio!

—¡Blasfemas!

—La blasfemia es pecado, Gair. Mentar su nombre en vano de ese modo... —Voz suave sacudió lentamente la cabeza, desaprobador, triste.

—Cuéntanos lo que queremos saber —espetó el otro interrogador—. ¡No nos mientas!

—No sé qué queréis que os diga. —Gair crispó los puños y volvió a abrirlos, empapados los dedos en su propia sangre—. Ya os he contado la verdad. No tengo demonio. No tengo familiar. No existe ningún aquelarre.

—Limítate a responder a las preguntas.

—Es lo que he hecho. ¿Qué más queréis?

—Queremos la verdad.

Finalmente habló el tercer interrogador. Su voz era culta, sedosa. Incluso refinada.

—No nos has dicho la verdad. Por tanto, es necesario alentarte para que seas honesto.

Un guante negro emergió de una manga e hizo un gesto imperceptible. Manos

invisibles corrieron un cerrojo tras la silla, momento en que los brazos de Gair recuperaron su postura normal. De pronto una marea ardiente, un cosquilleo, los recorrió a medida que la circulación sanguínea fue recuperándose, al menos hasta que tiraron de las cuerdas para colgarlo de las anillas de la pared y, de ahí, pasar a manos de los silenciosos lacayos de los interrogadores.

—No, por favor.

Lo levantaron de la silla, estirados los brazos por las cuerdas. Las piernas protestaron con continuos calambres. Más alto. La sangre volvió a circular, perforándolo con agujas diminutas. Y aún más alto. El dolor laceraba todos y cada uno de sus músculos. El sudor hizo que le dolieran las mordeduras de las correas en las muñecas.

—¡Piedad, por la diosa!

El cáñamo crujió, tenso como los obenques de un barco.

«Oh, madre, sé luz y consuelo ahora y en la hora de mi muerte.» Movi6 los dedos de los pies con la esperanza de tocar suelo. «Me postro ante ti...»

—¡Por favor! —Gair apretó con fuerza los dientes. «Sé luz y consuelo para mí.» Si pudiera estirar las piernas, plantar los pies, que apenas sentía. «Ahora y en la hora de mi muerte.»—. Pero ¿qué queréis?

—Tan sólo respuestas a nuestras preguntas, Gair. —Voz suave sonaba resignado—. Danos los nombres.

—No conozco ningún nombre —replicó Gair, casi sin aliento. El sudor le cubría la piel. Cómo le dolían los hombros, por la diosa—. No hay nadie más.

A su espalda oyó un culebreo serpentino, cuero desenrollado sobre piedra. Se le secó la boca. Cuando intentó tragar, la garganta emitió un chasquido.

—¡No sé qué queréis que os diga!

Entonces restalló el látigo y la espalda le ardió.

Gair se espabiló de pronto, con el corazón laténdole con fuerza en la garganta. Por los santos, apenas podía recuperar el aliento. El miedo le atenazaba los pulmones, y tamborileaba en sus oídos. Una sombra se movió a su lado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Alderan.

Gair asintió, pues no quería hablar. La brisa nocturna le había helado el cuello empapado en sudor. Al incorporarse, se apoyó en las rodillas y esperó a que su pulso recuperase el ritmo normal.

Alderán sacó de las alforjas una botella de agua que tendió a Gair.

—Ten, bebe.

—Gracias. —Le supo a cuero, pero al menos le hizo olvidar el sabor que tenía en la boca.

—Puedo darte algo para ayudarte a dormir.

«Déjame en paz.»

—Estoy bien.

—Necesitas descansar, Gair. Te he visto la espalda. Te han despellejado como una alfombra qilim.

«Lo sé.»

—He dicho que estoy bien. —Gair tomó otro sorbo de agua.

—Si cambias de opinión, sólo tienes que decírmelo.

«No lo haré.»

—Lamento haberte despertado.

—No importa. De todos modos tenía que levantarme.

Alderan le dio una palmada en el hombro y se dirigió hasta unas matas, de donde surgió al cabo el sonido de una vejiga aliviada. Cuando hubo terminado, volvió a su sitio y se cubrió con la manta sin decir palabra.

Gair dio otro sorbo y contempló el páramo. Tres días y un centenar de millas entre él y la ciudad santa, medio camino recorrido hasta la frontera belisthana, y seguía sin ser capaz de dejarlo atrás. Se frotó los ojos. Le sería imposible conciliar de nuevo el sueño. Era esa hora de la noche. Lumiel, la segunda luna, apenas se había inclinado hacia el amanecer; era la hora favorita de los interrogadores, el momento que media entre Segunda y la salida del sol, cuando la bajamar tira de las aguas del alma, cuando la resistencia es menor. Ese momento de la noche en que los sueños se antojan más reales.

Se miró la mano hinchada y probó a doblar los dedos. Ya no parecía dolerle tanto, pero tenía menos fuerza con la mano que una salchicha cruda. La huida a caballo no había facilitado las cosas. Qué cansado estaba, por los santos. Cansado, dolorido y a la deriva en plena oscuridad, aguardando aún la llegada del alba.

—Si todo va bien llegaremos a Belistha a finales de semana —dijo Alderan a la mañana siguiente, cuando volvió a ensillar el bayo—. Unas tres semanas de allí a Mesarilda, si el tiempo acompaña.

Gair gruñó mientras se las ingeniaba para poner los arreos. Podía cinchar con una mano en cuanto pasaba la correa por la hebilla, pero era precisamente eso lo que suponía un problema. Un insecto le hizo cosquillas en la frente. Soltó la cincha y dio un manotazo para espantarlo, pero el cosquilleo se volvió más intenso, como si tuviera insectos bajo la piel. Lanzó un juramento.

—Alderan, siento la presencia del cazabrujos. —Gair se envaró para echar un vistazo en torno al páramo, en dirección a Dremen. Brezo rojo y aulaga. Las colinas rocosas asomaban del blando terreno como huesos a través de una manta podrida. No vio indicios de persecución—. No veo a nadie.

—Aquí estamos muy lejos de la jurisdicción de Goran —aseguró Alderan sin demasiada convicción.

—¿Por qué sigue husmeando ese cazabrujos?

Gair se volvió hacia el paciente caballo e hizo un esfuerzo por poner las cinchas entre juramentos de frustración.

—Tómalo con calma, muchacho, tranquilo. Deja que lo haga yo.

—Puedo apañármelas solo —gruñó Gair, que a la tercera logró ajustar la lengüeta de la hebilla en el agujero correspondiente.

«¡Por fin!», pensó antes de tomar las riendas y montar. Miró en torno del campamento para asegurarse de haber dejado el menor rastro posible. Habían dispersado las piedras que reunieron para cercar el fuego y prensado el terreno. En uno o dos días la hierba volvería a cubrirlo todo. Era cuanto podía hacerse.

—Quiero alejarme de aquí, Alderan —dijo—. Cuanto más lejos, mejor.

—De acuerdo, lo entiendo —aseguró el anciano en tono conciliador, abrochando la última correa de las alforjas. Se encaramó a la silla—. ¿Aún sientes su presencia?

Gair asintió.

—Débil, pero sigue ahí.

—Es persistente, eso se lo concedo. Goran debe de haberle pagado con generosidad.

Cuatro días más tarde, una piedra del camino, erosionada por el viento, fue el único indicio de que habían franqueado Dremenir para adentrarse en la zona más meridional de Belistha. A Gair el paisaje le recordó a Leah, más concretamente al pie de las colinas de Laraig Anor. Había viajado legua a legua hasta aquel lugar cuando apenas era un muchacho subido a un poni recio, atento al paso de las estaciones: del invierno a la primavera, del verano al otoño. Se apresuró a apartar de la mente esos recuerdos. Nada bueno resultaría de aferrarse a ellos. Ya no había nada en Leah que le perteneciera.

Los caminos principales estaban atestados de caravanas. Levantaban inmensas nubes de polvo que lo cubrían todo de una capa de arenilla en media legua a la redonda. Alderan dejó atrás el camino principal, en favor de otros más estrechos que serpenteaban a través de cotos de caza hasta alcanzar verdes llanuras. Tres semanas después de partir de Dremen, tomaron el amplio camino imperial al llegar a Flota, en Arennor, y luego giraron hacia el sur, en dirección a Mesarilda. Tras dos días de camino, Gair sintió primero el hormigueo y luego los pinchazos que de nuevo delataban la cercanía del cazabrujos.

—Está más cerca —dijo.

Alderan apartó la vista del fuego donde había puesto a calentar un puchero de estofado. Había demostrado ser un cocinero razonablemente bueno, capaz de improvisar deliciosas comidas a partir de los ingredientes que dispusiera en cada momento o de lo que pudiera cazar por ahí, como esa liebre, sazonada con un puñado de hierbas que había recogido de camino.

—¿Nuestro amigo de la mirada acuosa? —Y cuando Gair asintió—: ¿Sabrías decirme dónde está?

Gair se puso en pie y giró lentamente a su alrededor, contemplando las imponentes hayas que bordeaban el campamento. La sensación se intensificó un poco cuando encaró el noreste. Señaló.

—Hacia allí.

—¿Alguna idea de a qué distancia está?

—No. Pero está cerca, o aprieta el paso.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé. Lo intuyo. —Se volvió al ver que el anciano no decía nada, y lo encontró contemplando el puchero como si la salsa se hubiera espesado, inmóvil con la cuchara en la mano—. ¿Alderan?

—La cena está lista.

—Alderan.

Le tendió un plato de estofado, junto a una hogaza de pan.

—Acabas de señalar en dirección a Dremen, sin desviarte un milímetro —aseguró el anciano—. Me encantaría saber qué hiciste para que Goran se haya tomado tantas molestias. ¿No lo pillarías metiéndole mano a un monaguillo, o algo por el estilo?

Gair se sentó con el plato en el regazo.

—Hasta que se presentaron los cargos apenas sabía de quién se trataba. —Empujó la carne por el plato, en busca de apetito, recordando el restallido del látigo. Los sueños no habían cedido—. Después, cuando supervisó mi interrogatorio, tuvimos ocasión de conocernos mejor.

—¿Eran sus interrogadores? —preguntó Alderan.

—Eso creo.

—No me sorprende. ¿Lo sabe Ansel?

—No tengo ni idea. —«No quiero hablar de ello», pensó.

—Avisa si vuelves a notarlo. —Alderan señaló el plato intacto—. ¿Vas a comerte eso?

A la mañana siguiente había desaparecido la presencia del cazabrujos. En torno a mediodía, hicieron un alto a la sombra de una arboleda. Gair ató los caballos a un árbol y se subió a una valla para sentarse junto a Alderan. El verano había madurado en otoño y había empezado la siega. Las hoces resplandecían en los campos, y los tresnales se repartían en las laderas, adelantándose a los nubarrones que se amontonaban en el borde del valle.

—¿Habías viajado tan a poniente, muchacho?

El anciano le tendió una botella de agua.

—No. Nunca fui más allá de Dremen.

Gair bostezó.

—No parece muy distinto, ¿verdad? Una granja es una granja, aquí o a seiscientas millas de distancia. Eso es lo que llevamos recorrido, puede que un poco más. El resto lo haremos en barco. Tomaremos una falúa que nos lleve de Mesarilda a Puertos Blancos, y luego navegaremos rumbo a las islas.

—¿Cuánto tardaremos? —Gair ahogó otro bostezo.

—Tendríamos que llegar para San Simeón. ¿Cansado?

—Un poco.

—¿Duermes bien?

—Como un tronco.

Alderan lo miró de soslayo.

—¿Y qué tal si me dices la verdad?

La verdad era que había vuelto a soñar, tal como hacía casi todas las noches. A veces despertaba de esos sueños bañado en sudor, el cuerpo tenso para encajar el golpe. En ocasiones, como la pasada noche, soñaba con los ojos de lechón de Goran, que relucían mientras él echaba atrás el cuero pesado.

—No muy bien —admitió Gair—. Mejor de lo que solía, pero no muy bien.

—Llevará su tiempo.

—El aire fresco ayuda. La luz del día.

—¿Te tuvieron a oscuras?

—La celda estaba forrada con planchas de hierro. Apenas podía ver lo bastante para evitar orinarme en los pies. —Gair puso el corcho en la botella y se la devolvió—. ¿A cuánto estamos de Mesarilda?

—Llegaremos a tiempo de cenar. Se asienta en el próximo valle.

Al cabo de una hora, el camino los llevó al borde de un amplio valle poco profundo, bisecado por un tremulante trecho del Gran Río. Sobre una roca con forma de cuña situada en la confluencia con el río Awen, se alzaba una enorme fortaleza sobre las cimas del acantilado, como alumbrada del vientre de la tierra. Por la cara posterior del acantilado caía en cascada la ciudad, envuelta por hileras e hileras de murallas, como si Mesarilda y su expansión se hubieran visto forzadas a aflojar agujero tras agujero del cinturón. Gair dejó descansar el caballo en el camino y contempló el lugar con los ojos muy abiertos.

—¡Es enorme!

—Cada vez más. —Alderan señaló las diminutas figuras que subían por la cicatriz parda que habían dejado los recientes terraplenes—. Mira, la muralla exterior no tiene más que doscientos años y ya están excavando los cimientos de la siguiente.

—¿Para qué?

—La diosa sabrá. No ha habido guerra en Elethrain en novecientos años. Supongo que es para dar trabajo a los albañiles. ¿Estás preparado para marchar?

Gair espoleó al caballo.

—¿Pasaremos la noche allí?

—Probablemente. Depende de si encontramos pasaje en la siguiente falúa. ¿Por qué?

El joven se encogió de hombros antes de responder.

—Es la capital. Es la primera vez que la visito.

—Ésa es tan buena razón como cualquier otra. Vamos.

Costaba determinar dónde empezaba Mesarilda. Algunas casas bordeaban el Camino Norte, a medida que discurría hacia el valle en dirección sur, y luego había algunas más, antes de las calles laterales, las fondas, las caballerizas y los establos. Al cabo fue imposible ver la campiña que rodeaba los edificios. El olor a tierra y heno fue sustituido por el de humo y basura. Las casas se fueron apiñando, cada vez más altas, de hasta tres, incluso cuatro plantas. Los ciudadanos más prósperos podían permitirse decorar las ventanas con vidrieras, algo que Gair sólo había visto antes en iglesias. En Leah, las ventanas eran marcos de plomo sin adornos, con recias contraventanas para mantener a raya las tormentas. Nunca las había considerado ornamentos, sino elementos funcionales.

Alderan permaneció impassible ante la asombrosa extrañeza de la urbe, y mantuvo un aire ligeramente aburrido, confiado, mientras Gair no podía evitar mirarla con asombro, como un patán. Intentó imitar la compostura del anciano, pero le resultaba imposible cuando cada recodo del camino ofrecía algo nuevo a su mirada. Edificios con columnatas que enmarcaban amplias plazas con fuentes donde se amontonaba el gentío. Estatuas con las manos levantadas, rogando la bendición de la diosa, o mirando con arrogancia en dirección al horizonte, junto a avenidas bordeadas por árboles de amplias hojas, a cuyos pies crecían flores con más colores de los que podía enumerar. Mirar, mirar era lo único que podía hacer para evitar quedarse boquiabierto.

Para cuando llegaron a la tercera puerta de la ciudad, una espaciosa arcada de rojizo granito elethrainiano, la tarde menguaba y su paso se había reducido a una marcha lenta. El montón de gente que los precedía hizo que los empujones en la puerta de Anorien, en Dremen, semejaran la cola que se hacía para comprar el pan, pero al cabo de un buen rato salieron a un prado. La masa de gente raleó a medida que algunos tomaron un camino y el resto otro, hasta que todas las espaldas con las que Gair había acabado familiarizándose durante la larga espera habían desaparecido como gotas de lluvia en la corriente de un arroyo.

Alderan condujo el caballo a la izquierda, hacia una calle lateral. Gair lo siguió.

—¿Adónde vamos?

—Es tarde y ya no podremos sacar pasaje, así que tenemos que encontrar un lugar donde pasar la noche.

—¿Aquí arriba? ¿Por qué no nos acercamos a los muelles?

—Porque prefiero no compartir el lecho con criaturas que tienen más patas que yo. Ahí abajo hay ratas del tamaño de un terrier.

—¿Ratas? —A Gair le rugió el estómago.

—Salen de las embarcaciones que transportan grano. Son enormes, llenas de pulgas.

—Comprendo. —Se sintió mareado.

Alderan se volvió para mirarlo.

—¿No me dirás que te dan miedo las ratas?

—No, miedo no. No es eso, pero... —Gair tragó saliva ruidosamente. Le vino a la mente el recuerdo de rincones oscuros y malolientes, y de un niño que tropezaba y caía de cabeza en un nido de invisible pelaje que chilló y chilló y le mordió. Sintió un escalofrío—. Simplemente no me gustan.

—Eso parece. —Alderan sonrió—. Vamos, no lejos de aquí hay una buena fonda.

La calle discurría a través de otras dos arcadas hacia zonas más antiguas de la ciudad, y la pendiente se volvía cada vez más pronunciada a medida que ascendía por la ladera hacia la amenazadora ciudadela de piedra rojiza. Finalmente, Alderan condujo al caballo a través de una puerta doble que había bajo un balcón enmaderado.

Sombras azuladas trepaban por las murallas del patio, y el olor de los preparativos de la cena inundaba el ambiente de la fonda. El estómago de Gair gruñó para darle a entender que hacía mucho de la última comida. En el interior del espacioso salón, una barra recorría la pared contraria, entre la puerta de la cocina y la escalera, con una fila de toneles chatos tras ella, como cerdos en un comedero. Alderan dio golpes secos en la barra.

—¡Posadero!

Un tipo orondo con delantal blanco salió de la habitación trasera, secándose los brazos con un trapo.

—¿Qué se te ofrece, señor?—preguntó con el rostro iluminado, colgándose el trapo del hombro—. ¿Bebida? ¿Vino? Nos acaba de llegar un espléndido vino blanco de Tylan.

—Busco alojamiento para mí y para mi escudero, y algo de cenar. —Alderan improvisó el tono y se apoyó en el mostrador como si el negocio le perteneciera—. Un comedor privado, si es que tienes algo así.

—Pues claro, mi señor. Un momento, por favor.

El dueño desapareció en el cuarto trasero después de dedicarle una inclinación de cabeza. Regresó acompañado por una camarera.

—Maura te mostrará la habitación, mi señor. Cualquier cosa que te haga falta no tienes más que pedírsela.

Una mirada fría evaluó el aspecto de la camarera de la cofia a los zapatos,

demorándose en la silueta que le ocultaba el delantal. La doncella se puso colorada, y Gair arrugó el entrecejo.

—Gracias —dijo el anciano, arrastrando un poco las palabras—. ¿Vamos?

La doncella hizo una honda y torpe reverencia, y encabezó el camino hasta un conjunto de habitaciones situado en la segunda planta, lo bastante apartado del salón para que el ruido no los molestara. Atendió las arrogantes instrucciones de Alderan respecto a la disposición del equipaje, los baños y la cena, en ese orden, y luego se retiró entre reverencias con la mano del anciano en la nalga. En cuanto se hubo cerrado la puerta, Gair se encaró con él.

—¿Siempre tratas así a las mujeres? ¡Ella no es una de tus propiedades!

—Un cazabrujos anda pisándote los talones, ¿recuerdas? Procuero que el dueño se acuerde de mí en lugar de acordarse de ti, y con un poco de suerte nos escurriremos de la ciudad como una anguila —replicó Alderan—. Y ahora tengo que asegurarme de reservar pasaje para ambos. Volveré dentro de un par de horas.

Sin más explicaciones, abandonó la estancia y Gair le oyó bajar la escalera dando fuertes pisotones. Por su parte se dejó caer en un sillón y miró ceñudo el hogar vacío. Estaba perplejo. Sucedió algo y él estaba en el ojo del huracán, pero no tenía la menor idea de qué podía ser. Alderan estaba cubierto de más capas que una cebolla, y, al igual que una cebolla, le arrancaba lágrimas de los ojos si pensaba en ello. Una vez se hubo marchado el anciano, no había nada que hacer salvo esperar y ver si a su regreso estaría dispuesto a responder a sus preguntas.

VIEJOS AMIGOS

El baño y la cena pasaron como una exhalación sin la presencia de Alderan. Aburrido, Gair rondó por las habitaciones hasta que no pudo soportar el tedio y seguidamente se dirigió a la puerta. Recordó que la doncella había mencionado la existencia de un jardín en lo alto del edificio. Pensó que un soplo de aire fresco le sentaría bien.

Dos tramos de escalera lo llevaron ante una puerta baja que daba al tejado, donde en efecto encontró el jardín. Lo habían allanado para cubrirlo después con baldosas cuadradas de pizarra, sobre las que descansaban macetas y barriles que contenían flores y árboles en miniatura, cuidados con esmero. Algunos bancos dispersos permitían a los parroquianos relajarse. El viento soplaba procedente del río, pero las baldosas conservaban el calor absorbido a lo largo del día, de modo que los clientes estaban en mangas de camisa.

Gair vagabundó entre las plantas, disfrutando de la fragancia y el color. La terraza tenía vistas a dos terceras partes de la ciudad, y el paisaje revelaba un número sorprendente de otros jardines similares, algunos iluminados incluso con linternas con pantallas de colores. El canto de las golondrinas rasgaba el aire nocturno.

—Encantador, ¿verdad? —dijo una voz a su espalda.

Gair giró sobre sí. Vio a un hombre, con una copa de plata en la mano, tumbado en un banco de madera junto a la pared. Llevaba el cuello desabrochado, y suelto el pelo negro que le caía sobre las hombreras de una camisa de seda color violeta. Levantó la copa a modo de saludo.

—A tu salud —dijo.

—Discúlpame, señor, no creo que nos conozcamos. —Gair se inclinó ante él, formal.

—Tenemos un amigo común en Alderan —dijo el hombre—. Espero que podamos vernos mientras esté en la ciudad.

—No tardará en regresar. Si quieres que le diga algo de tu parte...

—Ah, no tiene importancia. —El hombre sacudió la copa con desenfado—. Pensé que podríamos recordar los viejos tiempos. Tengo algunos negocios en la capital. Todo es muy tedioso, pero sirve para pagar los impuestos.

—Le diré que preguntaste por él. —Gair hizo una pausa, preguntándose cómo había sabido ese tipo dónde encontrar al anciano en toda Mesarilda—. ¿Te alojas en la fonda?

—Ay, no. Hoy tengo citas en otros lugares. Es una lástima, porque el dueño del lugar tiene una buena bodega. Pero dile a Alderan que Savin estuvo aquí. ¿Eres nuevo?

«¿Nuevo? ¿Nuevo en qué?»

—Hace poco que nos conocemos, sí.

—Pareces muy distinto de los críos extraviados que suele acoger. Debo admitir que la mayoría son unos desharrapados, pero tú pareces un gato de buena casa. — Savin señaló con un gesto el banco contiguo—. Siéntate y tómate un vino mientras me hablas de ti.

¿Quién era ese hombre? Por mucho que asegurara conocer a Alderan, su comportamiento resultaba chocante. A Gair le daba la impresión de que era de esa clase de personas que aplastan una abeja en lugar de abrir la ventana para dejarla salir.

—Gracias, señor, pero no.

Savin tomó la botella del suelo y llenó la copa.

—¿Seguro que no te apetece un trago? No muerdo. —Gair siguió donde estaba. La irritación cruzó las inmaculadas facciones de Savin—. Como desees.

Dejó la botella vacía en la baldosa y chascó los dedos. El recipiente desapareció por completo, fue como si el mundo se hubiera abierto y cerrado a su alrededor. Aunque Gair se sobresaltó, no se sintió realmente sorprendido, pues Alderan había mencionado que conocía a otras personas con habilidades similares a la de Gair.

—Desprecio el desorden, ¿tú no? —El hombre se recostó en el brazo del banco con los tobillos cruzados. Tenía las botas negras y relucientes, parecían bastante caras—. Bueno, cuéntame cómo conociste a Alderan.

—Dudo que te interese.

—Soy curioso por naturaleza, y hay muchas cosas que me parecen fascinantes. — Savin saboreó un trago de vino, y seguidamente obsequió a Gair con una sonrisa capaz de desarmar a cualquiera—. Además, creo que disfrutarás de una buena conversación. Tienes que estar mortalmente aburrido después de pasar días con él.

—No es para tanto.

—Pero no puede decirse que sea lo más emocionante del mundo, ¿eh? Alderan puede ser un pajarraco plomizo cuando se lo propone, aunque tiene el corazón en su sitio.

—La verdad es que he tenido bastantes emociones para una larga temporada.

Savin se rascó la ingle. Su proximidad bastaba para ponerle a Gair los pelos de punta.

—¿De veras? Háblame de lo sucedido.

—Tuve un encontronazo con algunos caballeros de la Iglesia.

—Qué emoción. ¿En qué clase de lío te habías metido?

—Era algo muy serio.

—Bueno, me encantaría que me contaras toda la historia, pero, ay, tengo que irme. —Savinapuró de un trago la copa y se levantó—. He disfrutado mucho de nuestra conversación, a pesar de que haya sido algo unilateral. Quizá podamos charlar de nuevo en otro momento.

Le tendió la mano. En uno de los dedos relució un instante un pesado anillo de plata y amatista. Gair le dedicó otra tensa inclinación de cabeza. No tenía un motivo concreto para no querer estar cerca del hombre de la camisa color violeta. La decepción se dibujó en los labios de Savin, que respondió con una inclinación, breve pero educada.

—Tal vez con el tiempo acabes confiando en mí. Hasta entonces, permíteme decirte que te harás un favor si piensas más a fondo en lo que sea que Alderan te cuente, en lugar de creerlo todo a pies juntillas. Ese viejo no es lo que parece. Ahora debo despedirme. Creo que me he quedado más tiempo del debido.

—No olvidaré mencionar a Alderan tu visita.

Ruido de pasos a espaldas de Gair, en las baldosas. Cuando se volvió para mirar, vio a Alderan caminando hacia él entre las macetas. Y cuando se dio la vuelta, Savin había desaparecido.

—Has estado a punto de cruzarte con un amigo tuyo —dijo.

Alderan lo observó como si acabara de asegurarle que el cielo era de color verde.

—¿Perdón?

—Un tipo llamado Savin. Dijo ser amigo tuyo. Bueno, un conocido.

Alderan frunció el ceño.

—¿Y dices que se llama Savin?

—Me contó que había venido para charlar de los viejos tiempos y ponerlos al día, y que esperaba encontrarte aquí. Le prometí darte el mensaje. —Al anciano se le agrió por completo la expresión—. ¿He hecho algo malo?

En un abrir y cerrar de ojos la expresión de Alderan no pudo adoptar mayor afabilidad.

—No, en absoluto. Es que no esperaba encontrarlo en este lugar. Eso es todo. Vaya, vaya, hace mucho tiempo que no veo a Savin.

—Me pidió que te diera recuerdos.

—Ah, estoy seguro de que eso fue lo que hizo, muchacho. Bueno, ¿me has dejado algo de comida?

Ya en sus habitaciones, Alderan cenó en silencio. Gair percibía que algo no iba bien, pero no supo decir si guardaba relación con la visita de Savin. Vagabundó por la estancia, comiendo unas uvas e intentando descubrir por qué aquel tipo elegantemente vestido desentonaba tanto en el tranquilo jardín que había en el tejado.

—¿Te dijo Savin algo más? —preguntó de pronto Alderan al apartar la bandeja.

—Mencionó que yo era diferente del resto que habías acogido. ¿Qué quiso decir?
El anciano se limpió los labios con una servilleta.

—No eres el primero que viaja conmigo a las islas Occidentales. Algunos se quedan, otros no. Todos necesitaron pasar una temporada en otro lugar, eso es todo, más o menos como tú. ¿Qué respondiste?

—Nada. No me interesé por sus asuntos. Además, si vino a visitarte, ¿a qué se debe ese interés por mí?

Alderán lanzó una risotada, y arrojó sobre la mesa la servilleta.

—Menudo instinto el tuyo, amigo mío. Savin y yo tenemos un largo historial, pero no me preocupa lo más mínimo, y no quiero pasar la velada bebiendo e intercambiando batallitas con él. No te equivoques, me has hecho un favor. Por cierto, quizá quieras saber que he obtenido pasaje para ambos. Mañana, a primera hora. Nada lujoso, pero bastará para llevarnos allí y cuanto antes lleguemos, mejor. Corren tiempos difíciles y, a juzgar por lo que he oído en la ciudad, las cosas van a peor.

Sacó del bolsillo un papel arrugado que dejó en la mesa. Gair lo desplegó. Fechada cuatro días antes, la octavilla, de papel de baja calidad, amarilleaba ya, pero tenía la letra bien impresa y compuesta. Leyó unas líneas del informe que hablaba de actos de bandolerismo en las marcas arenorrianas, y del envío de quinientos hombres de la guarnición de Flota para remediarlos.

—Bandas de ladrones circulan por los caminos, por no mencionar los altercados civiles. El mes pasado, los aprendices organizaron protestas en Yelda. También hay rumores provenientes del desierto. Las octavillas están repletas de noticias así. Según las personas con las que me he entrevistado, tuvimos suerte de evitar a los bandoleros de camino al sur. Las patrullas imperiales las vigilan cada pocos meses, pero eso no los desalienta. Los mercaderes reúnen sus caravanas y contratan mercenarios para protegerlas.

—¿Qué nos impide sumarnos a alguna de esas caravanas?

—Prefiero no esperar dos días a que parta la siguiente que viaja en dirección sur —le contó Alderán—. Además, en invierno los convoyes son lentos como melaza. Prefiero ponerme en marcha y doblar el cuerno de Bregorin antes de las tormentas otoñales. Entre las falúas fondeadas en puerto se dice que hay menos bandidos en las vías marítimas, a pesar de que los hay.

—Eso no es muy tranquilizador.

—Ah, pues yo diría que tú y yo podríamos encargarnos de algunos rufianes armados con cuchillos herrumbrosos, ¿no crees? Después de nuestra riña con la flor y nata de la Iglesia...

A regañadientes, Gair se rindió ante aquella muestra de humor, y sonrió.

—Supongo que sí —admitió—. ¿Cuándo nos hacemos a la mar?

—Al alba, así que mejor será que te acuestes temprano. ¿Me has dejado algo de

agua en el baño?

El mercante *Rose* era un quechemarín de dos palos que transportaba grano río abajo hasta Puertos Blancos. Había espacio a bordo para dos pasajeros, siempre y cuando no les importase dormir en cubierta y echar una mano con el aparejo cuando fuera necesario. No obstante hubo que vender los caballos. Gair se había encariñado con el alazán, al que acariciaba el largo hocico, dándole tirones de orejas, mientras Alderan negociaba un precio con los mozos de cuadra de la fonda. Después se echaron al hombro las alforjas y se dirigieron hacia los muelles. Amanecía.

El patrón del *Rose* era un tipo de aspecto malvado, tuerto y con una pipa de barro pegada a la comisura del labio. Por compañía tenía un perro blanco y negro de raza indefinida, y un gato para espantar a las ratas.

—¿Ratas? —repitió Gair, mirando alrededor de la cubierta recién pintada.

—El barco transporta grano, que atrae a las muy jodidas. —El bronceado patrón produjo un sonido similar a un cloqueo—. Pero no te preocupes. Hace tres días que no veo ni una, y aquí mi viejo *Reuben* está gordo como una bola de manteca.

Acarició el lomo del gato y luego se dirigió con paso lento hacia la timonera, de donde sacó una botella de cuero negro. Tomó un largo trago. Gair reparó en las manchas que tenía en la ropa y en la barbilla rasposa.

—¿Es de confianza? —preguntó a Alderan mientras estibaban sus pertenencias en las batayolas.

—¿Skeff? Más o menos. No es la primera vez que viajo con él. Además, es lo mejor que pude encontrar con tan poco tiempo.

—¿Y si nos roban?

—Eso no sucederá. Por lo general los bandidos dejan en paz a Skeff, porque saben que no lleva gran cosa que puedan robarle. Todas sus ganancias se las gasta en bebida.

—Pues esos argumentos no hacen que aumente mi confianza.

Un marinero largó amarras y las arrojó a la cubierta del *Rose*. *Toby*, el perro, ladró emocionado a los chuchos que poblaban las demás embarcaciones, cuando el viento y las aguas cobraron brío. En cuanto navegó a favor de la corriente, el can se situó en proa, como un mascarón, sonriente y jadeante. *Reuben* lo miró con desdén desde el pañol del cabo, con la cola bajo el hocico.

El gato parecía un cazador de ratas competente, puesto que durante la primera noche no le perturbó el sueño ni un chillido. Terminada la ronda nocturna, se sentó en la proa para llevar a cabo sus abluciones matutinas. Era un imponente gato atigrado de pelo color naranja, con unas patas blancas que aseaba con denuedo, por delante y por detrás, antes de fregarse con ellas las orejas. De vez en cuando se detenía a mirar a Gair con sus ojos amarillos entrecerrados, antes de volcar de nuevo toda su atención

en su aseo personal.

—El desayuno está servido.

Alderan asomó de los modestos fogones, la cocina de a bordo, situada bajo cubierta, y dejó dos platos sobre la tarima del suelo, junto a Gair, llenos de humeante panceta y pan fresco de la despensa.

—Parece que tendremos otro estupendo día —añadió, señalando con un gesto el cielo despejado. El sol era un disco dorado, y jirones de bruma cubrían el agua que se extendía ante la embarcación. Allí donde penetraba el sol, el rocío centelleaba sobre la hierba que cubría ambas orillas. El ambiente olía a tierra húmeda y campos recién segados—. ¿Has dormido bien?

—Muy bien. —Gair cogió uno de los platos—. Mejor de lo que venía haciéndolo últimamente.

—¿No has tenido pesadillas?

El joven negó con la cabeza. Para ser justos había que admitir que tuvo alguna que otra, pero ninguna que lo despertara cubierto de sudor, tal como le había sucedido las primeras noches una vez dejó atrás la casa materna.

—¿Y la música?

—Sigo sin escucharla.

Alderan sacó de las alforjas un recipiente de barro con especias, que procedió a extender con liberalidad sobre la panceta. Por lo visto tenía un inagotable surtido de condimentos.

—¿Qué me dices de nuestro amiguito? —Acompañó sus palabras con un leve gesto que señalaba hacia el noreste.

—Nada. ¿Crees que hemos logrado despistarlo?

Alderan adoptó una expresión pensativa.

—Tal vez. Quizá no. El tiempo lo dirá. Tú hazme saber si percibes su presencia.

Mientras comía, Gair intentó sobornar a *Reuben* con un trozo de panceta, pero el felino estaba muy ocupado cepillándose la peluda barriga. Sin embargo, *Toby* se le acercó meneando la cola.

—De acuerdo, de acuerdo —rió el joven, arrojándole la panceta.

El perro la devoró sin más, y levantó la mirada a la espera de que le dieran más.

—Lo siento, pero no hay más.

Toby protestó, así que Gair lo acarició y fue recompensado con entusiastas lametones en la cara. Desde lo alto de un arcón, *Reuben* volvió la mirada antes de hacerse un ovillo y darles de nuevo la espalda.

El tiempo transcurría lentamente en el quechamarín. El calor de finales de verano resultaba agradable, y el borboteo del agua muy tranquilizador. Alderan se estiró, sirviéndose de las alforjas a modo de almohada, y se quedó dormido rápidamente. Gair se volvió intranquilo. En popa el viento refrescó el ambiente, así que fue a

sentarse un rato allí, atento a los animales marinos y las aves acuáticas que patrullaban el Gran Río hasta que incluso eso perdió su atractivo. Los ronquidos rítmicos de Alderan le dieron a entender que no podía contar con él para charlar, así que sacó en silencio la espada del equipaje y se la llevó a la popa para practicar un poco.

Era imposible olvidar diez años de disciplina en un centenar de días, pero el cuerpo de Gair no parecía compartir esa opinión. El cuarto de las paredes forradas de hierro había privado a su piel de color, y sus músculos habían perdido tono, pero no tardó en recordar los ejercicios. Descalzo y en calzones, adoptó las posturas y llevó a cabo los movimientos adecuados hasta que le dolieron los hombros y el sudor le resbaló por la parte baja de la espalda.

Hacer de nuevo ejercicio físico era muy agradable. Las pautas de las rutinas de espada poseían una elegancia y un ritmo que las acercaba a la danza, y él conocía bien los pasos, tanto que podía concentrarse en cada movimiento sin preocuparse de qué hacer a continuación. A cada paso cobraba mayor conciencia de cómo respiraba, del modo en que sus músculos se ejercitaban, y así continuó mientras la espada de hoja larga relampagueaba argéntea bajo la luz del sol. No tenía que pensar y, lo más importante, no tenía que recordar.

Cuando su sombra alcanzó el pie del pasamano de estribor, reparó en que Alderan estaba apoyado en el palo macho, observándolo. Terminó la secuencia y reuló un paso hasta juntar los pies, levantando la hoja a modo de saludo. El anciano respondió con un gesto, y después le arrojó una toalla.

A la mañana siguiente, Gair estaba tan dolorido como si lo hubieran molido a palos. Todos y cada uno de sus músculos protestaban tras el menor gesto. De haber llegado a verlo, Selenas se habría reído por lo bajo. No obstante, después del desayuno volvió a la popa con una venda en la mano de la cicatriz, dispuesto a espabilarse haciendo ejercicio.

Descubrieron al poco de zarpar que Skeff se alimentaba únicamente de panceta y brandy barato, además de un poco de pan o judías cuando le apetecía variar. Alderan masculló algo relativo al valor nutritivo, y la noche del segundo día desembarcó para procurarse la rama de un árbol joven que pudiera servirle de caña de pescar. Con la ayuda de un anzuelo y el hilo que llevaba en las alforjas, colgó la caña a popa y largó hilo para ver si picaban los peces. Sus esfuerzos no habían dado un fruto mayor que una trucha, pero no perdía las esperanzas. Cualquier cosa, decía, era preferible a seguir comiendo panceta, a pesar de la ardiente mostaza syfriana.

La tercera jornada a bordo transcurrió más o menos de igual modo que la primera y la segunda. Hacia el atardecer, Alderan acudió con una toalla antes de que Gair terminara sus ejercicios.

—Aún no he acabado —protestó entre jadeos, secándose el sudor del rostro.

—Lo sé. Sigue, sigue practicando. Pensé que debía decirte que no estamos solos.

—¿Qué quieres decir?

Alderan inclinó imperceptiblemente la cabeza en dirección al pasamano de estribor.

—Ahí, debajo de esos árboles. Alguien nos está observando.

Gair contempló la lejana orilla y distinguió una sombra que pasaba entre los árboles y seguía el lento avance del quechemarín.

—Parece un jinete. ¿Un viajero?

—Puede, pero el camino dista tres millas del río, más o menos. Hasta él no hay más que granjas mires donde mires.

—Podría tratarse de un granjero.

—¿Cuántos granjeros conoces que ciñan espada?

—¿Cómo puedes distinguirlo a esta distancia? Como mínimo debe de estar a un cuarto de milla.

—De vez en cuando el sol incide en la empuñadura. Probablemente tenga engarzado un cristal en el puño, tallado como piedra preciosa. Es la clase de cosas que impresionan a bandoleros y gentes de su ralea.

—¿Bandidos?

El anciano se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Pero hace un par de millas que nos sigue, de modo que no nos perjudicará mostrarnos cautos. Voy a avisar a Skeff.

No sucedió nada durante el resto del día y de la noche, y durante el tiempo que pasó el *Rose* amarrado a un árbol nadie los molestó. A la mañana siguiente, Gair volvió a ejercitarse. Tanto Alderan como él echaron de vez en cuando una ojeada a la orilla, pero no volvieron a ver la sombra del jinete.

La noche trajo un chaparrón. Apenas alcanzó a humedecer la cubierta, que se secó con rapidez gracias al viento que soplaba. Gair no tardó en quedarse dormido. Lo despertó la firme presión de un dedo en sus costillas. Al abrir los ojos, vio a Alderan mirándolo desde debajo de la manta, iluminado el rostro por la tenue luz que despedía la luna. El anciano se llevó lentamente un dedo a los labios, y después señaló hacia la orilla que se extendía por el costado de estribor. Sus movimientos eran tan lentos, tan discretos, que podría haberlos hecho alguien en sueños.

Gair movió un poco el cuello con los ojos entornados hacia la orilla, que luego observó. Había hombres moviéndose entre los árboles. Si escuchaba con atención podía oír el tintineo de los arneses, que se imponía al chapaleo del agua del río. Contó las sombras y acabó con ocho dedos extendidos. Alderan asintió lentamente.

Ocho bandidos, probablemente armados, contra dos hombres y un borracho. Y *Toby*. El perro dormía, recostado en el muslo de Gair. Podría ser peor. Aguzó el oído

hasta que le alcanzaron los ronquidos que provenían de la timonera, y se preguntó cuán peor podría ser.

Entonces lo sintió. Fue un zumbido discordante que lo barrió como una hoja de ortiga rasca la piel desnuda, sin solidez pero dejando a su paso el hormigueante rastro de la magia. No pudo evitar sobresaltarse. Alderan arrugó el entrecejo. Lo único que Gair pudo hacer fue poner la mano marcada boca arriba, con la esperanza de que el anciano comprendiera el gesto.

Mientras, en la orilla continuaron los movimientos furtivos, seguidos por ruidos de al menos una persona que vadeaba con cuidado el río. Allí no era especialmente profundo; el mercante Rose tenía una manga bastante amplia, pero al igual que muchas embarcaciones fluviales su escaso calado le había permitido fondear apenas quince yardas de la orilla. Gair, concentrado en escuchar el avance de los bandidos, casi ni oyó que Alderan le susurraba que cerrase los ojos.

Segundos después una llamarada sulfurosa trazó un arco desde el tope del palo mayor hasta bañar la cubierta, el río y la orilla boscosa con una intensa luz amarilla. Se tensaron los arcos y las flechas partieron de la aferrada vela mayor y el tejado de la timonera. *Toby* se puso en pie de un salto, aullando furioso.

—¡Ve por Skeff! —voceó Alderan—. ¡Yo intentaré distraerlos!

Gair se arrastró por cubierta, pegado a la protección que le ofrecía la batayola, hasta que llegó a la timonera. Skeff seguía roncando, envuelto en un par de sucias mantas. Gair asió el hombro del patrón y lo sacudió con fuerza. El hombre despertó aturdido, soltando un imponente eructo a la cara de Gair, con la botella de cuero dando tumbos hasta la cubierta con sonoro chapoteo. Entendió la palabra «ataque» la tercera vez que la escuchó, momento en que se despabiló y tanteó bajo el camastro improvisado. Cuando lo vio sacar un arco gastado y una aljaba de flechas, Gair pronunció una breve plegaria; era impensable que el ebrio patrón fuese capaz de efectuar un disparo en condiciones.

—Gracias —dijo, arrebatándole el arma.

Halló cobertura tras la timonera, donde encordó rápidamente el arco. Era una madera de tejo bastante decente, aunque descuidada y, al ser más corto que los arcos a los que estaba acostumbrado, podía tensarlo sin dificultad a pesar del estado en que tenía la mano. Puso una flecha en culatín, dobló la esquina de la timonera y escogió su primer blanco. La bengala cayó con lentitud, e iluminó sorprendentemente bien las siluetas que vadeaban el río procedentes de la orilla. Eran blancos perfectos.

Gair tragó saliva, tirando de la cuerda hasta la altura de la oreja. Nunca había disparado a un ser vivo mayor que una perdiz, y no estaba muy dispuesto a empezar precisamente en ese momento. Apuntó al agua, entre las piernas de uno de los hombres, con intención de asustarlo. Soltó la cuerda. O bien erró el tiro o el asta de la flecha estaba torcida, el caso es que el proyectil se hundió en el muslo de su objetivo.

Se desplomó, torpe, tragando agua. Su compañero se volvió para ver qué sucedía, y la siguiente flecha de Gair le rozó la mejilla. El hombre soltó un gañido y se llevó la mano a la cara. Cuando Gair se disponía a poner en culatín otra flecha, un proyectil enemigo arrancó astillas del borde de la timonera, justo frente a él. El joven se había convertido a su vez en blanco de los bandidos.

Otros dos hombres se adentraron en el río, armados con cuchillos largos de hoja centelleante, mientras los heridos retrocedían hacia la orilla. Avanzaron con decisión hacia el obenque del palo mayor. Escondido entre los árboles, Gair vio un rostro lívido, zorruno.

—¡El cazabrujos!

—¿Estás seguro?

Gair apuntó con cuidado y disparó otra flecha hacia el lugar donde lo había visto por última vez. Como el rostro había desaparecido, no podía saber si lo había alcanzado.

—¡Seguro!

Alderan lanzó un juramento.

—¡Tendríamos que ganar andadura! —voceó—. ¡Eso les impedirá abordarnos con facilidad!

Skeff había encontrado un hacha y se dirigía hacia el ancla de popa. Las flechas cayeron a sus pies. Gair dobló de nuevo la esquina de la timonera y volcó su atención en los arqueros que se repartían en la costa. No podía ver gran cosa entre los árboles, pero disparó de todos modos. Tras la segunda flecha se oyó un grito de dolor, lo que confirmó que al menos había alcanzado un blanco. De hecho probablemente lo había matado. Un arco largo leahno de tejo era capaz de atravesar una armadura de placas a doscientos pasos; ése era más corto, medía un pie o menos, pero incluso un arco corto era mortífero a una distancia no superior a las veinticinco yardas. Puso una flecha en culatín y disparó de nuevo. No hubo tiempo de comprobar los resultados.

El patrón había alcanzado el coronamiento de popa, de donde caía el grueso cabo del ancla. En la orilla, otro arquero volcó su atención en Alderan, pero las flechas emplumadas fallaron, enterrando la punta en la batayola del costado opuesto. Gair apuntó al lugar de donde procedía y lanzó tres flechas en rápida sucesión. No hubo respuesta.

En el agua, los tres hombres habían alcanzado el obenque. En proa no habría manera de combatir cuerpo a cuerpo. Gair soltó el arco y echó a correr al lugar donde tenía la espada. Cuando el primer brazo asomó por la batayola, ya la había desenvainado. Descargó un fuerte golpe con la hoja plana y se oyó un crujido de huesos. El hombre cayó de espaldas gritando, pero otros dos asomaron por la batayola. Alderan se reunió con Gair, armado con una recia cabilla de madera de roble, y unos cuantos golpes persuadieron a los demás bandidos de que el *Rose* tenía,

tal como indicaba su nombre, espinas. A popa, Skeff finalmente logró cortar el cable del ancla y el quechemarín cayó empujado por la corriente. Alderan corrió hacia las drizas para largar la vela mayor. A su espalda, Skeff les advirtió del bandazo de la cangreja, que en seguida se hinchó al viento, momento en que la remolona embarcación cobró andadura. Una sarta de maldiciones y una flecha perdida los siguieron, pero cuando la bengala se hundió en el agua no se vio ni rastro de los bandidos.

—Por los pelos. —Alderan exhaló un hondo suspiro y se apartó el pelo del rostro.

—¿Crees que se trata de la misma banda que estuvo vigilándonos el otro día? —preguntó Gair.

—Probablemente. Dicen que patrullan el río en busca de presas. —Alderan lanzó al aire la cabilla, y la recuperó para dejarla a continuación en su lugar correspondiente—. Pero lo del cazabrujos da qué pensar. ¿Estás totalmente seguro de haberlo visto?

—Seguro. Presentí su presencia antes de que intentasen subir a bordo. Pero ahora ya no está.

—Tal vez esté muerto, claro que quizá eso sea pedir demasiado.

El anciano suspiró de nuevo y se rascó la barba. Vio algo en los imbornales que le llamó la atención. Era una bolsa de cuero gastado que recogió. Gair oyó el característico tintineo de las monedas.

—¿Qué es eso?

—Creo que se le cayó a uno de esos tipos cuando intentábamos ayudarlos a subir a cubierta.

Alderan deshizo el nudo y sacó algunas monedas. Parpadeos de luz argéntea, con el santo roble grabado en la superficie. Enarcó ambas cejas.

—Bueno. Esto le amarga un dulce a cualquiera, ¿no? —dijo—. No esperaba ver tantos robles tan lejos de Dremen. —Guardó las monedas y cerró la bolsa—. De modo que Goran ha soltado la correa de su mascota y le ha confiado una bolsa llena de monedas para completar su labor. Supongo que ha contratado a esos matones para que nuestros cadáveres acaben flotando corriente abajo, y todos crean que no fuimos más que un par de desgraciadas víctimas de los bandidos. Feo asunto.

Aspiró entre dientes, sopesando la bolsita de cuero en la palma de la mano. Finalmente extendió el brazo.

—Aquí tienes. A uno siempre le conviene andar por el mundo con unas monedas en el bolsillo. Además, estoy convencido de que tú les darás mejor uso que él.

Gair tomó la bolsita. El peso lo sorprendió y, al verlo, el anciano esbozó una sonrisa lobuna.

—Menos mal que nunca llegaste a hacer voto de pobreza, ¿eh?

—¿Crees que volverán a intentarlo?

—No, ésta era su última oportunidad. Estamos demasiado cerca de las

poblaciones más importantes, y no es terreno propicio para los bandidos. Su libertad de acción se ve mermada a medida que nos adentramos más al sur.

Gair reparó en que seguía empuñando la espada, así que la envainó. Se sentía algo indispuerto y el viento lo hizo temblar.

—Eso espero. No disfruto precisamente haciendo daño a los demás.

—Ese comentario me parece bastante raro, viniendo de alguien que se ha pasado la última década aprendiendo a cortar a la gente en pedazos.

Gair dobló los brazos a la altura del estómago dolorido.

—Los postes de práctica no protestan de dolor.

Skeff caminó con dificultad hacia ellos, con el seno del cable del ancla en la mano.

—Esa ancla me costó cuarenta chelines —masculló entre hipos—. Ahora tendré que comprar otra.

UNA TORMENTA EN CIERNES

El *Rose* fondeó medio día en Yelda para embarcar dos cajas de madera que Skeff estibó en el castillo de proa. Las cajas estaban marcadas al hierro con un símbolo sobre el dibujo de unas espadas cruzadas.

—Es la marca de un maestro de armas —explicó Alderan, señalando más allá del revoltijo de tejados, donde el humo teñía el cielo—. ¿Ves eso de ahí? Son las fundiciones. Parte del mejor acero del mundo proviene de esos hornos, y los artesanos de Yelda lo convierten en espadas. Es posible que el único lugar que lo supere sea Gimrael.

Tendió a Gair el cuchillo que llevaba al cinto. Tenía la empuñadura algo curva y la hoja afilada, a medio camino entre una daga y un puñal. Gair comprobó el filo con el pulgar y estuvo a punto de cortarse. Lanzó un silbido, apreciando su valor.

—Es jodidamente difícil afilarlo, pero no tengo que hacerlo a menudo porque mantiene el filo como ninguno. Incluso lo he usado una o dos veces como cuchilla de afeitar, cuando no tenía a mano nada mejor. —Alderan lo devolvió a la vaina—. Siempre quise un qatan, pero tuve que conformarme con esto.

—El maestro de espadas tenía un qatan. Nos ponía en círculos en el patio de armas y se enfrentaba a nosotros armado con él.

Cuando se lo proponía, Selenas era capaz de burlar la guardia de cualquier estudiante, aunque fuera astuto como una serpiente. Para enfrentarse a él hacía falta un buen juego de muñecas y tener los pies rápidos.

—Los gimraelianos las llaman espadas con alma. La artesanía es impresionante; posiblemente esas espadas sean los objetos manufacturados más hermosos que he visto. Dicen que la curva de la hoja imita el trazo del muslo de una mujer.

Los dedos de Alderan trazaron un arco suave, y su expresión adquirió un aire distante. Luego dejó caer la mano en el regazo.

—Cuenta la tradición gimraeliana que una espada, una vez ha arrancado sangre, representa el honor de un guerrero. Si se quiebra la hoja, su honor se rebaja, y el guerrero tiene que efectuar una gran hazaña para recuperarlo y para que el cabecilla le confíe un nuevo qatan. Moriría antes que ceder la espada. En ese aspecto los gimraelianos se muestran muy apasionados.

—¿Has estado allí?

—Unas cuantas veces. Es un lugar despoblado, sobre todo cuando te adentras en el desierto, pero también es muy hermoso. Diría incluso que te seduce, y que es

peligroso como una cobra.

Gair observó cómo pasaban de largo el malecón del muelle de Yelda, y el bullicio de la ciudad dio paso a la lozanía de los terrenos de labranza. Imaginó las dunas ondulantes, un abrasador cielo azul plata y guerreros vestidos con túnica, armados con mortíferas espadas de hoja curva.

—Algún día me gustaría visitar Gimrael.

—Que la poesía no te confunda, hijo. Ni sus tiendas de seda y las muchachas de ojos endrinos cubiertas por un velo —advirtió Alderan—. Tal vez hubo una época en que fue así, cuando al-Jofar compuso sus cantos en los jardines de la espesura. Pero en los tiempos que corren el desierto está plagado de fundamentalistas.

—Creía que los eadorianos respetaban las creencias ajenas.

—En lo que a ellos respecta estoy más que dispuesto a hacer una excepción. El Culto está convencido de que el Dios Sol les concedió a los eadorianos para quemarlos, y no hay nada que les guste más que una hoguera enorme.

—¡Qué horror!

—¿Verdad que sí? Y eso que parecían un pueblo encantador cuando los convertimos. Recuerda mis palabras: habrá otra guerra en el desierto, y pronto. Kierim es buena gente, leal al emperador, pero hay clanes allí fuera, desierto adentro, cerca de la frontera con Sardauki, que Kierim apenas controla y donde el Culto ha enraizado con más fuerza.

Alderan se desperezó, contemplando el río de aguas lentas. Nubes de pardas moscas diminutas flotaban sobre la superficie, y de vez en cuando se descomponían formando pautas de anillos concéntricos.

—En fin, ¿no tienes una espada con la que practicar? Ya he vuelto a hartarme de la panceta.

Después de pasar una semana a bordo, a pesar de la estabilidad del quechemarín, el recio empedrado del muelle externo de Puertos Blancos parecía cabecear y balancearse de forma alarmante bajo los pies de Gair. Si cerraba los ojos y permanecía inmóvil, la sensación disminuía, pero ahí de pie y quieto en el atracadero parecía destinado a subir a bordo del siguiente barco, embarcado como cargamento. Por tanto anduvo con cuidado entre las cuadrillas de estibadores, con las enormes alforjas al hombro, que pesaban más y más a medida que pasaba el tiempo, y deseó encontrar un lugar a la sombra donde sentarse.

Por los santos, menudo calor hacía. Se le pegaba la ropa como si acabara de darse un baño vestido. Si Alderan tenía suerte y encontraba rápidamente un barco, podrían partir cuando subiera la marea, más o menos a la hora de cenar. Si eso no sucedía, tendrían que buscar un lugar donde pasar la noche, y los nubarrones que se recortaban en el horizonte prometían que no sería una noche fácil.

Se habían despedido de Skeff aquella mañana en la parte norte de los muelles, y contratado a un barquero para que los llevara por el laberinto de canales de Puertos Blancos hasta los ajetreados atracaderos, desde donde emprenderían la última manga de su viaje a las islas. Puertos Blancos se había ganado su nombre no por el color de los muros de roca del puerto, que tenían el mismo rojo oxidado de la tierra, sino por el color de sus edificios. Todas las edificaciones, desde la taberna más fea hasta la mansión del gobernador, estaban cubiertas por una espesa capa de yeso blanco que reflejaba el sol de media tarde con dolorosa intensidad.

Con el deslumbrante telón de fondo de la propia ciudad se producía una explosión de color. Contraventanas de tonalidades vivas que chocaban con alegría con las flores irisadas que caían en cascada de las macetas. Igual de coloridos eran los propios habitantes, pues hasta el último de ellos se sentía atraído como una urraca hacia todo aquello que reluciera o brillara. Incluso los canales estaban decorados con retales de bronce y cristal, como si el lugar se hubiera puesto el traje de los domingos. Un derroche de color suficiente para provocar dolor de cabeza.

Gair se colgó las alforjas del hombro y se preguntó cuánto tardaría Alderan. Tenía la impresión de llevar puestas unas botas que le iban un número pequeñas de tanto como le dolían los pies. También le dolían los ojos por aguzar la mirada, y le ardía la frente. Puertos Blancos era el puerto más activo de la costa norte del Mar Interior, y había empezado a sentirse como una balsa arrastrada por el oleaje del comercio, a juzgar por la de veces que lo habían pisoteado, empujado y maldecido.

Por los santos, menudo calor hacía.

Una mano le dio una palmada entre los omóplatos. Al volverse vio a Alderan, que mantenía su característico aspecto de quien va por la vida con la camisa recién planchada. ¿Cómo se las ingeniaba?

—Ha habido suerte —anunció el anciano—. He encontrado a la *Kittiwake*, que se hace a la mar esta noche. El capitán Dail es un viejo amigo mío, y me ha asegurado que llegaremos a Pencruik a finales de la próxima semana.

—¿Hay alguien en el mundo a quien no conozcas?

—He cubierto muchas millas a lo largo de los años, eso es todo, y nunca olvido a mis amigos. —Alderan echó a andar por el muelle, seguido por Gair—. Vamos, está anclada en el siguiente muelle.

—¿Significa eso que por fin podremos ponernos a cubierto del sol? Me arden los pies.

—¿No puedes soportar el calor?

—Soy del norte. No estoy acostumbrado. En el lugar del que provengo, las montañas están cubiertas de nieve todo el año. —Gair torció el gesto—. Echo de menos la nieve.

—Ya verás cómo refresca en cuanto nos hayamos alejado de la costa.

—Eso espero. Al final me saldrán ampollas en las ampollas.

La *Kittiwake* resultó ser de mayor calado de lo que había esperado. Estaba pintada de azul y blanco, envergaba tres palos machos y tenía una corta hilera de ojos de buey, lo que suponía que transportaba pasaje con la misma regularidad que el cargamento. Las grúas del muelle iban de un lado a otro con toneles y redes colgando, y las cuadrillas de marineros los guiaron hacia las escotillas abiertas. En la proa, el contramaestre supervisaba la reparación de una vela gastada, mientras en la popa, en el modesto alcázar, un tipo recio de piel oscura regateaba con el patrón del puerto. Alderan subió por la pasarela con el brazo en alto.

—¡Saludos, Dail! ¡Aquí hay dos que suben a bordo!

El hombre del alcázar respondió al saludo, y luego se volvió hacia el corpulento patrón. Una bolsa cambió de manos, firmó un recibo y el patrón fue escoltado hacia el portalón. Una vez concluidos los negocios, Dail se acercó a saludar a los pasajeros. Caminaba con la desenvoltura de quien se ha pasado toda la vida en el mar, tono rubicundo, la piel curtida y los ojos azules, claros, que relucían como huevos en un nido hecho con hilo en lugar de paja.

Al hacer las presentaciones, Alderan dijo que Gair era un nuevo estudiante de la biblioteca. Dail lo miró de arriba abajo, como midiendo el aparejo, y acto seguido le tendió la mano.

—¿Has navegado antes, muchacho? —preguntó. Tenía acento syfriano, y cuando le estrechó la mano fue como si lo estrujara una zarpa de oso.

—Un poco. Desde Leahaven, siguiendo la costa.

—Entonces tendrás pocos problemas. A esta altura del año esto es una balsa de aceite. —Dio un silbido a uno de los marineros, y señaló la escala que llevaba bajo cubierta—. Coged vuestras cosas. Podéis escoger la cabina que queráis. Partiremos con la pleamar.

Bajo cubierta, un pasadizo corto discurría hacia la popa hasta desembocar en la cámara, donde tres puertas a ambos lados daban a las cabinas de los pasajeros. Todas ellas estaban vacías, de modo que escogieron una por cabeza. Los camastros pegados a los mamparos estaban hechos para gente de menor estatura que Gair, pero el colchón era bastante cómodo. Después de estibar el equipaje en el cajón situado bajo la cama, subió de nuevo a cubierta para reunirse con Alderan, justo a tiempo de oír a Dail llamar a los marineros para largar amarras. Al cabo de una hora, la *Kittiwake* abandonó Puertos Blancos.

Cuando dejaron atrás la costa de Syfria, Gair y Alderan cenaron con el capitán. Dail tenía un surtido inagotable de relatos de mar con los que amenizar la velada, acompañados por una generosa cantidad de vino dulce. A Gair no le gustaba mucho beber, así que mareó un brandy mientras los otros recordaban los viejos tiempos y vaciaban la jarra de vino. Lo despertó un cambio en el movimiento del barco, que

cabeceó con mayor fuerza. Dail miró de reojo el tablonaje que tenía sobre la cabeza.

—El viento refresca —dijo—. Quizá más tarde llueva con ganas. —Y apuró la copa.

—Creí haberte oído decir que a esta altura del año esto era una balsa de aceite —murmuró Gair, que se llevó la mano a los labios para disimular un bostezo.

—Así es, no os inquietéis. Ahora, con vuestro permiso, debo cruzar unas palabras con el contraamaestre antes de descansar un rato.

Gair deseó las buenas noches a Alderan y siguió afuera al capitán, para después dirigirse a su camarote. Cuando se tumbó en el camastro, su último pensamiento coherente fue que la brisa marina siempre le causaba ese efecto.

Despertó más tarde debido al vaivén del barco, que estuvo a punto de sacarlo de la cama. No hacía falta ser marino para comprender que las cosas no iban bien; tuvo que asentar bien los pies en el mamparo y los hombros contra el extremo para no verse proyectado sobre la cubierta. La *Kittiwake* ya no se desenvolvía con soltura en el oleaje, sino que se precipitaba con fuerza entre ola y ola, y luego se arrastraba hasta la siguiente entre las protestas de la madera. De pronto se impuso el sonido de alguien que golpeaba la puerta.

—¡Voy a entrar!

Se quitó de encima las mantas y se puso en pie como pudo. Casi de inmediato se vio empujado de nuevo al camastro. Para cuando encontró las botas en la oscuridad, se había golpeado con todos los baos y esquinas de la cabina. Arriba se oyeron campanadas que daban la alarma, tres golpes rápidos, una pausa breve y, luego, la repetición. Voces agudas sobre un viento que arreciaba y ruido de pasos en la cubierta.

Alderan esperaba en el pasadizo, aferrado con fuertes brazos a los mamparos. El agua de mar se abrió paso a popa en el pasillo, buscando un lugar en las puertas por el que filtrarse. El anciano tenía la ropa empapada, pegada a la piel, y un cabo grueso atado alrededor de la cintura. Con la barba goteante y el pelo encogido, iluminado por la solitaria linterna que colgaba de un cardán, parecía un dios marino salido de las sagas nórdicas. Una expresión desabrida le cubría el rostro.

—Vamos, muchacho, ¡te necesito!

—¿Tan mal está la cosa?

—Peor.

La *Kittiwake* se alzó con la siguiente ola, forzando a Gair a aferrarse al pasamano. Luego cabeceó de mala manera, y tanto Alderan como él se vieron arrojados contra la escala de toldilla. Cada ola se comportó de igual forma, un impresionante ascenso seguido por una caída en espiral hasta el seno de la siguiente ola. El agua fría, salada, se precipitaba por la escala cada pocos segundos, y Gair estaba empapado cuando

logró subir a cubierta tras Alderan. Allí las condiciones eran si cabe peores. El viento arrastraba la lluvia, cuya fuerza al caer rivalizaba con la del oleaje que veía de proa, y la tormenta gemía al sacudir el aparejo como un loco cargado de cadenas.

—¡Maldita sea, no sé de dónde ha salido! —Dail se tambaleó por la resbaladiza cubierta desde la rueda del timón, a la que habían atado a dos timoneles que se esforzaban por mantener a la *Kittiwake* en rumbo—. El viento roló tan rápido que casi nos entró de través, lo único que pude hacer fue tomar rizos y correr la tormenta. ¡Menudos embates!

Alderan llevó a Gair hasta el palo mayor, y ató un cabo alrededor de su cintura. En torno se alzaba un mar oscuro como la brea. Las nubes estiraban sus largos dedos hacia el este para asfixiar la escasa luz del sol. El aparejo flameaba a pesar de los rizos que habían tomado a las velas, y cada ola ocultaba con una cortina de agua la cubierta.

—Jamás había visto algo semejante —rugió Dail—. ¡Y eso que llevo treinta años surcando estas aguas! Proviene de la dirección equivocada, sopla en el momento erróneo y está quinientas millas más al este.

El agua se precipitó sobre Gair, a quien hizo resbalar por cubierta. Alderan se había agarrado con fuerza y logró salvarla, de modo que lo ayudó a ponerse en pie. Fue capaz de levantarse, pero el anciano no le quitó la mano del hombro y clavó en él la mirada.

—Necesito tu ayuda, Gair.

El apremio que infundió a su voz atravesó con su angustia el estruendo del viento, el agua y la madera.

—¿Qué puedo hacer?

—Ayúdame a virar el barco. La tormenta lo lleva lejos, al sur, y hay un bajío frente a las islas Maling que lo reducirá a un montón de astillas.

—Pero ¿cómo? No sé manejar el barco.

—El canto. —Al anciano le brillaron los ojos a la luz poniente—. Esta tormenta es una anomalía, hay algo que huele a sobrenatural. Acabará con este barco si no hacemos algo al respecto. Para mí es demasiado, pero con tu ayuda podríamos rechazarla. Sé cómo hacerlo.

Aturdido, Gair levantó la mano para apartarse el pelo mojado del rostro. Debía de haberlo oído mal.

—No sé cómo utilizarlo para algo así. Además, no puedo oírlo. Lleva días en silencio.

El anciano apretó con mayor fuerza la mano con que le pellizcaba el hombro.

—Sigue ahí, Gair. Nunca te abandona, ni por un instante. Forma parte de ti y nadie podrá arrebatártelo.

—¿Y si se aleja de mí? ¡No puedo controlarlo, Alderan!

—No te preocupes por eso. Yo me encargaré de tejer; tan sólo necesito tu fuerza.

Ay, diosa, no podía hacerlo. Cosas mucho más simples se le habían ido de las manos. En una ocasión, había encendido fuego en una parrilla en lugar de un fuego para hacer más llevadero el frío nocturno. Había hecho explotar la madera seca en un montón de astillas. A veces, al conjurar unas luces, éstas temblaban y dudaban, se apagaban y debía volver a invocarlas. La magia era demasiado impredecible, demasiado salvaje; no sabía qué hacer, y tal vez su vida y la de todos a bordo dependieran de él. El temor se le subió a la garganta e intentó asfixiarlo.

La mirada de Alderan lo paralizó como si pudiera ver sus pensamientos escritos en el interior de su cráneo. El joven fue incapaz de apartar la vista.

—Puedes hacerlo, Gair.

Aquella voz profunda, suave, le llenó los oídos imponiéndose al estruendo de la tormenta, blanda como un susurro. Las gigantescas olas rompían con fuerza sobre el casco de la *Kittiwake* y bañaban por completo la cubierta inclinada, intentando arrancar de ella a hombres y equipajes. Las olas caían a sus pies. Sobre sus cabezas se oyó un restallido que anunciaba la fractura de un cabo debido al exceso de trabajo. Gair titubeó.

—No... No creo que sea capaz. ¡Es demasiado fuerte!

—No pienses, límitate a creer. Cree en el canto. Confía en ti mismo.

Las palabras de Alderan se convirtieron en un aleteo que llenó su mente como un fuerte batir de alas. A modo de respuesta, una nota temblorosa sonó donde antes no había más que silencio. Frágil al principio, se reforzó con cada latido de corazón. Más notas resonaron, entretejiéndose en torno a la primera para dar forma a una armonía compleja que aumentó y creció y presionó contra su voluntad. Lo único que tenía que hacer era estirar la mano y tomarla.

No podía.

«No temas. No va a hacerte daño.»

La voz de Alderan se oyó clara y próxima, como si sus palabras resonaran en el interior de su cabeza. Gair se quedó atónito. La siguiente ola estuvo a punto de tumbarlo, y sólo el fuerte brazo del anciano lo mantuvo de pie. El agua de mar lo cegó por un momento; pestañeó para poder ver y se encontró con que Alderan lo miraba fijamente. No perdía detalle.

«Tócala. Abrázala. Forma parte de ti, Gair. Te pertenece.»

—Tengo miedo —susurró cuando abrió la puerta a la magia.

Fluyó a través de él. La tormenta, el mar, el barco, todo pasó a un plano secundario. No había dejado de ser consciente de ellos, pero le hablaban bajo, como una conversación oída desde la habitación contigua. Lo que en ese instante le llenaba los sentidos era aquella música vibrante.

El instinto movió a Gair a dar un respingo. ¡No podía hacerlo! En el momento

menos pensado, la magia se volvería en su contra y le haría mil pedazos. Alderan había cometido un error. Había abierto la puerta del establo y, en lugar del recio poni de Barrowshire, había encontrado dentro un caballo de batalla. Diecinueve manos de músculo adiestrado para el combate, con fuego en la mirada. Lo pisotearía con sus cascos de hierro sin darle más importancia que a un excremento del establo. ¿Cómo iba a ser capaz de domar a ese gigante? Acabaría con él sin pestañear.

Pero no había nadie más. Únicamente Alderan y él. Cabos y pernos no aguantarían tanto esfuerzo, y ni por asomo despejaría la tormenta antes de que la *Kittiwake* se hiciera pedazos. Si cabía la posibilidad de salvar el barco, nadie excepto él podría aprovecharla. Se preparó antes de alcanzar el canto.

Para su asombro, acudió a él como un caballo de tiro acude a su amo. Se apoyó en su voluntad como una bestia lo haría en el arnés. Sintió su fuerza, la sensación de un poder inmenso que temblaba bajo una piel lustrosa, pero contenido, templado con algo que se antojaba respeto.

Lo tocó maravillado. La magia nunca le había dado esa impresión antes, y no supo cómo era posible. Debía de ser cosa de Alderan.

—¿Estás preparado? ¡No tienes mucho tiempo!

La *Kittiwake* cayó sobre el seno de la siguiente ola con tal rapidez que el estómago le dio un vuelco. Los restallidos se multiplicaron a medida que los cabos fueron cediendo. El mastelero de velacho se quebró.

—¡Cuidado ahí abajo! —gritaron los marineros desde el castillo de proa.

Sobre sus cabezas, el mastelero roto se precipitó hacia el pasamano de babor entre el estruendo de la lona. Los estayes lo siguieron, sacudiendo la cubierta. Otra ola forzó los obenques; la vela cayó al mar y se llenó de agua. En cosa de unos instantes, la *Kittiwake* se vio arrastrada por proa, y cada ola fue hundiéndola más y más.

—¡Gente a proa! —aulló Dail—. ¡Cortad esa vela o nos vamos al fondo!

Gair se apartó el cabello de los ojos. Tenía que hacer algo. A los marineros les llevaría un rato armarse de hachas con que cortar la maraña de cabo que ataba el barco a esa ancla marina en que se había convertido el velacho, pero a la *Kittiwake* no le quedaba tiempo. El poder que lo aguardaba en su interior le vaciaría la mente en lo que el presente se convierte en pasado. Pero subía la apuesta y quiso saber qué se siente al cabalgar a lomos de todo ese poder. Tragó saliva.

—Estoy preparado. —Pegó la espalda al tembloroso palo mayor cuando el barco encajó una nueva sacudida—. ¡Adelante!

Nada pudo prepararlo para la sensación que experimentó. Fue como si una mente ajena penetrase en la suya. Desplegó toda su conciencia como una manta y el canto dio alegres volteretas a modo de respuesta. Si Gair cerraba los ojos podía ver los hilos del tejido de Alderan. El dibujo era inmenso como el firmamento; seguir su urdimbre lo aturdió un poco, pero era magnífica, poseía una lógica asombrosa, y ahí en medio

estaba él, sirviéndole de ancla. Lo vio todo con tal claridad que tuvo ganas de reír a carcajadas.

El tejido se llenó en cuestión de segundos, una telaraña centelleante de fuerza, brillante como el interior de una piedra preciosa. En derredor la tormenta no dejó de sacudir al barco. En ese instante habló Alderan:

«Ahora.»

Gair asió el palo con todas sus fuerzas y aflojó la presión que ejercía sobre el canto, que recorrió hasta la última fibra de su ser para desembocar en la telaraña de Alderan y golpear la tormenta como un puño. La *Kittiwake* se tambaleó. Gair se vio empujado hacia atrás contra el palo, pero el flujo de poder que Alderan extraía de él no disminuyó un ápice. Los vientos de la tormenta formaron un confuso torbellino que proporcionó a los marineros un respiro para encaramarse al aparejo y cortar el mastelero que los lastraba. Cayó con un fuerte chapoteo, y la vela suelta burbujeó cuando las olas la hundieron. La *Kittiwake* adrizó la proa y ganó andadura, deslizándose con mayor soltura. En el timón, los marineros soltaron exclamaciones de alivio cuando recuperaron el gobierno del barco. Lentamente la nave emprendió la virada.

En ese momento la tormenta golpeó de nuevo. Lo hizo por el través de estribor, y el barco tumbó sobre el oleaje. Alderan lanzó un juramento y reforzó el tejido, pero no fue suficiente. La ventaja que habían obtenido se vio comprometida. Gair sintió bajo sus pies que la *Kittiwake* sufría de nuevo a merced de la tormenta. Si tumbaba del todo sobre el oleaje estarían perdidos.

Se entregó aún más al canto, antes incluso de que Alderan se lo pidiera. Fluyó a través de él con mayor soltura que cualquier otra cosa que hubiese dependido de él, y poseía un poder sobrecogedor que, no obstante, fue absorbido por el tejido del anciano, quien le dio forma y lo canalizó hacia al centro de la tempestad.

Grado a grado el viento giró, obligado por la voluntad de Alderan a adoptar un rumbo más oriental, de forma que la maltrecha *Kittiwake* pudiese aprovecharlo para poner rumbo noroeste, en lugar de verse arrastrada al sur, en dirección a los arrecifes que había frente a las islas Maling. Gair no había prestado mucha atención a la carta náutica que colgaba de la pared de la cabina de Dail, y no pudo visualizarlos. Volvió el rostro y aguzó la mirada ante la rociada del mar cuando superaba el pasamano de babor. Era casi imposible distinguir algo en aquella negrura, pero la espuma blanca era inconfundible. Lanzó un juramento y gritó.

—¡Las rocas! ¡Estamos muy cerca!

Alderan ni siquiera volvió la vista. Redobló sus esfuerzos, y el tejido consumió más y más las fuerzas de Gair. Cada grado que forzaban al viento a girar parecía exigir más y más, lo que hacía de la siguiente ganancia marginal una labor más difícil. En lo alto, la gavia mayor, a la que habían tomado un rizo, se hinchó, tensa.

La madera protestaba tras cada ola que golpeaba el casco, pero el barco volvía la amura hacia aquel maretón y ganaba velocidad nudo a nudo.

—¡Rumbo oeste noroeste! —ordenó Dail a voz en cuello, iluminado el rostro por la fantasmagórica luz de la caja de bitácora—. ¡Da lona!

Tras un cabeceo de asentimiento, el contraмаestre dio órdenes a los gavieros de mayor.

—¡Gavieros arriba! ¡Desarriza y a dar la lona!

Los empapados marineros treparon por el palo y se extendieron a lo largo de la verga apoyándose en los marchapiés. Uno tras otro quitaron los rizos que habían tomado, y toda la lona empapada cayó con estruendo mareada al viento. En cubierta, las cuadrillas que atendían las drizas resbalaron, juraron y halaron hasta despellejarse las manos, orientando las vergas para que la vela atrapara todo el viento posible. Al principio con lentitud, luego con una seguridad que fue en aumento, el ángulo que formaba la cubierta de la *Kittiwake* fue aumentando.

—¡Ya vira! —El rostro del contraмаestre exhibía una enorme sonrisa de incredulidad—. ¡Lo hemos logrado!

—¡Ojo, que aún no hemos cruzado ese puente! —Dail se desplazó por el pasamano en dirección a Alderan—. ¿Puedes apartarnos de esas islas?

El anciano apretaba con fuerza los dientes y la tensión no abandonaba su rostro.

—La tierra tiene poder. Podemos hacerlo.

Gair oyó la voz de Alderan en la mente.

«Un último esfuerzo para apartarnos de las rocas y todo habrá terminado —dijo con suavidad, aunque su voz reverberó con todo el poder del canto que comandaba—. Has estado muy bien.»

Gair sintió un aumento del poder que anidaba en su interior, un poder que liberó. En ese momento no era más que un conducto, un canal a través del cual el poder podía deslizarse. Apenas tenía control, poco más del necesario para enfocar esa tremenda energía. Cerraba los ojos con fuerza, cabizbajo. La sensación de náusea fue en aumento, por lo que se aferró al palo mayor y se esforzó en combatirla.

Se había vuelto muy complejo calcular el paso del tiempo. No tenía idea de cuánto llevaba en cubierta; lo único que sentía era el barco. Bajo los pies y las manos la gruesa madera le transmitía cada sacudida, cada gruñido de la *Kittiwake*. Los timoneles habían virado la nave y ésta se deslizaba con mayor soltura en el oleaje. Gair sintió el flujo del agua bajo la quilla cuando el barco se apartó del rumbo que lo llevaba a las islas y ganó la seguridad que le proporcionaba el mar abierto. El movimiento del barco se estabilizó, navegó más rápido y también con mayor soltura. El nexa que mantenía Alderan con su mente se aflojó.

El canto se agotó. Dejó un vacío envuelto en un fuerte zumbido. Gair levantó lentamente la cabeza. Los nubarrones se habían dispersado, y la luz del sol introducía

tímida sus dedos. El mar seguía revuelto, gris, feo, pero el oleaje había perdido brío y el viento había amainado hasta convertirse apenas en una brisa. A su alrededor no vio más que expresiones de cansancio, magulladuras, ojeras, y uno o dos hombres con fracturas, todos calados hasta los huesos pero con una sonrisa en el rostro. El contramaestre sonreía como un mono, y el capitán Dail estrechó con fuerza la mano a Gair, que tuvo que soltarla de pronto cuando la náusea lo alcanzó.

CANTOS DE LA TIERRA

Gair abrió los ojos. Estaba en la cabina. Alguien le había quitado la ropa empapada y lo había secado, pero tenía un regusto amargo en la boca y aún oía el zumbido. Alderan estaba sentado en el camastro de enfrente, la espalda en el mamparo, con un libro en el regazo. La luz del sol que se filtraba por el ojo de buey formaba un charco radiante en la cubierta.

—Bienvenido. —El anciano dejó el libro a un lado—. ¿Te apetece un poco de agua?

—Por favor. ¿Qué ha pasado?

—Vomitaste en las botas del capitán Dail y caíste redondo. Te trajimos aquí para que pudieras descansar.

—Tengo la impresión de que me va a estallar la cabeza.

—Si te sirve de consuelo, te será más sencillo con la práctica. La próxima vez no te causará este efecto.

Alderan alcanzó una jarra de madera para llenar una taza que le ofreció. Gair se incorporó en el camastro y dio un largo sorbo. El agua le supo dulce después del sabor amargo que tenía en la boca.

—Hace años que conozco la magia, pero nunca había experimentado algo parecido —dijo al cabo de un momento.

—¿El maestro de armas nunca te hizo ejercitar tanto que acabaste vomitando? Es exactamente lo mismo. Absorber energía del canto es un ejercicio muy exigente, y anoche absorbiste más de lo que yo tenía derecho a esperar de ti. Me hubiera gustado tener más tiempo para prepararte.

—Creo que sobreviviré a la experiencia. Por los pelos. —Se masajeó la frente—. Por lo santos, menudo dolor. ¿Sufrimos muchos daños?

—Pues sorprendentemente pocos. Están envergando el mastelero de respeto y, aparte de uno o dos tablones rotos cuando el original cayó sobre el castillo de proa, el barco no encajó daños serios. ¿Necesitas algo para la cabeza?

—Sí, por favor.

—Sería peor bajo el sol. Iré a por mi bolsa.

Mientras el anciano iba a su cabina, Gair se recostó en el mamparo e intentó relajarse. Oía cerca el ruido de una bomba, y encima, en la cubierta principal, los carpinteros daban martillazos y serraban al compás de su intermitente dolor de cabeza. Cuando Alderan regresó, lo hizo con una bolsa de cuero en cuyo interior

hurgaba. Sacó un frasquito de porcelana que descorchó. Acto seguido olfateó el contenido.

—Éste es. Me temo que voy a volver a darte athalina, pero es que funciona.

Espolvoreó el polvillo blanco en la palma de la mano, añadió un par de pellizcos a la taza de Gair, y luego le sirvió más agua. El resto de los polvillos los devolvió al interior del frasquito, que guardó en la bolsa.

—Bebe. Cuando te hayas lavado y vestido volverás a sentirte tú mismo.

Gair engulló la amarga bebida, y torció el gesto ante la sensación arenosa que le dejó en las encías.

—Dijiste que la tormenta no era natural. ¿Cómo lo supiste?

—Dail es un marino experimentado. Confío en su instinto.

—Ése no es el verdadero motivo. Tampoco me contaste que supieras de magia. ¿El canto? —Apartó la mirada de la taza vacía—. Que pudieras utilizarla.

—Es cierto, no lo hice. También te debo una disculpa por ello. La verdad es que no hubo ocasión.

—Sólo llevamos dos meses viajando juntos. Entiendo que no hayas encontrado el momento.

Alderan sonrió un poco ante la reprimenda del joven.

—De acuerdo, quise decir que no encontré el momento adecuado.

—¿Y qué otras cosas no me has contado? Eres más que el simple estudioso que aparentas, Alderan.

La diversión tiñó las temibles cejas del anciano, que dejó la bolsa en el camastro. Se sentó y se puso las manos en las rodillas, como quien se dispone a encajar un disgusto.

—Muy bien, muchacho —dijo—. Me has pillado. ¿Qué quieres saber?

—Todo, supongo.

—¡Eso nos llevaría horas de conversación! En este ancho mundo es mejor dar bocados pequeños.

¿Por dónde empezar? Gair tenía tantas preguntas... ¿Adónde había ido el canto desde aquel día en el camino, y por qué había vuelto justo cuando Alderan lo necesitaba? Sospechaba que el anciano había tenido algo que ver. ¿Era tal como se lo había dicho? ¿En realidad nunca se iba a ninguna parte? Y ¿quién era Alderan? Madre santa, qué dolor de cabeza. Pero tenía muchas cosas que averiguar

—El canto. ¿Por qué nunca había oído hablar de él?

—Probablemente sí lo hayas hecho y no lo sepas —respondió Alderan—, o tal vez lo has oído bajo un nombre distinto. Lo encuentras en toda clase de leyendas e historias. Los del norte, por ejemplo, dicen que es el canto que entonó el señor padre mientras trabajaba en su forja, y un fragmento de él está dentro de todo cuanto hizo. En otros lugares dicen que es la canción de cuna que cantó el creador a su hija el

mundo, y que reverbera en el tiempo, y creo que ésa es una bonita historia y que es una explicación tan buena como cualquier otra.

—¿Es magia?

—Define magia. —El anciano se encogió de hombros—. Si la defines como una fuerza natural o una energía que constituye una parte intrínseca de todo ser vivo y el mundo que te rodea, entonces sí, el canto es magia. Pero es una etiqueta que no le hace justicia, ¿no crees? Tiene demasiadas connotaciones.

Gair recordó el grito agudo de Kemerode, el modo en que su rostro se vio vacío de todo color por la luz que él había creado.

—En la casa materna me llamaron aberración —dijo—. Y en casa, el ama me creyó una criatura de la sombra, parte humano, parte alguna otra cosa. Dijo que las criaturas feéricas me abandonaron en el porche de la capilla para engañarlos.

Alderan se mordió los labios.

—El Reino Oculto es mutable, un lugar traicionero poblado de gente dada al engaño, pero ¿abandonar bebés medio feéricos para que sean adoptados? No. Eso es cosa de los cuentos. Las criaturas que habitan más allá del Velo son muy longevas y rara vez engendran. Consideran su simiente demasiado preciosa para malgastarla en travesuras ociosas. —Ladeó la cabeza y preguntó—: ¿Te lo creíste? ¿Que no pertenecías del todo a este mundo?

Fue el turno de Gair para encogerse de hombros.

—No supe qué creer. Sabía que era distinto y también el porqué, pero ignoraba si mis diferencias se debían a mi capacidad para la magia o a alguna otra cosa. Entonces me enviaron a la casa materna, donde todo lo que me enseñaron provenía del *Libro de Eador*.

—«No permitirás que un brujo siga con vida» —citó Alderan—. Dura lección que enseñar a un joven.

—No supieron qué otra cosa hacer conmigo. Los habían educado en la fe; visitar la capilla cada domingo, dos veces los días de los santos. Aprendí a escribir copiando los salmos del padre Drumheller. ¿A qué otra cosa podían recurrir?

Aquella conclusión arrancó un gruñido.

—Tendríamos que mantener a la gente de iglesia al margen de la educación de los niños. Encierran las mentes jóvenes en cajas, y luego, cuando las sueltan, conservan para siempre su forma de caja.

Aunque no se había separado de sus padres adoptivos en los mejores términos, Gair se sintió obligado a defenderlos.

—Pensaron que hacían lo más conveniente para mí, Alderan.

El anciano torció de nuevo el gesto mientras se miraba las manos. Se frotó los dedos como si los tuviera sucios, o como si le picaran. La larga pausa la llenó el chapoteo del agua en la madera, y los ruidos de la carpintería. Más allá, Gair oyó el

canto. Melodioso como una tonada lejana, rítmico como el ronroneo de un gato satisfecho, presente, cambiante como el cauce de un arroyo.

—Hubo un tiempo en que las cosas habrían sido diferentes —explicó Alderan en voz baja—. Habrían reconocido tu don por lo que es, y en lugar de castigarte por él te habrían proporcionado la oportunidad de desarrollarlo. Te habrían respetado, en lugar de ultrajarte. —Negó con la cabeza—. Creo que naciste con mil años de retraso.

—No te entiendo.

—Durante el Primer Imperio trataban a los guardianes del Velo con el respeto que merecían. Había colegios en todas las ciudades importantes, y no se desperdiciaba el talento que no debía desperdiciarse. Si hubieses nacido entonces, te habrían colmado de honores en su orden. Tras la Fundación, sin embargo, todo cambió. Por espacio de quince años persiguieron a los guardianes hasta casi extinguirlos, e incluso sus nombres fueron borrados de los anales de la historia gracias a los inquisidores. —Alderan frunció los labios en una mueca de disgusto—. No fue la mejor hora de la Madre Iglesia.

Gair preguntó, asombrado:

—¿Fue porque creían que esos guardianes usaban la magia? Pero dijiste que el canto forma parte del mundo que nos rodea, que es algo natural. ¿Por qué la Iglesia iba a considerarlo algo tan perjudicial?

—No lo comprendían, y la gente siempre teme aquello que no comprende. Fueron incapaces de ver la diferencia entre lo que hacían los guardianes y lo que hacían los hechiceros de Gwlach. Para ellos ambas cosas eran una y la misma.

A Gair le vinieron a la mente fragmentos de las enseñanzas del padre Drumheller. Pedazos de los sermones acompañados de saliva, pronunciados con voz estruendosa, que reverberaron a través de los años, recordándole los secretos que se había esforzado por mantener ocultos.

—La doctrina enseña que el único poder en el universo proviene de la diosa y su gracia —dijo—. ¿No significa eso que el canto también proviene de ella?

—Los lectores no lo ven de ese modo. No pueden aceptar la existencia de otra fuerza aparte de la divina, así que cualquier otra tiene que ser por definición diabólica.

—Malvada.

—Por resumirlo en una palabra. Al menos desde su punto de vista. «¿Por qué no caen las estrellas?», preguntas, y el lector responde: «Porque la diosa las puso allí». «¿Por qué cae una piedra al suelo cuando la suelto?» «Porque la diosa así lo quiere.» «¿Por qué puede una mujer imponer sus manos en un enfermo y ver cómo se levanta, curado?» «Porque es una bruja» —concluyó Alderan.

—No ha hecho más que recurrir al canto para curarlo.

—De hecho, ha recurrido al canto para hacer que el enfermo se cure a sí mismo,

pero tendrás que preguntar a alguien más capacitado que yo para explicar las sutilezas de la curación. Puedo quitar una astilla y detener la hemorragia si te has curado, pero hasta ahí llega mi habilidad. Mis talentos apuntan en otras direcciones.

Cuando comprendió por fin, Gair no pudo sino preguntarse por qué había tardado tanto en hacerlo. Una escuela en las islas. Libros antiguos. De pronto encajaron todas las piezas.

—Eres uno de los guardianes —dijo en un hilo de voz.

Alderan sonrió con la mano en el corazón, antes de inclinarse ante el joven.

—Podrías decir que soy *el guardián*. Ha sido la labor de toda una vida intentar reconstruir nuestra orden y salvaguardar cuanto conocimiento del canto haya podido sobrevivir. Es lo único que preserva el Velo que separa ambos mundos.

Aquello trascendía lo increíble. El ascua de la esperanza recuperó la fuerza de una llama.

—¡Por eso sabes tantas cosas! —exclamó Gair—. Todo este tiempo me has hecho creer que no era más que una afición, algo que simplemente te interesaba. Ah, astuto... —Evitó pronunciar la palabra que tenía en la punta de la lengua—. ¿Por eso fuiste a buscarme a Dremen? Quieres que me una a la orden.

Pero Alderan sacudía la cabeza.

—Nada me complacería más que te unieras a nosotros, pero ésa es una decisión que debes tomar por ti mismo. Un obsequio dado a la fuerza deja de ser un obsequio. No, me encontraba en Dremen porque un viejo amigo mío me pidió que te ayudara, porque sabía que nadie más iba a hacerlo. Para mí fue un placer complacerlo.

—¿Ansel?

—No, y no preguntes quién es porque no te lo diré. Di mi palabra y no faltaré a ella.

Aquella podía ser su oportunidad, pensó Gair. Si no se lo preguntaba, nunca lo averiguaría.

—¿Podrías enseñarme?

—Eso depende de por qué quieres aprender.

—No quiero temerlo nunca más.

—Y el conocimiento equivale al poder. Buena respuesta.

Alderan se puso en pie y anduvo por la cabina, con los brazos doblados a la altura del pecho.

—Si escojo aceptarte como alumno, Gair, hay algo que debo dejar claro desde el principio. Perteneces a una estirpe cada vez más rara. Eres capaz de escuchar los cantos de la tierra, tocar un poder tan inmenso que permite mover montañas, tan sutil que puede doblar un millar de pétalos para dar forma a un capullo de crisantemo del tamaño de tu pulgar. Ése es un don inconmensurable, y el acceso a un poder así tiene un precio. Ese precio es la moderación.

El anciano giró sobre sí.

—Lo que hagas con el canto tiene consecuencias. El porqué lo hagas tendrá mayores consecuencias. Tienes que responsabilizarte del resultado, sea cual sea. A veces la diferencia entre actuar y no actuar es la diferencia entre la insensatez y la sabiduría. Saber cómo usar el poder no sirve de nada sin saber también cuándo y cómo no usarlo. Ésa es la primera lección que imparto.

Gair pestañeó incrédulo. Nunca había oído a Alderan hablar de ese modo. Se había acostumbrado a su desenfadado sentido del humor; esa faceta de él, dura e imponente, lo sorprendió.

—Comprendo —dijo después de un momento.

El anciano respondió con una breve inclinación de cabeza.

—Estaba seguro de que sería así. Si no, si tuvieras dudas, por pequeñas que fueran, me habría negado a enseñarte cualquier cosa que fuese más allá de lo necesario para que no te hagas daño. No me interesa nada la gente consumida por la arrogancia, o la avaricia, u obsesionada con su propio engrandecimiento. El canto no existe para servirte, aunque lo hará. Cualquiera que posea el don puede dar forma a cualquier propósito que escoja, por tanto quienes pueden usarlo tienen la obligación de asegurarse de que se utilice sabiamente.

Alderan hizo una pausa, mientras sus labios daban forma a más palabras, como si tuviera algo más que decir. Pero cambió de idea. Gair se preguntó qué se habría quedado en el tintero. Por un momento, antes de que la expresión del otro se suavizara, había visto un viejo dolor. En un abrir y cerrar de ojos desapareció, y Alderan se rascó con fuerza la barba mientras sacaba la barbilla hacia afuera como un perro empeñado en deshacerse de una pulga molesta.

—Bueno, veamos de qué eres capaz. ¿Puedes hacer esto?

En cuanto Gair sintió un cosquilleo en la mente, un globo blanco perla del tamaño de una nuez se materializó en el aire entre ambos camastros. Proyectó una luz suave, plateada, Lumiel en miniatura. En su interior saltó el canto. Tras concentrarse hizo un globo propio. Era más azulado que blanco, y giraba en un torbellino envuelto en humo, pero despedía tanto o más brillo que el globo de Alderan. Era la segunda cosa que había aprendido a hacer, después de explotar un puñado de velas. El anciano asintió con aprobación.

—Bien hecho. Eso se llama bril. Habría sido mi siguiente lección, pero no eres un alumno del montón, ¿verdad? —Una sonrisa irónica separó la barba cana—. ¿Qué más dominas?

—Puedo hacer fuego, mover el aire. Cosas sencillas, como dices. Siempre que intenté ir más allá las cosas se torcieron.

—No eres la primera persona que recurre al canto y éste acaba mordiéndolo. Con el tiempo aprenderás a evitar que se vuelva contra ti.

—¿Cuánto me llevará?

—¿Hasta dónde estás dispuesto a llegar?

—No lo sé.

—Entonces no puedo decirte cuán largo será el viaje. He estudiado el canto desde que llevaba pañales. Ahora que soy un viejo al que le crujen las articulaciones, con una vejiga que me levanta en plena noche, sigo sin saber todo de lo que soy capaz. Ni siquiera sé si hay límites. Quién sabe, tú podrías ser quién lo descubra, si te aplicas.

Gair extendió la mano para tocar la superficie de su bril. Los colores giraban alrededor de la punta de su dedo, y sentía un hormigueo en la piel, como cuando un sorbete entra en contacto con la punta de la lengua.

—Dices que es un don —dijo Gair. Sintió que sus pensamientos se dirigían por fin a la raíz de lo que realmente quería saber—. ¿Podría ser un don de la diosa?

—Me gustaría pensar que así es. No todo el mundo nace con el don, del mismo modo que no todo el mundo puede cantar bien. Observa cómo la diosa nos ha negado a algunos de nosotros cualquier sentido del ritmo, mientras que ha bendecido a otros con un oído excepcional. Creo que ahí tienes tu respuesta.

—Entonces no es un pecado.

—Hay cosas que están bien y cosas que están mal —contestó Alderan tras meditar durante un momento— y algunos de estas últimas son consideradas pecado por la Iglesia. No siempre podemos estar de acuerdo en las definiciones.

—Ésa no es una respuesta sencilla.

—Tampoco era una pregunta sencilla.

—¿Quieres decir que es pecado sólo si yo creo que lo es? —preguntó Gair con el ceño fruncido.

—Es posible —le contestó Alderan con desenfado—. Sólo tú puedes decidir lo que creer, Gair.

¿Y qué creía él? Ésa era una pregunta tan enorme que Gair difícilmente podía abarcarla, así que la hizo a un lado por el momento.

—¿De dónde proviene el poder? ¿De mi interior o de otro lugar?

—De ambos —respondió Alderan, que compuso una sonrisa torcida al ver la sorpresa dibujada en el rostro del joven—. Forma parte de nosotros, de nuestro entorno, incluso del aire y la tierra. Con el tiempo serás capaz de escuchar su eco en todo lo que toques. En algunas cosas, como un ave o un animal, es muy fuerte. En otras, en las cosas creadas por nosotros, apenas existe, no es más que un recuerdo, y cuanto más se aleja de su origen, más débil se vuelve. Quienes poseen el auténtico don pueden tomar un puñado de ceniza de una chimenea y escuchar el canto de los árboles de los que se hizo leña, incluso retroceder lo bastante en el tiempo para escuchar el germen del canto en las semillas de esos árboles.

Gair estaba asombrado. No tenía ni idea de que los sencillos trucos de magia que

había realizado apenas arañaran la superficie de lo que era el canto y de lo que se podía lograr con él. «En este ancho mundo es mejor dar bocados pequeños», le había dicho el anciano. De repente, el mundo era mucho más amplio de lo que nunca hubiera soñado. La magnitud de lo que había preguntado a Alderan, lo hizo tambalearse.

—Tengo mucho que aprender —dijo, resoplando.

El bril se meneó. Alderan se levantó y su propio bril se desvaneció como un diente de león llevado por el viento.

—Más de lo que podrías imaginar —dijo, cargando al hombro la bolsa. Echó mano del tirador para salir de la cabina—. Tienes un tremendo potencial, Gair, pero habrá que trabajar duro para desbloquearlo. Mañana, cuando hayas descansado, podremos empezar.

—En realidad no llevabas cepos para ratones en las alforjas, ¿verdad? —preguntó Gair. La sonrisa de Alderan dejó sus dientes al descubierto.

—Es un simple encantamiento custodio, una nimiedad, pero duele como la picadura de una serpiente. Si quieres te enseñaré a hacerlo en cualquier rato libre que tengamos. Nunca se sabe cuándo podría serte útil.

—¿Y en el barco? ¿La bengala? Quise preguntártelo antes, pero todo ha sucedido tan rápido que se me olvidó. ¿También eso fue el canto?

—No, eso fue la bengala de emergencia de Skeff. En estos tiempos la mayoría de las embarcaciones las llevan. Algunas de las rutas fluviales no son tan seguras como solían. Sucede que no había tiempo de esperar a que la mecha se consumiera. —Abrió la puerta—. Sube a cubierta. Un poco de aire fresco te sentará bien.

Cuando Alderan se hubo marchado, Gair se tumbó en el camastro. No estaba seguro de si la conversación le había aclarado alguna de sus dudas, o dado pie a una docena más. Había tantas cosas que quería preguntar que no sabía ni por dónde empezar, tanto que aprender que lo poco que había entendido ni siquiera era un principio, sencillamente subrayaba la magnitud de su ignorancia, el modo en que la llama de una vela en la noche hacía poco más que revelar la profundidad de la oscuridad.

La superficie del bril relucía con un millar de tonalidades de azul, inmerso en un movimiento perpetuo, incesante. Acabó resultándole tan fácil invocar brils que se volvió descuidado. Ése fue su error en Leah, y más tarde cometió el mismo error en Dremen. Pero nunca más. En el futuro se mostraría mucho más cuidadoso. Tenía que serlo. Pero, ay, ¡qué sensación le daba el canto cuando le permitía llenarlo! Se sentía tan vivo, tan lleno de posibilidades, que cualquier cosa que pudiera soñar parecía estar al alcance de su mano.

El bril flotó sobre él, girando con suavidad sobre su propio eje. Recurrió al canto y dejó que el globo creciera hasta adquirir el tamaño de un melón dulce, y, después, el

de su cabeza. En su interior le aguardaba un vasto potencial, cuya voluntad podría doblegar a su antojo. Con el cuidado que se había propuesto, encogió el bril hasta reducirlo al tamaño de una canica, y luego lo soltó.

En la cubierta principal, la *Kittiwake* parecía un cruce entre una lavandería y una maderera. Los marineros habían colgado la ropa a secar en el aparejo, todo, desde los coyos hasta los calzones, mientras el carpintero y sus ayudantes preparaban un mastelero de respeto que sustituyera al que habían perdido. Subieron a proa una olla con brea y un par de marineros embrearon el cabo nuevo. El mar y el cielo tenían el color azul propio de la canícula, y un banco de marsopas hacía cabriolas a unas yardas de la proa. De la tormenta no quedaba ni rastro.

Alderan se hallaba de pie junto al coronamiento de popa, acompañado por Dail. Cuando vio a Gair, le hizo un gesto para que se les acercara.

—Lamento lo de tus botas —dijo Gair, avergonzado.

Dail rió.

—No te preocupes. Después de lo que hiciste por nosotros anoche, no creo que un par de botas valga gran cosa.

Gair se sonrojó.

—En realidad el responsable fue Alderan.

—De ningún modo. —El anciano puso la mano en el hombro del leahno—. Sin ti no lo habríamos logrado. Era demasiado fuerte para combatirla sin ayuda.

Un marinero se les acercó corriendo y saludó a Dail, llevándose los nudillos a la frente.

—Con los saludos del contramaestre, señor, quien desea informarle de que se dispone a sondar el sollado.

Dail asintió.

—Disculpadme, caballeros. Parece que me necesitan abajo.

Así las cosas, caminó hacia la escala de toldilla. Aparte del timonel, Gair y Alderan se quedaron a solas en el alcázar.

—Dail está al corriente de lo que somos —dijo Gair en voz baja. Era una afirmación.

—Frecuenta las rutas comerciales desde Puertos Blancos a Penglas desde antes de que nacieras, —le dijo Alderan, con una sonrisa—, y en este tiempo ha visto a unos cuantos de nosotros ir y venir. Sabe la clase de cosas de las que somos capaces, así como algunos de sus hombres, pero la mayoría no tienen ni idea. Hay gente que no se siente a gusto con los de nuestra especie. A veces algunos se dejan llevar por sus prejuicios. Ya tienes bastante con que te hayan acusado una vez de brujería.

Había otra cosa, y aquél era un momento tan bueno como cualquier otro para preguntarla.

—Pero ¿existen los brujos? ¿No son como nosotros?

El anciano aspiró aire con fuerza. Cuando habló, moduló la voz de modo que no llegase muy lejos.

—Algunos sí lo son. Probablemente muchos a quienes se ha acusado de ello sean como tú, tengan el don del poder y se hayan pasado la vida intentando controlarlo. La mayoría son viejos bizcos, detestados por sus vecinos. Van por ahí mascullando, vagabundeando, o tienen más gatos de la cuenta. —Se le dibujó una sonrisa, imperceptible como la hoja de un asesino, igual de fugaz—. Y también los hay, los que menos, que son auténticos brujos, con el poder de rasgar el Velo que separa ambos mundos.

—¿Pueden invocar demonios, tal como dicen los cuentos?

—Demonios, ángeles, tan pocas cosas los diferencian que apenas importa una vez están aquí. Cualquier cosa del Reino Oculto altera el equilibrio del mundo que vemos, equilibrio que es necesario mantener. —Alderan exhaló un suspiro—. Pero, sí, la mayoría son demonios. El orden es blanco y desapasionado, empujado por la lógica. El caos es la pasión desencadenada, energías tanto creativas como destructivas anheladas indiscriminadamente. La turbulencia es lo que más tensa el Velo. En esos puntos de tensión es posible encontrar un agujero en el tejido.

—¿Qué sucedería si el Velo desapareciera?

Alderan negó con la cabeza.

—Algunos han tenido visiones de ese suceso. La mayoría de ellos murieron entre gritos desgarradores, como san Ioan.

—Que tuvo una visión de los Últimos Días y se arrancó los ojos para dejar de verla.

—Exacto. El último capítulo del *Libro de Eador* contiene todo lo que la Iglesia se atrevió a revelar al público de la profecía de Ioan. Hay más en el Apócrifo, cosas capaces de inspirar pesadillas en los hombres más fuertes.

Gair miró en torno, a las velas hinchadas en lo alto, al agua que los salpicaba con sus gotas, brillantes a la luz del sol. Costaba creer que el mundo que veía y tocaba pudiera rasgarse como la pintura de un viejo granero, que al rascarla revela otro mundo debajo. Se preguntó si tendría que haberlo intuido de algún modo. Había leído acerca del Reino Oculto, cuando era un niño, cautivado por los relatos de fantasmas, demonios y criaturas feéricas, pero no eran más que eso, relatos, cuentos. En realidad nunca había pensado que todo ese mundo estuviese ahí, a su lado, tan próximo como su propia piel.

—¿Cómo es posible que no sepa nada al respecto? ¿Cómo sabes tú de la existencia de ese otro mundo, si no puedes verlo, o tocarlo, o...? —Extendió las manos en un gesto de impotencia. Fue incapaz de organizar sus pensamientos para formular preguntas coherentes. Había demasiada información que asimilar.

—En lo que a las personas que te educaron concierne, no existe. —Y con una sonrisa más bien triste, añadió Alderan—: A la gente no le gusta pensar demasiado en el mundo que habita, ¿sabes? No le importa el cambio, y es feliz siempre y cuando cada nuevo día siga siendo más o menos como el anterior. Si le cuentas que el cielo no está arriba, o el infierno abajo, sino que de hecho son un mismo lugar y coexiste con nuestro mundo, a una sombra de distancia, te dirá que estás tocado por santa Margret y te pondrá en manos de las hermanas, que te encerrarán en el manicomio.

Gair sintió cómo se le aflojaban las rodillas y tuvo que sentarse. Todo aquello que había dado por sentado en la vida se tambaleaba lejos de su alcance, como se alejan las manzanas rodando al caer de un carro en marcha. En parte quería seguir las, atraparlas y amontonarlas de algún modo, pero por otro lado prefería esperar a que dejaran de rodar. Necesitaba más tiempo para encontrarle el sentido a todo. Nada, nada en absoluto, volvería a ser como antes.

—¿Qué me dices de la tormenta? —preguntó al final—. ¿Sospecha Dail algo al respecto?

—Claro que sí. Dijo que no era normal que las tormentas llegasen tan al noreste en esta época del año. Normalmente provienen del sur, del desierto. Alguien estuvo jugando con el tiempo atmosférico.

—¿Quién?

—No tengo ni idea —respondió Alderan, pensativo—. Hay pocas personas lo bastante fuertes como para tejer algo de esa magnitud, y te hablo de las pocas que conozco. Las tormentas no son lo que podría llamar fenómenos locales. Sus causas se extienden a lo largo de decenas, incluso cientos de millas. La temperatura del agua o de la tierra, la dirección del viento, todo contribuye o se confabula en enormes distancias para dar pie a las condiciones que causan una tormenta. Controlar todas esas energías y manipularlas para concentrarlas en una zona específica requiere de una inmensa habilidad, o de una aptitud natural para el canto del tiempo atmosférico. Recuerda que nosotros tuvimos que aunar fuerzas para dispersarla.

Al menos eso tenía sentido. La telaraña que Alderan había tejido ante aquella tormenta se había extendido más allá de lo que Gair alcanzó a ver con la mirada, aunque su conciencia de ello a través de su contacto con el canto hubiera llegado mucho más lejos. Si hubiera sabido más acerca de lo que hacía, estaba convencido de que habría sido capaz de deslizarse por las fibras del poder hasta las lejanas extensiones de la red, como la cuenta que cuelga del cordel. La intuición le hizo cosquillas en un rincón de la mente.

—¿Qué me dices de Savin? ¿Pudo él enviarnos la tormenta?

—Es la clase de cosas que le parecerían divertidas, eso seguro —dijo Alderan—. Pero no creo que sea cosa suya. Savin es un mentiroso, un jugador escurridizo como una anguila en aceite, pero no se me ocurre por qué querría hacernos daño. ¿Qué te

ha hecho pensar en él?

—Me dio la impresión de que no le caías demasiado bien. —Distraído, Gair se acarició la cicatriz de la mano. La costra y la hinchazón habían desaparecido, pero la marca conservaba su tonalidad encarnada, y a veces le dolía.

—Sólo de pensar en su cara se me crispa el puño —admitió Alderan tras lanzar un gruñido.

—Dijo que no eras de fiar.

—¿Eso dijo? Bueno, ya te advertí que era un mentiroso. —Se recostó en el coronamiento y dedicó a Gair una larga mirada—. ¿O acaso no confías en mí?

—Hasta ahora me has llevado por buen camino. —«Aparte de no contarme ciertas cosas», pensó.

—Y siempre lo haré, muchacho. Tienes mi palabra.

—Si Savin y tú no congeniáis, ¿a qué vino tanto interés por verte en Mesarilda?

—¿No tendrías que practicar con la espada?

—Sólo tengo curiosidad. Es como nosotros, ¿verdad?

Alderan le dedicó otra de sus penetrantes miradas. La mantuvo un instante más de lo que hubiera resultado cómodo.

—Posee el don, sí, pero no es como nosotros. No siente respeto por el canto. Para él no es más que una herramienta. Tuviste ocasión de comprobarlo, ¿no? Trucos de salón. Cree que impresionan a los demás.

—¿Qué provocó vuestras desavenencias?

—Hace unos años me perjudicó —dijo Alderan, sucinto—. Hizo algo que no le he perdonado. Moriré feliz si no vuelvo a verlo ni pienso en él en lo que me quede de vida. Y ésa es mi última palabra al respecto.

—¿Qué...?

—No insistas, Gair.

El joven levantó ambas manos.

—Vale, ya me voy.

Y se dirigió a buen paso bajo cubierta para recoger su espada. Una o dos horas de práctica le despejarían las ideas. Si vaciaba su atención de todo excepto los ejercicios, la información que acababa de averiguar se asentaría, todo encajaría en una pauta que pudiera asir. Con el tiempo vería las cosas con claridad.

Cuando regresó, Alderan seguía en el coronamiento, con la barbilla en el pecho, envuelto en sus pensamientos como si de una capa se tratara. Cuando pasó de largo por su lado, Gair se preguntó qué diablos habría pasado entre Savin y él para que Alderan se mostrase tan furioso.

LAS ISLAS OCCIDENTALES

Desde su posición privilegiada subido a la serviola, Gair contempló cómo se acercaban a las islas. Al principio lo único que vio fue una línea irregular en el horizonte. Gradualmente se convirtió en una serie de montecillos como las curvas de una serpiente marina, y distinguió los colores de la tierra, el oscuro bosque, los prados verdes, los campos de labranza. Un collar de espuma blanca adornaba la orilla.

A medida que la *Kittiwake* ajustó el rumbo una fracción más al norte, las islas amontonadas se fueron desplegando a su paso, adquiriendo forma y definición. Casas diminutas adheridas a las laderas sobre largos muelles de madera que se adentraban en las aguas de una amplia ensenada. Las montañas grises y azules se alzaban en el interior, no lo bastante elevadas para la nieve en verano, pero muy escarpadas, lo que hizo que Gair sintiera el impulso de explorarlas. En conjunto tuvo la impresión de que su nuevo hogar iba a revelarse un lugar muy agradable.

Oyó pasos en la cubierta del castillo de proa, y Alderan asomó sobre la batayola, a su lado. El humor del anciano había mejorado con el paso de los días transcurridos tras la tormenta. Había dado a Gair varias lecciones de cómo controlar el canto. Ejercicios de novicio, los llamaba él. Cosas sencillas, no muy distintas de las que Gair había descubierto por sus propios medios: cómo mantener una vela encendida bajo el agua o hacer que el agua apagara una vela. Cada vez que el canto acudía de buena gana a su llamada, aumentaba la confianza que sentía en sus posibilidades.

—Esa de ahí enfrente es Penglas. —Alderan señaló con un gesto las islas a las que se acercaban—. La población se llama Pencruik. Significa «puerto de las Islas».

—¿Cuántas islas son?

—Veintitrés, aunque algunas no son más que atolones. Las que se dejan ver son Penglas, que es la mayor, Penmor, detrás de la primera y a la izquierda, y Pensaeca, a la derecha. Las pequeñas que se distribuyen cerca de Penmor son Penbirgha y Pensteir. Hay una serie de islotes que discurren más o menos al norte desde Penbirgha, conocidas por el nombre de Cinco Hermanas, que podrás ver en el horizonte, pero el resto quedan fuera de la vista.

—¿Todas están habitadas?

—La mayoría de ellas disfrutan de buen tenedero para faenar o son lo bastante extensas para trabajar la tierra. La casa capitular está en Penglas, en esa colina que se alza sobre la población. —Señaló—. Desde aquí podrás ver la parte superior de la

torre del campanario, sobre aquellos árboles.

Gair aguzó la vista en la dirección que marcaba el brazo de Alderan. Sí, ahí estaba; una astilla blanca recortada contra el cielo azul. ¿Qué aspecto tendría el resto? Alderan le dio una palmada en el hombro.

—Creo que te gustará —dijo como si leyera el pensamiento a Gair—. Dail me ha dicho que dentro de un par de horas ordenará echar el ancla, así que ve recogiendo tus cosas. A media tarde estaremos en tierra.

Fiel a la palabra del capitán, apenas dos horas después de mediodía la *Kittiwake* echó el ancla frente a Pencruik, momento en que se despidieron. El calado del barco dificultó acercarlo al muelle, así que los llevaron en bote a puerto. Aunque reinaba el bullicio en las empinadas calles del lugar, el puerto estaba casi vacío. Al atardecer se llenaría de pesqueros y barcas que abastecían a los vidrieros, cuya actividad ocupaba a una cuarta parte de la población de Penglas.

El bote los llevó más allá del embarcadero de madera, cuyo tablonaje tenía el color de una osamenta vieja, hasta la escalera de piedra del muelle. Gair se echó al hombro su equipaje y subió con cuidado al muelle siguiendo los pasos de Alderan, precavido ante los peldaños mojados y el hecho de haberse acostumbrado a que todo se moviera bajo los pies. Los remeros apartaron la embarcación auxiliar con los remos y se dispusieron a bogar de vuelta a la *Kittiwake*.

Pencruik era un revoltijo de calles empedradas y polvorientas, cuyas casas altas tenían el tejado púrpura y la fachada enyesada en claros tonos dorados. Muchas tenían macetas con hierba y plantas con hojas de colores vivos en la puerta y el alféizar de las ventanas, cuando no se extendían por la pared. No había dos casas que tuvieran la misma altura o la puerta pintada del mismo color. Las calles retorcían su trazado para cruzarse en ángulos extraños, siguiendo la pendiente hacia arriba o hacia abajo como si la población hubiese crecido allí como una colonia de percebes.

En la plaza del mercado, Alderan encontró a un carretero que accedió a llevarlos a la casa capitular y ambos amontonaron sus pertenencias en el carro. Gair se acomodó entre unos sacos de la parte posterior, mientras el anciano se sentaba en el pescante con el carretero. El camino serpenteaba ladera arriba sobre la bahía. A los márgenes se alzaban las granjas protegidas por álamos, donde niños bronceados jugaban entre gallinas y perros. Los viñedos y las arboledas componían la mayor parte del terreno fértil, ajedrezando la ladera de almendros, olivos, y trechos de naranjos y limoneros. Para Gair las naranjas siempre habían sido un fruto escaso procedente del norte, y aquella abundancia resultaba asombrosa. Cuando una cuadrilla de temporeros pasó de largo con los cestos llenos a la espalda, los miró con tal atención que una joven de blusa polvorienta le sonrió y le arrojó una imponente fruta dorada. Alderan volvió la cabeza, sentado en el pescante.

—¿Qué impresión te da hasta el momento?

Gair, que tenía la boca llena de dulce naranja, se limitó a sonreír. Era una tierra fértil y muy hermosa.

A la altura del paso, el camino se adentraba en un pinar y luego salía de nuevo al campo abierto de un valle poco profundo en forma de cuenco. Un arroyo descendía por la ladera para desembocar en una laguna que había al pie del valle, cerca de una próspera granja. Más allá se encontraba la casa capitular.

Gair se arrodilló para ver mejor sobre el hombro de Alderan. La casa capitular estaba hecha de piedra blanca, jaspeada de plata y rosa, con tejados del mismo color púrpura que los que había visto en la población. En el extremo sur se hallaba la torre alta que había entrevisto entre los árboles; al pie de la torre, los edificios se distribuían en torno a patios y jardines abiertos. Los árboles asomaban por las tejas, y algo parecido a un jardín vallado de árboles frutales se asentaba en la parte soleada. Ventanas grandes, rematadas en arco, iluminaban las paredes, al contrario que las rendijas estrechas de la casa materna suvaeana, y el muro exterior parecía más señalar los límites de la propiedad que mantener a la gente a uno u otro lado.

—Parece una finca —dijo Gair.

—Lo fue, hace años. Con el tiempo la han ampliado, por supuesto, porque hace falta espacio para acomodar a doscientos setenta y siete estudiantes —explicó Alderan—. Más los graduados, que son los adeptos que escogen permanecer aquí, por no mencionar al servicio. En este momento, entre todos, somos unos quinientos.

—¡No pensé que hubiese tanta gente!

—Y ¿cuántos creías que habría? —preguntó el anciano cuando el carro franqueó la puerta. Una mujer que tendía la ropa de una cuerda que colgaba del patio los saludó. Alderan respondió al saludo; el carretero se descubrió—. No eres el único joven del mundo que ha nacido con estos dones.

—Bueno, yo... —tartamudeó Gair—. Cuando dijiste que eras uno de los últimos, di por sentado que no habría más de una docena, ¡y no media legión!

—Cuando tenía tu edad, tan sólo había unas docenas de gaeden, y la mayoría eran mayores. Hubo una carrera desesperada por encontrar estudiantes a quienes enseñar antes de que nos privaran de todos nuestros profesores. Ahora nuestra orden es mucho menos frágil, pero aún queda un largo camino por recorrer para que alcance el nivel que yo desearía. En estos años hemos perdido demasiado talento. A manos de la ignorancia, del prejuicio, como estuvo a punto de suceder en tu caso. Perdidos debido al control imperfecto de sus dones. Todos y cada uno de ellos son importantes y deben ser salvados si podemos.

—¿«Gaeden»? ¿Qué significa esa palabra?

—Es lo que tú eres, y lo que serás, si escoges unirse a nosotros. Es lo que soy. Significa «dotado». Es una palabra antigua, más que la Fundación. —El anciano sonrió—. Es preferible a «brujo», ¿no te parece?

El carromato franqueó la puerta abierta y accedió al patio de la casa capitular. A la derecha se abría una arcada hacia los establos. A la izquierda, a través de otra arcada, vio las cuerdas para tender y a las doncellas cubiertas con delantal blanco, cargadas con cestos de ropa blanca. Al frente, amplios peldaños conducían a una puerta de roble renegrida por el paso del tiempo, tachonada con clavos enormes. Cuando el carro detuvo el paso, Gair recogió sus cosas y saltó. El ambiente olía a pan recién horneado, a almidón, y arrastraba el gusto salado del mar.

—Henos aquí —anunció Alderan, situándose junto a Gair. Miró a su alrededor—. Condenado sea ese mozo, ¿dónde está? Se supone que debía esperarnos.

Antes de que Alderan acabara de hablar, un joven apareció en la entrada, mascando algo. Al verlos, tragó y se les acercó corriendo, sacudiéndose las migas de la camisa. Sobre la ropa llevaba una capa azul marino que le llegaba hasta las rodillas. El muchacho tenía el pelo negro, rizado, ojos castaños y la expresión maliciosa que suele atribuírsele a un duende.

—¿Otra vez comiendo entre horas, Darin? —preguntó Alderan—. ¡Me pregunto cómo te las apañas para no estar como un tonel, hijo!

—El maestro Saaron dice que necesito comer a menudo, y que si no lo hago, enfermo. —Darin sonrió, mostrando una envidiable hilera de dientes perfectos—. Siento que me hayas encontrado aquí.

—Y haces bien en sentirlo. Éste es Gair.

Darin le tendió la mano.

—Es un placer conocerte.

—Lo mismo digo.

El apretón de manos fue firme y amistoso. Gair calculó que Darin tendría más o menos su edad, puede que fuese un poco más joven. Su acento y tonalidad de piel eran propios de Belisthan.

—Debo averiguar qué ha pasado en mi ausencia, así que voy a confiarte al cuidado de Darin —dijo Alderan—. Él se encargará de que te den de comer y beber, y te mostrará dónde está todo. Puedes tomarte la tarde para acomodarte, pero quiero que mañana a primera hora estés listo.

—¿Listo? ¿Para qué?

—Para someterte a las pruebas, por supuesto —dijo Alderan con aire distraído, como si estuviera ansioso por despedirse—. Tú no te preocupes, no es algo que no puedas resolver. Darin te dará las explicaciones pertinentes. Ahora debo marcharme, el resto del consejo me estará esperando. Te veré por la mañana. Temprano, no lo olvides.

—Descuida —aseguró Gair—. Estoy acostumbrado a respetar los horarios de un monasterio, ¿recuerdas?

Después de saludar a Darin con un gesto y dar una palmada en la espalda a Gair,

Alderan subió los peldaños que lo separaban de la puerta y desapareció en el interior. El belisthano miró a Gair sin saber muy bien qué hacer.

—¿Has dicho que vienes de un monasterio? —preguntó con la voz lastrada por el temor.

—De la casa materna suvaeana de Dremen. —Gair cargó de nuevo a hombros el petate. Darin no dejaba de mirar de reojo la espada.

—¿Significa eso que eres un caballero?

—No, no llegué a pasar de novicio. Me enviaron allí con la esperanza de que una educación monástica pudiera volverme normal.

«El muchacho es un vástago de la sombra.» Se habían dicho cosas como ésa y, para ser escrupulosos con la verdad, por ambas partes. Esas palabras jamás podrían retirarse, y aún le dolían. Gair las tapó. Aquél era un nuevo principio, en un lugar nuevo. Había que dejar que descansaran en paz los huesos de antaño.

—Así que eres gaeden, como el resto de nosotros.

—Eso parece.

—O sea que no te pasas todo el tiempo rezando.

Gair rió y negó con la cabeza.

—Ya ves, no supero la costumbre de madrugar para la primera misa. Y ahora, ¿qué?

—¿Qué te parece si te enseño tu cuarto y luego damos una vuelta y te muestro el lugar? Tenemos tiempo hasta la cena.

Darin subió la escalera. En el interior del vestíbulo, gastadas alfombras decoraban el suelo; no hubieran estado fuera de lugar en la cocina de una granja, y al caminar por ellas les suavizaron los pasos. Los corredores se abrían a izquierda y derecha. El principal era el más amplio y recorría todo el largo del edificio. Darin señaló las salas de conferencias, el claustro de paredes encaladas que correspondía a la enfermería y, en el extremo del vestíbulo, las escaleras gemelas que llevaban a los dormitorios. Tomaron la de la izquierda. La de la derecha, le dijo Darin, conducía a los dormitorios de las chicas.

—¿También ellas asisten a clase?

—Sí, sí. —Darin sonrió y puso los ojos en blanco—. Supongo que después de haber vivido en el monasterio no estarás acostumbrado a esas cosas, pero no te preocupes. De hecho es muy posible que haya tantas chicas como chicos. No tardarás en encontrar a alguien.

Encontrar a alguien era lo último en lo que Gair quería pensar. Desde el momento en que llegó a la casa materna, se dio por sentado que serviría con castidad a la orden, con obediencia y humildad, exactamente tal como si hubiera hecho los votos de un caballero suvaeano. La obediencia le fue impuesta en los patios de prácticas y las veces que tuvo que servir la mesa. Para la humildad bastó con recoger excrementos

con pala en los establos, aunque al menos en eso contó con la compañía de los caballos, a quienes quería más que a la mayoría de las personas. El valor del servicio le quedó claro en los campos de las granjas que los rodeaban, donde acabó con tantas ampollas en las manos como cuando practicaba con la espada o la lanza. La castidad, en una orden de clausura, había cuidado de sí misma.

Una tras otra, una serie de muchachas bonitas dieron las buenas tardes a Darin. También los jóvenes y los mayores, pero sobre todo chicas, y algunas incluso dieron la bienvenida a Gair. Murmuraban sobre lo alto que era, y hacían frufú con sus faldas de vivos colores y el cabello reluciente, charlando como pajarillos subidos a una rama. Se las ingenió para hablarles sin tragarse la lengua, pero Darin se desenvolvía con tal naturalidad con ellas que parecían sus primas o hermanas, incluso aquellas que tenían algún que otro cabello gris. Le bastaban unas pocas palabras para que rompieran a reír, y más de una se volvía para sonreírles hasta que se perdían de vista.

—Pareces muy popular —comentó Gair mientras subían la escalera.

—Son las pecas. Las encuentran irresistibles. —Darin sonrió—. Pero ahora tengo que ser bueno. Renna me amenazó con sacarme los ojos con un espetón si me pillaba mirando a otra chica.

—¿Es tu amante?

—Estamos juntos desde el pasado verano. Es una de las doncellas.

Entonces Darin se detuvo, mordiéndose los labios con expresión pensativa. Gair siguió su mirada a lo largo del descansillo. Una joven syfriana de largas piernas descendía por la otra escalera, con un libro abierto en una mano, mientras con la otra se guiaba por el pasamano encerado. Por encima de la cintura le colgaban las trenzas de cabello color maíz.

—Ay, cómo me gustaría enredarme ahí —murmuró Darin, que no dejó de mirarla hasta que la joven giró en dirección a la biblioteca y la perdió de vista. Sacudió la cabeza, como resignado, y dirigió una sonrisa fugaz a Gair—. ¿Me prometes que no dirás nada?

—Palabra de honor.

—Buen chico. —Darin empezó a subir los peldaños de dos en dos—. Por casualidad no jugarás al ajedrez, ¿verdad?

—Un poco.

—¿Te gustaría que jugáramos alguna vez? Nadie de nuestra planta está dispuesto a jugar conmigo.

—¿Por qué? ¿Haces trampas?

Darin rió.

—No, es que no pierdo a menudo.

Doblaron la esquina y salieron a una extensa galería que miraba a un jardín. Las enredaderas trepaban por las columnas hasta la tercera planta, y un estanque con

peces resplandecía en el extremo opuesto. Darin se detuvo ante la primera de las sencillas puertas de madera que había a la derecha.

—Éste es tu cuarto. Intenta no emocionarte demasiado.

—Créeme, no hace falta que sea gran cosa para que sea mejor que el de la casa materna.

Gair levantó el cerrojo y abrió la puerta. El cuarto tenía el doble del tamaño de la celda que había ocupado en el ala de novicios. Un escritorio y una silla descansaban al pie de una de las ventanas, y al pie de la otra había una cama y un aguamanil. La jarra azul estaba desportillada y no hacía juego con la aljofaina verde, pero ambas estaban limpias y el jabón desprendía un agradable olor a hierbas. Tanteó con un dedo el colchón. También era más blando que la camilla de un novicio.

—Es mayor de lo que esperaba —dijo, dejando sus pertenencias en la cama—. ¿Todas las habitaciones de los estudiantes tienen este tamaño?

—En esta planta, sí. Se supone que son los cuartos de los adeptos, pero en este momento tenemos más aprendices que adeptos, así que en esta galería hay de todo. Yo me alojo en el cuarto contiguo.

En la cuarta pared había un armario alto, vacío a excepción de algunas mantas y un bloque de cedro para mantener alejadas a las polillas. Después de cerrar las puertas del armario, Gair se volvió y encontró a Darin mirando la espada.

—¿Puedo? —preguntó, señalándola.

—Adelante. —Darin la desenvainó, mostrándose algo torpe con la vaina—. ¿Nunca habías empuñado una espada?

—Nada mayor que un cincel. ¿Cómo te las apañas para esgrimirla?

—Levanta un poco más la punta, de modo que esté más alta que tus manos. Así la cogerás mejor. Con la práctica te acostumbras al peso.

Darin le hizo caso. La blandió con titubeos, atento al modo en que la luz se reflejaba en la superficie de la hoja.

—Da mucho miedo. ¿Has llegado a utilizarla?

—Poco más he hecho estos últimos diez años.

—Me refiero a si... bueno, ya sabes, a si has tenido que usarla en algún apuro.

—No he derramado sangre con ella, si es eso a lo que te refieres. —«Le rompí el brazo a un hombre, pero sin derramar sangre», pensó Gair mientras recuperaba la espada, que envainó a continuación.

—O sea que la tienes desde los... ¿Cuántos? ¿Diez años?

—Once.

—Parece antigua. ¿La heredaste?

—En cierto modo. —En lo que a él respectaba, era como si su padre adoptivo hubiese muerto—. Oye, ¿qué te parece si vamos a comer algo? Mi estómago debe de creer que me han taponado la garganta.

De camino al refectorio, Darin le indicó cómo llegar a otros lugares de interés, por ejemplo los patios de prácticas, los baños, los despachos de los graduados y la biblioteca. Gair anhelaba que llegase el momento de explorarla. Ya de pequeño le gustaba leer; leyó y releyó sus libros favoritos hasta que se supo las historias de memoria, hasta que ya no tuvo que volver las páginas para saber que el príncipe Corum vencería a la serpiente marina respondiendo al acertijo, o cómo Jaichin Tresplumas rescató a la doncella elfo del pozo. De todas las cosas que había dejado atrás cuando se marchó de Dremen, eran los libros lo que más echaba de menos.

El refectorio era una estancia alargada con paredes cubiertas de ventanales, hileras de mesas y bancos, y una portezuela en un extremo por la que se servía la comida. El lugar estaba lleno de gente que hacía cola con bandejas, o que permanecía sentada comiendo, o de pie hablando en grupos, cuando no leyendo. Muchos llevaban blancas túnicas de lino con bandas verdes o azules en el cuello o el dobladillo, o una capa corta a la espalda, como la de Darin, sobre ropa normal y corriente. Por último, puede que unos nueve o diez en toda la estancia llevaran capas que les llegaban al suelo, y a éstos era a quienes los demás trataban con mayor respeto.

—¿Qué significan los colores? —preguntó Gair cuando encontraron un par de sitios libres en una de las mesas, donde se sentaron con las bandejas a rebosar.

—Calificaciones y disciplinas. —Darin pinchó una patata con el tenedor e hizo gestos con ella mientras se explicaba—. En cuanto puedes hacer algunas cosas básicas se te considera novicio, lo que equivale a una túnica con banda. Verde para los sanadores, azul para el resto de nosotros, los gaeden normales y corrientes. De ahí pasas a aprendiz, lo que comporta una túnica de color; luego adepto, lo que te supone una capa. —La patata desapareció engullida de un solo bocado.

—De modo que tú eres adepto.

Gair empezó a comer. El estofado de cerdo era sabroso, estaba preparado con una densa salsa de sidra y abundante carne. El belisthano se enderezó la capa y sonrió.

—Desde hace poco. Me llevó casi un año lograrlo.

—¿Y la capa larga?

—Reservada a los maestros. El premio para quienes son realmente buenos. Los maestros se encargan de impartir buena parte de las clases, aunque los adeptos se hacen responsables de algunas cuando hay exceso de estudiantes.

—Suenan muy formal.

—En realidad, no. Impide que haya equivocaciones con la jerarquía. Aparte de las calificaciones, hay pocas normas: ser puntual, esforzarte al máximo, y nada de actividades extracurriculares entre profesores y alumnos.

Darin arqueó las cejas en un gesto sugerente que hizo sonrojar a Gair. Había algunos novicios en la casa materna que soñaban con que llegara el medio día libre de que disfrutaban cada semana; regresaban somnolientos, sonrientes. La velada les

había salido rentable, teniendo en cuenta la bronca que les iba a caer. Rara vez se quedaban mucho tiempo. Nunca había aprendido el truco que practicaban de convertir un tímido intercambio de sonrisas en algo que pudiera darle motivos de temer su siguiente confesión.

—Intentaré recordarlo —dijo, ocultando el rubor tras la taza que se había llevado a los labios.

—¿Cuál es tu mayor talento?

—No estoy muy seguro. De camino hacia aquí Alderan me dio algunas lecciones, pero creo que no hicimos más que arañar la superficie.

Ninguno de los ejercicios que le propuso le había dado muchos problemas, aunque mantuvo la cautela ante la vastedad del canto que por fin era capaz de apreciar. Desde la tormenta, invocar el canto fue como tomar una taza de té y verter en ella todo el océano.

—Probablemente lo averiguarás mañana, cuando te hagan las pruebas. Quizá incluso te asciendan de categoría de golpe.

—¿Cómo son las pruebas? ¿Qué tendré que hacer?

Gair utilizó los restos del pan para rebañar la salsa y se preguntó si sería descortés hacer cola de nuevo para repetir. Darin ya había terminado y volcaba su atención en un plato de fruta y queso, a pesar de haber sido él quien había hablado más.

—No tiene ningún misterio. Los graduados te asignan tareas que hacer, y así se las ingenian para averiguar de qué eres capaz y lo fuerte que eres. A mí se me da bien el fuego. Por eso me enviaron aquí.

—Algo me dice que hay una historia ahí, esperando a ser contada.

El belisthano compuso una expresión avergonzada y jugueteó con la piel de una manzana.

—Prendí fuego al sombrero de mi tío.

Al escuchar esto, Gair se atragantó con el vino.

—En realidad no le prendí fuego. No fue más que una ilusión. Ya sabes: humo, llamas, crepitar de llamas. Pero fue muy realista.

—¿Cómo sucedió?

—Mi padre solía decir que alguien tendría que bajarle los humos. Un día lo vi con algunos granjeros, comportándose como el señor de la mansión, y de pronto pensé que perdería la compostura si se le incendiara el sombrero. Acto seguido lo vi corriendo de un lado a otro, chillando y apagando el fuego a manotazos.

—¿Tu familia te envió a este lugar?

—No, no, no directamente. No pensaron que fuera cosa mía. Hasta que prendí fuego a mi cama no empezaron a sospechar. ¡Hacía frío! —se defendió al ver la expresión escéptica de Gair—. Sólo pretendía encender el hornillo, pero se me fue la mano.

—Daré por sentado que aprendiste a controlarlo. No me gustaría despertar una mañana y encontrarme el cuarto envuelto en llamas.

—Me aseguraré de despertarte antes. —Darin sonrió—. ¿Cómo descubriste tus dones?

Gair apartó la bandeja y se recostó en la pared con la taza en la mano.

—Fue cuando intentaba alcanzar el mazapán. Era pequeño y lo habían escondido en lo alto de un estante —respondió.

Darin hizo la pantomima de alcanzar algo con las manos y Gair saludó el gesto levantando la taza.

—No me di cuenta de que era distinto hasta que conté lo que había hecho y me regañaron por mentir. Después me cuidé mucho de decir nada.

—Déjame adivinar, ¿ya no te gusta el mazapán?

—Incluso su olor me da náuseas.

Después de la cena, Darin pretextó su promesa de visitar a Renna, y dejó a Gair a su aire. Tan sólo se equivocó de camino una vez yendo a los baños, y después de asearse regresó a su cuarto. Con la ventana abierta para que entrara el olor del mar, sacó algunas de sus cosas de las alforjas y las guardó. Después se sentó en un extremo del escritorio y contempló los pastos, bañados por la luz multicolor del sol poniente.

De modo que a partir de ese momento viviría allí. No podía compararse a la casa materna. Para empezar, la cicatriz de la mano ni siquiera había hecho enarcar la ceja a una o dos personas que habían reparado en ella. La casa capitular era un lugar mucho menos formal. Todo el mundo hablaba y reía al circular por las salas, y los maestros no guardaban las distancias con el resto de los estudiantes. Era como una gran familia. Perteneían a ese lugar, y lo habían recibido con los brazos abiertos en su casa, tanto por lo que era como a pesar de ello.

El viento arrastró hasta él los retales de una canción. Vísperas. A pesar de las nueve semanas de su marcha, Gair sentía el tirón de la rutina. La pauta diaria en una morada de la diosa era algo que le habían inculcado profundamente; tan sólo tenía que cerrar los ojos para ver el bruñido roble tras el altar, reluciente reflejo de un millar de velas. Oyó la voz resonante de Danilar entonando el servicio religioso, y también los susurros que respondían. ¿Qué opinión tendría el capellán del lugar a donde había ido a parar?

Gair miró el ejemplar del *Libro de Eador* que había hallado en el cajón del escritorio. Era una edición popular, no la que incluía las suntuosas iluminaciones producida por los amanuenses de la Iglesia. La cubierta de cuero estaba ajada, el lomo forzado y las páginas dobladas por el uso. Lo abrió por el punto de libro en tela. Beatitudes, capítulo ocho: «Bienvenidos seáis vosotros, viajeros. Sed bienvenidos a la casa de la diosa, allá donde quiera que podáis encontrarla en vuestros viajes. Relajaos

en esta casa, que descansen vuestras cargas y que vuestras preocupaciones no os arruguen el ceño».

Desde que tuvo edad para recordar las palabras de memoria, Gair había rezado sus oraciones de noche y había bendecido los alimentos en cada comida, e incluso hubo momentos en que tuvo la certeza de oír la voz de la diosa. Había atendido el servicio, y los relatos de condenación lo habían estremecido con sus téticas promesas, a pesar de desear con toda el alma hacerse un hueco en el cielo. Claro que en aquellos tiempos su concepto del cielo guardaba un fuerte parecido con la casa de tío Merion en Blackcraig.

Entonces el canto tocó la primera nota en su interior. Los servicios religiosos se convirtieron en una agonía de temor, y en sus plegarias pidió con desespero que no lo descubrieran. A partir de entonces dejó de pensar que ella le hablaba, y si lo hizo, fue incapaz de oírla. Desde entonces dirigirse a la diosa fue perdiendo importancia poco a poco. ¿Por qué esforzarse cuando apenas había esperanza de obtener una respuesta?

Si fuera un auténtico creyente, estaría de rodillas en la capilla, rezando por la guía y la absolución de sus pecados, en lugar de estar ahí sentado. Aunque si fuera un verdadero creyente jamás habría acudido a un lugar semejante. Se habría sometido a la merced de la Iglesia y aceptado su penitencia, consciente de asegurarse así su lugar en el cielo. No estaba seguro de tener el coraje necesario para abrazar esa clase de fe.

Sin quererlo, Gair se descubrió volviendo las páginas hasta el «Libro de las Abjuraciones». Se sabía de memoria las palabras, pero de todos modos volvió a leerlas. Capítulo doce, versículo catorce: «No permitirás que un brujo viva, y destruirás todas las obras del mal que pongan en peligro tu alma».

¿Tendría razón Alderan, y el pecado sólo existía en la mente de los hombres? Y si era así, ¿era él un brujo? A ojos de la Iglesia, voz de la diosa en la tierra, desde luego. ¿Y a ojos del prójimo? Tal vez sí, tal vez no. Había nacido con ese don, ¿no era, por tanto, un obsequio de Eador? ¿Era él un brujo a ojos de ella? Aquélla era una pregunta para la que no tenía respuesta.

UNO DE LOS NUESTROS

Las cocinas de la casa capitular eran lugar de paso obligado para los más madrugadores. Cuando Gair entró en el refectorio una hora después del alba, los sirvientes se encontraban en sus puestos en las portezuelas, y una cuarta parte de las mesas estaban ocupadas. Tomó el desayuno, compuesto de pan caliente con especias y una taza de té, en el mismo asiento de la noche anterior, atento mientras comía a las idas y venidas de los demás.

El resto de los habitantes de la casa capitular no pertenecía a ninguna clase en particular, al menos que él pudiera ver. Los había de todas las edades, de ambos sexos, y prácticamente de todas las nacionalidades que fuera capaz de identificar. Vio algunos leahnos, altos, de extremidades largas y cabello rubio como él; tylanos de piel de aceituna, belisthanos y algunos provenientes del desierto, negros como caoba. Vio incluso un astolano, con su característica piel dorada y la elegancia de movimientos de un felino. Todos ellos hablaban en la lengua común, pero con gran variedad de acentos, y el ambiente de alegría relajada constituía un contraste absoluto con la solemnidad que reinaba en la casa materna. Allí los novicios vivían esperando la llegada de la tarde libre, momento en que podrían ausentarse, correr, gritar y reír hasta quedarse roncós, dispuestos a divertirse tanto como pudieran, conscientes de que durante los siguientes siete días vivirían de recuerdos.

Apuraba la segunda taza de té cuando Alderan franqueó la puerta de entrada. Sobre la ropa de viajero, el anciano llevaba una larga capa azul que parecía tener tantos años como él.

—Buenos días —saludó al llegar a la mesa de Gair—. ¿Has dormido bien?

—Muy bien, gracias.

El cuarto extraño y los ruidos peculiares de la noche, distintos, lo habían tenido despierto un rato, al término del cual se quedó dormido como una piedra.

—¿Estás listo?

—Supongo que sí. Cuesta decirlo cuando no tengo ni idea de para qué se supone que debo estar listo.

Gair se acabó el té y dejó la taza en la mesa.

—Pues para la prueba. Pensé que Darin te habría hablado de ello.

—Lo hizo. Le sorprendió que no la hubieras mencionado antes.

Gair no anhelaba precisamente que llegase el momento de someterse a esa prueba. Llevaba tanto tiempo ocultando su naturaleza que le costaba mostrar

abiertamente su don. Invocar un bril ante Alderan, en la intimidad de la cabina del barco, era una cosa. Que le pidieran demostrar el alcance de sus dones en presencia de un tribunal compuesto por maestros, de extraños, era otra muy distinta. Miró a los ojos al anciano, esperando una reacción a su respuesta que no llegó.

—¿Y si no quiero someterme a esa prueba?

—Tienes que hacerlo. Todos los estudiantes pasan por ella. Nos permite evaluar tu don y decidir qué puedes hacer con él, qué no puedes hacer y qué es lo que puedes aprender. De ese modo podemos luego ofrecerte el adiestramiento adecuado. Me pediste que te enseñara, ¿recuerdas? Si te niegas, te pondremos a prueba igualmente. —Alderan desnudó la dentadura—. Pero es más divertido si cooperas.

Gair se levantó.

—Veo que omitiste muchas cosas cuando me hablaste de este lugar.

Alderan no se mostró molesto.

—Te dije la verdad —se limitó a replicar.

—Pero no toda: «El engaño es la obra del Innombrable, el padre de las mentiras. Muéstrate abierto y honrado en todos tus tratos, y la diosa te sonreirá».

El anciano rompió a reír, una risa lo bastante franca y entusiasta como para llamar la atención de varios de los presentes.

—¡Por los santos! ¡Mira que citarme las escrituras! Tú ganas, muchacho —rió, levantando las manos como quien implora clemencia—. Tendría que haberte preparado para esto, discúlpame otra vez. No tendrás problemas, así que no te preocupes. Después de lo que demostraste a bordo de la Kittiwake, no me cabe la menor duda de que estás a la altura de lo exigido.

—Entonces acabemos con esto.

Alderan encabezó la marcha a buen paso a través de los corredores de piedra blanca de la casa capitular, en dirección a los patios de prácticas del ala sur. Había tres cuadrángulos en torno a un edificio situado en medio que albergaba el armero. Unos senderos situados a la sombra bordeaban los dos patios más modestos, uno cubierto, el otro al aire libre, mientras que el tercero, mayor que los otros dos juntos, estaba rodeado de bancos bajo un pabellón. Darin le había contado que ése era el patio donde tenían lugar las exhibiciones y las evaluaciones de los alumnos.

Alderan se detuvo al llegar a la puerta del vestuario.

—¿Qué pasará? —quiso saber Gair.

—No puedo contártelo. Soy tu padrino. Lo único que puedo decirte es que habrá algunos graduados esperándote, y también que te harán algunas preguntas. Tienes que responderles con sinceridad e intentar hacer todo lo que te pidan. Yo también estaré ahí, pero no puedo ayudar. Tendrás que apañártelas por tu cuenta. Ahora entra, cámbiate y nos veremos en el patio en unos minutos. No te preocupes. Tengo toda mi fe depositada en ti.

Alderan, muy serio, le dio una palmada en el brazo antes de alejarse por el corredor. Gair entró en el vestuario y, pasando de largo la hilera de bancos, se encaminó hasta el extremo opuesto, donde lo aguardaba un hombre de tez oscura, algo más bajo que él y un poco mayor. Vestía una capa azul que le llegaba a la cintura y llevaba un hatillo blanco en las manos.

—Tú debes de ser Gair —dijo, sonriente—. Ponte esto. Es de tu talla. El ama de la casa tuvo que ajustarlas a tu estatura.

Le tendió el hatillo. Resultó contener una túnica holgada y unos pantalones de tela áspera que a Gair le recordó la lona de la vela de un barco. El resto de las prendas también eran del color blanco de la túnica de novicio. Gair se quedó en ropa interior, y se vistió antes de doblar su ropa y dejarla en el banco. El talle era bastante holgado, muy cómodo, a pesar de que la tela resultaba rugosa al tacto.

—Al principio es incómoda, pero con el uso se vuelve más suave —le contó el adepto mientras Gair tocaba el tejido—. No tardarás en acostumbrarte. ¿Listo?

El adepto abrió la puerta que daba al patio y lo condujo afuera. Aún era temprano, y el patio estaba en sombras aparte de la zona oeste, donde una cinta de oro se desparramaba sobre los asientos superiores. El suelo de tierra removida estaba frío al tacto, pero el ambiente era seco y anunciaba una cálida jornada. En Dremen, donde los veranos eran cortos, ya habría escarcha en la hierba y las aves volarían al sur en extensas formaciones. Allí en las islas, el verano parecía extenderse hasta el día de San Simeon, incluso más todavía.

Los maestros se sentaban en semicírculo a lo largo de los asientos bajos del extremo sur. Alderan se hallaba de pie en el patio, en un lateral. Aparte de las largas capas azules, los maestros vestían con la misma normalidad que cualquiera con quien Gair se hubiese cruzado en las calles de una población, con el dobladillo de la túnica polvoriento y el calzado gastado. Frente a ellos había una serie de objetos, incluido un montón de madera, una artesa llena de agua y una pila de rocas grandes.

—¿Seis? —susurró el adepto—. Tienes que ser bueno. A mí sólo me supervisaron dos. ¡Buena suerte!

Se inclinó ante los maestros y se alejó hacia una de las arcadas situadas bajo las gradas. Gair cubrió los últimos pasos que lo separaban de Alderan.

Cuatro hombres y dos mujeres le observaban. Una de las mujeres tenía la piel cobriza y las facciones angulosas propias de los desiertos meridionales. Vestida con camisa y calzones de hombre, se había remangado hasta los codos y dejaba al descubierto sus antebrazos magros, nervudos. Llevaba el pelo muy corto, como un chico. Cuando levantó la vista, los ojos negros como el azabache que esperaba encontrar resultaron ser asombrosamente azules, vivos. Por contraste, la otra mujer tenía el pelo blanco, era corpulenta y tenía aspecto de ser la abuela de alguien. Aparte del enorme anillo de esmeralda, tenía una imagen tan hogareña que no le hubiera

sorprendido verle las mangas manchadas de harina.

Los cuatro hombres también eran muy distintos entre sí. Dos eran de piel oscura, de compleción y facciones tan similares que podrían pasar por hermanos, incluso por mellizos. De los otros dos, uno era rubio y barbudo, el otro rubicundo, perfectamente afeitado y tirando a rollizo. Los seis observaron a Gair con la intensidad propia de quien está dispuesto a pujar en la subasta de ganado. Él se esforzó en mantenerse bien recto y no titubear, pensando que si miraba al frente, al banco vacío que mediaba entre ambas mujeres, la atención de los demás presentes le resultaría menos desconcertante.

—Éste es Gair —lo presentó Alderan—. Acaba de llegar, procedente de la casa materna suvaeana de la ciudad santa de Dremen, para someterse a las pruebas de sus dones y aprender las responsabilidades que acompañan el privilegio del poder. Acude a nosotros por propia voluntad, con el conocimiento de lo que es y de que aquello en lo que se convertirá lo situará aparte del prójimo en el mundo, para siempre. Acude a nosotros para que lo aceptemos como gaeden.

—Bienvenido, Gair —lo saludaron los maestros con formalidad. Gair inclinó la cabeza con la esperanza de que fuera lo correcto.

La mujer mayor le dedicó una sonrisa tan dulce como una galleta casera de mantequilla.

Alderan retrocedió unos pasos, situándose a un lado por detrás de Gair. De pronto el ambiente se cargó de tensión. El vello de los brazos de Gair se erizó como si alguien le hubiera acariciado con las uñas la columna vertebral. Fuera lo que fuese que sentía, lo rodeaba como si fuera una celda, incluso bajo sus pies. Un escalofrío de incomodidad lo sacudió hasta ponerle los nervios a flor de piel. Recordó otra celda, una de paredes de hierro, y tuvo que esforzarse para apartar ese recuerdo de la mente.

El graduado rubio fue el primero en hablar. Lo hizo con voz sorprendentemente grave y ronca para tratarse de alguien tan delgado.

—Soy Godril —se presentó—. ¿Puedes trabajar con fuego?

—Puedo.

—Muéstrame una llama.

Gair alcanzó el canto en su interior. Respondió a la llamada para saludarlo, inquieto como un cachorro, llenándolo de energía. Rápidamente buscó la susurrante melodía de la llama y extendió la palma de la mano. Una pequeña llama dorada flotó de pronto sobre la mano, encendiéndose y apagándose al ritmo de los latidos de su corazón. La enderezó antes de dejarla flotando en el aire ante él. Godril la extinguió sin esfuerzo.

—Eso es una ilusión. ¡Muéstrame fuego!

Había un poco de paja a los pies de Gair. La levantó y prendió como si se tratara de una cerilla. Sin apartar la mirada del rostro de Godril, dejó que ardiera en sus

dedos y soltó los restos que se redujeron a cenizas y se desintegraron.

—Ahora eso.

Godril señaló la leña. Era un tronco de seis pies de longitud de corte rectangular, grueso como la cintura de Gair. Recién talado, los bordes serrados seguían pegajosos con la savia. Gair se concentró. Prender madera recién talada siempre le resultaba difícil, incluso disponiendo de yesca y pedernal, pero creía haberle pillado el truco. Tras la constante y cuidadosa práctica a bordo de la Kittiwake había llegado a ser capaz de crear una llama firme; en este caso se trataba más bien de una cuestión de escala. Invocó la llama en la madera. Al principio no sucedió nada, luego la leña empezó a humear. Tomó un poco más del canto y una lengua dorada prendió las astillas que habían quedado tras la tala. Entonces apareció otra. Prendió, se avivó. Alimentado por su voluntad, el fuego recorrió el tronco y se alzó hacia el cielo. Las burbujas de savia sisearon antes de reventar.

A su alrededor aumentó la tensión en el ambiente. En el tronco las llamas adoptaron un fulgor azulado casi hasta extinguirse. Gair se concentró más. Surgió una llama nueva que Godril volvió a aplacar. Gair asentó los pies y extrajo más del canto.

En esa ocasión el fuego peleó para hacerse con las riendas. Se alzó más humo que calor; cayó sobre él, rascándole la garganta. Gair dejó que la música subiera de tono en su mente. Recorrió todos y cada uno de sus nervios, cantando, un delicioso calor que lo envolvió, pero las llamas no eran más fuertes que cerillas. Se abrió más, y más, ya no intentando concentrarse, sino tan sólo controlar, y el calor le resultó doloroso. Se hallaba bajo el sol del desierto que le abrasaba la piel. Unos instantes más y tendría que rendirse.

El tronco estalló con un ruido similar al de una botella descorchada. Los ardientes fragmentos saltaron despedidos por el patio, humeando. Alguien lanzó un juramento y la más morena de ambas mujeres soltó una risotada. Los demás observaron ceñudos los restos humeantes, antes de apagarlos uno tras otro.

—Nunca has sabido cuándo parar, Godril. —A pesar de la solidez guerrera de su aspecto, la voz de la mujer del desierto era ronca y sensual, especiada con un acento que Gair no supo ubicar. Poseía una nota ahumada que estorbó su concentración como una pelusa en la camisa.

—Basta, Aysha. No es momento —gruñó Godril, que se volvió hacia Gair—. Concluyo que puedes trabajar con fuego.

El siguiente en hablar fue uno de los hermanos. Ahora que Gair prestaba más atención, vio que tenía hebras grises en el cabello y la barba, y que la oscuridad de sus ojos contrastaba con su piel cetrina. Se llamaba Barin, y pidió a Gair que trabajase con el agua. El joven le dio varias formas, condensándola a partir del aire y extrayéndola del suelo. Gair tuvo que esforzarse y sudar para lograr los resultados que se le exigían, pero lo logró. Barin se mostró satisfecho.

—Concluyo que puedes trabajar con el agua.

Eavin, su hermano, tomó el relevo. Creó un torbellino, y Gair se vio obligado a dar forma a los vientos, apagar fuegos con ellos, amasar juntos aire y agua hasta dar pie a una tromba, respirar cuando los graduados se esforzaron por asfixiarlo, formar un escudo a su alrededor mientras le arrojaban toda clase de cosas, tanto sólidas como ilusorias. Tuvo motivos de sobra para agradecer las lecciones de Alderan a bordo de la Kittiwake.

Esther, la mujer mayor, trabajaba la tierra. Para tratarse de alguien con aspecto tan benigno, tenía la mirada astuta de un prestamista y había una nota implacable en su plácida fuerza. Con gran destreza, originó terremotos y temblores de tierra, quebró las rocas que tenía enfrente y las fundió con ayuda del fuego, mientras invitaba a Gair a imitar su ejemplo o bien a impedirle llevar a cabo aquellos actos.

Seguidamente los cuatro aportaron sus respectivos dones: el agua y el fuego, el aire y la tierra, en distintas combinaciones, hasta que la actividad fue frenética. Satisfacer sus demandas se volvía más y más difícil. Tras cada fracaso, tras el esfuerzo renovado, su espalda y pecho rompían a sudar. Le latían las sienes de forma incontrolada y únicamente su tozudez lo mantuvo en pie.

Al cabo, los cuatro graduados aflojaron la presión. Gair dejó de aferrar el canto y se inclinó, aspirando aire con fuerza para liberar la tensión que le atenazaba el pecho. Cuando pasó el mareo y su pulso adoptó un ritmo más lento, se irguió. Aunque el esfuerzo físico había sido mínimo, le dolían todas las articulaciones y tenía la espalda bañada en sudor. La túnica blanca estaba manchada de tierra, hollín e incluso sangre.

Los graduados aguardaban con rostro impasible. El sol caía en la espalda de Gair, y su sombra era tan corta que se arracimaba a sus pies. Debía de ser pasado mediodía; habían transcurrido cuatro horas, y aún quedaban dos graduados pendientes de ponerlo a prueba. Se limpió con la manga el sudor que le perlaba el rostro. En el extremo opuesto, el hombre de piel sonrosada sonrió con timidez, con los nudillos de una mano bajo la barbilla. Tenía un brillo de diversión en los ojos, y enarcó una ceja como si preguntara a Gair si tenía interés en formar parte del chiste.

Gair lo ignoró porque la mujer a quien Godril había llamado Aysha se había levantado. Su porte la hacía parecer más alta de lo que era, pero su cuerpo guardaba una proporción peculiar, era más largo de cintura para arriba que de cintura para abajo. Luego cayó en la cuenta de qué era lo que no encajaba. Iba apoyada en dos bastones, como si sus piernas fueran demasiado débiles para tenerla en pie. Lo vio mirándola y respondió a su mirada entornando los ojos, desafiándolo a compadecerla, rechazando su lástima. Sus preciosos ojos eran duros como zafiros. Extendió los brazos, soltó los bastones y volvió el rostro hacia el sol. Su silueta resplandeció, se encogió y, en su lugar, apareció un cernícalo subido al banco.

«¿Puedes hacer algo así, Leahno?», lo desafió mentalmente su voz. El cernícalo

alzó el vuelo con un chillido.

Gair no pudo responder. No sabía cómo proyectar hacia la mente de ella sus pensamientos. Pero eso no le impediría impresionarla. Recurrió a la inquieta música del canto en busca de un águila encarnada. En la celda de paredes de hierro había sido un halcón, cegado por una caperuza, retenido por trabas de cuero, pero soñando con el cielo. Ahora podía volar de nuevo, tal como recordaban sus alas.

Tras batir las alas cuatro o cinco veces se vio levantado del suelo, momento en que alzó el vuelo en círculos hasta donde el cernícalo permanecía flotando sobre el patio. El águila encarnada era un ave imponente que medía siete u ocho veces lo que un cernícalo, pero carecía de su capacidad para permanecer flotando en el aire, a pesar de lo cual reparó en la existencia de una corriente térmica que se alzaba desde el tejado de la casa capitular y que sus amplias alas podrían aprovechar para ganar sustentación.

Por los santos, menuda sensación la de extender de nuevo las alas. No alzaba el vuelo desde finales del pasado invierno, y no era consciente de cuánto lo echaba de menos hasta que sintió el viento levantarlo y dejó atrás el peso de la tierra, debajo de él. Era tan vigorizante como zambullirse en un lago de aguas frías en pleno verano. Fue como librarse por completo de la fatiga.

El cernícalo de Aysha voló a su alrededor, escrutándolo todo, desde la forma de sus garras hasta la tonalidad del plumaje.

«Es una buena forma. Veamos cómo te las apañas con ella.»

En un abrir y cerrar de ojos, la mujer se transformó en un águila hembra y descendió en picado hacia las colinas del interior. Gair miró a los boquiabiertos maestros que los miraban desde el patio, y seguidamente se arrojó en pos de ella.

Aysha hizo que la persiguiera sobre los viñedos de Penglas. Podía no moverse con agilidad en tierra, pero en el aire hacía gala de la gracia de una bailarina. Alabeó y rodeó las columnas de aire, lanzó un graznido agudo de pura alegría, y Gair la siguió, imitando uno tras otro sus movimientos. Tras diez años, aquella forma le sentaba como una segunda piel.

«Me gusta esa forma, leahno —aseguró Aysha—. Tal vez no sea tan grácil como un cernícalo, pero es ágil y fuerte. Podría sobrevolar el ancho mundo con esas alas. —Inclinó la cabeza—. Tienes que aprender a hablar así, para que podamos charlar cuando volemos juntos. En cuanto sepas cómo hacerlo, no lo olvidarás.»

Abajo, en la superficie, un granjero con sombrero de paja caminaba entre las vides. De vez en cuando se detenía a inspeccionar la fruta madura, o a recoger una hoja podrida. Aysha ganó altura sin dejar de mirar la suave pendiente. Gair se colocó por encima de ella. El aire cálido que ascendía de la ladera lo mantuvo en lo alto como si flotara en mitad de una bañera. Mantuvo la posición exigida sin que le temblaran apenas las alas. Menos esfuerzo que el empleado en alcanzar la pastilla de

jabón.

De pronto Aysha dobló las alas. Su trayectoria trazó una curva como una flecha que llueve del cielo, derecha hacia el sombrero del agricultor. Gair cayó en picado tras ella. Descendía rápido, demasiado; supuso que iba a... Las alas de fuego dorado relampaguearon bajo el sol. Aysha remontó el vuelo con algo de color claro entre las garras. El granjero se llevó la mano a la cabeza calva, boquiabierto de asombro.

«¡Espantado como una moza asustadiza!» La risa de Aysha burbujeó en la mente de Gair. Ganó más altura, tanto que se situó sobre él, y más alto aún, y luego descendió y volvió a remontar. Abajo, en los viñedos, dejó caer el sombrero y rió de nuevo al ver al dueño correr tras él.

«¡Ah, ha sido muy divertido! Coran me acusa de pueril, pero no hemos hecho nada malo. El granjero recuperará el sombrero tarde o temprano.»

Alabeó para descender hacia los campos de la finca. El viento cayó hasta convertirse apenas en brisa. El calor que se alzaba desde la ladera arrastró hasta Gair aromas de lavanda y tomillo y tierra tostada por el verano. Zumbaban los insectos. Un perro ladró a la puerta de la granja, y Gair olió a leña ardiendo y la cena que preparaban en la cocina. En su hondonada, la casa capitular estaba bañada por la luz del atardecer, como un confite en miel.

Recordó la casa de Merion y las largas jornadas veraniegas. La maraña de campánulas de San Winifrae que crecía en torno a las ventanas de los dormitorios de las plantas superiores, cabeceando sus blancas flores en presencia de las abejas. Los parteluces emplomados que parpadeaban en las paredes de piedra arenisca. Compitiendo con los demás muchachos para ver quién llegaba más lejos deliziándose por la galería recién encerada con los pies cubiertos tan sólo por calcetines.

La mayor parte de sus recuerdos de Leah pertenecían a ese lugar. Había aprendido a nadar y pescar en Blackcraig, y también a navegar en barca. Aprendió a olvidar lo distinto que era. Ya no podía regresar allí. El dolor dulzón de la nostalgia se manifestó en su interior, agudo como una astilla.

Los patios de prácticas surgieron bajo él, casi dos tercios cubiertos por las sombras, vueltos los rostros hacia la aproximación de las águilas.

«Tienes que volar de nuevo conmigo, Leah, y mostrarme qué otras formas conoces —dijo Aysha—. Yo te enseñaré a ser una marsopa, y nadaremos a los palacios sumergidos de Al-amar; a ser un lobo, ¡y cazaremos en las montañas a la luz de la luna!»

De pronto ella cayó en picado y trabó sus garras en las de él. Espantado, aleteó con fuerza para romper el contacto, pero la inercia de la caída de ella lo desequilibró hasta el punto que ambos acabaron cayendo en espiral sobre el patio. Entonces, con la misma agilidad que lo había trabado lo soltó. Se apartó sin dedicarle una mirada más hasta posarse en tierra, en el banco donde se había sentado, donde recuperó su

verdadera forma. Gair tardó unos instantes en recuperarse y reducir la intensidad con que le latía el corazón, antes de sobrevolar en círculos a los maestros. Las sombras que lo envolvieron al descender lo impregnaron de frescor, pero cuando recuperó su altura normal le alcanzó en la cara el sol poniente y tuvo que hacerse visera con la mano para distinguir las seis caras de asombro que lo miraban pasmadas.

Todo empezó con la risa de Alderan. Poco a poco fue a mayores, subió y subió hasta hincharse y reventar en un imponente estruendo de diversión. El anciano le dio palmadas en el muslo y sacudió la cabeza, mientras una amplia sonrisa le partía la barba en dos.

«¡Excelente! —reverberó su voz en la cabeza de Gair—. ¡De veras te lo digo: excelente!»

Los insondables ojos de Aysha se clavaron en él, lo bastante azules para sumergirse en ellos. Seguidamente inclinó la cabeza.

—Soy Aysha —se presentó con aire formal—. Yo concluyo que puedes trabajar las formas.

Sin dejar de contener la alegría, Alderan puso la mano en el hombro de Gair.

—Entonces, ¿estamos todos de acuerdo? —preguntó.

Los graduados se miraron entre sí. En el interior del joven el canto se estremeció para darle a entender que se estaban consultando los unos a los otros.

—Lo estamos —dijeron al unísono.

Y también todos a una se levantaron para después inclinar la cabeza. La tensión latente lo envolvió en un abrazo tan intenso que el aire pareció solidificarse en derredor. En un rincón del pensamiento se abrió una puerta a un vasto espacio lleno de brillantes colores. En éste sintió presencias que aguardaban a que hiciera algo, pero no supo qué. Alderan le apretó el hombro, y como si ése fuese el pie que estaban esperando, siete voces se dirigieron a él mentalmente:

«Bienvenido, Gair, a la orden del Velo».

Uno a uno se presentaron ante él, para que pudiera reconocer los colores, las pautas, de sus mentes; después se retiraron. Aysha fue la que más tiempo se quedó: hielo blanco, cielo azul, ágata gris y el rojo espeso de la sangre que mana del corazón. Constituía un marcado contraste con Alderan. Los colores del anciano eran sorprendentemente suaves: ámbar y jaspe, brandy y vino dulce oscuro; carecía de las aguas de Aysha, a pesar de que una veta de plata y negro los surcara como una cicatriz.

Cuando Alderan interrumpió el vínculo, se cerró la ventana abierta al infinito y Gair se vio de nuevo mentalmente a solas. Lo único que fue capaz de sentir entonces fue una extraordinaria pesadez en las extremidades, acompañada por una fatiga absoluta.

—Pareces agotado —dijo Alderan.

Gair se limpió de nuevo el rostro con la manga. Necesitaba un baño, y con urgencia.

—Al menos esta vez no he vomitado.

—Eso es porque no te han presionado tanto.

—¡Pues no han sido precisamente blandos conmigo!

—No, pero podrían haberse mostrado mucho más duros. Por eso Coran estaba presente, para asegurarse de que no te exigieran más de lo que pudieras dar.

—¿Te refieres al pelirrojo del extremo, el que no abrió la boca?

Alderan cabeceó en sentido afirmativo.

—Se hallaba presente en calidad de árbitro. Sin duda tendrás ocasión de conocerlo más adelante. Está en la facultad.

—¿Qué enseña?

—Escudos y custodias. —Recorrieron el patio en dirección a la puerta del vestuario, donde Alderan detuvo el paso—. No me dijiste que supieras cambiar de forma.

—No me lo preguntaste.

—¡Ajá! —El anciano sacudió la cabeza, dolido—. Vaya, creo que me lo tengo bien merecido. Has logrado impresionarlos. Imagino que Aysha querrá ayudarte con lo del cambio de forma.

—Eso me ha dicho.

—Compartís un don muy raro. Ella es la única persona capaz de cambiar de forma que ha conocido nuestra orden. Hoy hemos sido bendecidos con la presencia de dos.

—Y ¿qué va a pasar a partir de ahora?

—Dijiste que querías aprender. Nosotros te enseñaremos todo lo que sabemos. Después dependerá de ti. —Alderan puso la mano en el hombro del joven—. Aquí eres bienvenido como uno más. Necesitamos tantos gaeden como podamos encontrar para conservar la integridad del Velo.

—¿Puedo tomarme un tiempo para pensarlo? Con todo lo sucedido... —Gair se encogió de hombros.

Alderan asintió.

—Por supuesto. Tómate todo el tiempo que necesites.

Se dio la vuelta tras esbozar una sonrisa. Gair miró hacia el norte, donde se alejaban en fila los guardianes. Aysha se ayudaba de los bastones para caminar, arrastrando los pies con cada paso. Estuvo esperando, pero ella no se volvió para mirarlo.

PLANES

El estudio de Ansel no era espacioso. Cuando las paredes no estaban cubiertas de estanterías, lo estaban de tablones, y un enorme tapiz colgaba sobre el hogar, frente al recio escritorio de roble. Lo habían cambiado de su lugar habitual frente a las ventanas para acomodar un caballete donde daba más luz. El propio Ansel, imponente en su atavío níveo y el salterio abierto en el regazo, se encontraba sentado en una silla de respaldo alto subido a la aspillera, mientras el artista ajustaba los pliegues de la túnica hasta quedar satisfecho, antes de regresar al bosquejo.

—Así, mi señor preceptor, perfecto. Quizá podrías levantar la barbilla un poco.

Danilar cerró la puerta sin hacer ruido al entrar, y se cogió las manos bajo las mangas. Reconoció al tipo delgado que vestía blusón de pintor. Teuter era el mejor retratista de Dremenir, pero la expresión del preceptor hizo que Danilar se preguntara cuánto tiempo pasaría hasta que acabase arrojando ese exquisito salterio a la cabeza del pintor.

—Veo que finalmente han encontrado un hueco para que puedas posar, mi señor —dijo.

Ansel puso los ojos en blanco.

—Tenía que hacerlo tarde o temprano —masculló mientras se rebullía en el asiento. El artista chascó la lengua pero continuó esbozando el perfil, trazando líneas a lápiz—. Alcánzame un cojín, ¿quieres? Esta maldita silla me ha entumecido el trasero.

—Como ya he explicado, mi señor, un cojín echaría a perder los pliegues de la túnica —protestó Teuter—. No tiene ningún sentido retratarte como si fueras una especie de inválido.

—¡Vaya! No tiene sentido, ¿eh? ¿Desde cuándo no tiene sentido contar la verdad? Soy un anciano, Teuter, ¡píntame tal como soy!

—¿Mi señor?

Ansel hizo un gesto con el libro.

—Tal como soy, con las manos retorcidas y todo.

Teuter se mordió los labios, pero no dijo más. Danilar observó cómo tomaba forma el esbozo. Unas líneas trazadas con destreza sugerían las estanterías y el marco de la ventana, y otras líneas de trazo más grueso daban forma a la silla y su ocupante, cuyo ceño arrugado se había transformado en la promesa de una sonrisa benevolente. Al cabo de apenas cinco minutos, Ansel se rebulló de nuevo.

—Ya basta por hoy, Teuter. Debo tratar ciertos asuntos con el capellán.

—Mi señor, pero si apenas hemos empezado...

Pero Ansel ya se había levantado de la silla, y componía una mueca de disgusto al apartar de sus pies los pliegues de terciopelo y satén.

—He dicho que basta, Teuter. Vuelve mañana.

El pintor bajó el lápiz y enhebró algunas palabras en su boca que acabó tragándose sin pronunciarlas.

—Como desees, mi señor.

Reunió sus cosas y se dirigió a la puerta. Danilar inclinó la cabeza a modo de despedida y la cerró nada más salir el artista.

—Dime, Danilar, ¿quién tuvo la idea de celebrar el tiempo que llevamos en el cargo encargando retratos?

Ansel se quitó la pesada túnica y la colgó con descuido del brazo del asiento. Después se dirigió cojeando hacia el desplazado escritorio, al cual se sentó, descansando los huesos sobre los cojines antes de exhalar un sonoro suspiro.

—Creo que fue cosa del preceptor Theudis. Hará unos cuatrocientos años. —El capellán acercó una silla para sentarse enfrente.

—Pues menuda idea brillante tuvo.

—De haber posado nada más ser ungido, como tus predecesores, ahora no te incomodaría tanto.

—¿Y cuándo he tenido yo tiempo de sentarme a posar? A los seis meses de ocupar el cargo marché a la guerra y pasé los cinco años siguientes subido a la silla de montar. Menudo retrato me hubiese quedado entonces, con la armadura abollada y cubierto de sangre hasta las orejas.

—Supondría un refrescante cambio ver a un preceptor en plena faena —admitió Danilar.

—¿En lugar de todas estas poses, quieres decir? Sin duda. —Ansel negó con la cabeza—. Por los santos, si ese Teuter me pinta como el viejo Theudis, estreñado de piedad, soy capaz de meterle los pinceles por las orejas.

El preceptor alcanzó la jarra y los vasos que descansaban en el escritorio, y sirvió dos generosas medidas de brandy, antes de empujar uno de los vasos por la mesa.

—Apenas queda —dijo Danilar.

Ansel frunció los labios.

—No empieces con los sermones —replicó—. Ya es bastante malo cuando Hengfors lo hace sin que te entrometas. Ya es demasiado tarde para preocuparse por el estado de mi hígado. —Dio un largo sorbo y se enjugó la boca con él antes de tragarlo y suspirar—. Lo siento, viejo amigo. No debí pagarlo contigo.

—¿Te duelen las articulaciones?

Un cabeceo afirmativo.

—El dolor siempre me ha puesto de mal humor.

—Lo sé. —Danilar tomó el vaso, pero no bebió—. Solías rugir a los sanadores cada vez que tenían que coserte.

—Y supongo que eso fue más allá de lo que la dignidad de mi posición les hizo prever.

Danilar no pudo evitar sonreír. En un instante se habían esfumado veinte años y se hallaba de vuelta bajo el abrasador calor del desierto, espada en mano, con la duda en el corazón mientras Ansel encabezaba la carga en la vanguardia, tal como había hecho siempre.

—Los sanadores gimraelianos hicieron un buen trabajo.

—Sí, de hecho le salvaron la vida a unos cuantos que creíamos haber perdido para siempre. Creo que eso merece un brindis. —Ansel levantó el vaso—. Propongo un brindis por los viejos camaradas y los amigos ausentes.

—Por eso sí voy a brindar.

Los vasos tintinearón y Danilar tomó un sorbo, saboreando el cálido licor que le recorrió el gástrico.

—Echo de menos aquellos tiempos. —Ansel apoyó el vaso en la barriga—. La compañía de gente honesta, unida por un propósito común, en lugar de este interminable politiquero.

—Yo no echo de menos el calor.

—Ni las moscas.

—Ni el miedo.

—Pero te mantenía con vida, ¿no crees? —preguntó Ansel—. El pulso acelerado, la respiración agitada. Ese nudo en el estómago cuando te bajabas la visera, tomabas las riendas y esperabas la señal.

—Yo nunca me bajaba la visera.

—¿No temías las astillas que pudieran saltar de la lanza rota?

—Temía más marearme y ahogarme en mi propio vómito.

Ansel rió con estruendo.

—Nunca lo mencionaste. Con el tiempo que hace que somos amigos y yo sin tener la menor idea. ¿Cuántos años hace, por cierto?

—Cuarenta y tantos desde que terminamos el noviciado.

—Mucho tiempo. —El preceptor inclinó la barbilla para mirar la reluciente hoja de roble que llevaba colgada del cuello—. Mucho, mucho tiempo.

Danilar dejó el vaso tras dar otro sorbo.

—Tengo la intuición de que no me has convocado para recordar la guerra del desierto.

—Siempre al grano, ¿verdad? Bueno, en parte fue para que me arrancarás de las garras de ese condenado pintor, y en parte porque necesito tu consejo.

—¿Espiritual?

—El de un par de ojos que vean con claridad.

El preceptor abrió el cajón del escritorio y sacó un fajo de octavillas. Encima había una maraña de notas, cubiertas con caligrafía minúscula por ambas caras, enrolladas en cilindros.

—¿Puedes decirme por qué la orden gasta cientos de marcos cada año para mantener una red de agentes que me envían todo este papel, si incluyen menos información de la que puedo encontrar en estas octavillas? —Los documentos aterrizaron en el escritorio con un golpe seco—. ¿Qué sentido tiene cuando en muchos casos estoy mejor informado si me gasto unas monedas en cualquier esquina?

Danilar arrugó el entrecejo.

—Creo que el Anciano Cristen sería la persona adecuada para responder a eso, puesto que es él quien mantiene la red —respondió.

—Cristen es un insensato. Todo cuanto sabe de Gimrael es que es de allí de donde proviene la seda. Respecto a lo que envían los agentes, las palomas mensajeras dan informes más acertados que los mensajes que transportan. Escucha esto.

Ansel repasó los rollos de papel hasta encontrar el que buscaba.

—«Manifestaciones de descontento sin importancia en el barrio de la seda de El Maqqam, que fueron prontamente reprimidas» —leyó—. Según la octavilla... ¿Dónde estábamos? Ah, sí, aquí, cuatro intentos de incendio provocados en los almacenes de mercaderes del Imperio, uno de los cuales resultó en la pérdida de todos los bienes y las muertes del guarda nocturno y los dos civiles que intentaron rescatarlo cuando el tejado se derrumbó. —Ansel enrolló el mensaje antes de arrojarlo al fuego—. Qué raro que no considerasen interesante esta información, ¿no te parece?

—¿Cultistas?

—Nadie parece saberlo. Lámparas de aceite arrojadas a través de las ventanas, según parece. Nadie vio nada.

—Nadie ve nada en El Maqqam —gruñó Danilar—. Tienen miedo hasta de mirar de reojo a un simpatizante del culto.

—Y aquel incidente es una minucia. Se han registrado actos de piratería sobre intereses comerciales, caravanas de especias extraviadas en medio del desierto, eso que sepamos gracias a los testimonios de los testigos. —Ansel tomó entre las manos las restantes tiras de papel y dejó que cayeran de los dedos formando una cascada—. Pero en estas misivas apenas se dice una palabra.

La inquietud crispó la mano en torno al corazón de Danilar.

—Eso es... preocupante —dijo.

—Igual que en los buenos tiempos, ¿verdad? —El preceptor esbozó una sonrisa

lobuna—. Han pasado veinte años y volvemos al punto de partida, sólo que entonces mis agentes solían servir de algo, cuando se arriesgaban a acabar asfixiados por sus propios intestinos si los atrapaban. Dime qué opinas al respecto, Danilar. Necesito una visión clara, sin rodeos, de alguien que haya pasado el tiempo necesario en Gimrael para saber hasta qué punto puede convertirse ese lugar en un nido de víboras.

—No creo que me necesites para eso, Ansel. También tú estuviste allí. —Muy a su pesar, Danilar recurrió al licor, cuya calidez al llegar al estómago le resultó confortante—. Así fue como empezó la última vez, y también como terminó, en Samarak. ¿Han atacado los intereses de la Iglesia?

—No tengo informes que apunten en esa dirección, pero el culto no suele dejar testigos, de modo que es posible que transcurra un tiempo antes de que salga a la luz.

—¿Lo sabe el emperador?

—Esta mañana envié un correo, aunque estoy convencido de que los espías de Theodegrance ya le habrán informado.

—Bueno, es responsabilidad de Kierim asegurar la paz en Gimrael. Necesita cuidar sus fronteras si desea mantener acorralado al culto.

—Un millar de millas de arena. Nadie espera mantener fronteras como éstas sin la buena voluntad de la gente del interior, y ahí es donde el culto gana a la mayoría de sus simpatizantes. Ni siquiera en las épocas de mayor estabilidad hay simpatía entre ellos y la gente del desierto exterior. No, Danilar. —Los labios de Ansel formaron una línea imperceptible, como una cicatriz, tensa, pálida—. Soy perro viejo para no olfatear la batalla en el ambiente, antes de que suenen las trompetas. Sólo es cuestión de tiempo antes de que el estandarte de Endirion ondee sobre las legiones.

Danilar negó con la cabeza.

—Quiera la diosa que te equivoques. Nadie nos agradecerá que volvamos a luchar en el desierto. La última vez me bastó para colgar la espada y aceptar el hábito.

—Tal vez no tengamos elección, si el lector declara una crisis de la fe.

—¿Con qué vamos a luchar? —preguntó Danilar, extendiendo las manos—. Somos pocos, Ansel. Dudo que podamos reunir más de cuatro legiones al completo, por mucho que enviemos esta misma noche a todo el noviciado a hacer la vigilia de la armas.

—Entonces tendríamos que empezar a rezar, porque mucho me temo que no tendremos otra elección.

Ansel apuró de un sorbo el brandy y tragó con dificultad. Rompió a toser casi de inmediato. Se cubrió la boca con el puño mientras con la otra mano buscaba un pañuelo en el bolsillo. Cada tos sacudía su débil cuerpo como sacude una tormenta al sauce. Danilar entró en el cuarto contiguo en busca de un vaso de agua de la jarra que descansaba en la mesilla de noche, y lo dejó en el escritorio mientras el preceptor se sacudía con una última tos antes de secarse los labios.

—Gracias —dijo Ansel, ronco. Tenía la respiración agitada—. Después de todo, tal vez no sea buena idea tomar brandy a media mañana.

Dio sorbos de agua hasta que respiró con normalidad y desapareció la tonalidad desacostumbrada de sus pálidas mejillas. Danilar arrugó el entrecejo.

—Creo que tendríamos que avisar al físico.

—Por la diosa, no —dijo Ansel, invitándolo a sentarse mediante un gesto—. Nada que deba preocupar a Hengfors.

—No estás bien, Ansel.

—Tonterías. Estoy perfectamente, es que me he atragantado un poco con el brandy. —Tras guardar el pañuelo doblado en el bolsillo, el preceptor se recostó—. ¿Lo ves? Como nuevo. Si avisas a Hengfors me hará tomar una de sus asquerosas pociones, y te aseguro que son mucho peor que estar enfermo. En fin, tenemos cosas que hacer.

Empujó unas octavillas en su dirección e hizo a un lado con la mano las tiras que contenían los mensajes. Las líneas de vivo color escarlata cubrían el papel amarilleado.

Danilar contempló la sangre, temiendo lo que podría significar. Ansel siguió la trayectoria de su mirada y se sacó de nuevo el pañuelo para limpiarse los dedos.

—Tenemos cosas que hacer, Danilar —insistió con firmeza—. No podemos permitirnos distraernos ahora. Hay demasiado en juego.

—Y ¿de qué va a servir nuestra cuidadosa planificación si mueres antes de que fructifique? Yo no puedo ejecutar tus planes solo, Ansel. Sin ti todo quedará en nada.

—Lo sé. —El preceptor se miró la mano, en busca de restos de sangre—. Aún hay tiempo.

—¿Suficiente?

—Creo que sí.

Danilar volvió a negar con la cabeza.

—Ahora no podemos permitirnos cometer errores. La curia se servirá de nuestra piel para encuadernar libros si no nos andamos con ojo.

La sonrisa que le dirigió Ansel fue realmente peligrosa.

—Entonces habrá que andarse con muchísimo ojo.

Ansel secó con cuidado su firma, puso la última carta sobre la pila que empujó hacia el extremo del escritorio, donde su secretario se haría cargo de ella por la mañana. El pesado trabajo administrativo parecía llevarle cada vez más tiempo. Edictos, correspondencia, o iniciar los procesos acordados en las sesiones del rede y en los interminables subcomités. Ciertos días daba la impresión de que la orden se sostenía gracias al papel y la tinta, en lugar de hacerlo en la fe.

Ah, la fe. Hubo un tiempo en que eso fue lo único que necesitaba un caballero,

eso y el brazo fuerte. Ansel se recostó en la silla torciendo el gesto, y miró el tapiz que colgaba de la pared opuesta. Llevaba veinticinco años colgado sobre el escritorio, un recordatorio constante de su labor como preceptor. Había perdido la viveza de colores, cubiertos de un polvo que no había forma de sacar, aunque aún era posible leer la historia que narraban los tres paneles. En el de la izquierda, el primer caballero era ungido por la propia diosa, ante quien se postraba para obtener su bendición. En el de la derecha, un Endirion mucho mayor se hallaba en lo alto de una colina que miraba a Dremen, con el yelmo de diamante en la cadera, y la otra mano en el puño de la espada, mientras observaba la construcción de la casa materna abajo, en el valle. En el panel central, Endirion trababa combate al borde de un abismo con una figura sombría.

La mayor parte de las ilustraciones de la Caída mostraban triunfal a Endirion, con la espada llameante, iluminado por el rayo que representaba la gracia de la diosa, mientras el ángel se alejaba furtivo, cuando no se precipitaba al abismo. Ese tapiz mostraba el punto álgido de la batalla. La oscuridad formaba un torbellino en torno al ángel como si de humo se tratara, y Endirion apretaba los dientes en su empeño por defenderse. Cuando la espada del caballero chocaba con la hoja de ébano del ángel, chispas negras y plateadas llovían sobre la tierra.

En ese momento, el duelo pudo haberse decantado hacia uno u otro contendiente, pues la salvación y la condenación convivían en un equilibrio tan delicado que bastaría el peso de una pluma para alterarlo. Endirion mostraba una expresión decidida, aunque una arruga en la frente daba fe de su miedo. Los ojos del ángel se llenaban de luz, invadidos por un hambre temible, presionaba más en el ataque, pero el modo en que se inclinaba sugería que el peso lo cargaba sobre el pie posterior, a un golpe de dar el primer paso hacia la derrota.

Había días en que Ansel contemplaba el tapiz y pensaba que Endirion saldría derrotado, y que toda la historia se desplegaría ante sus ojos. En otros, cuando brillaba el sol y la oscuridad no se mostraba tan densa ni tan cerca, sabía que Yelmo de Diamante triunfaría. Aquella noche la batalla no podía estar más reñida.

«Proyectas una larga sombra, mi señor. Cuando por fin nos reunamos, ruego que el modo en que he administrado la orden no te haya decepcionado mucho.»

Por la mañana, tragaría todo el sirope de amapola que ese insensato de Hengfors le recetara, y tomaría el camino largo desde sus dependencias hasta la biblioteca albergada tras el salón del rede. Tenía una cita con los archiveros de la que ni siquiera Danilar tenía noticia. Era una lástima que no pudiera hacerse acompañar del capellán; su fortaleza sería útil para tener algo en que apoyarse cuando el sirope de amapola fallase, tal como sucedía siempre. Pero cogería el bastón, que por fortuna era tan funcional como ceremonial, y llevaría la túnica más blanca con el roble dorado en la cadena que le colgaba sobre el corazón. Necesitaría de toda la fuerza que pudiese

conjurar, respaldada por todos los símbolos de su cargo, para acobardar al archivero mayor. La gruesa capa de pieles y las zapatillas echarían por tierra un poco el efecto, pero a ese respecto no había nada que hacer. Antes se condenaría que permitir que los fríos pasillos de la casa materna le hicieran estremecerse y temblar cuando pidiera la llave de los libros que permanecían ocultos incluso a ojos del mismísimo lector de Dremen.

ARMAS

Goran tomó la botella del estante y sopló el polvo de la etiqueta. Era un licor de Tylan que había cumplido ya treinta años, última botella de una caja que había heredado de su padre. Abrió la primera al ser nombrado para la túnica escarlata, y había reservado la última para una ocasión especial. Esa noche debía serlo.

Subió la escalera de la bodega vela en mano y cerró la puerta al salir. Nunca se es lo bastante cuidadoso con tanto vino de buena cosecha durmiendo bajo los pies. Devolvió la llave al interior del bolsillo de la túnica de estar por casa, y recorrió la silenciosa morada hasta el despacho. Sobre el escritorio descansaba un paquete grande y cuadrado, envuelto en tela encerada, con un cordel atado a su alrededor. Intentó no mirarlo mientras lo preparaba todo.

Llevaba horas reprimiendo las ganas que tenía de abrirlo. Eso le había hecho desearlo más, si cabe, pero era importante que antes estuviese todo listo. Apagó las lámparas hasta que las paredes forradas con paneles de roble se cubrieron de sombras, y luego puso la vela junto a las demás que formaban una hilera en el escritorio. Había descubierto que la luz de las velas era mejor para esto, y que las de cera blanca despedían la llama más limpia. Ya había corrido las cortinas y el fuego del hogar estaba encendido; el despacho era un cálido nido de gruesa lana y madera encerada, los cojines favoritos en la silla, y el personal de servicio durmiendo para que nadie lo molestara. Perfecto.

De la bandeja de plata que había junto al fuego tomó una copa de cristal que brillantó con cuidado con una servilleta. Luego abrió el brandy y se sirvió con generosidad. El licor del color de la miel hizo un delicioso sonido, sólido, acaramelado, y relució en la copa como la representación líquida del buen humor. Goran tarareó una melodía alegre, se sentó en la silla y se acercó el paquete.

Ahora. Corta el cordel y apártalo. Desenvuelve la tela encerada, y... ¡Ah, maravilloso! Debajo hay terciopelo rojo oscuro. Los dedos gordezuelos se abrían y cerraban debido al nerviosismo; apartó el tejido y el tesoro quedó al descubierto.

Un libro, pero no un libro cualquiera. Era un libro en cuya búsqueda Goran había empleado casi una década. El año anterior, su agente le había informado de que finalmente había logrado localizar un ejemplar en Sardauk que podría estar a la venta. Después de diez meses de delicadas negociaciones, el librero de Marsalis había aceptado un precio que empañaba los ojos de Goran de lágrimas, pero tenía que hacerse con él, no había otra opción, de modo que lo pagó. Quinientos imperiales. Y

estaba convencido de que valía su precio.

Con el pulso acelerado, colocó el libro recto sobre la envoltura de terciopelo y se infundió fuerzas con otro trago de brandy. El libro carecía de título, y estaba encuadernado a mano con la mejor piel marfileña de becerro. Quienes sabían lo que era no necesitaban ver algo tan vulgar como una inscripción en el lomo, y quienes lo ignoraban no necesitaban saberlo. A Goran le bastó sólo con mirarlo para que el sudor le perlara la frente. Con sumo cuidado abrió *El jardín de Kendor* y supo de inmediato que hubiera pagado mil imperiales por él y le habría seguido pareciendo una ganga.

Cada gruesa página de pergamino iba acompañada por una de una textura más fina cuyo cometido era proteger la ilustración. Pasó la primera y el asombro lo dejó boquiabierto. El motivo era exquisito. Cada trazo un prodigio de fluidez, de exactitud anatómica; la pluma del artista había captado toda la elegancia natural del desnudo, el estremecimiento, la energía vibrante de la vida suspendida en la quietud. Arrebatador, sencillamente arrebatador. Goran acercó la mano, atreviéndose apenas a rozar la mejilla de la hermosura que protagonizaba la página que tenía delante. No era más que un dibujo de línea, pero creyó sentir el tacto de la piel, el latido rápido de las venas que ocultaba. Sintió los primeros indicios de agitación bajo la túnica de estar por casa y cerró los ojos, saboreándola. «Sí», pensó al separar las rodillas para proporcionarse algo de espacio. Otro sorbo de brandy. No había prisa. Tenía tiempo de sobra para saborear el festín que lo esperaba en la mesa.

Paseó la mirada de nuevo por la ilustración, desde el arco del cuello hasta los pezones. «Con calma, tranquilamente, tómate tu tiempo», se dijo. La erección iba en aumento, le estorbaba la túnica, ¡y no había hecho más que mirar la primera lámina! Había un total de veinte, veinte cuerpos perfectos, un prodigio de hermosura del que disfrutar. Contar las costillas hasta el vientre terso, la ingle rasurada. Le latió con mayor fuerza el corazón, sintió un leve mareo. «Ah, menudo tesoro...»

Otro sorbo de brandy para calentarse el estómago, antes de introducirse la mano bajo la túnica. No quería esperar más, no podía esperar más. El fruto estaba maduro, listo para la recolección. Tenía el rostro cubierto por una película de sudor, flexionó los dedos alrededor del miembro y empezó a acariciarse.

Alguien llamó a golpes a la puerta. Goran cerró los ojos y murmuró una breve plegaria para que se marchara quienquiera que fuese. Pero volvió a abrirlos y dejó quieta la mano. ¿Quién sería a esa hora de la noche, ahí afuera, en su finca de la campiña? De nuevo sonaron los golpes, y maldita fuera el ama de llaves, que seguro que estaba tumbada bajo el edredón del dormitorio situado en la parte trasera de la casa. Tendría que salir personalmente a ver qué pasaba. Maldición, maldición. ¡Maldición!

Cubrió con sumo cuidado la lámina y cerró el libro. Se secó el rostro con un

pañuelo, abrió la puerta del despacho y anadeó en dirección al vestíbulo. La recia puerta de entrada tembló ante los golpes renovados, que sonaban con mayor insistencia que nunca.

—¿Sí? ¿Quién es? —preguntó Goran de malos modos.

—Tenemos que hablar, Anciano —respondió una voz que temía oír de nuevo.

Goran se ajustó la túnica con prisas, descorrió los cerrojos y abrió la puerta de par en par. El viento helado le acarició los tobillos y la erección se marchitó. Al otro lado de la puerta vio a un hombre de complexión menuda y rostro zorruno, que vestía ropa de viaje y permanecía inclinado en la pared. Tenía en el abrigo un agujero grande como una mano.

—Creí haberte dicho que no quería verte por aquí, Pieter.

El hombre se apartó de la pared y se irguió. Parecía cansado, y en su mirada vio mayor pereza y distracción de lo habitual.

—Traigo información. ¿Puedo entrar?

A regañadientes, Goran se hizo a un lado.

—¿Por qué no me has enviado un mensaje? ¿Por qué has venido sin avisar? Podría verte alguien.

Una sonrisa lobuna cruzó fugaz el rostro de Pieter.

—Tu casa de campo se encuentra a más de una milla del camino, y ya hace un buen rato de la campanada Baja, Anciano —dijo, franqueando la entrada—. Si alguien me ha visto será que sus asuntos eran más inconfesables que los míos. Creo que nuestro secreto está a salvo.

Goran masculló, irritado, y lo llevó al despacho. Pieter miró a su alrededor la madera que cubría las paredes, así como los elaborados tapices, y lo hizo con mirada codiciosa, como si calculase el valor de todo cuanto lo rodeaba. Goran tuvo que moverse con rapidez para cubrir el libro con la tela de terciopelo antes de que el invitado lo añadiese a la lista. El cazabrujos se quitó la capa y la arrojó sobre la silla que había junto al hogar, sin esperar a que su anfitrión lo invitara a sentarse.

—Se agradece un buen fuego con la noche que hace —comentó, estirando las piernas. El barro se precipitó desde sus botas sobre la alfombra gimraeliana—. Y un brandy sería aún más de agradecer. Que sea una medida generosa, que ha sido una larga cabalgata.

«¡Insufrible! —Goran apretó los dientes mientras servía otra copa—. Como si no fuera lo bastante malo tener que utilizar a este tipo, ahora tiene las agallas de presentarse aquí en plena noche sin avisar. ¡Y encima tengo que compartir con él mi licor de Tylan!»

—Bueno, ¿qué noticias me traes? Espero que justifiquen la molestia.

Pieter dio un sorbo de brandy, que saboreó un momento antes de tragar.

«Conque encima el muy miserable se cree capaz de saber apreciar un licor de

treinta años, ¿eh?»

—El brujo sigue vivo.

—Te pagué un montón de dinero para asegurarme de que ése no fuera el caso.

Pieter se encogió de hombros.

—No me dijiste que no viajaría solo.

La botella campanilleó al dar con el borde de la copa cuando Goran se sirvió un trago. De modo que alguien había ayudado al joven, pero ¿quién? Nadie hubiera imaginado que el preceptor incumpliría la ley, enfrentado a pruebas tales de culpabilidad. Pero así había sucedido, y alguien estuvo al corriente. A Goran dejó de temblarle el pulso. Quizá podía obtener alguna ventaja de todo ello, si jugaba bien sus cartas y lo hacía de inmediato. Dejó la botella y le puso el corcho.

—Cuéntame.

—Lo seguí por el camino de Anorien hasta llegar a Belisth, y de ahí a Elethrain. Tuve que seguirlo desde lejos, porque ese brujo presiente a los de mi especie. Tomaron una embarcación que transporta grano y descendieron por el río hasta Puertos Blancos. A veces un viaje por río resulta... azaroso, de modo que me las apañé para ponerles algunas piedras en el camino. —El cazabrujos apuró el contenido de la copa—. Hubiera pedido más dinero si me hubieses informado de que iba armado.

—Cobras demasiado por tus servicios.

—Hay pocos capaces de hacer eso por lo que me pagas —aseguró Pieter, encogiéndose de hombros—. Cualquiera que sea la mercancía, su escasez redundará en el precio.

Deslizó la mirada blanda en dirección al bulto cubierto de terciopelo que descansaba en el escritorio. Goran sintió una punzada de incomodidad. Pieter siempre le hacía sentir incómodo, razón por la que prefería tratar con él a distancia, a través de su agente. Así no tenía que verse en la misma estancia que él y sus... habilidades, por útiles que éstas fueran. Bastaba con pensar en ellas para ponerle los pelos de punta. Pensar que ese tipo repulsivo hubiese adivinado, intuido, el valor del objeto que reposaba en el escritorio lo perturbó todavía más. Contuvo un escalofrío y sacudió un poco el brandy en la copa.

—Ese hombre que lo acompaña... ¿Quién es?

—No lo conozco. Un anciano, pero de los recios. Astroso.

—¿Ésa es la mejor descripción que puedes ofrecerme? ¡Podría decirse lo mismo de la mitad de la curia!

—La verdad es que no le presté mucha atención. No me pagaste para seguirlo. —Pieter se acarició el rostro con ademán cansino—. ¿Por qué quieres darle caza con tanto ahínco? Va río abajo. Con suerte acabará degollado en Puertos Blancos y ni siquiera tendrás que molestarte.

—No te pago para que hagas preguntas, sino para que cumplas con el encargo, y de momento en eso has fracasado. No creo que deba darte explicaciones.

—Pues mira a ver si crees que puedes pagarme otros diez marcos por un caballo nuevo.

—¿Qué le ha ocurrido al tuyo?

—Murió. Lo conducía entre unos árboles cuando tu chico disparó una flecha sobre mí con un arco corto. Faltó poco para que me alcanzara, pero mató a mi caballo, por no mencionar a dos de los muchachos a quienes contraté. Resumiendo: me aseguraste que sería como salir a cazar patos, y no fue así.

Goran podría haber prescindido perfectamente de tales acontecimientos. Miró ceñudo la copa, mientras las posibles consecuencias le cruzaban por la mente.

—¿Crees que podrías recuperar su rastro?

—Se enfrió hace tiempo. Podría averiguar dónde desembarcó el transporte de grano. Puertos Blancos es el mejor punto de partida, pero el patrón del quechemarín donde viajaba tiene problemas con la bebida. Creo que no sería capaz de recordar lo que ha desayunado por la mañana si se lo pregunto por la noche, imagina si lo hago tres meses después.

—Pero puedes intentarlo.

—Sí, puedo intentarlo. Pero eso tiene un precio.

—Contigo todo tiene un precio —gruñó Goran antes de que el cazabrujos volviera a encogerse de hombros.

—Tengo que pagar los impuestos, anciano. Si pides caridad, tendrás que acudir a las hermanitas de Santa Margret.

Maldito fuera. Maldito él y todos los que eran como él. Pero por mucho que Goran quisiera que las cosas fuesen distintas, el hecho era que tenía que delegar, por lo que no le quedaba más remedio que contratar a quienes pudieran hacer el trabajo a cambio de dinero. Era inevitable. Pero sí podía desear que el aborrecible Pieter no pidiese tanto.

Goran se inclinó junto al hogar y, asegurándose de darle la espalda al cazabrujos para que no viera adónde se dirigía su mano, tocó un saliente insignificante del artesonado. El lateral de la chimenea se abrió en torno a una bisagra oculta que dejó al descubierto tres cajas fuertes que descansaban en estantes contruidos en la propia estructura. Retiró con ambas manos la inferior, que abrió en el escritorio, después de apartar con cuidado el ejemplar de *El jardín de Kendor*. En el interior de la caja fuerte había hileras de bolsitas de cuero que llevaban atadas al cuello etiquetas de papel. Goran abrió varias y tomó un puñado de monedas de cada una: marcos de roble, coronas imperiales, zaal de Sardauk, talentos gimraelianos. Puso las monedas en otra bolsita, calculando mentalmente el valor. La otra vez había pagado marcos de roble porque no esperaba que la partida de caza llegase a cruzar la frontera, por lo que

en esta ocasión tendría que estar mejor preparado. Doscientos imperiales, más o menos. Eso debería bastar, a pesar del largo viaje que afrontaba Pieter. No podía permitirse correr riesgos, no cuando el asiento de preceptor podía depender del resultado.

—Esto tendría que cubrir cualquier imprevisto.

Le arrojó la bolsa, que el cazabrujos atrapó al vuelo con una mano. Cuando la sopesó, entornó los ojos.

—Quiero asegurarme de que nos entendemos, Anciano —dijo—. ¿Quieres que cubra de nuevo ochocientas millas hasta donde reina el crudo invierno en busca de un solo brujo? Podría localizarte cinco por la vigésima parte de esto, sin poner el pie fuera de Dremenir. ¿Necesitas a éste en particular?

—Así es.

—¿Lo quieres vivo o muerto?

—No importa. Tú localízalo, maldición, ¡o te pondré a ti en manos de los interrogadores en vez de a él!

Pieter se puso en pie.

—Tendrás noticias mías cuando esté cerca. —Dejó la copa de brandy y se anudó la capa al cuello—. Es un placer poder ayudarte, Anciano, como siempre. No hace falta que me acompañes a la salida.

Después de inclinarse burlón ante él, abandonó la estancia y cerró la puerta al salir. Instantes después, Goran también oyó cerrarse la puerta de entrada y el ruido de pasos en el camino de grava que llevaba a la casa. Se estremeció. Por la diosa, por mucho que lo necesitara, qué repulsivo era ese cazabrujos. Cerró la caja fuerte, la devolvió al escondite y cerró el panel con un chasquido metálico. Se sirvió otro brandy. Fueron necesarios varios sorbos para disipar los escalofríos. Necesitaba una distracción. Algo que le hiciera olvidar los sinsabores de la pasada hora y permitiera a su subconsciente servirse de aquella nueva información y descubrir qué partido extraer de ella. Se volvió hacia el reloj que descansaba en la repisa y se acarició el vientre. No era demasiado tarde. Antes de retirarse podía disfrutar de un paseo por el *Jardín*. Se acomodó en la silla, pero las noticias de Pieter le habían agriado tanto el humor que ni siquiera las exquisitas agonías del jardín de la tortura de Kendor bastaron para estimularlo de nuevo.

Flexionó la pierna para abandonar el húmedo tacto de las sábanas. Tenía la garganta seca de tanto gritar y el corazón le golpeaba el esternón. Por mucho que jadeara, no podía respirar. El ambiente estaba cargado, húmedo, bochornoso. Cuando descolgó las piernas por un lateral y se incorporó en el borde de la cama, incluso el suelo se le pegó a la planta de los pies.

Otra pesadilla con los interrogadores. Gair se estremeció. ¿Qué los habría

devuelto de entre las sombras? Se peinó con las manos el cabello empapado en sudor. ¿Por qué no podía dejarlos atrás?

«¿Quién es tu demonio? ¿Qué es tu demonio familiar? ¡Habla, muchacho, y salva tu alma!»

Por lo santos, menudo calor hacía en su dormitorio. No corría una gota de aire. Se puso en pie y se dirigió a la ventana para abrirla de par en par. El fresco aire nocturno se introdujo en la estancia, arrastrando el olor del mar. Mejor. Gair se apoyó en el alféizar y respiró hondo. Mucho mejor.

Encontró tibia el agua de la jarra que llenaba el aguamanil, pero era preferible a nada. Se vertió un poco en la palma de la mano con intención de aliviar la sequedad que tenía en la boca, y después se refrescó el rostro y el cuello. El agua le corrió por el cuerpo, fría al contraste con su propia temperatura.

No fue más que un sueño, pero el dolor le había parecido muy real. Se tocó el estómago, donde tuvo las cicatrices. Hacía tiempo que habían desaparecido; desde la clavícula hasta la entrepierna tenía la piel inmaculada, únicamente los músculos alteraban la armonía. No había costras, ni restos de sangre seca, ni verdugones. La piel recordaba el tacto del látigo, pero en la superficie no había nada que lo demostrara. Estaba a salvo.

Desde el asalto al *Rose* no había vuelto a sentir la cercanía del cazabrujos. Quizá el cazador les había perdido el rastro allí en el río, o había abandonado sin más. Tal vez tuvo mayor suerte con el arco de la que había creído. Fuera lo que fuese, tenía que creer que en las islas estaba más seguro, o jamás se libraría de los interrogadores.

Un ave negra canturreaba afuera. Zumbido de alas; una sombra sobrevoló los campos bañados por una luz plateada y desapareció en un seto. El alba apenas emborronaba el horizonte a oriente. Tendría que intentar conciliar de nuevo el sueño, si podía lograrlo entre las sábanas revueltas. Volvió la vista hacia ellas. No. Bastaba con pensar en cubrirse de nuevo con la manta empapada para que lo sacudiera un temblor.

En su armario había varias piezas de ropa blanca. Sacó un par de holgados pantalones de loneta; el adepto que estuvo con él en la prueba a la que lo sometieron tenía razón: con el uso se habían dado de sí. Durante las últimas dos semanas los había llevado puestos casi todo el tiempo. Salió al corredor, con el cinto de la espada al hombro.

El resto de la casa capitular dormía, incluso los cocineros estaban acostados. No tardarían en encender los fuegos de la cocina y poner el pan a hornear, pero por el momento Gair era amo y señor del lugar. Anduvo por los frescos corredores de piedra, giró a la izquierda, pasando de largo los vestuarios, y se dirigió al más pequeño de los patios de prácticas. Simiel estaba casi llena y bañaba el patio con una clara luz amarillenta que las paredes blancas reflejaban hasta inundarlo todo de una

luz casi tan intensa como la del pleno día. En los aleros del edificio, otro pájaro negro batió sus alas al verse incomodado, y tras una breve protesta se alejó.

Gair había comprobado aquella rutina al poco de llegar a las islas. El silencio reinaba en los patios hasta después del desayuno, de modo que disponía de un par de horas para quitarse de la cabeza el recuerdo de la pesadilla y aclararse las ideas. Lo tranquilizaba llevar a cabo los movimientos de espada una y otra vez; lo ayudaba a mantener la concentración, a contemplar sus preocupaciones desde una perspectiva desapasionada, como un paisaje a vista de pájaro. Era el único modo de evitar obsesionarse con las pesadillas cuando se producían.

Desnudó la espada y apoyó la vaina en el pasamano. El terreno estaba cubierto por una capa de rocío que sentía bajo la planta de los pies, sin llegar a estar resbaladizo. Una brisa le puso la piel de gallina. No importaba, una vez empezase no tardaría en entrar en calor. Para cuando terminara, habría dejado atrás cualquier rastro de aquella pesadilla, sirviéndose del sudor limpio, honesto. Asentó bien los pies, se secó la frente con la manga de la ropa blanca e inicio sus ejercicios.

Tardó un rato en coger el ritmo. Tenía la musculatura rígida. Resolvió las cinco o seis rutinas con torpeza y el juego de pies no le convenció. Gair sacudió la cabeza, como regañándose. Ya tendría que saberlo. «Primero la suavidad —le había enseñado Selenas—. Si primero alcanzas la suavidad, la velocidad llegará por sí sola.»

Empezó de nuevo a ejercitarse con mayor lentitud, concentrado en cada paso, en cada aliento. Apenas reparó en el momento en que los pájaros empezaron a parlotear y luego a canturrear. Cuando el sol asomó sobre el muro oriental del patio y proyectó su sombra a su lado, ni siquiera sintió la caricia. Sólo era consciente del movimiento de sus músculos mientras hacía volar la espada. Al rato, si bien los interrogadores no desaparecieron por completo de su mente, al menos ocuparon de nuevo el lugar que les correspondía en el pasado.

Gair dedicó un último saludo a los vacíos caminos que bordeaban el patio, tras el cual levantó la espada. El sudor le cubría el pecho y la espalda, y los pantalones de loneta se le pegaban a la piel. El sol estaba casi una mano por encima de la parte alta del muro oriental, y lo miraba como un demonio de un solo ojo. Por los santos, qué calor hacía aún. Debería haberser llevado una jarra de agua. De acuerdo con el calendario, Atardecer y el fin de año quedaban aún a dos meses vista. Si estuviera en Leah, la nieve le llegaría a la altura de las rodillas y seguiría cayendo a diario. Las noches debían de ser capaces de helar la sangre en las venas, no tan húmedas y sofocantes que incluso el tacto de una sábana fuera insoportable. Habían pasado dos semanas y seguía sin acostumbrarse.

Para su sorpresa, añoraba Leah. Allí habría sido un día estupendo para cabalgar hasta el promontorio de Caterway, donde el camino caía a hombros de valle Grande y

era posible ver hasta la mitad de la distancia que lo separaba de Leahaven, siempre y cuando el cielo estuviese despejado. A una o dos millas al sur se extendía el trecho de roca calcárea de la Mesa del Gigante, adonde solía subirse para contemplar el valle cubierto de bruma y sentirse como si hubiera escalado al techo del mundo. Había un millar de cosas que añoraba, desde la dulce miel de brezo hasta la jadeante quietud de la mañana tras las primeras nieves. Cosas que lo llamaban. Por mucho que había intentado ahogar sus sentimientos desde que se había marchado, Leah le había atado un cordel al corazón que nunca podría deshacer.

Moviendo los hombros para aliviar el dolor del duro ejercicio, Gair caminó de vuelta a donde había dejado la vaina. La habían movido; la encontró junto a una caja de trapos encerados. Una toalla limpia colgaba de la baranda. Alguien había ido al patio, y él estaba tan absorto en los ejercicios que ni siquiera había reparado en su presencia. Flexionó los dedos de la mano que empuñaba la espada larga y miró en derredor. Los senderos estaban vacíos, pero la puerta del armero se hallaba abierta y un tipo ancho de hombros estaba sentado en un taburete a un palmo de la luz del sol naciente. Cubría con destreza la empuñadura de una espada de madera con tiras de cuero. Había otros dos palos, recién reparados, apoyados en la pared del armero; otros tres descansaban en el suelo, entre tiras de cuero, aguardando a que les llegase el turno.

—Gracias por la toalla —dijo Gair.

—Me pareció que podrías necesitarla. No olvides traerte una la próxima vez. — Dio una última vuelta, apretó con el pulgar el extremo del cuero, mientras con la otra mano sacaba un cuchillo del bolsillo—. Tienes buen equilibrio, pero ¿no te aburre practicar las rutinas de espada?

—A veces. —Gair alcanzó la toalla y se secó el rostro.

El tipo del taburete cambió el cuchillo por un punzón del cinto para introducir el extremo bajo las últimas vueltas de cuero y asegurarlo. Luego se levantó, llevándose ambas manos a la espalda.

—Por la diosa, muchacho, no envejecas nunca. La práctica con la espalda es lo primero en que se pierde destreza —protestó al tiempo que asomaba a la luz. Tenía el pelo cortado al cepillo, de un color y una textura parecidos a la limadura de hierro, y cara de luchador. Los ojos castaño oscuro, casi negros, flanqueaban una nariz rota, y tenía el pómulo izquierdo como arrugado por la presencia de una antigua cicatriz. Cuando sonrió, la cicatriz levantó el labio superior para dar forma a una mueca burlona.

—Soy Haral. Maestro de armas —se presentó—. ¿Quién te enseñó a tirar de espada?

—Selenas de Dun Ygorn.

—De la casa materna, ¿verdad? Comprendo.

Haral asintió una vez, la espada de madera se volvió un borrón en su mano y se lanzó a fondo hacia las costillas de Gair, que levantó la espada instintivamente para bloquear la trayectoria del palo, pero el recio syfriano ya había contenido el golpe y el acero apenas arrancó una astilla de la madera.

—Manos rápidas —alabó Haral, reculando un paso—. Te enseñó bien.

—¿Lo conoces?

El maestro de armas apoyó la espada de madera en la pared, junto a las demás, y se desempolvó las manos.

—Un poco, de cuando la guerra. ¿Conserva aún ese qatan?

—Sí.

—¿Aún hace que te enfrentes a él armado con un par de cuchillos?

—A veces con un bastón largo, o una lanza rota. Dice que nunca sabes con qué tendrás que defenderte. —Gair tendió la toalla en la barandilla y envainó la espada.

—¡En efecto, así es! —El syfriano esbozó una sonrisa fiera—. La espada se rompe, o te la arrebatan, así que no tienes más remedio que apañártelas con lo que tengas más a mano. Vi a una mujer enfrentarse en una ocasión a un qatan con una cacerola, y menudo ridículo le hizo pasar a ese tipo, al menos durante unos minutos. Muéstrame las manos.

Gair tenía las palmas cubiertas de oscuros surcos de sudor, pero la cicatriz era perfectamente visible. Haral no pareció prestarle la menor atención, tomó primero una mano y luego otra, y con el pulgar acarició los callos de la palma y los dedos.

—Y además tiras con arco. Pero, claro, si eres Leahno. Probablemente aprendiste a disparar con el arco de tu padre, ¿eh? A ver qué fuerza tienes en ellas.

Gair estrechó con fuerza las manos de Haral. Le dolían horrores los hombros cuando por fin el syfriano le hizo un gesto para que las soltara. Cuando lo hizo, tuvo que flexionar los dedos para que volviera a circular la sangre por ellos.

—Veo que no te estropearon por completo. ¿Qué tal te las apañas?

—No es perfecto, pero hago lo que puedo. Maestro Haral, ¿cuánto tiempo me has estado observando?

—Hoy cerca de una hora, y puede que media otro día de esta semana, cuando estaba enfrascado en otras labores. —El syfriano inclinó la cabeza para señalar la parte este del patio, donde una hilera de ventanas pestañearon sobre el tejado de un porche—. Ahí están mis habitaciones. Como la gente de la Iglesia, tiendo a levantarme con los gorriones, y observarte me distraía de mi labor con los libros. Con o sin arma, soy capaz de enfrentarme a quien sea y no darle cuartel, pero cuando hay que cuadrar los libros de cuentas de la armería... —Haral negó con la cabeza—. ¡Estoy reñido con la contabilidad!

Se rascó la mejilla, al tiempo que fruncía el entrecejo con expresión especuladora.

—Aún queda más o menos media hora para el desayuno. ¿Quieres entrenarte

conmigo un rato?

Una oferta tentadora.

—Gracias, maestro Haral, pero creo que ya he tenido bastante por hoy. A las ocho tengo tutoría con el maestro Brendan y necesito darme un baño.

Haral cabeceó comprensivo.

—Lo dejaremos para otro momento. Hay sitio en mis clases para uno más, si te interesa. Dos veces por semana. No puedo prometerte una experiencia tan variada como la que probablemente estás acostumbrado a disfrutar, pero lograré que aprendas algo que vaya más allá de las rutinas de espada.

—Suená muy bien, gracias.

—A decir verdad, serás tú quien me haga el favor. Un par de mis estudiantes empiezan a pensar que no hay nada que un viejo caballo de batalla como yo pueda enseñarles. Tu presencia hará que espabilen un poco.

—Con tal de alejarme unas horas de los maestros sería capaz de barrer el establo —admitió Gair. Tomó la espada y se colgó la bandolera del hombro.

—De vez en cuando el hombre necesita ejercitar el cuerpo —afirmó Haral—. Vente pasado mañana y me muestras qué más te enseñó Selenas. Será... revelador. —Rompió a reír con estruendo—. ¡Ésta no se la esperan!

VOLAR

Darin tomó asiento en el banco de enfrente, y dejó la bandeja cargada sobre la mesa, delante de él.

—Tienes el mismo aspecto que un caballo al que han devuelto al establo con el pelaje empapado después haberlo hecho trotar un rato —dijo, alegre.

—Así es como me siento. —Gair sorbió el té.

—¿No has dormido bien?

—No. Hace demasiado calor.

—Echas de menos la helada caricia del invierno leahno, ¿eh? —El belisthano extendió una gruesa capa de mantequilla en una rebanada de pan con especias a la que no tardó en dar un buen bocado—. Con el tiempo te acostumbrarás. En lo que a mí respecta, admito que nunca me ha gustado la nieve. Creo que nací en la latitud equivocada.

Se introdujo el resto del pan en la boca y procedió a untar con mantequilla una segunda rebanada antes de tragar. Gair negó con la cabeza. Tenía un apetito saludable, pero nunca había visto a nadie comer como Darin. Era como si el belisthano inhalara los alimentos.

—Comiendo de ese modo, de verdad que no sé cómo te las apañas para no vomitarlo todo.

—Éramos cuatro hermanos. O comías rápido o te morías de hambre. —Darin inclinó la cabeza hacia la espada apoyada en la pared—. ¿Has estado practicando?

—Me oxidaré si lo dejo. —A Gair le crujió la mandíbula al ahogar un bostezo—. Por los santos, qué ganas tengo de tumbarme.

—¿Los maestros aún te hacen trabajar duro?

—Podría decirse así. Aún no he tenido un solo día libre. Demuestra esto, escúdate de esto otro... Ayer Coran me arrojó pescado.

Darin estuvo a punto de escupir el té en la mesa.

—¿Pescado? —exclamó.

—Caballa, para ser exactos. Dijo que quería ver cómo reaccionaba ante lo inesperado.

A simple vista, Coran parecía blando, pero tras aquellos ojos centelleantes y la boca de capullo de rosa se ocultaba la mente del fino acero de Yelda. Las abrasadoras bolas de fuego no sorprendieron a Gair, que se protegió de ellas para desviarlas con relativa soltura, igual que la tormenta de hielo que las siguió, aunque algunas astillas

habían agujereado su tejido antes de que pudiera sacudírselas. Coran permaneció a un lado, con las manos cogidas a la espalda y cierta diversión en el rostro redondo. Su sonrisa continuó inmutable cuando se inició el bombardeo de peces.

La caballa fue una ilusión, asombrosamente real, pues el pescado coleó y boqueó con fuerza en el patio, golpeando el escudo de Gair. Estuvo a punto de perder el control del mismo cuando se le desencajó la mandíbula, pero se las ingenió para asir el borde cuando se desenhébró al contacto con el suelo. Darin lanzó una risotada cuando se lo contó a posteriori.

—Eso es lo que entiendo yo por algo inesperado: ¡un aluvi3n de pescado llovido del cielo azul!

—Es un hombre profundamente malvado.

—¡Mejor tú que yo! No es que se me dé bien tejer escudos. —Darin hurtó el último higo del plato de Gair.

—¡Eh, si quieres un higo ve por uno!

—Robártelo es más rápido. Me encantan. ¿Jugaremos a ajedrez después de la cena?

—Siempre y cuando pueda tenerme en pie, sí, por supuesto. Esta vez intentaré que la partida vaya más allá de los veintitrés movimientos.

—¿Quieres apostar por ello?

Gair cortó el aire con las manos.

—Nada de apuestas.

—¿Por qué? ¿Porque no apuestas o porque crees que podrías perder?

—Por ambas cosas. Sólo juego por la gloria, gracias.

—Si es gloria lo que buscas, te sugiero que empieces a ganar algunas partidas.

«Finalmente te tengo para mí.» Sin carraspeos ni saludos previos, la voz de Aysha sonó en la mente de Gair, imperiosa como el sonido de las trompetas. «Ven a mi estudio, y date prisa. Quinta planta, ala oeste.» La voz desapareció.

—Cualquiera diría que te han dado un buen azote —dijo Darin.

—¿Siempre es tan directa la maestra Aysha?

—Por lo general, sí. —El belisthano cogió la taza de té—. Entiendo que por fin te ha convocado para acudir a su presencia.

—Creí que esta mañana tenía clase con el maestro Brendan, pero por lo visto no es así.

—Verás, tarde o temprano ella pone a prueba a todos los nuevos estudiantes. Me sorprende que haya tardado tanto en encontrarte un hueco.

—¿A prueba de qué? —quiso saber Gair, aunque supuso cuál sería la respuesta. Apuró su propia taza y apiló los platos en la bandeja.

—¿No lo sabes? Es una cambiaformas. Se dice que busca a alguien que sea como ella. Se pasa el tiempo sobrevolando las islas transformada en gaviota o algo así,

porque supongo que se siente sola.

—¿Te puso a prueba?

—Me echó un vistazo y llegó a la conclusión de que ni siquiera valía la pena molestarse. —Darin rió—. No te preocupes, es muy poco probable que tengas ese don. Según parece es muy extraordinario. Lleva aquí quince años y no ha encontrado a otro como ella.

Gair dejó lentamente la taza en la bandeja. Si dependiera de él no se lo diría a nadie. Lo mantendría en secreto, lo atesoraría, lo guardaría para sí y sería lo único que nadie pudiera arrebatarse. Volar era su forma de huir. Si no llega a ser por ella nunca se lo habría revelado a los demás maestros.

—La maestra Aysha fue una de los seis que me sometieron a pruebas en mi primer día.

Darin tardó un instante en comprender. Cuando lo hizo, la taza cayó sobre el mantel con tal fuerza que se derramó el té en la mano.

—Por el fuego del infierno —jadeó con los ojos redondos como tortas—. ¿Puedes...? Sangre y piedras. ¿Cuánto hace que lo sabes?

—Unos diez años. Darin...

—¿Cómo es? Tiene que ser increíble hacer algo así. ¿Podrías mostrármelo?

—Otro día, si quieres. Verás, ahora debo irme.

Gair recogió la bandeja y se dirigió a una de las portezuelas. El belisthano se apresuró a seguirlo, e intentó hacerle preguntas, terminarse el té sin derramar una gota y mantener el paso largo de Gair, todo a un tiempo. Fue necesario darle un codazo poco sutil en las costillas para que hablara en voz baja cuando alguien estaba lo bastante cerca para oírlo. Mientras hicieron cola para devolver las bandejas, Darin cargó el peso del cuerpo ora en un pie, ora en otro, igual que un crío que aguarda su turno para entrar en el retrete, mordiéndose el labio debido a la tensión de contener la necesidad que tenía de preguntar. En cuanto se cerraron las puertas del refectorio, dio rienda suelta a su indignación.

—¡No puedo creer que no me lo contaras!

—Darin, sólo hace dos semanas que nos conocemos, y los maestros me han estado exprimiendo el jugo a diario. ¿Cuándo hemos tenido un rato para hablar? No es más que un talento, como silbar o cantar.

—No es más que un talento. Resulta que puedes convertirte en cualquier animal de la verde tierra de la diosa, ¿y dices que no es más que un talento? —Darin rió, incrédulo. Luego negó con la cabeza, se pasó la mano por el cabello y, finalmente, puso los brazos en jarras mientras clavaba en Gair una mirada acusadora—. No puedo creer que no me lo contaras.

—Lo siento, pero no es precisamente algo que puedas soltar en plena conversación al cabo de dos minutos de que te presenten a alguien. Encantado de

conocerte; ah, por cierto, soy un... —Dos adeptos pasaron por su lado de camino al desayuno. Gair hizo una pausa hasta que las puertas del refectorio se hubieron cerrado tras ellos—. Soy un cambiaformas. Pero ahora que estás al corriente, ¿podrías guardarme el secreto? No quiero dar a nadie otra excusa para mirarme.

—¿Es ése el motivo de que te expulsaran de la casa materna?

—No. No creo que llegaran siquiera a sospecharlo.

—Entonces, ¿eres como ella? Ya sabes, gaviotas y esas cosas.

—De hecho, creo que ella prefiere el cernícalo, pero sí. Darin...

—¿Cuál es tu animal? ¿Sólo hay una forma que adoptes, o muchas? ¿Es doloroso?

Gair levantó ambas manos para contener el aluvión de preguntas.

—¡Calma, calma! Sí, más de una forma, pero las aves se me dan mejor. Al menos por el momento. No, no duele a menos que te hagas un lío con el cambio; si eso pasa te mareas o te quedas aturdido un par de minutos. Si hay algo más que quieras saber, tendrás que preguntármelo más tarde. Y ahora, por favor, ¿crees que podrías guardarme el secreto?

—De acuerdo, deja de arrugar el entrecejo. —Darin puso los ojos en blanco y se llevó la mano derecha al corazón—. Palabra de honor que no diré nada.

—Gracias. Te lo agradezco.

—¿Cuánto? ¿Lo bastante para hacerme una redacción?

—Dejaré que ganes al ajedrez. ¿Qué te parecería eso?

Una amplia sonrisa partió en dos el rostro del belisthano.

—Pero si ya lo hago. Tú prométeme que algún día me lo mostrarás. ¡Y pronto!

—Hecho, pero no en mitad del refectorio.

—De acuerdo. —Darin empujó a Gair en dirección a la escalera—. Ahora vete. Las habitaciones de los maestros están en el extremo opuesto de la casa capitular, y te aseguro que si llegas tarde te arrancará las plumas.

Cinco tramos de escalera después, Gair llegó frente a las dependencias de Aysha, preguntándose por qué una mujer que no podía caminar sin la ayuda de unos bastones tenía su despacho en una planta alta. Después de comprobar que no tuviera migas en la pechera de la camisa, llamó a la puerta.

—Está abierto.

Entró. El lugar superó casi todas sus expectativas. Las habitaciones de Aysha eran ventiladas, lujosamente artesonadas con madera dorada dispuesta a intervalos con pequeños y elaborados mosaicos de colores vivos. Alfombras qilim y pieles de carnero suavizaban los pasos. A la izquierda había una mesa de comedor y sillas de asiento curvo y respaldo acolchado, con cuero del color de la mantequilla. A la derecha, un par de sofás tapizados con damasco flanqueaban un hogar de mármol

blanco en el que docenas de velas apagadas se apiñaban como feligreses en los peldaños de una capilla. Distribuidos a su alrededor había guijarros y pedazos de madera cubierta de sal, pulida su superficie por la arena y el oleaje.

—Te has tomado tu tiempo.

Aysha permanecía sentada al escritorio, junto a un par de altas puertas glaseadas, recortada su silueta por el azul claro del cielo. Su expresión era inescrutable, pero su voz dio a entender a Gair todo cuanto necesitaba saber. Se inclinó ante ella.

—Discúlpame, maestra Aysha. Procuraré ser puntual en el futuro.

—Noble propósito.

Asentó con fuerza los bastones de ébano y se impulsó para ponerse en pie, vuelta en dirección a la entrada. Gair se apresuró a abrirle la puerta, permitiendo que lo precediera al balcón.

—¿Qué otras formas puedes adoptar, aparte del águila encarnada?

—Pájaros, la mayoría. Debo de tener facilidad para ello. —Cerró las puertas cuando salieron—. ¿Maestra Aysha? Esta mañana debía acudir a una lección impartida por el maestro Brendan.

—He disculpado tu ausencia. Por lo que tengo entendido, te sobran los conocimientos de ilusión como para tener que prestar oídos a ese charlatán dos veces por semana. —Gair pestañeó—. ¿Qué más?

—Lo intenté con el perro, el gato, el ciervo y un caballo, pero no pude mantenerlas mucho tiempo.

—Trabajaremos en ello en otro momento. —Una brisa sacudió el pelo corto de Aysha, que volvió el rostro hacia él, parpadeando para evitar deslumbrarse—. ¿Qué me dices del lobo?

—Aún no lo he intentado.

Entonces lo miró fijamente con sus ojos febriles y una sonrisa en el rostro. Tenía los dientes muy blancos.

—Lo harás.

Extendió ambos brazos y dejó que los bastones repicaran al caer en las baldosas de pizarra. Gair percibió cómo recurría al canto antes de reparar en la transformación. Entonces su silueta resplandeció, la blusa clara y los calzones verdes se volvieron indistintos y amorfos como humo. En un torbellino de color y movimiento desapareció y, en su lugar, un cernícalo apareció sentado en la balaustrada. Los talones rascaban la piedra mientras sacudía su plumaje, y acto seguido inclinó la cabeza hacia él.

«¿Y bien?»

El canto estuvo allí en cuanto quiso tomarlo, estimulado por lo que acababa de presenciar. Al cabo de unos segundos se vio posado en la piedra junto a ella, y su cuerpo de águila encarnada sobrepasaba a la frágil forma del cernícalo. Sin mediar

palabra, ella echó a volar llevada por el viento. Tuvo que seguirla en seguida para no perderla entre las tejas y las chimeneas que coronaban la casa capitular.

Aysha remontó el vuelo con la naturalidad de quien ha nacido ave. Ágil como una bailarina surcó la corriente cálida, y Gair se vio forzado a seguirla. Él llevaba con soltura su propia piel tras una década de practicar, pero las amplias alas del cernícalo le sacaron ventaja en ese espacio tan reducido. En cielo abierto la habría vencido por pura fuerza y resistencia, pero la maniobrabilidad de Aysha le obligó a proceder con torpeza.

En cuanto dejaron atrás los edificios, Aysha voló en dirección al mar. La bruma que cubría el agua enturbió el horizonte, pero en la costa el ambiente estaba despejado, claro como cristal. La luz del sol centelleaba en la cresta del oleaje, y las gaviotas de lomo gris planeaban en el aire en busca de alimento. El aspecto de Aysha en mitad de la bandada causó consternación. Entre cantos descendieron súbitamente, dando vueltas a su alrededor, regañándola por interponerse en su camino, pero ella alabeó para alejarse. Gair no tuvo tanta suerte y recibió una reprimenda en forma de picotazos antes de caer sobre un ala y dejar atrás a las gaviotas para seguir a la maestra y, tras ella, remontar los acantilados.

Aysha encabezó una trayectoria tortuosa, laberíntica, que más o menos seguía la desigual línea costera hasta la parte septentrional de la isla, donde cayó en picado sobre una cala. Era poco más que una muesca en un costado de la isla, apenas lo bastante grande para proporcionar abrigo a un par de barcas de pesca que buscaran capear el temporal. Pronunciados promontorios abrazaban la pequeña playa y atrapaban la calidez del día como el recipiente donde se precipita la grasa de un asado.

Aysha la sobrevoló hasta posarse en la arena. Una vez allí adoptó su forma habitual. Él tomó tierra junto a ella, esperando la siguiente parte de la lección, pero ella se limitó a permanecer sentada, con la espalda apoyada en una de las rocas. Cuando lo vio de pie dio una palmada en el suelo junto a ella, para darle a entender que podía sentarse. Y así lo hizo.

—Vuelas bien —lo alabó—. ¿Autodidacta?

—Sí.

—Cambiar de forma es un don muy peculiar. ¿Cómo descubriste tu talento?

—Fue accidentalmente. Estaba observando a un águila encarnada que volaba sobre un prado, y me pregunté cómo debía sentirse surcando el cielo de ese modo. Lo siguiente que recuerdo es que estaba en el aire. —Gair tomó de la arena un pedazo de alga marina, renegrido y seco, y jugueteó con él entre los dedos—. Me asusté tanto a mí mismo que caí del cielo sobre unos arbustos.

—¿Qué edad tenías en ese momento?

—Casi once años. Fue el verano siguiente al momento en que escuché la música

por primera vez.

—¿Y tenías la menor idea de lo que hacías?

—En absoluto. Contemplé al águila en el cielo y oí una nueva melodía en el canto. Aguda, desatada, solitaria. Quise alcanzarla, y... —«El canto me vertió en una nueva forma, como se vierte agua en una copa», pensó.

—Y volaste.

Él asintió.

—Y volé. No llegué muy lejos, pero durante unos segundos supe cómo era.

—¿A qué te refieres?

—Ya lo sabes. Tú también puedes volar.

—Pero no sé qué sentiste.

Gair agachó la cabeza, rascando el alga con la uña.

—Me sentí libre.

—¿Se lo contaste a alguien?

—No. Nadie lo supo hasta que me sometí a las pruebas nada más llegar a la casa capitular.

—Me pareció que Alderan se mostraba sorprendido. —Volvió a esbozar la deslumbrante sonrisa que la caracterizaba, al tiempo que hundía los dedos en la arena—. A menudo el canto acude a personas así, cuando hay algo que quieren o necesitan lo bastante para abrirse a él. O algo de lo que quieran huir. Alderan me ha dicho que eres huérfano.

—Y no miente —admitió Gair—. No conozco a mi padre, probablemente fue un soldado. Mi madre me confió a la caridad días después de dar a luz.

—¿Y la familia que te encontró y adoptó?

—En mi hogar de adopción siempre hubo huérfanos de un tipo u otro. Niños huérfanos de las granjas de los arrendatarios, primos que se entrenaban para convertirse en escuderos, cosas así. Uno más o uno menos no supuso ninguna diferencia.

—Somos lo que hacemos de nosotros, no lo que los demás hacen de nosotros —dijo Aysha—. Nuestra procedencia, cómo nacemos... Eso no es más que biología.

—Querría creer que es cierto.

—Hay amargura en tu voz.

—Soy realista. No tengo nombre, maestra Aysha. Sin nombre no tengo lugar, ni posición, excepto aquella que los demás escojan atribuirme.

Los ojos azules miraron fugaces en su dirección, y luego más allá, al lugar donde el oleaje rompía incesante sobre la costa.

—Algunos dirían que no tener una posición determinada en la vida te convierte en el patrón de tu propia nave. Sin nadie a quien dar explicaciones ni nadie a quien decepcionar. Sin más expectativas, que las que tú te marques. Una vida libre, ¿no

crees?

—Tal vez. —El alga se hizo añicos en los dedos de Gair, que soltó los restos para que cayeran en la arena antes de sacudirse el polvo de las manos—. Pero me gustaría saber de dónde provengo.

—Encontrarás tu lugar —aseguró ella—, date tiempo. Y si no lo encuentras, constrúyete lo. Eso fue lo que hice cuando llegué aquí hace quince años, y yo tampoco tenía nada que me atara a ninguna parte, aún menos que tú.

—No te entiendo.

—Cuando me encontró Alderan, vivía con los niños callejeros en Abu Nidar, robando bolsas en el zoco para mi siguiente comida, y mírame ahora. Estoy en el consejo interno de una orden olvidada en el culo del Imperio, mis iguales apenas me toleran y mis estudiantes me consideran un bicho raro. Me llaman la Mujer Pájaro. Imagina las elevadas cumbres que podrías alcanzar. —Se recostó en la roca y cerró los ojos con un suspiro—. Perdóname. No he debido hablarte así.

¿Qué podía decir?

—¿Eres infeliz aquí?

—No. Créeme, podría estar en un lugar mucho peor. —Volvió el rostro al sol—. Hace una tarde tan agradable. Tendríamos que haber organizado una merienda campestre.

Gair la miró con asombro. Estaba resultando una lección muy extraña.

—Jamón a la pimienta —pensó ella en voz alta—. Pollo a la miel. Pan recién horneado. Ese queso de cabra suave que elaboran aquí, el que tiene hierbas. Albaricoques.

—¿Maestra Aysha?

—Oh, y algunos de esos pastelillos de sirope de arce que prepara el pastelero del puerto de Pensaeca. Son como trocitos de cielo.

—¿Forma esto parte de la lección?

A Gair le gruñó el estómago. Cuando se sonrojó, Aysha rompió a reír.

—Veo que el tigre de alguien necesita alimentarse. Si te empeñas en hacer que te acompañe, quizá debamos llenar un par de cestos. Dime qué te gusta comer, Leahno. ¿Qué meterías en el cesto para disfrutar de una merienda campestre en la playa?

Trazó en el aire un arco con la mano. No tenía ni idea de por dónde empezar.

—Bueno, supongo que no tengo manías. Me gusta todo y tu lista me ha parecido muy prometedora. —Su falta de contribución al banquete lo sorprendió—. ¿Fresas? —sugirió finalmente.

—Ah, me encantan las fresas. No las había probado hasta que llegué aquí, pero si llego a saber cómo eran creo que habría abandonado mucho antes el desierto. ¿Qué más? ¿Te gustan las ostras?

—No lo sé. No las he probado.

—Tendrías que intentarlo. Recién recogidas, les exprimes un limón encima y te las comes directamente de la valva.

Eso no querría decir que fuera a tener que comerlas...

—¿Crudas?

—Saben a mar.

—¿Saladas y llenas de arena? —dijo. Ella rió.

—Son deliciosas, créeme. Con un trago de vino blanco son increíbles.

—Si no te importa, maestra Aysha, daré por sentado que lo que dices es cierto. Prefiero tomar alimentos que hayan muerto.

Ella se hizo visera con la mano y le observó.

—No pensé que tuvieras manías.

—¿Por qué?

—Eres un cambiaformas, como yo. Habrás salido de caza alguna que otra vez.

—No.

—¿Nunca?

—Jamás. Una vez atrapé una liebre, pero tuve que soltarla. No pude... ya sabes. Matarla, devorarla.

Se estremeció al recordarlo. El águila encarnada quiso alimentarse, pero los chillidos de la liebre lo enervaron, y pensar en la sangre caliente en los labios, amarga por el miedo, le había provocado arcadas.

—Para entender del todo una forma, para sentirla en tu alma, tienes que experimentar todos sus comportamientos. Cazar como caza, vivir como vive. Es vigorizador.

—No estoy seguro de que pueda hacerlo. Siento que no es correcto.

—Eso se debe a que te permites el lujo de pensar como un hombre. El águila ni siquiera se lo plantearía. —Miró con ojos bizcos hacia la altura en que se alzaba el sol—. Vamos. El tiempo pasa y aún no he visto todo lo que puedes hacer.

—Se supone que esta tarde tengo tutoría con el maestro Godril —se excusó Gair.

—El canto abarca mucho más de lo que él enseña. No te echará de menos.

—¿Estás segura?

—Lo estoy. Godril es un asno pomposo. ¿No viste su expresión cuando alzaste el vuelo en el patio? Creí que iba a darle un infarto. Le habría estado bien empleado. A juzgar por cómo se comporta, cualquiera diría que fue él quien descubrió el canto. —Adoptó un tono grave, ronco, una notable imitación del maestro de pelo rubio—: «Eso es una ilusión. ¡Muéstrame fuego!». Como si nadie excepto él tuviera el don de hacerlo.

Muy a su pesar, Gair rompió a reír. Aysha sonrió. Se le formaron arrugas en las comisuras de los ojos, lo que les dio un aire exótico. Eran de un azul asombroso.

Se ayudó con las manos para ponerse en pie. Gair se apresuró a ofrecerle ayuda,

pero ella ni siquiera lo miró hasta incorporarse y sacudirse el polvo de las manos. Le dirigió una mirada insondable.

—Los modales hacen al hombre —dijo ella—. Gracias, pero puedo apañármelas sola.

Se dio la vuelta y se transformó en un águila encarnada. Tras dar unos pasos, batió las alas, sacudió la arena a su alrededor y remontó el vuelo. Gair la siguió de cerca mientras ascendían lejos de la cala. Aysha la sobrevoló en círculos una vez antes de caer a sotavento, siguiendo el contorno de las colinas tierra adentro.

«Y ahora, Leahno, veamos de qué pasta estás hecho.»

SILBIDOS EN LA OSCURIDAD

Masen ató las riendas a la perilla de la silla. Una vuelta, lo suficiente para mantenerlo atado, pero sin complicaciones, que resultase fácil soltarla. No podía permitirse que lo entretuviera, ni siquiera un instante. No era aconsejable recorrer de noche el paso del Silbador.

Miró al cielo. A poniente el sol se había ocultado tras las montañas, y las sombras se arrastraban hasta el camino desde detrás de las rocas. En el punto más álgido del verano era posible cubrir a caballo todo el paso entre el alba y el atardecer. Pero el año estaba tan avanzado que los días eran cortos y no había luz suficiente. Había partido en dirección sureste antes de que asomaran las primeras luces y había cabalgado tanto como se atrevió, pero aún tenía una tercera parte del viaje por delante y ni siquiera disfrutaría del consuelo de la luz de la luna. Miriel apenas había asomado, y su trayectoria ascendente no la llevaría lo bastante alto para iluminar las montañas; Lumiel no se dejaría ver hasta pasada la hora en que la necesitaba.

Maldita fuera su suerte. La diosa debía de estar burlándose de él para enviarlo a través de uno de los lugares más inquietantes de la tierra sin contar siquiera con la ayuda de la luz lunar, y con el Velo tan deshilachado como la tela de un viejo calcetín. Lo único que podía hacer era confiar en el fuego y en el paso veloz de su yegua.

Masen recogió las dos antorchas empapadas en aceite, se subió a lomos de *Brea* y llamó al fuego para encenderlas. Prendieron con rapidez, y las llamas voltearon caprichosas a merced del viento cambiante. Con una antorcha en cada mano, presionó con los talones a la yegua para que echase a andar hacia el paso oscuro. Al menos allí el suelo estaba en buen estado. La hierba había cubierto hacía tiempo las losas del camino real, pero era lo bastante firme para permitirle cabalgar al galope, si llegaba el momento de hacerlo. Apremió a *Brea* para llevarla al trote y mantuvo las antorchas en alto.

El último vestigio de la luz solar desapareció como el calor de una forja fría, tiñendo el cielo de un azul glacial. En cosa de una hora anochecería por completo. Ya era incapaz de ver más allá del círculo de luz que proyectaban las antorchas, mientras *Brea* cabalgaba, pero no había nada que pudiera hacerse. La pérdida de la visión nocturna era el precio que tenía que pagar por la seguridad de las llamas. El fuego era la única cosa que temían los silbadores.

Masen mantuvo el miedo a raya y siguió adelante. Una milla, luego dos,

momento en que el camino giraba de nuevo hacia el este en la quinta curva que trazaba de las siete con que contaba el paso en total. Ocho millas más y contemplaría la enorme fortaleza de Brindling Fall recortada contra el cielo, incluso más negra que la noche que la cubría. Otras dos millas hacia sus puertas y empezaría a relajarse. En Escalera de Roisin acamparía en cualquier lugar próximo al último castillo, donde procuraría dormir un poco. Lo necesitaría. El paso se cobraba un precio, por mucha sangre fría que se tuviera.

Una súbita racha de viento le alcanzó el pecho. Las llamas temblaron, llenándole los guantes de chispas. Oyó un leve gemido a su espalda. El viento entre las rocas. Las montañas Brindling eran de piedra arenisca y miles de años a la intemperie habían esculpido en ellas chapiteles fantásticos; el viento jugaba con ellas como el trapero con su flauta. No obstante, Masen llevó a *Brea* al galope corto. El gemido se perdió a su espalda convertido en nada, y poco después reapareció. Por espacio de unos pocos segundos alzó su tono hasta proferir un chillido. Pero no era más que el viento. Las antorchas durarían aún un par de horas, y para entonces ya sería la hora de Caída. Si lograba mantener el paso, apenas tendría de qué preocuparse.

La yegua cubrió otra milla. El viento siguió decayendo y aumentando, cambiando de sentido en claro desafío a la dirección en que debería soplar, a la dirección en que debía entablarse. En un instante le tiraba con fuerza de la capa, casi hasta asfixiarlo, pero al siguiente lo empujaba en la dirección que llevaba. *Brea*, nada contenta, agachó las orejas y siguió trotando.

Otra milla. Reinaba una oscuridad absoluta más allá de la rojiza luz de las antorchas. El frío hería el rostro de Masen y se le introducía por la tela de los guantes para morderle los dedos. Cada aliento humeaba antes de que el viento se lo llevara consigo.

Al cabo de una milla más la oscuridad adquirió una textura distinta y las paredes del paso se volvieron más escarpadas. Reinaba una atmósfera densa, pesada como la aflicción. Los nervios se habían adueñado del estómago de Masen. Si los silbadores iban a mostrarse, no tardarían en hacerlo.

Formas espectrales surgieron de la oscuridad a ambos lados del camino. Espirales de piedra arenisca, agudas como hojas de espada obligaron al viento a gemir a su paso, envuelto en torno a cuernos de narval y chimeneas de trasgo hasta que chilló. Masen frenó a *Brea* hasta que la yegua avanzó al trote. En ese punto el paso era muy angosto, y el Silbador retorció el camino a través de sus dedos crispados como si fuera una cinta. Mejor mostrarse cauto, a menos que no tuviera otra elección.

Un silbido agudo sonó a su izquierda. Otro respondió arriba, al frente, transformado al cabo en una risilla. El miedo acarició con dedos de hielo la espina dorsal de Masen. Los silbadores, eran los silbadores. Más sonidos procedentes de la retaguardia, audibles a pesar del ruido que hacían los cascos de *Brea*. Tenían un tono

burlón, como cuando los niños cantan en el patio del colegio. Una risotada estalló al frente, interrumpida de pronto antes de sonar de nuevo al otro lado del camino. *Brea* resopló mientras sacudía la cabeza, reduciendo la marcha. Masen apretó los muslos en las costillas del animal para enardecerlo, y levantó tanto como pudo las antorchas.

«Haznos compañía.»

Una forma clara surgió de la oscuridad de la noche. Pálida como la ceniza, pálida como la huesa, demasiado grande para ser un copo de nieve.

«¿Por qué huyes?»

Más y más bajo acudió, flotando lenta como una pluma al caer, acercándose sin embargo cada vez más rápido hacia Masen, como la piedra que proyecta una honda. Pasó por encima de su cabeza y el instinto lo empujó a agacharse. Hubo risas a su alrededor.

«No temas.»

Entonces desapareció, dejando tan sólo el recuerdo del viento en su mejilla y el frío, el tenue hedor que desprende una tumba antigua. Otro destello blanco en la oscuridad, a su izquierda, seguido de otros dos a su derecha. Masen intentó no mirarlos. Mantuvo la vista clavada en el camino que, entre las orejas de *Brea*, serpenteaba ante él, mientras la hierba blanca resplandecía con el reflejo de las antorchas.

«¿Quieres que cantemos para ti? Sí, cantemos. Cantemos cantemos cantemos cantemos cantemos sí cantemos cantemos para ti cantemos con tal dulzura cantemos con pesar cantemos a tu alma cantemos a tu alma cantemos para que duermas duerme querido mi amor querido duerme otra vez para que duermas otra vez tan triste tan triste un sueño tan largo duerme para dormir en silencio silencio tan hondo tan largo sueño, ¿o quieres que gritemos?»

Aulló una docena de voces. El sonido horadó los oídos de Masen cuando las sombras pálidas cayeron súbitamente a su alrededor. Se inclinó un poco más en la silla y apremió a *Brea* a apretar el paso. La melena de la yegua le azotó el rostro y el gélido viento nocturno le arrancó lágrimas de los ojos. No podía permitirse el lujo de que lo cercaran allí.

«¡Agárrate!»

Brea derrapó hasta detener el paso apenas a unas yardas del guerrero cubierto de pieles que se hallaba en mitad del camino, lanza de guerra en ristre. Masen se mantuvo en la silla con cierta dificultad mientras la yegua cabriolaba y movía la cabeza. Relinchó presa del pánico. Lo único que pudo hacer fue susurrarle unas palabras tranquilizadoras al oído; tenía las manos ocupadas con las antorchas. Le susurró sin apartar la vista del guerrero. Era un tipo alto y llevaba las largas trenzas adornadas con plumas. En los brazos musculosos tenía brazaletes de bronce y un broche enjoyado prendido del grueso manto que llevaba sobre los hombros, un manto

que parecía gastado, como si lo hubieran lavado a menudo. El cabello del hombre era descolorido como tela de araña. Una ilusión, no más real que los demás silbadores, pero lo suficiente para espantar a la pobre *Brea*.

—Vuelve a tu lugar de descanso —voceó Masen, adelantando una de las antorchas. Obligó a la yegua a adoptar un paso más lento—. Aquí no hay riña.

«¡Agárrate!», le urgió de nuevo la voz. El lancero no despegó los labios.

—¡He dicho que desaparezcas!

Con un aliento del canto, Masen separó una lengua de fuego de las antorchas, que proyectó hecha una bola en dirección al espectro. Éste levantó la lanza para apartarla, y luego la disolvió en humo y copos de nieve que crujieron bajo los cascos de *Brea* cuando la yegua pisó el lugar donde había surgido la aparición. Bastó con darle ánimos para que volviese a cabalgar al trote, aunque no dejó de mover las orejas hacia atrás y hacia adelante.

Cayó más nieve, densa, salida de la noche para arrancar susurros de las antorchas. De la retaguardia llegó un renovado coro de maullidos, acompañados por gritos de frustración más discordantes que nunca.

«¡Despecho! ¡Nos tratas con despecho! ¡Nos menosprecias a pesar de nuestro canto! Te cantaremos otro uno de lanzas un canto de almas idas tiempo ha convertidas en polvo un canto de piedras un canto de huesos rompe los huesos rompe las lanzas que quebraron nuestros huesos quiebra las lanzas que pulverizaron los huesos en las piedras que alfombran esta tierra que en tiempos nos perteneció esta tierra que obtuvimos con sangre y huesos.»

Las sombras volvieron a amontonarse, docenas de ellas yendo a la deriva, como nubes. Procuró no mirarlas directamente, pero eran demasiadas. Planearon sobre él con sus rostros cadavéricos, los ojos hundidos, cariacontecidos por las penas y los horrores. Allí había fenecido todo un ejército, casi un pueblo entero, aplastado entre el martillo de las mejores tropas de Endirion y el yunque de Brindling Fall, a pesar de lo cual no hallaba descanso.

Tres millas hasta el sexto recodo del camino y el fin del paso del Silbador. Era pedir demasiado a su montura, que galoparía hasta reventar mientras él le clavara las espuelas. Uno de los caballos de carreras del emperador se permitía esa distancia en el Círculo del Rey, pero *Brea* no era un caballo de carreras. No; a oscuras y cargada con las pesadas alforjas, lo más importante era que no tropezara. Algo de velocidad para ganar distancia, pero ante todo firmeza, y eso era algo de lo que *Brea* iba sobrada. Masen hincó los talones en las costillas de *Brea* e intentó dejar atrás a los muertos.

Cuando la espectral nube se fundió en la nieve, Masen redujo el paso de la yegua con una palabra. El animal se sacudió un copo de nieve de la cara. La piel, cubierta de sudor, despedía vapor, pero mantenía la cabeza alta. Masen echó un vistazo a las

antorchas. Seguían ardiendo, pero no lo harían mucho más tiempo. Quizá disponía de una hora de luz. Confió en que bastase. Tenía por delante otras dos millas más.

Brea avanzó laboriosamente, el estampido de los cascos casi enmudecidos bajo los jirones de niebla. Masen aguzó el oído, atento al regreso de los silbadores. Cada vez que el viento gemía a través de los pilares de roca que bordeaban el camino, miraba hacia la fuente del sonido, moviendo ambas antorchas. No vio más que nieve. Caía sobre el paso de norte a sur, callada como cuando se estremecen las alas de un ángel. El frío le hería los oídos con dedos crueles y le dolían los brazos debido al esfuerzo de sostener en alto ambas antorchas. No había nada más que nieve y roca, y la sofocante noche de terciopelo.

«¡Traidor!»

La voz sonó justo a su espalda. Masen obligó a *Brea* a volverse apretando las rodillas y notó en las costillas el fuerte martilleo de su corazón. Nada. No había más que nieve, que relucía al caer en el círculo rojizo que proyectaba la antorcha. En algún lugar a su espalda el viento penetró entre las rocas y guardó silencio. Nada. Se rebulló en la silla e hizo que la yegua se volviera.

Un espectro colgaba suspendido en el aire, delante, tan cerca que podía tocarlo. Era una mujer. El pelo largo flotaba como una nube en torno a su cabeza. Su piel era traslúcida, como si su rostro de pómulos marcados estuviese esculpido en piedra lunar. Cada uno de sus rasgos era perfecto. Desde los hombros suaves, lechosos, hasta los delicados pies, era adorable como el amanecer.

«¿No piensas quedarte? —Le sonrió con los brazos extendidos, ofreciéndole la bienvenida que una doncella reserva a su amante—. No te separes de mí, amor mío. Hace tanto frío cuando tú no estás, hace tanto frío de noche. No te separes de mí y disfrutaremos de todo el tiempo del mundo.»

Por muy seductoras que fueran las palabras, tenía los ojos vacíos. Los dedos blancos que le tendía terminaban en las garras negras de un cuervo y los dientes, blancos también, eran afilados como los de un lobo. Masen sacudió con fuerza las antorchas. Una llamarada hizo que el espectro se encogiera. Masen avanzó, y el fuego perforó al fantasma entre los blancos pechos. Echó atrás la cabeza y lanzó un aullido. Desde las espirales de piedra arenisca que había a ambos lados del camino se alzó la respuesta de un millar de voces.

Masen hincó las espuelas en los costados de *Brea* al tiempo que lanzaba un grito. La yegua reculó antes de emprender el galope. Guerreros fantasma surgieron del camino con los arcos dispuestos, y dispararon andanada tras andanada de flechas. Si los proyectiles hubiesen sido reales, su cadáver estaría atravesado como un acerico; en lugar de ello, las astas fantasmales lo traspasaron de parte a parte, provocándole únicamente una fría sacudida en el alma. Una no mataba, pero un centenar o más lo dejarían debilitado y la noche amarga no ayudaría en nada. Inclinado sobre el cuello

de *Brea*, mientras las llamas proyectaban una estela de luz a su paso, cargó al galope sobre la línea de espectros. Flechas y más flechas lo atravesaron; *Brea* tropezó una, dos veces. Su respiración se volvió trabajosa, y los espumarajos alcanzaron el pecho del jinete, pero a pesar del cansancio siguió galopando hacia la nieve y la lluvia de flechas.

Tras ellos el aullido subió un tono. Primero se convirtió en un grito, luego en un chillido agudo como cuando la fina hoja de un cuchillo corta los nervios. Un manto de silencio se extendió en el ambiente. Aunque no distinguía la diferencia en la nieve y la noche que lo rodeaban, Masen sintió que el paso se hacía más amplio, y las laderas de las montañas a ambos lados se volvían menos pronunciadas, suavizándose cuando por fin dejó atrás a los silbadores.

Alternando el trote con el paso corto, Masen consiguió que *Brea* lo llevase al amparo de las murallas de la fortaleza justo cuando se apagaron las antorchas. Tendría que hallar refugio pronto. En cuanto dejase de nevar, haría un frío de muerte y ambos estaban demasiado cansados para descender la Escalera. Conservaba en el pecho la gelidez de las flechas fantasma, era como una coraza de hielo que le hacía difícil respirar y mantener el calor, a pesar de las capas de ropa. *Brea* tropezaba al andar, cabizbaja, las orejas caídas. Probablemente debido a su tamaño le habían alcanzado la mayoría de las flechas.

Le pasó el brazo por el lomo.

—Vamos, moza. Un poco más, ¿de acuerdo?

Por la diosa, menudo esfuerzo le había costado hablar. Tuvo que arrastrar cada palabra fuera de la garganta como si pesara una tonelada. Soltó los restos humeantes de las antorchas. Demasiado pesados para él y no le servían de nada. Incluso los pies le pesaban mucho para levantarlos de la nieve, a pesar de lo cual lo hacía, un pie delante del otro fuera de la nieve, un paso más, y otro, lentamente bajo el arco de la Puerta de Endirion, hacia el sendero que ascendía por el lateral que llevaba a la puerta posterior. *Brea* avanzó con dificultad a su lado, acompañándolo paso a paso, yarda a yarda.

Podrían entrar en la fortaleza por la puerta trasera, donde los defensores habían recibido en una ocasión sus carros de suministro procedentes de Caminoverde. Si las murallas interiores no habían caído con las tormentas hallaría dentro refugio, al menos un rincón que estuviese protegido de la nieve, donde encender un fuego, calentar la comida. Tan sólo tenían que alcanzar la entrada.

Brea emitió un quejido y cayó postrada de rodillas. Intentó incorporarse un par de veces, pero allí se quedó, temblando mientras la nieve le cubría de blanco las patas. Le quedaban pocas fuerzas. Masen se agachó para inspeccionarle las patas. Gracias a los santos no sufría cortes profundos. Le dio palmadas en el cuello.

—Llevamos juntos demasiado tiempo para que ahora te plantees abandonarme — advirtió Masen, asiendo de nuevo las riendas—. Arriba, *Brea*. Ya no queda mucho.

Le quitó la nieve del rostro y se volvió hacia la pendiente, pero se detuvo al ver una sombra que se apartaba de uno de los imponentes contrafuertes de la fortaleza para asomar en mitad del sendero. Masen no distinguió nada del aspecto del hombre, excepto el arco corto que llevaba en la mano, cuya forma era imposible confundir.

—Tendrías que cuidar mejor de tu montura, amigo mío —le dijo con el ondulante acento propio de las llanuras arenorianas.

—Antepongo sus necesidades a las mías, como siempre.

—Tal como debe ser. —Aunque conservó la flecha en culatín, aflojó la tensión de la cuerda—. Vimos tus antorchas en el paso. ¿Qué te trae por este camino?

—Será un placer contártelo, hombre del clan, en cuanto pueda ponerme a cubierto de esta condenada ventisca.

El del clan consideró aquellas palabras, antes de señalar con un gesto el sendero.

—Arriba, hasta el patio del establo, y allí a tu izquierda. Te haremos un sitio en nuestra hoguera.

Aunque no sería bienvenido en su hoguera, aquello era preferible a acabar con una flecha en las entrañas.

—Sólo por eso, que el Señor del Viento te sea propicio.

Masen vio un destello de dentadura blanca en lo que pudo ser una sonrisa, luego el hombre se llevó los dedos a los labios y lanzó dos breves silbidos agudos. Un único silbido prolongado le respondió.

—Ve delante, yo te seguiré.

Masen condujo a la agotada *Brea* hacia el acceso posterior, y luego ambos cruzaron la entrada. En el patio del establo, una luz amarillenta se filtraba por el hueco de una puerta e iluminaba a otro miembro del clan que estaba de pie en el umbral, con un arco corto en la mano. Cuando Masen se acercó, el tipo se hizo a un lado, levantando la manta que, clavada a modo de puerta, les separaba de la tormenta.

Dentro de la cripta el ambiente era cálido, y olía a caballo y humo de leña. Otro del clan apareció para hacerse cargo de las riendas de *Brea*, a la que condujo a un rincón donde había otras cinco monturas trabadas. Cerca descansaban cuatro sillas de montar en el suelo, junto a un fuego que habían encendido en un espacio que en tiempos debió de ser una forja. Había alforjas apiladas contra la pared, con gruesas capas que mostraban indicios de haber servido de abrigo durante un largo viaje. Los arcos y jabalinas reposaban cerca, a mano.

—¿Creéis que habrá problemas? —preguntó Masen.

El centinela regresó acompañado por una racha de nieve y viento helado. Se sacudió las botas, extendió la manta en el hueco de la puerta y la aseguró al suelo con la ayuda de una piedra pesada. Vestía como los demás, con gastadas pieles de ciervo;

llevaba un carcaj en la cintura y sendas dagas envainadas a ambos lados de la cadera. Tenía los mismos ojos azul vincapervinca y las mismas facciones que el arquero joven, aunque la experiencia le había grabado arrugas en el rostro y teñido de plata algunos mechones de su melena castaña.

—Nunca se sabe qué puedes encontrar en el paso del Silbador —dijo—. La fortuna sonrío a quienes están preparados. Tal vez ahora puedas contarme qué te trae a este lugar.

Masen miró los arcos que aún no habían guardado. A esa distancia cualquiera de ellos lo atravesaría como a una liebre.

—Me dirijo a Flota —dijo—. El paso es el punto más rápido para llegar al sur desde las Brindling.

—Solitario camino —comentó el centinela, que no relajó la posición del arco—. Y a esta altura del año también es frío.

Masen se apartó la capa que le cubría los hombros. Hacía calor en la cripta, tanto que sudaba bajo la ropa.

—Voy hacia donde sopla el viento. ¿Qué hacen unos miembros del clan como vosotros tan a poniente?

El que se había llevado a *Brea* regresó junto al fuego con la silla de Masen en una cadera y las alforjas en la otra mano.

—Cazar —respondió. El tono de voz agudo reveló que, de hecho, se trataba de una mujer. Masen miró con mayor atención y comprendió que el informe jubón y el pantalón de piel de ciervo habían ocultado a sus ojos su cuerpo delgado de femeninas curvas—. Tu yegua no se encuentra bien. La he alimentado y le he dado agua, pero es mejor que descanse si quieres que llegue a Flota.

Dejó las alforjas junto al resto y la silla en el suelo, frente al fuego. Luego se sentó y recostó el hombro en su propia silla. Puso la otra mano en el puño de la daga que ceñía a la cintura con aire descuidado, como para quitarle importancia.

—Te lo agradezco, y estoy seguro de que *Brea* también. Llevamos muchas millas de viaje juntos y me duele verla malherida. —Masen se desabrochó la capa y la dejó doblada en la silla—. ¿Puedo preguntaros qué es lo que cazáis para haber llegado a mil millas de Flota?

El centinela le dedicó una larga mirada. Se hizo el silencio en la cripta. Masen se preguntó si habría hecho la pregunta equivocada.

—Cuéntaselo, Sor. Es un gaeden.

El cuarto miembro del clan se hallaba sentado algo lejos del fuego, casi sumido en las sombras. Mientras que los otros tres eran de piel oscura y pelo castaño, éste tenía el caballo negro y piel cetrina. Las comisuras de sus labios miraban hacia abajo, una debido a una cicatriz que lo marcaba desde la nariz hasta la mandíbula y la otra simplemente para no desentonar. No levantó la vista de la piedra de amolar que tenía

en la mano y la daga de hoja larga que afilaba. El acero relució en el reflejo de sus oscuras pupilas mientras afiló la hoja.

—¿Estás seguro, Kael? —preguntó Sor, ceñudo.

—Tan seguro como que estoy sentado aquí. —«Shh, shh», hizo la piedra de amolar—. Lo percibí en cuanto entró. Pregúntale.

Sor lanzó un gruñido.

—¿Es cierto?

Masen asintió mientras se desabotonaba el abrigo.

—Duncan, ¿queda sopa? Ahí fuera hace tanto frío como en el alma del Innombrable.

Sor desencordó el arco y lo dejó apoyado contra la pared, junto a los demás. Duncan imitó su gesto, y se puso a revolver entre cuencos y cucharas mientras su hermano se sentaba ante el fuego.

—Bueno, ya sabes cómo me llamo —dijo Sor cuando se sentó—. Éstos son Duncan, Kael y Cara. —Los fue señalando con la cabeza.

—Masen.

—Deduzco por las antorchas que no es la primera vez que cruzas el paso.

—Lo he hecho unas cuantas veces. Más de las que desearía, a decir verdad. — Masen aceptó un cuenco de caldo y el pedazo de carne que Duncan le tendió—. Gracias. Esas flechas fantasma lo dejan a uno helado.

—Menos mal que nos has encontrado —dijo Cara mientras Duncan repartía los demás cuencos—. Habrían acabado contigo si no llegas a entrar en calor.

—Un hombre sabio rehúye por completo el paso en invierno. —Sor revolvió la sopa.

—Bueno, a veces cuando asumimos riesgos nos volvemos insensatos. —El caldo estaba lleno de cebada, y bastó con una cucharada para descongelar los huesos de Masen—. Supongo que tampoco estaríais aquí, si dependiera de vosotros.

—¿Por qué lo dices? —quiso saber Duncan.

—Cazadores del clan tan alejados de su hogar que persiguen, a través del paso del Silbador, una presa de la que se muestran reacios a hablar con gente normal. —Masen se acomodó en la capa doblada—. Cazadores del clan con un buscador. Que me aspen si de ese gancho no podría colgarse una jodida historia.

Sor cruzó la mirada con su hermano.

—No pasa nada. —Sacudió la cabeza, antes de devolver su atención a la sopa. Lo hizo con gesto mecánico, como si fuera un trabajo que hubiera que hacer, a pesar de no complacerle.

—Si tenéis tazas llevo una botella de buen brandy en las alforjas. Allí —ofreció Masen—. Tengo la sensación de que nos vendría bien un trago antes de terminar la noche.

Duncan fue a buscar tazas y la botella. Masen sirvió a todos una generosa cantidad de brandy. Cuando tendió la taza a Sor, éste inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

—Patrullábamos la marca del oeste cuando nos cruzamos con un explorador. Cabalgaba ligero de equipaje, y muy rápido, aun tratándose de un eldannar. Uno o dos días antes les habían atacado el ganado. Ocho yeguas habían perdido la vida, además de una docena de potros, y hubo que sacrificar otra media docena. No sabían de qué bestia se trataba, pero atacó al ganado de noche. Fuera lo que fuese mató por placer, no por hambre. Cabalgamos dispuestos a ayudarlo si podíamos, pero cuando alcanzamos el campamento... —Sor apuró de un trago el brandy, antes de dejar la taza en el suelo—. No me pidas que te hable de lo que vimos en ese lugar.

Sin decir palabra, Masen se inclinó para llenarle la taza hasta el borde.

—Perdían algunos debido a los lobos, o cuando los gatos monteses descendían a la llanura en un invierno especialmente crudo —explicó Duncan—. Pero nunca les había pasado nada parecido. El eldannar nos contó que ese rebaño no era el primero que había sido objeto de ataques. Hubo otro más al sur, y un granjero que vive en el borde de la marca del sur aseguró haber perdido veinte vacas en una sola noche. Fue una carnicería, ninguna murió devorada.

A la derecha de Masen, Cara se estremeció y trazó en el aire una bendición sobre el corazón. Él tomó un sorbo de brandy con aire pensativo. No era descabellado pensar que existiera un portal abierto en algún punto de las llanuras arennorianas, aunque las posibilidades fueran muy remotas. Los clanes vivían en contacto con el canto, tan cerca como sus sombras; sus portavoces serían capaces de percibir la presencia de un portal en cualquier lugar a veinte millas a la redonda de donde se encontraran sus clanes, y allí enviarían en seguida a un guardián del portal. ¿Una grieta en el Velo? Eso era lo más probable. Si se estaba resquebrajando en la parte alta de las Brindling, fácilmente podía haberse originado ahí mismo, en la llanura. Lo único que quedaba era la duda de qué lo había atravesado. Ten misericordia, madre: podía ser cualquier cosa, pensó.

Kael dejó la piedra de amolar y puso al contraluz la daga para examinar el filo en busca de impurezas. Sin siquiera apartar los ojos de la hoja, dijo:

—Sé qué es lo que lo ha atravesado, gaeden. Un cancerbero.

Envainó la daga. Del cinto desenfundó la otra, que se dispuso a afilar. De nuevo los hermanos cruzaron miradas, y entonces Sor se encogió de hombros y dejó que Duncan reanudase el relato.

—Kael percibió a la bestia en cuanto nos acercamos a una milla del lugar donde se habían producido los ataques. Dijo que podía olerla, que sentía su maldad en la mente. No entiendo muy bien cómo lo hace, pero puede seguir un rastro como éste igual que si se tratara de un camino imperial. Empezó la caza de la criatura tan

rápido como pudo y pronto le ganó terreno. Quizá la criatura retrocedió, o se dispuso a esperarlo, pero cuando lo alcanzamos después de hacer cuanto pudimos por el eldannar, lo hallamos malherido y con el caballo destripado como un pez. Cuando al cabo de dos días recuperó la conciencia, nos contó lo que había visto.

Duncan compuso una mueca de desagrado y miró el fondo de la taza que sostenía en las manos ahuecadas.

—Es el mastín de Maegern —aseguró Sor—. Es inmenso y hiede como un matadero. Le ha estado siguiendo el rastro desde que fue capaz de subirse de nuevo a un caballo. Se dirige al norte, al paso.

Masen exhaló un largo suspiro. Era peor de lo que había supuesto. Uno de los cancerberos andaba suelto y el Velo estaba rasgado. ¿Acaso la Hueste cabalgaría de nuevo con libertad? Que la diosa se apiadara de ellos.

—No he visto ningún indicio a lo largo de las Brindling —dijo—. Kael tiene razón, soy un gaeden. Soy un guardián del portal. A mi paso por las montañas descubrí una fractura en el Velo. Si lo que vio era real, entonces mucho me temo que la fractura se ha acentuado. ¿Quién sabe qué criaturas podrían atravesarla? —Masen sacudió la cabeza—. La situación es mucho más peligrosa de lo que suponía. Si te has propuesto insistir en la persecución del cancerbero, tienes que ser cauto.

—Mi intención es darle caza —afirmó Kael, acariciando la hoja de la daga con la piedra de amolar—. Ese cancerbero y yo tenemos asuntos pendientes.

—No lo matarás con acero, Kael —advirtió Masen, cuyas palabras no parecieron disuadir al cetrino hombre del clan.

—Sea como fuere no desistiré —dijo. Levantó la vista, los ojos negros clavados en Masen a través del tembloroso fulgor del fuego—. ¿Qué llevas en el bolsillo, gaeden? Tira de mí.

—¿Esto? —Masen rebuscó el clavo, cuya cabeza pendía de un hilo. Giró sobre sí mientras el hilo se desenredaba, primero en el sentido de las manecillas del reloj, luego en sentido contrario, con lentitud, con parsimonia—. Así es como encuentro los portales que dan al Reino Oculto. Puedo percibirlos cuando me acerco lo bastante, pero este objeto me señala el camino como si fuera una brújula.

—¿Qué es?

—Es un clavo de herradura de caballo. Di con él hace años en los páramos belisthanos. Cuando lo encontré no sabía lo que era, pero la primera vez que pasé con este objeto cerca de un portal, el Reino Oculto tiró de él con tal fuerza que casi me hace un agujero en el bolsillo.

Cara extendió un dedo para tocar el clavo, maravillada.

—¿Esto proviene del otro lado? ¿Del mundo sombrío? —preguntó, intentando asirlo. Arrugó el entrecejo cuando se deslizó entre sus dedos como hielo húmedo. Volvió a intentarlo, pero tampoco logró hacerse con él, y luego retiró la mano,

frotándose las yemas de los dedos—. No es hierro ni acero, es... resbaladizo. No puedo cogerlo.

—Nada de carne y hueso puede, por eso tuve que atarle un cordel alrededor. — Masen lo levantó a la altura de los ojos, viendo su propio reflejo en la líquida superficie argéntea, antes de devolverlo al bolsillo—. Algún día lo arrojaré a un río y desaparecerá para siempre. Cuando llegue el momento de retirarme.

Duncan rió, pero Kael lanzó un gruñido agrio y se puso en pie.

—No hasta que estén cerrados los portales, gaeden —dijo—. No tendríamos que tener ninguna relación con el Reino Oculto. Allí reside la maldad. —Se echó la capa al hombro y se dirigió hacia la puerta—. Yo haré la primera guardia.

Al cabo de un rato, los demás se cubrieron con la manta y se quedaron dormidos. Masen fue sin hacer ruido hasta el extremo opuesto de la cripta para comprobar el estado de *Brea*, luego sacó la manta del equipaje y la extendió en el suelo. Despertó cuando Kael regresó sacudiéndose la nieve de la capa y aguardó hasta que Duncan fue a cumplir con su guardia. Entonces se levantó, anduvo hasta el otro lado y se sentó junto a Kael.

—¿Qué quieres? —preguntó el otro, conciso, antes de que Masen pudiera siquiera hablar.

—No será más que un momento. ¿Cuánto hace que sabes que eres un buscador?

—¿Qué te propones? —Kael se cubrió hasta la nariz con la manta y le dio la espalda.

—Perdóname, pero siento curiosidad. No es un talento habitual.

—¿«Talento» lo llamas? —El del clan se volvió hacia él, incorporado de forma tan abrupta que Masen pensó que se disponía a darle un golpe. Los ojos oscuros de Kael relucían como joyas—. Es una maldición. Desde que cumplí diez años tan sólo he sido capaz de sentir esa maldad. Ni alegría, ni amor, tan sólo la oscuridad que anida en el corazón de los hombres y el veneno que les corroe el alma. Desearía por todos los dioses que fuera diferente, pero no lo es, de modo que procuro sacar todo el provecho posible de ello. Yo no lo considero un talento.

—Perdóname. No quise ofenderte —dijo Masen.

El del clan se tumbó de nuevo y se cubrió con la manta. Cada miembro de su cuerpo respiraba tensión, como si tuviera que apretar hasta el último músculo por temor a salir volando. A pesar de tener los ojos cerrados recordaba a un felino a punto de abalanzarse sobre su presa.

—Sigue ahí afuera, gaeden —dijo Kael—. Tal vez a veinte millas de distancia, y viaja en dirección noreste. Nos serías de utilidad en la caza. Esta tierra está inquieta.

—Me temo que la vida me lleva por otro camino, amigo mío. Tengo un deber que cumplir.

—Todos tenemos el deber de librar al mundo de abominaciones como ésta. —

Kael se encogió de hombros—. No importa. Si es necesario le daré caza yo solo.

—Entonces que el Señor del Viento te acompañe, Kael —murmuró Masen, dando palmadas en el hombro rígido del hombre del clan. Se puso en pie. De pronto se sentía agotado—. Que duermas bien.

EL MOVIMIENTO DEL CABALLO

A penas un latido de corazón después de que sonara el golpe, la puerta que llevaba a la habitación de Gair se abrió con un estampido y golpeó contra la pared. Darin se hallaba en la entrada, con el tablero de ajedrez bajo el brazo, el otro extendido para contener la puerta cuando se cerrase de nuevo. Sus ojos oscuros centelleaban.

—No vas a creer lo que me ha pasado —anunció.

Gair cerró el libro que descansaba en su regazo y bajó los pies que tenía cruzados sobre el escritorio.

—Sorpréndeme.

Darin entró apresuradamente y dejó en la mesa el tablero de ajedrez, después de apartar a las bravas una pila de libros.

—Ha sido asombroso. —Continuó mientras Gair sacaba las piezas de la caja para desplegarlas sobre el tablero—. Era mi día libre y pensé que te gustaría acompañarme a pescar, pero fui incapaz de dar contigo y Renna había ido a Pensteir a visitar a su madre, de modo que bajé al mercado del puerto de Pensaeca y allí es donde encontré esto.

Extendió el brazo y abrió el puño con un gesto elaborado. Allí, en la palma manchada de tinta, apareció lo que parecía ser un diamante del tamaño de la uña del pulgar. Gair enarcó ambas cejas, sorprendido.

—¡Por la diosa!

—Vaya hermosura, ¿no te parece? —La sonrisa torcida de Darin casi le llegó a las orejas. Inclino la mano y el pedrusco proyectó en la pared una miriada de colores brillantes.

—¿Cómo te has podido permitir eso con tu asignación?

Si acaso la sonrisa se hizo aún más pronunciada.

—Eso es lo mejor de todo. No me ha costado un céntimo.

—Por favor, ¡dime que no lo has robado!

—No, no, no he hecho nada malo. Me lo regalaron. Pero ¿qué te habías pensado?

—Es magnífico. Con eso podrías comprarte una baronía.

—Planeaba hacerme con un ducado. Uno pequeñito, nada que sea demasiado vulgar.

Darin inspeccionó la piedra en la palma de la mano. Proyectaba luz como un pedazo de sol.

—¿Quién te la dio? —quiso saber Gair—. Creo que no me lo has contado todo.

Su amigo no pareció prestar atención. Estaba totalmente cautivado por la piedra preciosa. Lentejuelas de azul, rojo y dorado le danzaban en el rostro.

—¿Darin? ¡Darin!

—¿Eh?

—Cuéntame el resto de la historia.

—Ah, lo siento, me había distraído.

—No me sorprende, con diez mil acres de tierra en la palma de tu mano. —Gair puso las piezas en el tablero mientras esperaba a que su amigo continuase, pero Darin había vuelto a dejarse cautivar por la piedra. Tamborileó en la superficie del escritorio—. Despierta y cuéntamelo.

—¿Cómo? Ah, sí, lo siento... No, no vale diez mil acres de terreno. Sólo es cristal.

—¿Cristal? ¿Estás seguro? Pues a mí me parece auténtico. —El pedrusco poseía el brillo y el fuego del diamante, pero Gair tan sólo podía guiarse por el recuerdo de los pendientes de su madrastra.

—Conocí a un tipo en la oficina del ensayador de Pensaeca. Él me lo dijo.

—¿La has ensayado?

—No, lo hizo él. Así fue como averiguó que era cristal.

—No te explicas precisamente como un libro abierto, Darin.

—Lo siento, disculpa, es que no acabo de creerlo. Es tan hermosa.

—A ti te ha dejado sin palabras, y yo que creía que eso sólo les pasaba a las muchachas de largas trenzas. ¿Podrías guardar esa cosa y contármelo todo, antes de que te retuerza el cuello como un trapo?

Con aire distraído, Darin hurgó en el bolsillo, de cuyo interior sacó una diminuta bolsita de color púrpura. Aflojó el cordel para abrirla, pero en lugar de guardar dentro la joya volvió a quedarse absorto mirándola. Gair lanzó un gruñido.

—De acuerdo, no te pongas cascarrabias. Tan sólo la estaba mirando.

—Darin, odio que me cuenten las cosas a medias, me saca de mis casillas que me dejen en ascuas. Solía quedarme despierto toda la noche porque no podía soportar la idea de cerrar el libro antes de haberlo terminado. Y ahora, por el amor de los santos...

Gair acercó la mano a la bolsita. En un abrir y cerrar de ojos Darin la apartó con un manotazo.

—¡Es mía!

Con ambas manos levantadas en un gesto conciliador, Gair se sentó en la silla. Darin metió la joya dentro de la bolsita, que cerró con el cordel. Luego se la guardó en el bolsillo.

—¿Piensas contarme cómo has dado con ese tesoro? —preguntó Gair.

La expresión de Darin se suavizó tan rápidamente como se le había agriado.

—Lo siento, Gair, no quería ser descortés. Estoy tan nervioso. Nunca me había sucedido nada parecido. Cuando mi hermano mayor se caía al río salía de él con un salmón en cada bolsillo. En cuanto a mí, si me caigo me voy al fondo.

—¿No sabes nadar?

—No, pero no me refería a eso. ¡Sabes perfectamente a qué me refiero! —Darin frunció el ceño y se llevó ambas manos a la cabeza—. ¿Por dónde iba? Ah, sí. Estaba en el puerto de Pensaeca, cruzando el mercado, cuando vi a un tipo que salía de la oficina del ensayador. Esta bolsita de terciopelo se le cayó del bolsillo cuando se guardó el dinero. —La bolsita volvía a estar en su mano, y le dio vueltas y más vueltas, pendiente del dedo por el cordel—. Corrí tras él para devolvérsela. Me explicó que el ensayador le había contado que no era más que cristal, y que podía quedármela por lo honesto que había sido al devolvérsela. «Considéralo una recompensa por tu buen corazón», me dijo. ¿Crees que le gustará?

—¿A Renna? Es tu enamorada, no la mía.

—Pensaba guardármelo y engarzarlo en un anillo para regalárselo por Santa Winifrae. A las chicas les encantan las joyas, ¿verdad?

—Me he pasado diez años en una orden de clausura, Darin. Soy la última persona a quien deberías pedir consejo acerca de mujeres. —Gair esbozó una sonrisa—. Pero sí sé una cosa: si pones esa piedra en un anillo de oro se va a parecer mucho a un anillo de compromiso.

Darin contempló la bolsita mientras acariciaba el suave tejido.

—Después de todo llevamos un año saliendo juntos —dijo. Había en su expresión algo juvenil, esperanzado—. ¿Crees que diría que sí?

—Ve a preguntarle, y averígualo.

—¡Gair! —protestó el belisthano. Gair rió.

—Estoy seguro de que el gesto la emocionaría.

—¿De veras lo piensas?

—De verdad.

El belisthano devolvió la piedra al bolsillo, antes de sentarse finalmente y contemplar el tablero de ajedrez.

—¿Juego yo?

—Tú llevas las blancas.

La mano titubeó, suspendida sobre los peones. Darin se mordió el labio.

—De hecho, Gair, hay algo que quiero pedirte. ¿Serías mi padrino? Me refiero a si acepta mi proposición.

La sorpresa dio pie a una alegría sin igual, tanta que fue incapaz de contenerla. Gair le tendió la mano.

—Sería un honor.

—Podría pedírselo a mis hermanos, pero están lejos, en casa. Tú estás aquí, eres amigo mío y... bueno. —Darin se encogió de hombros, para después mover por fin el peón y levantar la vista hacia la mano que le tendía Gair y que aún no había estrechado—. Ah, ¿lo harás? ¡Gracias, muchas gracias! Pero prométeme estar atento por si me desmayo.

—Te lo prometo.

Gair le estrechó la mano. Que le pidieran hacer de padrino de boda era un honor, por no mencionar el hecho de que su amigo lo prefiriese antes que a un familiar. «Los amigos son la mejor familia», le había dicho Alderan en una ocasión. El gesto le provocó un dolor en el estómago que prefirió no alimentar. Tomó un peón e hizo su movimiento de apertura.

—¿No pensarás decirle nada a Renna? —preguntó Darin, que respondió al movimiento—. Quiero que sea una sorpresa.

—No pienso decir una palabra.

—Sabía que podía contar contigo para guardarme el secreto. Nunca olvidaré esto, Gair. Eres un amigo de verdad.

Darin llevó la mano al bolsillo de los calzones, donde palpó el bulto de la piedra, mientras su oponente enviaba al lector a la mitad del tablero, dispuesto a hacer un asalto arriesgado. Gair arrugó el entrecejo al ver la disposición de sus propias piezas, y se sentó dispuesto a mantener el tipo en lo que prometía ser otra partida reñida.

Había salido muy tarde. Ahora las puertas estaban cerradas y había empezado a llover, maldición. En un gesto de frustración, Darin descargó un manotazo en la madera embreada, retrocedió y apoyó la mano en las caderas. ¿Cómo se las apañaría para entrar? Ese viento tenía algo capaz de atravesarle la ropa húmeda, lo cual le hizo temblar. Si tuviera un poco de sentido común habría cogido el abrigo.

Podía quedarse ahí, mojándose cada minuto, o podía echar a andar por la muralla, a ver si encontraba otra manera de entrar. Entonces, ¿derecha o izquierda? Sería mejor hacerlo por la izquierda; podía encontrar un punto por el que escalar el muro que daba al jardín de la cocina, caer en la pila de abono para evitar hacerse daño y luego colarse en el interior del edificio. Tenía las botas embarradas, así que el abono no empeoraría demasiado la situación.

Además era culpa suya. No debió quedarse tanto rato. De algún modo siempre surgía otra cosa de la que hablar, y la conversación era tan cautivadora que perdió la noción del tiempo, ni siquiera oyó la campanada que daba la hora. Había pasado la Segunda y teóricamente hacía horas que tendría que estar durmiendo. A la mañana siguiente estaría agotado.

Maldita sea, la lluvia arreciaba. Darin tiró del cuello de la camisa para cubrirse con ella y echó a correr por el bosque que rodeaba el perímetro de la propiedad. Los

árboles le proporcionaron algo de abrigo, pero también goterones que cayeron de las ramas sobre su cabeza. Empezó a sentir frío, y odiaba el frío. Por segunda vez pensó que tendría que haberse llevado el abrigo.

Por desgracia, el muro de la cocina era demasiado alto. Darin tuvo que saltar tres veces para lograr arañar con las uñas la parte alta, pero las manos le resbalaron por la piedra húmeda y se las lastimó al caer. Se lamió la sangre que se había hecho. No podía trepar por el muro de la cocina. ¿Qué otra cosa podía intentar? Claro. La puerta del leproso, tras la capilla, donde habían metido a los desdichados, lejos de la vista del resto de la congregación. Según las leyes de la Iglesia, no podía cerrarse la puerta de los leprosos, excepto en situaciones de emergencia, puesto que no podía negarse la bendición de Eador, ni siquiera a aquellos miembros del rebaño más pestilentes y dignos de lástima.

Algo más esperanzado, Darin anduvo a paso vivo en plena oscuridad hasta la capilla que se encontraba en la parte este, donde recorrió con los dedos la pared que se alzaba a su lado para evitar adentrarse demasiado en el bosque. La lluvia caía con fuerza para cuando vio las ventanas de la capilla, oscuras excepto por el fulgor que desprendía la lámpara del santuario, y allí estaba la puerta, de madera, carente de adornos, apenas más alta que sus hombros. Tanteó el contorno en busca del pestillo. Nada. El nerviosismo le aceleró los dedos, volvió a intentarlo, tanteando desde las bisagras hasta la hierba húmeda que crecía al pie de la puerta, pero no dio con el pestillo. ¿Cómo se suponía que iba a entrar?

El corazón de Darin empezó a golpearle con fuerza en el pecho, haciendo de contrapunto a la fría lluvia que tamborileaba en su cabeza y le resbalaba por la nuca. ¿Cómo abriría esa puerta? Si golpeaba largo y tendido, el padre Verenas tal vez lo oyera y si se sentía caritativo, quizá se levantara de la cama para averiguar a qué se debía el ruido. Sin embargo, eso supondría revelar su presencia ahí fuera, bajo la lluvia, a esa hora, debido a su incapacidad de despedirse de su nuevo amigo. Eso no le haría ningún bien. Tenía que haber un pestillo o algo. De otro modo, ¿cómo se las apañaban los leprosos para acudir en busca de su absolución?

Ajá. Los leprosos. ¿Cómo no se le habría ocurrido antes? Darin repasó de un lado a otro la madera renegrida, confiando en el tacto en lugar de hacerlo en la vista. Quizá los leprosos no tuvieran dedos, así que un pestillo convencional no les serviría de gran cosa. Tenía que tratarse de un mecanismo muy simple que pudiera accionarse sin que fuera necesaria mucha destreza. Tocó algo que se apartó de él y que atrapó al volver. Un mecanismo que pudiera manejarse aun en el caso de no tener extremidades. Que, en último término, bastara con los dientes para poder accionar.

Darin tiró de la cuerda y oyó el ruido seco del pestillo de madera en el interior. Luego apoyó el hombro en la puerta y la abrió. Mantenían bien engrasadas las bisagras para que no hiciesen más ruido que el susurro de la lluvia al caer en el patio.

La cerró al entrar, colocando el pestillo en su lugar, y luego se fue a la cama con su propósito en mente, un estallido de luz y de color, como fuegos artificiales.

A dos días al sur de Flota se puso a llover. Para cuando Masen transbordó en Mesarilda, llevaba una semana entera sin ver un solo claro en las nubes, y el Gran Río poseía una turbia tonalidad parda debido a la crecida de las aguas. Yelda aparecía y desaparecía a través de una serie de relucientes velos plateados que barrían el húmedo paisaje de cielos bajos. Más al sur, el río superaba las orillas e inundaba los campos y los pastos a ambos lados. El ganado se arracimaba con el agua hasta las rodillas. Los árboles desarraigados eran arrastrados con fuerza por la corriente, obligando al lugre a tomar rizos a las velas y reducir la andadura por temor a abordarlos. En los pueblos, Masen vio a más de una familia rescatada en la ventana de la segunda planta por vecinos embarcados en botes.

Cuando el río alcanzó las afueras de los Puertos Blancos, poblaciones enteras quedaron vacías. Nada se movía, a excepción de los restos que arrastraba la corriente. Los únicos animales que había en los campos estaban hinchados, negros, muertos. Ni siquiera había aves carroñeras, puesto que habían saciado su apetito. El agua marrón, fétida, se extendía de horizonte a horizonte, y la lluvia seguía cayendo.

Masen se cubrió mejor los hombros con la capa y miró por proa. La capa no le servía de gran cosa. La recia lana belisthana era un buen abrigo en condiciones atmosféricas muy diversas, pero no ante el diluvio que había tenido que soportar durante su viaje al sur. Estaba empapado hasta el calzón; incluso le había entrado agua en las botas, y si había algo que odiaba más que las espinacas era tener los calcetines mojados.

Estaba de muy mal humor. Había intentado saludar al agente de la orden en Flota, pero no vio ni rastro de sus colores en diez millas a la redonda de la ciudad. Había tomado el siguiente mercante que llevaba rumbo sur, con la excusa de que siempre podía ponerse en contacto con el agente de Mesarilda. Después de todo, la capital se encontraba tan sólo a tres días en barco río abajo. Claro que en Mesarilda la casa segura había ardidido hasta los cimientos. Masen había encontrado desconsolada al ama de llaves, que rebuscaba entre los restos carbonizados. Le contó que había ido a visitar a su hermana. Cuando regresó al día siguiente, eso fue todo lo que encontró. Oh, el pobre amo, ¡y su esposa! Y los encantadores niños. Pero ¡qué tristeza! ¡Qué tristeza!

En fin, que una casa se quemara no era algo tan extraño. Alguien se habría dejado una vela encendida, y una ventana abierta cuya cortina la volcaría; luego el humo cubrió el cielo. Masen contempló ceñudo el agua. Qué desafortunado que ocurriera en esa casa en concreto, en esa calle en particular. Tenía que tomar una decisión. Alquilar un caballo y acercarse a la población más próxima donde hubiera un agente,

dos días a caballo al este, o dirigirse a buen paso al sur, hacia Yelda. Yelda parecía la opción más lógica. La capital syfriana era un centro de comercio, una encrucijada del Imperio, y a medio día de camino a poniente de ella se encontraba cierta mansión señorial muy próspera, donde trabajaban bastantes labriegos y sirvientes, pero que por lo demás no llamaba la atención de ninguno de sus vecinos. Qué extraño, pues, que el señor Matterson, su familia, todo el personal de servicio y los arrendatarios, contrajeran esas fiebres en el festival de la cosecha. Según el alcalde, todo el pueblo se puso de luto. El señor de la mansión era apreciado en el lugar, muy apreciado. Lo sucedido había sido una auténtica desgracia.

Alguien menos suspicaz que Masen no hubiese visto más que una trágica serie de coincidencias: un agente desaparecido, una casa incendiada, un brote de contagios. Una auténtica, auténtica desgracia. De hecho, podía considerarse una coincidencia tan evidente como que el suelo se humedece después de llover. Se trataba de asesinatos, y en Mesarilda nada menos; se hubiera jugado los huevos. Probablemente también en Flota, y tenía la desagradable sensación de que en Puertos Blancos encontraría una variante de la misma historia.

No era la primera vez que Masen deseaba poseer mayor talento para comunicarse a distancia. La labor de guardián del portal era solitaria en sus mejores momentos, y eso encajaba con él. No tenía que estar en el centro de una red de agentes como una araña en la telaraña, con los pies extendidos para captar la menor vibración. Le bastaba con saber que había otros a quienes poder recurrir en caso de necesidad. Suponía unos pocos días a caballo en el peor de los casos, lo que no era demasiado complicado. Ya tenía el trasero acostumbrado a la silla. Deseó no haber hecho a un lado el esfuerzo de adiestrar a un aprendiz. De ese modo, quizá no tendría que hacer ese viaje y la orden habría sido advertida semanas atrás.

Reinaba una calma espectral en la parte norte de los muelles. Tan sólo unas pocas falúas y embarcaciones fluviales estaban amarradas, y más de la mitad tumbadas de costado, con los palos rotos y la madera astillada. Los estibadores portuarios se ocupaban de limpiar el barro que cubría el embarcadero, y tanto los pañoles situados en la orilla como las tabernas tenían restos de barro hasta media altura de las ventanas de la planta baja.

El patrón se cubrió la nariz con un pañuelo.

—Ahora tendrás suerte si consigues barco —aseguró, gobernando el timón para pasar junto a un tronco de roble medio hundido—. Dudo que haya un cascarón a flote en todo Puertos Blancos.

—Algo encontraré. —Masen exhaló un suspiro—. Maldita sea, soy capaz de construirme una balsa si no me queda más remedio.

—Pues madera tendrás de sobras, siempre y cuando no te importe que sea joven.

El patrón de la embarcación rió ronco y volvió a ajustarse el pañuelo. Masen

dudaba que le sirviera de gran cosa para ocultar el hedor, una mezcla de agua estancada y tumba abierta. Al cabo de dos días casi había dejado de molestarle, pero tenía la sospecha de que sería necesario darse una serie de baños calientes, y quemar toda la ropa que llevaba, para librarse por completo de él y volver a sentirse limpio.

Cayó un lóbrego atardecer mientras la embarcación amarraba en un muelle prácticamente desierto, situado en el barrio de los guanteros. Masen se mostró generoso a la hora de pagar el pasaje, pues el patrón no obtendría mucho beneficio de esa travesía. Luego se echó al hombro la bolsa y anduvo por los tablones empapados hasta La Pluma Escarlata. Los hachones encendidos a ambos lados de la puerta daban fe de que estaba abierta, a pesar de la mugrienta capa de dos pies de alto que la cubría. La mayor parte de las mesas que había en el interior estaban vacías. El dueño apenas levantó la vista de una vieja octavilla cuando oyó pasos.

—La bodega está inundada. Esto que ves es todo lo que hay.

—Entonces ponme un brandy, y una cama para pasar la noche, si dispones de una. ¿Qué ha pasado aquí? Muy avanzado está el año para que caiga una tormenta así, ¿no?

El dueño lanzó un gruñido.

—Durante el pasado mes no tuvimos más que tormentas —dijo mientras le servía el brandy—. Una tras otra, todas procedentes del mar. Lluvias, inundaciones, cientos de millas cuadradas de pastos convertidas en pantano. Este invierno Syfria meridional pasará hambre, si es que las fiebres no se nos llevan antes por delante.

Masen empujó un chelín por la superficie del mostrador, seguido por una segunda moneda de igual valor.

—Sírrete algo tú también, buen hombre, lo que más le plazca a tu paladar. Esperaba encontrar un barco que me llevase más a poniente.

—Tendrás suerte si obtienes pasaje. —El dueño se sirvió un brandy, que apuró de un trago—. La mayoría de los mercantes se marcharon a aguas más profundas en cuanto nos sacudieron las primeras tormentas. Me refiero a quienes no se hundieron tras las inundaciones. Aquí estamos a bastante altura y nos libramos de lo peor, pero he oído que la crecida llegó dieciocho millas río arriba.

Masen tomó un sorbo. El brandy no era de la mejor calidad, pero era pasable y lo bastante fuerte para hacerle entrar en calor, a pesar de llevar la ropa húmeda.

—Vi inundaciones tan al norte como Yelda —dijo tras arrojar un par de chelines más al mostrador—. Syfria se ha llevado la peor parte.

—Sí, no hay duda, pero se recuperará como hace siempre. No se puede construir una ciudad que tiene los pies metidos en el agua para echarse a llorar cada vez que se moja.

Las medidas de brandy que sirvió el dueño fueron más generosas esta vez. Levantó la copa a modo de brindis y la apuró de dos tragos.

—No esperes gran cosa de la habitación. He tenido que dar las mejores a quienes perdieron sus casas. La tuya está en el ático, pero al menos está seca.

—Más que suficiente para cubrir mis necesidades, gracias.

—Procuraré prepararte algo caliente para comer. —El dueño se colgó el trapo del hombro y se metió en la cocina.

Masen arrugó el entrecejo ante la octavilla que descansaba en el mostrador, a la que apenas prestó atención. No había barcos. No eran las noticias que deseaba escuchar. Ningún agente río arriba, y ahora ni un solo barco. Los caminos que salían de Puertos Blancos también serían intransitables, estarían inundados o tan embarrados que ni siquiera la formidable *Brea* podría recorrerlos. Tanto mejor, pues, haberla dejado en una caballeriza en Flota, aunque la diosa sabría cuándo podría darle de comer.

No, un barco o cualquier clase de embarcación era el único modo de llevar sus nuevas más a poniente. Esa parte de Syfria era de tierras bajas, apenas un palmo o dos del punto que alcanzaba la pleamar; lo que el dueño calificaba de «bastante altura» no eran más que veinte o veinticinco pies sobre el mar. La ciudad estaba construida sobre una red de canales que unían las diversas desembocaduras del Gran Río, y buena parte de los habitantes se ganaba el jornal transportando pasajeros y efectos de un lado a otro. Estaba convencido de encontrar a alguien que siguiera dedicado a esa labor y que fuese capaz de llevarlo por la mañana por los puertos. Entonces tendría que dar con un pescador o un mercante costero que lo llevase al oeste. Masen sopesó la bolsa medio llena. Rezó para que hubiese oro suficiente, porque de otro modo no tendría más remedio que empezar a construirse esa balsa.

LECCIONES

Un arma impresionante.

Haral sostuvo la espada de hoja larga de Gair en las palmas de la mano, para que el resto de los estudiantes pudiese contemplarla. Eran unos veinte, casi todos mayores que Gair. Tenían la ropa blanca gastada debido al uso, y se apoyaban en las espadas de madera con las que practicaban con una especie de relajada vigilancia, como diciendo que podían blandir los palos en un abrir y cerrar de ojos.

—Treinta y cuatro pulgadas de buen acero de Yelda, hoja doble, espacio suficiente en el puño para blandirla con dos manos al estilo leahno. Una factura espléndida. Usada, pero también muy cuidada, lo que dice mucho a favor de su dueño. Algunos de vosotros estaréis pensando que no parece gran cosa, ¿verdad? ¿Porque no tiene joyas engarzadas ni pan de oro? En un campo de batalla, las joyas no son más que peso innecesario, y para un campo de batalla es para lo que se forjó este acero.

Haral la asió por la empuñadura para sopesarla con gesto experto.

—Tiene un buen equilibrio, aunque es algo pesada, pero eso le proporciona su potencia de parada. Podría parar en seco a un caballo en plena carga, arrancar la punta de la lanza y atravesar una armadura de placas. Ésa es su función. Esta hoja, caballeros, no es para librar duelos, o cortar pañuelos de seda en el aire e impresionar a las damas, Sorchal din Urse, no creas que no sé a qué dedicas las veladas que pasas en el Dragón Rojo.

Algunos de los estudiantes rieron y un hombre de piel morena delgado como un junco, situado de pie tras el maestro de armas, respondió a las risas con una elaborada reverencia.

—No, esta espada no sirve para ninguna de esas cosas. Tiene una sola función, que consiste en trocear al enemigo con la mayor eficacia posible. —Haral se volvió hacia Gair, a quien tendió el arma por la empuñadura—. Muéstranos qué te enseñaron los caballeros.

Espada en mano, Gair se desplazó unos pasos a su derecha para apartarse del grupo de atentos estudiantes. Haral escogió un arma similar del armero y se reunió con él. Gair asentó los pies, relajándose hasta que los músculos se destensaron y una sensación de calma le envolvió la mente. Hizo el saludo y volvió a establecer la guardia avanzada. Selenas se habría sentido orgulloso de él.

Haral respondió al saludo, adoptó la postura y, sin más, se lanzó a fondo. Gair

hizo una finta con la hoja y lanzó una estocada que obligó a su oponente a bloquear. Los aceros entrec chocaron cuando se alternaron ataques y defensas a medida que se desplazaban en círculo.

Gair comprendió casi de inmediato que Haral era tan buen espadachín como Selenas, incluso cabía la posibilidad de que fuese mejor táctico. Intentó forzarlo a encarar el sol, argucia que el maestro de esgrima hubiese declarado demasiado baja para el honor de un caballero. Gair dejó que lo empujara un poco más, luego, cuando Haral se lanzó a fondo, dio un paso a un lado y descargó un golpe con la espada apoyando todo el peso del cuerpo y asiéndola con ambas manos, un golpe suficiente para quebrar la seguridad con la que el maestro aferraba su arma. Haral torció el gesto pero aguantó el tipo, giró sobre sí deslizando la espada bajo la hoja de Gair. Las chispas que arrancó llovieron sobre la tierra seca. El fornido syfriano dejó los dientes al descubierto.

—¡Bien hecho! Veo que conoces las rutinas clásicas. Veamos cómo te las apañas para concatenarlas.

Dicho eso, lanzó otro asalto, un tajo con la pesada espada, dado con la fuerza de un herrero y el diestro control de un duelista experto. Gair tuvo la sensación de hallarse de vuelta en el patio de armas de la casa materna. Aunque en aspecto Haral era tan distinto de Selenas como pudiera serlo un filete de una tira de cuero hervido, ambos hacían gala de la misma confianza, la misma conciencia de su propio cuerpo y su arma. Gair logró parar los embates, pero tuvo escaso margen para contraatacar, y cuando lo hizo fue como si Haral le leyera la mente. Mantuvo la posición, pero eso fue todo.

Con los dientes apretados, Gair se empeñó en el ataque y logró ganar una o dos yardas, pero no pudo conservarlas. La experiencia del veterano había empezado a manifestarse. Un último esfuerzo acabó desviado, Haral levantó la espada y reculó. Jadeando, Gair hizo lo propio.

—No está mal, no está nada mal. Casi podrías haberte manejado como uno de mis propios estudiantes.

Eso arrancó algunas sonrisas del resto de la clase y la mirada desdeñosa de un joven alto y demasiado atractivo, con las facciones oscuras de un tylano. Gair se preguntó si el tylano sería uno de los alumnos que habían aflojado la guardia a falta de compañeros que los obligasen a estar a la altura.

—Gair fue adiestrado en la casa materna suvaeana, en la ciudad santa de Dremen—explicó Haral, dirigiéndose de nuevo a los demás alumnos—. Otros métodos, pero no menos exhaustivos que los que conocéis. Podríais aprender mucho los unos de los otros. Ahora emparejaos y mostradme hasta qué punto recordáis lo que aprendisteis la semana pasada. Gair, ponte aquí con Arlin.

Así que Arlin era el tylano. Gair le tendió la mano.

—Encantado de conocerte —dijo, pero Arlin se limitó a recoger la espada de madera con la que practicaba y se alejó caminando. Cuando encontró un hueco entre las parejas de estudiantes empezó a mover la espada de práctica en círculos.

Gair envainó la espada larga y la apoyó en la escalera de la armería, donde no molestara. No había necesidad de mostrarse maleducado, pero quizá ése era el comportamiento habitual de Arlin. Fuera como fuese, se tomó su tiempo mientras escogía la espada de práctica del estante de la armería, repasando todas las espadas de madera hasta encontrar una que le pareció razonablemente recia.

Vio por el rabillo del ojo a Arlin de pie con el peso del cuerpo apoyado en un pie y la mano en la cadera, rasgando el aire con la espada a izquierda y derecha, como la cola de un gato peleón. Gair no permitió que le metiera prisa. Después de ejercitarse con un arma de verdad, la espada de madera se le antojó extrañamente liviana; la blandió para sopesarla bien. Arlin lanzó un suspiro teatral al ver que lo hacían esperar. «Que se fastidie.» Gair aflojó la tensión de cuello y hombros, y miró de nuevo a lo largo de la espada. «Yo también puedo jugar a ese juego.»

—No hay prisa, cuando estés preparado —murmuró el tymano cuando Gair se le acercó.

—Lo estaré cuando tú lo estés.

Saludó tal como le habían enseñado y asentó los pies. Arlin no respondió al gesto, ni siquiera pareció interesado en que la disputa fuese amistosa. Se lanzó sobre su oponente, la espada en alto. Las maderas chocaron con un fuerte crujido. El impacto sacudió las muñecas de Gair, que se movió lo bastante rápido para parar el golpe y evitar las consecuencias. Reparó en las nuevas astillas de la madera que empuñaba.

—Dijiste que estabas preparado. Si eres lo mejor que la Iglesia puede ofrecer, habrá que temer por el futuro de los suvaeanos.

Gair se mordió la lengua para evitar responder. Permitir que las emociones te dominen es el modo más seguro de perder. Ajustó el modo en que empuñaba el arma y aguardó. El segundo ataque no se hizo de rogar, pero estaba mucho mejor preparado. Las espadas de madera volvieron a encontrarse una, dos veces, y luego hubo una breve pausa antes de que Arlin dirigiera una lluvia de golpes en dirección a Gair. Por escasos segundos fue incapaz de hacer nada, excepto defenderse. Su oponente era bueno, muy bueno. Ligero de pies y rápido como el azote del látigo, pero ¿sería Arlin tan rápido con cuatro libras de acero en la mano, en lugar de un pedazo de madera? Mientras se movían en círculo, intercambiando golpes de vez en cuando en busca de las debilidades mutuas, Gair sospechó que sí lo era.

—Pensé que ibas a mostrarnos cómo se pelea con la espada, monaguillo, en lugar de esos pasos de baile —dijo Arlin con tono burlón.

—Lo siento, te confundí con una chica.

En cuanto las palabras abandonaron su boca, Gair deseó haberse mantenido fiel a

su propósito de no decir nada. Arlin abrió los ojos como platos, y entonces su rostro adquirió la inexpresividad del granito. Dio dos lentos pasos a la derecha y lanzó un golpe tan firme como veloz. Gair lo bloqueó en lo alto y luego tuvo que hacerlo de nuevo sin tener los pies bien firmes en el suelo; el palo pasó silbando de tal modo que, en caso de haberse tratado de una espada de verdad, le hubiera causado un corte en el esternón. Arlin cerró distancias sin dar su brazo a torcer. Gair paró los ataques una y otra vez, y logró bascular el peso del cuerpo sobre el pie adelantado. Eso le facilitó encajar la fuerza de los embates del tylano. Al cabo de unos segundos logró atacar él. Arlin cedió terreno a regañadientes, luego se destrabaron para volver a desplazarse en círculos.

Gair sudaba profusamente. Sin apartar un instante los ojos de su oponente, se pasó la espada de práctica de una mano a la otra para poder secarse el sudor de la palma en la ropa. Arlin aprovechó la ocasión para atacar. Gair levantó el palo para bloquear. El impacto reverberó en todo su cuerpo, pero giró la muñeca, apartó la espada de práctica y dio un paso al frente para cubrir el espacio libre. Su propio ataque se vio rechazado por una serie de contraataques, tan rápidos que los palos de madera se convirtieron en un borrón.

Durante la mayor parte de la hora, ninguno de ellos fue capaz de sacar ventaja al otro más allá de unos escasos segundos. Gair era más alto y eso le permitía alcanzar más lejos con el arma, pero Arlin era muy veloz y le sobraba energía, porque, maldito fuera, no parecía cansado. Al contrario que Gair, que acusaba la fatiga en los músculos y sentía cada vez más pesadas las extremidades. Tenía que poner fin a aquello, y cuanto antes mejor.

—¿Has tenido bastante, monaguillo? —preguntó Arlin, cuya arrogancia le valió una mirada de advertencia por parte de Haral. El maestro se movía por el perímetro de su enfrentamiento armado con un bastón largo. Gair mostró los dientes.

—Creo que no. ¿Y tú?

Se lanzó de nuevo a fondo, dirigiendo una finta a la parte izquierda de Arlin. El tylano tenía tendencia a cargar sobre ese lado y dejar un poco al descubierto el flanco contrario, pero sus reacciones eran tan rápidas que Gair rara vez lograba burlar la guardia. Y cuando lo conseguía, tan sólo basculando el cuerpo en el golpe hubiese obtenido resultados. No podía abusar de esa táctica. Había llegado el momento de comprobar si también podía servirse de la astucia para vencerlo.

Aunque Arlin mantuvo una defensa tan pronta como al principio, su espada de madera rasgó el aire cuando Gair se agachó y empeñó en el ataque el peso del cuerpo, momento en que la punta alcanzó el esternón de su oponente. La expresión de Arlin se tiñó de consternación y sus labios pronunciaron una maldición.

—Bien hecho. —Haral descargó un golpe en el suelo con el pie del bastón—. Un punto para ti, Gair.

Arlin no dio muestras de haberlo oído. Se limpió con la manga el sudor que le perlaba la frente y luego se secó las palmas de las manos, mientras clavaba en Gair la mirada imperturbable de una serpiente. Retrocedió sin ofrecer a su oponente el saludo de rigor, y acto seguido se arrojó de nuevo al ataque. Sorprendido con la guardia baja, Gair se defendió hasta que logró de nuevo asentar bien los pies y oponer una defensa coherente. Arlin siguió sin mostrar indicios de fatiga, pero al leahno los hombros le dolían horrores debido al cansancio. Reculó siguiendo las enseñanzas de Selenas, recurriendo a las defensas clásicas, hasta que cedió la furiosa energía de los ataques de Arlin. En ese momento, Gair se empeñó en el ataque para sacar provecho de la debilidad de su contrincante, decisión recompensada por un golpe en un lado de la cabeza que lo tumbó despatarrado en el suelo.

Por breves instantes el cráneo de Gair retumbó como la campana de la sacristía el día de todos los santos. Cuando se acarició la sien, la sangre le tiñó de rojo la yema de los dedos. Fue consciente de la voz grave de Haral, quien felicitó a Arlin por haber empatado el duelo antes de advertirle de que debía cuidarse mucho de la mirada del oponente, capaz de mover a engaño, pero lo único que Gair pudo ver fue la tonalidad escarlata de sus dedos. Carecía de fuerza en las extremidades.

Alguien le puso la mano en el hombro.

—¿Te encuentras bien, Gair? —preguntó Haral.

Asintió, pero quiso no haberlo hecho porque el estómago amenazaba con devolver el desayuno. Cuando se recuperó, se puso en pie sirviéndose de la espada de madera. La sangre le corría por el cuello. Se señaló el rostro dolorido. Las manos callosas de Haral lo forzaron a volver la cara hacia el sol para examinarla. Por encima del hombro del maestro de armas vio que Arlin sonreía desdeñoso.

—No será necesario coser la herida, pero creo que tendrías que ir a ver a un sanador —opinó Haral, soltándolo—. Eso sí, tendrás un buen dolor de cabeza.

Otro. Estupendo.

—Un punto más —dijo Gair.

—¿Cómo?

—Quiero el desempate, maestro Haral.

El syfriano arrugó el entrecejo.

—Aquí no hay lugar para la venganza, Gair.

—Un punto más para determinar el vencedor. Eso es todo lo que pido.

—¿Luego acudirás a la enfermería?

—Te doy mi palabra.

—Si estás seguro, dejaré que riñáis por otro punto. Pero ni uno más, ¿entendido? —preguntó, señalando a Gair con el dedo índice.

—Sí, maestro Haral.

Haral asió con fuerza la espada de madera, al tiempo que lanzaba un gruñido.

—Último punto, caballeros —anunció—. Después a descansar.

Arlin se mostró sorprendido y sus labios insinuaron una protesta que no llegó a ser pronunciada. Gair se situó delante de él y se deshizo de la ensangrentada túnica que se había liado a la cabeza porque le estorbaba. Se puso en guardia y percibió movimiento en la periferia de su campo de visión. Los demás estudiantes habían dejado de ejercitarse y formaron un círculo alrededor de ambos. Sorchal, con las muñecas apoyadas en la espada que llevaba a hombros, cruzó la mirada con Gair e inclinó la cabeza a modo de saludo.

Arlin también había reparado en los espectadores. Encogió los hombros, un gesto que les dirigió para dar a entender que le daba lo mismo que Gair estuviera tan dispuesto a encajar otra paliza. Adoptó la posición.

Gair evitó los primeros golpes sin intentar siquiera contraatacar. Quería saber cuán cansado estaba Arlin, pero era difícil intuirlo. Tenía la mente embotada y le extrañaba que el tiempo pareciera estirarse. La sangre le corría por la mejilla y amenazaba con estorbarle la visión, lo cual le obligó a limpiarse con el hombro. Arlin fintó veloz, cerrando sobre él como un halcón sobre una golondrina. Gair se recuperó con la suficiente rapidez como para lanzar un ataque. Arlin lo paró, pero acabó cediendo terreno. Gair presionó dispuesto a sacar partido de su ventaja, aprovechando la que le daba la longitud de su brazo para tantear las defensas de Arlin. De nuevo el tylano amagó a la izquierda pero fintó a la diestra. Gair golpeó con fuerza, lo que obligó al oponente a parar con cierta torpeza. Cuando el equilibrio de Arlin titubeó, Gair renovó el ataque una y otra vez, empujándolo a asentar el otro pie y, seguidamente, a recular medio paso. La madera entrechocó con la madera, puntuado el triquitraque con el estampido de los pies y los gruñidos derivados del esfuerzo. La incertidumbre centelleó fugaz en la expresión de Arlin, cuyos contraataques perdieron firmeza a medida que los golpes le entumecían las muñecas y le obligaban a ceder más y más terreno.

El fuego prendió en el interior de Gair. Ya no tenía que plantearse siquiera las estocadas y los tajos, pues los ejecutaba sin pensar como si la baqueteada vara de madera que empuñaba fuese una extensión de sus brazos. La sangre que le corría por la mejilla dejó de importarle. Podía ignorarla. Volcó toda su atención en empujar a Arlin a cometer un error. Gair fintó a izquierda y derecha, y Arlin se dedicó a parar los ataques. Poco a poco le descubrió la guardia, hasta que su oponente levantó tanto la espada que Gair hizo un ataque, empuñando el arma con ambas manos, y la vara de madera dio en el costado del tylano.

Arlin se quedó sin resuello y se dobló sobre la espada como un saco de harina. Se llevó una mano a las costillas mientras recuperaba poco a poco el aliento.

Por espacio de unos pocos segundos la alegría inundó a Gair. El punto era suyo. Entonces cayó en la cuenta de cuál era la realidad. Se deshizo de la espada de

prácticas y se arrodilló junto a Arlin. El tymano mascullo una maldición y lo apartó de un empujón, luego sollozó, la mano en el pecho.

—Déjame echarle un vistazo, muchacho, déjame verlo. —Haral levantó con cuidado la túnica de Arlin para inspeccionarle la contusión.

Arlin se quejó dolorido y maldijo de nuevo. Haral dejó caer la túnica y se puso en pie.

—Creo que tienes un par de costillas rotas, así que será mejor que Saaron te eche un vistazo —dijo—. Gair, acompáñalo.

—¡No! —Arlin apartó de un manotazo el brazo que le ofrecía Haral y se puso en pie con dificultad, los ojos muy abiertos.

—Tonterías, muchacho —replicó el maestro de armas—. ¡Estás ceniciento como unas gachas! Saaron nunca me perdonaría que te desmayaras en el corredor y te abrieras el cráneo. —Levantó la mano cuando Arlin se disponía a protestar—. No me discutas. Ve a la enfermería con Gair. Por hoy ya os habéis perjudicado bastante mutuamente.

Arlin, con los hombros hundidos y el cuerpo contraído como la viva imagen del dolor, se dirigió a la escalera que los llevaría fuera del patio. Gair lo siguió a un par de pasos de distancia. Cuando entraron en el claustro de la enfermería, Gair aventuró otra disculpa.

—Lo siento, Arlin. No quería hacerte daño.

Bueno, puede que un poco sí, pero sobre todo porque quería ganar el punto. Arlin siguió andando con dificultad, sin dar señal alguna de haberlo oído. Gair lanzó un suspiro. Al menos lo había intentado. Presionó la túnica en la herida. Ya no sangraba tanto, pero seguía doliéndole. Imaginó qué aspecto tendría.

Llegados a la enfermería, Arlin tiró de la cuerda de una campana y abrió la puerta con dificultad. Gair, detrás, tuvo que pararla con el hombro cuando se cerró sobre él, y una vez dentro la ajustó con fuerza. Los bancos de la sala de espera estaban vacíos. La puerta situada en el extremo opuesto de la estancia llevaba al quirófano y estaba entornada, pero Gair no vio a nadie dentro.

—Saaron no puede andar lejos —dijo—. Iré a buscarlo.

Arlin, furioso, se sentó en un banco con la mano en las costillas lastimadas. Gair se asomó al quirófano. Persianas amarillas cubrían las amplias claraboyas y tapaban a medias las ventanas. Las paredes de azulejos estaban húmedas, igual que la imponente mesa de operaciones, como si alguien hubiese fregado el lugar, pero no se veía ni rastro de Saaron. Se disponía a probar suerte en el despacho del sanador, tras la puerta contigua, cuando oyó pasos. Se abrió la puerta y entró una joven delgada, vestida con túnica y bandas de sanadora.

—Me pareció haber oído la campana —dijo—. Estaba en el dispensario. ¿En qué puedo ayudarte?

—Estoy buscando a Saaron.

—Me temo que no está. Se ha declarado la escarlatina en Pencruik y ha ido a echar una mano. —Dejó el jarrón de arcilla que llevaba y levantó la persiana para que el sol entrase en el quirófano—. ¿Qué te ha pasado en la cara?

—Me di un golpe con una espada de práctica.

—¿Eres uno de los estudiantes del maestro Haral?

Gair asintió. La joven aseguró al tope la cuerda de la persiana y se le acercó. De cerca pudo comprobar que era astolana. Llevaba el cabello pelirrojo recogido en una trenza sobre el hombro, pero algunos mechones rizados habían logrado escapar para dar forma a una especie de halo en torno a su atractivo rostro de piel bronceada. Tenía los ojos grandes, castaños, rasgados como los de un felino. Le asió la barbilla para inclinarle el rostro hacia la luz.

—Parece un rasguño —dijo—. Siéntate en ese taburete para que pueda limpiarte la herida.

—Creo que antes tendrías que atender a Arlin —dijo Gair—. El maestro Haral piensa que es posible que se haya roto un par de costillas.

La joven astolana arqueó ambas cejas.

—¿Por casualidad te refieres al que te golpeó?

—Sí.

Puso los ojos en blanco.

Arlin maldijo entre dientes y anduvo con torpeza hasta la mesa de operaciones, donde la sanadora le abrió con destreza la túnica con la ayuda de un escalpelo. Dejó al descubierto el verdugón púrpura oscuro que se extendía en las costillas del estudiante, que respiraba con dificultad.

—Auch —dijo ella, poniendo la mano sobre el cardenal.

Gair sintió cómo llamaba al canto, aunque el tono no se parecía a nada que él hubiera oído antes. Se le erizó el vello del cuerpo, como acariciado por una pluma. Ella cerró los ojos y movió la palma de la mano por las costillas de Arlin, casi como si estuviera escuchando la herida. Sin pensar, Gair hizo un esfuerzo por oír lo que ella oía. De pronto el canto se extendió en su interior. La joven volvió la vista.

—Oye, ¿te importa?

—Disculpa.

Limitó su acceso al canto y ella volvió a ocuparse de su labor. Su concentración era ahora absoluta; permanecía inmóvil, con la mente en otra parte. Al cabo de unos minutos se irguió, callado de nuevo el canto en su interior.

—Bueno, el maestro Haral no se equivocaba. Una costilla rota limpiamente, y la otra fracturada. ¿Con qué te han golpeado? ¿Un árbol? —Ofreció una sonrisa a Arlin. El tymano apartó el rostro sin hablar, y la sonrisa de ella se desvaneció. Lanzó una breve mirada a Gair—. Empezaré a curarte, pero me temo que no podré darte el alta

hasta que te examine Saaron. Estará de vuelta mañana a primera hora.

De nuevo Arlin guardó silencio. La sanadora impuso de nuevo las manos en las costillas y recurrió otra vez al canto. A Gair le habría gustado observarla, pero hizo un esfuerzo por resistir el tirón de su poder, para lo cual se volvió hacia la ventana, donde vio a un par de novicios escardando, mientras un adepto con banda verde se desplazaba por el semillero, introduciendo semillas en una bolsa de lino. A su espalda, el latido rítmico del canto perdió intensidad y se tiñó de cierta somnolencia. Cuando cesó por completo, Gair se dio la vuelta. Arlin cabeceaba.

—¿Está dormido? —preguntó.

La sanadora asintió.

—Pasa a menudo. Es un efecto secundario del proceso de curación. —Señaló el taburete con un gesto—. ¿Por qué no te sientas y me dejas limpiarte la herida?

Con la rapidez que le proporcionaba la experiencia llenó una jofaina de agua y cogió una gasa y un botellín del estante que recorría la pared. Vertió un chorro del botellín en la jofaina y lo removió con los dedos. Humedeció la gasa en la solución y limpió la sangre seca de la sien de Gair, así como la que tenía en la mejilla.

—Bueno, ¿piensas contarme qué ha pasado o voy a tener que sacártelo con unas tenazas? —preguntó ella mientras le limpiaba la herida.

—¿A qué te refieres? —preguntó a su vez Gair, que intuía la respuesta. La solución le escoció en la herida, y el dolor hizo que torciera el gesto.

—Me refiero a que ése tiene dos costillas fracturadas y que a ti te han abierto la cabeza. Da la impresión de que se os ha ido un poco la mano.

—A Arlin no le caigo demasiado bien.

—Eso es obvio.

—El maestro Haral nos emparejó para que practicáramos juntos, y cuando gané el primer punto no se lo tomó nada bien. A partir de ese momento la situación empezó a deteriorarse.

—Él te golpeó y tú le devolviste el golpe, eso lo entiendo.

—No pretendía hacerle daño.

Los ojos castaños de la sanadora vacilaron sobre sus hombros y enarcó una ceja una fracción de segundo, expresando con ese gesto imperceptible su valoración profesional de hasta qué punto podía Gair golpear con fuerza cuando se lo proponía. El joven se sintió avergonzado.

—Supongo que me excedí —admitió.

—¿Te provocó?

—Un poco.

—Entonces creo que la cosa ha quedado igualada. —Dejó la gasa y tomó otra para limpiar la herida. Gair ahogó una protesta ante aquel dolor repentino—. Debe de haber una astilla. Déjame mirar.

La sanadora tomó unas pinzas de un cajón y se inclinó sobre él, pellizcando la piel con los dedos de la otra mano. Gair intentó mantenerse inmóvil, pero la herida era demasiado reciente y las pinzas estaban frías. Con sumo cuidado, la astolana arrancó dos astillas de madera que depositó en la gasa. Luego limpió y secó de nuevo la zona afectada.

—Esto facilitará mucho las cosas —le dijo. Tomó del dispensario un canutillo de papel que acto seguido ofreció a Gair—. Ten, creo que lo necesitarás.

—¿Qué es?

—Unos polvillos para el dolor de cabeza que tendrás más tarde.

Él acarició la hinchazón.

—¿Tan mal aspecto tiene?

—Mañana estarás hecho un cuadro. —Le sonrió—. Disuelve los polvos en un vaso de agua y bébetelo sin respirar. Mucho me temo que no tienen muy buen sabor.

—La experiencia me dice que pocas medicinas saben bien.

—Entonces ésta no te decepcionará. Ah, por cierto, soy Tanith.

—Yo Gair.

—De la ciudad santa, lo sé. Tu reputación te precede. ¿Puedo? —Tomó su mano izquierda y le dio la vuelta. Los dedos fríos examinaron la cicatriz; un hilo del canto le hizo cosquillas y desapareció—. Querría que no hicieran cosas así. Tanto dolor para... ¿qué?

—Creo que la Iglesia está convencida de que mi pecado es lo bastante grave para que se me marque de por vida.

—Es una atrocidad. Tienes suerte de que haya cicatrizado tan bien.

—Alderan hizo lo que pudo con los suministros de que disponía.

—Saaron y yo nos ocupamos de que nunca le falte de nada. Es una lástima que no le cupiera un sanador en las alforjas. Prácticamente no te habría quedado cicatriz.

—Si los deseos fueran coronas, todos seríamos ricos —dijo Gair tras encogerse de hombros—. Gracias por la medicina y por curarme la herida. —Se señaló la sien.

—De nada. Pero te sugiero que la próxima vez te agaches.

AHORA A CAZAR

Gair dio un rodeo de camino a los baños para asearse antes de regresar a su cuarto. El espejo que había en el vestuario le devolvió la imagen del imponente moretón que se le estaba formando en el ojo derecho, con un verdugón rojo en la mitad, en la zona donde se le había levantado la piel. Tanteó con cuidado los bordes de la hinchazón. Tanith no se equivocaba: a la mañana siguiente, el color púrpura se le habría extendido desde el nacimiento del cabello hasta el pómulo.

Una vez se hubo aseado, se puso de nuevo la muda habitual, y subió la escalera que lo llevaba a su cuarto con la túnica blanca ensangrentada hecha un ovillo bajo el brazo. Cuando llegó encontró a Darin sentado en el escritorio, cruzado de piernas junto a una montaña de ropa doblada. Darin despegó los labios para hablar, pero Gair levantó la mano.

—Mejor no preguntes —dijo—. No quiero hablar de ello, lo único que quiero es tomarme estos polvos y que desaparezca el dolor.

Gair dejó caer la ropa en el arcón que había al pie de su cama. Vertió los polvos en una taza, añadió un poco de agua de la jarra que había en la mesilla de noche y luego tomó un sorbo. Era tan amargo que estuvo a punto de escupirlo sin más.

—¡Santa diosa!

—Contén el aliento —aconsejó Darin—. Así no tendrás que saborearlo.

—Eso he hecho.

Gair torció el gesto al mirar la taza. Los polvos eran incluso más amargos que la athalina, si es que tal cosa era posible. Engulló el resto y luego se sirvió más agua para que arrastrara parte del mal sabor de boca. La verdad es que no mitigó el amargor. Darin le tendió con aire solemne una caja de hojalata.

—¿Bombones?

—Gracias. Los polvos tienen un sabor asqueroso.

Masticó el bombón y se dejó caer en la cama con la espalda vuelta hacia la pared.

—Bueno, ¿y a qué debo este honor?

—Esperaba que me ayudases con los deberes de historia que me ha encargado la maestra Donata.

—¿Cuál es el tema?

—La batalla del río Run. Dado que te educaron los caballeros, pensé que sabrías algo al respecto.

—Durante una década me estuvieron inculcando la historia de la Iglesia. —Gair

se frotó los ojos, luego se incorporó e intentó concentrarse—. ¿Qué necesitas?

—Verás, fue una de las últimas batallas importantes de la Fundación. Gwlach presentó batalla a los caballeros, acompañado por toda su mesnada. Los superaba en número en una proporción de cuatro a uno, a pesar de lo cual los caballeros vencieron. ¿Cómo se las ingeniaron? Fue un desenlace impensable.

Darin tenía razón. Tendrían que haber emprendido la retirada. Doce legiones de los caballeros de la Iglesia contra unos cincuenta mil guerreros nimrothianos era algo muy desproporcionado, incluso teniendo en cuenta la armadura de los caballeros, su disciplina y el aplastante poder de sus cargas de caballería pesada. Los nimrothianos eran jinetes consumados, tendrían que haber segado con guadaña los flancos suvaeanos y desjarretarlos tan limpiamente como una manada de lobos ataca a un alce.

En lugar de ello, los caballeros salieron vencedores tras quince días de lucha, la batalla más sangrienta que se recordaba desde la Fundación o cualquier otro conflicto en la historia del Imperio. Había costado la vida a Gwlach y a muchos de sus cabecillas, y quebrado los clanes de tal modo que las fronteras septentrionales de Arennor y Belistha se habían considerado seguras durante un millar de años.

—Según la mayoría de los historiadores de la Iglesia, fue la fuerza de la fe. Llevaron consigo a la cabeza del ejército los huesos de san Agostin *el Desafiador* metidos en una urna. Tal vez eso los ayudó.

—Pero ¿cómo vencieron? Eso es lo que no puedo entender.

—Me temo que yo tampoco lo entiendo.

—Maldita sea —masculló Darin, cuya frente se llenó de arrugas bajo los mechones de pelo rizado—. Contaba contigo para que me pusieran una buena nota.

—De acuerdo. Dime exactamente en qué consiste el ejercicio mientras ordeno un poco esto, y veremos qué se nos ocurre. —Gair se puso en pie y recogió la montaña de ropa doblada. A Darin se le iluminó la expresión y empezó a hurgarse los bolsillos.

—Gracias, Gair. Lo guardo escrito en alguna parte. ¿Cómo es que eres tan ordenado? Para mí nunca tuvo sentido ordenar la ropa. Total, para revolverla luego y ponértela, ¿para qué preocuparse de colgarla o guardarla doblada?

—A ti nunca te inculcaron el orden a fuerza de golpes de vara. Luego cuesta horrores saltarse costumbres así.

Sin levantar la mirada, Gair abrió el armario y empezó a separar las camisas del resto de la montaña de ropa que descansaba en precario equilibrio sobre su brazo.

—Está aquí, en alguna parte... ¡Ajá! —Darin le mostró un pedazo de papel arrugado que había encontrado entre los objetos del bolsillo que había volcado en el escritorio de Gair. Lo desplegó y lo leyó—. Quiere un análisis del trasfondo de la batalla, y su efecto en la estabilidad política y económica de las provincias septentrionales durante los doscientos años que siguieron a lo sucedido. Vale veinte

puntos.

Gair apenas escuchó una palabra. Había volcado toda su atención en el estante del medio del armario y en las prendas azules perfectamente dobladas que había en él.

—¿Qué sucede? ¿Se han excedido en la lavandería con el almidón de tu ropa interior o algo por el estilo? —Darin asomó la cabeza por la puerta del armario—. ¡Sangre y piedras!

Gair colocó lentamente el resto de la ropa en el armario. Levantó la prenda de lana azul y la desplegó. La capa era lo bastante larga para rozar el suelo que había a sus pies. Darin lanzó un silbido reverencial.

—Pruébatela —lo animó—. Me apuesto a que te sienta como un guante.

Gair se la probó por encima. El largo era perfecto, el bajo apenas le rozaba el tacón de las botas. Cuando se la puso sobre los hombros, una hoja de papel cayó al suelo. Tenía un tacto especial, caro, y un buen gramaje. La breve nota estaba firmada con una solitaria inicial caligráfica. Se la tendió a Darin para que la viera.

—¿Una «a»...? No es de Alderan, ese trazo descendente no es suyo —dijo Darin.

Gair examinó de nuevo la inicial. Su autor utilizaba una pluma con punta amplia y tinta muy negra, pero no cabía duda en su mente de que era letra de mujer.

—Aysha —dijo.

Introdujo la nota en el bolsillo y ajustó la posición de la capa. En su opinión, no le habría sentado mejor de haber acudido personalmente a la sastrería. Darin se lo quedó mirando con ojos de asombro, la expresión teñida de envidia.

—Creo que te sienta como un guante.

—¿De veras?

—De veras.

¿Se la había regalado Aysha? Gair alisó el tejido sobre el pecho, deseando tranquilizar las mariposas que sentía en su interior. De modo que ella lo consideraba listo para convertirse en maestro, tanto que había cubierto el difícil ascenso a los dormitorios. El control que Gair ejercía de sus poderes había mejorado desde aquellas primeras lecciones que Alderan le dio a bordo de la *Kittiwake*. Era capaz de hacer mucho más, aparte de cambiar de forma, aunque no poseía la soltura de los demás maestros, la confianza nacida de toda una vida de práctica. Pero... un maestro ¿él? Era demasiado pronto para algo así. Por el amor de la diosa, pero si apenas llevaba un mes en la islas.

Gair se quitó la capa, que dobló cuidadosamente; luego la puso en el estante superior, justo detrás de la capa de invierno, donde pudiera hacer compañía al portacartas de plata.

Darin estaba atónito.

—Pero ¿qué haces? ¿Por qué la guardas?

—Aún no me la he ganado.

—¡Pero si te han puesto a prueba!

—Pero no me han ascendido a maestro. Al menos que yo sepa. —Gair se rascó la frente. Confiaba que los polvos de Tanith surtiesen efecto pronto. El dolor de cabeza se había instalado como un invitado inoportuno—. De hecho, no sé muy bien qué soy. Aún no me lo han contado.

—¿Y esto no te parece suficiente explicación? —Darin arrugó el entrecejo, extrañado—. Por lo general el consejo al completo se reúne para presentarlo en público, pero eso no es más que una formalidad. Estarás listo cuando alguien lo diga, y eso es lo que te está diciendo ella.

Pensar que había ocultado con el pulgar las palabras que figuraban en la nota que había mostrado a Darin hizo que Gair respirara hondo para calmar la emoción que sentía en el estómago.

—Tengo la sensación de que el resto del consejo no lo ha autorizado.

—Siempre podrías preguntárselo. Me refiero a que ella tomó parte en las pruebas, ¿no? Y pertenece al consejo. Pregúntale.

Supuso que podría agradecerle el obsequio, pero no pudo evitar preguntarse por qué había escogido entregarlo de ese modo. ¿Por qué se la había guardado en el armario? ¿Por qué no se había limitado a entregársela?

—Se supone que mañana tengo clase con ella. Veré si lo menciona.

Darin rió.

—En otras palabras: temes preguntar. No te culpo, a mí me tiene muerto de miedo.

—No es tan terrible —dijo Gair, ausente, apoyando la espalda en la puerta del armario. Desconcertante, quizá. Dogmática, independiente, valiente.

La última vez que habían volado juntos ella se había regocijado en su dominio del aire, y el canto era una enorme cascada en su interior mientras volaba alrededor de él. Ella rió de pura alegría, y la riqueza tonal de su risa burbujeó en sus pensamientos, y luego trabó sus garras en ella y ambos dieron tumbos en el cristalino aire de montaña. Recordó cuando ella inclinó el rostro hacia el sol como un gato en una pared, con el viento pegándole al cuerpo la blusa húmeda...

No. Se suponía que era su maestra. No tenía derecho a pensar en ella de ese modo. Era totalmente inapropiado, pero ahora que había pensado en ella era incapaz de borrar su imagen de la mente. Sobre todo sus ojos.

—Hoooola —canturreó Darin. Gair pestañeó—. Estabas a millas de distancia. Veo que ese golpe en la cabeza te ha sacudido bien el cerebro.

—Lo siento. —Que la diosa lo ayudara, tenía que controlarse.

—Insisto en que deberías preguntarle.

—Humm. Lo pensaré.

Se oyó una campana, seguida por una serie de portazos y el susurro de los pasos.

—¡A cenar! —El belisthano se dirigió apresuradamente hacia la puerta—. Será mejor darse prisa o no encontraremos más que las migas.

Gair le dirigió un gesto de despedida.

—Ve delante. Dentro de un rato me reuniré contigo.

—¿Seguro?

Cuando el joven asintió, Darin se alejó como un terrier en pos de las ratas. Por mucho que el belisthano se dejara llevar por el estómago, Gair estaba demasiado cansado y dolorido para correr. Se tocó el rostro hinchado y torció el gesto. Puede incluso que el hecho de reflexionar tanto no fuese buena idea.

Lentamente sacó la nota para volver a leerla. «Hacemos una bonita pareja», había escrito. Ni media docena de palabras, pero una vez juntas podían interpretarse de una docena de formas distintas. Tal vez era un rompecabezas arkadiano. Habría sido fácil descifrarlo. Introdujo de nuevo la nota en el bolsillo y se dirigió al refectorio dispuesto a cenar, a pesar de sentir el estómago lleno.

El maestro que tenía a los novicios a su cargo estaba muy comprometido con la higiene personal de los muchachos y los jóvenes. Se bañaban con frecuencia, con mucho jabón, pero allí terminaba el parecido con la casa capitular. Los baños de la casa materna eran una cueva iluminada por lámparas, situada bajo la planta abovedada de los dormitorios, y contenía un estanque grande y comunitario cuyas aguas apenas llegaban a la altura de la cintura, aparte de otro estanque de dimensiones más modestas donde poder zambullirse. El primero estaba lleno de aguas sulfurosas, y el segundo se abastecía mediante un conducto de piedra que se alimentaba directamente de las aguas del río Awen, que llegaban con alguna que otra rana. Allí no había intimidación para el muchacho que se sintiera incómodo, a punto de franquear la frontera que lo separaba de la hombría. Gair había crecido rápidamente y se había librado en seguida de las mofas y los latigazos de toalla de los demás novicios, pero para los más jóvenes, los más delgados, la hora del baño se convertía en un suplicio hasta que se les dibujaban los músculos y se les cubría de pelo el cuerpo.

En cambio, los baños de la casa capitular ocupaban una estancia cubierta de baldosas, bien iluminada por la luz que se filtraba por altos ventanales. Una hilera doble de baños hundidos estaba alimentada por una red de tuberías de cobre de color verdín, que partían de un agujero en la pared opuesta y se extendían como tentáculos, procedentes de los enormes hervideros de cobre que había en la sala contigua. En cada bañera cabían cuatro personas, aunque rara vez se juntaban tantas por baño. Estantes de madera llenos de toallas y paños para lavarse colgaban sobre las bañeras, y había unos mamparos que separaban unas de otras, para los más pudorosos.

Gair se aclaró los restos de jabón y se recostó en las baldosas. El agua caliente

resultaba relajante, pero tras casi una hora aún no había superado el dolor de los músculos. Si bien podía quejarse de los demás maestros, Aysha no se quedaba corta. En las dos semanas que habían transcurrido desde la primera vez que lo había citado, lo había llamado ocho o nueve veces más, habitualmente muy temprano, cuando estaba casi segura de que los demás maestros ni siquiera habían terminado de desayunar. Gair había perdido la cuenta de las millas que habían volado y corrido juntos por las islas, persiguiendo otras formas que no fueran las suyas.

Supuestamente tenía el día libre, el primero desde su llegada, y la llamada de ella lo había sorprendido en pleno afeitado, tan inesperada su voz en la mente que la cuchilla estuvo a punto de dibujarle una segunda sonrisa.

El rostro hinchado tan sólo había arrancado un enarcamiento de ceja y una pregunta irónica respecto a si el otro había acabado la pelea con mejor aspecto, después de lo cual ambos echaron a volar en dirección a las montañas. Aysha le mostró cómo adoptar la forma de un ciervo, y luego se rió al ver que sus primeros intentos asustaban a un grupo de ciervos de verdad que se alejaban saltando entre los abedules con la cola tiesa de miedo. Gair había contraatacado con un venado Leahno, y lanzó una llamada tan alta que entonces fue ella quien no pudo contener el asombro. Entonces fue ella quien saltó sobre un árbol cercano en forma de ardilla, desde el que comenzó a lanzarle piñas, lo cual demostró que la puntería de ella era tan mortífera como su ingenio, y el escozor que sintió Gair en la oreja derecha dio fe de ello.

Aunque el rato que pasaba con Aysha tenía una finalidad didáctica, no había nada más alejado de una lección, puesto que no había estructura y muy poca formalidad; lo que hacían dependía de su humor, lo que en ocasiones suponía enseñarle algo nuevo. Pero no le importaba. Al cabo de horas de rigurosa disciplina mental en las salas de estudio, junto a los demás maestros, era un alivio que le diera el aire y dejarse llevar. Prefería estar fuera a estar dentro y, además, Aysha era una compañía agradable. Respetaba sus silencios sin que tuviera que pedírselo; parecía saber o percibir de algún modo cuándo permanecer en silencio, pero cuando no, ella lo desafiaba y lo interrogaba, levantaba ambas manos a modo de protesta ante su tozudez, y luego lo hacía reír con sus agudas imitaciones del resto del profesorado. Godril era el objeto preferido de sus burlas. Parecía haber convertido en una afición en toda regla el hecho de desinflarle el ego a la primera ocasión que se le presentaba, pero nadie se libraba. Siempre que Gair recordaba alguna de las más maliciosas afirmaciones que hacía al enfrentarse al maestro de pelo rubio, tenía que morderse la lengua para evitar reírse.

Una miriada de colores brillantes estalló en sus pensamientos.

«Me debes un favor, Leahno», le dijo mentalmente Aysha.

Gair miró en torno de los baños, pero a mediodía estaban vacíos, así que no había

quien pudiera avisar a los enfermeros si lo veían hablando al vacío.

—¿Por?

«Eavin te estaba buscando.»

—¿Para qué? Hoy es mi día libre.

Torció el gesto en cuanto lo dijo, por temor a que ella pudiera interpretar que no quería que lo molestara en su tiempo libre.

«Hoy tiene clases con los novicios y envió a uno de sus estudiantes a buscarte. No creo que te interese demasiado demostrar a una panda de mocosos cómo hacer girar una columna de agua, así que lo distraje.»

—El maestro Eavin no estará muy contento.

La risa de ella lo hizo temblar, fue como sentir su aliento en la oreja.

«Es un hombre adulto, lo superará. Además hoy tienes el día libre. Ven, sal de ahí.»

—Maestra Aysha, es que estoy en la bañera.

«Tentador, pero dejaremos para otro día lo de adoptar forma de pez. No tardes.»

—Sí, maestra Aysha.

«¿Sabes? No creo que debas seguir llamándome así. Con Aysha bastará.»

—¿Estás segura? Me refiero a que eres una de mis maestras...

Ella estaba sonriendo, pero no podría decir cómo lo sabía. Sencillamente lo sentía así, como la caricia del sol en el rostro. Por alguna razón se sonrojó.

«Lo estoy. Ahora corre a mi lado. Siento una comezón en los pies.»

Entonces desapareció de forma tan abrupta como había aparecido. Gair se pasó la mano por el cabello húmedo. Supuso que podría haberse negado, pretextar cansancio o que tenía algo que hacer, pero por algún motivo ni siquiera se le había pasado por la cabeza hacer tal cosa. La presencia de Aysha era tan intensa, tan apremiante, que bastaba para apartar cualquier otra cosa de la mente. Con un gruñido se impulsó fuera de la bañera y extendió la mano en dirección a la toalla. Qué diablos, de todos modos el agua se estaba enfriando.

El balcón de Aysha seguía ensombrecido, pero más allá de los muros de la casa capitular brillaba el sol, y el viento movía las copas de los árboles con mano inquieta. Nubes como la crin de una yegua tiznaban el cielo azul claro como pintadas con pincel.

—El viento ha cambiado —dijo Aysha—. Ha rolado a norte. Creo que quizá este año ya nos hayamos despedido del verano.

—Me preguntaba cuándo llegaría el invierno —dijo Gair—. Se me hace raro que el tiempo siga tan templado a estas alturas del año. En Leah ya estaríamos tirándonos en tobogán.

—¿Tobogán? ¿Qué es eso?

—Así llamamos nosotros al trineo. Es una plataforma de madera montada sobre patines —explicó al ver por su expresión que seguía sin entender. Le dibujó uno en el aire con el dedo—. Te sientas en él en lo alto de una pendiente nevada, te impulsas con los pies y te deslizas hasta el pie de la colina.

—¿Y después?

—Pues después lo arrastras de vuelta a lo alto y vuelves a tirarte. Es muy divertido.

—A mí me suena a frío y húmedo. —La sacudió un escalofrío.

—¿Es que aquí no nieva nunca?

—Hay nieve de sobras en las montañas, pero no abajo, gracias a los santos. No me gusta el frío. —Una sacudida nerviosa le dio a entender que ella había alcanzado el canto—. Vámonos. Los vientos del norte siempre me inquietan. Vamos a perseguir conejos.

En cuestión de segundos, Aysha adoptó la forma de cernícalo y se alejó de la casa capitular volando por el valle, sobre los huertos de árboles frutales de la granja. Gair la siguió en forma de águila encarnada. Hacía un día espléndido. El otoño, tal como él lo entendía, había llegado por fin y pintaba Penglas con la misma viveza que las vidrieras de una capilla. Rojos encendidos y amarillos que iluminaban el sotobosque, y los campos ajedrezados cubiertos de rastrojo en tonos de pálido oro, antes de dar con el pardo de la tierra arada. En lo alto, donde el paisaje empezaba a postrarse ante las montañas, los bosques cubiertos de hojas daban paso a abetos y árboles de hoja perenne, y colgaba del ambiente un fuerte aroma a escarcha. Si bien el invierno se hallaba de camino, el sol que sentía en el lomo le dio a entender que aún le quedaban unas millas por recorrer.

En la parte septentrional de la isla, el terreno era empinado y menos misericordioso. Los terraplenes alumbraban pendientes bordeadas por recios muros de piedra, y las ovejas de pelo rubio pacían la hierba baja. Teniendo en cuenta que Gair estaba acostumbrado a verlas cubiertas de lana, espantadizas, aquellas le recordaron más a las cabras, con sus cuernos en espiral. Hacían juego con el terreno rocoso, que a su vez casaba con el águila encarnada. Allí donde las extensiones de roca quemada por el sol cedían paso a la caída súbita de valles cuyas paredes estaban cortadas a cuchillo, el aliento helado del norte esculpía el aire en una catedral de vidrio, a través de la cual la forma de águila se deslizaba con la suavidad de una plegaria.

No era la única forma que Gair podría haber escogido. Gracias a Aysha era capaz de convertirse en casi una docena de aves distintas, desde una lechuza hasta un pinzón, pero en esa forma casi se sentía cómodo. Le era familiar, le encajaba como un par de botas viejas. A menos que se le ordenase lo contrario, cuando había que echar a volar, ésa era la forma que escogía.

La observó volando delante. Aunque ella no lo había mencionado directamente, supo que había aludido a la capa cuando dijo que no tenía que seguir llamándola maestra. La capa seguía guardada en el interior del armario, de donde no había salido desde que la había encontrado. Ni siquiera se había permitido el lujo de volver a probársela, aunque en una o dos ocasiones abrió las puertas del armario y a punto estuvo de estirar la mano para alcanzarla. Sabía que debía darle las gracias por el obsequio, y había intentado una docena de veces encontrar el modo de introducir el asunto en la conversación, pero por mucho que ordenase mentalmente las palabras, el discurso le parecía forzado cuando lo practicaba en la intimidad de su cuarto. Luego estaba esa nota. Por lo santos que ese texto tenía más posibles significados de los imaginables.

De pronto Aysha cayó sobre el valle que se abría ante ambos. Era como si el terreno se hubiese deslizado en el pasado, pues estaba cubierto por los restos de árboles caídos que recorrían una cicatriz y se apilaban en un montón allí donde la tierra besaba la ribera. Aysha sobrevoló el terreno hasta posarse en una roca situada en un saliente. Casi de inmediato el cernícalo se transformó en lobo. Sentada sobre los cuartos traseros, observó cómo se acercaba él con ojos grandes, ambarinos.

«¿Sabes qué es lo que debes escuchar?», preguntó cuando Gair recuperó a su lado la forma humana.

—Creo que sí.

Gair se tomó unos instantes para recobrar el aliento. Se trataba de una forma nueva; tendría que concentrarse. Ya no temía que el canto se alejase de él para convertirse en algo destructivo. Los instantes que seguían a cualquier cambio de forma se caracterizaban por la confusión, incluso por el mareo. Aysha tenía habilidad para pasar de una forma a otra sin que se le alterase el paso. Él apenas podía soñar con tener tanto control algún día.

Gair tanteó el canto. La melodía que buscaba era huidiza como el propio lobo. El aullido del lobo habla de la nieve, el cálido aliento que atraviesa la noche amarga a la luz de las estrellas. Cuando permitió que lo envolviera fue cuando se efectuó el cambio. Se acortaron sus articulaciones y se le aguzaron los sentidos. Los músculos adoptaron nuevas y extrañas configuraciones que al principio le parecieron ajenas, pero que poco a poco, cuando asumió por completo la nueva forma, se convirtieron en algo familiar. Incluso sus pensamientos, en esa parte de él que era enteramente lobo, se habían transformado. Todo lo que había leído o aprendido acerca de los lobos, su comportamiento y compleja estructura social, cobró sentido sin el menor asomo de duda. Estaba todo ahí, en su interior, escrito en sus huesos, tan parte de él como pudiera serlo el grueso pelaje.

La loba lo inspeccionó con mirada crítica mientras caminaba en círculos a su alrededor.

«Bien —dijo—, pero tu cola debería estar más llena, igual que el cuello, y el pecho ser más prominente, a menos que quieras que te confundan con un lobato.»

De pie, Gair se concentró. Después se sintió más a gusto en aquella forma, como pasa con la ropa hecha a medida. Sacudió el cuerpo, disfrutando del modo en que se removió el pesado pelaje. Se sentía bien, era como si la nueva forma encajara como un guante, una sensación parecida a la que sentía cuando se transformaba en águila encarnada. Sólo que no disfrutaba del poder de volar, sino de correr, saltar, de perseguir, liviano como el viento, sin apenas dejar huella a su paso.

«¡Excelente! —Aysha permaneció a su lado, alerta, sonriente—. ¡Ahora, a cazar!»

ATRAPAME SI PUEDES

En primavera, cuando las flores adornan con sus colores brillantes las macetas, las ventanas y las terrazas, ocho días en Puertos Blancos eran un festín para el olfato y para la vista. Pero pasada la tormenta, con el vómito del mareo flotando en el canal y las embarcaciones auxiliares transportando el cargamento en la fétida noche, eran ocho días en el infierno.

Masen apartó la tapa que cubría el pozo de la taberna y se sacudió el polvo de las manos. El canto del agua no era su don principal, así que bastaría para asegurar el suministro de agua limpia de *La Pluma Escarlata*, pero proporcionárselo al resto de la ciudad era una labor que le quedaba muy grande. El agua estaba contaminada, por tanto tendría que limpiar el pozo mañana y noche. No tardaría en verse obligado a hacerlo tres veces al día. Demasiados cadáveres sin quemar flotando río arriba, demasiadas alcantarillas obturadas que derramaban su contenido en las calles para que su intervención se considerase algo más que una simple demora de lo inevitable.

—Si al menos dejara de llover —murmuró.

Podían recoger el agua de la lluvia para beber si al final no les era posible recurrir a los pozos, pero al mismo tiempo impedía que el río recuperase su altura habitual, y los caminos no se secaban, por lo que los alimentos no llegaban a la ciudad y los viajeros se encontraban varados.

—Paciencia, amigo mío —dijo el dueño mientras prensaba el tabaco en la cazoleta de la pipa—. Paciencia. Los vientos del norte siempre traen lluvias en esta época del año.

—Sí, pues mi paciencia está a punto de agotarse, Darshan. Me espera un largo camino y no puedo permitir que se me enfríen las suelas aquí.

—Hasta que la voluntad de la diosa apunte en otra dirección te tendremos aquí. Será mejor que te hagas a la idea.

Darshan apagó el cirio y dio varias chupadas a la pipa. Masen gruñó.

—No me malinterpretes, me alegra serte de ayuda en la medida de lo posible, pero tengo que ponerme en marcha. Debo entregar mi mensaje tan pronto como sea posible.

—¿Y no podrías...? Bueno, ya sabes. —Darshan hizo un gesto indefinido con los dedos. El recio syfriano había aceptado la revelación que hizo Masen con mayor ecuanimidad que la mayoría, limitándose a comentar que para clavar un clavo cualquier martillo sirve.

—No. Estoy demasiado lejos. Hay quienes poseen mayor facilidad para comunicarse a distancia, pero por desgracia no soy uno de ellos.

El dueño inspeccionó el fulgor que desprendía la cazoleta, el humo entre los dientes.

—No llevas puesta la librea, así que no se trata de algo relacionado con el emperador. ¿Qué podría ser tan apremiante que no lleve estampado el sello de Theodegrance?

A diario la misma pregunta, o una parecida. Darshan, quizá un ejemplar único entre los dueños de fondas, era incapaz de distinguir cuándo debía hablar y cuándo debía quitar en silencio las manchas de humedad de copas y vasos. Masen no tenía intención de mostrarse maleducado, pero se le agotaba la paciencia a medida que menguaban las posibilidades de encontrar pasaje en un barco antes de Atardecer.

—Mis asuntos son cosa mía —dijo, circunspecto, al dirigirse hacia la puerta de la cocina—. Voy a acercarme al puerto.

Hizo caso omiso de la llamada de Darshan, y anduvo por el muelle hasta el cruce con Aguasverdes. Bajo sus pies, los tablones estaban cubiertos por una capa resbaladiza tras la lluvia, pero no tuvo que andar mucho antes de encontrar un esquiife amarrado cerca del embarcadero, de cuya popa colgaba empapado un pendón naranja, señal de que estaba a disposición de quien quisiera alquilar sus servicios. Bastó con dar un silbido para despertar de la siesta al barquero, que arrimó la embarcación a la escalera más próxima.

—A los muelles de gran calado, por favor.

Masen dio una moneda al patrón y embarcó en el esquiife. Sin decir palabra, el tipo se guardó el dinero en el bolsillo, arrió la driza de la que colgaba el pendón, y apartó la embarcación del muelle, sirviéndose de un poste para desplazarla por la superficie del agua donde chapoteaba la lluvia.

A Masen le dolió contemplar la visión de la ciudad a su paso. Había visitado Puertos Blancos en diversas ocasiones a lo largo de los años, y atesoraba buenos recuerdos de ella: allí había gritado como un crío al ver a medianoche los fuegos artificiales por Todos los Santos; había bailado hasta que le sangraron los pies la Noche de los Inocentes; había hecho el amor entre sábanas de lino y seda y, en una ocasión, jamás lo olvidaría, en una antigua qilim que no tenía precio, con una pelirroja vendedora de alfombras, mientras los invitados de ésta parloteaban y bebían buenos vinos en la habitación contigua. Todos esos recuerdos de la ciudad, desde los exquisitos salones de Canal del Rey hasta las tabernas que bordeaban el canal, eran alegres. Nunca había tenido recuerdos del lugar que le humedeciesen los ojos.

A pesar de las valientes palabras de Darshan conforme Syfria se alzaría de sus cenizas, lo cierto era que aquella zona se había llevado una buena tunda. Todos los edificios estaban cubiertos de agua hasta la altura de las rodillas, y el grueso estuco

blanco se agrietaba cubierto de manchas de humedad. Muchos de los almacenes y tiendas tenían sus puertas abiertas de par en par, bien debido a los saqueadores, bien a la gente hambrienta que andaba desesperada en busca de comida. Los que no habían sido saqueados tenían productos echados a perder amontonados fuera, mientras los dueños barrían la puerta alicaídos. Masen vio pieles, productos de cuero y muebles de buena factura que debían de valer un dineral abandonados en los muelles, tan renegridos y podridos que ni siquiera tenían valor para los saqueadores.

Tal vez vio algunos botes más que en días anteriores. Podría haber sido un indicio de que los instintos comerciales de Syfria permanecían intactos, de no ser porque las cubiertas de las embarcaciones tenían montones de fardos y de niños de mirada extraviada. La gente se marchaba a pesar de no tener adónde ir. Puertos Blancos estaba postrada de rodillas.

En otoño las tormentas eran habituales en la parte meridional de Syfria. ¿Por qué aquella había caído con tanta fuerza y durado tanto? Contempló el cielo, que seguía cubierto por las mismas nubes plumizas. El ambiente era húmedo, bochornoso; era como respirar sopa. Seguía lloviendo, goterones cálidos como lágrimas que le resbalaban por el rostro. Las nubes lloraban por la destrucción derivada de las inundaciones.

El barquero gobernó con destreza la embarcación para evitar el esqueleto flotante de lo que en tiempos fue una barca de recreo, y luego lo llevó derecho a Canal del Rey. Los postes de amarre colgaban torcidos, la pintura que fue reluciente se había descolorido y los adornos labrados apenas se distinguían. Restos de madera asomaban de la turbia superficie del agua como los huesos de una fosa común. Incluso los cormoranes, que acechan las vías fluviales del mismo modo que las palomas algunas ciudades, brillaban por su ausencia. Masen cerró los ojos. No podía soportar seguir mirando.

Como era habitual, se abrió al canto y examinó los colores de la ciudad en busca de una pauta conocida. Había varias docenas de individuos con talento entre la población superviviente, pero no el reluciente calidoscopio que andaba buscando. Había formulado algunas preguntas discretas a otros propietarios de fondas, y a otros tantos mercaderes del barrio de los joyeros, pero obtuvo por respuesta miradas vacías y encogimientos de hombros. Nadie parecía conocer el paradero de un platero llamado Orsene, ni siquiera los propietarios de las tiendas. Sencillamente habían encontrado la puerta abierta a patadas y el taller saqueado, y en las habitaciones que había en la segunda planta, indicios de una marcha apresurada. Respecto a cuándo lo habían visto por última vez, nadie podía decirlo a ciencia cierta.

En el muelle de gran calado, Masen dio las gracias al barquero y subió la escalera del embarcadero. No había un solo barco de altura que tuviese intacto el casco. Las cuadrillas de carpinteros trabajaban en una o dos de las naves menos dañadas, pero

los martillos y las sierras carecían de brío, era como si no vieran sentido a las reparaciones. Ni siquiera levantaron la vista cuando Masen pasó de largo en dirección al embarcadero principal. Tuvo que sortear restos de madera, palos caídos; una maraña de cabo y lona amenazó con hacerle tropezar. Los barcos a medio hundir golpeaban y crujían a merced de la corriente, y Masen siguió caminando hasta la columna de piedra que había al final del muelle donde se había alzado el faro occidental. La luz abovedada estaba rota, y los restos de metal no eran más que chatarra, a pesar de lo cual subió los peldaños húmedos de lluvia hasta lo más alto y se recostó en la piedra para mirar hacia el mar.

Era el punto situado más a poniente que había podido alcanzar, pero seguía sin estar lo bastante alejado, a pesar de lo cual acudía a diario al dar la décima campanada, decidido a encontrar barco, cualquier cosa que le permitiera reanudar su camino, pero a diario no vio nada en el horizonte aparte de más nubes grises. Cerró los ojos y alcanzó el canto.

Acudió a él con la presteza de costumbre, algo vital, burbujeante, fresco, limpio de la muerte que lo rodeaba. Al abrazarlo sintió que su conciencia se extendía sobre el gris oleaje y los restos que flotaban en él, hasta donde pudo alcanzar. Tres millas, cuatro, y nada. Con un poco más de esfuerzo podría alcanzar las seis millas, más allá del horizonte hasta adentrarse en las rutas de aguas profundas que solían tomar los grandes mercantes, pero nada se balanceaba en el mar. Con los dientes apretados, intentó llegar más allá, forzando su escaso talento media milla más, hasta el último palmo que pudo alcanzar. Nada. Nada. Nada.

¿Adónde habían ido todos esos barcos? Puertos Blancos era el puerto con mayor ajetreo de toda la costa sur. Tendría que haber barcos que transportaran seda y mercantes de especias procedentes del desierto, pescadores de perlas de las islas Maling, pues el mercado de perlas situado frente a Santa Caterin era el segundo en importancia, únicamente superado por Abu Nidar. Las tormentas no podían haberlos hundido a todos. Algunos los habrían superado, habrían hallado otro puerto.

«¿Dónde se han metido todos los barcos?», pensó.

Tuvo que llegar aún más allá. Tomó más del canto y lo empleó para llevar sus sentidos más lejos, a más de siete millas. Las sienes le palpitaban con fuerza; sentía el pulso en el oído, en el rostro. La mandíbula bien prieta, los labios metidos hacia adentro; lanzó un nuevo grito desesperado, después del cual tuvo que soltar el vínculo.

Jadeó a pesar del hedor que había en el ambiente, y recostó la nuca en la piedra húmeda mientras la lluvia le refrescaba el rostro. Mal asunto. Casi se había quemado el corazón, y ¿para qué? Para nada. Crispó los puños y golpeó sin fuerzas la piedra.

Por la diosa, ¡qué cansado estaba! Dormía más o menos bien, comía tan bien como podía con lo que le quedaba de las provisiones de la *Pluma*, suministros que no

tardarían en agotarse, pero a pesar de todo ello se sentía agotado. El cansancio provenía del hedor, de los días que se arrastraban unos tras otros, y del miasma de desesperación que se había extendido en lo que antaño fue una ciudad rica y vibrante.

«¿Quién llama?»

La voz llegó clara y dorada como un rayo de sol. Masen cerró los ojos. ¡Alguien lo había oído! De algún modo alguien lo había oído. Recurrió al canto para distinguir los colores de su interlocutora.

«¿Quién llama?», repitió ella, cuyo acento le pareció lírico y desconocido.

«Soy Masen.»

No pudo detectar su presencia, pero envió la imagen de sus propios colores con la esperanza de que ella, con su talento superior, fuese capaz de distinguirlos.

«Estás muy lejos, Masen. Tu sello me es desconocido.»

«Lo sé. Necesito tu ayuda, por favor.»

«Mi barco se encuentra a cuatro leguas sur sudoeste de las islas color perla. ¿En qué puedo ayudarte?»

¿Cuatro leguas de las islas Maling? Masen ahogó una exclamación. Se encontraba a unas doscientas treinta millas pero hablaba con la claridad de alguien inclinado sobre su oído. Si había alguien capaz de ayudarlo era una elfa marina, siempre y cuando quisiera hacerlo.

«Mi señora, el Velo se debilita. Debo llevar la noticia a los guardianes. Te ruego que consideres la posibilidad de llevarme a poniente.»

La elfa marina guardó silencio.

«¿Mi señora?»

Cuando regresó la voz, lo hizo con impasible brusquedad.

«Esa ciudad tuya apesta. No podemos acercarnos.»

«Mi señora, por favor, reconsidéralo. El Velo nos concierne a todos. Si se fractura, tus mares morirán. Todo perecerá.»

«Te lo repetiré, Masen de la ciudad blanca: no podemos acercarnos. No nos acercaremos. Que el viento te lleve antes a tu destino.»

«¡Señora! ¡Cantora del barco! ¡Por favor, ayúdame!»

La dama no respondió. Masen aguzó el oído y los sentidos con la esperanza de escuchar otra palabra, pero aparte de los suspiros del mar, el susurro de la lluvia y el estruendoso silencio que invadió el interior de su cabeza, no hubo nada que escuchar.

«¡Dama, por favor!»

Le llegó otra voz, afilada como la hoja de una daga.

«La dama se ha pronunciado. No insistas.»

«No pretendo presionarla, patrón. Tan sólo suplicar su ayuda. Temo por el Velo y el fin de una era.»

El patrón hizo una pausa, pero la sensación de su presencia no desapareció. Era

fría, pensativa.

«¿Eres uno de los guardianes?»

«Sí, patrón. Soy el guardián del portal de la orden.»

«No anunciarías en vano semejante amenaza, ¿verdad?»

«Jamás haría tal cosa. He jurado proteger el Velo.»

Otra pausa.

«Dos días. Llegaremos con la pleamar. Prepárate.»

Dos lobos corrían juntos por un prado rocoso. Movían la cola, la lengua afuera, trotando por la hierba alta, mordisqueándose como dos lobatos con permiso para abandonar la guarida por primera vez. Corrieron de un lado a otro, interponiéndose en el camino ajeno, volviendo sobre sí con el sol en el lomo, mientras las doradas hojas de los abedules caían como nevisca. Las liebres tamborilearon para dar la alarma y se dispersaron ocultas bajo la hierba; las perdices alcanzaron el vuelo al cielo azul bajo las patas de los lobos. No tenían motivo para sospechar que los depredadores que cargaban sobre ellos no fueran reales.

Maldición, ella había vuelto a pegarse al terreno y Gair le había perdido el rastro. Miró en torno, pero no vio indicio alguno de la presencia de Aysha. El viento hizo temblar la hierba, cuyas hojas eran lo bastante gruesas para esconder una manada entera de lobos, pero no vio nada moviéndose en ella. El oído le habló de la presencia cercana de un arroyo y de la llamada del gorrión, pero eso fue todo. Levantó el hocico para olfatear el olor de una loba, pero no le llegó nada. Debía de estar a sotavento, pues. Redujo el paso y se volvía ya hacia la ladera cuando una sombra salió disparada de un enebro.

«¡Sorpresa!»

Alcanzó su hombro con el pecho y ambos cayeron al suelo. Él se retorció para inmovilizarla, pero de algún modo se las había ingeniado para hacerlo rodar colina abajo en una maraña de extremidades. Cuerpos retorcidos, intentos vanos de ganar la pelea por la mano cuando terminaran de rodar. Cuando logró incorporarse y librarse de ella, Aysha apoyó la barbilla en las zarpas el tiempo que él tardó en relajarse. En un abrir y cerrar de ojos se alejó de nuevo, aullando alegre.

Gair se dispuso a perseguirla. Necesitaba todo aquello. Después de los días que había pasado en las salas de estudio y los patios de prácticas, era divertido jugar. El entusiasmo de Aysha era contagioso y ambos corrieron incansables, dándose sustos mutuamente, asomando de cualquier escondite que les proporcionase el terreno. Sobre los arbustos, saliendo de las rocas, peleando, sacando partido a la agilidad que les proporcionaban las formas que habían tomado prestadas.

Cuesta abajo, el prado se extendía al acercarse a las fuentes del río. Allí el viento soplaba con más intensidad, era más frío, teñido por la promesa del invierno que se

cernía sobre la tierra. Apenas era consciente de la temperatura gracias al grueso pelaje que lo cubría. Lo único que sintió fue la emoción de la caza. El aliento cálido, los fuertes músculos dispuestos a flexionarse para saltar, la mandíbula dispuesta a apresar y subyugar. Ella se volvía más astuta, se sentía más a gusto en aquella forma que él; tuvo que servirse de su propio peso para inmovilizarla.

Pero Aysha no permaneció impasible y clavó las garras en el terreno. Gair no pudo retenerla y, en lo que tardó en parpadear, ella lo tumbó y lo inmovilizó, mirándolo con expresión burlona.

«¡Yo gano!»

Los sonrientes ojos ámbar se volvieron azules cuando ella soltó el canto y su cuerpo recuperó la forma habitual. Gair la imitó. Tan sólo tardó uno o dos segundos más que ella, pero Aysha tuvo el tiempo suficiente para estamparle un beso en los sorprendidos labios antes de echar a correr de nuevo meneando la cola.

«¡Atrápame si puedes!», exclamó, convertida otra vez en loba.

Gair inspeccionó el tablero de ajedrez que tenía delante. Necesitaría algo más que suerte para sobrevivir en esa partida. Un número alarmantemente alto de piezas suyas estaban situadas a un lado del tablero, ante Darin. Había logrado recuperar algo de terreno en los dos últimos encuentros, pero el belisthano seguía liderando el marcador de victorias totales. Su estilo audaz solía deshacer la paciente oposición de Gair, pero esa noche tenía el juego ensartado en un espetón, igual que lo está un ganso en Atardecer.

—Creo que no tengo más remedio que concedértela —dijo Gair.

—No, de ninguna manera.

—¿Cómo que no? Me tienes totalmente acorralado. Mueva lo que mueva, no tienes más que atacarme la reina y, después, hacerme jaque mate en dos movimientos.

Darin basculó el peso del cuerpo en las patas posteriores del taburete, meneando la cabeza y sonriendo de tal modo que daba la impresión de que la sonrisa iba a partirle el rostro en dos, como un melón.

—Aún tienes una salida.

—Sólo un milagro me permitiría salir airoso.

—Confía en mí, amigo mío. Hay un modo de salir del brete en que te has metido tú solito que te permitirá abandonar este cuarto con la cabeza bien alta y el honor intacto. Lo que pasa es que vas a tener que esforzarte.

—La petulancia no resulta atractiva, como sabes.

Gair dobló los brazos sobre la mesa y luego apoyó la barbilla en ellos, contemplando ceñudo el tablero. El caballo de la derecha tan sólo podía efectuar un movimiento que no lo expusiera inmediatamente y que retrocedía en su amplio territorio abierto cuatro casillas más allá de la pieza más próxima de Darin. Únicamente disponía de tres peones que usaba para proteger a la reina. Por mucho

que mirase las piezas labradas no vio siquiera el modo de acabar en tablas. En ningún momento había previsto lo que iba a suceder.

—No lo veo.

—Eso quiere decir que no te esfuerzas lo suficiente.

Gair gruñó frustrado, e inspeccionó de nuevo el tablero, una pieza tras otra. Darin continuó columpiándose en el taburete mientras se pasaba de una mano a otra la bolsita de terciopelo.

—Esto no es propio de ti, Gair. ¿Qué te tiene tan distraído?

Debió de haberlo previsto. Hubo pistas más que suficientes. ¿Cómo pudo estar tan ciego? ¿Acaso se había quedado dormido? Que los santos se apiadaran de él, ¿qué demonios se suponía que debía hacer?

—¿Gair?

Había empezado inocentemente. Pasaron la tarde persiguiéndose mutuamente, una tarde no muy distinta de las demás. Al cabo, cuando recuperó su forma humana la encontró entre sus brazos, y ella había aprovechado la momentánea desorientación que siguió al cambio. Santa madre, pero si era su maestra...

«¡Atrápame si puedes!»

Gair acarició el menos esencial de sus peones. Por mucho que se esforzó no pudo alcanzarla, por supuesto, y ella se divirtió de lo lindo mofándose de él. Aún no había aprendido a hablar con la mente, de modo que no pudo responder, y cada vez que saltaba demasiado o que mordía el aire al cerrar la mandíbula, ella reía mientras se le escapaba.

Para humillarlo aún más lo empujó bajo una cascada. Se había situado en un ángulo ciego, le hizo la zancadilla y lo arrojó a un arroyo de pie y medio de profundidad que nacía de una cascada de agua helada. Ni siquiera tuvo la decencia de situarse cerca cuando él se sacudió el agua del pelaje.

Pero el recuerdo de ese beso permaneció más tiempo en él que aquella humedad pasajera. Por un breve instante no superior a un latido de corazón, los labios de ella se unieron a los suyos en una dulce promesa de redención. Gair había dicho días atrás que no la temía, pero por la diosa que sí le daba miedo ahora. Le hacía sentir algo que no se distinguía mucho del miedo. Palmas sudorosas, boca seca, tan fuertes los latidos de su corazón que casi le dolían las costillas; y a ella le bastaba con volver la vista en su dirección.

Supuso que si tenía que compartirlo con alguien, ése era Darin. Habían trabado amistad desde su llegada a las islas. Podía confiar en él. Después de todo, el alegre belisthano no había pronunciado una palabra acerca de su capacidad para cambiar de forma desde que lo había descubierto. ¡Su profesora! En el nombre de todos los santos, ¿qué iba a hacer?

Gair basculó el peón sobre la base con la punta del dedo, intentando aún dar con

el movimiento adecuado. Darin dio vueltas rápidas a la bolsita, colgada del dedo índice, canturreando una melodía indefinida.

—¿El movimiento equivocado?

—Digamos que yo no lo haría si estuviera en tu piel, y ésa es toda la ayuda que voy a prestarte.

Gair seguía sin verlo, a pesar de la insistencia del belisthano. Por la diosa, no podía estar más desconcentrado. Aquello no tenía futuro. Ella formaba parte del consejo, y él ni siquiera se había graduado, por mucho que tuviera la capa en el fondo del armario.

—Estoy acabado, Darin, como bien sabes. ¿Por qué no dejas que me rinda para que pueda retirarme a lamerme las heridas?

—Ni hablar. —El belisthano resopló alegre—. Tu asombroso juego te ha llevado a este atolladero, y ahora vas a tener que salir de él por tus propios medios.

—Creo que no tengo más remedio que concedértela —dijo Gair.

—No, de ninguna manera.

—¿Cómo que no? Me tienes totalmente acorralado. Mueva lo que mueva, no tienes más que atacarme la reina y, después, hacerme jaque mate en dos movimientos.

Darin basculó el peso del cuerpo en las patas posteriores del taburete, meneando la cabeza y sonriendo de tal modo que daba la impresión de que la sonrisa iba a partirle el rostro en dos, como un melón.

—Aún tienes una salida.

—Sólo un milagro me permitiría salir airoso.

—Confía en mí, amigo mío. Hay un modo de salir del brete en que te has metido tú solito que te permitirá abandonar este cuarto con la cabeza bien alta y el honor intacto. Lo que pasa es que vas a tener que esforzarte.

—La petulancia no resulta atractiva, como sabes.

Gair dobló los brazos sobre la mesa y luego apoyó la barbilla en ellos, contemplando ceñudo el tablero. El caballo de la derecha tan sólo podía efectuar un movimiento que no lo expusiera inmediatamente y que retrocedía en su amplio territorio abierto cuatro casillas más allá de la pieza más próxima de Darin. Únicamente disponía de tres peones que usaba para proteger a la reina. Por mucho que mirase las piezas labradas no vio siquiera el modo de acabar en tablas. En ningún momento había previsto lo que iba a suceder.

—No lo veo.

—Eso quiere decir que no te esfuerzas lo suficiente.

Gair gruñó frustrado, e inspeccionó de nuevo el tablero, una pieza tras otra. Darin continuó columpiándose en el taburete mientras se pasaba de una mano a otra la bolsita de terciopelo.

—Esto no es propio de ti, Gair. ¿Qué te tiene tan distraído?

LO QUE YACE EN EL POLVO

La respuesta tenía que estar ahí, en alguna parte. Con tanto libro, con tanto conocimiento atesorado en esa estancia, alguno habría que tuviera lo que andaba buscando. Pero lo único que había encontrado Ansel hasta el momento eran más secretos. Secretos y mentiras.

Arrugó el entrecejo al cerrar el libro que tenía delante, y después lo empujó hasta el fondo de la mesa, donde se sumó a la docena de volúmenes que había consultado y descartado durante la pasada hora. No tenía tiempo para leerlos todos. Lo único que podía hacer era hojear unas páginas y, a raíz de la lectura, calibrar si podía tratarse del libro que necesitaba. Era el único modo de beldar las montañas de crujientes pergaminos y cubiertas de cuero gastado que a su alrededor hundían los estantes. Lo acosaba constantemente el temor de que pudiera escapársele el libro que necesitaba.

Un leve carraspeo a su espalda señaló el regreso del bibliotecario encargado de ayudarlo. Ansel aligeró la expresión cuando el delgado joven, vestido con túnica marrón, puso otra pila de libros en la mesa, a la altura del codo.

—Los últimos libros de la estantería, mi señor —le advirtió.

—Gracias. Tú eres Alquist, ¿verdad?

—El mismo, mi señor. —La sonrisa nerviosa que asomó al rostro poblado de espinillas emprendió la huida, asustada—. Humm. ¿Es todo, mi señor?

—No, hijo mío. Aún tengo trabajo para ti.

El siguiente libro era una obra monumental, cuyas combadas cubiertas de madera se cerraban con correas, y que tuvo que ser transportado hasta la mesa por dos bibliotecarios. Era poco probable que fuese la obra que buscaba, pero no podía permitirse el lujo de pasar por alto ningún libro sólo por el tamaño. El esfuerzo de abrirlo le supuso un gruñido. Las páginas tiasas se hallaban en mejores condiciones de lo que la encuadernación había hecho suponer a Ansel, pero la tinta estaba tan descolorida que era difícil entender la letra. Acercó un poco más la luz. Por la diosa, tardaría una semana en descifrar la primera página de prieta caligrafía.

—Son pasadas vísperas y se supone que tendríamos que cerrar el archivo. El custodio...

—Dime, Alquist. —Ansel se recostó en la silla y se las ingenió para que la dorada hoja de roble que lucía en el pecho reflejase la luz—. ¿Quién es el preceptor de nuestra orden? ¿Yo o el custodio encargado de los archivos?

—Tú, mi señor, por supuesto. Pero el custodio...

—El custodio ha de custodiar —repuso Ansel con voz ronca—. Gracias, Alquist. Te avisaré cuando te necesite.

El bibliotecario se introdujo las manos en las mangas e inclinó la cabeza, pero no antes de que Ansel reparase en la expresión desolada que compuso.

—Por supuesto, mi señor —dijo el bibliotecario, que acto seguido se retiró a la sala principal.

Ansel lo vio alejarse, mordiéndose el labio. Sin duda el custodio de los archivos dedicaría al joven alguna que otra palabra malsonante, pero no había gran cosa que hacer al respecto. Tomó nota para procurar que no castigaran al muchacho por ser incapaz de imponerse a un superior suvaeano, y luego tomó nota también de que posiblemente no tardaría en ensartar con un alfiler al propio custodio. Ese tipo parecía tener un concepto exagerado de su importancia. ¿A quién creía estar protegiendo? ¿A la viva Iglesia, o a los preceptores que habían mordido el polvo en el albor de los tiempos?

Volcó de nuevo la atención en el libro que tenía delante, empeñado en leer al menos unas cuantas líneas. Ajá. Transcripciones de los juicios leahnos a brujos, principios del Segundo Imperio. Si tuviera tiempo sería una interesante lectura, pero lamentablemente dedicarlo a satisfacer su curiosidad personal era un lujo que no podía permitirse. Cerró con esfuerzo el libro, que soltó una nube de polvo y lo hizo toser. Los espasmos no duraron mucho, pero acusó un dolor en el pecho, como si tuviera los pulmones dentro de jaulas de acero. Maldición, tendría que visitar pronto a Hengfors, quien sin duda intentaría prohibirle abandonar sus habitaciones. No podía permitirlo. Aún no, al menos. En cuanto encontrase lo que necesitaba... En fin, Hengfors podría hacer de las suyas a partir de ese momento, pero no antes.

Inspeccionó rápidamente los siguientes libros amontonados en la mesa. En su mayor parte, basura propia de mentes enajenadas. Bastaba con leer un párrafo para saber si podía desterrarlo a la creciente montaña de libros apilados a su derecha. La penúltima obra era un tratado sobre hierbas, que sin duda habían sumado al Índice debido a las recetas caseras de hechizos que salpicaban sus dolorosos tratados sobre las propiedades medicinales de la vegetación pantanosa de Syfria. Cuando lo hubo cerrado y apartado, y ya sólo quedaba un libro, Ansel estiró el brazo para alcanzar la campanilla que había junto a la lámpara. Alquist podía vaciar otra estantería antes de que le diera permiso para retirarse.

El último libro carecía de adornos o de signos distintivos. Era pequeño, no mucho más largo que una mano extendida, la encuadernación se desprendía y el lomo estaba muy gastado. No era un buen comienzo. Lo abrió. Siguió página. Manuscrita. La escritura era limpia, no era la caligrafía de un escribiente, pero sí la de alguien acostumbrado a utilizar pluma. Ansel volvió con cuidado las quebradizas páginas; estaba tenso mientras su vista recorría el texto, hasta que un nombre lo hizo

detenerse. Volvió al inicio del párrafo y lo leyó de principio a fin.

«Con las primeras luces tuvimos noticias del asedio. El cansancio hizo que el mensajero se mostrara incoherente. Llevaba cuatro días a caballo, ¡durante los cuales apenas había descansado cuatro horas! Para muchos habría supuesto la muerte, pero al parecer estos exploradores de las llanuras son duros como sus caballos. El asedio continúa. Todos los caminos que se adentran en el valle están bajo control enemigo, quien se ha atrincherado a conciencia, si puede decirse así teniendo en cuenta la naturaleza de su campamento. Las tácticas de asalto de una posición defendida les resultan ajenas, pues no intentan socavar las murallas o derruirlas con máquinas de asedio. En su lugar se contentan con aguardar a que cunda la hambruna para recibir las llaves de las puertas. La propia ciudad está bien suministrada, de modo que Caer Ducain dista mucho de caer.»

Caer Ducain. Ése fue el inicio de las guerras de la Fundación. La fecha que figuraba en el encabezamiento de la página lo confirmaba. Por fin. A menos que estuviera muy equivocado, tenía en las manos el diario del preceptor Malthus, por tanto su búsqueda estaba a punto de llegar a su fin.

Oyó a su espalda pasos que se acercaban procedentes de la sala principal de la biblioteca, y cerró el libro.

—Gracias, Alquist, puedes empezar por la siguiente estantería —dijo—. Aunque nuestra labor se simplificaría mucho si alguien os hubiera enseñado a catalogar el archivo, o incluso a sacarle el polvo de vez en cuando.

Se dibujó en su campo de visión una túnica marrón. Del ceñidor colgaba un llavero que en las manos adecuadas se hubiese convertido en un arma mortífera. Por desdicha aquellas manos no eran las del custodio de los archivos y, sin embargo, sí era de su cintura de donde pendían las llaves.

—Maese custodio —dijo Ansel, al tiempo que se recostaba en la silla—. Qué detalle por tu parte venir a saludarme.

El custodio inclinó muy levemente la cabeza.

—Mi señor preceptor.

Incluso su voz carecía de inflexión alguna. Desde la calva reluciente hasta los piecillos enfundados en sandalias, el custodio recordaba a los restos que encuentran los comensales al fondo de la olla después de servida toda la chicha. La piel blanca cubría unos huesos largos y magros que formaban a duras penas el contorno de un hombre bajo la túnica, y en las cuencas ojerosas se alojaban un par de ojos oscuros que no pestañeaban, como los de una serpiente.

—¿Encuentras lo que buscas, mi señor?

—Me temo que la búsqueda continúa. Esta parte de los archivos parece algo desorganizada.

Reparó en la súbita contracción nerviosa de los labios del custodio.

—Hay muchos libros, mi señor. Cerca de trescientos mil volúmenes. Volver a catalogar semejante colección... lleva tiempo.

—Por supuesto. ¿Cuántos habrá en esta sala, en tu opinión?

El custodio volvió la cabeza para mirar en derredor e inspeccionó los estantes de madera oscura que se alzaban como batallones de infantería a la espera del pase de revista y se fundían en la negrura, más allá del círculo de luz que proyectaba la lámpara sita en la única mesa de lectura. En todo ese rato no mudó un ápice la expresión.

—No sabría decirlo.

—Si estuvieran catalogados, estoy convencido de que podrías darme el número preciso de hasta el último legajo suelto.

—Pues sí, mi señor. —Las cuencas volvieron de encarar la lejana e invisible pared del fondo para centrarse en el libro que Ansel tenía en las manos—. ¿Algo de interés, preceptor?

Ansel añadió el libro en la pila.

—No, me temo que es otro tratado de hierbas. La vegetación pantanosa de Syfria y los remedios que derivan de la misma. ¿Sabías, Vorgis, que puedes preparar nada menos que siete tinturas distintas a partir del mordisco de rana?

—¿De veras? Fascinante.

—Sí lo es. Ay, en fin, sigamos adelante. Estos diarios tienen que andar por aquí.

—¿Diarios, mi señor?

—Sí, diarios —confirmó Ansel—. Algunos de mis predecesores fueron fieles diaristas, y la lectura de sus anotaciones proporcionaría una particular perspectiva de la historia de la orden. Un punto de vista mucho más humano que el derivado de la fría escritura del hermano cronista, ¿no crees?

—Tal vez sí. Aunque yo prefiero que la historia se limite a contar los hechos, y no las opiniones.

—Mi querido custodio, si estuviera buscando tratados de historia, tendríamos esta conversación en la sala principal, donde hay ventanas y algo parecido al aire fresco. Son los hombres que hubo tras la historia lo que ando buscando, porque fueron los hombres quienes hicieron la orden tal como es.

Al custodio le brillaron un instante los ojos.

—¿Y crees que podrías encontrar esos diarios aquí, mi señor?

—Lo que es seguro es que no los encontraré en otro sitio que no sea éste. —Ansel señaló con una inclinación de cabeza la puerta que había tras él—. Según tu catálogo más exhaustivo, al menos. Eso si no se han... traspapelado.

—¿Traspapelado? —Vorgis enarcó ambas cejas, prácticamente invisibles—. Puedo asegurarte que en el archivo suvaeano no se traspapelan los libros. Ni uno de ellos.

—¿Como puedes estar tan convencido, custodio, teniendo en cuenta que hablamos de trescientos mil volúmenes?

—Estoy absolutamente convencido. Esto es una biblioteca, mi señor, no una vulgar casa de empeños. —Una mano blanca tocó las llaves como si el tacto y su presencia allí le infundieran confianza a su dueño—. Hemos cerrado los archivos. Me encargaré de que estos libros sean devueltos al lugar que les corresponde.

—Ah, aún no he terminado del todo, Vorgis. Creo que necesito una media hora más, si no te importa.

—Me temo que eso no es posible. Los archivos están cerrados.

—Necesito otra media hora.

El custodio se mordió los labios.

—Mi señor preceptor, cuando acudiste a mí hace tres semanas y... exigiste acceder a los archivos, tuve la sensación de que estabas empeñado en una búsqueda insensata. Supongo que después de todo este tiempo, si no has encontrado nada, habrás llegado a la conclusión de que no hay nada que buscar.

—Cabe esa posibilidad.

—Bien. —De nuevo Vorgis se cogió las manos a la altura de la cintura—. ¿Te acompaño a la puerta?

—No, pero gracias, Vorgis. Aún no he terminado.

—Cerraré el archivo en breve. Puedes quedarte hasta que se haga de día, pero no creo que eso sea recomendable dada tu... condición.

Ese hombre era intolerable.

—¿Me amenazas, Vorgis? Me sorprendes.

—No he formulado amenaza alguna, mi señor.

—Perfecto, porque si lo hubieras hecho me vería forzado a dar una buena patada en tu huesudo trasero.

El custodio pestañeó alarmado.

—¿Mi señor?

Ansel se puso en pie con la ayuda del bastón, ignorando las intensas punzadas de dolor que acusó en las articulaciones. Hundió la mano en el bolsillo de la túnica y sacó una reluciente llave de latón, que sostuvo entre índice y pulgar.

—Los archivos se cierran cuando yo lo diga, maese custodio, no antes. Harías bien en recordarlo.

—Pero sólo existe una llave... —La mano de Vorgis pellizcó el ceñidor, y luego señaló con dedo acusador a Ansel—. ¡Hiciste que la copiaran!

—Como es mi derecho y mi prerrogativa en calidad de funcionario mayor de la orden suvaeana.

—¿Y cómo? La llave nunca abandona la estancia.

La sonrisa de Ansel le dejó al descubierto la dentadura. Era de lo más

satisfactorio ver a Vorgis superado por las circunstancias.

—Las velas —dijo—. Buenas velas blancas, capaces de proyectar una luz estupenda para la lectura. La cera sirve para hacer un calco excelente de una llave.

Vorgis pestañeó de nuevo.

—¡Soy el custodio de los archivos!

—¡Pues deberías recordar quién te nombró para el puesto! —rugió Ansel, que volvió a imprimir a su voz un tono más suave en cuanto acusó una presión como de acero en torno al pecho—. Tengo trabajo pendiente aquí, maese custodio, y puedes ayudarme o estorbarme. Tú eliges.

—Debo protestar, mi señor. Estos libros son extraordinariamente valiosos...

—En ese caso tendrías que cuidar mejor de ellos. La cantidad de polvo que hay aquí dentro podría asfixiar a una de esas mulas que transportan el carbón en una mina.

—¡Son extraordinariamente valiosos y no puedo permitir que estos archivos se abran a voluntad!

—¿Tú? —Ansel se inclinó en la mesa—. ¿Que tú no puedes permitir qué, Vorgis? Yo soy el preceptor. —Golpeó la losa con el remate metálico del bastón, y resonó como la campana de la sacristía—. Si quiero abrir los archivos lo haré. Si quiero leer hasta el último libro, pergamino y legajo deshilachado de todo el índice lo haré. ¿Me expreso con claridad?

No pretendió levantar la voz, pero tuvo el efecto deseado. Por primera vez, Ansel vio al custodio de los archivos falto de palabras. Los ojos de Vorgis estaban clavados en la dorada hoja de roble, hipnotizado por el modo en que se columpiaba con suavidad de un lado a otro de la cadena.

—¡Vorgis! ¿Me expreso con claridad?

La voz de Ansel despertó al custodio de su ensimismamiento. El hombre pestañeó otra vez y se pasó la mano blanca por la calva.

—Con asaz claridad, preceptor. —El espectro de lo que pudo ser una sonrisa tensó las comisuras de los labios, pero desapareció en seguida—. Buenas noches tengas.

Con una seca inclinación de cabeza, el custodio salió de la sala privada. De inmediato, Ansel llevó la mano a la campanilla. ¡Maldición, la de polvo que había en ese lugar! Tenía el pecho cerrado y un picor en la garganta amenazaba con convertirse en tos. No se atrevió a empezar sin tener un vaso de agua a mano porque tal vez no podría parar. Ay, debió contener las riendas de su temperamento, no dejarse arrastrar al terreno de los gritos. Maldito fuera Vorgis y malditos todos los secretos que la orden mantenía ocultos incluso de sus ojos.

—¿Alquist? ¡Alquist! —El flacucho bibliotecario reapareció junto a él—. Ah, estás ahí, muchacho. ¿Me traes un poco de agua? Aquí hay demasiado polvo...

El cosquilleo aumentó. Ansel recurrió con torpeza al pañuelo cuando la tos se abrió paso a través de los pulmones. Cada exhalación era como si alguien lo atravesara con una sierra, y silbó como un fuelle agujereado mientras intentaba respirar de nuevo con normalidad. Alquist se lo quedó mirando con los ojos desmesuradamente abiertos, horrorizado. Ansel lo despidió mediante un gesto y se hundió de nuevo en la silla mientras que a medida que tosía más, y más lucecillas multicolores danzaban ante sus ojos.

Cuando Alquist regresó con una jarra y una taza, lo peor había pasado ya y el pañuelo manchado había desaparecido de la vista. Ansel aceptó agradecido la taza de agua y la apuró a sorbos hasta que se le suavizó la respiración. El joven bibliotecario permaneció cerca de la mesa.

—¿Se encuentra indispuerto, mi señor? —preguntó.

—No, hijo —respondió Ansel, que compuso una sonrisa poco convincente—. Soy demasiado mayor para estar en medio de todo este polvo.

El joven acarició la cubierta de las transcripciones de los juicios a brujos y luego se limpió la mano en la túnica.

—No me parece normal —murmuró—. ¿Por qué no cuidan mejor de ellos?

—A nadie le preocupan estos libros, Alquist. Su presencia aquí se debe a que nos avergüenza que su contenido se haga público. Pero tememos destruirlos.

A Alquist se le petrificó la expresión.

—¿Destruirlos? —repitió como un eco—. ¡Nunca habría que destruir un libro!

Ansel recibió esta opinión con una sonrisa ronca.

—Da gracias a que no habías nacido cuando la Inquisición estaba en su apogeo. La Iglesia quemó miles de libros.

—¡Pero eso no está bien!

—Ay, hijo mío. Tienes el alma de un auténtico bibliotecario. Para ti todo el conocimiento es precioso, incluso el profano. Si vivo lo suficiente, procuraré que asciendas a custodio de los archivos.

—Pero maese Vorgis es el custodio de los archivos.

—Tal vez el custodio de los secretos —replicó Ansel, burlón.

—¿Mi señor?

—Divagaciones de un anciano, muchacho. No me hagas ni caso.

Ansel dejó la taza en la mesa y tomó de nuevo el diario de Malthus. Una diminuta perla escarlata le guiñó un ojo desde la cubierta, antes de que la limpiara con la yema del dedo. Tenía la sospecha de que había sangre de sobras en aquellas páginas, pero de la que no deja manchas que puedan verse a simple vista. Se frotó la yema con el pulgar, observando cómo la mancha roja se convertía en un borrón antes de desaparecer. Después de Samarak tenía tanta sangre y restos en las uñas que le llevó una semana hacerlos desaparecer. Sin embargo, aún tardó más en volver a sentir que

tenía las manos limpias.

—¿Cómo andas de conocimientos de historia, hijo mío? ¿Sabrías decirme quién era preceptor de nuestra orden al finalizar las guerras de la Fundación?

—El preceptor Malthus —respondió en seguida Alquist—. Él lideró nuestro ejército en la victoria en el Desfiladero de Riannen.

—En efecto, buen trabajo. —«Al menos en cuanto a repetir como un loro lo que te enseñaron en el noviciado», pensó—. Espléndido, Alquist, pero anochece y sin duda estarás cansado. Tengo una cosa más que encargarte, si eres tan amable. ¿Ves este libro? ¿Hay otros escritos por la misma mano?

—No estoy seguro, mi señor. Tal vez sí, en el estante contigo.

—¿Podrías traérmelos, por favor? Después puedes retirarte.

—Lo haré tan pronto como pueda, mi señor.

—Ah, no hay prisa. Tómate tu tiempo. Yo tengo aquí lectura de sobras.

VIENTOS DEL NORTE

El otoño se abatió llegado del norte, enojado, revuelto. Las ventiscas azotaron Penglas con lluvias que sacudieron los marcos de las ventanas de la casa capitular, y que emitieron sus escalofriantes gritos de frustración en los huecos de las chimeneas. Gair no había volado en tres días y ya se sentía encerrado entre cuatro paredes. El viento había hecho que Aysha se volviera intranquila como un oso enjaulado.

Miró la taza de té que tenía en las manos. Buena porcelana de las islas, delicada, hecha de un material translúcido como la espuma de mar, mucho más frágil que las quebradizas tazas de cerámica del refectorio a las que se había acostumbrado. Más por tanto que lamentar; si hubiera sido una de éstas, su compañera no estaría hecha añicos en el hogar de la chimenea, adonde Aysha la había arrojado hacía unos instantes.

Estaba tumbada en el sofá, con los pies en alto y los tacones de las botas mordiendo sin cuidado el damasquillo marfileño que lo tapizaba, mientras ella se arrancaba un padastro. No era la primera vez que el tiempo atmosférico les impedía salir. En esos ratos siempre habían disfrutado de la conversación o el debate, pero había llegado un punto en que los vientos del norte les raspaban los nervios como una escofina. La loza se estaba llevando la peor parte.

—¿Te apetece más té? —aventuró él.

Una mirada ceñuda.

—No.

Su humor siempre empeoraba con el mal tiempo. Se volvía irritable e intranquila como un caballo que ha permanecido más de la cuenta en el establo, y Gair no daba con el modo de tranquilizarla. En la casa materna había un patio cubierto con suelo de turba donde sacar a los caballos cuando no era posible llevarlos al exterior, y todos a excepción de los más briosos agradecían que los almohazaran y les dieran de comer después. Pero por alguna razón no pensaba que un cuenco de salvado pudiera tener efectos similares en ella.

Arrodillado ante el hogar, llenó la taza de la tetera que mantenían caliente junto al fuego y se sentó de nuevo en su sofá. Al probar la bebida pensó que necesitaba endulzarla, pero para alcanzar la alacena situada sobre el escritorio de Aysha, donde guardaba la vasija de la miel, tendría que pasar por donde se sentaba ella, y ya le había regañado a gritos por hacer tanto ruido en el suelo de madera con las malditas

botas, tal como las llamó. Por tanto, se resignó a la amargura de la ardiente infusión y, no por primera vez, se preguntó por qué no la dejaba a solas con su malhumor.

Pero sabía el porqué, aunque había sido necesaria aquella jornada en la montaña para que finalmente fuese capaz de reconocerlo. Había un motivo para que sintiese que todo se le revolvía dentro siempre que ella lo miraba, una explicación que justificara por qué consideraba tan elegante el menor de sus movimientos, por qué apenas podía concentrarse en sus palabras, distraído por los gestos que hacía con las manos mientras le hablaba.

Tendría que alejarse de ella. Pretextar cualquier excusa y rechazar las invitaciones de Aysha para visitarla fuera de horas de clase. Formaba parte del consejo de maestros, él no era más que un simple estudiante, y había ciertas reglas en la casa capitular. No había nada que pudiera hacer para cambiarlo, tan sólo le quedaba aceptarlo. Pero que la santa madre lo perdonara: era incapaz de negarle nada a Aysha. Por tanto siguió donde estaba, intentando fingir que nada había cambiado, aunque no volvería a ser lo mismo desde que aquel primer beso le había devuelto la claridad al mundo.

—A este paso voy a quedarme sin uñas —masculló Aysha.

Dobló los brazos sobre el pecho y hundió las manos bajo las axilas para mantenerlas alejadas de los dientes. El gesto únicamente sirvió para tensarle la tela de la blusa a la altura de los senos, lo que le acentuó las curvas. Gair tuvo que agachar la vista antes de que ella reparase en su mirada, aunque luego fue necesario clavarla en la alfombra porque había recalado en los calzones de piel de topo. La alfombra, por tanto, demostró ser el único lugar seguro.

«¡Recuerda que es tu maestra!», se dijo con tesón. Todo eso estaba muy bien, pero al besarla ella no había actuado precisamente como su maestra, ¿verdad? Sin pensar, tomó un largo sorbo de té, tan amargo que estuvo a punto de atragantarse.

«Sólo fue un beso, y de eso hace más de una semana.»

«No es que estés contando los días.»

«No tuvo importancia.»

«Por eso no puedes dejar de pensar en ello, ¿eh?»

No tenía ningún sentido discutir consigo mismo al respecto. Por mucho que lo intentara, siempre eran los mismos argumentos. Tenía bajo la piel a Aysha, igual que una espina clavada, y lo único que podía hacer era aguantarse el escozor hasta que lograra librarse de él. A diario renovaba su decisión, pero a diario ella clavaba en él su tormentosa mirada y él se tambaleaba como un castillo de arena atravesado por la pleamar.

—Tendrías que irte —dijo ella, al cabo.

—Si eso es lo que quieres...

Ella apartó la vista.

—No soy buena compañía para gente civilizada, leahno. Si te quedas soy capaz de pagarlo contigo en lugar de hacerlo con la loza.

—No me vendría mal practicar un poco el tejido de escudos. Con ésta es la tercera clase que me salto.

Sus ojos azules relampaguearon y por un instante creyó haber dicho la palabra equivocada. Entonces los labios de ella se curvaron en una sonrisa, fue sólo una fracción de segundo, pero bastó para que sacudiera la cabeza en un gesto de desaprobación. Se llevó las manos crispadas a las sienes y lanzó un gruñido de frustración.

—Arg, ¿cómo te las arreglas para aguantarme? Estoy fuera de mí. —Reclinó la cabeza en el respaldo, se pasó las manos por la cara y suspiró—. Ve, anda, ve. Me sentiré mejor si duermo un poco. Un baño caliente me sentará bien, y si no es así recurriré a una botella de brandy.

—¿Estás segura?

Aysha cabeceó en sentido afirmativo. Gair dejó la taza en la repisa de la chimenea. Afuera el viento gimió al atravesar la ventana y la corriente sacudió las cortinas. Aysha se rebulló inquieta en el sofá.

—¿No hay nada que pueda hacer?

—Te pediría que me enjabonaras la espalda, pero es muy probable que acabe ahogándote en la bañera. Estoy segura de que encontrarás algo más interesante a lo que dedicarte, antes que hacer compañía a una vieja bruja como yo. —Lanzó una mirada fugaz en dirección a la puerta—. Vete. Estaré bien.

Ya en el corredor, una vez hubo cerrado la puerta a su espalda, tuvo que apoyarse en la pared y cerrar los ojos. Aysha en el baño. ¿Lo habría dicho en serio? Eso creía, que la madre se apiadara de él. Las imágenes cruzaron por su mente sin que pudiera evitarlo. La luz de las velas. El agua que perlaba la piel morena de ella. Por los santos, una esponja cubierta de espuma en la mano, una esponja con la que le enjabonaba la espalda, trazando lentos círculos. Apoyó la nuca en la piedra. Y todo lo que tenía que hacer era volver a sus habitaciones y decir que estaba dispuesto a acabar ahogado. Santa diosa. Pero si era su maestra.

Si hubiera pensado que con eso se ganaría la absolución, habría ido derecho al confesionario para exponer sus pensamientos impuros al oído imparcial del lector. Hubiera aceptado la penitencia y la habría cumplido con rigor, satisfecho. Sin embargo, era consciente de que eso no iba a detenerlos. En su corazón, en lo más profundo de la noche, no quería detenerlos, aunque esos pensamientos le hicieran hervir la sangre en las venas. Entonces, ¿por qué no regresar? ¿Por qué apartarse a sí mismo de la pared y dirigirse a la escalera, intentando convencerse de que aquello era lo correcto?

Se hallaba a medio camino del tercer tramo de escaleras sin estar más cerca de

una respuesta, cuando una voz conocida lo llamó por su nombre. Al darse la vuelta vio a Alderan en el corredor, cerrando la puerta de su despacho.

—Me preguntaba dónde andarías —dijo el anciano—. No te veo mucho por aquí últimamente. ¿Todo bien?

—Sí, gracias. ¿Qué tal tú?

El viento arrastraba la lluvia que repiqueteaba como gravilla en los cristales de las ventanas.

—Ah, bastante bien —respondió Alderan—. Estaría mejor si el ambiente no fuese tan húmedo. Me hace trizas las rodillas. —Se cogió las manos a la espalda e hizo un gesto con la cabeza para señalar el corredor que conducía al ala de los maestros—. Acompáñame un rato. Hace tiempo que no charlamos. ¿Has cenado ya?

Gair se situó a su lado, preguntándose adónde los llevaría aquella conversación. Tenía un presentimiento y, sin ningún fundamento racional, le puso los pelos de punta.

—Aún no. No tengo hambre.

«Tienes hambre, pero no de la que se satisface con comida», le apuntó la conciencia con una punzada de culpabilidad. Alderan arrugó el entrecejo, preocupado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó—. Das la impresión de haber sufrido un cólico.

«¿Tan transparente soy?»

—Sí, estoy bien.

—Tómame un vaso de leche caliente con miel, para que te asiente el estómago.

Giraron a la derecha, encararon el corredor principal, y luego doblaron a la izquierda en dirección al refectorio. Grupos de estudiantes pasaron por su lado, y también algún que otro maestro. Alderan los saludó a todos con una inclinación de cabeza o una palabra, antes de dirigirse a él con su habitual tono simpático:

—Doy por sentado que las lecciones con Aysha van viento en popa.

—Me queda mucho por aprender.

—¿Lo bastante para justificar las clases que te has saltado con los demás profesores? —Alderan abrió la puerta del refectorio y se detuvo bajo el dintel. Su expresión era grave, la mirada firme—. Me temo que esperaba mucho más de ti, Gair. Pensé que serías un estudiante mucho más... disciplinado.

—Cubrimos mucho terreno. A veces el tiempo pasa sin que nos demos cuenta.

—Estoy seguro.

—¿De qué querías hablarme, Alderan?

—De ti, en resumen.

Gair pestañeó, sorprendido. No era eso lo que esperaba.

—¿Sabes? —continuó el anciano—. Tienes un talento prodigioso. Uno de los

mejores que he visto. Si escoges no desarrollarlo, bueno, estás en tu derecho y es tu decisión, pero si me permites darte mi opinión creo que sería un desperdicio terrible.

—Y crees que lo estoy desaprovechando al ahondar en el conocimiento del cambio de forma.

—Me preocupa que puedas estar volcando tu energía en un aspecto de tu don, en detrimento del resto. Y no quiero perderte.

—¿Qué quieres decir?

—Aysha te habrá advertido, supongo. Acerca de profundizar demasiado en el cambio de forma, en que debes evitar permanecer en otro cuerpo más de la cuenta. Me habló de ello en una ocasión, no mucho después de su llegada a este lugar. Hizo que la sangre se me helara en las venas. Por lo visto, puedes adquirir demasiado del animal cuya forma has tomado prestada y olvidar el camino de vuelta. Sigues escuchando el canto, lo que pasa es que pierdes la capacidad de hacer uso de él. Si yo estuviera en tu piel eso me tendría asustado.

—Me explicó claramente los riesgos —dijo Gair, cauteloso.

De hecho, Aysha no hizo mucho hincapié en ellos, aduciendo que era necesario entregarse de lleno a una forma a fin de comprenderla y convertirse en el animal. Gair siempre se había mostrado más cauto, nunca permitió que el afán de cazar lo poseyera.

Alderan se mordió los labios.

—Sería una auténtica pena perderte, Gair. Podrías convertirte en un factor muy importante para la orden. Godril te tiene muy bien considerado, y todo el mundo sabe lo difícil que es impresionarlo.

Gair se encaró con él con los brazos en jarras.

—¿Exactamente qué te propones decirme con eso, Alderan? Si crees que paso demasiado tiempo con Aysha, por favor, adelante, dilo. No soy un crío, no tienes que andarte con tantos rodeos por temor a espantarme.

Una sonrisa de tristeza frunció la barba del anciano.

—No era eso lo que pretendía, muchacho —dijo, amable, antes de pellizcar el hombro de Gair y darle una palmada en la espalda—. Sólo me preocupo por tus ausencias, nada más. Aún tenemos algunas cosas que enseñarte que podrían serte de utilidad llegado el momento. Buenas noches.

Así las cosas, el anciano se adentró con paso lento en el refectorio. Gair lo vio alejarse con la sensación de haber discutido consigo mismo. Tal vez también le estaba afectando el viento del norte.

El *Estrella matutina* había tenido el viento en contra buena parte del viaje. Había pasado una semana bregando con una tormenta proveniente del oeste que roló a nordeste, dando bordadas durante ochocientas millas para cubrir un trecho de mar que

no superaba el centenar. Cada manga, cada yarda, se la habían ganado a mares contrarios, y la nave elfa había pagado un alto precio por ello. Sus líneas esbeltas habían perdido la pintura y dejaban al descubierto la madera, y habían dejado atrás una de las velas. El patrón apoyó las manos en la empuñadura de los cuchillos que ceñía en la cintura, y desnudó la dentadura ante Masen.

—Suerte tienes de que llevásemos este rumbo, guardián —dijo—, ¡o jamás podría perdonártelo!

Masen extendió las palmas de las manos a modo de disculpa, lanzó un juramento y tuvo que asir con fuerza el pasamano cuando el siguiente cabeceo estuvo a punto de arrojarlo al tablonaje. El elfo marino capeó el brusco movimiento con la agilidad de un bailarín, flexionando las piernas para acompasar el cuerpo al fuerte vaivén.

—Te lo agradezco, K'shaa, más de lo que puedo expresar con palabras.

—Tal vez sea necesario algo más que tu gratitud para aplacar a la dama. —K'shaa inclinó la cabeza en dirección a la popa, donde se hallaba de pie la cantora del barco, que gobernaba la rueda del timón. El largo cabello revoloteaba en torno a su rostro—. Mucho me temo que aún no me ha perdonado que impusiera mi decisión a la suya y te permitiera subir a bordo.

—Entiendo. ¿Cómo lo lleva? —se interesó Masen.

—Está cansada, pero jamás lo admitirá. Se lo noto en la voz.

Masen no oía nada, exceptuando el gemido del viento y el estampido del oleaje en las amuras, pero sintió el tirón del canto debido al poder con que ella manejaba el tejido. Se secó el rostro empapado.

—Podría ayudarla —propuso—. No puedo cantarle al barco tal como lo hace ella, pero podría compartir parte del peso de labrar el tejido.

K'shaa negó con la cabeza, columpiando las blancas trenzas.

—Es su labor, guardián. No la compartiré, y llegado el caso nunca lo haría contigo.

—Sólo quiero ayudar. Es lo menos que puedo hacer para pagarme el pasaje.

—Entonces te deseo suerte si pretendes convencerla. Mi hermana es muy orgullosa. —Cuando sonrió, los ojos rasgados centellearon—. Pero si estás dispuesto a pedírselo, ¡cuentas con mi bendición!

Masen avanzó paso a paso sin soltarse del pasamano de camino a popa, procurando apartarse de los demás elfos marinos que desempeñaban sus diversas labores. En cuanto llegó al extremo del alcázar, buscó los colores de la cantora del barco. Su canción lo enervaba.

«¡Mi señora!»

Ella arrugó el entrecejo, pero no respondió. El viento le agitaba la túnica verde agua.

«Señora, puedo ayudarte.»

Los labios le dibujaban una línea imperceptible cuando se apartó el cabello del rostro. Los dientes prietos y los ojos entornados proyectaron en su marfileño rostro una expresión felina. Siguió sin decir nada.

«Llevas dos noches sin dormir, mi dama. Permíteme ayudarte, y juntos haremos que el *Estrella* navegue con mayor velocidad.»

La cantora del barco clavó los ojos en el océano de aguas verdigrises que se extendía a proa. La quietud de su espinazo no mostraba indicios de ceder. En fin, la fortuna favorece a los audaces.

Masen siguió aferrado al pasamano hasta que tuvo la sensación de que el casco del barco montaba las olas; cada oleaje lo encumbraba, y a continuación la nave se hundía en el seno de la siguiente ola. Dio un salto en la resbaladiza cubierta y cerró ambas manos en torno a la rueda, rodeando con ellas el cuerpo delgado de la cantora del barco, cuyos ojos felinos, verdes, lo miraron por encima del hombro.

«¡Mucho das tú por sentado, Masen de la ciudad blanca!»

«Entonces déjame responder por mi presunción con el sudor de mi espalda, porque de buena gana sudaría por alguien tan hermosa como tú.»

La fina línea que le dibujaban las cejas se curvó hacia arriba. De modo que la dama no era inmune a los halagos cuando fracasaba la razón. La tentación de besar sus labios perfectos estuvo a punto de superar el temor que le infundían los cuchillos que su hermano ceñía en la cintura. En lugar de ello, inclinó la cabeza en un gesto cortés.

—A tu servicio, mi dama —dijo en voz alta antes de permitir que el canto fluyera a través de él.

De pronto sintió el temblor de la vida en la madera que aferraba, y también bajo las botas, el canto agudo del viento y del agua tamborileando en el propio tejido del barco. La cantora lo miró unos instantes más, luego se le suavizó la expresión y se volvió para encarar el viento. Masen sintió la caricia de su mente, fría, ajena y elegante; luego ella tomó del canto a través de él y, ambos, aunaron voluntades para conducir el *Estrella* a través de aquellas aguas hostiles. Masen concibió esperanzas de que la nave llegase a tiempo.

De regreso a su cuarto, Gair vio que la luz se filtraba por la puerta de Darin y se preguntó si el belisthano tendría tiempo para una partida de ajedrez. Últimamente la suerte le había sonreído y contaba ya con una serie de seis victorias seguidas, cada una de ellas más costosa que la anterior. Algo tan esencialmente cerebral podía ser justo lo que necesitaba para distraerse del asunto más visceral que lo había tenido en jaque de un tiempo a esa parte. Tal vez reuniera el coraje necesario para pedir consejo a su amigo.

Cuando Gair llamó a la puerta no hubo respuesta. Volvió a hacerlo, y la abrió lo

suficiente para asomar la cabeza y pronunciar en voz alta el nombre de Darin. El belisthano estaba desplomado sobre el escritorio, alarmantemente cerca de la vela. Gair se apresuró a apartarla de su cabello, luego lo levantó por los hombros y recostó a Darin en el respaldo. Había volcado el tintero y la mancha negra se le extendía por la túnica y lo que se antojaba el ensayo que había estado escribiendo. A su lado, la piedra para el anillo de compromiso destinado a Renna relucía sobre la bolsita de terciopelo como una gota de rocío en un pétalo de rosa.

—Darin, despierta. —Gair lo sacudió del hombro con suavidad—. Vamos, espabila.

Darin abrió los ojos de mirada vidriosa. Respiraba con dificultad.

Volvió a perder el conocimiento. Gair se preguntó si habría bebido más de la cuenta; tenía toda la pinta de estar embriagado. Pero el aliento no le olía a vino, y pensándolo bien, Gair no recordaba que fuera muy amigo de la bebida. De pronto recordó algo que Darin le dijo cuando se conocieron.

—¡Darin! ¡Despierta! ¿Cuándo comiste por última vez?

El belisthano intentó decir algo, pero fuera lo que fuese surgió convertido en un gemido. Gair lanzó un juramento. Lo dejó recostado en el asiento y se dispuso a registrar el cuarto en busca de algo de comer, pero no encontró nada. El registro de los bolsillos de Darin dio idéntico resultado. Gair juró de nuevo, más alto. Tendría que llevarlo al dispensario. Una vez arrastró al delgado Darin al corredor, dio una patada en la primera puerta que encontró.

—¡Abre, Clovas! ¡Necesito tu ayuda!

La puerta la abrió un escurrido niño de doce años vestido con camisón de dormir y una capa de adepto. Pestañeó extrañado al ver a Gair con Darin, inconsciente, al hombro. A lo largo del corredor se fueron abriendo otras puertas, y algunas voces exigieron saber qué motivaba el alboroto.

—Ve corriendo a la enfermería y dile al primer sanador que encuentres que Darin está enfermo y que no tardaré en llegar con él a cuestas.

El aprendiz permaneció inmóvil.

—Clovas, esto va en serio. —Gair cogió al muchacho del brazo y lo arrastró fuera del cuarto—. ¡Corre!

Clovas se alejó por el pasillo tras soltar un gritito. Gair lo siguió tan rápido como pudo, haciendo caso omiso de las miradas perplejas y las preguntas que le dirigieron los demás estudiantes. En un abrir y cerrar de ojos, el corredor se había despertado y estaba lleno de asombro. La inventiva de los juramentos de Gair alcanzó nuevas cotas.

—¡Apartaos de mi camino, diantre! —Les arreó con el brazo que tenía libre, pero se mostraron confundidos, lentos en su reacción—. ¡Vamos, moveos!

Frustrado, recurrió al canto y provocó la explosión de ilusorias bolas de fuego a lo

largo del pasillo con objeto de despejarse el camino. Los estudiantes, espantados, retrocedieron entre gritos de pasmo, aparte de un par de adeptos que exigieron saber qué se había propuesto con eso.

—No tengo tiempo de quedarme aquí discutiendo. Dejadme pasar.

Se abrió paso por la fuerza, pero lo siguieron, quejándose sin parar. Una vez se quedaron atrás, se apresuró escalera abajo y cruzó el claustro. El viento gemía entre las columnas y le estorbó el paso arrojándole hojas secas al rostro. Ya no faltaba mucho; franqueó la entrada a los patios de prácticas, accedió a la encrucijada y, bendito fuera, ahí estaba Clovas, cabeceando en la estela de la silueta de espantapájaros perteneciente a Saaron. El canoso sanador hizo un gesto a Gair para que entrara en el quirófano.

—Tráelo, tráelo. —Saaron señaló la mesa de operaciones—. Tumbalo aquí.

El sanador tomó un escalpelo de un cajón y cortó la túnica y la camisa manchadas de tinta de Darin, luego acercó el oído al pecho del joven, atento a su respiración. Le buscó el pulso en el cuello y la muñeca con hábiles dedos. Finalmente chascó la lengua.

—Lento, terriblemente lento. Incorpóralo, ¿quieres?

Gair apoyó los hombros de Darin en su propio pecho, y se sirvió de la otra mano para levantarle la barbilla. Saaron desapareció en el dispensario y regresó poco después, revolviendo una sustancia en un tazón.

—Veamos si podemos hacer que beba un poco.

Recurrió a una cuchara para introducir el líquido entre los labios flácidos de Darin. A Gair le olió a miel.

—¿Qué es?

—Miel y agua caliente —respondió Saaron—. Darin tiene algo llamado enfermedad del azúcar. Si no come con regularidad, si pasa un rato largo sin comer, puede caer en coma, tal como ahora, y si no se le atiende con la rapidez necesaria puede incluso morir. Es más común de lo que la gente cree, sobre todo en los niños, que no saben qué les sucede y son incapaces de describirlo, de modo que no se les diagnostican los síntomas. —Introdujo de nuevo la cuchara en la boca de Darin, que balbuceó sin fuerzas y tragó con dificultad—. ¿Cuánto hace que lo encontraste así?

—Hará unos minutos. Se había desplomado sobre el escritorio. Pensé que se habría quedado dormido, pero no pude despertarlo. Busqué comida en su cuarto, pero no encontré ni una miga.

—No se te escapa nada. Tú eres Gair, ¿verdad? Tanith me habló de ti. —Saaron levantó los párpados de Darin y echó un vistazo debajo—. ¿Qué tal la cabeza?

—Ya me he recuperado, gracias. ¿Se pondrá bien?

—Creo que sí. Debido, en buena parte, a la prontitud de tu actuación, si me permites el apunte. —Saaron dejó el tazón y se rascó la cabeza. Tenía muy revuelto el

pelo color hierro, como si no estuviera familiarizado con el manejo del peine—. Se supone que Darin tiene a mano en todo momento una cajita de dulces, chokolatinas o algo, metida en el bolsillo. Cuando empieza a sentirse indispuerto come algo, por poco que sea. Probablemente la haya extraviado. Tiene un pistacho por cerebro, me sorprende que no haya olvidado su propio nombre. ¿Me ayudas a llevarlo allí?

El sanador señaló en dirección a la puerta que conducía a la sala. Gair asintió, y juntos llevaron a Darin a la estancia de piedra encalada, iluminada por lámparas, donde largas hileras de camas se alineaban a lo largo de las paredes, separadas por cortinas correderas por si fuese necesaria cierta intimidad. En un extremo se distribuían algunas estancias individuales, destinadas a los pacientes que necesitasen silencio absoluto. Saaron lo llevó a una de esas estancias, donde encontraron la cama hecha. Poco después, Darin estaba desnudo y cubierto por mantas.

—Me ocuparé de que uno de los adeptos le haga compañía en todo momento hasta que despierte —decidió Saaron—. Habrá que tenerlo más vigilado, hace mucho tiempo que no estaba tan mal. Mañana te haré saber cómo se encuentra.

Gair regresó a su cuarto con Clovas pisándole los talones. La barahúnda había cesado, y la mayoría de los estudiantes había vuelto a sus cuartos, aunque algunos permanecían apoyados en el marco de la puerta, expectantes, mientras los dos adeptos afrentados exponían lo sucedido al maestro Barin. Sus voces se alzaron al ver a Gair. Barin le hizo un gesto para que se les acercara. Gair acompañó a Clovas a su cuarto antes de hacer caso al maestro.

—¿Arrojaste bolas de fuego a estos dos estudiantes Gair? —preguntó Barin con su melosa voz de tenor.

—Sí. —Era la verdad y no pensaba negarlo—. Darin estaba inconsciente y yo intentaba llevarlo a la enfermería. Estos dos se interpusieron en mi camino y no se mostraron dispuestos a apartarse.

Barin frunció los labios.

—Comprendo. Gracias, caballeros —dijo a los adeptos—. Podéis volver a vuestras habitaciones. Creo que a partir de ahora puedo encargarme de esto.

Hicieron ademán de protestar, pero Barin levantó la mano para silenciarlos. Con gesto altivo, se cubrieron los hombros con la capa y se alejaron por el pasillo. Barin exhaló un suspiro.

—¿Tienes la costumbre de hacer enemigos? —preguntó—. Primero Arlin, y ahora esos dos.

Gair se sorprendió por segunda vez aquella velada.

—¿Cómo sabes lo de Arlin?

—¿Crees que los maestros no nos dirigimos la palabra? Toda la casa capitular sabe que Arlin intentó romperte el cráneo y que tú le fracturaste las costillas. Estoy seguro de que incluso corren apuestas para ver quién de vosotros mata antes al otro.

—Barin sacudió la cabeza—. Gair, sin pretenderlo, eres capaz de hacer cosas que adeptos como Maarna, a quien acabas de conocer, no lograrían sin practicar una semana. Sé que no te vanaglorias de tu talento, pero debes ser consciente de que hay quienes sienten rencor hacia ti por ello.

—¿Como Arlin?

—Sin ir más lejos —admitió Barin—. No tiene mucho talento, pero es un buen espadachín. El mejor que teníamos hasta que tú le diste una buena tunda con tu adiestramiento suvaeano. No sólo eso, sino que también resulta que tienes un gran don. Estoy convencido de que no tengo que hacerte un dibujo para que lo entiendas.

Gair asintió. Sabía muy bien a qué se refería el maestro de pelo oscuro. La última vez que había acudido a practicar al patio antes del desayuno, había echado al terminar un trago de la jarra para descubrir que le habían salado el agua. La vez anterior, le echaron vinagre. No tenía pruebas, pero podía estar seguro de quién era el responsable, a pesar de que ni siquiera habían cruzado una palabra en las clases de Haral.

—Por desdicha, Arlin pertenece a esa clase de personas incapaces de perdonar a quienes son mejores que ellos —continuó el maestro—. No estará satisfecho hasta que pueda superarte en algo. Te sugeriría que de vez en cuando le permitieras vencerte con la espada, pero eres leahno y dudo que tu orgullo te permita esa licencia.

Se detuvieron al llegar a la puerta del cuarto de Darin. Barin puso la mano en el hombro de Gair.

—Ten cuidado, Gair —advirtió—. Tus talentos despertarán la envidia de algunos, gente que nunca podrá perdonártelos, por mucho que tú no tengas la culpa de nada. Esas personas te harán daño, porque están acostumbradas a ser el centro de atención y tú eres una distracción que aleja a los demás de ellos, sencillamente por ser quien eres. No olvides mis palabras.

—No las olvidaré —prometió Gair.

—Estupendo. ¿Te espero mañana para nuestra clase?

—Por supuesto, maestro Barin. Palabra que asistiré.

—Y la palabra de un leahno está escrita en hierro, de modo que doy por hecha tu asistencia. Estoy convencido de que también complacerá a mi hermano. Me dice que sus alumnos están cansados de salir a buscarte por toda la casa capitular, para acabar descubriendo que Aysha ha vuelto a llevarte por ahí.

Gair torció el gesto.

—Supongo que a estas alturas todo el mundo lo sabe —dijo, alicaído.

—Quienes estuvimos presentes aquel día sabemos qué significa cuando un novicio informa que la maestra Aysha pretexto que estás estudiando con ella. Tal vez algunos de los estudiantes también hayan juntado las piezas del rompecabezas. Sabrás lo difícil que es guardar secretos en un lugar como éste. Los estudiantes

chismorrean más que las ancianas el día de hacer la colada, y Aysha ni siquiera pretende mostrarse discreta respecto a su particular don.

A Gair le hubiera gustado poder llevar la contraria al maestro. A Aysha no parecía importarle quién estuviera al corriente de sus habilidades, pues no las ocultaba a ojos de nadie en la casa capitular. Él no se sentía cómodo con ello. Era algo demasiado personal para compartirlo con el resto del mundo. Pero la suerte estaba echada, así que tendría que acostumbrarse a ello. Barin se alejó por el corredor.

—Recuerda, mañana a media prima, ¡no te retrases ni un segundo!

RUMORES

No iba bien. Tendría que volver a empezar desde el principio. Gair bajó la espada y anduvo de vuelta al patio. Había acudido puntual el día anterior a la agotadora clase bajo la atenta y crítica mirada de Barin, y le había costado bastante concentrarse en el canto con el repiqueteo de la lluvia en la ventana del salón de conferencias, y el viento gimiendo en el hueco de la chimenea como un tropel de espectros, por no mencionar lo preocupado que estaba por Darin. Había transcurrido un día entero sin tener noticias de la enfermería, lo cual había mermado aún más su capacidad de concentración. En el último enfrentamiento había estado a punto de cortarse los dedos de los pies.

Secó con una toalla el sudor del rostro y el pecho, y bebió un vaso de agua. Era tan temprano que aún reinaba la oscuridad, pero había creado brils a lo largo del borde del alero del tejado, y la luz blanquiazul que desprendían brillaba como la luna, aunque no despidieran la menor calidez. Si se quedaba quieto mucho rato, el viento privaría a sus músculos del calor que les había proporcionado en la pasada hora, hasta tal punto que daría lo mismo arrojar la toalla y volver a la cama.

Puso ambos pies en la primera posición y luego blandió lentamente la espada, con cuidado, antes de avanzar. Volvería a ejecutar las rutinas más básicas, las que conocía tan bien como respirar, y a partir de ahí intentaría recuperar la concentración. De otro modo, al día siguiente Haral lo enviaría derechito a la clase de los novicios.

«Primera posición. Respira hondo. Espera un latido de corazón... y empieza.»

No se oía ningún otro ruido, aparte del que hacían sus pies en el frío terreno, el silbido del aire en las briznas de hierba. Gair mantuvo la respiración bajo control y, poco a poco, fue recuperando el ritmo. El fluido y suave bascular del peso de un pie a otro. El equilibrio y la compensación iban de la mano, de modo que cuanto más rápido se movía más lentamente discurrían sus pensamientos hacia el punto de perfecta y glacial claridad donde no tenía que pensar siquiera, puesto que sus músculos ya sabían qué hacer.

Cuando alcanzó el extremo del patio, volvió a empezar por el principio, pasando por cada bloqueo, parada, estocada, del ritmo que llevaba grabado en la cabeza. Selenas solía dar palmadas para marcar el compás mientras se desplazaba de un lado a otro de las hileras compuestas por esforzados novicios. Aunque el nudoso maestro de esgrima se encontraba muy lejos, Gair aún podía oír el preciso compás de cada ejercicio. Hacía tictac como los latidos de corazón, y sus pies obedecían, llevándolo

de una rutina a otra, como en un baile.

Mejor. Mucho mejor. Después de todo, tal vez no daría una imagen pésima en la próxima clase de Haral. El maestro de armas le había asignado la semana anterior a un nuevo compañero, un syfriano recio como un buey, con aspecto lento hasta que asió el palo con ambas manos, momento en que Gair se vio riñendo con un remolino sólido y fuerte como la muralla de un castillo. Hasta que midió la capacidad de su oponente, estuvo a punto en más de una ocasión de llevarse un buen golpe. A pesar de todo, al terminar la clase tuvo que hacer un esfuerzo para despegar los dedos de la espada de madera con la que practicaba. La próxima vez quería presentar una defensa más sólida.

El sol casi se había alzado del todo cuando tuvo la sensación de que alguien lo estaba observando. El desánimo se impuso. No era un buen día para tolerar a Arlin y a sus secuaces. Dejaron de adulterar el agua de su jarra cuando alguien quiso echarle una guindilla entera y descubrió que Gair sabía cómo tejer un encantamiento de protección que funcionaba como un cepo que se cierra sobre su presa. Cuando Gair sintió la descarga del encantamiento, siguió adelante con las rutinas de espada, de modo que no alcanzó a ver quién lo había hecho saltar, pero al día siguiente uno de los amigos de Arlin, Nenris, llevaba dos dedos entablillados. Así las cosas, el asunto quedó en tablas, pero Gair supo más allá de toda duda que la partida estaba mucho de darse por concluida.

No permitiría que arruinaran una concentración en cuya recuperación había puesto tanto empeño. Si estaban dispuestos a divertirse a su costa, por él podían seguir ahí sentados hasta que terminara. Hizo el esfuerzo de aislarse de todo, lanzó un tajo y se volvió al finalizar la rutina. Diez pasos más. Ocho. Tres. Giro y final.

Como si hubiera atrapado el eco del bril, la hoja relampagueó blanquiazul y se detuvo a la altura de la garganta de Sorchal. El atezado elethrainiano, sentado en la barandilla que bordeaba el camino, levantó ambas manos en un burlón gesto de alarma.

—¡Cuartel, señor caballero! ¡Me rindo!

Jadeando, Gair apartó la espada.

—Perdóname, esperaba a otra persona.

Su interlocutor enarcó las cejas negras.

—Ah, pero ¿hay más gente despierta a esta hora de la mañana?

—Tú, por ejemplo —replicó Gair.

—Eso es porque aún no me he ido a dormir —dijo Sorchal, a quien le centellearon los ojos.

—¿Has pasado una buena noche en el Dragón Rojo?

—Podría decirse así. —El elethrainiano bajó de un salto de la barandilla y le tendió la mano—. No creo que nos hayan presentado formalmente. Sorchal din Urse,

hedonista y haragán.

Gair se secó en la ropa blanca el sudor de las manos y estrechó la mano que le tendían.

—Gair. Excomulgado Leahno e hijo bastardo.

Sorchal esbozó una sonrisa torcida. Tenía fracturado uno de los dientes, lo que proporcionaba un aire travieso a la sonrisa, y eso, combinado con los ojos esmeralda y el atractivo moreno, hizo que Gair empezase a comprender algunas de las historias que circulaban por ahí.

—Ya me caes bien. Eres de los que siguen su propio camino. Sólo los aburridos respetan las normas. —Miró en dirección a la muralla este, donde el brillante hilo de luz apenas superaba las tejas—. ¿Siempre madrugas tanto?

—Casi todos los días. Me gusta el silencio.

—Y te mantiene apartado de Arlin —señaló Sorchal—. Supongo que te debo una, Leahno. Ya iba siendo hora de que alguien diese una buena patada en el trasero a ese gallito. Me encantaría haber tenido la destreza suficiente para hacerlo yo.

—Te he visto en la clase de Haral. Eres bueno.

El elethrainiano hizo un gesto de negación con la cabeza.

—La espada de hoja larga no es mi auténtica arma. A mí se me da mejor la ropera. Con ella resulta más sencillo cortar la cinta del cabello de una muchacha. —Hizo un gesto de muñeca con una espada imaginaria—. Si lo intentara con esa hoja de carnicero que empuñas, probablemente acabaría decapitando a alguien, ¿y después quién estaría dispuesta a recibir mis besos?

—¿Su afligida madre, quizá?

—¡Ah, vil calumnia! —acusó Sorchal—. Fue una boda, no un funeral, y la dama en cuestión era la madre de la novia, y no de la difunta. —Su expresión afrentada adoptó de nuevo otra sonrisa deslumbrante—. Aunque debo admitir que tu versión añade cierto tono picante a mi reputación de bribón.

Gair recogió la toalla, que se colgó sobre el hombro. Había llegado el momento de parar si pretendía darse un baño y comer algo antes de acudir a la clase del maestro Coran.

—A juzgar por lo que he oído, me maravilla que ningún marido afrentado te haya ensartado como un pichón.

—El truco, amigo mío, es que no te pillen. Además, a mí lo que me sorprende es que no tengas tu propia corte de tórtolas. Tanto hacer ejercicio desnudo de cintura para arriba. Casadas o doncellas, a las mujeres les encanta ver sudar a un hombre.

Sorchal le guiñó un ojo y rompió a reír cuando Gair agachó la cabeza para ocultar el rubor que se le extendía por el rostro.

—Discúlpame, no tendría que burlarme de ti —dijo, intentando parecer contrito—. Bueno, yo ya te he entretenido bastante, y la cama me está esperando. Si te dejas

caer una noche por el Dragón, será un honor para mí invitarte a una copa de lo que más le plazca a tu paladar, aunque sólo sea por la lección que le diste a Arlin.

Dicho lo cual se echó la capa al hombro y cruzó a buen paso el patio, silbando. Cuando alcanzó la puerta, se detuvo un instante.

—Por cierto —dijo—, he apostado cinco imperiales por ti. ¡No me defraudes!

Gair sacudió la cabeza y recogió el resto de sus pertenencias. Las conquistas de Sorchal corrían en boca de todos en el dormitorio, tanto que reducían a Darin a un modelo de castidad, pero era tan afable que era imposible sentir antipatía por él. Incluso la imponente arrogancia la salvaba un sentido del humor que hacía de ella una característica más de su carisma, en lugar de algo ofensivo.

Después de darse un baño y cambiarse la ropa, Gair caminó de vuelta a su cuarto para dejar la espada. Cuando abrió la puerta encontró a Tanith inclinada sobre su escritorio, pasando las hojas de uno de los libros que había tomado prestados de la biblioteca.

—*El príncipe Corum y los cuarenta caballeros* —dijo ella, levantándolo—. También es uno de mis favoritos. Recuerda que no tienes que creer una palabra de lo que dice el autor respecto a los astolanos. No creo que llegase a conocer a ninguno.

—¿Las orejas?

—Como podrás ver no terminan en punta. —Cerró el libro, que devolvió a la pila—. Pensé que te gustaría saber que tu amigo Darin ha despertado y se está recuperando bien. Dice Saaron que gracias a ti logrará volver a ser el mismo de siempre.

—¡Qué buena noticia! —Gair ya no sintió el cansancio—. ¿Puedo visitarlo?

—Pues claro. Te acompañaré. ¿Siempre es tan inquieto? Nos está costando lo nuestro mantenerlo en cama.

Afuera, en el patio de los dormitorios, el viento no había dejado de gemir. Las hojas secas giraban en torbellino alrededor de sus pies, y las losas y las tejas en lo alto relucían como peltre bajo el cielo apagado.

—Perdona mi brusquedad, pero ¿te han evaluado ya? —preguntó Tanith mientras caminaban—. Aparte del personal y los niños, aquí eres el único que no lleva capa o túnica.

Gair pensó en la prenda azul de lana, doblada cuidadosamente en el fondo del armario.

—Nadie ha mencionado nada al respecto. Aún —respondió sin faltar a la verdad—. Supongo que no se habrán decidido.

—Pero llevas aquí... ¿cuánto? ¿Tres meses? —Y cuando lo vio asentir, añadió—: Es la primera vez que el consejo se toma tanto tiempo.

—Tal vez no sepan qué hacer conmigo.

Tanith le miró con curiosidad.

—Recuerdo cuando tuve que atender el golpe que te dieron en la cabeza. Por lo que vi entonces parecías muy fuerte, más que cualquiera que haya conocido en lo que llevo aquí, a excepción de algunos maestros. ¿Qué estás estudiando?

—Todo, creo. Tengo práctica de armas dos veces por semana con el maestro Haral; el maestro Coran me da clase de encantamientos de protección; luego Barin, Eavin, Esther y Dogril se encargan de los cuatro elementos, y el resto me anima a probar todo aquello que no esté aprendiendo con los demás.

Tanith enarcó ambas cejas, sorprendida.

—¿Eres lo bastante fuerte en los cuatro elementos?

—Eso parece. No ha habido nada de todo lo que he intentado hacer que no haya logrado dominar con paciencia y práctica.

La sanadora astolana lo miró con asombro, y luego pronunció una palabra en su propia lengua que, a juzgar por cómo sonó, tenía aspecto de no ser propia de una dama. Extendió ambas manos hacia el rostro de Gair.

—¿Puedo?

Él reuló.

—Depende de qué te propongas hacer.

—No te dolerá.

—Eso dijo el maestro Brendan cuando quiso saber por qué me parecían tan sencillas las ilusiones. Me dejó con un dolor de cabeza tan fuerte que veía doble.

Ella rió.

—No te preocupes, sólo quiero mirarte.

Puso las manos en ambas mejillas y cerró los ojos. Su mente sobrevoló la superficie de sus pensamientos con el tacto de una pluma; no fue desagradable, más bien le produjo cierto cosquilleo.

—¿Qué haces?

—Shh. Tengo que concentrarme.

La luz y su calidez lo inundaron de forma tan repentina que dio un respingo. La exploración lo recorrió desde la coronilla a los dedos de los pies, y desde los dedos de los pies a la coronilla, de modo que se le estremecieron todos los nervios y se le puso la piel de gallina. Fue consciente del picor de la lana de los calzones, la piedra helada bajo la suela de las botas, y el vello del cogote, del millar de sensaciones cotidianas que por lo general su mente bloqueaba.

Tanith abrió los ojos y apartó las manos, momento en que las sensaciones se desvanecieron. Los ojos de ella lo miraron con curiosidad, como cuando un joyero valora a simple vista una piedra preciosa.

—Sin ir más allá no sabría decir cuál puede ser el alcance de tu potencial —dijo lentamente—. Un ensayo completo requeriría de dos sanadores y, probablemente, media docena de maestros, dado todo lo que he podido ver, y sería mucho más

exhaustivo que las pruebas iniciales. No suele llevarse a cabo, ¿comprendes? Sólo en casos especiales.

—¿Y?

—Bueno, yo diría que es probable que seas uno de esos casos especiales. Pediré a Saaron que lo exponga la semana que viene en el consejo, y luego ya veremos. Lo que está claro es que, sea como sea, eres un graduado.

Ya en la puerta de la enfermería, Gair le abrió para que ella pasara y la siguió a través de la sala de espera hasta la estancia donde las camas se alineaban en las paredes. Había pocos pacientes, así que la mayoría de las plazas estaban vacías. Tanith hizo una pausa en el escritorio para cruzar unas palabras con el sanador que estaba de guardia, y luego señaló hacia un lugar de la sala.

—Ahí lo tienes, justo al fondo —dijo.

Darin tenía mucho mejor aspecto. Había recuperado el color, pero tenía tales bolsas bajo los ojos que resultaba extraño que no las acompañase una nariz rota. Sorbía un vaso de cordial cuando oyó los pasos que se acercaban y levantó la vista.

—¡Gair! —exclamó, dejando el vaso en la mesilla. Una sonrisa de oreja a oreja le dividió en dos el rostro—. ¿Cómo estás?

—Cansado. —Gair se procuró un taburete para sentarse—. ¿Y tú? ¿Qué me cuentas? Me ha preguntado bastante gente por ti.

—Ah, estoy bien. Un día más y Saaron me dará el alta.

—Es una buena noticia. Me diste un susto de muerte cuando te encontré inconsciente.

—No recuerdo nada —admitió Darin, que hizo una mueca—. Me estaba peleando con el ensayo para Donata, cuando de pronto me vi tumbado aquí, junto a una hermosa pelirroja que me daba de comer con cuchara.

—Un cambio para mejor, sin duda —se burló Gair.

—Casi es una lástima estar tan comprometido. Esa Tanith es una auténtica preciosidad.

Gair miró hacia la entrada, pero la astolana se había marchado.

—La maestra Donata me pidió que te dijera que esperaba que te recuperases pronto, y que te ha ampliado el plazo de entrega hasta el final de la próxima semana para que presentes ese ensayo.

La sonrisa de Darin se hizo si cabe más pronunciada.

—Eso es tiempo más que suficiente para que tú me lo redactes. ¿Prometes ayudarme? —le rogó—. Con tu ayuda siempre obtengo notas más altas.

—Quizá debas dedicar más tiempo al estudio y menos a revolotear en torno a Renna.

—¡Yo no revoloteo!

Entre risas, Gair inclinó el taburete sobre las patas traseras para apoyarse

cómodamente en la pared.

—Si tengo tiempo echaré un vistazo a tu ensayo, contigo al lado, y te ayudaré a pulirlo, te lo prometo, pero los maestros me mantienen ocupado. Que si haz esto, que si muéstrame aquello, que si vuelve a hacerlo, que si practica, practica, practica... No hago más que lo que me piden para tener un rato para dormir por las noches. Siguen sin decidirse a evaluarme.

—¿No?

Gair hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Incluso Tanith me lo ha mencionado. ¿Es extraño? Quiero decir si pasa alguna vez que tarden tanto en decidirse.

—No tengo ni idea —dijo Darin—. Sólo llevo aquí un par de años, y todos los que conozco fueron evaluados casi de inmediato. Quizá el consejo esté preparando una nueva categoría para ti. Eres el más fuerte de nosotros, sobre todo con eso de...

—Hizo un gesto con la cabeza y bajó el tono de voz—. Bueno, ya sabes.

—No es más que un talento, Darin.

—Sí, ya, eso es lo que tú dices. ¿Te ha mencionado algo Aysha respecto a la capa?

—No. Es como si nunca hubiera sucedido.

—¿Aún la conservas?

—Metida en el armario.

—Tal vez tendrías que ponértela un día y entrar en el refectorio —sugirió Darin—. Podría acelerar un poco el proceso. ¿Sabías que la mitad de la casa capitular cree que sois amantes?

Apoyó con un estampido las cuatro patas del taburete.

—¿Cómo?

—Te pasas las horas en su despacho. Si no pones a los demás al corriente de ese otro talento tuyo, ¿qué otra cosa van a pensar?

A Gair empezó a arderle el rostro.

—Darin, ¡es mi maestra!

—¿Y? No sería la primera vez que se rompen las normas.

—Ni siquiera puedo creer que des alas a esa idea. Es absurda.

—Hay un dicho en el lugar del que provengo que dice que los rumores tienen alas de águila y la verdad tan sólo puede caminar. Dale un tiempo y todo el mundo sabrá el nombre de tus hijos antes incluso de que hagas la cama.

—Darin, te juro que no somos amantes.

Pero al decirlo su conciencia le recordó una o dos ocasiones en las que lo había sido, incansable y tierno, en ese coto privado que era el interior de su propia mente. El recuerdo de aquellos sueños lo sonrojaron.

—Estás obsesionado con el sexo —dijo sin convicción.

—No puedo evitarlo. Renna no me deja bajar de la cintura, y eso me está matando.

—Creo recordar que Renna tiene más que suficiente por encima de la cintura para que tengas las manos llenas.

—Tiene una par de jugosas manzanas, pero yo quiero todo el jardín de árboles frutales. Lo sé, lo sé, la santa unión supone un compromiso que no debe tomarse a la ligera, sino con castidad, con sobriedad y tal y cual. —Darin pronunció la cita de la ceremonia del matrimonio con lo que entendía era el tono monocorde de un sacerdote —. Todo eso está muy bien, pero los huevos se me están poniendo azules.

—¡No creo que debas compartir eso conmigo!

—Tienes que contarme qué está pasando entre Aysha y tú. Eso me lo debes. ¿No hacéis más que cambiar de forma? ¿Nada más?

—Nada a excepción del aire fresco y el ejercicio saludable, te lo prometo. Y mucho té y discutir cuando hace mal tiempo. Odia el frío.

—Ajá.

—No me mires de ese modo, te estoy diciendo la verdad. Volamos bastante, o subimos a las colinas en forma de lobos. Ese tipo de cosas. Me ha enseñado a adoptar nuevas formas, y también cómo mejorar algunas a las que no les había cogido el truco. Eso es todo.

—¿Sabes que aún no he visto cómo te transformas?

—¿No te basta con mi palabra de que puedo hacerlo?

—Te creo, Gair, es que me gustaría verlo con mis propios ojos, si no te importa.

—¿Aquí?

—Ahora es una buena ocasión.

Gair cerró los ojos y buscó el canto que fluía en su interior y que lo llenó al instante. Dejó que la música lo envolviera, luego tomó de él y halló la forma del águila encarnada. Le resultaba difícil permanecer posado en la superficie lisa del taburete y sus garras rayaron el barniz, así que al cabo de unos instantes recuperó su forma humana. Darin tenía los ojos tan abiertos que parecían a punto de salirse de las órbitas. Lanzó un juramento elaborado y bastante largo.

—Nunca había visto nada semejante. Es increíble. ¿Cuánto hace que eres capaz de hacerlo?

—Desde los once años.

Darin se recostó en las almohadas mientras se pasaba la mano por el cabello.

—No sé qué decir.

—Pues eso en ti es una novedad.

—Gracias. —El belisthano le dedicó una débil sonrisa.

—De nada.

Tanith reapareció sin que se dieran cuenta, pues sus pasos eran imperceptibles.

Llevaba una taza que dejó en la mesilla de noche.

—Lo siento, pero creo que Darin ya ha tenido bastante por hoy y tiene que tomar algunas medicinas. ¿Quieres que te acompañe a la puerta?

Darin gruñó, pero la promesa de Gair de visitarlo de nuevo al día siguiente, después de cenar, logró apaciguarlo. Dejó al belisthano tomando la medicina con el gesto torcido ante el mal sabor que tenía, mientras Tanith lo acompañaba a la entrada de la enfermería. En cuanto franquearon el umbral, Aysha lo llamó mentalmente, exigiendo su atención y preguntándole de malos modos dónde estaba. Entonces fue Gair quien torció el gesto; de hecho, le estaba gritando.

—¿Sucede algo? —preguntó Tanith.

—La maestra Aysha. —Se señaló con un gesto la cabeza—. Quiere saber dónde he estado.

—La enfermería está a cubierto —le contó Tanith—. Qué remedio. El murmullo de miles de mentes trabajando con el canto nos impediría concentrarnos. Es capaz de distraer a cualquiera, es como intentar entender lo que dice alguien entre el gentío. El físico de guardia está excluido, de modo que puedan pasarse mensajes de un lado a otro, pero supongo que ella no sabría dónde estabas. —Inclinó la cabeza a un lado—. Podrías bloquearla y responder únicamente si te resulta conveniente.

—No sé cómo hacerlo —admitió Gair—. No sé comunicarme de ese modo.

—¿De veras? —De nuevo Tanith lo miró calculadora—. Eres muy extraño. Llegas de lejos con tus dones, pero aún no has descubierto cómo hablar mentalmente.

—Hay tantas otras cosas que aún no he descubierto... Los maestros siempre comentan lo fácil que me resulta todo, salvo las habilidades más simples.

—Sucede a veces, incluso entre mi gente. No sabemos muy bien el porqué. Puede que se deba a algo parecido a que hay bebés que aprenden a hablar y caminar antes que otros.

—Mi madre adoptiva solía decir que yo era de los que les cuesta.

Tanith esbozó una sonrisa.

—Ahí lo tienes, pues. Con el tiempo lo aprenderás. Ahora será mejor que vayas. Percibo su impaciencia desde aquí.

—De hecho, esta mañana tengo clase con el maestro Coran.

—¡Ah! —La confusión transformó la expresión de Tanith, quien seguidamente se sonrojó—. Bueno, son pasadas la prima, así que será mejor que te apresures. Si hay algo que incordie a Coran son los retrasos. Que pases un buen día.

Con las mejillas sonrosadas como los pétalos de una de las rosas de la madre adoptiva de Gair, Tanith regresó apresuradamente a la enfermería. Mientras caminaba hacia las salas de conferencias, Gair tuvo la incómoda certeza de que ella también había oído los rumores. Se ajustó la cinta del pelo, que enderezó para tener mejor aspecto. Que la madre se apiadase de él, pensar que había creído que su habilidad

para cambiar de forma bastaría para dar pie a toda clase de rumores. Ahora tenía otro motivo para en adelante no faltar a una sola clase, si no quería alimentar todavía más las hablillas que circulaban por la casa capitular.

Enfundado en una gruesa túnica, Danilar permanecía de pie ante la ventana de su alojamiento. Tomó un sorbo de té. La mañana era su momento favorito del día, sobre todo en invierno, cuando el cielo azul estaba totalmente despejado como el cristal de las islas Occidentales y el mundo contenía el aliento para escuchar el primer trino. Estaba convencido de que reinaba un silencio semejante cuando la diosa pronunció la primera palabra que dio aliento a la vida en su creación. Daba la impresión de que cada nuevo día era una promesa renovada.

Al otro lado de la plaza rectangular ardía una luz en la ventana del preceptor. El amanecer de un nuevo día, y el anciano ya se había levantado. O quizá había pasado la noche en vela. Ansel se mostraba errático últimamente. Se quedaba adormilado por la tarde, y por la noche recorría incansable los corredores vacíos. Hengfors opinaba que los ancianos suelen necesitar dormir menos que los jóvenes porque son menos activos, lo que no bastaba para acallar los rumores de que el preceptor empezaba a mostrar signos de senilidad.

Una vez apurado el té, Danilar se puso unos botines antes de acercarse a la capilla de los caballeros. La escarcha volvía quebradizas las pocas hojas que sobrevivían en los arbustos de la plaza rectangular, y la rigidez de las banderas del santuario prometía otra fuerte helada. Se postró ante el altar, la palma de la mano izquierda en alto, signo del roble, y murmuró las gracias por que los rumores no fuesen ciertos.

En la sacristía cubrió una bandeja con una servilleta de lino y preparó una pequeña copa de plata, caja y plato, para el sacramento, réplicas de la píxide dorada que relucía en el altar. Vertió vino bendecido en la copa y puso otra servilleta sobre la bandeja, que a continuación llevó por una puerta lateral al corredor que conducía a las habitaciones del preceptor.

Mientras Danilar hacía equilibrios con la bandeja en una mano para entrar en el despacho de Ansel, salió Hengfors con la bolsa al hombro. El físico de nariz aguileña inclinó la cabeza a modo de saludo.

—¿Va a tomar el sacramento solo? —Los ojos claros contemplaron la bandeja.

—Hace frío en la capilla, y ahora le cuesta pasar tanto rato arrodillado. ¿Cómo está?

—Cada vez le duelen más las articulaciones —respondió Hengfors, cuya cabeza pendía de un largo cuello—. Nunca lo había visto tan debilitado. Haré lo que pueda, por supuesto, pero ahora su vida está en manos de la diosa.

—Las tuyas son manos amables, sin duda. Si ha llegado el momento de llamarlo a su lado, lo hará con voz suave.

—Y quién mejor que tú para saber cómo es, Danilar, tú que eres su voz en la tierra. —Hengfors rió—. Que pases un buen día.

—Buenos días, Hengfors.

Danilar abrió la puerta con la cadera, y una vez dentro la cerró con el tacón. Le costó encontrar un hueco en la atestada superficie del escritorio donde dejar la bandeja. Arrugó el entrecejo. El preceptor siempre había sido un administrador pulcro; era impropio de él dejar así los documentos, los libros abiertos por la mitad, y un plato con restos de comida abandonado sobre una pila de libros mayores.

—Demasiado viejo para perder el tiempo poniendo las cosas en su lugar —dijo Ansel.

Estaba sentado en una silla junto al fuego, con la espalda recostada en almohadas y una manta sobre las rodillas. La solitaria vela que ardía en la repisa iluminaba el libro que descansaba abierto en su regazo, pero sumía el resto del rincón en sombras. Las manos retorcidas temblaban como arañas sobre las hojas.

—¿Me has traído el sacramento?

—Sí, mi señor preceptor.

—Adelante, pues, hombre, acércate.

También le temblaba la voz, pero el temperamento era tan férreo como siempre. Danilar contuvo una sonrisa. Puso con cuidado la bandeja en el regazo de Ansel, levantó la servilleta que la cubría y la colocó en el pecho delgado. El anciano no apartó de él los ojos febriles, el rostro magro, cetrino.

—¡No me trates como si fuera un inválido, muchacho! Aún no babeo.

—No pero casi. ¿Vas a estarte quieto para la bendición, o voy a tener que amordazarte?

—¡No te atreverás!

—¿Estás seguro?

Danilar levantó la tapa de la caja de plata, de cuyo interior sacó una oblea. Con ella trazó en el aire el signo del roble.

—Tienes el buen temperamento de un oso con el cráneo fracturado, pero aquí todos te queremos mucho y yo cuidaré de la seguridad de tu alma inmortal, aunque tenga que atarte a la silla. Ésta es la merced de la diosa, que nos dio para que nosotros sus hijos no pasemos hambre. Abre la boca.

Puso la oblea en la lengua de Ansel. El preceptor torció el gesto ante el sabor a hierbas y sal, pero se la tragó. Danilar levantó la taza e hizo de nuevo el signo del roble, antes de ofrecerle el vino.

—Ésta es la merced de la diosa, que nos dio para que nosotros sus hijos no pasemos sed.

Ansel bebió con mayor apetencia. Siempre había sentido debilidad por el tinto tylano. Cerrados los ojos, se inclinó un poco para que Danilar pudiera trazar el roble en su frente.

—Ésta es la merced de la diosa, que nos dio para que nosotros sus hijos no desfallezcamos. Disfruta en paz de la certidumbre de su amor. Que así sea.

—Que así sea.

Danilar cubrió de nuevo la bandeja con la servilleta y la devolvió al escritorio. A continuación, tomó asiento en la otra silla situada al hogar de la chimenea, delante de Ansel, con los pies estirados para ver si así combatía el frío.

—¿Ha habido alguna noticia? —preguntó.

El preceptor negó con la cabeza antes de responder:

—Ninguna. A estas alturas ya tendríamos que haberlas recibido. ¿Sigues pensando que hicimos lo correcto?

—Estoy convencido.

—No puedo evitar tener la sensación de haber dejado demasiado en manos del azar —confesó Ansel con un suspiro—. Bueno, ahora ya es tarde. Tarde para todo, exceptuando la fe.

—Y la esperanza.

—Y también la esperanza, sí, aunque es una rama demasiado frágil para que todo penda de ella. Muy, muy frágil. Quebradiza. —Negó de nuevo con la cabeza—. Son tantas las cosas que siempre quise ver, Danilar, y ahora sé que nunca lo haré.

—¿Como por ejemplo?

—Ah, tonterías, cosas triviales que anidan en el alma del hombre durante el transcurso de su vida. —De pronto se le extravió la mirada, que contemplaba paisajes que Danilar tan sólo pudo imaginar—. El solsticio de verano en las islas del Norte, cuando el sol no se pone, sino que cuelga en el firmamento a medianoche como una linterna; la vista que se contempla desde el pico más elevado de las montañas Archen; la sala del trono del palacio del califa en Abu Nidar... ¿Sabías que las paredes tienen cientos de pies de altura y están cubiertas de pan de oro? Cuentan que tiene una copa tallada de un único diamante, y una esposa diferente para cada día del año.

—El califa de Abu Nidar es un bárbaro infiel. —Danilar se cogió las manos bajo las mangas de la túnica.

—Cierto —concedió Ansel—, pero posee fabulosas riquezas. ¿Es cosa mía, Danilar, o también tú crees que los infieles disfrutan más de todo que nosotros?

—Tengo entendido que el califa tiene que emplear guardias y un catador de comidas, y que se pasa los días intentando adivinar cuál de sus primos y sobrinos será el siguiente que intente asesinarlo.

—Creo que podría soportarlo si fuera tan rico como él.

—Ése es un pensamiento peligroso y herético, Ansel.

El preceptor gruñó con amargura.

—Es lo que tiene la edad. En cuanto se te empieza a acabar el tiempo, comienzas a pensar en todas las cosas que tendrías que haber hecho con él.

—¿Pones en duda tu vocación? ¿A estas alturas?

—No seas ridículo. No creo estar retractándome ante las puertas del cielo, ¿o sí? Si volviera a empezar desde el principio, creo que la diosa volvería a hablar a mi corazón y me requeriría para servirla. A veces me pregunto qué habría hecho si no hubiese sucedido así, pero no es más que un juego. Estoy satisfecho.

—Me alegra oírlo —admitió Danilar con una sonrisa—. Todo saldrá bien, Ansel.

—Eso espero. —El preceptor exhaló un suspiro—. Ya es demasiado tarde para hacer cambios. La suerte está echada, y sólo la diosa sabe qué resultados mostrarán los dados cuando dejen de rodar. —Miró el libro que tenía en el regazo y alisó una y otra vez las páginas—. Ahí en mi escritorio hay una carta. ¿Podrías ocuparte de que la entreguen?

—Por supuesto.

—Le espera un largo trecho por recorrer. Tal vez debí enviarla antes, no dejarla para tan tarde, pero no sabía que... —Cerró el libro con un chasquido, y con dedos artríticos asió con fuerza el lomo gastado—. Estoy ciego, Danilar. Tanteo en la oscuridad, sin indicios sobre qué terreno piso, con qué podría tropezar, y temo no estar aquí para ver el desenlace. No saber nada es una tortura. Me gustaría que hubiese un modo de descubrir qué sucederá.

—Sabes que eso es imposible, Ansel —dijo Danilar en voz baja.

—Lo sé. Las visiones y los oráculos son cosa del califa de Abu Nidar y de su caterva. Pese a todo, querría saber.

Ansel cerró los ojos tras recostarse en las almohadas. Movié los labios sin que ningún sonido saliera de ellos, como si rezara pidiendo fuerza y guía. Danilar le observó, pensando en lo frágil que se había vuelto en las últimas semanas. El tiempo invernal se mostraba implacable con él, le entumecía las articulaciones hasta el punto de que cualquier movimiento le causaba terribles punzadas de dolor. Sólo el calor le suponía un poco de alivio. El preceptor debería pasar sus últimos días disfrutando de un clima más benigno. Los suvaeanos mantenían un lugar de retiro en Gimrael, en las colinas de Cristal que se alzaban sobre El Maqqam, donde el intenso calor de la llanura era templado por vientos frescos. Era un lugar tranquilo, mucho más cómodo de lo que tendría que ser la morada de la diosa. Si se trasladara allí, se calmaría el dolor que sentían los ancianos huesos de Ansel, pero Danilar temía que el viaje bastase para acabar con su vida. Era demasiado tarde, tarde para todo, excepto para la fe y la esperanza.

Danilar se acercó al escritorio, donde la carta, en la que no había reparado antes,

se encontraba inclinada sobre el tintero. La introdujo bajo la servilleta de la bandeja y llevó la mano al tirador de la puerta. Ansel volvió la cabeza en la almohada. En las sombras que abundaban a la luz de la vela, Danilar no vio nada en su expresión más que el fulgor de sus ojos.

—Te envidio la fuerza y la vocación, Danilar —dijo el anciano en un hilo de voz, tan débil fue que apenas se impuso al susurro del fuego—. La mía se ha desvanecido con el paso de los años. De un tiempo a esta parte, cuando escucho la voz de la diosa en el corazón, apenas la distingo del latido de mi propia mortalidad.

—Tal vez ella esté más cerca de lo que piensas.

—Sí, tal vez. —La silueta de Ansel sufrió un cambio imperceptible que pudo obedecer a una sonrisa—. Buenos días, Danilar.

De regreso a la sacristía, el capellán se quitó la sobrepelliz, que sacudió y colgó del armario, listo para el siguiente servicio. Luego enjuagó y secó con cuidado la plata, que guardó en el píxide tapizado de terciopelo. Sólo cuando hubo terminado sus labores tomó asiento con la carta que había puesto en la bandeja en la mano. El nombre y dirección del destinatario estaban escritos con la fina caligrafía de Ansel. Algo pequeño, pero sólido y bastante pesado, descansaba entre los pliegues. Hubo un tiempo en que se hubiera preguntado qué era; quizá hubiese llegado a preguntar. Pero había aprendido a contener la curiosidad.

Danilar introdujo la carta en el bolsillo de la túnica y salió de la sacristía cerrando la puerta. Más tarde se acercaría a la ciudad, después de la misa nocturna. Había un hombre que vivía cerca de la esclusa en cuya discreción podía confiar. Danilar había recurrido a él antes, y sabía que guardaría silencio. Por ese encargo, por ir tan lejos a esas alturas del año, le pediría una buena suma, puesto que el trayecto de regreso lo realizaría en lo más crudo del invierno. Pero quedaba oro de sobras. De lo que no andaban sobrados era de tiempo.

No tendría que haber ido allí. Por mucho que le pagaran, no era suficiente. Canales hediondos. El pecado palpable en el ambiente, tanto como el calor que dificultaba conciliar el sueño, un calor que no era propio de la estación, ni siquiera tratándose de la meridional Syfria. Tenía que pasar un mes allí, comiendo aquellos alimentos sazonados, recorriendo los garitos y fondas de poca monta del puerto, en busca de un hombre de cuya existencia empezaba a tener serias dudas. No tendría que haber ido allí.

Pieter se ajustó de nuevo la máscara. Tenía las lentejuelas pegadas a la cara, y la cinta bifurcada que hacía las veces de lengua de serpiente no dejaba de trabársele en la boca cuando hablaba. Pero la necesitaba. Llevar el rostro descubierto en Puertos Blancos la Noche de los Inocentes eran ganas de buscarse problemas.

Probaría en otra taberna. Un par de vasos de brandy barato y algunas preguntas

formuladas con astucia lo habían llevado allí; esperaba que diese frutos. Sólo quedaban dos palomas en la jaula que se había llevado consigo de Dremen.

Miró de nuevo por la esquina. El lugar parecía tranquilo. Ruido de pasos a su espalda, acompañados de una risa ahogada. La voz de un hombre, demasiado ronca para distinguirla, y luego el gemido placentero de una mujer. Pieter volvió la vista. Un tipo recio con tatuajes de estibador y máscara de cuervo estaba sobando a una jovencita delgada con un traje ligero que apenas le llegaba a las rodillas. Mientras los observaba ella se abrió de piernas y deslizó la mano del estibador entre sus muslos. El cuervo la envolvió, luego la empujó contra la pared, intentando bajarse los calzones.

Pieter pestañeó. «¿Esa chica no tiene vergüenza?» La máscara era de las caras, y tenía la piel blanca, suave, propia de alguien de buena cuna. Pero ahí estaba, con unas manos tatuadas sobándole el trasero, fornicando en un callejón a la vista de los juerguistas estridentes que trastabillaban por la calle principal. El estibador gruñó cuando las caderas cogieron velocidad, y la joven se aferró a sus hombros con la cabeza echada hacia atrás y la máscara de polilla colgándole de los dedos al compás.

«¡Qué vergüenza!»

Esa ciudad, esa noche, no era lugar apto para creyentes. Pieter apartó la vista de aquella muestra de descaró en pleno callejón y cruzó la calle hasta la taberna. Había demasiada gente entregada a la bebida y la fornicación, como si sus acciones fuesen pasajeras y pudieran olvidarse a la mañana siguiente, cuando se quitaran la máscara, cuando la vida cotidiana volviera a adueñarse de sus habitaciones nada más salir el sol.

Miró por la ventana de la taberna. Sí, ahí estaba el tipo que buscaba, solo en un rincón, calentando una jarra en la mano, con su perro tendido a los pies, bajo la mesa. Quizá no había desperdiciado la noche.

Pieter franqueó la puerta y se dirigió hacia la barra, donde pidió una botella de brandy. Luego llevó la botella y dos copas hasta la mesa de aquel tipo.

—Perdona que interrumpa, amigo, pero ¿eres tú el patrón del mercante *Rose*?

Skeff levantó la mirada hacia el extraño.

—Sí, el mismo.

—¿Te importa que me sienta un momento? —Pieter puso la botella y las copas en mitad de la mesa, antes de arrastrar un taburete de la contigua.

Skeff contempló la botella con atención.

—Claro que no —decidió finalmente.

—Navegas a Mesarilda, ¿verdad? ¿Aceptas pasajeros?

—Puede. Sólo un necio rechazaría la oportunidad de ganarse una moneda.

Pieter sirvió el brandy y empujó una de las copas por la superficie de la mesa.

—Estoy buscando a un amigo mío. Este verano pasó por aquí procedente de Mesarilda. Me preocupa que haya podido sucederle algo. ¿Crees que podrías haberlo

visto?

—Puede que sí, puede que no. Los hay que a veces necesitan que los lleven de aquí para allá, y yo no hago preguntas al respecto, siempre y cuando me paguen. —Apuró de dos ruidosos tragos la jarra de cerveza, y luego envolvió con ambas manos la copa de licor, que no bebió. Una luz iluminó la mirada vidriosa—. ¿Dices que eres amigo suyo?

—Mucho me temo que podría haberse metido en un lío. He oído que el río lleva un año infestado de bandidos.

—Sí, ha sido un año difícil. —Finalmente Skeff se llevó el brandy a los labios y tomó un sorbo.

Pieter comprendió que no debía de ser tan bueno como el vino del Anciano, pero el patrón chascó la lengua y se le iluminó la expresión. Pieter dejó su copa intacta.

—Cualquier cosa que puedas contarme me será de utilidad —insistió.

—Acepté pasaje con la pasada pleamar de San Tamas. ¿Qué aspecto tiene ese amigo tuyo?

—Es un tipo alto, leahno. Viaja con su tío. —Pieter sirvió de nuevo a Skeff, y procuró contener la sonrisa cuando el patrón clavó los ojos en el dorado licor cuya altura ascendía en la copa—. Lleva una espada a la espalda.

—Ah, sí. Lo vi. Buen mozo. De los educados. —Skeff levantó la copa, llena a rebosar—. Suerte que estaba a bordo. Los bandidos nos dieron el viaje. Menuda travesía. Ayudó a ahuyentarlos cuando asaltaron el *Rose*.

—Suerte que lo llevabas a bordo, pues. ¿Lo trajiste hasta Puertos Blancos?

—Fue antes de las tormentas. No sé adónde se dirigiría después. No lo mencionó, y yo no soy quién para hacer preguntas.

De modo que la pista moría ahí. Un mes de esperas y pesquisas en aquella horrible ciudad, todo para nada.

—¿No recuerdas nada más al respecto?

Skeff apuró la copa y la dejó en la mesa, jugando con ella entre las manos. Pieter la llenó de nuevo, por si acaso eso contribuía a aflojarle la lengua.

—No de ese viaje. Pero sí he visto antes a su tío. Algunas veces, puede que dos al año. En ocasiones solo, otras no. Me contó una vez que tiene una casa en las islas.

Eso levantó el ánimo de Pieter.

—¿En las islas Occidentales?

—Ajá, eso creo. Dijo que el clima era más adecuado para él. Quizá sepa a dónde fue tu amigo. Desde que cesaron las tormentas hay un barco que lleva a Pencruik.

Por fin recibía buenas noticias. Pieter se puso en pie y deslizó la botella medio vacía hacia Skeff.

—Gracias por tu ayuda, amigo —dijo—. Ten, quédatela como prueba de mi agradecimiento.

Luego se adentró de nuevo en la noche bochornosa. Las islas Occidentales no quedaban lejos, y se había mostrado comedido con el oro que Goran le había dado. Tenía más que suficiente para pagarse el pasaje. Por fin tenía algo de lo que informar.

LA LLEGADA DEL INVIERNO

Cuando faltaban diez días para Atardecer llegó por fin a Penglas el invierno. Una fuerte helada había cubierto de plata el paisaje a lo largo de la noche, y dejado un chal blanco sobre las montañas interiores que a Gair le recordaron Laraig Anor. Tenía el día libre, el primero desde que había dado su palabra al maestro Barin, pero lo pasaba a solas. Aysha no lo había llamado. No estaba seguro de si volvería a hacerlo.

En los últimos días el viento había girado a suroeste y, como consecuencia, habían disfrutado de algo de sol. En cuanto cambiaron las condiciones atmosféricas, ella accedió a sus pensamientos, vibrantes sus colores, apremiantes. «Ven a volar conmigo.» Pero él había dado su palabra, y no podía faltar a ella. Lo estuvo llamando mañana y tarde, exigente, imprecatoria, recurriendo en ocasiones a algún que otro epíteto del desierto que le hizo sonrojarse, pese a ignorar la traducción exacta. A pesar de que ignorarla era como si alguien le retorciera un cuchillo en las entrañas, se ciñó a sus horarios y asistió a todas las clases.

Aquella mañana, las habitaciones de la quinta planta del ala oeste de la casa capitular permanecía en silencio.

La nieve crujió aplastada por las patas de Gair, lanzando destellos como azúcar a la luz del sol poniente. Un día perfecto para ser lobo. En los pliegues de las tierras altas de Penglas había pasos que franquear y ciervos de velludo pelaje a los que dar caza. Se le había ocurrido que correr por la nieve lo ayudaría a reflexionar, pero era como perseguir su propia cola. No hacía más que pensar en ella.

No era la primera vez que deseaba ser capaz de hablar mentalmente. Había buscado los colores de Aysha en esa temblorosa nube que era la casa capitular, para distinguirla de todos los demás, pero o bien ella había escudado sus pensamientos o bien no estaba presente. Quiso escribir una nota, pero no fue más allá. Subir la escalera y llamar a su puerta sería lo más simple, pero se sobresaltaba con sólo pensarlo.

Tal vez debió de escoger una forma distinta. La última vez que había corrido en forma de lobo fue en compañía de Aysha. Aún sentía el sabor de sus labios, la presión que hicieron sobre los suyos. Si hubiese sido capaz de preverlo, si hubiera supuesto lo que ella se disponía a hacer, podría haber reaccionado, haber respondido de algún modo. En lugar de ello, se quedó tumbado en la hierba como un salmón ensartado en un espetón, y luego permitió que ella se alejara de él.

Saltó un riachuelo helado y siguió corriendo. Pero ¿qué tendría que haber hecho? ¿Apartarla? ¿Devolverle el beso? Quizá cogerla del pescuezo y hacerla suya, ahí mismo, en la ladera, como hacían los lobos?

Que la diosa lo ayudara, pero ¿en qué estaba pensando? Ella formaba parte del consejo de maestros y tenía autoridad sobre él. Si sus papeles se invirtieran y fuese él quien estuviera robando besos, ella le habría cruzado el rostro con una bofetada y él habría llegado a la conclusión de que se lo tenía merecido. Así lo habían educado. En cuanto tuvo la edad suficiente para comprender que los chicos y las chicas eran distintos, le habían enseñado que debía ofrecer el brazo, inclinarse, comportarse como un caballero. Los caballeros se limitan a adornarlo todo, a ponerle una pátina brillante a todo. Aysha hacía añicos su caballeresco código suvaeano como la traca de petardos que revienta el cristal de una ventana.

Sintió demasiado tarde la punzada de advertencia. Unas zarpas fuertes lo alcanzaron entre los hombros y lo tumbaron sobre un montón de nieve. Recuperó el pie y se sacudió, extendiendo en el ambiente cristales de nieve. El otro lobo atacó de nuevo con un gruñido ronco. Los colmillos le buscaron la garganta. Se tambaleó bajo su peso antes de hacerla a un lado. Las zarpas de ella arañaron la nieve para ganar sustento, pero las mandíbulas que había clavado en su pelaje no cedieron. Gair intentó librarse de ella, cayendo de costado. La loba descargó una patada con los cuartos traseros, y ambos rodaron ladera abajo. Entre mordiscos, zarpazos y nieve en las orejas y la nariz, fueron a caer con fuerza sobre la copa de un árbol caído, con todo el peso de ella hundiendo las zarpas en las costillas de Gair.

Los ojos color ámbar lo miraron con fijeza. Los labios dejaron al descubierto los afilados colmillos blancos a medida que el gruñido aumentaba en tono y volumen. Entonces lanzó un mordisco. El cálido aliento le bañó el rostro antes de que las mandíbulas de ella se cerrasen con un fuerte chasquido a unos milímetros de la punta de su hocico.

«Sé consciente del lugar que te corresponde, jovenzuelo.»

Gair abandonó el canto. Su cuerpo se estiró hasta adoptar forma humana, lo que no le sirvió de gran cosa dada la situación. A pesar de su altura, la loba era casi tan larga como él desde el hocico hasta la punta de la cola y la respaldaba todo su peso, apoyado en la caja torácica de Gair. La garganta le dolía en el punto donde ella le había clavado los colmillos.

—Maestra Aysha.

«¿Dónde diantre te habías metido?»

—Di mi palabra al maestro Barin de que asistiría a todas las clases. Hoy es el primer día libre que tengo desde entonces.

El aliento de ella surgía en forma de vapor en el gélido ambiente. Aunque Gair habló con voz suave, tuvo la impresión de que lo había hecho lo bastante alto para

quebrar la quietud que aquella mañana reinaba en la montaña. La loba lo miró fijamente unos instantes más, y después se sentó sobre los cuartos traseros.

«Un hombre de honor. En los tiempos que corren, un animal en vías de extinción.»

Gair se incorporó. La nieve se le había metido por debajo del jubón hasta dibujarle una incómoda mancha de humedad en la camisa. Notó que retiraba los dedos que había acercado al cuello con una imperceptible huella escarlata. Tendría que andarse con ojo a la hora de afeitarse, o tal vez dejarse la barba unos días para impedir que la gente preguntase por qué había estado a punto de cortarse la yugular. La loba se lamió el pelaje y terminó apoyando la cabeza en las zarpas.

«Lo siento.»

—Sobreviviré.

«Al menos sigues practicando. —Levantó de nuevo la cabeza, las orejas tiasas—. Hay algunas liebres en el siguiente valle. ¿Me acompañas de caza?»

—Maestra Aysha, esta conversación resultaría mucho más fluida si me enseñaras a hablar con la mente.

«Llámame Aysha. Aquí afuera no soy tu maestra. Caza conmigo y te enseñaré a hacerlo.»

—Enséñamelo y cazaré contigo.

Ella inclinó la cabeza a un lado.

«¿Trato hecho?»

—Trato hecho.

«Entonces tenemos un trato. —Se incorporó levantando el hocico para husmear el aire, momento en que el aliento gélido le dibujó una aureola. Dio un gañido y salió disparada hacia los árboles—. ¡Atrápame si puedes!»

Aysha se masajeó las sienes, con los codos apoyados en las rodillas.

—Por la diosa que no eres consciente de la fuerza que tienes —gruñó.

—Lo siento.

—Se supone que antes debes presentarte, como si llamaras a la puerta, en lugar de entrar rugiendo como un lyrran en plena carrera.

—¡Lo siento!

—Vale. —Una vez se hubo levantado, le hizo un gesto para animarlo—. Vamos, inténtalo otra vez, pero con cuidado.

Se encontraban sentados bajo un saliente de roca próximo a la embocadura del valle, adonde no había llegado la nieve. Una gruesa alfombra de pinaza hacía de aquel lugar un rincón cómodo y donde sentarse a impartir una lección. Gair aspiró aire con fuerza y lo soltó lentamente. Ahora, sus colores. Los encontró en seguida, una constelación brillante en el vasto y oscuro lugar donde los maestros lo habían

saludado tras las pruebas. Se extendió para rozarla y aguardó a que ella lo saludara. Era parecido a llamar a una puerta, aunque no la golpeará con algo sólido como el puño y la puerta fuese intangible como un sueño.

Aysha lo saludó con elegancia, antes de invitarlo a entrar. Había creado un hueco en los pliegues de sus colores, una especie de antecámara de sus pensamientos. No, nada aparte de los matices que giraban sobre sí lentamente, pero la sensación de su presencia era muy intensa.

«Mucho mejor», lo alabó.

«Es más sencillo de lo que pensaba.»

«Creo que tarde o temprano lo habrías logrado por tus propios medios.»

¿De verdad? Gair no estaba tan seguro. Invitar a otro al corazón mismo de su don, como había hecho ella, era como desnudar el pecho ante una espada y confiar en que la mano que la esgrimía no se la clavaría. Iba contra todos sus instintos.

Exploró con cautela y comprendió que lo que percibía no era sino una diminuta fracción de su persona. Estaba convencido de que había más. Aunque los cinco sentidos físicos no se aplicaban, en un sentido estricto del término, a ese lugar, fuera lo que fuese algo parecido a la vista le reveló la existencia de capas de color bajo la superficie, mezcladas de forma elaborada con la emoción y la memoria. Cuando pretendió ir más allá, ella le dio una bofetada con el dorso de la mano.

«Nada de mirar.»

«Disculpa. —Se retiró—. ¿Puedes enseñarme a hacerlo? A cerrar partes de mí para que nadie pueda entrar, a menos que yo lo permita.»

«¿Te refieres a mí, por ejemplo?»

Gair abrió los ojos, culpable, y ella rió.

«Ahora me toca a mí disculparme. Eso ha debido dolerte.»

«No me importa. Pero a veces sí gritas un poco.»

Los colores de ella giraron en remolino, divertida. Gair estaba fascinado, viendo y sintiendo la risa en lugar de escucharla.

«Te lo enseñaré en cualquier otro momento. Aún no estás preparado para eso, necesitas adquirir mayor soltura con lo básico.»

Ella se apartó un poco, lo que él interpretó como la sugerencia de que se retirase. Y así lo hizo, con todo el cuidado de que fue capaz.

—Hasta ahora sólo conozco tus colores —dijo cuando cesó el contacto entre ambos. No era del todo cierto, pues podía reconocer algunos de los colores del resto de los maestros, pero dudaba que le dieran la bienvenida para mantener una charla, tal vez a excepción de Alderan.

—Entonces tendrás que practicar conmigo hasta que te sientas capaz de andar por ahí suelto sin provocar migraña a los demás.

Un viento irascible sopló en el balcón de Aysha. Gránulos de nieve congelada

golpeteaban las tejas y mordían con fuerza manos y rostros, mientras Gair y ella recuperaban de nuevo la forma humana. Encogida de hombros para protegerse de la borrasca y con el brazo en alto para escudarse el rostro, Aysha cojeó hacia la puerta. En cuanto la abrió, las cortinas verde jade la envolvieron como la capa de un mago envuelve a una paloma en su jaula.

—¡Aguarda! —Gair se apresuró hacia ella. Demasiado tarde.

—¡*Khajal!*

Se desgarró el brocado. El asta de latón que sostenía la cortina golpeó el suelo. Gair se abrió paso a través de la cortina inclinada y halló a Aysha tendida cerca de la silla del escritorio, sumergida en tela. Se arrodilló junto a ella y le quitó el denso brocado de la cabeza.

—Por los santos, ¿te encuentras bien? ¿Te has hecho daño?

Ella clavó en él sus ojos azules y la peor mirada asesina. Con el brazo que tenía libre lo apartó de un empujón.

—¡Pues claro que estoy bien! ¿Es la primera vez que ves tropezar a un tullido? Apártate, maldita sea.

Los aros de la cortina se deslizaron por el asta cuando ella acentuó el desgarrón de la tela al tirar hacia sí de la cortina. Pronto liberó ambos brazos. Hizo caso omiso de la mano que Gair le tendía, buscó los bastones caídos y se puso de rodillas, para luego intentar levantarse. El tobillo izquierdo no le respondió. Con un grito mezcla de rabia y dolor, cayó de nuevo a los pies de Gair.

—¡*Khajal me no suri jarat!*

Con los ojos tan abiertos como un gato recién bañado, apretaba la mandíbula con tal fuerza que cada aliento silbaba a través de los dientes. Gair le pasó un brazo sobre los hombros y luego el otro bajo las rodillas para levantarla con la cortina y todo.

—Déjame en paz.

—Aysha, no puedes levantarte.

—He dicho que me dejes en paz. ¿Eres sordo o simplemente lerdo? —Descargó un puñetazo en su hombro—. Déjame en el suelo.

El siguiente golpe le dio en la mandíbula. Gair echó atrás la cabeza, dolorido.

—Para ya.

—¡Déjame en el suelo!

—¿Vas a estarte quieta? Sólo intento ayudarte.

—No necesito la ayuda de nadie. ¡Estoy bien!

Flexionó las rodillas para tumbarla en el sofá que había junto al fuego. Aysha lo miró sin pestañear y echó el puño hacia atrás. Gair le aferró la muñeca antes de que lograra descargar el golpe.

—Ya basta.

—¡*Ayya qi makhani!* —Con la otra mano le dio una fuerte bofetada en la oreja.

—¡He dicho que ya basta!

Forcejeó hasta inmovilizarle las manos a la espalda. Aysha zarandó los hombros a izquierda y derecha para zafarse, pero él le apretó las muñecas con más fuerza. La mirada de ella se cubrió como un cielo que amenaza tormenta.

—¡*Bhakkan!* ¡*Me no suri jarat!* ¡Suéltame!

—No hasta que me prometas que no me golpearás.

—¡Cabrón! ¡Me estás haciendo daño!

—¡Dame tu palabra, Aysha!

Su boca de blancos dientes no sólo escupió maldiciones, también saliva. No repitió una sola frase. Era capaz de un torrente de inventiva que llenó sus oídos como una canción. Gair no pudo evitar mirarla con los ojos muy abiertos. No importaba lo que dijera, siempre y cuando pudiera mirarla mientras lo decía. Furiosa, Aysha era lo más hermoso que había visto en toda su vida.

Ella le devolvió la mirada, jadeando. Cada aliento le apretaba los senos contra el pecho de él.

—¿Qué estás mirando? Suéltame.

—Quiero tu palabra. —Lo que quería era besarla.

—De acuerdo. La tienes. Ahora suél-ta-me.

Aflojó la presión que ejercía en sus muñecas. Aysha se frotó las marcas que le había dejado, sonrosadas en la piel de canela.

—Me has hecho daño.

—Tú intentabas golpearme.

—Te lo merecías.

—¿Por levantarte del suelo?

Enarcó una de sus cejas oscuras.

—Ahórrate tus cortesías caballerescas, hazme el favor. No soy una de esas ammanai indefensas que se mete en cama cuando se pincha un dedo con la aguja.

—¿Hubieras preferido que te dejara ahí?

—Mira que eres zote. Estoy tullida. —El desprecio le dolió como la hoja de una cuchilla—. A veces me caigo. Soy perfectamente capaz de ponerme de nuevo en pie. La diosa sabe que tengo práctica de sobras en eso. ¡No necesito esperar a que acuda un hombre con más pelo en el culo que cerebro en la cabeza para ayudarme!

Gair levantó ambas manos. Imposible tratar con esa mujer. Hermosa, pero imposible, y quería besarla tanto que le dolía.

—¿Has terminado o quieres seguir insultándome?

Una ráfaga de viento empujó el granizo a través de las puertas abiertas del balcón, que él cerró sirviéndose del canto. Aysha lo aferró con ambas manos del cuello de la camisa.

—No he terminado —dijo. Y lo besó.

Gair perdió el control del canto. Labios suaves, más incitantes de lo que esperaba. Jugaron con él hasta permitir que los probara. Santa diosa. Le puso las manos en los hombros para apartarla.

—No podemos.

Ella lo miró con asombro, las mejillas sonrosadas.

—No te gusto.

—No es eso. Maestra Aysha...

—Ya te lo dije, Leahno. Aysha a secas.

—Formas parte del consejo de maestros. Yo no soy más que un estudiante. Hay normas...

—¡Normas absurdas! —estalló ella—. Normas para niños, para protegerlos de sí mismos. Ni tú ni yo somos unos críos.

Ella le soltó el cuello de la camisa y planchó con la mano las arrugas. Siguió haciéndolo hasta dar con la abertura del jubón. Gair tragó saliva. De pronto tenía la boca seca. Los dedos de ella recorrieron el contorno de la clavícula, trazaron un mapa de los accidentes geográficos de su pecho.

—No estaría bien. —Ella era su maestra.

—Lo que no implica que esté mal.

Más abajo, recorriendo las estribaciones de su musculatura abdominal, que se contrajo ante su tacto. Madre santa. Cuando quiso quitarle el cinto él se lo impidió, pero ella escurrió las manos, resbaladizas como las escamas de un pez.

—Bésame.

Apenas un aliento en su rostro. Gair cerró con fuerza los ojos.

—No puedo.

—¿Por?

—Porque temo que si empiezo a besarte no sea capaz de parar. —Abrió de nuevo los ojos—. Me das miedo, Aysha. Temo las cosas que me haces sentir. No sé qué hacer cuando estoy contigo. Yo...

Fuera lo que fuese que se disponía a decir se le amontonó en la garganta y murió. Ella estaba demasiado cerca. Demasiado cerca. Él se lanzó a por sus labios, los encontró, y de algún modo encajaron con los suyos. Los labios de ella se separaron para dar paso a su lengua. Beso a beso, apremio, hambre. Sus dedos se enredaron en su cabello, su cuerpo en sus brazos. Sí.

—Te quiero. —Las palabras de ella, aplastadas entre besos—. Te quise en el mismo instante en que te vi volar.

Aysha liberó la camisa del cinto. Gair se libró del jubón, se quitó la camisa por la cabeza y volvió a atraerla hacia sí. Su tacto quemaba como fuego, y ardió sacudido por un sinfín de temblores.

El olor que desprendía Aysha impregnaba cada bocanada de aire que aspiraba.

Lino e invierno y piel dulce, suave. Cuanto más se llenaba los pulmones con ese aroma, más la anhelaba. Sus dientes blancos le mordisquearon el labio. Ella se sentó en el sofá, deslizando las caderas.

Cuando la atrajo hacia sí, ella dobló las piernas a su alrededor. El sofá protestó bajo el peso de ambos, y los pies de él resbalaron en el suelo de madera. A Aysha se le había trabado la blusa en la espalda; Gair deslizó los dedos por debajo. Ella contuvo el aliento.

—¡Tienes las manos heladas!

—Lo siento, yo...

—No, no pares. Quiero sentir las en mí.

Se desabotonó con torpeza y la prenda se le deslizó por las mangas. A Gair le vacilaron las manos. Los callos del espadachín rascaron la diáfana prenda interior cuando se la quitó por la cabeza. Los pechos morenos quedaron al descubierto.

—Tócame. —Otro beso, otro mordisco cuyo eco reverberó en la base de la columna—. Tócame, por favor...

Era cálida, firme, suave como la piel de un gato. Se dobló ante el tacto de sus caricias, los labios pegados a los suyos. De nuevo crujió el sofá. Diosa, cuánto la deseaba. La levantó para tenderla a continuación en la gruesa alfombra qilim.

—Que se haga la luz —dijo ella mientras se descalzaba las botas para poder desnudarse del todo—. Quiero verte.

Un pensamiento proyectó un puñado de diminutos brils en el aire, y después le resultó imposible seguir pensando. Sólo existían las sensaciones. Los labios de Aysha, las manos que lo desnudaban. El tacto de dedos fríos en la piel ardiente que lo guiaron hacia ella. No había tiempo que perder, ni motivo para esperar. Ella se movió al compás de él, y su cuerpo se alzó para recibirlo, una y otra vez. Los brazos lo envolvían con fuerza.

—*Khalan bey* —susurró—. ¡*Khalan bey!*

Tanith se sirvió otra taza de té de menta de la tetera que descansaba en la repisa y se acomodó en la silla. Menudo dolor de pies. Llevaba desde el desayuno en la enfermería, supervisando a los adeptos que preparaban un lote de unguento de raíces. Por lo general disfrutaba preparando toda clase de medicamentos para aprovisionar el dispensario, pero no tenía reparos en admitir que detestaba ese unguento. Las raíces eran duras como hierro, había que cocerlas a fuego lento en vinagre hasta que se ablandaban, luego amasarlas, y la pasta (el resultado apestaba más incluso que el vinagre hirviendo) había que ablandarla también hasta convertirla en base neutra de emoliente.

Cuando estuvieron colocados los cuencos en los estantes de la sala fría, la tarde estaba muy avanzada y aún había que decantar en jarras esa condenada sustancia.

Etiquetar las jarras. Guardarlas. Se quitó las chinelas para masajearse los pies doloridos. Pensó que los novicios ya se encargarían del etiquetado al día siguiente, y así obtendrían unos puntos extra. Les sería útil descubrir que no todo en la curación se solucionaba recurriendo al canto.

Era una lástima no poder presenciar cómo el resto de los estudiantes aceptaban la capa. Había sido presa de los nervios en las primeras clases, pero recompensaba mucho verlos aprender nuevas técnicas bajo sus enseñanzas, y la confianza de los alumnos aumentaba al tiempo que lo hacían sus habilidades. Cuando llegó a la casa capitular nunca pensó que con el tiempo se dedicaría a enseñar, pero Saaron no había titubeado al recomendarla al resto del consejo. Sería una pena tener que dejar atrás a sus estudiantes cuando llegase el momento de volver a Astolar.

Abrió el libro por el punto de tela, pero la luz agonizaba con el atardecer. Recurrió al canto para procurarse un brillo, y reparó en el eco de otro que tejía cerca. No era ninguno de los demás maestros, pero la pauta le pareció familiar. Esmeralda y ámbar, con blanco piedra lunar y obsidiana, y un rojo de vino tinto, entreverado con oro reluciente y hebras de lustroso color perla. Quienquiera que fuera no había aprendido a escurar sus colores; giraban sobre sí con cierta agitación, chispeando presa de fuertes emociones. Entonces oyó el débil sonido inconfundible que provenía del techo y apartó la conciencia de allí.

Ah. De modo que se debía a eso. Creó rápidamente un brillo que suspendió sobre su hombro, y volcó su atención en el libro, intentando ignorar el rubor que le arrebolaba las mejillas. No era asunto suyo lo que hicieran los demás en sus ratos libres, aunque no les importara quién pudiera escucharlos. No era asunto suyo. Veamos, *Ensayo sobre el gobierno*, de Barthalus, capítulo cuatro. Tenía que terminarlo esa noche. La prosa de Barthalus era densa como una nube de polvo, pero su libro seguía siendo el estudio definitivo de la materia. Con suerte le permitiría sortear los bajíos de la corte Blanca, pero sólo si se las apañaba para ir más allá de las primeras tres frases, antes de distraerse por la cadencia apasionada que provenía del techo.

Pero ¿qué hacía? ¡Escuchar a escondidas! Se sonrojó avergonzada y oscureció la ilusión extendida en el techo hasta que todas las constelaciones de Astolar centellearon sobre ella. La noche inundó la estancia con una suave brisa y el dulce canto de los ruiseñores, pero tampoco eso bastó. Sabía quién poseía aquellos colores. Cerró los ojos y el libro se le cayó al suelo desde el regazo, olvidada la taza de té en la mano. Que los espíritus la sostuvieran y la alentaran, sabía quién era él.

Resultaba difícil no prestar atención a los chismorreos de los estudiantes, a pesar de todos sus esfuerzos. Su lascivia la había impresionado casi tanto como descubrir lo bien informados que podían llegar a estar.

Supo entonces que al menos uno de los rumores era cierto.

El tatuaje en la nuca de Aysha tenía el tamaño de un imperial de oro. Era una elaborada media luna con un arco de estrellas entre ambas puntas. Gair apoyó la cabeza en la mano para contemplarla. Únicamente había visto a una mujer tatuada en una ocasión. La Mujer Pintada de la feria, que llevaba grabadas en la piel las vidas de los santos, como el *Libro de Eador* pero de carne y hueso. Ni una pulgada de su piel había quedado sin tatuar, pero no pudo recordar qué aspecto tenía. El tatuaje de Aysha no medía más de una pulgada. Gair no podía apartar la vista de él.

Ella dormía en la curva que le dibujaba el cuerpo. Su respiración era lenta, regular, y tenía una mano doblada como una flor a medio abrir junto al rostro. Cuidando de no despertarla, recuperó la cortina y la tapó hasta el hombro.

—Me estás mirando —murmuró ella con los ojos cerrados.

—No puedo evitarlo. Eres preciosa. —Se agachó para besarla en la media luna—. No sabía que tuvieras un tatuaje.

—Es mi marca de esclavo. Ése es el símbolo del comerciante que me vendió la primera vez.

Gair echó la cabeza hacia atrás.

—¿Y lo conservas?

—Me gustaba el motivo —respondió ella con un encogimiento de hombros.

—Iba a decirte que me gustaba.

Aysha se volvió hacia él, con la curiosidad dibujada en el modo en que arqueaba las cejas.

—¿Y ya no te gusta?

—No.

—¿Porque me señala como una posesión ajena? No he conocido una vida diferente, Leahno. Mi madre era una propiedad, y también yo lo fui.

—Es repulsivo.

—No es más que un poco de tinta —repuso ella.

—Me refiero a lo que significa. No me gusta la idea de que pertenezcas a nadie.

—A alguien que no seas tú, querrás decir. —La diversión le centelleaba en la mirada—. ¿Estás celoso?

—Las personas no son objetos que puedan poseerse.

—Lo estás. ¡Estás celoso!

Él la acercó y la besó.

—Quizá un poco.

—Vaya, señor caballero, me siento halagada. —Otro beso, más largo. Aysha le peinó el cabello con las manos cuando le cayó en el rostro—. Tendrías que dejártelo largo. Te sienta bien.

—¿De veras lo crees? —Él se lo echó hacia atrás, pero, rebelde, volvió a caerle sobre la frente—. Temía acercarme al barbero de la casa materna por si me hacían la

tonsura cuando no prestara atención.

Ella le colocó unos mechones tras la oreja.

—Me gusta. Acuérdate de traer el peine y la cuchilla, y te lo arreglaré. Si quieres.

—¿Puedes hacerlo?

—Así me ganaba la vida en el zoco. Aprendí a hacer de barbera. Cortaba el pelo antes de que tú te afeitaras más de una vez por semana. Y ya que lo menciono... —Le acarició el hirsuto mentón con la uña—. También podría darte un buen afeitado.

Gair se rascó los pelos de la barbilla.

—¿Qué tiene de malo mi modo de afeitarme?

—Nada en absoluto, pero en el desierto lo hacemos de una manera que da un mejor acabado. Es el aceite de berassa. Si encuentro una tienda aquí donde lo vendan, creo que podría dejarte mejor afeitado de lo que hayas ido nunca.

—Tan modesta como hermosa —sonrió él.

Aysha puso los ojos en blanco.

—Debería advertirte, Leahno, de que superé a los nueve años *El caballero del verano y la reina de las nieves*. Si empiezas a componer sonetos te arrepentirás.

—Ese libro no representa con fidelidad la vida de un caballero, ¿sabes?

—Perfecto. Tampoco yo soy la fiel representación de una dama —dijo ella, que lo atrajo hacia sí.

Gair se extravió en su boca. Tendría que estar exhausto después de hacer el amor, pero las manos de ella se deslizaban sobre él y olvidó la fatiga. En un abrir y cerrar de ojos recuperó la erección, dispuesto de nuevo para ella. Aysha arqueó la espalda, acercándole los pechos a la boca. Él cerró los labios primero en torno a uno de los pezones oscuros como piel de cereza, y luego atendió el otro.

—Quédate conmigo —le susurró ella cuando levantó la cabeza—. Pasa aquí la noche.

Sobre ellos, el reloj de la repisa anunció con suavidad la segunda.

—Se hace tarde. —Sabía la diosa que no quería marcharse.

—Tarde no es más que temprano, pero visto desde el otro lado. —Aysha trabó una pierna en las suyas. Los besos le hicieron cosquillas en el cuello, en la garganta—. Me aseguraré de que llegues a tiempo a tus clases.

—¿No preguntarán los demás al ver a un estudiante en el ala de los maestros a primera hora de la mañana?

Ella meneó la cadera para que él la penetrara. Él gimió.

—Deja que pregunten. No es asunto suyo.

TODO SE ACABA

Mañana emprendemos la marcha, con las primeras luces del alba. Será duro, cerca de quinientas millas y tres semanas para cubrirlas, pero no tenemos otra opción si nos proponemos levantar el asedio antes de que cunda la hambruna en la ciudad. No podemos permitir que las hechiceras de Gwlach sigan actuando así. Me asombra su ferocidad. No tenía ni idea de que pudiera inducirse a las mujeres a ejecutar actos de semejante violencia. Sé que se puede provocar a una hembra de cualquier especie para que defienda a sus crías, a su pareja, pero nadie provoca a estas mujeres. Sencillamente levantan la mano a la orden de su cabecilla y acto seguido llueve sangre.»

Ansel echó atrás la cabeza y cerró los ojos. A la luz de la solitaria vela, costaba leer la escritura menuda y precisa de Malthus. La luz natural era mejor, pero las jornadas eran muy cortas a finales de año y sus obligaciones oficiales le dejaban muy poco tiempo libre para leer los tres volúmenes que Alquist había encontrado. De modo que no tenía más remedio que recurrir a la luz de las velas, a leer tarde, de noche, cuando su secretario se había retirado a dormir y era menos probable que alguien fuese a molestarlo y descubriera que había sacado sin permiso aquellos documentos del archivo. Sin duda, Vorgis descubriría su ausencia tarde o temprano, pero el custodio parecía más preocupado de que no se tocara nada del archivo que de mantener un registro minucioso de lo que había y lo que no, por lo que confiaba en disfrutar del tiempo necesario.

«Esta noche invité a cenar al primer caballero. Pensé de pronto que sabía muy pocas cosas del hombrecillo vestido con túnica blanca. Conozco al caballero, aquel a quien los hombres llaman Azote de los Caídos, el que cabalga a mi derecha y en cuyo acero he confiado estos últimos diez años, pero no sé nada de él, de cómo es. No sé si se casó o si tuvo una familia, en otra vida, antes de que fuera llamado. No sé si juega al ajedrez, o si es capaz de hacer manualidades con madera o metal. Dentro de unos días tengo que pedirle que muera y todo cuanto sé de él es que su escudo es el primero que se alza en el aire, sobre mi cabeza, cuando las flechas oscurecen el cielo. Si no lo conozco, las palabras de alabanza sabrán a ceniza en mi garganta.»

El vaivén del *Estrella matutina* se hizo más llevadero tras doblar el cuerno de Bregorin y ganar las aguas del mar Occidental. El lento y largo oleaje oceánico había mecido a Masen con la suavidad con que se mece a un bebé en su cuna, gracias a lo cual había podido dormir una noche entera, la primera en semanas.

Levantó la vista hacia los baos, escarchados de reflejos del mar que oscilaba en el exterior, y deseó no tener que moverse. Quería permanecer en esos escasos segundos que siguen al despertar, donde todo era calidez y satisfacción, y los horrores que había contemplado tan sólo eran el recuerdo de otra vida. Pero, por mucho que quisiera, no pudo ignorar lo apremiante de su misión. Tarde o temprano todo se acaba.

Masen se volvió sobre un costado. K'shelia estaba sentada en el extremo del camastro, desnuda como un junco, cepillándose el pelo plateado. Reparó en la contracción de la musculatura de la espalda y del brazo, recordando. Extendió la mano para acariciar con la yema del dedo el surco que le dibujaba la columna. Ella volvió la cabeza con una sonrisa.

«Casi estamos a distancia de voz.»

«Gracias.»

Se incorporó antes de frotarse las legañas. K'shelia se cambió el cabello de hombro para cepillarlo de nuevo. Los ojos de jade permanecieron anclados en él, recorriendo la forma de los músculos que le dibujaban el torso y las diversas cicatrices que habían dejado su huella en él. La piel de ella, por el contrario, era inmaculada como la superficie de una perla.

«Tienes el sueño profundo.»

«El seno de las olas es una buena almohada para mí, mi señora.»

«Te burlas a mi costa, ¿es eso? No estoy familiarizada con vuestro sentido del humor.»

«No bromeaba. —Se arrodilló tras ella y le pasó los brazos por la cintura antes de darle un beso en el hombro—. No podría ser más sincero, en el más amplio sentido de las palabras.»

Lentamente deslizó las manos hasta sus pechos. Eran lo bastante pequeños para poder cogerlos con ellas. K'shelia echó atrás la cabeza, cubrió sus manos con las suyas, de dedos largos y piel clara, mientras la acariciaba. Su tacto era frío y frágil como un copo de nieve.

«Ha sido... interesante. Te recordaré con cariño, Masen.»

«Y yo te echaré de menos, cantora del barco. Siempre que me vea en mar abierto.»

Se le habían endurecido los pezones dorados. Tiró de ellos con suavidad. Ella contuvo el aliento.

«¿Tenemos tiempo?»

«Siempre lo hay para el amor.»

«Entonces hagámoslo una vez más, para no olvidarlo nunca.»

Masen besó el cuello delgado. Olía a mar, a sal y viento. Incluso su piel tenía un sabor limpio. Deslizó la mano derecha por su vientre hasta la encrucijada de los

muslos. Ella los separó un poco y él introdujo los dedos en los sedosos pliegues de su sexo. El cepillo de marfil cayó al suelo.

Más tarde, cuando subió a cubierta y ella se situó en la rueda del timón junto a él, había de nuevo en sus ojos una mirada comedida, distante. Ni siquiera quedaba un rastro de rubor capaz de traicionar lo que ambos habían compartido. Eso lo entristeció un poco; siempre se esforzaba para que sus compañeras desprendieran después un fulgor de lujuria o diversión, de ambos si podía lograrlo. Claro que nunca antes se había acostado con una elfa marina, y sus almas eran insondables como los océanos que navegaban. Puede que no mostrase nada en ese momento, pero él siempre conservaría el recuerdo de lo que había visto y oído en sus brazos.

«Muéstrame los colores de tu amigo e intentaré alcanzarlo.»

«Gracias, mi señora. —Masen le mostró la pauta de colores que andaba buscando—. ¿A qué distancia estamos?»

«A dos días si el viento sigue entablado.»

«Hemos tardado más de lo que esperaba.»

«Ni siquiera yo puedo cantar al Estrella ante las fauces del viento, Masen. Ha hecho lo que ha podido.»

«Lo sé. No tengo palabras para expresar mi agradecimiento. Por todo lo que has hecho por mí.»

¿Acaso lo imaginó, o la elfa le dirigió fugaz una sonrisa? Apareció y desapareció, huidiza como la chispa que corona una ola. No supo decirlo a ciencia cierta, pero era imposible confundir el roce de sus colores en los pensamientos de él, algo tan íntimo como una caricia. Imposible disfrazar ahí el fulgor.

«Cuando establezcas contacto házmelo saber, y te daré el mensaje que debo enviar. No hay tiempo que perder.»

—Para ser chico tienes un pelo muy bonito —alabó Aysha, cepillándolo.

—Gracias. —Gair se ajustó la toalla en torno a los hombros—. Tú llevas el pelo muy corto para ser chica.

—Me lo corté así cuando vivía en el zoco. Tener aspecto de chico me facilitaba las cosas. Al final hasta llegó a gustarme.

—No esperarás que crea que te hiciste pasar por un chico.

Dobló el brazo para alcanzar con la mano la parte inferior de los calzones de ella, que respondió al gesto dándole un golpe suave en la nuca con el cepillo.

—Compórtate. De joven era plana como una camisa recién planchada. Las curvas llegaron más tarde. —La cuchilla silbó sobre el cepillo—. De todos modos no tengo paciencia para cuidar del pelo largo. Da mucho trabajo delante del espejo, y preferiría que me arrancasen las uñas.

El pelo que le había cortado alfombraba el suelo del cuarto de baño, en torno al

taburete de Gair, mientras ella lo peinaba, recortaba y cepillaba de nuevo. La observó en el espejo que colgaba de la pared. Movía las manos con rapidez y destreza, tanta que la hoja de la cuchilla era un destello entre sus dedos.

Ni siquiera de niño le había cortado el pelo una mujer. Aun teniendo en cuenta que la mujer era la misma con quien había compartido cama al abrir los ojos aquella mañana, así como las dos mañanas anteriores (por los santos que aún pensaba que despertaría en el momento menos pensado de ese sueño), era una experiencia considerablemente íntima. Movía los dedos por su pelo, por el cuero cabelludo, y le ponía la piel de gallina. La sensación era tan absorbente que pasaron varios segundos antes de que cayera en la cuenta de que ella estaba viendo cómo la miraba. Apenas frunció los labios, pero la arruga que se le formó en la comisura de los ojos delató su diversión.

—Humm. Bueno... —empezó a decir él tras carraspear—. ¿Por qué era preferible en el zoco hacerse pasar por un chico?

—Era más seguro —respondió ella con un encogimiento de hombros—. Las jóvenes huérfanas iban buscadas, incluso las tullidas.

—No sé si preguntar el porqué.

—Qué inocente eres, por la diosa. Pues por los burdeles.

—Ah, claro.

A Gair le ardieron las orejas. Tendría que saberlo a pesar de haber sido educado en un convento. En su momento era demasiado joven para fijarse en esas cosas, pero las había visto en Leahaven: mujeres serenas, elegantes, que conservaban la piel pálida sirviéndose de parasoles y que llamaban la atención de cualquier hombre que superase los doce años, mujeres a las que cualquier otra mujer con quien se cruzasen por la calle miraba de soslayo.

—Tuve una o dos amigas que lo eran —continuó Aysha, peinándole otra parte de la cabeza—. Me contaron que en los mejores prostíbulos no se llevaba una vida tan mala. Disfrutaban de buena ropa, sus habitaciones estaban cubiertas de seda y tenían guardas en la puerta por si alguno de los clientes se ponía violento. Incluso participaban de los beneficios. No todos los prostíbulos eran tan civilizados.

—Me lo puedo imaginar.

—Créeme, no puedes. La gente está dispuesta a pagar para ver o hacer, o que les hagan cosas que ni te figuras... —Hizo un gesto de censura con la cabeza—. En fin, decidí entregarme a quien yo quisiera, y preferí aprender un oficio para ganarme la vida. En cuanto aprendí a bajar una octava el tono de voz y caminar sin menear las caderas me resultó bastante sencillo fingir.

—¿Es que no había muchachos en los prostíbulos? —preguntó con cierta reserva—. Hay hombres que tienen otras preferencias.

—Así es, pero a un aprendiz no se le molesta. No te negaré que tuve una o dos

ofertas atractivas al respecto —añadió, dirigiéndole una mirada traviesa—. Pero Jalal tenía la costumbre de quedarse de pie en la trastienda, afilando la cuchilla más larga que tenía cuando acudían ciertos individuos que, por alguna razón, no se quedaban mucho rato.

—¿Lo echas de menos?

—¿A Jalal? Sí, creo que sí. Tenía dientes de oro y un ojo de cristal que se sacaba para abrillantárselo en la camisa cuando no le gustaba lo que veía. Nos dejaba dormir en la trastienda a una docena de chicos de la calle. A cambio cuidábamos de él, barríamos el suelo y le preparábamos la comida. Ese tipo de cosas.

Su voz estaba teñida por la calidez del afecto sincero, y sus ojos se hallaron momentáneamente a miles de millas de distancia. Al mirarla, Gair sintió una extraña punzada de dolor en el pecho.

—Qué poco sé de ti —dijo.

—Bueno, creo que a estas alturas lo sabes casi todo —replicó ella, alegre, con el énfasis suficiente en el «sabes» para hacerle maldecir de nuevo la palidez de su piel.

Por los santos que costaba acostumbrarse a eso. Era tan abierta a la hora de hablar de sus actividades, tan sincera y mundana al tratar de lo que hacían, que algunos de sus comentarios lo dejaban sin aliento.

Ella reculó un paso para valorar el largo del pelo que le asomaba por la toalla y asegurarse de que el corte fuese parejo. Entonces su reflejo le sonrió.

—Ajá. Un acabado mucho mejor. —Aysha dobló la toalla y se sirvió de ella para sacudírsela en los hombros y el pecho, de modo que los pelos que le hubieran caído ahí acabasen en el suelo—. No te muevas, espera un momento. Veo que aún me queda una cosa pendiente.

Dicho esto, salió cojeando del dormitorio. Gair tomó la camisa que colgaba del picaporte y se la puso. El cuarto de baño de Aysha parecía una cueva, las baldosas que cubrían las paredes eran aguas de colores oscuros como el fondo del mar, y un tono dorado, como de arena, cubría el suelo. No era necesaria mucha imaginación para verla metida en la bañera. El olor del aceite de baño impregnaba el ambiente, lo cual bastó para acelerarle el pulso.

A su regreso llevaba una bolsa de terciopelo azul que le tendió.

—¿Qué es?

—El regalo de tu santo. —Rió al ver la expresión de su cara—. No me digas que has olvidado qué día era.

—En la casa capitular no se nos estimulaba para recordar ninguna otra cosa. Pero me había olvidado completamente. ¿Cómo lo supiste?

—Se lo pregunté a Alderan.

Volcó el contenido de la bolsa en la palma de la otra mano. Era un objeto de plata redondo, como un anillo pero mayor, con motivos leahnos grabados en el borde. En

el centro había una inscripción en gimraeliano, toda ella caligrafía geométrica mezclada con elaborados rabillos, como cuando los niños dibujan las olas.

—Se llama zirin. Es para tu pelo.

Le mostró cómo utilizar el broche disimulado. Le recogió el cabello en una cola y le abrochó el zirin a su alrededor.

—Así —dijo ella, acariciándole el pelo con la mano—. Mejor que esa cuerda de pordiosero que llevas, ¿verdad?

—No sé qué decir. Gracias.

Gair acarició el frío metal mientras contemplaba su imagen en el espejo. El zirin le pesaba en la nuca, pero no daba la impresión de que se le fuera a caer. Le sentaba bien. No quería ni pensar en lo que le podía haber costado. Esa clase de elegancia sencilla no era precisamente barata.

—¿Qué dice la inscripción?

—Ah, es una cita de un poema que habla del desierto.

—¿Al-Jofar?

—Ishamar al-Dinn. Siglo IV.

—No he oído hablar de él.

—Compuso el ciclo poético de *La rosa de Abal-khor*, por lo que fue desterrado de la corte gimraeliana, bajo pena de muerte.

—¿Tan malos eran sus poemas?

—De hecho, Al-Dinn escribió algunos de los versos más hermosos que he leído. Es uno de mis favoritos.

—Entonces, ¿por qué lo desterraron?

—*La rosa de Abal-khor* fue el nombre dado a la tercera esposa del príncipe y los poemas tienen una profunda carga erótica.

Gair se dio una palmada en el zirin y la miró con los ojos muy abiertos.

—Por favor, ¡dime que la inscripción no es una cita de eso!

—Tranquilízate. —Aysha rió—. No se trata de nada que no puedas repetir durante una cena, te lo aseguro.

Se puso de puntillas, le rodeó el cuello con los brazos y le acercó los labios para que los besara.

—Un bonito recuerdo, Leahno —dijo, acariciándole la mejilla—. Ahora sal de aquí antes de que ceda a la tentación de retocarte el corte de pelo.

—Me gusta cómo suena eso.

La besó juguetón, abriéndose paso hasta el cuello. Con una risilla jovial, ella se apartó de él.

—Para ya. No tienes tiempo.

—¿Más tarde?

—Tal vez.

—¿Me dirás qué reza la inscripción?

—Quizá. Ahora largo, o volverás a llegar tarde a esa partida de ajedrez que tienes con Darin.

Alderán ahuecó las manos para lavarse la cara y el cuello, y aclararse los restos de jabón. Luego comprobó su reflejo en el espejo situado sobre el aguamanil. Mucho mejor. La barba le dibujaba una línea recta bajo el mentón, y le había dado forma sobre las mejillas hasta volverla simétrica. Mucho mejor. Volvió la cabeza a izquierda y derecha para comprobar la altura de las patillas. Humm.

Tomó la cuchilla y se inclinó sobre el espejo, la cabeza vuelta a un lado. Con sumo cuidado, apoyó el filo en la piel.

«Guardián.»

¡Maldita sea! Dejó caer la cuchilla en el aguamanil y contempló el hilo escarlata que goteaba de su barba.

«¿Sí?»

«Disculpa la intromisión.» El acento era alegre como el trino de un pájaro, y los colores que se mostraron ante él eran los de la espuma de mar y la luz del sol sobre un fondo azul aguamarina. Alderán no reconoció la pauta.

«Soy K'shelia, cantora de la nave *Estrella matutina*. Tengo un mensaje que entregarte de parte del guardián del portal.»

¿Masen? ¿Qué estaba haciendo a bordo de una nave elfa? Con una sensación incómoda en la boca del estómago, Alderán se irguió, olvidado ya el corte que se había hecho en la mejilla.

«Te escucho, mi señora.»

«Reúne al consejo. El Velo se fractura.»

Santos y ángeles.

«¿Ése es todo el mensaje?»

«Sí, guardián. El *Estrella matutina* arribará a Pencruik dentro de dos días, si los vientos así lo desean. Nos daremos toda la prisa que podamos.»

«Entiendo. Gracias, cantora. Nuestra orden está en deuda contigo.»

«¿Tienes algún mensaje que pueda transmitir al guardián del portal?»

«Dile que haré lo que pide. Nos reuniremos en cuanto llegue. Ruego a la diosa que no sea demasiado tarde.»

«De acuerdo. Me despido pues, guardián, hasta que nos veamos.»

La dama desapareció. Alderán se apoyó en la jofaina, inclinando la cabeza. Bueno, a todo le llega su final. El hombre no escoge el momento. Habría preferido que no fuese tan pronto, haber tenido más tiempo para prepararse. Tendría que hacer lo que pudiera con las herramientas de que disponía. La sangre goteaba sin prisa del cuello al agua, donde formaba espirales hasta disolverse.

El tercer libro estaba incompleto.

Ansel lo dejó en el regazo y se frotó los ojos. Según la fecha que figuraba en el encabezamiento de la página, el diario terminaba de pronto en vísperas de la batalla del río Run. Se sabía que Malthus sobrevivió, aunque resultó herido, de modo que ¿por qué concluía ahí? Los primeros dos volúmenes estaban repletos de reflexiones y comentarios; ¿qué le había empujado a soltar la pluma? ¿Había extraviado el libro en el enconado avance, apartado por su sirviente y, quizá, abandonado, olvidado? ¿Había empezado un nuevo libro de notas, y suponía eso que existía otro volumen que lo aguardaba en el archivo, durmiendo entre los apócrifos?

Ansel masculló una maldición que no había utilizado desde que salió del campo de batalla, y luego la acompañó con una plegaria de expiación por lo brusco del lenguaje, a pesar de su convencimiento de que la diosa comprendería su frustración. Cuán cruel podía mostrarse el destino, capaz de llevarlo tan lejos para terminar abandonándolo cuando tan cerca estaba del objeto de sus pesquisas. Qué amargo en el paladar el sabor de la decepción.

Volvió hacia atrás una o dos páginas y releyó las últimas entradas. Por fuerza las descripciones de Malthus de la marcha desde Mesarilda fueron breves, pero incluso aquellas pocas palabras apresuradas, garabateadas en el libro al final de cada jornada, se le antojaron potentes como hechizos. Ansel había sentido su desesperación, atormentado por la visión de hombres y caballos cayendo exhaustos, a los que había que abandonar porque las legiones no podían hacer un alto. Los hombres caminaban hasta sangrarles las llagas de los pies, marchaban hasta bien entrada la noche, y cubrían la primera legua al día siguiente antes de que el sol asomase por el horizonte. ¡Dar por sentado que lucharían nada más llegar a su lugar de destino!

Pero lucharon. De algún modo, con los miembros entumecidos y armas tan pasadas que parecían forjadas de plomo, las legiones habían luchado. Habían logrado asegurar el primero de los caminos que se adentraban en el valle, seguido por otro, y luego habían levantado el asedio. Los defensores de la ciudad lo dieron todo en una salida final por las puertas, y el ataque de flanco había sorprendido a Gwlach de espaldas a un río, con sus guerreros desorganizados.

«¡Cuán dulce es el sabor de nuestra primera victoria! Como agua de un manantial de montaña, tan fresca y vigorizante, arrastra consigo el cansancio de nuestras articulaciones y alivia nuestros numerosos dolores. Mañana lloraremos por ellos y pronunciaremos nuestras plegarias por sus almas, pero esta noche vamos a celebrarlo, porque en el día de hoy hemos llevado a cabo una buena labor, aunque sangrienta. ¿Quién sabe cuántas vidas habremos salvado? Si pudiera calcularse ese número, quizá llegásemos a la conclusión de que nos había salido barato. Sin Azote de los Caídos, me temo que habríamos alcanzado un final muy distinto.»

La entrada del día siguiente rezaba:

«Gwlach se ha retirado al norte del valle, donde ha reagrupado las tropas. Sabe que en este momento no podemos emprender la persecución que nos daría la victoria. Los hombres y los animales tienen que descansar, alimentarse, tanto los nuestros como los suyos. He enviado exploradores para vigilar sus movimientos, e informan de que ha enviado jinetes al norte, a poniente y al este. La inteligencia del comandante de la guarnición de Caer Ducain sugiere que es ahí donde había apostado su reserva, cuyo contingente asciende al menos a diez mil hombres más. Esto inclinaría las cosas a su favor, al menos en lo que a número de tropas concierne. No tenemos forma de saber a cuántas hechiceras más puede recurrir. Si hemos de atacarla, debemos hacerlo con contundencia, y hacerlo pronto, antes de que su reserva se interponga en nuestro camino».

En vísperas de la batalla de río Run, cuando la suerte del enfrentamiento se inclinó irrevocablemente a favor de la orden, la entrada del diario era breve. Dos párrafos, nada más:

«He hablado con Azote de los Caídos. Es un hombre sencillo, y con eso me refiero a que no se complica la existencia. Considera que su cometido está muy claro: es lo que hay que hacer. Obrar de otro modo sería un error. ¡Ah, qué claridad de propósito! Debo por fuerza pensar en el futuro. La necesidad es grande, el fin justo, de eso no me cabe la menor duda. Son los medios lo que me araña el alma como las zarpas de un lobo.

»Acepta con tal ecuanimidad la labor que le he encomendado, que la fuerza de su fe empequeñece la mía. Me siento humilde a su lado. Rezo a la mismísima diosa para que algún día su sombra encuentre la gracia para perdonarme lo que le he pedido que haga en el nombre de ella».

Y eso era todo. Malthus no había escrito nada más. La desesperación reverberaba en todas y cada una de aquellas palabras; el mismo libro temblaba por ello. Ansel oyó en su cabeza la voz del preceptor, muerto tiempo ha, sintió su angustia, y quiso gritarle que terminase su relato, que al fin pusiese por escrito lo sucedido aquel día. Aunque sólo sus ojos pudieran leerlo, alguien lo habría visto y reconocido por lo que era, en lugar de ocultarlo avergonzado como un hijo ilegítimo.

Cerró el libro, que cubrió con ambas manos. Secretos y mentiras formaban el sustrato de su querida orden, como la piedra y el cemento del que estaban hechos los cimientos de la casa materna. Ya iba siendo hora de que salieran a la luz. Los suvaeanos tendrían que lucir sus cicatrices con orgullo, como muestras de honor, por mucho que los desfiguraran. Eran la prueba de que no eran las batallas que habían ganado las que formaban el carácter de un hombre, sino las otras, las perdidas. Eso era lo que hacía de él un hombre, o lo que lo quebraba en la rueda de la amarga experiencia. Las cicatrices no eran nada de lo que avergonzarse.

El fuego se extinguía poco a poco. Ansel extendió la mano hacia la portezuela,

por la que introdujo un bloque de turba. Comprendió demasiado tarde que debía de haber utilizado las tenazas; la ceniza y las chispas se avivaron, llenando la estancia de una nube de humo fragante. Se recostó para apartarse de la trayectoria, pero lo hizo demasiado tarde. Cuando inspiró aire lo hizo con un fuerte dolor en el pecho, y la tos hundi6 de nuevo las garras en sus pulmones. La combati6 como pudo, contuvo el aliento y rez6 para que se le pasara, pero a pesar de ello la tos surgi6 de sus labios acompa6ada por un esputo de sangre y saliva. Entre sacudidas y espasmos, las gotas escarlata le salpicaron la t6nica mientras manchas negras le cubrían el campo de visi6n.

¡Si pudiera alcanzar la campanilla situada en el extremo opuesto de la repisa! Logr6 dar un paso, aferr6 aturdido la repisa. Cay6 al suelo. El dolor lacerante le atenazaba el pecho como un pu6o. Qu6 difícil le resultaba respirar. Era preferible yacer inm6vil, con el frescor de la losa en la ardiente mejilla. El fren6tico aleteo bajo las costillas cesarí a al cabo de un rato, si era paciente. Qu6 oscuro ya, qu6 sosiego despu6s de haber pasado tanto tiempo haciendo el esfuerzo de leer aquel condenado libro. Había llegado el momento de dormir.

En fin, todo se acaba.

DISTRACCIÓN

Gair subió de dos en dos los peldaños de la escalera que llevaba a su cuarto. Había volado directo de las habitaciones de Aysha al ala de los dormitorios, a pesar del fuerte viento, pero había demasiada gente en los patios para decidirse a recuperar la forma humana allí, así que tuvo que desviarse e ir hasta el jardín de la cocina. Desde allí corrió derecho a través del refectorio, cogiendo una manzana al pasar, y se enfrentó a la marea de estudiantes airados que se cruzó hasta llegar al ala de los dormitorios. Una o dos personas se detuvieron para mirarlo con cara de pasmo al toparse con él; esperaba que no les diera tiempo a reparar en que iba despeinado y tenía el mentón rasposo.

No se había despertado hasta que la campana anunció la prima. La falta de sueño lo aturdía; había sido necesario caer en la cuenta de que iba a llegar tarde a la clase con el maestro Brendan para que saliera de la cama de Aysha. Ella se había desperezado lánguida, y, mientras él se vestía, su cuerpo dibujó formas sugerentes bajo la sábana y se ofreció a redactarle una nota que lo excusara de acudir, so pretexto de que su presencia era necesaria en otra parte. No tuvo que preguntar a qué lugar hacía referencia esa «otra parte». Fue una oferta muy tentadora. El beso que Aysha le dio al despedirse estuvo a punto de menoscabar su fuerza de voluntad.

Al principio pensó que no duraría el encanto embriagador de los primeros días, pero lo hizo. Casi había pasado un mes ya, y si acaso estaba más hechizado que nunca por Aysha. Ella lo llamaba cada día, su voz resonaba en su mente, y él acudía de buena gana, extraviándose en ella durante horas, por lo general de noche. Se había acostumbrado a sentarse a su escritorio para redactar los ensayos que debía escribir, sólo por el placer de estar en el mismo lugar que ella. Mientras Aysha lo observaba desde el sofá, como una gata. A menudo el peso de su mirada bastaba para distraerlo, momento en que apartaba papel y tinta en favor de otra clase de expresión.

De algún modo, había logrado mantener la palabra dada al maestro Barin, aunque a veces, como ese día, la cosa le hubiera ido de un pelo. Tendría que contentarse con aquella manzana por desayuno si quería cambiarse la camisa y llegar a tiempo a la clase. Ya en su cuarto, se aseó tan rápido como pudo, sin molestarse siquiera en calentar el agua. Temblando, abrió el armario y tanteó el interior en busca de una camisa limpia con una mano, mientras con la otra se secaba con la toalla. Alguien llamó con urgencia a la puerta.

—¿Hay alguien aquí?

El rostro de Darin asomó por el marco. Se había recuperado del todo, aunque aún tenía ojeras. Saaron dijo que con el tiempo desaparecerían, pero hasta que lo hicieran Darin parecía un espectro, lo que no podía estar más fuera de lugar teniendo en cuenta su carácter vivaz.

Observó las muestras de las apresuradas abluciones.

—No te he visto en el desayuno.

Gair se sacó de la boca la manzana medio roída.

—Esta mañana me he dormido —dijo antes de darle otro mordisco. Sacó una camisa del armario y se la introdujo por la cabeza.

—Pero pasé por aquí hace una hora y tenías la cama hecha.

Una palabra acudió a la mente de Gair. No tenía ni idea de qué significaba, pero se la había oído decir a Aysha en más de una ocasión, y parecía ideal para una situación como ésa. Darin lo miró con ojos agrandados por el asombro.

—Vaya, perro —dijo en voz baja—. Así que es cierto.

—¿Qué es cierto?

—El caballero tiene una dama.

—¿Cómo?

—Tú. ¡Que te has liado con una chica!

—¿Qué te ha hecho pensar eso?

—Gair, tú mismo habrías tenido ocasión de oír los rumores si pasaras siquiera un rato en los dormitorios.

Gair se ajustó la camisa y pasó el faldón por debajo del cinto. No tenía tiempo para eso, pero tampoco le iría mal averiguar qué rumores circulaban, aunque sólo fuera para saber en qué punto habían fracasado las medidas de precaución que había tomado. Mantuvo bajo el tono de voz.

—¿Qué rumores?

—Increíble. —Darin negó con la cabeza, y empezó a contar con los dedos—. Antes de que la campana de la cena deje de sonar, te largas y nadie sabe dónde te has metido. Llegas tarde a la partida de ajedrez dos de cada tres veces, y ya he dejado de buscarte en tus días libres porque no hay forma de dar contigo. Sin tu ayuda mis notas de historia han caído en picado desde Atardecer, y ahora prácticamente no podrían ser más bajas. Y por último la demostración de esta mañana de que duermes en otro lugar que no es tu cama, lo que me lleva a una conclusión obvia. Tú, amigo mío, te has liado con una chica.

Ahí el belisthano lo tenía atrapado. Creía haber sido muy discreto. Por la diosa que sería mucho más sencillo mantener una relación abierta, pero se habían saltado tan a conciencia una de las pocas normas que regían la casa capitular que no estaba seguro de que no le pidieran que se marchase en el siguiente barco. Desabrochó el zirin con un suspiro y echó mano del cepillo.

—Bueno, tengo razón, ¿verdad? ¿Quién es?

—Darin, de verdad que no tengo tiempo para esto.

—¿La conozco? Dime quién es. ¿Es Sarra, la joven syfriana de la melena larga? El otro día vi cómo la mirabas.

—No hice tal cosa —aseguró Gair, cepillándose el pelo—. Creo recordar que fuiste tú quien me hizo jurar que guardaría en secreto tu deseo de enredarte en esa melena.

—¡Vamos, Gair, cuéntamelo! Por los santos que nunca me cuentas nada.

—Porque no es asunto tuyo. ¿Es que no puedo disfrutar de un poco de intimidad?

—¿Te regaló ese bonito broche por Atardecer?

Miró el zirin que tenía en la mano, volviéndolo para leer la inscripción. Al cabo, ella le había contado qué rezaba, pero en gimraeliano. Seguía sin dar con la traducción.

—Por mi santo.

—De modo que hay una chica y tiene dinero. Veo que alguien tiene las botas metidas bajo esa cama. ¿La tienes de compañera en una de tus clases?

Gair arrojó el cepillo en la jofaina y se arregló el pelo. La cola le caía más allá de los hombros, a pesar del corte, y el zirin de plata le era más cómodo que la cuerda para recogerla.

—Darin, Brendan va a desollarme vivo. Si no salimos ya llegaremos tarde.

Tomó el jubón de la cama y se dirigió a la puerta. Darin se le adelantó y se colocó bajo el dintel.

—No pienso moverme hasta que hables.

—Entonces tendrás que esperar mucho.

Gair hundió los dedos en el diafragma de su amigo, y pasó de largo junto a él cuando se dobló por la cintura de dolor. En cuanto recuperó el aliento, Darin echó a correr detrás de él por el pasillo.

—Cuéntamelo.

—No.

—¡Cuéntamelo!

—¡Que no!

—Dime al menos qué tal lo pasáis juntos.

Gair detuvo el paso.

—No puedo creer lo que acabo de oír.

—¡Por favor! Nada por debajo de la cintura, ¿recuerdas?

—Tienes un estercolero en la cabeza.

—No es la primera vez que me lo dicen. —La sonrisa torcida del belisthano no pudo ser más desvergonzada—. Supongo que eso quiere decir que no vas a contarme nada.

—No voy a contarte nada.

—Aguafiestas.

Negó sobre Penglas por primera vez en veinte años. La nieve llegó al anochecer procedente del norte, cubriendo de un manto blanco la tierra que se fundía en la noche, y por la mañana cubría ya toda la isla con un grosor de dos o tres pulgadas.

—Pero si aquí nunca nieva —protestó Darin, que se ajustó la capa en el campanario—. Es casi como estar de vuelta en casa.

—Echaba de menos la nieve —admitió Gair—. En Leah a esto lo hubiéramos considerado una helada.

Encaró con el catalejo el barco que orzaba la embocadura del fondeadero de Penbirgha. Tenía las líneas de un martín pescador, palos inclinados y un aparejo peculiar, velas de cuchillo, con parches en la pintura, desportillada por la tormenta. Diversas partes del nuevo aparejo tenían pendiente un embreado a conciencia, una vela estaba rasgada y otra era tan blanca que debían de haberla sacado del pañol de velas de respeto. A pesar de todo, los marineros gobernaban la nave con eficacia, tal como demostraron cuando hubo que virar por delante y tomar rizos a las velas para que se deslizara con soltura entre los promontorios.

—Diría que tienes razón. Es una nave de los elfos marinos y navega con prisas. —Cerró el catalejo con un chasquido y se lo devolvió a Darin.

—Ya te lo dije. —El belisthano observó el barco—. A juzgar por su aspecto, debió de sorprenderle la tormenta de la semana pasada. El pabellón que ondea en el tope no es más que un andrajo.

—Alguien debe de viajar en él, y lleva prisa. Últimamente no ha estado el tiempo como para navegar.

—Los elfos marinos son los mejores navegantes de altura del mundo. Si tuviera que confiar en alguien para que me llevase a bordo en mitad de una tormenta, me pondría en sus manos con los ojos cerrados. Mira, van a echar un bote al agua.

Gair se apoyó en la balaustrada. La nave apenas había reducido su andadura y ya había un lanchón que se deslizaba como una flecha por el fondeadero, proa a Penglas. Aparte de los remeros tan sólo vio a un pasajero a bordo, aunque no distinguía más que un borrón. Mientras veía cómo la nave elfa echaba el ancla con estruendo de cadenas, audible a pesar de la distancia gracias a que se encontraban en lo alto del campanario, los acantilados ocultaron por fin el lanchón.

Darin bajó el catalejo y lo cerró, pasándoselo a la otra mano.

—Me pregunto quién se dispone a desembarcar. ¿Podrías acercarte volando y ver de quién se trata?

Gair recurrió al canto de una gaviota. La melodía era un pensamiento desordenado de agudas notas lastimeras que hablaban de alas de gran envergadura y

cielos despejados. Después del poder natural de un águila encarnada, la forma de la gaviota se le antojó extraña, pero era fácil maniobrar con sus amplias alas. Las gaviotas anidaban en los saledizos de los peñascos, y cazaban entre los senos de las olas, un mundo aparte de las catedrales de hielo y piedra que constituían el mundo de un águila. Al cabo de unos instantes le cogió el truco y planeó sobre la ciudad llevado por el viento.

En el extremo del embarcadero había una familiar mancha azulada que aguardaba la llegada del lanchón. Gair planeó más cerca hasta distinguir el rostro de Alderan, a quien vio tender una mano amistosa al hombre que cargaba un bulto al hombro y subía los peldaños de la escalera medio sumergida en el agua. Cruzaron algunas palabras, y luego echaron a andar en dirección a la ciudad. De pronto, el otro hombre levantó la vista y miró directamente a Gair.

Era una mirada cargada a partes iguales de curiosidad y conocimiento, como si supiera quién era Gair sin necesidad de ser presentados. Pero Gair sabía que era imposible distinguirlo entre el centenar de gaviotas que sobrevolaban las inmediaciones del embarcadero. ¿Qué ocurría entonces? ¿Lo había reconocido Alderan y se lo habría contado a su acompañante? Inquieto, Gair se alejó del puerto y voló de regreso al campanario. Darin lo esperaba, mirando a través del catalejo el punto donde el camino de la ciudad surgía serpenteando del bosque.

—¿Quién era? —preguntó sin volverse hacia él.

—No lo reconocí. Algún amigo de Alderan, supongo. Estaba allí para darle la bienvenida cuando atracó el bote.

—¿Qué aspecto tenía?

—Marrón —respondió Gair, frotándose las manos heladas—. Piel morena, capa de color pardo, ojos castaños. Tiene la cara como un zapato viejo, da la impresión de que se pasa la vida a la intemperie.

—¿Te acercaste lo bastante para oír lo que decían?

—Yo no escucho a escondidas las conversaciones ajenas, Darin —lo regañó con suavidad Gair.

—Pues qué lástima.

El belisthano cerró el catalejo con brusquedad. El frío le había azulado los labios y tenía los dedos delgados tan pálidos que parecían hueso descarnado. No había recuperado el peso perdido durante el tiempo que pasó internado en la enfermería antes de Atardecer; si acaso, había perdido más y estaba macilento. Los ojos relucían oscuros en las cuencas, y el único color del rostro lo debía al rastro de la fiebre, visible en lo alto de ambas mejillas.

—Me gustaría saber de qué estaban hablando —murmuró.

—Tal vez más tarde descubramos algo —dijo Gair—. Las habladurías del pueblo suelen llegar a la casa capitular en cosa de uno o dos días.

—Quizá.

—Tengo que desayunar algo, dentro de media hora tengo clase con el maestro Eavin. —Tiró de la cuerda para levantar la trampilla que llevaba a la sala de la campana—. ¿Darin? ¿Vienes?

—¿Qué? Ah, sí, claro.

El belisthano dio unos pasos hacia la trampilla, pero se detuvo cuando dirigió de nuevo la mirada hacia el puerto. Los dedos blancos se cerraron en torno al catalejo, abriendo y cerrando el cilindro de latón.

—¿Darin?

—Ya voy, ya voy, pesado.

Gair dejó que lo precediera por la escalera. Lo siguió de cerca, y pudo ver adónde miraba Darin cuando pasaron por una ventana, siempre hacia Pencruik, incluso cuando las paredes de la casa capitular se interpusieron en la trayectoria de su mirada. Los ojos hundidos estaban pendientes de un punto muy concreto, y era como si fuera capaz de verlo a través de la piedra. ¿Qué lo preocupaba? Algo, eso saltaba a la vista. Incluso había dejado de quejarse de la falta de acceso a la ropa interior de Renna. Definitivamente no parecía el mismo.

Después de cenar, Gair fue al cuarto de Darin a jugar al ajedrez. El belisthano no tenía buen aspecto. Tenía la piel grisácea y las bolsas de los ojos se le habían acentuado. Por lo general era un jugador astuto, rápido y audaz, pero se quedó mirando el tablero como si fuese la primera vez que lo viera en toda su vida, y así fue como jugó, perdiendo tres partidas seguidas. En lugar de empezar una cuarta, Gair apartó el tablero.

—Esta noche no pareces tú. ¿Estás bien?

—¿Cómo? —Darin lo miró, pestañeando—. Ah, sí, perfectamente. Un poco cansado, nada más.

—¿Renna te tiene despierto hasta tarde?

—Eso querría yo. —Un atisbo del antiguo Darin, que pronto desapareció—. No duermo muy bien últimamente, eso es todo. Tengo sueños extraños.

—¿Qué clase de sueños?

—En realidad no los recuerdo. Sucede que despierto con la sensación de haber tenido una pesadilla, pero no recuerdo un solo detalle al respecto.

—Quizá deberías hablarlo con Saaron.

—No, no pasa nada. No quiero hablar de ello.

Gair puso de nuevo el tablero entre ambos y empezó a colocar las piezas.

—Tal vez podría ayudarte.

Darin movió el brazo con brusquedad sobre el tablero, proyectando las piezas en todas direcciones. Lo adormilado de su expresión había desaparecido por completo, sustituido por una energía febril. Tenía los ojos tan abiertos que parecían salidos de

las órbitas.

—No quiero hablar de ello —insistió, ronco.

Gair se movió incómodo en la silla. Nunca había visto así a Darin.

—Claro —dijo con tiento—. Eso has dicho. Pongamos las piezas para jugar otra partida, ¿te parece?

Recogió las figuritas y las colocó sobre el tablero. Al cabo de unos segundos se evaporó el malhumor de Darin, que se dispuso a jugar; sin embargo, antes de que efectuasen media docena de movimientos por cabeza, al joven se le cerraban los ojos.

—Lo siento, Gair —murmuró antes de bostezar—. Soy incapaz de mantenerme despierto.

—Pues ve a la cama. Ya jugaremos otro día.

—De acuerdo.

Sin decir otra palabra, Darin arrastró los pies, aún calzados con las botas salpicadas de manchas de barro, hasta la cama y se tumbó en ella. En cuestión de segundos su respiración había adoptado el ritmo propio del sueño profundo. Gair sacó una manta del armario y lo cubrió con ella antes de salir de la habitación. No había duda de que el belisthano no era el mismo de siempre.

El baño hondo de Aysha, cubierto de baldosas, estaba lleno de agua gracias a las inmensas calderas de cobre y el avanzado sistema de distribución de cañerías de la casa capitular. El vapor colgaba denso en el ambiente, fragante e impregnado de aceite de bergamota.

—Para tratarse de alguien que parece la matrona del pueblo, Esther tiene una mente con la que podrías partir piedras.

Gair se masajaba las sienes para combatir un latente dolor de cabeza. Había tenido una clase bastante dura con la matronal maestra, posiblemente la peor que había tenido hasta el momento, en la que hubo de recurrir al lento y hondo canto de la tierra. Él había sido el único de los doce estudiantes presentes en la clase capaz de mantenerse a la altura de ella pasada la primera hora, y por la diosa que se lo había puesto difícil.

—Esa mujer hace que me vengan ganas de esconderme debajo de la cama —confesó Aysha, escurriendo un paño en el agua caliente—. Tengo la sensación de que me va a sentar en el regazo y a darme azotes en el trasero. Cierra los ojos.

Extendió el paño sobre su rostro. Gair echó la cabeza hacia atrás y se dejó impregnar por aquella calidez.

—Ah, eso está bien. Un cuarto de baño particular es lo que distingue a una sociedad civilizada. —Gair exhaló un suspiro—. Nada de jabón usado y de encontrarse pelusa del ombligo ajena. Menuda bendición.

Ella rió.

—¿Y la pelusa de mi ombligo?

—La tuya no me importa. Es la de los demás la que me supone un problema.

Dejó caer el paño en el agua y levantó la vista. Ella se hallaba sentada en el medio escalón que había tras él, con las piernas a su alrededor, mientras él apoyaba la cabeza en su hombro. El vapor le cubría la piel morena como un rocío y su cabello dibujaba suaves puntas, como el de un gato que regresa a la casa cuando ha empezado a llover.

—¿Las mujeres tienen pelusa en el ombligo? —preguntó él.

—Pensé que eso era algo estrictamente propio de los hombres, debido al exceso de vello corporal, y que la van perdiendo por ahí debido a la tendencia que tienen de rascarse. Espera, tendré que ir a buscar a un hombre para comprobarlo.

—Estoy desolado.

—Pero tú no tienes exceso de vello corporal. —Aysha deslizó las manos por el pecho de él, como para reforzar la suavidad a la que aludía—. Y yo nunca te he visto rascarte. —Sumergió las manos en el agua—. En los demás aspectos encajas perfectamente con la definición.

Gair cerró los ojos, disfrutando del tacto de ella. Aún conservaba la capacidad de estremecerlo, más si cabe que antes; ya fuera cuando sus manos alcanzaban a la vez el asa de la tetera por casualidad o la más íntima de las caricias, el mero roce de su piel le hacía cosquillas. Como en ese momento en que no los separaba más que el agua: sentía estremecimientos de placer en todo el cuerpo, que nacían en el punto en que ambos estaban en contacto, como las ondas que alumbra el agua cuando se arroja una piedra a un estanque.

—¿Tienes que irte?

—Es la reunión del consejo. Lo siento.

—¿Cuándo?

—Dentro de una hora, más o menos.

En cuanto terminaban sus clases pensaba en ella. En cuanto se despedía de sus compañeros se dirigía de vuelta a la quinta planta. Subía los escalones de dos en dos cuando nadie miraba. Cuando ella lo saludaba no había ni rastro de incomodidad, jamás sentía que algo se interpusiera entre ellos. La tenía de nuevo en sus brazos, como si nunca se hubiesen despedido. De eso hacía poco más de una hora. Pueden suceder muchas cosas en una hora.

—Te bastará con diez minutos para prepararte —dijo Gair.

Bajo el agua, los dedos de ella se curvaron en torno a él.

—Diría que tú ya lo estás.

Sucedió con rapidez. Aysha se sentó a horcajadas sobre él, un brillo de sudor cubrió su piel y los colores giraron como un torbellino a su alrededor cuando se abrió para Gair. El rojo se antojaba más intenso esa noche, oscuro como vino tinto, y el

calor que ella desprendía era embriagador. De pronto alguien le alcanzó la mente; Gair reparó en ello y la vio dar un respingo. Aysha hundió los dedos en sus hombros.

—Maldición, ahora no —gruñó.

Cerró los ojos y siguió moviéndose, pero el placer se le escapaba de las manos. Volvió a tensar el cuerpo. Quienquiera que la llamase no estaba dispuesto a esperar. Se apartó de Gair mascullando entre dientes.

—Debo irme —le dijo.

—¿Era Alderan?

—Sí. Lo siento.

—En ese caso será mejor que no lo hagas esperar.

Aysha se incorporó, mirándolo a la cara.

—¿Estás seguro de que no te importa?

—Si fuese otro, me importaría. —Tomó su rostro en las manos y le dio un beso largo y lento—. Ve, anda. Luego nos veremos.

—No sé cuánto durará la reunión.

—Pues cuanto antes vayas, antes terminará.

Se separó de él para alcanzar la ropa que había al pie de la cama. Gair la vio vestirse, disfrutando con los ojos lo que no podía tocar con las manos. Aysha le arrojó la camisa a la cabeza.

—Me estás mirando.

—Eres preciosa.

—Mentiroso.

Abrió la puerta y le dirigió una sonrisa que se desdibujó cuando adoptó su forma favorita, la de un cernícalo. Acto seguido desapareció. Gair esperó hasta pasadas vísperas, pero ella no regresó.

La cama de su cuarto le pareció pequeña y fría. Se había acostumbrado a tener a Aysha a su lado cuando se quedaba dormido, y echaba de menos su calidez, su olor en la almohada. Esperarla en la cama de su habitación hubiese sido peor. Rodeado de su perfume, el eco de su presencia tan sólo habría acentuado la sensación de pérdida.

La estancia situada en lo alto del campanario era fría y estaba a la intemperie, pero el lugar encajaba con el humor de Gair. Aquella noche había tardado un buen rato en dormirse, y cuando finalmente lo logró, tuvo sueños oscuros y perturbadores, tanto que acabaron despertándolo mucho antes del alba. Abandonó la práctica con la espada al cabo de una hora; incluso la charla del refectorio estuvo a punto de sacarlo de sus casillas. Cuando un adepto anunció en público que ese día se habían cancelado las clases, se sintió irritado ante la falta de algo que lo distrajera y absurdamente aliviado al no tener que lidiar con el canto estando de un humor de perros.

A cubierto de la pared, Gair se envolvió con la capa. Gránulos de hielo empujados

por el viento le herían la piel desnuda como la picadura del tábano. De niño había salido con el poni en días así, cuando no podía estarse quieto. A veces se hacía acompañar por uno de los perros, y ambos vagabundeaban por las borrascosas cumbres de Valle Largo hasta que a fuerza de andar se libraba de la angustia. En la casa materna disfrutó de la grada superior del campo dispuesto para la liza, y también de la herbosa cumbre de la Cima del Templo los días libres. Siempre que sentía esa inquietud en el alma buscaba las alturas, lugares abiertos al viento y al cielo, como si verse envuelto por ambos bastara para procurarle un espacio en su interior.

Con aire ausente buscó los colores de Aysha, repasando las relucientes pautas del resto de los residentes de la casa capitular. Un globo denso de intenso color azul envolvía el despacho de Alderan, sólido como el hierro. La estancia, cuyo interior albergaba el claustro de profesores, seguía cerrada, guardada por un encantamiento de protección que era consciente de que ni siquiera podía soñar con desentrañar.

Cualquiera que fuese el mensaje que había traído consigo el barco elfo, por fuerza tenían que ser malas noticias. Había requerido la velocidad de esa nave, y había bastado para reunir a todo el consejo después de la cena, en una sesión que, al menos que él supiera, se había prolongado hasta altas horas de la noche. La guerra, quizá. Puede que los esfuerzos de lord Kierim de mantener la paz en Gimrael hubiesen fracasado del todo, tal como había predicho Alderan, y el Imperio se estuviera preparando para afrontar una revuelta. Tal vez la Iglesia declarase otra crisis de fe y enviara a los caballeros a la batalla.

Si las cosas hubieran sucedido de forma distinta, habría cabalgado con ellos, habría entregado su sudor y su sangre y, si fuera necesario, habría muerto por el blanco y el oro. Claro que si las cosas hubieran sucedido de otra manera no estaría ahí, en la otra punta del Imperio, intentando hacerse un lugar en una orden diferente. Y jamás habría conocido a Aysha.

La echaba de menos. Llevaban menos de un día separados por apenas un centenar de yardas y unas cuantas paredes, pero la añoraba. Le dolía más de lo que podía haber imaginado. Se había dicho que ella tenía responsabilidades como miembro del consejo, que era su deber asistir como hacían los demás, pero no pudo silenciar la vocecilla egoísta que susurraba que sus deberes y responsabilidades la mantenían apartada de él.

Madre misericordiosa. Hundió la cabeza en las rodillas. ¿Qué le estaba pasando? No podía pensar en nada más que en ella, ni siquiera podía disfrutar de la inesperada libertad de un día sin clases sin esconderse en un rincón y lamentar su ausencia. Dos meses atrás hubiera dado casi cualquier cosa a cambio de unas pocas horas de asueto, lejos de los maestros. Y ahora, cuando las tenía, ni siquiera se le ocurría nada mejor que hacer que congelarse el culo en el frío suelo de piedra y compadecerse de sí mismo.

Oyó pasos abajo, en el suelo de madera encerada. Gair apenas tuvo tiempo de llevarse las manos a las orejas antes de que el imponente mecanismo de la campana iniciase el movimiento que la llevaría a anunciar la hora. Fue como si durase una eternidad, hizo temblar el suelo bajo sus pies, incluso lo dejó sin aire en los pulmones, antes de que los ecos se perdieran en la espantada regañina de las gaviotas.

Apartó las manos de las orejas y se puso en pie. No podía quedarse mucho allí o acabaría sordo. Estiró las extremidades para combatir el entumecimiento de los músculos y se inclinó en la balaustrada. Desde ahí arriba, las islas presentaban un aspecto muy diferente de las esmeraldas que eran en verano. Todas y cada una estaban cubiertas por un manto blanco, nieve ajena a la estación, oscurecida en las costas por un pardo barroso, como si hubieran arrastrado el bajo de la falda en un charco. La nieve guardaba escaso parecido con la que él tenía por costumbre ver en el norte. Era más fácil soportar el frío limpio e intenso de Laraig Anor, que aquella húmeda gelidez.

La mayoría de los puertos y calas que veía estaban a rebosar de embarcaciones, aunque las pocas velas que distinguía recortadas en el horizonte le dieron a entender que eran pocas las almas esforzadas que arriesgaban sus barcas con la esperanza de hacer una buena captura antes de que el tiempo se volviera de nuevo inclemente. Frente a Pencruik, las barcas se alineaban en hileras, roma la proa, con palos cortos entre los cuales el barco elfo fondeaba como una sulqa gimraeliana en un campo lleno de asnos.

Gair se arrojó de la balaustrada de la torre, transformado en gaviota manchada, y planeó hacia el barco. En una o dos ocasiones, de niño, había visto embarcaciones elfas en Leahaven, y una vez un barco como aquél navegando a la orza para doblar el promontorio de Drumcarrick, pero nunca había visto una de esas naves tan de cerca. Era extraordinaria, toda ella curvas pulidas, tanto que parecía algo que hubiese crecido de forma natural, en lugar de hecho a mano. Desde la serviola hasta el codaste, todas sus líneas fluían con la suavidad del agua. En el yugo, donde figuraba pintado su nombre, había una hilera de caracteres dorados que no había visto en la vida, a pesar de lo cual sabía que se llamaba *Estrella matutina*. Al menos ésa era toda la información que había llegado procedente del pueblo. Eso era todo. Ni siquiera conocía el nombre del patrón.

Cayó sobre un ala sobrevolando los altos palos del *Estrella*, y pasó junto al costado de babor. Dos elfos marinos lo observaron desde el alcázar. Ambos tenían el pelo largo, blanco, y rostros de rasgos angulosos, atemporales. El hombre vestía un jubón de piel de foca y ceñía sendos cuchillos largos en los costados. Lo miraba ceñudo. A su lado, la mujer vestía con ropa de tonos verdes, e inclinó la cabeza con seriedad al pasar Gair. Una suave pero firme presión, parecida a una ráfaga de viento, pero sin serlo, lo empujó mar adentro.

De modo que también los elfos marinos tenían el don. La mujer de cubierta había caído en la cuenta de que, si bien parecía una gaviota, no lo era, y a la vez lo había saludado con elegancia. Sin embargo, también le había dado a entender con la misma firmeza que no era bienvenido en las proximidades del barco. Se preguntó hasta qué punto se debía a su amor por la intimidad y hasta qué punto al pasajero que habían desembarcado en tierra.

La elfa marina lo había empujado hacia un rumbo que lo llevase lejos del fondeadero de Penglas, hacia las islas exteriores, en dirección a Cinco Hermanas, que surgían como colmillos de las tétricas aguas. El sol invernal refulgió en lo alto del oleaje, de modo que siguió su camino hacia las islas lejanas. Volar en un ambiente tan gélido era excitante, y la concentración exigida para evitar el violento oleaje le impidió sumirse en pensamientos funestos. Más allá de la Hermana más pequeña distinguió otra vela, procedente del norte. Probablemente correspondía a una barca de pesca que había salido a pescar caballa, pero supuso una buena excusa para ejercitar un poco más las alas antes de darse la vuelta. Incluyó el cuerpo y puso rumbo norte.

Poco a poco el barco asomó de la bruma. Tenía un mascarón alto, bien trabajado, que representaba a alguna especie de bestia desafiante con la lengua fuera, aparejo de velas cuadras y una bandera imponente, grande como una sábana, que ondeaba a popa. La bandera era toda de color azul marino, exceptuando la estrella blanca que destacaba en mitad. Gair sintió extrañeza, pero el mascarón despertó su curiosidad y se acercó para poder verlo más de cerca. En cuestión de segundos se vio cara a cara con la cabeza de un dragón, pintada con todo lujo de detalle. Ojos de cristal. Fauces de marfil.

Un barco cuyo mascarón de proa era un dragón. Una bandera con una estrella, la más brillante, la estrella blanca, la Polar, que montaba la empuñadura en cruz de la constelación conocida como la Espada de Slaine. Gente del norte. Gair cambió su rumbo. Los guerreros de las islas del Norte, gente de barba trenzada, se tocaban con yelmos adornados con cuernos y empuñaban hachas de doble hoja, y rara vez eran vistos en el Imperio, puesto que pocos de ellos se prestaban a comerciar con los habitantes del continente. La mayoría prefería el pillaje de comunidades isleñas del océano Oriental; Gair nunca había oído que hubiesen surcado antes las aguas del Gran Mar. Un rostro de barba pelirroja apareció en el coronamiento, sobresaliendo de un cuerpo enorme cubierto con un manto a cuadros; decidió no esperar más. Cuando se disponía a alejarse del barco, una salpicadura amarilla le llamó la atención. Era una camisa de seda, abierta a la altura del cuello. La llevaba puesta un hombre de pelo negro y piel muy blanca que no parecía acusar lo más mínimo el frío.

La incomodidad de Gair adquirió el sabor amargo del miedo. Había algo que no marchaba bien. La música dulce del canto había adquirido una tonalidad discordante, como si otra mente rozase sus colores. El hombre de la camisa dorada se cogió del

obenque para compensar el balanceó y se subió a la batayola tras poner un pie en el pasamano, sin importarle que la sal le salpicase las botas relucientes.

«Vaya, vaya, vaya. —La voz era fría, el tono sardónico, familiar—. «Ha venido a saludarnos un emisario. Ven aquí, pajarillo. —Una mano invisible asió a Gair—. Juguemos...»

CINCO HERMANAS

Savin.

Gair dobló las alas y cayó en picado sobre el seno de la siguiente ola. ¿Qué estaría haciendo allí? Unos dedos invisibles de tacto untoso tiraron de él, obligándolo a efectuar un viraje brusco para recuperar altura. Savin no podía acercarse a las islas, ¡estaban protegidas! La mano levantó de nuevo a Gair, pero éste se las ingenió para liberarse. Echó la vista atrás y comprendió que se había alejado bastante de Cinco Hermanas. Apenas las distinguía en el horizonte, nudos en el tejido que formaba la línea donde el cielo besaba el mar. Por la diosa, ¿cuánto se había alejado volando? Tenía que emprender una carrera muy apretada para ganar las islas.

Savin volvió a arremeter, pero no logró más que rozarle la cola. Gair se desvió con brusquedad y voló en línea recta hasta un sólido muro de aire que lo devolvió al punto de partida. Batió con fuerza las alas e intentó ganar altura para imponerse a él, pero era transparente como cristal e implacable como la muralla de una fortaleza. Savin le propinó un empujón, apartó la mano y Gair quedó dando tumbos en el aire revuelto.

Una risotada burbujeó en los pensamientos de Gair.

«Tú puedes hacerlo mucho mejor, pajarillo, estoy seguro. Muéstrame de qué eres capaz si recibes el estímulo necesario.»

La mano lo empujó de un golpe hacia el mar agitado. Gair recurrió al canto en busca de la forma del ave más veloz que conocía. Aysha había intentado enseñarle el truco de cambiar de una forma a otra estando en movimiento, pero no había llegado a perfeccionar esa técnica. En ese momento tendría una oportunidad más para demostrar que la dominaba, a riesgo de acabar ahogado. Mantuvo la aguda melodía del azor, permitió que la forma de gaviota se desenhebrara y se entregó de lleno a la nueva.

Cayó a plomo hasta quedar a sólo unas pulgadas del oleaje. Batió con fuerza las alas y su forma de ave rapaz bastó para salvar la presión que sentía en el lomo y ganar cielo abierto. No era la forma ideal estando sobre el agua, pero no sabía qué otra cosa podía hacer. El corazón le latía con fuerza en el pecho cuando puso rumbo a la más próxima de las islas Cinco Hermanas.

Vio que estaban más cerca. Distinguió sus contornos, el collar de espuma blanca que rompía en las rocas. Si ganaba más distancia, si durante unos segundos más lograba mantener el trecho que los separaba, quizá tuviera una oportunidad. Dedos

invisibles le pellizcaron de nuevo la cola. Savin seguía tras él, pegado como su sombra. Gair tenía que hallar la fuerza necesaria para dejarlo atrás.

La más pequeña de Cinco Hermanas se dibujó debajo de él, escarpada y hostil. A esas alturas del año, la temperatura del mar era algo superior a la que había en tierra, y donde ambas se encontraban la confusión reinaba en el aire. Una gaviota habría bregado con facilidad en esas condiciones, pero el azor era una criatura de las tierras altas. Tuvo dificultades con las corrientes enfrentadas, y batió desesperado las alas para ganar sustento. En cuanto alcanzó la altura suficiente, sobrevoló el canal rocoso en dirección a la siguiente isla.

Gair sintió a su espalda la presencia de Savin, como un resuello hediondo en el cogote. No estaba seguro de si la persecución era física, o si sencillamente Savin lo acechaba con la mente. No se atrevió a perder una décima de segundo volviendo la vista para comprobarlo. Lo único que podía hacer era volar recto en dirección a la casa capitular, y confiar en que hubiera tiempo suficiente.

«Ven aquí, pajarillo —canturreaba Savin—. ¡Sé quién eres!»

Gair sobrevoló la segunda isla, dispuesto a ganar más altura, pero le costó hacerlo. No tenía costumbre de volar tan rápido durante tanto tiempo; era completamente distinto a planear con suavidad y de las maniobras de las que era capaz el águila encarnada. Sentía cansancio en las alas y no podía permitirse el lujo de tomarse un respiro.

Sobre el canal que separaba las dos islas principales, notó que unas garras se clavaban en su lomo y se precipitó hacia las rocas cubiertas de espuma. Lo inundó un dolor lacerante a lo largo del cuello y perdió algunas plumas. Chilló. Logró librarse y cobrar altura sobre la isla. Otro azor surgió ante su campo de visión con un chillido desafiante. De inmediato, Gair sintió el eco del canto en su interior. Savin. Un calambre de temor en las entrañas. Savin, y era muy fuerte.

El azor cayó en círculos sobre él. De nuevo le clavó las garras en el lomo, lo cual le hizo perder altura. Gair efectuó un viraje brusco, pero no pudo recuperarse a tiempo. La isla estaba demasiado cerca y se hundió de cabeza en la nieve.

Jadeó en busca de aire. El frío penetró en sus plumas, minándole la fuerza, haciéndole temblar. Moverse. Tenía que moverse. Savin no debía de andar lejos, a pesar de que no lo veía. ¡Tenía que moverse! Allí, una roca. Avanzó hacia ella con torpeza, a través de la nieve. Se subió a ella. Tenía las plumas empapadas, entumecidas. Se sacudió para desentumecerse, y una punzada de dolor le recordó las heridas del cuello y el lomo. La sangre salpicó la nieve que lo rodeaba.

Cansado, estremecido, Gair echó de nuevo a volar en dirección a la casa capitular, de donde lo separaba una considerable distancia. De inmediato Savin se precipitó sobre él y lo tumbó de lado. Una pesada zarpa de color plata se clavó en mitad de su pecho, inmovilizándolo. Más allá de la zarpa, un leopardo blanco.

El corazón de Gair latía con fuerza. Por mucho que forcejeó y aleteó, fue incapaz de zafarse de la amplia pata, y el pelaje era tan grueso que no podía herirlo a fuerza de picotazos. Chilló de nuevo cuando el felino cargó más peso sobre él.

La forma de azor había dejado de serle útil. Bastaría con aplicar más peso para que la caja torácica de cualquier ave cediera como un terrón de azúcar. Gair prescindió del canto y recuperó de inmediato la forma humana. Sentía el corazón atenazado por la desesperación, encarnada en un leopardo blanco cuyas garras de marfil le arañaban la piel. Un felino adulto de esa especie era capaz de derribar a un ciervo almizclero en plena carrera. No conocía lo bastante bien aquella forma para siquiera intentar enfrentarse a Savin en sus propios términos. No había nada que pudiera hacer.

Los ojos dorados, grandes como nueces, lo miraron entornados. El leopardo se rebulló, y la piel argéntea se tensó sobre sus fuertes hombros cuando puso otra pata en el pecho de Gair, en esa ocasión bajo la garganta. Emitió un gruñido, a Gair no le salían las palabras. El aliento le hedía a carne podrida.

—¿Qué quieres, Savin? —dijo, jadeando.

«A ti.»

Gair sintió mayor presión en la mente que la que acusaba en el esternón. Lo aplastaba, le aplastaba el cerebro dentro del cráneo, le arrancaba lágrimas de los ojos.

«Esto.»

Un dolor increíble. La presencia de Savin fluyó a través de él como el fuerte soplo del viento en invierno, helando todo cuanto tocaba. Gair recurrió apresuradamente al canto para interponer un escudo, pero Savin lo hizo trizas con sus garras. La presencia ajena se volvió más intensa. Se hizo más fuerte, más pesada, llenándole los pensamientos, arrastrándolo con la misma rotundidad que el océano priva del último aliento al ahogado.

Savin lanzó una risa ronca, hundió la mano en los recuerdos de Gair y tiró de ellos. Surgieron salpicándolo todo como hilos sueltos, una maraña de instantes de vivos colores: el sabor del pan con especias del desayuno; el silencio del bosque nevado; las campanadas que anunciaban las vísperas sobre el susurro de la nevisca que caía en la contraventana. Los tomó sin miramientos, haciéndose con lo que le interesaba y desembarazándose de lo que no, antes de hundir la mano y arrancar más. La mente de Gair se llenó de imágenes, esparcidas sin ton ni son, una sobre otra, apiladas a veces en combinaciones peculiares. Nada quedó incólume. Y le dolió.

Gair lanzó un grito. Cada violación de su memoria le dolía más que una estocada. Cada vieja herida reabierta supuró y le supuso un nuevo dolor. La caza siguió adelante. Su talento para cambiar de forma fue explorado de forma implacable. Savin rebuscó en su interior, lo revolvió todo dentro y fuera hasta que el joven olvidó cómo se sentía antes de aquella invasión. Entonces Savin se adentró más hondo para

arrancar cada instante que Gair había compartido con Aysha, deteniéndose en cada uno de los besos dados, examinándolos como si de objetos curiosos se tratara.

«¿Sientes algo por ella? ¿Por una tullida?»

—Por favor... —Ay, diosa, qué dolor. «Aysha, ayúdame», pensó.

Savin arrojó a un lado los recuerdos de ella, para sustituirlos por los de todos y cada uno de los maestros que Gair había tenido en su vida. Cada palabra que pronunciaron fue examinada y descartada, cada lección aventada como el grano, tan dispuesto estaba Savin a encontrar lo que buscaba. Alderan obtuvo el mismo trato, más exhaustivo si acaso. Retales de conversación reverberaron en la mente de Gair.

«¿Qué te ha contado? —exigió Savin—. ¿Qué?»

Ahondó más y más. Atrás, en los hilos correspondientes a los años que había pasado en la casa materna, de vuelta a los veranos que pasó Gair en su infancia entre las calas y acantilados de la costa leahna, hasta la inocencia y la curiosidad del joven ante los colores que le ofrecía el mundo. De vuelta a una primera exclamación de asombro, de regreso al sueño, de vuelta a la bendita oscuridad y un canto entonado en la quietud de un ritmo lejano que correspondía a un latido distante.

Savin regresó hecho una furia.

«¿Dónde está la llave? ¡No puedes ocultármela, muchacho!»

Gair no podía responder. Tenía la mente paralizada de dolor, su propio llanto lo ensordecía. Flotaba a la deriva en una turbia maraña de recuerdos. Savin volvió a herirlo. Una. Otra vez. Los dolores recientes explotaron en su cráneo.

«¿Dónde está?»

Se deslizaba hacia el olvido, lejos, cada vez más...

«¡Tienes que saberlo! ¡Dímelo! ¡Dímelo!»

La oscuridad se abrió sobre él para envolverlo...

«¡Cuéntamelo!»

Incluso el dolor se hizo lejano. Pertenecía a otra persona, y la voz quejumbrosa, exigente, se desvaneció por fin en la nada.

Al final lo despertó el frío, capaz de paralizar a cualquiera de cuya espalda y extremidades se hubiera adueñado. Había perdido el tacto, los músculos de su cuerpo estaban entumecidos y no respondían, excepto cuando le dolían tanto que era insoportable. Lentamente, Gair abrió los ojos.

Gris. Todo era gris. Sin rasgos distintivos, sin colores, al menos que él pudiera ver. Intentó volver la cabeza para aumentar el campo de visión, momento en que sintió un fuerte dolor en el cuello. Cerró los ojos con un gruñido, e intentó mover los brazos. Más dolor, pero éste más tolerable. Pudo moverse, aunque algo le ponía resistencia. Probablemente, sus propias piernas. Abrió de nuevo los ojos, levantó la mano derecha y se la llevó a la cara. Cayó nieve de la manga y más nieve le cubría

los dedos azulados. Ahí estaba la causa del intenso frío, y al poco comprendió por qué todo era gris: el cielo estaba cubierto por nubes de tormenta. A medida que se le aclararon las ideas, comprendió que tenía que hacer un esfuerzo por moverse, antes de que el frío glacial se apoderase por completo de él. Apretó con fuerza los dientes, rodó hasta quedar boca abajo y arrastró las piernas para ponerlas bajo el cuerpo.

Cuando se puso en pie con dificultad, se vio rodeado por la alfombra de nieve, cubierta de sangre. Todo aquel movimiento había bastado para que se le abriera de nuevo al menos una herida. Manchas rojas salpicaron la nieve que había a sus pies. Gair cayó postrado. Le rugió el estómago y, de pronto, le pudieron las náuseas. El vómito amargo le quemó la tráquea una y otra vez hasta que no le quedó nada que devolver en el estómago.

Cayó sollozando en la nieve. El cielo gris giró sobre él. Tardó mucho en volver a parar, pasó un buen rato hasta que la tierra dejó de tambalearse y él pudo intentar incorporarse de nuevo. Gair, dolorido, se puso en pie. La sangre le manaba del pecho y el brazo. Estuvo a punto de caer postrado de nuevo. Pestañeando, miró en derredor para orientarse.

Estaba en algún lugar de una isla. El mar rompía con fuerza a su derecha, y más allá se dibujaba el blanco contorno de otra isla. Estaba convencido de que tendría que saber su nombre, pero no le vino a la mente. Era consciente de que se trataba de otra, y que más allá estaba su hogar.

Para cruzar el agua hasta la siguiente isla tendría que volar. No estaba seguro de ser capaz de ello. Tras una exploración cuidadosa de la parte posterior del cuello, descubrió que tenía una herida considerable y una costra de sangre congelada. Cuando repasó con la yema de los dedos el borde de la herida, soltó un grito de dolor. Gair tomó un puñado de nieve que aplicó directamente a la herida. El frío lo atravesó, hiriente, con esa sensación de calor que pronto se volvió ardor. Aulló. Aplicó otro puñado de nieve y una lenta sensación de entumecimiento se impuso al dolor. Boqueó falto de aliento y recurrió al canto.

No era tan fuerte como lo recordaba. Lo percibió casi tan perjudicado y magullado como él. Pasó una eternidad mientras repasaba las melodías, tratando de encontrar la que andaba buscando. Una vez dio con ella, la sostuvo inerte en las manos. No podía entonarla.

—Ay, Aysha, ayúdame —susurró.

Gair lo intentó de nuevo. Esta vez sintió que el cambio de forma se iniciaba, y que estaba a medio camino antes de quebrarse y caer de nuevo de rodillas al suelo, presa del vómito. En cuanto la náusea aflojó, volvió a ponerse en pie y lo intentó de nuevo. No logró mejores resultados, pero esa vez decidió no soltar el canto. No podía permitirse ceder. ¡No estaba dispuesto a morir en ese lugar! Apretó los dientes para combatir el mareo que le revolvía el estómago, asió la música y deseó que se lo

llevara consigo.

Echó a volar. Sobrevoló un angosto trecho, un paso más cerca de su hogar. Sombras negras le acotaban el cambio de visión, y voló apenas a unos pies de altura sobre el oleaje. El vértigo amenazó con sobrecogerlo y al llegar a la siguiente isla cayó de costado en la nieve. La sensación de dolor se intensificó, localizada en su cuello y el otro hombro. Poco a poco su visión se tiñó de color escarlata. Yació jadeando hasta que pudo reunir fuerzas de nuevo para sobreponerse al dolor, salvar la pendiente y alzar el vuelo en dirección a la siguiente isla. Antes de llegar a la cima, cayó postrado.

—¡Aysha! —llamó—. ¡Ay, diosa! ¡Aysha!

No hubo respuesta. Ella no podía oírlo. Tendría que acercarse, cambiar de nuevo de forma y volar de algún modo. Se echó al cuello más nieve y recurrió una vez más a la frágil y huidiza melodía.

Cuando se impuso la oscuridad, Alderan subió la escalera hasta la parte superior del campanario, con una segunda capa colgada del brazo. A pesar de la cercanía de la primavera, la nieve aún cubría con su grueso manto los campos, perlada bajo la segunda luna. No era noche para andar por ahí sin capa. De hecho, no era noche para andar por ahí.

Una a una fue cerrando las contraventanas, todas excepto la que daba a poniente. Extendió la manos e invocó un brillo tan grande que no pudo abarcarlo con ambos brazos, y ahí lo dejó, en mitad de la estancia. La luz blanca alanceó la isla durmiente, recta como un camino imperial. Confió en que bastaría para guiar al muchacho de vuelta a casa. Tenía que bastar. Era todo cuanto podía hacer. Luego se sentó en un banco, decidido a esperar.

Transcurrió una hora antes de que sus ojos detectaran movimiento. Un cernícalo atravesó la ventana para posarse en el extremo del banco. Tenía las plumas desordenadas y había agresividad en su mirada.

«¿Dónde está? ¡He buscado por todas partes!»

«No lo sé, Aysha —respondió Alderan—. Está ahí afuera, en alguna parte, pero no sé dónde.»

«¡Le oigo! —gimió ella—. ¡Escucha!»

Sus colores llenaron la mente del anciano, practicando un canal que la llevó a su conciencia. Un aullido de desesperación encontró eco en el interior de la mente de Alderan, momento en que los colores de Aysha sufrieron una sacudida. Él cerró el canal con suavidad.

«¿Has hablado con él?»

«No puede oírme.»

«Vuelve a intentarlo. Ahora. Tenemos que traerlo de vuelta aquí.»

Alderan sintió que parte de su vínculo con Aysha se desvanecía. No pudo oírla, pero sus colores siguieron temblando, estremeciéndose en su mente como un animal enjaulado. En todos los años que hacía que la conocía jamás la había visto así antes, nunca había visto sus colores tan tensos, tan rasgados o teñidos de escarlata. ¿Cuánto tiempo más podría soportarlo? Miró por la ventana, contemplando la oscuridad en busca de algo, cualquier cosa que pudiera demostrar que Gair había encontrado el camino de vuelta.

«No hay respuesta.» Los colores de Aysha estaban congelados.

«Tal vez no tenga fuerzas para responder —aventuró Alderan—. Sigue intentándolo.»

El cernícalo inclinó la cabeza y el contacto mental desapareció. En cierto modo se alegró de ello. Había sentido todo su dolor cuando la alcanzó aquel impotente grito. Afuera había sucedido algo terrible que nadie podía imaginar. Gair era demasiado fuerte para haberse extraviado en un camino tejido por él. Demasiado fuerte. Alderan era consciente de ello y no tenía la menor duda al respecto, pero la duda precisamente fue la que siguió royéndolo por dentro a medida que transcurrieron los minutos y siguió sin ver ni rastro del joven.

Había ido a buscar a Gair una vez concluido el consejo, pero no había dado con él en su cuarto, en el refectorio ni en la biblioteca. Darin no lo había visto desde el desayuno, igual que los demás. Cada vez más preocupado, Alderan buscó sus colores, pero no encontró ni rastro de ellos en ninguna parte de Penglas. Había compartido su necesidad de dar con él con los guardianes de las demás islas habitadas. Les mostró la pauta del leahno, esmeralda y ámbar, pero uno tras otro todos ellos fueron respondiendo lo mismo. Estuviera donde estuviese, Gair no se hallaba en las islas Occidentales.

«¿Qué es eso? —preguntó de nuevo Aysha, cuya presencia se había vuelto a colar en un instante en la mente de Alderan—. Cerca de Cinco Hermanas. Me ha parecido ver algo.»

«Tienes mejor vista que yo, hermana. Yo no veo nada.»

«Yo sí. ¡Es él, tiene que serlo!»

Aleteó en dirección al borde de la ventana, pendiente de la noche. Reculó.

«¿Qué sucede?»

«Ay, diosa, está malherido —susurró ella—. Apenas puede conservar la forma. ¡Ayúdalo, Alderan!»

«No hay nada que yo pueda hacer desde aquí. Ya lo sabes. Ni siquiera el más fuerte de nosotros podría hacerlo. Tendrá que apañárselas él solo para regresar. Si no lo logra, iremos a buscarlo.»

«¡Si pierde la forma, la caída lo matará!»

«No perderá la forma, Aysha. Sé fuerte.»

Ella lanzó un juramento y sus colores sufrieron otra sacudida. Alderan contempló la noche. Ahí estaba, apenas era un destello en el haz plateado de su brillo. Clavó los ojos en él, deseando verlo más y más cerca hasta que finalmente logró distinguir su silueta.

«Vete, Aysha. Vuelve a tus habitaciones.»

«¡Pero quiero quedarme!»

«No, no quieres —le dijo Alderan—. Vete. Te avisaré cuando todo esté en orden.»

Ella protestó de nuevo, pero él la interrumpió; se odió por ello, aunque consciente de que era lo mejor. A regañadientes, el cernícalo echó a volar y se adentró en la noche.

El águila encarnada se arrojó hacia la luz que proyectaba el brillo desde la torre del campanario. Su plumaje rojo con tonos dorados presentaba manchas negras y el batir de alas era errático, como si hubiera agotado toda su fuerza y tan sólo lo empujase su voluntad. Apenas salvó las copas de los árboles que se alzaban tras las murallas.

«Aguanta, Gair.»

Alderan redujo el brillo para hacer sitio. Otra mente se le acopló, aullando, y el ave maltrecha superó la balaustrada y cayó en el suelo entre plumas salpicadas de sangre. Casi de inmediato la forma despidió una luz trémula cuando Gair soltó las riendas del canto. Estaba muy pálido, y bajo la sangre tenía las heridas en carne viva, la camisa cubierta de rojo. Alderan se arrodilló a su lado.

—Bueno, muchacho —dijo, cubriéndolo con la capa que le colgaba del brazo—. Ya estás en casa.

Gair lanzó un quejido cuando la prenda le rozó la herida que tenía en el cuello. Jadeaba, y la sangre y el sudor le pegaban el pelo a la frente. Alderan lo ayudó a ponerse en pie, pero el joven se dejó caer en sus brazos.

—Venga, vamos, tozudo cabrón leahno —masculló, cargando con parte del peso sobre un hombro—. Quédate aquí conmigo. Te traje a este lugar por una razón, y que me aspen si pienso permitir que te marches sin más.

Gair flotó en la oscuridad. Vasta como el firmamento nocturno, carente de estrellas como la muerte, lo envolvió extendiéndose hasta rincones insospechados. No sintió frío ni calor, no percibió movimiento, no oyó ruido alguno, ni siquiera el sonido de su propia respiración agitada. No tuvo sensación del paso del tiempo, porque no tenía nada con qué compararlo, tan sólo un presente infinito. En su interior el vacío lo era todo.

Vio un destello en la oscuridad. Al principio fue leve, luego apareció una especie de bruma, argéntea como la luna que pasa tras las nubes. Relució con mayor fuerza, se dilató, y la oscuridad cedió a regañadientes, volviéndose más oscura aún, como si la luz no hiciera más que reforzar la negritud. Cuando llenó su campo de visión, se sintió atraído hacia ella. Algo situado allende la luz tiraba de él. Estaba demasiado

cansado para resistir aquella atracción. Tan cansado. Tanto. Era más sencillo dejar de luchar.

Algo cruzó la trayectoria de la luz. Algo retorcido y deformado, los colores lo surcaban como la superficie de una burbuja de jabón. Otra forma, ésta más oscura, se alzó amenazadora para luego fundirse en un borrón de la luz plateada. De algún modo le resultó familiar. Se aferró a su memoria. A pesar del cansancio, era curioso que Gair avanzase hacia la luz y las sombras que nadaban en ella.

Un fuerte dolor explotó en su interior. Su campo de visión se llenó de estallidos de colores, como esquirlas de vidrieras. Tenía la mente envuelta en fuego. Lanzó un grito y el sonido le desgarró el oído. Las voces susurraron con estruendo en torno a su cabeza, chillidos que le recorrieron los nervios para sumarse al dolor. Un par de manos fuertes lo mantuvieron tumbado y otras le inmovilizaron las extremidades. Asieron su cabeza como un clavo hasta que pensó que su cráneo quedaría aplastado por aquellos dedos de acero. Oleadas de dolor lo sacudían, y respondió al dolor aullando.

Un rostro de mujer flotó a través de la bruma, sobre él. Le sonrió con dulzura y le puso algo fresco en la cara. Movié los dedos. Hablaba, pero su voz le llegó como un ruido distorsionado, como salida del fondo de un estanque. Gair fue incapaz de distinguir las palabras. No podía pensar debido al dolor. Ella seguía sonriendo, hablaba y le acariciaba el rostro y lentamente remitió el dolor. Con él se perdió la luz. Y cuando la luz se desvaneció, también lo hizo la conciencia, hasta que la oscuridad volvió a reclamarlo para sí.

UNA CARTA

En el interior de su despacho, Danilar observó el sol que asomaba sobre el borde de la taza de ardiente té. El primer día de lo que el calendario aseguraba que era un nuevo año amanecía azul y quebradizo como la cáscara de un huevo. Un buen presagio para el año entrante, según la superstición. En calidad de capellán de la orden suvaeana no podía aprobar semejantes creencias, pero sabía tan bien como cualquiera que, si bien la diosa actuaba de modos que escapaban a la comprensión de los mortales, de vez en cuando optaba por dar alguna que otra pista al respecto de lo que estaba por suceder.

Ese día era, sin duda, uno de esos días. El claustro que se extendía al pie de su ventana seguía cubierto de nieve que debía de llegarle hasta la cintura, aparte de algún que otro claro que había despejado para los pájaros, las cornisas tenían una barba de hielo, pero el sol relucía en el cielo inmaculado, y eso bastaba para infundir un poco de esperanza.

Terminado el té, Danilar tarareó un salmo o dos mientras barría el camino y sacaba un par de cuencos con agua y migas para los gorriones. Los más valientes se precipitaron desde las columnas cubiertas de hiedra para anadear, mirándolo a él y a su inminente desayuno, con oscuros ojos brillantes. No podían darle las gracias, pero Danilar estaba convencido de que tenían alma, de modo que pronunció una plegaria a la diosa en nombre de todos los animales, antes de devolver la escoba a su lugar.

Cerraba el armario cuando oyó pasos procedentes del extremo opuesto del claustro. Se volvió para mirar. Uno de los vicarios caminaba con cuidado por las baldosas heladas en dirección a su puerta.

—¡Ha llegado una carta para ti, capellán! —anunció en voz alta, mostrando en alto el pergamino—. Bueno, de hecho es para el preceptor, pero me dijo que te la entregase.

«¿Será posible?» Danilar tomó la carta que le tendía el vicario. No reconoció la caligrafía del remitente, aunque no tenía motivos para hacerlo.

—¿Está esperando?

—Lo he enviado a la cocina para que le sirvan un buen té caliente. Pensé que en una mañana así le sentaría bien.

—Hiciste bien —alabó Danilar—. Ve y dile que en seguida voy. Apenas tardaré.

Subió de nuevo hasta el despacho para tomar una bolsita del cajón del escritorio. Tras meditarlo un momento, añadió unos cuantos marcos más de la caja fuerte, como

agradecimiento por la pronta conclusión del encargo. Con ese invierno, el tipo se lo había ganado con creces.

Danilar halló al mensajero sentado en un taburete de la cocina, con las manos en torno a una taza de té. Su expresión al tomar la bolsa le dio a entender que había sopesado las monedas y que el peso añadido le había supuesto una agradable sorpresa. Seguidamente, Danilar le deseó que disfrutara del desayuno y salió para dirigirse a las habitaciones del preceptor.

Ansel se había debilitado a lo largo del invierno. No mucho después de caer las primeras nevadas su pecho había dado muestras de empeorar. Unos días antes de Atardecer, Danilar había acudido a tomar el sacramento con él y lo encontró tendido en el suelo del despacho, capaz apenas de respirar. El pronóstico de Hengfors no fue muy halagüeño, a pesar de lo cual Ansel aguantó, desafiante hasta el final como un san Agostin renacido.

El preceptor estaba tumbado en la cama cuando entró Danilar. El ayudante de Hengfors se hallaba inclinado sobre él con un botellín en una mano y la cuchara en la otra.

—Tendrías que tomar un sorbo, mi señor —insistía el joven—. Si no lo haces, ¿cómo vas a recuperarte?

—No voy a recuperarme, con o sin los preparados de Hengfors —protestó, ronco, Ansel—. Quita eso de mi vista.

Danilar cerró en silencio la puerta al entrar. Ansel volvió la vista hacia él e inclinó la cabeza de forma imperceptible. El preceptor tenía la tez pálida, tanto que el único modo de distinguirlo de las almohadas que le asomaban sobre los hombros era el color encarnado que le encendía en ese momento las mejillas.

—Mi señor, de veras debo insistir...

—Que te lo lleves, maldita sea, ¡o seré yo quien insista en que te lo bebas!

Ansel rompió a toser entre sacudidas. Se llevó un pañuelo manchado a los labios. Danilar tomó con la mano el codo del físico.

—Es un paciente terrible, ¿verdad? —murmuró—. ¿Por qué no lo intentas de nuevo más tarde, cuando esté de mejor humor?

—Se supone que no debo apartarme de su lado.

El físico titubeó. Danilar aplicó un poco más de presión en el codo, llevándolo aparte con suavidad.

—No pasa nada, yo cuidaré de él. Ve —dijo, sonriendo—. Si te necesitamos te haré llamar.

Después de dirigir una mirada titubeante a la cama y al paciente, puso el corcho al botellín.

—En fin, supongo que por media hora no va a pasar nada —dijo antes de recordar su posición y erguirse cuan largo era, una estatura no tan imponente como la de

Danilar—. Pero tienes que prometerme que me llamarás de inmediato si sufre la menor recaída.

—Te lo prometo —aseguró Danilar, que conservaba la sonrisa serena. El físico se retiró, ya más tranquilo.

—Gracias le sean dadas a la diosa por ello —gruñó Ansel cuando se cerró la puerta—. Ese botellín desprendía unos vapores que me hacían ver doble.

—Ah, dudo que fuera para tanto. —Danilar acercó una silla—. ¿Cómo te encuentras hoy, aparte de estar tan cascarrabias?

—Igual que siempre: fatal.

—Tal vez tendrías que tomarte esa medicina.

El anciano frunció el ceño.

—No me hace ningún bien.

—Al menos no te perjudica —señaló Danilar.

Ansel gruñó.

—Tiene un sabor horrible. Como a pescado podrido.

—Los medicamentos no tienen por qué saber bien. Cuanto antes te recuperes, antes dejarás de tomarlos.

—No voy a recuperarme, Danilar.

—Lo sé.

—Las pociones de Hengfors no pueden hacer nada por mí.

—Eso también lo sé.

—Aun con todo, insistes en que me tome esas sustancias.

Danilar asintió.

—Puede que tú no, pero Hengfors se sentirá mejor.

—Maldita sea, ¿por qué eres tan racional? Me resulta difícil enfadarme contigo.

—Precisamente por eso.

Lo que Ansel dijo a continuación fue breve, expresivo y habría bastado para sonrojar a un legionario imperial, de no haberse visto interrumpido por otro ataque de tos. Danilar le acercó una jofaina para que el anciano escupiera en ella, y pensó que, a pesar de que la diosa lo había reclamado a su servicio, Ansel nunca había dejado de ser un soldado.

Una vez superado el ataque, Danilar devolvió la jofaina a su lugar en la mesilla de noche, y la cubrió con una servilleta. Había un poco más de sangre. No quedaba mucho tiempo.

Ansel se hundió de nuevo en las almohadas. La mucosidad le estorbaba en los pulmones cada vez que aspiraba para llenarlos de aire. Tenía los ojos cerrados, los párpados azules, translúcidos como el papel.

—Bueno, capellán —dijo, ronco—. ¿A qué debo el placer de tu compañía esta hermosa mañana?

—Te traigo una carta.

Los ojos del anciano relampaguearon.

—¿Hay noticias? Léemela.

La carta estaba lacrada con un disco de cera azul en el que estaba inscrita la silueta de una golondrina. Danilar lo quebró con el pulgar y se dispuso a desplegarla. El mensaje escrito apenas superaba las dos líneas, redactadas con letra redondilla en renglones inclinados.

—La festividad de San Saren —dijo—, a menos que cambie el tiempo. En cualquier caso, no más de seis semanas.

Dejó el papel en las sábanas de Ansel. El preceptor lo dobló con cuidado, alisándolo en las manos.

—El día de San Saren —comentó—. Qué apropiado. Rezaré para seguir vivo y poder verlo.

—Estoy seguro de que lo harás. Eres así de tozudo.

—Quizá, pero sabes tan bien como yo que ella prestará poca atención a ese detalle. Me llamará a su lado cuando esté lista y así lo desee.

Ansel guardó silencio, como si aquel discurso lo hubiese agotado. Danilar se acercó a la ventana para entornarla. La atmósfera que se respiraba en la habitación estaba muy cargada, demasiado para alguien aquejado de problemas respiratorios. A través del vidrio surcado por la helada vio un rebaño de figuras vestidas con túnica, reunidas abajo, en el claustro. No pudo distinguir los rostros, pero el escarlata era inconfundible.

—Ansel —dijo—, ahí fuera hay un montón de ancianos que vienen hacia aquí.

El preceptor rió entre dientes.

—Me preguntaba cuánto tardarían. Haz que se retiren.

Danilar se volvió hacia él.

—¿Sabes a qué han venido?

—Verás, tengo una idea bastante aproximada. Llevo un mes esperándolos.

—¿Piensas tenerme en ascuas?

—Tú haz que se retiren, Danilar. No estoy de humor para aguantar su incesante parloteo.

Danilar esperó, pero Ansel no parecía dispuesto a pronunciar una sola palabra más.

«De acuerdo, pero rezo a la diosa para que sepa lo que se hace, puesto que yo lo ignoro», pensó.

Con los labios prietos dibujándole una línea de desaprobación, atravesó la antecámara hasta llegar a la puerta que daba a las dependencias del preceptor.

Al abrir la puerta vio a Goran con la mano levantada, dispuesto a golpear la superficie.

—¡Ah! —Goran pestañeó, las marcadas facciones más sonrojadas de lo habitual en él—. Capellán, buenos días tengas.

—Anciano Goran —saludó Danilar, todo él amabilidad. A juzgar por el fuerte olor a brandy que desprendía su aliento, Goran iba más que preparado para combatir el frío—. Buenos días. ¿No vas a entrar?

Goran cayó en la cuenta de que aún tenía levantado el brazo y lo bajó, cogiéndose las manos bajo las mangas al cruzar el umbral. El resto de la delegación lo siguió para distribuirse formando un semicírculo ante la puerta, sonrosados como petirrojos vestidos con el escarlata reservado a las ceremonias.

«Sin duda para causar una mayor impresión ante un anciano frágil. No me gusta nada el modo en que se están desarrollando los acontecimientos.»

—Bueno, caballeros —dijo Danilar—, ¿qué puedo hacer por vosotros?

—Venimos a ver al preceptor —empezó diciendo Goran sin más preámbulos—. Nos preocupa su estado de salud. Lleva enfermo un tiempo, y tal vez tendría que ceder parte de sus responsabilidades administrativas para centrarse en su recuperación. Después de todo, hace más de un mes que no lo vemos en el salón del rede.

«Tras lo cual vamos al grano.» Danilar permitió que una leve arruga le frunciese el ceño.

—De modo que queréis asegurarnos de que esté aún en condiciones de tener las riendas del poder de nuestra orden. Comprendo. Bueno, puedo asegurarnos, caballeros, que la reciente enfermedad del preceptor no ha menoscabado su capacidad para continuar con la administración diaria de esta casa.

—Gracias, capellán, pero el caso es que preferiríamos comprobarlo por nuestros propios medios.

—¿Dudáis?

—¡Pues claro que dudamos! —A Goran se le acentuó el color del rostro—. Hace cinco semanas que no le vemos el pelo. ¡Que nosotros sepamos, podría estar muerto y enterrado!

—Pero, Anciano, no lo está. Ya habéis leído los edictos que ha firmado. Todos ellos tienen su sello y cuentan con los testigos pertinentes, según dicta la ley. — Danilar, lisonjero, mantuvo un tono de voz neutro.

—Respecto a esos edictos... —declaró Goran, sacando de la amplia manga un puñado de documentos que sacudió en alto—. Un crío podría haberlos redactado, y la firma podría haberla estampado el mono amaestrado del preceptor. ¿Qué prueba contienen estos documentos de que conserve intactas la facultades?

—Ah. —Danilar dobló los brazos a la altura del pecho—. Llegamos al quid de la cuestión. No te preocupa su salud. Lo que te preocupa es en qué situación se encuentra su mente, o sea, para ser sinceros y no andarnos con tapujos, lo que quieres

saber es si mi señor el preceptor tiene murciélagos en la azotea.

Goran carraspeó, incómodo.

—Yo no lo habría expresado con tanta crudeza, capellán, pero compréndelo, después de todo es un hombre mayor y...

—No tanto —lo interrumpió Danilar—. Conserva la misma agudeza de siempre, y mucho me temo que también el temperamento que lo caracteriza. Si dudas de mi palabra, pregunta a su secretario.

—No buscamos pruebas de segunda mano, capellán —intervino una nueva voz. Un dremeniano de facciones zorrunas, magras, se abrió paso entre el resto. Tocó el codo de Goran y el corpulento anciano se fundió en el resto del grupo.

—Ceinan —saludó Danilar, pensando que no le sorprendía lo más mínimo averiguar que ése era el auténtico cabecilla de la comitiva—, qué amable por tu parte haberte acercado a desearle una pronta recuperación al preceptor.

—Danilar —respondió Ceinan—, como puedes ver, no planeamos una insurrección. Venimos de buena fe, para que nuestras mentes y sus inquietudes encuentren descanso. Eso es todo. No tenemos intención de convocar al rede y proponer que Ansel sea apartado del cargo.

—Entonces, ¿qué os habéis propuesto hacer exactamente?

—Queremos verlo, nada más. —Ceinan extendió a ambos lados las palmas de las manos—. Asegurarnos de que todo va bien y de que nuestra orden se encuentra en buenas manos.

—Me temo que por el momento vais a tener que aceptar mi palabra de que así es. Nadie será llevado en presencia del preceptor, hasta que se descarte el riesgo de contagio.

La irritación asomó a los ojos azul claro de Ceinan.

—¿Contagio? —repitió Goran como un eco, los ojos abiertos desmesuradamente.

—Pues claro, Anciano Goran —respondió Danilar—. La fiebre negra pulmonar es muy contagiosa.

—¿Fiebre negra pulmonar? —preguntó el Anciano, pálido como una sábana.

—Por supuesto. No queremos que se extienda por todo el rede, ¿verdad? Que los ancianos cayeran como moscas sería un auténtico desastre.

—Pero tú sí entras y sales como te place, Danilar —señaló Ceinan.

—Yo ya he pasado esa fiebre —dijo, sorprendido de lo fácil que le resultaba mentir cuando así lo dictaba la necesidad—. Fue hace muchos años, en el desierto. Hengfors me dijo que nadie puede contraerla dos veces.

Goran buscó con torpeza un pañuelo.

—¿Estás seguro de que el preceptor padece esa enfermedad?

—Mucho me temo que los síntomas son muy específicos. No podemos correr ningún riesgo de que pueda propagarla por toda la orden, o por la población. Podría

resultar letal. Hasta que nos hayamos asegurado de que no existe riesgo de infección, el preceptor permanecerá aislado, a pesar de lo cual desempeña sus responsabilidades de manera normal.

—¿Por qué no se nos ha puesto al corriente de esto antes? —quiso saber uno de los otros ancianos—. Tendrían que habernos informado en cuanto se le diagnosticó al preceptor.

—No creímos que fuera necesario alarmaros. —Danilar se encogió de hombros, ocultando las manos bajo las mangas—. En cuanto el preceptor se recupere, regresará al salón del rede. Entretanto, yo le transmitiré vuestros mejores deseos. Estoy seguro de que se sentirá emocionado al saber que sois tantos los que os preocupáis por él. Y ahora, buenos días.

La comitiva se dirigió entre murmullos hacia la puerta. Goran se secó la frente y echó un vistazo atrás, como quien espera ver al espectro de la enfermedad acechando decidido a atacarlo. Sólo Ceinan se quedó clavado en el mismo lugar.

—Porque sigue vivo, ¿verdad, Danilar? —preguntó el dremeniano—. Sabes tan bien como yo que su secretario podría falsificar su firma y todo el mundo sabe dónde guarda el gran sello.

—Ah, sí, sigue vivo, eso te lo aseguro, y coleando, como siempre. Pregunta a cualquiera que esté al servicio de Hengfors, a cualquiera de los físicos que cuidan de él.

Ceinan compuso una leve sonrisa.

—Sí, puede que lo haga. Sé que tu amistad con el preceptor se remonta a muchos años. Fuisteis novicios juntos, ¿verdad? ¿Hasta dónde alcanza tu lealtad, Danilar? ¿Mentirías para protegerlo, o conspirarías con él para impedir una elección justa?

—¿Quién dice que vaya a producirse una elección?

Ceinan pareció herido.

—Mi querido capellán, ambos sabemos que agoniza. Admito que tu modesta representación teatral para hacernos creer que padece fiebre negra pulmonar ha sido muy convincente. Salta a la vista que has logrado engañarlos. —Un movimiento brusco de la delgada cabeza señaló a los ancianos que se retiraban.

—No pretendía engañar a nadie, Ceinan —replicó Danilar—. El preceptor no está dispuesto a contagiar a todo el rede, sólo para satisfacer tu necesidad de comprobar que sigue estando en sus cabales y que es capaz de desempeñar sus responsabilidades. Sería una insensatez, por no mencionar lo incómodo que resultaría para cualquiera que contrajera la enfermedad. No es muy agradable, créeme: te llena los pulmones de una hedionda mucosidad negra.

—De ahí el nombre, lo sé. Sigo sin estar convencido, Danilar. Creo que Ansel tendría que comparecer ante nosotros, para que podamos comprobar lo bien o mal que está. Si no se encuentra en condiciones de mantener el puesto, la ley consistorial

prevé un remedio claro.

La inquietud deslizó otro cuchillo en el costado de Danilar. No convenía que Ceinan tuviera tanto interés en el asunto. No era nada conveniente.

—Ceinan, aprecio sinceramente tu preocupación —dijo—. Es justo, y apropiado, que te muestres tan concienzudo en todo lo relativo al bienestar de la orden, pero puedo asegurarte que, en este caso, tu preocupación, aunque fundada, está fuera de lugar. Nos hallamos en muy buenas manos.

—Pero ¿por cuánto tiempo?

—Nadie es capaz de predecir eso a largo plazo. Sólo la diosa lo sabe.

—Y supongo que ella no dice nada...

—Eso roza la blasfemia, Anciano Ceinan —le advirtió Danilar—. Ella no comparte conmigo sus pensamientos, pero sé cómo se siente cuando aluden a ella del modo en que tú acabas de hacerlo. Ahora sugiero que dejemos que Ansel descanse. Cuando se encuentre mejor, concierta una cita si sigues interesado en visitarlo.

Ceinan le dirigió una sonrisa tensa, que acompañó con una levísima inclinación de cabeza. Luego se alejó. Danilar cerró la puerta, exhalando un suspiro de alivio. De regreso al dormitorio de Ansel encontró al anciano esperándolo, debilitado pero atento.

—¿Y bien?

—Creo que no tardaremos en enfrentarnos a un golpe.

—Nada nuevo bajo el sol. Me lo estaba temiendo. ¿Ceinan?

—Ceinan, sí.

—Es muy sutil, Danilar —señaló Ansel, negando con la cabeza—. Tendremos que andarnos con ojo con él.

—Lo sé. Tuve que perpetuar esa historia de la fiebre negra pulmonar por el bien de los demás, pero me ha dejado claro que no se la creía.

—Ya lo he oído. Dejaste la puerta entreabierta. —Ansel rió entre dientes—. Para ser un hombre de iglesia, mientes la mar de bien.

—Gracias, aunque no estoy seguro de que ése sea un mérito del que enorgullecerse.

—¿Cuántos eran?

—Nueve o diez, pero puedo garantizarte que no han acudido todos. Ceinan me dio a entender que tendrían quórum si convocan el rede, o que al menos llegarían tan cerca del quórum que no podríamos ignorarlos.

—Últimamente su facción parece haber cobrado fuerza —comentó Ansel—. Creo que tal vez hayamos perdido a uno o dos amigos cuando permitimos que el leahno escapara.

—Si preferían verlo arder en la hoguera no estoy seguro de que quiera tenerlos como amigos.

—En eso puede que tengas razón. A pesar de todo, Ceinan es a quien debemos vigilar, y no a sus parásitos. ¿Hasta qué punto está informado?

—No sabría decirlo. Me dio a entender que sabía que tramábamos algo, pero no de qué se trataba.

—Mientras la cosa siga así, no podemos quejarnos. Cuando descubra con todo lujo de detalles qué ha estado sucediendo delante de sus narices, quiero que sea una sorpresa.

Ansel arrojó a Danilar un papel arrugado. Había entre los pliegues restos de cera azul.

—Quémalo.

LABERINTO

Gair abrió los ojos. Tuvo que pestañear varias veces antes de que las manchas borrosas se definieran hasta adoptar la forma de sombras de árboles en la pared encalada, bailando a merced de la brisa. Aparte de la cama donde yacía tumbado, el único mobiliario era un solitario armarito y un aguamanil, ambos de madera sin adornos. No reconoció la estancia.

—Hola.

Voz de mujer, musical. Volvió la cabeza hacia ella. Sentada en un taburete junto a él vio a una mujer de piel dorada y pelo cobrizo. El cabello suelto le caía sobre los hombros y la capa verde que los cubría. Tenía bolsas bajo los rasgados ojos de almendra, producidas por el cansancio.

—Yo te conozco. —Gair sintió la boca rellena de lana, pastosa y seca.

Ella le sonrió.

—Soy Tanith, una de las sanadoras de la casa capitular.

—Lo recuerdo. Te veo cansada. —Tomó un tazón de agua que ella le tendió—. ¿Estoy en la enfermería?

—Sí. ¿Recuerdas cómo te llamas?

—Gair —respondió. ¿Por qué no iba a recordar su propio nombre?

—¿Y tu apellido?

—No tengo. —Apuró la taza y ella la llenó de nuevo.

—¿De qué color tienes los ojos?

—Grisés. ¿Qué me ha pasado, Tanith?

—No te preocupes por eso ahora. Aquí estás a salvo. —Tanith acercó a su frente el dorso de la mano—. Voy a comprobar si tienes fiebre.

—¿He estado enfermo?

—En cierto modo. Te atacaron, y de resultas de ello algunos de tus recuerdos fueron dañados. No estaba segura de hasta qué punto alcanzaban los daños, pero parece que se limitan a tu pasado reciente. Recuerdas tu nombre, por ejemplo, pero no sabías el mío.

—¿Atacado? ¿Por quién?

—Luego Saaron te dará más detalles. Me pidió que lo avisara en cuanto despertaras. Iré a buscarlo. —Se levantó para salir.

Gair extendió una mano para detenerla, y en ese momento reparó en la herida reciente que le cruzaba el antebrazo derecho.

—¿Qué me ha pasado, Tanith? Recuerdo que estaba en la torre del campanario, contemplando el barco elfo. ¿Me caí?

«No. Esa herida es un tajo hecho con espada. O con algo afilado.»

—No exactamente. —Ella introdujo sus dedos largos bajo la mano de Gair para tomársela—. Has sufrido algo llamado exploración. Te han registrado la memoria, y una vez hecho eso te ha quedado algo revuelta, como la bolsa de una matrona. Te he protegido de la peor parte, pero tardarás en recuperar todos los recuerdos.

—Pero lo haré.

—Ah, sí. Con el tiempo te pondrás bien, no te preocupes por eso.

—¿Y esto? —preguntó Gair, señalándose el brazo con un gesto de cabeza.

—El ataque fue mental, pero también físico, me temo.

Gair apartó la sábana. Tenía el costado surcado de heridas de hacía unos días, y las piernas llenas de cortes encarnados y arañazos que cicatrizaban. «Por los santos y los ángeles, ¿qué me ha pasado? ¿Cuánto tiempo he perdido?», se preguntó. La curación podía reparar en horas lo que el cuerpo tardaba días o semanas en sanar por sus propios medios, pero aun así... Se cubrió de nuevo con la sábana.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

Tanith le puso la mano en el hombro.

—Deja que avise a Saaron.

Cuando se hubo retirado, contempló el techo e intentó recordar lo sucedido desde el momento en que subió por la escalera a la torre. No recordó nada, excepto una vaga inquietud que se hizo un hueco en su mente, densa como una nube cargada de tormenta. Los recuerdos producían ruidos sordos y relucían en sus profundidades, demasiado breves para ser alcanzados. ¿Era ése el escudo de Tanith?

Se abrió la puerta de nuevo, y entró por ella un tipo de pelo pajizo, cubierto por la capa verde de un sanador. Estaba muy flaco y sonreía de oreja a oreja.

—De modo que al fin has vuelto con los vivos —dijo, sentándose en el taburete que había junto a la cama.

—¿Saaron?

—El mismo que viste y calza. ¿Cómo te encuentras?

—¿Teniendo en cuenta que parezco la madera en la que el carnicero corta la carne? Pues sobre todo cansado.

—Eso es la curación. Unos días de descanso, una dieta adecuada y todo esto quedará atrás. Incluso las cicatrices desaparecerán en ese tiempo, a menos que quieras conservar una o dos para impresionar a las chicas. Aunque a juzgar por lo que he oído, hay alguna a quien ya no tienes que impresionar. —Saaron guiñó el ojo con cierta teatralidad.

—¿A qué te refieres?

—A ese pajarillo tuyo. Sometió a asedio a la enfermería durante dos días enteros,

hasta que Alderan lo espantó.

«¿Pajarillo?»

—¿Dos días? ¿Es ése el tiempo que llevo aquí? —Experimentó una sensación de pánico en el pecho.

«Ruego a la diosa que no sea demasiado tarde», pensó.

—Un poco más, pero qué importa. Lo que importa ahora es que te estás recuperando y...

—Sí importa. ¿Cuánto, Saaron? ¿Qué me sucedió en la torre del campanario?

Saaron hizo un gesto vago en el aire.

—Que nosotros sepamos, cambiaste de forma y sobrevolaste el puerto en dirección a Cinco Hermanas. K'shaa, patrón del *Estrella matutina*, recuerda haberte visto. En algún punto situado sobre las Cinco Hermanas te topaste con Savin.

Aquel nombre reverberó en la mente de Gair. Los relámpagos refulgieron en la tormenta que se cernía tras sus ojos. Saaron hizo una pausa.

—Veo que reconoces ese nombre.

—Sí. ¿Qué pasó después?

—Estuvo a punto de matarte mientras buscaba algo que creía que sabías. Hasta ahí fuiste capaz de contarnos. Nadie sabe cómo lograste regresar. Alderan te trajo de la torre más muerto que vivo, y has estado aquí ingresado desde entonces.

—¿Cuánto tiempo?

—Unos días, eso es todo, Gair. No importa.

—No me confundas con palabrerías, Saaron. ¿Cuánto?

«Debo averiguar cuánto tiempo he perdido.»

Los labios de Saaron compusieron una expresión desaprobadora, pero al cabo de un momento cedió.

—Seis días.

Gair lanzó un juramento. Seis días era demasiado. Apartó las sábanas y descolgó las piernas por el borde de la cama.

—No tienes fuerzas para levantarte. Aún no. —Saaron lo cogió del brazo, pero Gair lo apartó.

—Debo encontrarla —dijo—. Maldición, Saaron, deja que me levante.

—¡Estate quieto un momento! —ordenó el sanador—. ¿Encontrar qué? ¿De qué estás hablando?

—Savin viene hacia aquí —explicó Gair, poniéndose en pie como pudo—. Anda en busca de una llave.

—¿Cómo? ¿Qué llave?

—Lo recuerdo. Viene hacia aquí.

Le temblaron las rodillas. Se asió a la mesilla de noche, pero el gesto brusco acabó con la taza de cerámica en el suelo, rota en pedazos.

«Maldita sea, mucho tiempo. Demasiado. ¡Seis días! Debo encontrarla.»

Pero Saaron gritaba hacia la puerta. Las capas verdes entraron en tropel para rodearlo. Dos adeptos fornidos lo tumbaron en la cama y lo inmovilizaron. Por la diosa, cómo le ardía la herida del cuello. No podía moverse, y tampoco apartarlos a empujones. ¿No entendían lo que estaba pasando?

—El escudo debe de haberse debilitado —dijo Saaron cuando Tanith se inclinó sobre él, imponiendo las manos en las sienes de Gair—. Insiste en que Savin vendrá y que tiene que encontrarla, sea lo que sea. Mencionó una llave.

—Tanith, suéltame.

Ella arrugó el entrecejo cuando recurrió al canto.

—No tendría que recordar nada. Es muy pronto.

—No, es demasiado tarde. Por favor, ¡escúchame!

En ese momento Gair se sumió en la negrura.

El laberinto había cambiado de forma. Estaba seguro de ello. No era la primera vez que doblaba esa esquina, pues sus huellas seguían impresas en el terreno polvoriento, pero ahora llevaba a un callejón sin salida. Un seto verde e impenetrable que se cruzaba en el camino, mucho más alto que él, unido sin fractura a los setos que se extendían a ambos lados. Frustrado, Gair se dio la vuelta, musitando un juramento.

El camino que había a su espalda discurría en línea recta delimitado por los setos. No había recorrido tanto trecho, tan sólo veinte o treinta pasos. De modo que el laberinto cambiaba también a su espalda. Por la diosa, ¿cuánto tiempo llevaba allí? No había sombras en el terreno que indicasen la hora, y cuando levantó la vista no alcanzó a ver el sol. Tan sólo el terreno arenoso, los setos verdes y un cielo veraniego, carente de nubes. Lo único que podía hacer era seguir andando hasta encontrar la salida.

Al principio había intentado memorizar los giros que había dado, de modo que luego pudiese desandar el camino si resultaba no ser el correcto, pero en cuanto descubrió que el laberinto también cambiaba a su espalda comprendió que no tenía sentido. Nunca encontraría la plaza de la que había partido.

En mitad de la plaza había una estatua de mármol. Una ninfa del bosque que tocaba una flauta. Medía unos tres pies de altura, y el pedestal casi estaba oculto por una enredadera. Quiso dar con el camino de vuelta, porque recordaba haber visto otra salida. Ésa lo estaba haciendo caminar en círculos.

Gair giró a la izquierda, y luego otra vez a la izquierda, y el sendero se dobló sobre sí a la derecha. Lo siguió hasta efectuar cinco giros seguidos en esa dirección, momento en que se detuvo. A esa altura tendría que haber encontrado sus propios pasos, pero no había hallado ninguna encrucijada. Sólo setos paralelos de ocho pies de altura, al frente, detrás, separados por un camino polvoriento. Se dio la vuelta y

volvió por donde había llegado. El camino volvía a girar a la derecha tres veces, y luego a la izquierda para desembocar en una plazoleta abierta de unas yardas cuadradas. En mitad de la plaza había una estatua sobre un pedestal de mármol.

Anduvo hacia ella, incapaz de creer lo que veía. Una ninfa del bosque, tocando la flauta; sin embargo, la enredadera que la cubría se había marchitado. Una hiedra de color verde oscuro crecía entre los tallos secos hasta enroscarse en torno a los tobillos de la ninfa. Ella se miraba los pies. Había en sus ojos, en la tensión de los labios, una expresión de horror.

Rápidamente repasó con la mirada los setos del extremo opuesto en busca de la otra salida. Sólo había una hendidura en el seto, y era la misma por la que había llegado. Al salir encontró un camino corto que se cruzaba con otro en ángulo recto. ¿Qué dirección debía tomar? ¿Izquierda o derecha? Había huellas de pasos en el polvo claro que se perdían en ambas direcciones, de modo que eso no iba a ayudarlo. Tomó la izquierda. La siguió a través de dos giros a la izquierda y regresó a la plaza de la estatua. La hiedra había alcanzado las rodillas de la ninfa, que se cubría el rostro con las manos. Gair corrió de vuelta a la encrucijada y tomó el camino de la derecha. El sendero llevaba recto hasta donde le alcanzaba la mirada. Se hizo visera con la mano para protegerse los ojos de un sol invisible, pero no vio ni rastro de un sendero lateral o un giro. Echó a andar, contando los pasos. Cien. Doscientos. Doscientos cincuenta. Setos verdes, de ocho pies de altura, le bloquearon el paso al frente. Cuando Gair se dio la vuelta encontró la plaza a su espalda.

Lanzó un juramento. La ninfa tenía el rostro vuelto hacia él y estaba gritando. La densa hiedra le había inmovilizado los brazos a los costados, y tenía la cintura, la mitad inferior del cuerpo, completamente oscurecida por las correosas hojas. Miró hacia atrás; el largo sendero recto terminaba de pronto en un giro a la derecha que no distaba ni veinte yardas de su posición. Se dio la vuelta y echó a correr.

Ya no importaba qué camino tomar. Izquierda o derecha, no tenía la menor importancia. Se limitó a correr. De vez en cuando tropezaba e iba a caer sobre los setos. Las espinas verdes le rasgaban la ropa, cuando no la piel, haciéndole sangrar. El mediodía sin nubes, perpetuo, le empapó de sudor la espalda y el pecho. Corrió hasta que le ardieron los pulmones, y aun entonces siguió corriendo. Tenía que hallar la salida de ese lugar, antes de que la ninfa del bosque acabase estrangulada.

Los senderos sin sombra se extendían más y más, algunos se cruzaban, otros lo llevaban hacia atrás. Tomó caminos, giró por ellos. El calor crispó el puño hasta que sintió un martilleo en la cabeza y se le nubló la visión. Tenía que haber una salida. El laberinto no podía prolongarse eternamente.

Se trabó los pies y cayó despatarrado en el polvo. El golpe le arrebató el aire de los pulmones; aspiró con fuerza e inhaló un puñado de polvo que le hizo toser. Por los santos, tenía que salir de ese lugar como fuera. Se puso boca arriba, jadeando, e

intentó hacer acopio de energía para ponerse en pie.

Se incorporó sobre las rodillas. Primero un pie, y luego ganar impulso. Las piernas le temblaron como a un potrillo recién nacido, y estuvo a punto de desplomarse sobre el seto más próximo. Se levantó y miró a su alrededor. Se hallaba en la entrada de una plaza abierta que medía unas cinco yardas cuadradas. No había más que un montón de hiedra en el centro. Fuera lo que fuese que tapaba la hiedra estaba oscurecido, aparte de un reflejo plateado en la parte superior. Gair anduvo hacia el montículo. El reflejo plateado era un brazo pequeño, perteneciente a una mujer, delgado y liso, estirado en dirección al cielo. Un solitario filamento de hiedra lo envolvía desde el codo, desplegando las hojas oscuras que se recortaban contra la piel marmórea. Había llegado demasiado tarde.

Cayó postrado de rodillas. Tanto correr para finalmente llegar tarde. Un sollozo lo sacudió, y luego otro. Por la ninfa bajo la hiedra, por su dolor de cabeza, por su incapacidad de encontrar una salida. Había fracasado.

Gair contempló el brazo de la ninfa, que extendía los dedos en un gesto de súplica. La hiedra era tierna, joven, y los tallos tenían un color claro. Quizá aún podía salvarla si la alcanzaba. Agarró un puñado de hiedra y dio un tirón. Arrancó algunas hebras, y, antes de que le resbalaran las manos, dejó al descubierto el interior filamentosos que contrastaba con la piel clara de la ninfa. Las hojas oscuras alfombraron el terreno, pero el tallo no se quebró. Gair redobló esfuerzos, tiró con fuerza de la hiedra hasta que se le ennegrecieron los dedos, hasta que le sangraron. Pero no sirvió de nada.

—No —susurró, crispados los puños. No podía permitir que la asfixiara—. ¡No!

Tras lanzar una maldición, buscó en su interior la melodía del fuego.

El poder surgió proyectado, le llenó el alma, hirviente, cada vez más hasta que alcanzó hasta la última fibra de su ser. Corrió impulsado por la culpa, le discurrió por las venas, le quemó la piel. Cuando lo soltó, la estatua resplandeció.

Las hojas de hiedra se chamuscaron con el calor, disfrazando el terreno de otoño. Los tallos se quebraron, la savia burbujeó en las hendiduras. Se alzó un humo hediondo. Los setos espinosos prendieron con un rugido estruendoso y, mientras, él siguió calentando más y más las llamas.

Entre un latido de corazón y el siguiente, el fuego había desaparecido. Un manto de ceniza rodeó el plinto de la estatua, levantando nubes de ceniza bajo las botas de Gair cuando lo cruzó. La piedra estaba cubierta por una capa gris de hollín, pero no quedaba ni rastro de la hiedra, salvo unos restos carbonizados en el suelo. La ninfa tenía la cabeza gacha, y los brazos le colgaban a los lados. El cabello despeinado le cubría el rostro, adornado con maltrechas rosas. Extendió la mano para tocarla y la estatua se convirtió en ceniza.

—¡No!

Gair cayó de rodillas. El pedestal de mármol se quebró al tacto de sus manos. Él cayó sobre un costado. Demasiado tarde para salvarla a ella y salvarse a sí mismo.

El humo ascendió en torbellino. Un tenue haz de luz solar penetró la atmósfera cargada, seguido por otro, y luego por otro, hasta que fueron cinco en total; cinco haces que rozaron la tierra baldía como los dedos de la mismísima diosa. Sintió en la cara una cálida caricia que suavizó el ardor de una piel que se había quemado bajo el sol. En el cielo, sobre él, un borrón verde, dorado y rojo se convirtió en el rostro de un ángel, rodeado por una luz brillante que parpadeaba con alas etéreas. El ángel sonrió y acercó su mano al suelo para llevarlo a la luz.

—No pasa nada, Gair.

Abrió los ojos. Jadeaba, esforzándose por aspirar una bocanada suficiente del aire que le quemaba los pulmones.

—No pasa nada —insistió Tanith—. Aquí no hay ningún incendio.

Gair miró a su alrededor con los ojos muy abiertos. La oscuridad reinaba en la habitación, aparte de la candela que descansaba en la mesa, y cuya luz dibujó el contorno de la cabeza de Tanith cuando se inclinó sobre él. La joven tenía las manos en sus hombros y lo empujaba sobre la almohada. La sábana enredada estaba empapada en sudor, y sentía los pulmones llenos del fuerte sabor acre del humo.

—Creía que eras un ángel. —Tenía la garganta seca. Ella sonrió, acariciándole el pelo.

—Soñabas.

—Estaba atrapado en un laberinto —explicó Gair—. Y había una estatua...

El sueño se hizo pedazos como un viejo pergamino, y cuanto más se esforzaba en atraparlos más se desvanecían sus fragmentos. Se miró las manos, esperando ver algo que no podía nombrar.

—Saaron debió advertirte que tendrías sueños extraños —le dijo—. No te preocupes. No son más que eso.

—¿Qué hora es? —preguntó él.

—Tarde.

Gair reparó en que Tanith tenía los brazos desnudos y el camisón de noche era visible bajo la capa de sanadora.

—¿Qué haces aquí en plena noche?

—El sanador de guardia estaba preocupado por ti, de modo que decidió despertarme —explicó ella—. He estado durmiendo en una de las habitaciones vacías, por si se me necesitaba. Nada más recuperar la conciencia tuviste pesadillas terribles. Saaron pensó que sería mejor tenerme a mano.

—No me acuerdo.

—Ni falta que hace. Lo pasaste muy mal.

—¿Llegaré a recordarlo? No me gusta tener esta nube aquí —dijo señalándose la

cabeza.

—El escudo de tu mente tiene por objeto impedir que recuerdes según qué cosas demasiado rápidamente. Procura no forcejear con él. —Le sirvió agua y le alcanzó la taza—. Bebe. Estás deshidratado. Luego cuéntame qué le dijiste a Saaron acerca de Savin.

Gair intentó recordarlo mientras bebía. Fue imposible recuperar las palabras exactas, pero sí recordó la sensación de apremio, de que el tiempo se le deslizaba de entre los dedos como el agua.

—Savin viene aquí en busca de algo que no pudo encontrar en mi cabeza. Es una especie de llave. No sé cuándo vendrá, ni recuerdo cómo lo sé exactamente, pero cuando oí su nombre tuve la sensación de que estábamos en una carrera, de que tendría que descubrir qué pretendía antes de que lo lograra. No sé qué significa eso.

—¿Y sigues sintiéndote así?

Gair hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—No tanto como antes, pero sí.

Tanith dobló los brazos a la altura del pecho. Se le formó una arruga en el entrecejo de piel dorada.

—Reforcé el escudo —dijo en voz baja—. Si fue algo que Savin te contó no deberías recordarlo. La verdad es que no lo entiendo. Cuando viajaste aquí procedente de Dremen, conociste a Savin, ¿verdad? ¿Qué te contó de él Alderan?

—No mucho. Que era una especie de renegado. Alderan nunca llegó a contarme exactamente qué fue lo que hizo, pero insinuó que se trataba de algo terrible.

—Peor que eso. Savin se exilió por ello, y el consejo decidió que se repartirían protecciones mágicas en torno a las islas deshabitadas para que nunca regresara sin su conocimiento. —Se mordió el labio—. Debo contárselo a Alderan. Intenta dormir un poco, si puedes.

—No tengo sueño.

Ella se irguió.

—Pues necesitas dormir, Gair. —Hablo con voz suave y amable—. Duerme y come, y en uno o dos días, cuando te sientas con fuerzas, te curaremos más. Entonces estarás bien.

—No soy un bebé, Tanith —protestó él, que cerró la boca al caer en la cuenta de que había hablado como uno.

—Lo sé. Pero tienes que ser paciente.

Ella tomó la candela de la mesilla, pero se dio la vuelta con tal brusquedad que la cera fundida le cayó en los dedos. No pareció darse cuenta de que se había quemado. Tenía en los ojos la dureza del topacio.

—¿No entiendes qué te hicieron? Savin te desordenó la mente, fue mucho peor de lo que le hizo a tu cuerpo. A tu vuelta estabas medio muerto. No sabemos cómo te las

apañaste para recurrir al canto y regresar volando de Cinco Hermanas. Te estabas desangrando. Apenas con vida, apenas en tus cabales. He pasado horas dentro de tu cabeza, remendándote una y otra vez, y...

Dejó de hablar. Tenía las manos crispadas en los pliegues de la capa y los ojos cerrados con fuerza. Le temblaron los labios. Gair se la quedó mirando, espantado por el arrebato.

—Perdóname —dijo ella—. No tengo derecho a perder los nervios. Mañana nos vemos.

Dejó la candela donde estaba y salió de la habitación.

EXPLORACIÓN

Tanith cerró la puerta que daba a su cuarto y recostó en ella la espalda. Su padre tenía razón. Llevaba demasiado tiempo conviviendo con los humanos. Había perdido la capacidad de distanciarse, se había abandonado sin más a merced de las corrientes de la emoción, y menudas tormentas, ¡cómo soplaban!

Apretó con fuerza los labios.

«Ay, espíritus, protegedme, ¿qué voy a hacer?»

Había estudiado a los humanos mientras duró su formación en medicina: mentes nacidas sin el concepto de la moderación, seres que llegaban a ejecutar actos terribles empujados por pasiones que eran incapaces de controlar. La ira, que resplandecía brillante como un rayo. ¿Cómo podían soportarla los humanos? ¿Sentían nacer en su interior la tormenta de la emoción, el temblor, las manos fuertes de la desesperación asfixiando el aire que les llenaba los pulmones?

Oscuras corrientes discurrían por el alma del más noble de los seres humanos, abismos en los que tan sólo moraban las pesadillas. Había tenido ocasión de contemplarlas, había visto su obra en los cuerpos quebrados y las mentes destrozadas. ¿Acaso había sido testigo de los primeros indicios de ellas en su propio comportamiento? Se cubrió el rostro con las manos, y luego apoyó la nuca en la puerta.

«¿Qué va a hacer conmigo ahora la corte blanca?»

Le sorprendió la primera oleada de lágrimas. La punzada de celos que siguió, aguda y amarga, le cortó la respiración. Después de ser educada en la moderación, en la contención, la habían dejado a la deriva en un mar violento e ingobernable por el que no tenía ni idea de cómo navegar. No disponía de carta náutica con la que trazar un rumbo, ni de estrellas familiares por las que guiarse, y el hecho era que quería zambullirse en ese oscuro abismo y sentir. La ira, la lujuria y la gula, entregarse a los excesos, no porque eso fuese a convertirla en mejor físico, sino, que los espíritus la guardaran, porque eso haría de ella un ser humano.

Se masajeó las sienes. Qué cansancio. La curación le pasaba factura, quizá era la más compleja que había efectuado jamás. Había exigido de una gran delicadeza y, a la vez, trabajar sin pausa ni descanso para contener el caos que había resultado de la exploración de Savin, todo ello antes de que la mente de Gair se enmarañara a su alrededor. Horas y horas caminando en el naufragio de sus recuerdos, tan íntimos que él jamás los habría compartido con ella por mucho que le hubiese prometido no

revelarlos. No era de extrañar que estuviese debilitada.

«Tengo que volver a casa. En cuanto se reponga. No puedo seguir aquí más tiempo. Pensé que sería capaz de aguantarlo, pero no. Duele demasiado.»

Tanith se descalzó y presionó los dedos de los pies en el suelo musgoso. Una ilusión, como los árboles que cubrían las paredes y el sonido del agua y el trino de los pájaros. Sentía las plantas de los pies frías, como cuando pisaba el terreno de los campos de abedules que se alzaban tras el lago. Suficiente para devolverle un poco de calma, lo bastante para permitirle meditar. Estaba muy cansada, pero tenía que recuperar el equilibrio. Su alma se sentía vapuleada por mares tormentosos. Podría dormir cuando hallase un puerto abrigado donde refugiarse.

Sacó una caja sencilla del arcón con adornos de plata que había al pie de su cama, y un pequeño brasero de latón y una cocinilla, que puso en la tapa del arcón. Bastó un hilo del canto para encender el carboncillo y, mientras esperaba a que se calentase, deshizo la trenza del cabello y se lo cepilló. Cuando una capa de ceniza blanca cubrió los carboncillos y la cocinilla desprendió humo, se sentó cruzando las piernas al pie de un abedul y abrió la caja.

En su interior había un sinfín de diminutos compartimientos donde descansaban otras cajitas, frascos, bolsas de seda. La raíz de yarra que buscaba estaba envuelta en un pedazo de piel de cabritilla. La levantó junto a un frasco de cristal lleno de aceite, y luego dejó la caja a un lado. Primero vertió unas gotas de aceite en la cocinilla. Con un cuchillo, cortó un fragmento de la raíz negra sobre el aceite caliente. Humeó en seguida, desprendiendo una fragancia tan dulzona e intensa como la tierra después de llover. Tanith aspiró con fuerza, y después exhaló tan lentamente como pudo.

Mejor. Casi se sentía como si estuviera en Astolar. Permitted que la ilusión que envolvía su cuarto se extendiera hasta que la austera estancia cuadrada abarcara un valle entero. Vientos suaves sacudían las hojas de los abedules sobre su cabeza. En la distancia oyó el murmullo de las cascadas Belaleithne, al otro lado del lago. Por primera vez desde hacía meses sintió la punzada de la añoranza.

«Te oigo soñar, hija.»

Tanith abrió los ojos. El humo que desprendía la raíz dibujó el contorno de un rostro que ella conocía bien. Se perfilaba una y otra vez a medida que el humo ascendía hasta disolverse. Únicamente los ojos rasgados y las cejas finas se mantuvieron constantes.

—Padre —lo saludó ella con calidez.

«¿Te encuentras bien?»

—Un poco cansada, nada más. Ha sido un día difícil.

«K'shaa me cuenta que aún no se ha hecho a la mar.»

—No, aún no. Aquí me necesitan un poco más.

«También aquí se te necesita, hija.»

—Dame unos días más, papá. Tengo un paciente nuevo.

Su padre exhaló un suspiro.

«Tendrías que haber vuelto con nosotros hace doce lunas, Tanith. Te lo consentí porque dijiste que deseabas convertirte en físico, porque tienes un don para ello y no hay que desperdiciar tales dones, pero aquí en Astolar tienes responsabilidades, deberes que te aguardan, puesto que eres la hija de la corte blanca. Tu prolongada ausencia resulta... enojosa.»

—Lo sé, papá, pero llevé a cabo el juramento del sanador. Mi deber más importante es para con los pacientes que tengo a mi cuidado y, sin mí, este paciente morirá.

«Me dijiste que algunos de los mejores sanadores de su mundo pasan por las islas. ¿Estás segura de que ninguno de ellos podría llevar a buen puerto esa labor?»

—No puedo abandonarlo. Aún no. Fue objeto de una exploración.

El contorno humeante experimentó una sacudida.

«¿Estás segura?»

—Nunca he estado tan segura de algo. —Tanith se frotó los ojos—. He hecho cuanto he podido. Lo he protegido de buena parte, la peor, del daño, pero si queremos salvar todo su talento aún me queda mucho trabajo por hacer.

«Alguien capaz de llevar a cabo una exploración anda suelto por el mundo.»

Su padre sacudió la cabeza, el humo alzó sus tentáculos en espiral.

—Un humano.

«¡Qué abominación! ¿Y te has expuesto a eso?»

—No hay nadie más que pueda deshacer lo que ha hecho.

La imagen de su padre suspiró antes de murmurar unas palabras que no alcanzó a entender, aunque pudo imaginar de qué se trataba. No cabía duda de que las había escuchado antes.

«No me siento cómodo con los riesgos que asumes, hija. Eres de gran importancia para la corte, para preservar la existencia de nuestro pueblo. —Se produjo una breve pausa, tan fugaz como un suspiro—. Y no tienes precio para mí.»

Ella extendió el brazo para rozar con la palma de la mano la mejilla carente de sustancia. Luego sonrió.

—No te preocupes, papá. Hago lo que debe hacerse y me manejo con gran cuidado.

«¿Tan necesario es? No habrás olvidado lo que está en juego.»

Tanith dio un respingo, sorprendida por lo que sugería su padre.

—¿Preguntas si vale la pena que me arriesgue por él? Pues claro que sí, cualquier vida lo vale, sea cual sea su raza o su posición. Es un buen hombre, papá, tan valioso como tú o como yo, o como cualquiera que ocupe un alto puesto en la corte.

Se mordió la lengua para evitar continuar hablando, pero la ilusión experimentó

un temblor cuando disminuyó su concentración. Los nubarrones oscurecieron el horizonte de su sueño de Astolar, atenuando la intensidad del sempiterno azul que cubría el cielo.

«Pero es humano.»

—Sí, humano. Hoy en día, desde que nuestro pueblo empezó a retirarse de este mundo, muchos de los mayores talentos lo son. Si pretendemos salvarnos, será la raza de los hombres quienes empuñen las armas para hacerlo. —La imagen de su padre adoptó una expresión disgustada—. Sé que tú no quieres verlo de ese modo, papá, pero ahora nuestro destino está en manos de otros. Amenazado el Velo, tan sólo habrá un indulto temporal si cedemos terreno. La guerra nos alcanzará, incluso en el Reino Oculto. No estaremos a salvo.

«Son cuatro las casas que a estas alturas votan a favor del exilio. En el último debate, la casa Amerlaine se inclinó en ese sentido, junto a Denellin y las demás.»

El alma se le cayó a los pies, a pesar de que aquellas noticias no eran precisamente inesperadas.

—Berec es anciano. —Suspiró—. Quiere vivir en paz los años que le quedan, sin tener que cabalgar a la batalla. Entiendo sus motivos.

«Un voto más a favor del exilio y habrá empate entre los diez. La reina tendrá entonces que decidir, y sé que ella se inclina por la paz. No somos un pueblo guerrero, hija mía.»

—Lo sé. Pero hay enemigos a quienes incluso nosotros debemos combatir. El precio de la inacción es demasiado elevado.

«Ay, Tanith —rió su padre—. Cuando me releves en el alto trono, sacudirás la corte blanca hasta los cimientos. Espero vivir lo bastante para verlo. ¿Cuándo volverás, hija mía? Astolar no es lo mismo en tu ausencia.»

—En cuanto pueda, papá, te lo prometo. Pero aquí aún me necesitan.

«¿Por cuánto tiempo?»

—Unos días más, creo. Las heridas físicas son bastante graves, pero parece que los leahnos son duros de pelar, y su cuerpo se está recuperando. Es por su talento por lo que temo.

«Entonces, ¿ese leahno es fuerte?»

—Tal vez sea el más fuerte que he conocido. He tenido ocasión de adentrarme brevemente en él, y no le veo el fondo.

«¿Lo sabe él?»

—No, aunque creo que sospecha que su don abarca más de lo que él ha atisbado. Pero incluso si conociera el alcance de su don, eso no le protegería. No es la primera vez que ese explorador se le ha acercado.

Le temblaba la voz y ni siquiera la fragancia de la raíz alcanzó a suavizar lo que sus palabras implicaban.

—Ha estado a punto de hacerlo pedazos. Lo contuve mientras gritó hasta quedarse sin aliento. He atesorado su cordura en mis manos, y me ha envuelto su talento de tal modo que centelleaba como el lago bajo la luna de la trinidad. Eso no puede perderse. Su importancia para la orden es incalculable, y eso hace que tenga tanta relevancia para todos nosotros en el juicio final. Debo curarlo, papá. Tengo que hacerlo.

Su padre estuvo callado mientras ella se recuperaba. Luego dijo con suavidad:

«Algo me dice que no es otro paciente más para ti, ¿me equivoco? Has establecido un vínculo con él.»

—Aunque así fuera, otra tiene más ascendiente sobre él que yo —respondió ella.

«Pero lo aprecias.»

—Aprecio lo que pueda ser de este mundo si él muriera. —La vehemencia tiñó sus palabras—. Podría ser la clave para asegurar la conservación del Velo. Vivimos en la frontera que separa ambos reinos, papá. Mientras aguante el Velo dispondremos de un lugar. Si se rasga, tal como temo que pretende que suceda ese explorador, lo perderemos todo.

«Lo sé, y me aflige mucho. De acuerdo, hija mía. Haz lo que debas, que yo procederé de igual modo. Ahora ambos tenemos que librar nuestras propias batallas. La tuya con tu escudo y espada leahnos, la mía en la sala del consejo. Que los espíritus benevolentes nos ayuden a ambos. —Unas manos insustanciales se extendieron para bendecirla, y luego su padre inclinó la cabeza ante ella—. Que duermas bien, hija mía.»

—Igualmente, papá. Volveré a tu lado en cuanto pueda, te lo prometo.

«Estupendo. Sé que Ailric ansía volver a verte.»

—No lo dudo.

«¿Has vuelto a considerar su propuesta?»

—Papá, aún no tengo necesidad de un marido, y tampoco lo quiero. —Estaba demasiado cansada para volver a discutir ese tema.

«Supondría un activo importante para nuestra casa, y cuidaría bien de ti.»

—No nos aportaría nada excepto su ambición. Ailric tiene puestas las miras en el alto trono, y a mí me considera su trampolín.

«Lo juzgas con demasiada dureza, Tanith. Por favor, al menos considera su petición de mano. No soporto pensar que puedas quedarte sola cuando yo no esté.»

Intentó no suspirar, pero odiaba ver el dolor que había en los ojos de su padre, por mucho que únicamente fuesen una ilusión que dibujaba el humo.

—De acuerdo, lo pensaré, pero te ruego que no le digas nada más que eso. Tengo intención de ser yo quien escoja marido cuando llegue el momento.

La imagen de su padre se movió como si no se sintiera cómodo.

«Nuestra sangre se diluye, Tanith. Debemos andarnos con cuidado a la hora de

conservarla. No quiero que la tuya se pierda en una unión impura.»

—Y nuestro patrimonio pasa por la línea materna. La corte blanca reconocerá a mis hijos, al margen de quién pueda ser su padre —le recordó ella. La prontitud de su acerada respuesta le hizo dar un respingo y, al reparar en ello, Tanith suavizó el tono—. Ve en paz, papá. Cuando llegue el momento, me encargaré de que Astolar dé frutos en tierra astolana.

«Ese momento no debe demorarse mucho, hija. Tenemos que pensar en la siguiente generación, mientras aún es tiempo de siembra.»

—Conozco mi deber —le aseguró—. Pronto, te lo prometo. Ahora debo dormir, papá. Necesito descansar antes de sanarlo de nuevo. El escudo que he puesto en su mente requiere que lo renueve. Recuerda cosas que no tendría que conocer hasta estar lo bastante fuerte para afrontarlas.

«Entiendo. Cuídate hasta que vuelva a verte con mis propios ojos.»

—Tú también, papá. Te echo de menos.

La imagen que formaba el humo sonrió, y luego se convirtió únicamente en humo. La raíz de yarra se había consumido y estaba negra. Tanith cerró los ojos, aspiró con fuerza la aromática fragancia, llenando sus pulmones tanto como pudo. Y ésa había sido su meditación. Sentía aún un dolor en el alma, estaba inquieta, pero no se atrevía a cortar otra viruta. Demasiada raíz de yarra la dejaría amodorrada por la mañana, y no podía permitirse el lujo de no tener despiertos todos los sentidos cuando tuviera que adentrarse en la mente de Gair. Había ya demasiado en juego, tal vez más de lo que sabía Alderan.

Gair supo que había vuelto a soñar. Cuando despertó no tenía un recuerdo claro, tan sólo un vago presentimiento que atenuaba la explosión de luz primaveral que caía sobre su cama y hacía menos estridente el canto de los gorriones afuera, en el jardín. Aparte de eso, se sentía más fuerte que el día anterior.

Cuando se incorporó en la cama, las heridas tan sólo le causaron una o dos punzadas de dolor. Animado por ello, descolgó las piernas por el costado de la cama y se puso en pie. No tardó en perder el equilibrio y tuvo que sentarse de nuevo; pero llevó a cabo un segundo intento, se aferró al poste de la cama y el borde de la mesilla de noche para sostenerse, y esa vez tuvo mayor suerte.

Tenía la cicatriz del cuello tensa, tierna, pero las del brazo y el muslo se habían convertido en líneas de color claro. Incluso las rozaduras habían amarilleado; en uno o dos días más habrían desaparecido. Echó un vistazo a su alrededor en busca de algo que ponerse. No vio ni rastro de su ropa, pero en el interior del armario colgaba una sencilla túnica de lino. Se ataba la cinta alrededor de la cintura cuando oyó abrirse la puerta a su espalda. Se dio la vuelta. Tanith estaba bajo el dintel, con una bandeja tapada en las manos.

—No esperaba verte en pie —dijo, colocando la bandeja en la mesilla de noche.

—Al final lo he logrado. Tardé un poco en recordar el porqué de mi estancia aquí.
—Gair regresó paso a paso a la cama y se sentó. Tanith inclinó la cabeza para apartarse de la luz directa y examinarle el cuello con manos frías y un tacto preciso.

—Se está curando bien.

—¿Tiene muy mal aspecto?

—No muy malo. Siempre quedará una cicatriz, pero no muy llamativa. Apenas la notarás en cuanto te libres de esto.

Le pasó las yemas de los dedos por la barba. Gair se rascó la barbilla.

—No veo el momento. Me pica.

—Más tarde te traeré una cuchilla. Ahora desayuna. Necesitas recuperar fuerzas.

—Abrió la puerta para salir del cuarto.

—¿Tanith?

—Dime.

—Lamento lo de anoche. No sé si te parecí un ingrato. No sé cómo voy a poder agradecértelo.

—No te disculpes. Tú no has hecho nada malo.

—Aun así. —Gair se encogió de hombros—. Me siento mejor diciéndolo. Y gracias.

La sanadora sonrió, y sus ojos pardos relucieron como las piedras de un río cuando las baña también la luz del sol.

—De nada —respondió ella, inclinando un poco la cabeza. Después cerró la puerta al salir.

Fiel a su palabra, tras el desayuno Tanith llevó una muda limpia a Gair, agua caliente, jabón y una cuchilla para afeitarse. Se aseguró de que a Gair que no le temblaran mucho las manos y de que no se fuera a cortar la garganta con la cuchilla, y luego lo dejó asearse en paz.

Gair se tomó su tiempo para vestirse. Aunque se sentía mucho mejor y no le faltaba apetito, no había recuperado del todo el equilibrio. Le habían ajustado la ropa que le había llevado Tanith, pero ni un retal había salido de su armario. La túnica y los calzones eran de buena lana verde oscuro, y la camisa de lino era de una tela más cara que cualquier cosa que hubiese llevado en días festivos, con un brocado de hilo de plata en el cuello y los puños. Incluso la ropa interior era nueva. Únicamente las botas eran suyas, y por supuesto les habían sacado brillo a conciencia.

Se afeitaba bajo la nariz cuando fue consciente de que alguien lo estaba mirando. Al principio pensó que se trataba de Tanith, o de alguno de los sanadores, pero cuando volvió la cabeza vio que estaba solo. Qué extraño. Intentó olvidar la sensación de aquella presencia, pero no se la sacó de encima. Era como un picor fuerte que le recorría la nuca hasta la otra mejilla y toda la mandíbula, cada vez con mayor insistencia.

En el exterior, los gorriones dieron la alarma. Sombras pequeñas cruzaron por la ventana y el jardín se sumió en el silencio. Gair miró por encima del espejo. Posado en la rama de un abedul había un cernícalo que clavaba en él sus ojos dorados.

—¡Kiek, kiek, kiek, kiek! —Con el pico abierto, inclinaba la cabeza con cada llamada—. ¡Kiek, kiek, kiek!

Desapareció en un borrón de plumas manchadas. Gair limpió la cuchilla, luego se enjuagó y se secó la cara. Cuando se disponía a ponerse la camisa oyó que alguien rascaba la ventana. Al volverse, sorprendió al cernícalo en el alféizar.

—¡Kiek, kiek, kiek!

Gair se ajustó la camisa y llevó la mano al pestillo. En cuanto abrió lo bastante la ventana, el cernícalo entró para posarse en la cama. Allí su forma dio un estirón para convertirse en una mujer con el pelo muy corto y piel de color canela; vestía una blusa y calzones gastados. Sus ojos azul marino comunicaban a partes iguales inquietud y frustración.

—¿Estás sordo o es que has decidido ignorarme? —le preguntó—. ¡Llevo una hora llamándote!

—No sabía quién era.

—¿Y quién iba a ser, mentecato?

Enroscó los brazos a su alrededor y tiró de él con intención de tumbarlo a su lado. Medio cayó, perdido el equilibrio, pero logró sentarse en la cama. Ella tomó su rostro en las manos y le dio un largo beso.

—No me dejan verte —dijo—. Pensé que te estabas muriendo.

—A juzgar por lo que me han contado, estuve a punto.

¿Quién era? Era evidente que lo conocía, y que lo conocía bien. Por los santos, ¡menudo beso! Pero no recordaba su nombre, extraviado en las nubes de tormenta de su mente. Pero la conocía, de eso estaba seguro. Conocía su rostro, su perfume, el tacto de su cuerpo en su piel. Ella lo miraba con ansiedad, y las nubes se retiraron cuando un recuerdo las atravesó lento e imparable como un brote maduro. Se abrió con una concisión silenciosa, y Gair vio un cernícalo que lo asía por las garras y que daba trompicones con él en el aire limpio, cálido.

—Aysha —dijo, sonriendo.

Pero los recuerdos no cesaron al pronunciar su nombre. Dos lobos corrieron y forcejearon en la nieve que iluminaba la luz de la luna. Dos águilas surcaron el cielo. La piel perlada en sudor de los amantes, estremecidos en una unión que los dejaba sin aliento. Recuperó más y más recuerdos, y en todos estaba ella. Aturdido de pronto, se aferró al hombro de Aysha.

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede, Gair?

Demasiados recuerdos, muy vívidos. Un torbellino de fragmentos de vidrio roto, un ruido estruendoso que le perforaba el cerebro. Un millar de fragmentos de tiempo,

sin conexión entre sí, sin estructura. Cada una de esas piezas lo alcanzó con la punzada de una piedra de granizo en la piel desnuda, y atravesó su conciencia como una gota de lluvia. Cerró con fuerza los ojos. Por la diosa que iba a vomitar.

—Estás sudando. Iré a buscar a Saaron.

Hizo ademán de levantarse, pero él no quiso soltarla. Si se soltaba caería.

—No, no lo hagas. Por favor.

La náusea ascendió por la garganta de Gair, llenándole la boca de saliva. Tragó de nuevo con fuerza, a medida que el flujo de recuerdos siguió zarandeándolo un instante tras otro, colmándole de emociones. No podía respirar, ni pensar. No podía hacer más que soportar el embate.

Cuando por fin amainó fue capaz de abrir de nuevo los ojos. Ella lo tomó en sus brazos y le acarició el pelo. Cuando Gair se incorporó, la preocupación enturbiaba la mirada de Aysha.

—Me has asustado —dijo ella, dándole un pellizco en el hombro—. No vuelvas a hacerlo.

—Lo siento. —Gair se acarició las sienes.

—¿Qué ha pasado? ¿Era él?

—No. Recuperé de pronto los recuerdos. Te reconocí, pero no recordaba tu nombre. Entonces lo recordé todo de golpe.

—Pero ¿qué diablos te hizo?

Gair exhaló un largo suspiro y se frotó las mejillas con las manos.

—Tanith lo llama una exploración. Como cuando los físicos te hurgan en el cuerpo, pero dentro de la cabeza. Dice que me curaré con el tiempo.

—Tendrías que haberme permitido ir en busca de un sanador.

—Estoy bien.

—¡No lo estás! —exclamó Aysha. Se pasó la mano por los ojos, pero no lo hizo lo bastante de prisa para evitar que él reparase en la humedad que resplandecía en sus pestañas—. Hablé con ellos, Leahno. Me contaron que agonizabas. Dijeron que, incluso si salías de ésta, podrían quedarte secuelas, que tal vez no recordases nada en absoluto. ¿Cómo te dejaste atrapar de ese modo? ¿Cómo? —Pronunció las palabras al tiempo que le propinaba golpes, dándole en el hombro con el puño. Sollozó—: ¿Cómo permitiste que te hiciera tanto daño?

—Lo siento, Aysha. —Gair la abrazó. Luego le dio besos en el pelo sedoso, antes de apartarla—. Lo siento mucho. No tenía ni idea de que estaba ahí fuera, ni de que me reconocería a pesar de haber adoptado otra forma. No tenía ni idea de que fuera tan fuerte.

Ella pegó el rostro a la camisa nueva de él, sacudida aún por los sollozos.

—Cuando no encontré tus colores y no respondías a mi llamada me temí lo peor. —Su voz insinuó las lágrimas no derramadas.

—Sigo aquí.

—Sólo porque tienes la suerte del Innombrable. Tendría que matarte con mis manos por los problemas que me has dado.

—Yo no quería que sucediera todo esto, Aysha.

—Lo sé. Pensé que te había perdido.

Ella se secó rápidamente las lágrimas, se pellizcó las mejillas y se peinó el cabello con la mano. Entonces le dedicó algo parecido a la sonrisa de siempre.

—Esa camisa te sienta bien, mejor aún de lo que esperaba —dijo más animada—. El hilo plateado te resalta los ojos.

—¿La has hecho para mí?

—Te la había guardado para regalártela por San Winifrae, pero necesitabas ropa nueva para cuando despertaras, así que pedí al sastre que te la enviase antes.

—Es la mejor camisa que he tenido. Gracias.

Y le besó la frente. Ella acercó sus manos a la cara de Gair y lo tocó con el canto, pero lo que encontró la llevó a torcer el gesto.

—Te han escudado —explicó ella—. Por eso no daba contigo. Te oculta los colores. También te mantiene aislado del canto.

Cuando quiso alcanzarlo no halló más que silencio. Estaba ahí, sentía su presencia igual que la había sentido siempre, pero no podía oírlo. Las nubes lo envolvían por completo. Qué extraño que se hubiese acostumbrado a recurrir al canto y dejar que ese poder líquido lo llenase. Sin él se sentía desconsolado.

—¿Hasta qué punto te hizo daño? —quiso saber Aysha.

—Nada que no pueda curarse —respondió Gair, que se apartó la camisa del cuello—. Esto fue lo peor.

Ella le rozó la cicatriz con la yema de los dedos.

—¿Duele?

—Ya no.

—¿Y qué me dices de tus recuerdos? ¿Están dañados?

—No estoy muy seguro. Tanith dice que averiguará más cuando vuelva a curarme.

—Entonces, rezaré a la diosa para que te cure pronto. Te he echado de menos.

«En todas tus formas.»

La imagen que deslizó en su mente hizo que se sonrojara hasta la raíz del cabello. Los ojos de Aysha bailaban. La besó para disimular el rubor, e hizo promesas con sus labios que no veía el momento de cumplir.

—¿Vendrás a visitarme luego? Tengo que ver a Alderan.

Ella asintió.

—¿Le preguntarás por Savin?

—Sí. Creo que ya es hora de que me cuente la verdad. Es la segunda vez que

Savin intenta matarme, y quiero saber por qué. No he hecho nada para merecérmelo. ¿Llegaste a conocerlo?

—No. Cuando llegué a este lugar hacía tiempo que se había marchado, pero he oído lo que contaban los demás maestros. —Los ojos azules le inspeccionaron el rostro—. Ten cuidado con él. No es lo que parece.

Las palabras eran tan parecidas a las que había pronunciado Savin en el jardín situado en la terraza de la fonda, que por un instante Gair tuvo la impresión de que Aysha se refería a Alderan.

—Lo haré, pero no puedo prometerte que vaya a mostrarme muy amable cuando vuelva a toparme con él.

Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—No esperaba menos de un leahno.

Cuando intentó ponerse en pie, ella tiró de su brazo con ambas manos.

—No voy a permitir que nos separen —susurró antes de darle un beso—. Eso no volverá a pasar.

Su pasión lo sorprendió al tiempo que despertaba viejos anhelos. Recuperó los recuerdos de ella en sus brazos, anegándolo en una miríada de sensaciones. No supo decir hasta qué punto ella vertía todos esos recuerdos, pero tuvo que esforzarse para resistirse.

—Más tarde —dijo con voz ronca. Ya no sentía ninguna debilidad en las extremidades. Era puro fuego.

—Más tarde —aceptó ella, acariciándole el pecho. Su tacto quemaba a través del tejido de lino.

Después ella adoptó la forma de un cernícalo y echó a volar por la ventana.

ALDERAN

Gair bajó la escalera hasta el descansillo de la segunda planta y apoyó la espalda en la pared. El breve paseo hasta las habitaciones de los maestros estaba resultando más difícil de lo que había esperado. Recordaba bastante bien el camino, y normalmente los corredores y las escaleras no pasaban una factura tan elevada a su debilitado cuerpo, pero el asalto a sus recuerdos había sido suficiente para desear encogerse y cubrirse la cabeza con los brazos.

Cada rostro que veía era un llamado al recuerdo: de pronto se le llenaba la mente de vibrantes colores al recordar una clase, una broma, algún instante de cualquiera de sus pruebas. En cuanto hacía a un lado uno de esos conjuntos, otro acudía a su mente, pendientes unos de otros como la cuerda infinita de pañuelos de llamativos colores de un prestidigitador.

Aspiró aire con fuerza y lo soltó lentamente. Al menos ese pasillo estaba vacío. Todo dentro de su cabeza era frágil, vívido como una contusión reciente y, si cabe, aún más sensible. En la planta baja, donde los corredores estaban más concurridos, incluso volverse para responder a un saludo lo había sumido en recuerdos rotos. Sólo la diosa sabía qué sucedería cuando se viese con Alderan al otro lado de esa puerta artesonada de roble. Pero tenía que hacerlo. Tenía que averiguar la verdad de una vez por todas.

Después de llamar Gair, alguien respondió desde el interior. La puerta siguió cerrada, asíó el tirador y entró, preparado para que los recuerdos le lloviesen encima. Sólo que no fue eso lo que sucedió. Su primer encuentro con Alderan debía de remontarse tanto en el pasado que trascendía el alcance del escudo de Tanith. Cerró la puerta aliviado.

Detrás de una muralla de libros, Alderan se hallaba sentado a una mesa cuyas patas tenían forma de garras de león. Con los dedos de la mano izquierda señalaba pasajes de un libro, mientras con la derecha recorría el texto de otro volumen abierto ante él. Tenía un lápiz entre los dientes.

—Déjalo ahí mismo —dijo, señalando con el lápiz una mesa lateral que también estaba llena a rebosar de libros.

—¿Que deje el qué? —preguntó Gair.

Alderan levantó por fin la vista y pestañeó sorprendido.

—Creía que me traían el almuerzo, pero tú eres igual de bienvenido, o más, si cabe. —Se levantó después de introducir otros libros en las páginas para no perder

después el hilo de la lectura—. Tendría que haberme acercado a la enfermería y ahorrarte el viaje. ¿Te apetece un poco de té?

—No, gracias.

Del interior de una alacena situada sobre el hogar sacó dos tazas distintas y una tetera con flores pintadas que había conocido tiempos mejores. El hervidor de agua ya estaba puesto al fuego.

—Te veo mucho mejor —dijo, sirviendo cucharadas de té de un frasco de madera—. ¿Seguro que no te apetece un poco?

—Lo que quiero son respuestas —respondió Gair—. Quiero saber por qué razón Savin intentó asesinarme, y esta vez quiero que me cuentes la verdad.

El anciano arrugó el entrecejo.

—Siempre te he dicho la verdad.

—Pero no toda. Cada vez que te pregunto algo, me cuentas lo necesario para salir del paso y evitar el meollo del asunto. Ahora quiero que me cuentes toda la verdad, hasta el último detalle.

Alderán dejó la cuchara de madera en el contenedor y devolvió a la alacena el recipiente de té. Después de cerrar la puerta, inclinó la cabeza en dirección a los sillones orejeros que había a ambos lados del fuego.

—Siéntate, muchacho.

—Prefiero quedarme de pie. Alderán, tú y yo tenemos que hablar.

—Y hablaremos, pero, por favor, siéntate. Estás ahí de pie, amenazando.

—¿Cómo?

—Amenazando. ¿Por qué los leahnos tenéis que ser tan condenadamente altos? Ya tengo las articulaciones bastante doloridas para, además, verme obligado a forzar el cuello.

Gair apretó los dientes para contener el aluvión de preguntas que surgía de su interior. Tomó asiento. Alderán llenó de agua la tetera, y después regresó al escritorio para escribir apresuradamente unas palabras en un pedazo de papel metido en uno de los volúmenes. Era asombroso que el anciano pudiera concentrarse con tanto desorden. Los estantes alineados en las paredes estaban atestados de cajas y libros, y objetos muy peculiares de diversas facturas. Los pergaminos se amontonaban en el alféizar como virutas de leña, y un archipiélago de papel salpicaba la alfombra que el sol había gastado. Los pocos lugares que no estaban devorados por el desorden, estaban cubiertos por una capa de polvo tan densa que podía escribirse en ella con el dedo.

Cuando Alderán estuvo satisfecho con el té, sirvió dos tazas en las que vertió a continuación generosas dosis de miel. Ofreció una de ellas a Gair, pues por lo visto había olvidado que el joven había rechazado su ofrecimiento. Gair dejó la taza en las baldosas del hogar, a sus pies.

—Tienes mucho mejor aspecto que la última vez que te vi —dijo el anciano cuando se sentó en el otro sillón—. Los sanadores han hecho un buen trabajo.

—Tanith dice que aún no ha acabado, pero parece convencida de que me recuperaré.

—Has tenido suerte de que ella esté aquí. Saaron es buen sanador, uno de los mejores, pero comparado con ella no es más que un matasanos. Aun entre los suyos es asombrosa la precisión que tiene Tanith al tocar la mente. Contigo se ha ganado la capa de maestra dos veces. —Alderan sopló la superficie de la taza de té para enfriarlo—. Sí, unas pocas horas más y se habría marchado.

—¿Marchado? ¿Adónde?

—De vuelta con los suyos. ¿No te lo ha contado?

—No me dijo nada.

—El barco elfo, el *Estrella matutina*. K'shaa tenía que partir al día siguiente con Tanith a bordo, pero ella lo convenció para que la esperase.

—Creía que no concluiría su formación hasta este verano, como el resto.

—No. A ella le dimos la capa el año pasado, pero nos propuso quedarse otros doce meses para ayudar a Saaron, antes de que sus obligaciones para con la corte blanca requiriesen de su presencia. Fue una elección muy afortunada, al menos en lo que a ti concierne. Sin Tanith aquí para curarte, dudo mucho que hubiésemos logrado recuperarte de una pieza. —El anciano tomó un sorbo de la ardiente infusión—. Durante un tiempo pensamos que no saldrías de ésta.

—¿Tan mal estuve?

Alderan asintió.

—No te engañes, Gair, estabas moribundo —respondió—. Lo que Savin le hizo a tu mente... En fin, lo llamamos exploración por algo. Es un acto violento, invasivo, que tiene como único propósito obtener algo que el explorador no tiene derecho a tomar, y que puede dejarte de por vida tan indefenso como un bebé.

Cuando Tanith le habló de la exploración, había obviado lo peor. Alderan fue más directo. El anciano no apartaba la vista de él a través del vapor que se alzaba de la taza.

—Tómate el té, muchacho, antes de que se enfríe.

Gair rodeó la taza con ambas manos.

—No entiendo qué quiere de mí, Alderan. Yo no le he hecho nada. ¿A qué viene ese empeño en matarme?

—Sólo te mataría si te interpusieras en su camino y no le sirvieras de nada. ¿Qué recuerdas de él?

—Vino a la fonda de Mesarilda, luego me acuerdo de la tormenta que sufrimos a bordo de la *Kittiwake*. Respecto a lo que pasó más allá de Cinco Hermanas... —Gair se encogió de hombros—. Prácticamente nada, al menos de momento. El escudo de

Tanith parece cumplir con su cometido.

—Mencionaste a Saaron que creías que Savin iba a venir a este lugar en busca de algo que no llegó a encontrar en tu mente. Ahora dices que no recuerdas nada de lo sucedido. —La mirada de Alderan era cortante como el cristal.

—No recuerdo nada concreto. Se trata más bien de impresiones, de una sensación de apremio. Recuerdo experimentar una necesidad, un hambre. La sensación de que hay algo que ansía obtener más que cualquier otra cosa en el mundo y que prácticamente lo tiene al alcance de los dedos.

—¿Fue eso lo que te hizo pensar que vendría a este lugar? Tiene que haberse tratado de una impresión fuerte.

—Ocurre que él ha estado dentro de mi cabeza, Alderan. No creo que haya muchas cosas que sean más fuertes que eso.

Una sonrisa lobuna dividió la barba del anciano.

—Bien dicho, pero creo que te equivocas —añadió—. Savin no puede venir, y con tu permiso te contaré una historia más bien larga y enrevesada para que sepas el motivo. ¿Más té?

Gair negó con la cabeza.

—Voy a permitir que me cuentes esa historia, siempre y cuando sea completa. Esta vez no te dejes nada.

—Si utilizas otra vez ese tono conmigo, muchacho, no te diré una sola palabra.

—¡Fantástico! ¡Tú no me cuentes nada, que así la próxima vez me matará! —Gair se levantó y echó a andar por la habitación—. Desde el principio tan sólo me has contado lo que has querido acerca de Savin. Me aseguraste más de una vez que no era peligroso, que sentía curiosidad por mí pero que no quería hacerme ningún daño. Luego nos envió una tormenta que a punto estuvo de hundir a la *Kittiwake* con ambos a bordo, por no mencionar a Dail y la tripulación. Y ahora esto. Aparece salido de la nada e intenta volverme el cerebro del revés y sacármelo por las orejas.

—No tenemos la certeza de que fuese él el responsable de esa tormenta.

—¿Quién más pudo ser, Alderan? Posee una fuerza increíble.

—Veo que no voy a convencerte de nada. —Se sirvió de la manga de la túnica para coger el asa de la tetera y menear el té—. Sí, creo que fue Savin quien nos envió esa tormenta. Con ella inundó la mitad de Syfria meridional. Todo porque no le importa lo más mínimo lo que pueda suceder, siempre y cuando se salga con la suya.

—Qué individuo más agradable. —Gair dejó de andar y se apoyó en el alféizar. El arranque de energía lo había debilitado y temblaba como una hoja. Por los santos, cómo le dolía la cabeza.

—Sí, bueno, y eso que tú acabas de conocerlo.

—Dime qué quiere de mí, Alderan, para que pueda mantenerme apartado de su camino. No quiero pasar el resto de mi vida volviendo la vista atrás por temor a

tenerlo a la espalda.

En el fuego, el hervidor emitió un crujido metálico al enfriarse. La porcelana tintineó, una cuchara campaneó en una taza. Gair cerró los ojos, deseando superar el dolor de cabeza.

—Savin es hijo de dos gaeden que nacieron aquí, en las islas —empezó a explicar Alderan—. Su madre era muy joven y tuvo un embarazo difícil. Savin nació prematuramente, pero parecía gozar de buena salud y poseía un talento prodigioso. Eso lo supimos desde el principio. Al cabo de un día de nacer llamaba mentalmente a su madre cuando tenía hambre. Pensamos que cuando creciera se convertiría en el gaeden más poderoso que hubiésemos conocido. Y no nos equivocamos.

Se recostó en el sillón y tomó otro sorbo de té. Gair no apartó la mirada de él desde la ventana.

—¿Y qué salió mal?

—A medida que fue creciendo, comprendimos que, además de ser muy poderoso, iba a ser cruel. Mataba moscas desde la cuna. Les prendía fuego, las incineraba en pleno vuelo. Al crecer manipulaba al aya a su antojo: ella le daba dulces y juguetes, y hasta efectuaba trucos de magia que únicamente tenían por objeto entretenerlo. Cuando lo descubrió su madre, Aileann, intentó castigarlo, así que también la quemó viva.

Una intensa sensación de terror se instaló en el estómago de Gair.

—No tardó en morir de resultas de las quemaduras. Le habría hecho un favor si la hubiese matado al instante. —El anciano se quedó mirando el fondo de la taza. Parecía estar muy lejos, el tono de su voz carecía de matices—. El padre de Savin intentó matarlo. No estamos muy seguros de lo que sucedió, pero de pronto volvió la punta del cuchillo hacia sí mismo. Encontramos al pobre Teosen en el suelo, en el lado opuesto de la estancia, frente a su hijo. En ese momento el muchacho contaba con seis años de edad.

Gair no sabía si pronunciar una maldición o rezar una plegaria. De todos modos no habría hallado las palabras necesarias para una u otra cosa.

—No tenía ni idea. Eso es... no hay palabras para describirlo.

—Jamás has presenciado un acto realmente maligno, ¿verdad? Una maldad que nace en el tuétano, negra, alumbrada en el vientre del mal, la clase de maldad que únicamente existe en los salmos y los libros de historia. —Alderan compuso una sonrisa triste al tiempo que se llevaba la taza de té a los labios—. Tampoco nosotros lo habíamos visto. No teníamos ni idea de cómo reaccionar. Al volver la vista atrás, uno piensa que probablemente tendría que haberlo resuelto de forma distinta, pero no teníamos ninguna experiencia en ese terreno.

—Tendríais que haberlo ahorcado por asesino.

—Tal vez. Pero el caso es que ya se habían producido bastantes asesinatos. No

estábamos de humor para lamentar otro más. Le habíamos impartido clases casi desde que nació, pero tras la muerte de sus padres dimos un paso más allá, con la esperanza de canalizar sus extraordinarias habilidades en otras direcciones. Le enseñamos todo lo que sabíamos. Visto en retrospectiva, cometimos un error. Se limitó a absorberlo todo, igual que una miga de pan absorbe la salsa.

—Y luego utilizó esas lecciones en vuestra contra.

—Exactamente. Cuando cumplió los quince años ya no podíamos enseñarle nada más, pero él seguía hambriento de conocimiento. Fue entonces cuando encontró un nuevo maestro, alguien sobre quien nosotros no ejercíamos ningún control. —Alderan se llenó de nuevo la taza, echándole una generosa cucharada de miel—. Hay libros en la biblioteca que tratan con detalle de poderes que tuvieron los gaeden del pasado, pero que aquí nosotros no hemos tenido ocasión de presenciar. Savin devoró esos libros y buscó descifrar para sí otros talentos perdidos. Cuando descubrimos lo que había logrado y lo que se había traído del Reino Oculto, no tuvimos más remedio que actuar. Reunimos a todos los maestros, a todos los adeptos, a todos los aprendices, por poco que fuera su talento, y, todos unidos, fuimos capaces de contrarrestar su poder el tiempo suficiente para expulsarlo de las islas. Pensamos que sin los talismanes que había estado empleando aquí podríamos aislarlo de su demonio. Ése fue nuestro segundo error. Él ya sabía demasiado. Agotó el talento de casi toda una generación de jóvenes gaeden en el transcurso del tiempo que pasó tejiendo y, que nosotros sepamos, se ha pasado estos años registrando el mundo en busca de otro talismán como el que perdió. Hemos oído hablar de la desaparición de algunos gaeden con quienes se cruzó. Quemados, muertos, empujados a la locura... No lo sabemos con certeza, pero no hemos vuelto a saber de ellos.

—¿Crees que fue eso lo que quiso hacerme? —preguntó Gair—. ¿Que me utilizó para dar con ese talismán?

—Es posible. —Alderan lo miró con curiosidad—. Te he estado hablando acerca de demonios y tú ni siquiera has enarcado una ceja. ¿Acaso no aprendiste nada el tiempo que pasaste con la orden?

—Para creer en la diosa, tienes que creer en el Innombrable.

—Has estado hablando de filosofía con el maestro Jehann. Te juro que ese hombre sería capaz de dar vueltas y más vueltas a las cosas sin llegar a nada.

—De hecho fue el capellán Danilar. Uno de los mejores predicadores —dijo Gair. Tomó la taza de té. Estaba prácticamente frío, pero estaba sediento.

—¿Y crees en su existencia? —quiso saber Alderan, que acto seguido restó importancia a la pregunta mediante un gesto—. Ya lo hablaremos otro día. Exiliamos a Savin, y creo que algunos de nosotros pensamos que sería la última vez que íbamos a verlo. Está claro que aquí la mayoría de la gente se había olvidado de él, o al menos eso deseaba. Yo nunca he podido. A veces he pasado la noche en vela, pensando que

tal vez tendríamos que haberlo matado cuando tuvimos oportunidad, en lugar de desterrarlo.

—Nos habría ahorrado muchos problemas —admitió Gair.

—Probablemente. —Alderan se encogió de hombros—. Quizá sea culpa mía: no soy lo bastante despiadado.

—¿Alguna vez intentó regresar? Tanith mencionó que habíais salvaguardado las islas, pero si es tan poderoso como dices, ¿por qué no iba a acercarse y tomar todo cuanto quiera?

—Las protecciones que creamos son extraordinariamente sutiles y su afinación coincidía con la de la mente de Savin, de modo que si alguna vez se acercaba, nosotros lo sabríamos. Lo intentó algunas veces durante los dos primeros años, pero nunca logró burlarlas. Sabía que lo estábamos esperando. Desde que se exilió, ésta ha sido la vez que más cerca ha estado de aquí.

—No sé qué cree que poseo, pero está claro que lo persigue con gran empeño: —Gair apuró la taza—. Querría saber de qué se trata, aunque sólo fuera para decirle que no lo tengo.

Alderan tomó la taza de té con ambas manos, como si pretendiera calentárselas, y se mordió los labios mientras observaba a Gair en la ventana.

—A decir verdad, me sorprende que a estas alturas aún no hayas caído en la cuenta. Eres un tipo muy despierto y tienes todas las pistas que necesitas.

—No seas críptico, Alderan. Aún tengo pendiente recuperar la mitad de mi ingenio.

—La batalla del río Run. El asedio de Caer Ducain. El Desfiladero de Riannen. ¿Qué tienen todas en común?

—¿Cómo?

Alderan había cambiado de rumbo de forma tan repentina que sorprendió a Gair con la guardia baja.

—¿Qué tienen todas en común?

—Fueron batallas decisivas de las guerras de la Fundación. Los caballeros partieron de Mesarilda para cubrir a marchas forzadas trescientas millas y levantar el asedio de Caer Ducain, antes de empujar a la retirada a los clanes de vuelta al norte del río. Gwlach empeñó las reservas y los caballeros combatieron al enemigo hasta un punto situado en el río Run, donde lo empujaron a la retirada en el Desfiladero de Riannen. Alderan, ¿a qué viene hablar de la Fundación? Es Savin quien me interesa.

—Ten paciencia. ¿Cómo vencieron los caballeros? A Donata le encanta incluir esta pregunta en los trabajos que propone, para ver cuál de los estudiantes la desentraña. Pensé que me la responderías sin más, y no me refiero a los restos de san Agostin *el Desafiador*.

—No sé en qué estarás pensando. Los caballeros se vieron superados en número,

pero mantuvieron de algún modo la posición. Algo debió de inclinar la suerte de la batalla a su favor, pero no sé de qué se trata.

Alderan se inclinó hacia él, y dijo, vehemente:

—Sí, sí lo sabes. Siempre lo has sabido, lo que pasa es que no te das cuenta. Vamos, muchacho. ¡Piensa!

Gair se peinó con la mano. Por la diosa, menudo dolor de cabeza le estaba entrando. Intentó razonar hasta encontrar una respuesta. Gwlach y sus clanes habían superado en todos los aspectos a los fuertes y bien pertrechados caballeros, sobre todo al inicio de la campaña, gracias a que infligieron graves pérdidas en los trenes de suministro. En la vanguardia, los caballeros se habían enfrentado a un arma que era impermeable al acero, un arma esgrimida por mujeres.

Los suvaeanos no tardaron mucho en descubrir que las mujeres morían con igual facilidad que los hombres, pero no antes de que las hechiceras los despellejaran, quemaran y asaran vivos, no antes de que invocaran aberraciones de los rincones más oscuros y las arrojaran a las filas de soldados de la Iglesia, donde causaron la muerte y la destrucción. Pero la Iglesia había salido victoriosa. ¿Cómo? Alderan lo miraba fijamente. ¿Cómo? ¿Qué poder era capaz de imponerse a la magia negra?

La respuesta planeó por su mente con la delicadeza de un copo de nieve que atraviesa una ventana abierta, pero cuando por fin se posó, floreció como lo hacen los fuegos de artificio en el firmamento nocturno. Magia. ¿Qué otra cosa pudo ser? Era el único poder auténtico del mundo, y respondía al llamado de cualquiera que poseyera el don, fuera cual fuese su propósito. Todo cuanto necesitaba era la voluntad. Ay, madre bendita, los caballeros habían combatido al fuego con fuego.

—El canto —murmuró.

—Precisamente. —Alderan recostó la espalda en el sillón—. El mismísimo crimen que la Madre Iglesia quiso destruir, fue lo que proporcionó a sus caballeros las victorias más notorias de las guerras de la Fundación. No fue la fe, ni la destreza con las armas o la superioridad táctica, sino las entrañas, los redaños y los cantos de la tierra.

—¿Y Savin?

—Savin busca un talismán como el que el portavoz del clan de Gwlach empleó para desatar a la Hueste Feérica. Concretamente, el que emplearon los caballeros para coser de nuevo el Velo. Todo apunta a que está convencido de que se encuentra aquí, en las islas.

—¿Y es así?

—No, nunca llegó a estar en este lugar. Cuando la Inquisición se volvió contra la Iglesia, acogimos a algunos de los caballeros fugitivos que poseían el don, pero no trajeron nada consigo, a excepción de la ropa y unos cuantos libros. Quizá nunca logremos averiguar adónde fue a parar el resto. Los inquisidores fueron gente muy...

concienzuda.

Gair hizo un esfuerzo para no perderse entre tanta revelación. Retales y pedazos de las palabras de Alderan daban vueltas en su cabeza como virutas de madera en la mesa de un carpintero. El dolor de cabeza había empeorado. Sentía como si alguien le apretara los ojos en las cuencas.

—¿Sabes dónde está?

Alderan negó con un gesto.

—No, con seguridad no. Se me ocurren uno o dos lugares donde podría estar, pero no tengo la certeza.

—Entonces, ¿por qué cree Savin que yo lo sé?

—Por el lugar donde te encontré en la ciudad santa.

—Pero, Alderan, ¿no soy más que un don nadie! El hijo huérfano de un soldado, un accidente que acabó en la orden suvaeana a falta de otro lugar adonde ir. Al final, incluso la Iglesia se deshizo de mí. ¿Cómo iba yo a conocer el paradero de esa reliquia?

Se oyeron pasos en el corredor. Alguien llamó con cierta urgencia a la puerta, y seguidamente la abrió sin esperar a obtener permiso. Asomó por ella un hombre de piel bronceada, cubierto con una capa de color marrón. Llevaba el pelo largo, suelto y canoso, y tenía cara de zapato viejo.

—Será mejor que vengas —dijo con expresión compungida.

Alderan se puso en pie de inmediato.

—¿Qué ha pasado, Masen?

Los ojos oscuros miraron una, dos veces a Gair.

—Creo que lo mejor será que lo veas por ti mismo.

El anciano salió por la puerta sin decir otra palabra, seguido por el hombre de la capa. Gair no titubeó a la hora de acompañarlos hasta la escalera de la torre y el propio tejado. Después de todo, nadie le había dicho que se quedase sentado.

Soplaba un viento fresco procedente del mar, capaz de arrastrar el polvo que cubría las tejas y zarandear a las gaviotas como pedazos de papel. Tan sólo deshilachaba el contorno de la humareda que se alzaba sobre Pensaeca.

—La vimos con las primeras luces —explicó Masen. De nuevo recaló su mirada en Gair, tan rápida que no se habría dado cuenta de no haber estado tan pendiente de él. No fue una mirada hostil, sino curiosa, como si mesurara hasta qué punto podía hablar delante de él y hubiera decidido mostrarse cauto—. Proviene del extremo más lejano, y se dirige a la propia población de Pensaeca. Es demasiado grande para que sea una casa, y últimamente el ambiente ha sido tan húmedo que no puede tratarse de un incendio forestal.

Eso sólo dejaba una posibilidad. Aunque Masen no quiso manifestarla, quedó suspendida en el ambiente, vibrante como un grito. Alderan gruñó con rostro pétreo.

Gair olió el humo en el aire por encima de la sal que arrastraba el viento. Hubo algo que se agitó en un rincón de su mente. Un barco surgió de la bruma en su cabeza, volando con un enorme gallardete azul y destellos de oro reluciente en el pasamano.

—Savin —exclamó.

Masen se volvió hacia él.

—¿Cómo?

—Savin iba a bordo de un barco de la gente del Norte, frente a Cinco Hermanas. Ahora me acuerdo. —La máscara de dragón, las fauces, se acercaban más y más en la memoria de Gair.

—¿Masen? —Alderan lo miró en busca de una confirmación, y el otro asintió.

—Un chinchorro de Pensteir los vio fondeados frente al puerto de Pensaeca, y tuvo que ceñir al viento para doblar el cabo y poner rumbo al extremo opuesto de la isla y recalar en Pencruik. El patrón dijo que eran seis barcos de gran calado, y que al menos ya habían incendiado un edificio. Un contingente de incursores a tener en cuenta, pero... ¿aliados de Savin?

—Siempre dimos por sentado que alguien lo había acogido —señaló Alderan—. Ahora ya sabemos quién fue.

—No se atreverá a venir —insistió Masen.

Alderan le dedicó una sonrisa desabrida.

—Si hay alguien capaz, es él. Además, creo que Gair tiene una idea más aproximada que nosotros de cuáles son sus intenciones. Dice que Savin vendrá, y yo me inclinó por darle la razón.

—¿Y las protecciones? Savin no puede pisar ninguna de las islas habitadas sin que tengamos conocimiento de ello.

—Si los hombres del Norte lo ayudan y actúan en su nombre, ni siquiera tiene que salir del barco. Maldito sea. —La ira asomó a los ojos de Alderan—. Por la diosa y todos sus ángeles, ¡debí estrangularlo el día que nació!

Gair se masajeó las sienes con fuerza, intentando contrarrestar el dolor con dolor, todo ello con tal de pensar con claridad, pero no sirvió de nada. Oleadas y oleadas de amenazas golpeaban la bruma que tejía el escudo de Tanith. Y entre todo lo que sucedía asomaban las fauces al descubierto de la máscara de un dragón, en cuyos ojos ardían las llamas. Masen, ceñudo, puso la mano en el hombro de Alderan y señaló a Gair con la otra.

—¿El muchacho no tendría que descansar, si está tan enfermo?

Más dolor. Peor aún que antes. Cada oleada le sacudía los huesos. La piel se tensó de tal modo que la sangre tendría que haberle salido por los poros. Ardió por dentro, y fue sólo el modo desesperado con que se asió a la pared lo que le impidió caer postrado de rodillas. Sólo en parte oyó que Alderan daba órdenes a voz en cuello, pero cada palabra le laceró el oído como la punta de un cuchillo. El dragón rugía, y su

cuerpo escamoso rebullía en los confines de su cráneo, ansioso por dar con la salida.

Alguien le pasó el hombro por debajo del brazo y lo ayudó a recostar la espalda en la pared. Una mano le comprobó la frente en busca de indicios de fiebre, mientras otra le inclinaba la barbilla. La claridad del cielo le perforó los ojos; apenas distinguió la silueta de quien fuese que tenía delante. Un halo rojizo rodeaba las cabezas de los extraños, y Gair distinguió reflejos verdes, recortados en el púrpura de las tejas. No había formas ya, tan sólo colores que le provocaron tal náusea que creyó estar a punto de vomitar. Siguió un fuerte olor acre en la nariz, y después ya no sintió nada.

ÁNGEL CON ESPADA

Tanith enroscó el tapón del botellín, que devolvió a su lugar procurando que pudiera verse la escritura prieta de la etiqueta.

—Esto lo mantendrá inconsciente el tiempo necesario —aseguró—. Pero debo darme prisa. Me temo que no dispongo de mucho margen.

Alderan se agachó a su lado.

—Te avisé en cuanto Masen percibió que algo iba mal. ¿De qué se trata?

—No lo sé a ciencia cierta, pero tengo una idea aproximada.

Tomó con ambas manos la cabeza de Gair y se concentró. La dulce melodía del canto fluyó hacia él, antes de quebrarse de pronto en una disonancia. Tanith retrocedió.

—¿Qué has descubierto?

—Algo asqueroso. —Fue como hundir las manos en un pozo negro. Quiso limpiárselas en la falda, pero prefirió no soltar la cabeza de Gair—. La peor fetidez posible. Cuando Savin irrumpió a sus anchas en los recuerdos de Gair, dejó algo a su paso. Es pequeño, una semilla de su propia conciencia. Está creciendo.

A juzgar por su expresión, Alderan quería escupir para librarse del mal sabor que le había dejado aquella revelación.

—Otro truco del Oculto escondido en la exploración —masculló antes de jurar entre dientes—. ¿Puedes extraerlo?

—Puedo intentarlo. Se encuentra tras el escudo que tejí, de modo que quizá no se haya extendido demasiado, aunque no lo sabré con seguridad hasta que eche un vistazo.

—¿Y si no puedes?

Tanith tragó saliva, pues de pronto tenía la boca seca.

—Si no puedo, Savin se apoderará de él en cuerpo y alma.

La expresión de Alderan se tornó severa.

—No podemos permitirlo.

—Entonces tendré que detenerle el corazón.

—Supondría violar tu juramento de sanadora.

—Puede que no tenga otra elección. ¿Prefieres que deje que sufra de por vida? Tampoco podemos permitir que llegue a ese extremo, a menos que me equivoque mucho.

—Los astolanos tienen buen ojo. Ven demasiado. —Alderan suspiró antes de

frotarse el rostro—. De acuerdo, haz lo que debas.

No lo que pudiera hacer, sino lo que tuviera que hacer. El solo hecho de pensar en la posibilidad bastó para helarle la sangre en las venas. El juramento de un sanador consistía en preservar la vida, en aliviar el dolor, fuera cual fuese el precio. En no hacer daño. ¿Cuál de ellos tendría que romper antes de que terminase la jornada? ¿Cuánto daño tendría que hacer en aras de un presunto bien mayor? Tanith hizo acopio de valor y recurrió de nuevo al canto.

Se abrió paso con cuidado a través de las diversas capas de dolor que explotaban en un sinfín de vivos colores. Incluso envuelta y protegida por el canto como iba, sintió parte de la agonía que invadía la mente que la rodeaba. Titubeó al alcanzar la bruma gris que representaba su escudo. Más allá de esa barrera aparentemente frágil moraba una pesadilla. Recuerdos a medio curar, recuerdos fragmentados. Temores infantiles desenterrados de pozos sepultados hacía tiempo. Y la semilla de Savin, que crecía como una monstruosa planta trepadora en torno a todo ello.

Tanith se zambulló.

Alderán apartó a Masen para dejar algo de espacio a Tanith. Tan sólo el modo en que se le acentuaron las arrugas dio fe de la inquietud de Masen, pero con los años que hacía que se conocían, Alderán no tuvo problemas en comprender cómo se sentía.

—Se pondrá bien —dijo—. Si hay alguien capaz de curarlo, ésa es Tanith.

—Savin se ha envalentonado —comentó Masen—. Nunca soñé que volveríamos a verlo en acción tan pronto. Cuando ordenaste al consejo que se preparara para un ataque, creí que te asustabas por nada.

—Ojalá, pero ya ves que no es así. Al menos hemos disfrutado de cierto margen para prepararnos. No nos cogerá desprevenidos como sucedió la última vez.

—Somos pocos los que quedamos para recordarlo. ¿Estás seguro de que podrán mantener el escudo?

—Podrán.

Masen enarcó una ceja.

—¿Sin importar qué pueda desatar sobre ellos? Intentará fracturar el Velo, y pasar a través de él sabe la diosa qué.

—Lo sé. —Alderán exhaló un suspiro resignado—. Mucho me temo que antes de que hayamos terminado podríamos asistir al fin de una era.

—Si lo que dice el leahno es cierto.

—Confío en él, Masen, y hasta el momento lo sucedido le da la razón. Savin se ha interesado desde el principio en Gair. Primero intentó ganarse al muchacho, y más tarde desató una tormenta para retrasarnos. Y ahora esto.

—¿Tan poderoso es el joven?

—Tiene poder para dar y repartir.

Masen meditó el asunto.

—¿Y lo de Pensaeca? Probablemente sea una treta para atraernos.

—Mientras que Savin intente burlar nuestros escudos a través de la mente de Gair, sí. Tenemos que esperar.

—Eso nos costará algunas bajas entre los isleños —señaló Masen.

Alderan negó con la cabeza.

—Menos de lo que crees. La gente del Norte suele organizar incursiones en estas islas. Los habitantes se limitan a recoger cuatro cosas y dirigirse al interior. Conocen las colinas y los valles como la palma de la mano, y la gente del Norte aprendió hace tiempo que poco tiene que ganar persiguiéndolos. Se llevan de las poblaciones costeras lo que pueden cargar a cuestas y ponen rumbo norte, de vuelta a su hogar.

—¿Procederán de igual modo con Savin presionándolos? ¿Hasta qué punto sería capaz de azuzarlos para provocar una reacción por nuestra parte?

Alderan se encogió de hombros.

—Todo depende de si es capaz de tener paciencia. Sabes tan bien como yo que nunca se contó entre sus virtudes, si es que tiene alguna. Podríamos esperar a ver qué hace.

—¿Estás dispuesto a apostar vidas ajenas?

—Se te da bien hacer preguntas difíciles, viejo amigo —lo alabó Alderan—. Y esperar respuestas difíciles.

—Igual de bien que a ti evitar darlas. —Masen rió sin ninguna alegría—. En fin, diré a K'shaa que esté preparado. No querrá que el *Estrella* siga fondeado, habiendo piratas tan cerca.

—Ya puestos, despierta a los maestros. Si Savin se nos echa encima, vamos a necesitar toda la ayuda que podamos recibir en las islas para mantener el escudo en alto.

—¿Y si Gair se equivoca?

Ambos miraron hacia el lugar donde Tanith permanecía arrodillada sobre la figura tumbada del joven Leahno. Estaba envuelta en chispas verdes. Incluso a esa distancia, su manejo del canto tiraba del don de Alderan. El poder que gobernaba la astolana era considerable. Suspiró de nuevo.

—Habrá que vender esa piel de oso cuando lo cacemos, y no antes.

Miró al cielo y arrugó el entrecejo. Unas nubes finas enturbiaban el azul, y el viento entablado arrancaba palomillas en el oleaje del fondeadero de Pensaeca.

—Parece que el tiempo está cambiando —dijo—. Creo que se nos echa encima una tormenta.

Los tentáculos de hiedra serpentearon por el terreno polvoriento. Alumbraron brotes al espesarse, brotes que rápidamente se convirtieron en oscuras y correosas hojas

recorridas por surcos púrpura como órganos enfermos. Los tentáculos se movían a una velocidad asombrosa. Delante de ellos, Gair echó a correr.

Redujo el paso cuando llegó a una esquina y miró con cuidado lo que le aguardaba al doblarla. No había nada. No había nada en el camino polvoriento, delimitado por las paredes verdes. Volvió la mirada. Tampoco había nada allí. Parecía seguro, pero no estaba más cerca de descubrir la salida. Secó el sudor de su frente con la manga y deseó tener agua. Tenía la garganta llena de polvo.

Una presión suave en el tobillo le empujó a mirar hacia abajo. Un brote púrpura oscuro, no más grueso que el dedo meñique, se le había enroscado alrededor de la bota. Las hojas diminutas se abrían a lo largo del brote. Gair tiró del pie para arrancarlo. El brote se contrajo, luego se arrastró por el terreno en dirección al otro tobillo. Gair retrocedió hasta dar con la espalda en uno de los setos. Las espinas le mordieron la piel después de atravesarle la ropa, lo bastante fuerte como para hacerle sangrar. Soltó un gáñido y giró sobre los talones. Más brotes se le habían enroscado, salían a través del seto y empezaron a alumbrar hojas flácidas y reseca, como si llevasen años muertas.

Gair se apartó aún más. El brote que le había alcanzado el pie era más grueso que su pulgar, y se le acercaba dibujando un surco en el polvo. Los brotes que habían surgido del seto retrocedieron como serpientes. Más allá, el seto estaba casi muerto. Tan sólo algunas manchas verdes sobrevivían entre las hojas pardas, y el follaje correoso no tardó en asfixiarlas. Gair echó de nuevo a correr.

Sintió un latigazo al pasar cuando el brote se arrojó sobre él, arañándole la ropa. Las raíces asomaron por el terreno endurecido por el sol, con intención de ponerle la zancadilla. Saltó para evitarlas y pasó agachado por el primer sendero lateral que lo llevaba lejos de la hiedra. Callejón sin salida. Gair lanzó un juramento y encaró el siguiente recodo. Echó un vistazo rápido y vio que estaba despejado, pero antes de recorrer cien yardas oyó el rumor de las hojas muertas.

Empezó a correr más de prisa. Las espinas le arañaban las manos y los brazos cuando giraba demasiado rápido o no podía detenerse al llegar a un callejón sin salida. La sangre no tardó en manar junto a las gotas de sudor, manchándole de escarlata la camisa. Las hojas muertas cubrían ya todos los setos, extendida su negrura a lo largo de las ramas. A cada paso se abrían más hojas púrpura que devoraban el verdor.

Gair sintió un pinchazo en el costado que le obligó a detenerse. Apoyó una rodilla en el suelo para recuperar el aliento. Era como tener los pulmones llenos de arena ardiente. A su alrededor no vio ni rastro de la hiedra; quizá disponía de un rato para descansar. Si encontrara un poco de agua... Le ardía la garganta, el ambiente reseco por un sol invisible y despiadado. Incluso su sudor se evaporaba antes siquiera de empaparle la camisa. Tal vez encontraría agua cuando lograra salir por fin de ese

lugar.

Rápidas como víboras que se lanzan al ataque, los tallos púrpura se enredaron alrededor de los brazos y los tobillos de Gair. Le obligaron a ponerse en pie, luego lo levantaron del suelo. El pánico se desató en su pecho. Arañó el aire, decidido a asir los correosos tallos, pero eran inflexibles como cadenas de acero forjado. Lo único que logró arrancar fue su propia piel. Lo abrieron de piernas, recostado contra el seto que tenía detrás. Las espinas le arañaron la espalda, los muslos, incluso empezaron a introducirse en el recio cuero de las botas. Cada vez eran más las que le mordían la piel. Gritó.

«Basta», dijo alguien con voz mesurada. La hiedra se tensó, convulsa. Más espinas mordieron la carne de Gair, y la sangre salpicó las hojas secas que tenía debajo. «Esto termina aquí.»

Una luz brillante inundó el laberinto brumoso. Gair cerró con fuerza los ojos. Sintió que el brazo izquierdo le ardía, como si hubiera entrado en contacto con un hierro recién sacado de la forja, y las ataduras que se lo sujetaban desaparecieron. En la distancia, algo lanzó un quejido de dolor. A ciegas, manoteó para liberarse el otro brazo.

«Espera», ordenó la voz. Gair miró con los ojos entornados a través del fulgor, y distinguió el contorno de una figura vestida con túnica con un halo cobrizo. Cuando una espada llameante lanzó un golpe en su dirección, sintió libre el brazo derecho.

Un ángel. Un ángel armado con una espada llameante.

«Madre, llena eres de gracia, vida y luz de todo el mundo...»

Palabras de devoción llenaron su cabeza como un torrente, con la insistencia del chasquido de unas cuentas.

«Benditos son los mansos, que hallarán la fuerza en ti. Benditos los misericordiosos, que en ti hallarán la justicia. Benditos los perdidos, que en ti encontrarán la salvación. Que así sea.»

El ángel avanzó. Esgrimía la espada con la destreza propia de un cirujano armado con un escalpelo, y con su hoja cortó los tallos como si de una telaraña se tratara. Las raíces verdes que asomaban por el seto necesitaban tiempo para crecer, un margen que Gair podía aprovechar para partirlas sin demasiado esfuerzo. Cuando el ángel cortó los últimos tallos, Gair cayó en el sendero. Tenía manchas de hollín y sangre en la camisa. El centenar de diminutas heridas causadas por las espinas le dolió cuando se apartó de los restos de hiedra y de la untosa savia hedionda.

«Ven, rápido —dijo el ángel—. Tenemos que salir de aquí.»

Una mano se deslizó bajo su brazo y lo ayudó a incorporarse. El seto carecía de hojas a ambos lados de las espinas ensangrentadas. Nuevos tallos de hiedra reculaban ante la espada del ángel, cuando éste la blandía para apartar todo cuanto se les interponía en el camino.

«Tenemos que salir de aquí.»

Anduvo con dificultad tras el ángel, que abría el camino. Aunque no parecía avanzar rápido, se vio obligado a correr arrastrando los pies para mantener el paso. El ángel escogió el camino sin titubear, primero a la izquierda, luego otra vez a la derecha. Su espada llameaba en la mano, mientras que con la otra rozaba levemente el seto que los flanqueaba. Allí donde tocaba aparecían nuevas hojas que volvían hacia el sol su rostro verde.

Una y otra vez la hiedra quiso atacarlos. Por tierra, salida de los setos a la altura de la garganta. El ángel blandió la espada y las ramas llovieron sobre ellos. Los gases que desprendía la savia escocieron a Gair en la garganta. Perdió la noción de cuánto habían corrido. A cada vuelta no veían más que setos moribundos, o algunos que estaban completamente secos, los arbustos espinosos se asfixiaban con la hiedra o cedían bajo el peso del parásito. El ángel se estremeció y retiró la mano.

A Gair le ardían los músculos. Finalmente, sus cansados pies tropezaron entre sí y cayó al suelo, sin fuerzas para ponerse de nuevo en pie. El ángel le tendió la mano.

«No tenemos mucho tiempo.»

—No puedo. No puedo continuar.

«Tienes que hacerlo.»

—¡No puedo!

«¡Levántate! Tienes que levantarte o estarás perdido. —Los dedos del ángel se cerraron alrededor de su muñeca, y lo puso de rodillas en el suelo—. ¡No pienso dejarte en sus manos! ¡Arriba!»

Dio otro tirón que bastó para levantarlo. Procedente de la retaguardia oyeron el ruido de hojas caídas.

«¡Rápido! Se nos acaba el tiempo!»

Gair se puso en pie, aunque el esfuerzo estuvo a punto de tumbarlo de nuevo. El ángel le rodeó el cuerpo con un brazo para ayudarlo, y ambos avanzaron con dificultad.

Al doblar el siguiente recodo se encontraron cara a cara con la hiedra. Alfombraba el terreno de hojas manchadas y envolvía con amplias fajas los setos maltrechos. Las raíces se retorcían en la tierra quebrada.

«¡Atrás, rápido!»

Gair retrocedió torpemente por donde habían venido, pero tuvo que hacer un alto cuando las fuertes hebras que formaba la hiedra recorrieron los setos en dirección a ellos. El ángel susurró irritado y volvió a hacer un barrido con la espada. No tenían otra opción que seguir adelante.

La hiedra había formado un techo en el camino. Suspiraba entre constantes sacudidas donde no había viento, y debajo se extendían las sombras. Los tallos dejaron de atacar y se enroscaron incansables, a la espera.

«Tenemos que atravesarlo.»

—Benditos los perdidos, que en ti encontrarán la salvación —murmuró Gair. No podía mantener la cabeza en alto. Bastó con esas pocas palabras para que rompiera a toser.

«No olvides esa reflexión.»

El ángel levantó la espada llameante, que despidió un fulgor vivo, ardiente como la grieta que da a las forjas del cielo, y de la hoja salió proyectado el fuego.

Un grito taladró los oídos de Gair. Cayó una lluvia de hojas quemadas y el ambiente se llenó de un fuerte olor a chamusquina.

«¡Corre!»

Tropezó una, dos veces, pero obedeció en cuanto el ángel le dio una fuerte palmada en el trasero. La hiedra se retorció y se introdujo bajo sus botas, pero por primera vez dio la impresión de que era más fuerte el temor que le inspiraba la hoja del ángel que el afán de aferrar a Gair. Se agachó para salvar los últimos tallos y salió a la luz del sol, momento en que cayó de nuevo de rodillas.

«No hay tiempo, —advirtió el ángel—. ¡No puedes parar!»

Gair recurrió a sus últimas reservas de energía y avanzó más de prisa, aunque con torpeza. Las ramas rotas crujían bajo sus pies. Allí los setos estaban más muertos que vivos, y el ángel ni se preocupó en tocarlos al pasar. Habían cedido demasiado terreno a la hiedra como para intentar recuperarlo. Con el ángel ayudándolo la mayoría de las veces, se concentró en poner un pie delante del otro. Se encontraba peligrosamente cerca del límite de sus fuerzas. A su alrededor la hiedra se estremecía, acusando su propio dolor.

De pronto el ángel detuvo el paso e inclinó la cabeza como si escuchara. Entonces se dirigió rápidamente a la derecha.

«Ahora estamos muy cerca. Tienes que ser fuerte.»

—No puedo.

«Claro que sí. Tienes fuerza de sobras, Gair. Confía en mí.»

Gair estaba demasiado cansado para protestar, así que se dejó arrastrar hacia una esquina y, después de doblarla, por un sendero recto que parecía abierto por una mano inmensa. Las ramas alfombraban el terreno. Aminoró el paso, pero se dirigió hacia donde le señalaba el ángel. Había más senderos entre setos derribados, otros recodos que doblar, hasta que finalmente el ángel se detuvo.

Habían alcanzado lo que en tiempos fue una plazoleta rodeada por setos. Lo único que quedaba de ellos eran los tocones renegridos que asomaban de un sudario de hiedra. Las ramas, gruesas como los muslos de Gair, se apilaban retorcidas en la zona, cubriendo el terreno de recias hojas que relucían como cuero viejo. La escasa luz que salvaba el tejado improvisado por la vegetación iluminaba el tronco situado en el centro de la plaza.

«Esto es el centro. —El ángel señaló el tronco negro y resquebrajado—. Tienes que golpear ahí.»

A su alrededor tembló la hiedra. Los brotes avanzaron sobre su posición, pero mantuvieron las distancias.

—¿Golpearlo con qué?

«Con tu espada. Yo te protegeré la retaguardia, pero tienes que ser rápido y firme. Golpea el corazón, el centro de la madera, y asegúrate de que cada golpe cuente.»

—No tengo espada.

«Sí la tienes. Búscala donde siempre ha estado.

Se llevó la mano por encima del hombro. Cerró los dedos en torno de la gastada empuñadura que parecía encajarle perfectamente. Tiró de la espada, cuya hoja se deslizó de la vaina sin esfuerzo alguno, reluciendo fugaz a la tenue luz.

Hubo algo que rebulló en lo más hondo de sí mismo. Un estremecimiento, un picor que le recorrió los nervios, luego los músculos del brazo y la mano, hasta llegarle a la espada. Allí por donde pasaba desaparecía parte del cansancio. Fortalecido, levantó la hoja antigua, que despidió una llama blanca.

Los tallos de hiedra se lanzaron hacia él. La hoja del ángel atacó a diestro y siniestro. Aun rota, la trepadora arremetía con fuerza.

«¡Y ahora golpea!»

Gair echó la espada hacia atrás. Estaría bien saber dónde se encontraba. Trazó un arco de arriba abajo y cortó la hiedra combada que formaba el tejado. Los chillidos le perforaron el oído y la savia hedionda le llovió sobre el hombro y el brazo, pero hizo un agujero lo bastante amplio para que pasase una bala de paja por él. La luz del día inundó el lugar.

Mejor así. Dio un paso, blandió la hoja llameante sobre el grueso tronco que tenía delante. El grito adoptó un insoportable tono agudo. Los tallos se le enredaron, pero el ángel estaba cerca para cortárselos. Asíó la espada a dos manos, como un leñador el hacha, y descargó un nuevo golpe.

El vapor que despedía la savia dificultaba la respiración. No tardó en jadear, pero lo único que consiguió fue llenarse los pulmones de más aire enrarecido, hasta que acabó tosiendo. Las virutas de madera oscura saltaban volando a su alrededor.

En lo alto, la hiedra se movía de un lado a otro, buscando un punto débil. La savia negra discurría densa como aceite, convertida en polvo al contacto de la hoja llameante.

«¡Otra vez! —exclamó el ángel—. ¡Tienes que alcanzar el corazón de la madera!»

Alzó de nuevo la espada.

—Madre, llena eres de gracia...

Más virutas de madera. El hedor iba en aumento.

—Vida y luz de todo el mundo...

La espada quemó las hojas a su alrededor.

—Benditos son los mansos que hallarán la fuerza en ti.

Y el chillido se volvió aún más agudo. El corte que Gair había practicado en el tronco se hizo más profundo y adquirió el aspecto de una boca obscena cuando la copa del árbol de la hiedra tembló. Gair apretó con fuerza los dientes y se echó hacia atrás para descargar un nuevo golpe.

¡Tonk!

—Benditos los misericordiosos, que en ti hallarán la justicia...

¡Tonk! Más virutas. Densos goterones de savia le salpicaron las botas.

¡Tonk!

—Benditos los perdidos, que en ti encontrarán la salvación.

¡Tonk! La hendidura del tronco se abrió más y más a medida que el peso de las ramas la forzaban. Con un estruendo de astillas, la copa del árbol golpeó el terreno, dejando un tocón que lloraba savia. Gair descargó un golpe de revés, directo al corazón de la madera expuesta.

—Que así sea.

Un lamento le llenó la mente. Incluyó todo su peso en el puño de la espada cuando el acero se deslizó en la madera. A su alrededor las ramas sufrieron fuertes sacudidas. Las hojas maltrechas y la savia maloliente lo llenaron todo. Los lamentos se convirtieron en sollozos y fueron bajando de tono hasta que más que oírse se podían sentir. Al cabo no hubo más que silencio.

EL GUARDIÁN DEL VELO

La noticia corrió por la casa capitular como cuando un incendio devora los helechos secos. El apremio grave que transmitía la alarma resonó partiendo del campanario y avivó la llama. Las aulas quedaron vacías, los aprendices y adeptos más fuertes se reunieron en el patio. Los estudiantes no tan capacitados, así como los más jóvenes que no eran gaeden, fueron puestos a salvo entre las recias paredes de piedra de la capilla. Todos los demás fueron enviados al refectorio.

Alderan miró desde el baluarte que daba al patio delantero. No vio ni rastro del pánico y la confusión que los había estorbado la última vez que la casa capitular sufrió asedio. Todos conocían su papel y lo llevaron a cabo con presteza, aunque se percibía una inquietud palpable entre la comunidad. Podía olerla en el ambiente, el regusto metálico de una tormenta de verano a punto de estallar.

Los defensores se habían posicionado antes de extinguirse el último eco de las campanadas que llamaban a las armas. Los maestros con sus capas azules se hallaban situados en las murallas, a quince pasos de distancia unos de otros. Todos ellos alcanzaron el canto. Incluso aquellos que eran demasiado jóvenes para haber tomado parte en la defensa de la casa capitular la última vez que hubo que defenderla, conocían cuál era su papel en el plan, y estaban preparados. Cuando los defensores mezclaran la urdimbre para dar forma a un escudo, sería la obra de poder más compleja que Alderan había visto en veinte años. No llegaría tan lejos como la que había tejido con la ayuda de Gair cuando lo sucedido con la tormenta, pero bastaría para cerrar totalmente la casa capitular en una burbuja compacta capaz de rechazar el asalto de máquinas de asedio.

«Espero que sea suficiente. Es todo lo que podemos hacer.»

—Creo que tenías razón respecto a esa tormenta —dijo Masen, señalando con un gesto el cielo rojizo.

Alderan levantó la vista. Las nubes se amontonaban en Pensaeca como crema grumosa. La luz había adquirido una tonalidad amarillenta que afeaba los colores y resaltaba el blanco.

—Está empezando —anunció.

Deslizó la mirada a lo largo del baluarte hasta donde se encontraba Tanith. Gair les había proporcionado un poco de tiempo para prepararse, pero ¿a qué precio? Hizo un esfuerzo por apartar la vista. En ese momento no estaba en sus manos ayudarlos.

No había nada más que hacer excepto esperar. Alderan recorrió la muralla,

seguido por un silencioso Masen. Veinte años atrás ambos habían luchado espalda con espalda en aquella muralla contra los poderes del Oculto. Era tranquilizador ver a un viejo amigo de nuevo en pie a su lado. Era lo correcto. Encajaba.

—Hemos presenciado muchas batallas —dijo Masen como si leyera los pensamientos de Alderan.

Éste gruñó, apoyándose en la muralla sobre la puerta principal, vuelto hacia el mar.

—Y veremos otra antes de que estemos acabados.

—Espero que sea la última. Nos hacemos viejos para tanto trote —dijo Masen, dejando los dientes al descubierto en una sonrisa que carecía de humor.

—Ajá, en efecto. —Alderan suspiró y dejó caer la cabeza hacia adelante para aflojar la tensión del cuello—. De acuerdo, Masen. Que se preparen.

Masen se puso en contacto con los demás maestros. Al cabo, una telaraña de poder resplandeció situada sobre la casa capitular. La magnitud del tejido erizó el vello de los brazos de Alderan, bastó para que sintiera que su cuero cabelludo era demasiado pequeño para contener el cráneo. Incluso sin el canto, el escudo era visible como una iridiscencia recortada contra el cielo. Cuando abrazó su poder, la urdimbre quebró la luz solar en lentejuelas como cristales engarzados en un tejido cuya cualidad compacta resultaba de la fusión de todas aquellas mentes. Tenía que bastar.

Alderan levantó el brazo derecho. Barin, desde lo alto del campanario, levantó a su vez la mano a modo de respuesta, y entonces los demás maestros respondieron también, uno tras otro. Contó todas las figuras recortadas contra la piedra, así como las pinceladas de color de aquellos que no podía ver. Deslizó su conciencia junto a los hilos del tejido, comprobando cada anclaje, a pesar de estar convencido de su firmeza.

—Te preocupas mucho por todos nosotros, Alderan.

La voz de Donata devolvió su atención al presente. Estaba sentada en un taburete en el rincón donde se encontraban las partes norte y oeste de la muralla, con el cuaderno de dibujo abierto sobre el regazo y la taza de agua en precario equilibrio a su lado en la aspillera. Con diestras pinceladas dibujaba troleles de nubes sobre una isla verde, y frente a ella, en la costa, un barco de suaves líneas apoyaba el hombro en el oleaje.

—¿Asoma?

Donata sonrió al tiempo que tomaba un pellizco de ocre de la paleta.

—Un poco.

Alderan miró por encima de la muralla. El *Estrella matutina* se perfilaba perfectamente en el canal.

—Me pregunto cómo eres capaz de tener la calma de ponerte a pintar en un momento así.

—¿Cómo iba a estar en calma si no es pintando? —Mostró la mano con que sostenía el pincel—. Pintar es lo único que impide que me tiemble la mano.

—Supongo que tendría que haberlo sospechado, después de todos estos años. El caso es que nunca se me ocurrió preguntarte. —Alderan rió entre dientes—. ¿Qué harás cuando no haya luz?

Ella lo miró con ojos de lince.

—Pues pintar en la oscuridad, por supuesto.

Alderan le dio una palmada en el hombro y siguió adelante. A lo largo de la muralla aguardaban los maestros. Coran, que había hecho eso en una ocasión anterior y no lo había olvidado. Brendan, que no lo había hecho y parecía nervioso. Hombres y mujeres a quienes Alderan conocía desde hacía más años de los que quería contar, dispuestos todos ellos a luchar.

Abajo, en el patio, otros se encargaban de cuidar de los grupos de adeptos, mientras se escoltaba al interior a los más pequeños. Incluso ellos percibían la tensión. Apenas tenían edad para hablar, pero miraban a su alrededor con ojos agrandados por el asombro desde los brazos de sus madres, con esa mirada sabia que a veces tienen los niños cuando parecen mayores de lo que son.

A medida que fueron pasando los minutos, el viento roló al norte, extrañamente cálido para una fecha tan temprana del año. Al cabo cayó, hasta que se impuso una calma total. El mar adquirió la textura del acero. En lo alto se amontonaron las nubes, surcadas por relámpagos.

—Allá vamos —murmuró Alderan.

A su lado, Masen no dijo palabra, pero recorrió con la vista el patio hasta el extremo donde el verde de los sanadores salpicaba la pétreo muralla cubierta de nieve.

—Que la diosa se apiade de nosotros.

Fue un alivio que cesaran las campanadas que dieron la alarma. Cada apremiante triquitraque había atravesado la cabeza magullada de Darin como la punta de una lanza. Nunca había sufrido un dolor igual, y no quería volver a padecerlo.

Se incorporó, apartando la cabeza de la almohada con gran cuidado. Era como la peor resaca del mundo, excepto que no había estado bebiendo. Se había retirado temprano a la cama porque estaba exhausto, incapaz aún de dormir dos o tres horas por noche sin interrupción, y despertó antes de la prima queriendo morir. Desde entonces había estado tumbado en la cama con las cortinas corridas.

Algo se le cayó del pecho al moverse. Lo recogió de la manta sin prestar atención y lo cogió con fuerza para mantenerlo a salvo. Por la diosa, vaya dolor. Era como si le hubiesen introducido una aguja al rojo vivo por el cuero cabelludo. Tenía la piel de la cara dolorida, era como si ni siquiera pudiera tocarla para frotarse las legañas. Tal vez

tendría que acercarse a la enfermería. Saaron tendría alguna cosa para ayudarlo con el dolor. Descolgó los pies por el lateral de la cama. Tenía las botas cubiertas de barro y el dobladillo del pantalón manchado. Tendría que ponerlos a lavar.

Una oleada de vértigo lo envolvió. Sintió el sudor en la espalda. Que Eador se apiadar de él, iba a perderse el desayuno. Sintió arcadas, pero no vomitó. Tragó saliva pero no pudo librarse del picor de garganta. Sí, antes que nada tendría que acercarse a la enfermería. No podía pensar con ese dolor de cabeza, y necesitaba concentrarse en lo que tenía que hacer.

Darin se puso en pie y se dirigió a la puerta. La dejó abierta tras de sí, antes de recorrer el descansillo. Primero tomar algo para el dolor, después seguir adelante con lo suyo: tenía que asegurarse de hacerlo bien.

Los barcos de la gente del Norte cerraron sobre las islas exteriores, hinchadas las velas cuadras al viento que no alcanzaba las murallas de la casa capitular. Alderan arrugó el entrecejo. De nuevo el canto del tiempo atmosférico. En fin, eso despejaba cualquier duda acerca de quién les había enviado la tormenta que estuvo a punto de terminar con la *Kittiwake*. Apretó los dientes con fuerza, pero en seguida hizo un esfuerzo para relajarse. No podía permitirse el lujo de que los errores pasados lo distrajeran, ni los pensamientos de una futura venganza. La seguridad de la casa capitular exigía de toda su concentración.

Proyectó más allá su conciencia, hasta Pensaeca. Los barcos pintados de negro habían fondeado en puerto y la población estaba envuelta en llamas. Los cascos adornados con cuernos recorrían las calles como hormigas, y los hombres del Norte, barbudos, con trenzas en el pelo, saqueaban por doquier. Sólo lo que podían llevarse, objetos pequeños, valiosos. Abandonaban el resto en las zanjas, cuando no lo rompían todo hasta hacerlo añicos. Las tabernas de la plaza del mercado se habían llevado la peor parte, a juzgar por la puerta destrozada y todo el cristal roto. El vino tinto corría como la sangre entre las tejas escarchadas.

Los primeros incursores que abandonaron la población por el camino sudeste se enfrentaron a una lluvia de flechas. Allí la línea de árboles estaba cerca, y los angostos senderos forestales del interior eran un laberinto para quien no estuviera familiarizado con la zona. Norteño tras norteño cayeron aferrados al asta emplumada clavada en la espalda o las extremidades. Una sonrisa desabrida se dibujó en los labios de Alderan. Tal vez los isleños fuesen pescadores y granjeros, pero sabían cómo tirar con arco. Incluso los hijos de los pastores manejaban la honda, dejando tuerto al enemigo o fracturándole el cráneo. No entregarían Pensaeca sin más.

—¿Alcanzas a verlos? —preguntó Masen con la vista clavada en los barcos de casco alargado que salpicaban el fondeadero de Pencruik.

—Sí. No les está resultando fácil. Pensaeca les está mostrando los dientes.

Alderan volcó de nuevo la atención en el pueblo cercano. Las anclas se sumergían en el agua, y las embarcaciones auxiliares llevaban ya a tierra a la primera oleada de guerreros. No encontraron resistencia. Vio un atisbo de movimiento en los bosques y los jardines de árboles frutales que bordeaban el camino que salía de la población. Tal como sucedió en Pensaeca, los norteños se llevarían una sorpresa si avanzaban hacia el interior.

En el cielo estalló el trueno, cuyo puño sacudió el ambiente. En el interior se oyó el llanto de un bebé. Alderan puso ambas manos en la piedra y abarcó con la mente a sus defensores.

«Preparaos.»

Más allá de la red que formaba el escudo, una gaviota planeó en el viento hasta perderse de vista.

«Yo siempre lo estoy.»

«Ten cuidado, Aysha», le advirtió Alderan, cuyas palabras obtuvieron por respuesta una risa y una pincelada de color intenso. El carmesí que la caracterizaba se le antojó más oscuro, latía como un corazón.

Más truenos rompieron con estruendo al norte. Las nubes cargadas de tormenta se agolpaban desde el horizonte hasta el cenit, negro sobre gris en una base de malsano amarillo. La luz se fue apagando. De nuevo el trueno, luego el relámpago unió cielo y tierra como un alambre ardiente y perforó el aire, que olía a sal.

Ya no faltaba mucho. El peso de una voluntad presionaba la mente de Alderan, un dedo que apretaba la burbuja de jabón que envolvía el mundo. El llanto del bebé adoptó una nota más aguda que le perforó el oído. Incluso ese talento sin adiestrar percibía la presión aplicada en el Velo. Y ahí estaba él, el mayor de ellos, supuestamente el más sabio, guardián del Velo durante más de treinta años, sin fuerzas para impedirlo.

El centro de la tormenta borbotó. Las nubes giraron lentamente hasta formar un vórtice y el cielo se combó. Alderan se entregó al canto. Sobre Pensaeca el cielo hinchado pulsó para después contraerse y expandirse rítmicamente, parodia espantosa de un latido de corazón. El trueno sacudió la casa capitular hasta que las ventanas temblaron en las bisagras. Una horrible tumescencia se rompió y los diablillos surgieron de ella. Más de los que hubo la última vez, por varios centenares, amarillo bilis y negro, y rojo como la sangre vieja, hormigueaban sobre el canal batiendo sus alas de murciélago. Millares de ellos, seguidos por más y más.

—Por la diosa —murmuró Masen—. Jamás pensé que volvería a ver algo semejante.

—Ni yo, pero ahí está. Ten valor, viejo amigo. —Alderan extendió la mano para dar una palmada en la espalda de Masen.

Los primeros diablillos se encontraban lo bastante cerca para distinguirlos del

resto del enjambre. Rostros aplastados, irreconocibles. Bocas demasiado abiertas, con los dientes muy afilados. En unos instantes alcanzarían el escudo.

—Cuida de Tanith, Masen —pidió Alderan—. Tenemos trabajo por delante.

Su amigo se alejó a paso vivo, pero no lo siguió con la mirada. No se atrevió a quitar los ojos de encima a los demonios. En su interior el canto burbujeaba como las aguas de un manantial, todo frescura y claridad como siempre había hecho, esperando a adoptar la forma que él le había dado. Fácil como respirar, levantó los brazos e invocó el rayo.

La primera bola de fuego alcanzó la vanguardia de los demonios. Fragmentos renegridos llovieron sobre el escudo, acentuados por los gañidos de los heridos al precipitarse a plomo en tierra. Una humareda verde, untosa, tiñó el ambiente. Al cabo de unos segundos, otra bola de fuego pasó con un susurro antes de alcanzar la segunda línea, y a ella se sumó otra casi de inmediato, procedente del flanco contrario. Los demonios saltaron por los aires hechos despojos, pero los huecos que dejaron los caídos en el enjambre no tardaron en ser cubiertos por otros. Alcanzaron el escudo y se vieron rechazados, dispuestos a arremeter de nuevo. Descargas actínicas pasaron de maestro en maestro a través del escudo abovedado. Las garras buscaron algo a lo que aferrarse. Las mandíbulas en forma de cuña se cerraban sobre los defensores a quienes las garras eran incapaces de alcanzar.

Alderan reculó un paso y recorrió el tejido hasta donde se encontraban los otros maestros. Percibió uno o dos tirones, pero no tuvo tiempo de remendarlos. Según el plan trazado aguantarían o cederían. Si cedían, otros ocuparían su puesto, y si los otros caían, siempre podía recurrir a los adeptos.

«¡Cargad el escudo!»

La fuerza del tejido rugió en su interior. Todas las resonancias, una tras otra, se multiplicaron en él, extendiéndose hacia afuera en un latido de corazón capaz de abarcar la totalidad de la casa capitular.

«¡Ahora!»

El escudo se convirtió en un destello de plata. Los demonios ardieron.

ESCUDOS

Piedra fría debajo. Las manos en las sienes. Olor a quemado en el ambiente. Cuando Gair abrió los ojos, una luz intensa le fulminó la mirada.

—¡Madre santa! —gritó, cerrando de nuevo los ojos con fuerza.

—Relájate, Gair. —La voz de Tanith, muy cerca. Se arriesgó a mirar. Ella estaba inclinada sobre él, y su canto le erizó el vello del dorso de los brazos—. Dentro de unos minutos estarás perfectamente.

El canto se atenuó cuando lo ayudó a incorporarse y apoyar la espalda en la muralla. Sobre él, los relámpagos suturaban el cielo tormentoso más allá de una bóveda levemente perlada.

—¿Qué pasa? —Tuvo que levantar la voz para imponerla al ruido que invadía el ambiente.

Tanith lo rodeó para sentarse a su lado, de espaldas a la muralla. Los mechones de pelo cobrizo habían escapado a la trenza y flotaban alrededor de su cara, formando un halo.

—Savin intentó apoderarse de tu mente, desde el interior. Cuando te atacó junto a Cinco Hermanas, te dejó un recuerdo en la cabeza, una llave que le serviría para introducirse en ella siempre que quisiera. Hemos logrado destruirla.

—¿Y todo esto? —Con un gesto de la mano abarcó el ruido y el humo.

—Mientras estaba en tu mente, Savin invocó demonios para atacar la casa capitular. Hasta el momento el escudo aguanta el embate, pero los hay a millares.

Gair lanzó un juramento, se puso en pie y, al mirar más allá de la muralla, se encontró una escena de pesadilla. Los cuerpos cubiertos de escamas se apilaban unos sobre otros, prietos contra una barrera invisible que trazaba una curva sobre la casa capitular, como un enorme cuenco de cristal vuelto del revés. Algunos estaban quemados y supuraban una pegajosa sustancia amarillenta que manchaba la barrera. Cada pocos segundos, el escudo emitía un resplandor plateado, opaco, entre un coro de gañidos.

Giró sobre los talones. Los maestros se repartían cada pocos pasos alrededor del tejado para mantener el escudo. El sudor les perlaba la frente. Tenían las manos crispadas sobre la muralla, presionando con una intensidad que se reflejaba en el blanco de los nudillos. Algunos apretaban los dientes, o tenían la vista fija debido a su gran concentración. Gair notaba cierta presión en la cabeza. Era el peso de toda su labor.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó.

Tanith miró al cielo y al pálido sol que había tras el margen de la tormenta.

—Dos horas, tal vez algo más.

—¿De dónde salen?

—Los ha invocado Savin. No puede acercarse a las islas directamente, de modo que envía a esas criaturas. —Masen asomó por detrás de Tanith. Le puso la mano en hombro, y en sus ojos había una pregunta. Ella asintió y le apretó la mano—. Hay otros mundos aparte de éste, Leahno, si sabes dónde mirar. Savin descubrió el de esos demonios hace mucho tiempo.

Gair lanzó de nuevo un juramento. Aún reverberaba en su cabeza el eco de lo que le había hecho Tanith, fuera lo que fuese. No pensaba con claridad. El griterío de los demonios le rascaba el cerebro como cuando las uñas arañan una superficie de pizarra. Se llevó las manos a la cabeza.

—Debes relajarte, Gair. —De nuevo la voz de Tanith, tranquilizadora como un bálsamo—. Siéntate un momento. Intenta no rechazar el escudo.

No pudo sino pronunciar más juramentos. Era imposible articular pensamientos coherentes. El escudo le llenó la mente, presionando hacia afuera, a pesar de la presión del peso que ejercía el tejido defensivo sobre la casa capitular. Entonces, tan repentina y silenciosamente como el estallido de una burbuja, desapareció. Jadeó falto de aire y deseó de inmediato no haberlo hecho. No se atrevió a imaginar qué olor imperaría en el ambiente.

—¿Mejor? —le preguntó Tanith, tocándole el brazo.

Gair asintió. A pesar de la desconexión que caracterizaba sus pensamientos, era soportable.

—¿Aguanta aún el escudo? —preguntó.

—Sí, al menos hasta el momento.

—¿Por cuánto tiempo podrán mantenerlo?

—En teoría, indefinidamente —respondió Masen—. Pero tarde o temprano la gente tendrá que comer y descansar, y no hay suficientes maestros para reemplazar a todo el mundo de golpe. Aunque organicemos turnos, se habrán cansado antes de que Savin se quede sin diablillos. Antes de que llegue el final, Alderan tendrá que recurrir a los adeptos más capacitados.

—Puedo ayudar. Soy lo bastante fuerte.

—No, no lo eres, Gair. —Tanith negó con la cabeza—. Si te encontraras bien, serías una ayuda inestimable, pero ahora mismo es demasiado peligroso. Ese escudo que tienes en la cabeza es lo único que te mantiene a salvo.

—¿A salvo de qué? Dijiste que habíamos destruido lo que Savin había dejado a su paso.

—Así es, pero necesitas tiempo para recuperarte. Recuerda que sufriste daños

serios. Tuve que sellar la parte dañada de tu cerebro para que tuvieras tiempo de curarte. Ese escudo te mantiene aislado del canto.

Si escuchaba podía oír el canto en su interior. Giraba incansable en respuesta al imponente tejido que lo rodeaba, pero de algún modo estaba enmudecido. Era como si estuviera muy lejos. Más como un recuerdo del canto que como el canto propiamente dicho.

—¿Durante cuánto tiempo, Tanith? ¿Cuánto más?

Ella guardó silencio un instante, dándole a entender que no iba a gustarle lo que dijera.

—Semanas. Probablemente meses. —Aspiró aire con fuerza—. Es posible que para siempre.

Antes de encontrar las palabras necesarias para protestar, ella le había cogido los brazos con una fuerza sorprendente.

—Gair, lo siento pero no sé cuánto tiempo llevará. No sé con cuánta rapidez puedes curarte. —La preocupación y un pánico fugaz tiñeron sus ojos—. Con el tiempo el escudo se encogerá mientras tu mente restaure el orden, pero ese proceso se producirá a su propio ritmo. No puedo acelerarlo. Es imposible que alguien organice todos esos recuerdos fragmentados. Lo único que puedo hacer es proporcionar a tu cerebro un rincón tranquilo donde trabajar.

El temor lo atenazó con su tacto húmedo. Quizá no pudiese recurrir jamás al canto, por mucho que lo sintiera como una llama tras el cristal. Tal vez nunca volvería a volar. No. Eso no. Paseó los ojos por el cielo turbulento, pero no alcanzó a verla. No soportaría no poder volar.

El escudo despidió un resplandor argénteo. Las criaturas de Savin arremetieron de nuevo, incesantes como el oleaje.

—Algo habrá que pueda hacer, aparte de quedarme aquí de brazos cruzados —murmuró Gair.

—Lo mejor que puedes hacer es encontrar un lugar donde descansar —sugirió Tanith en voz baja.

—No puedo descansar con esto. —Señaló el escudo y torció el gesto cuando descargó su fuerza al dar contra él los demonios—. Puedo sentirlo, Tanith. No puedo tocarlo, pero él sí puede tocarme a mí. Debo encontrar algo que hacer. ¿Dónde está Aysha?

—Afuera, en alguna parte. Ella es nuestros ojos y oídos sobre la isla. Gair, por favor, escúchame: tienes que descansar.

Se volvió con intención de echar a andar por la muralla, pero tuvo que parar porque le temblaban las rodillas. Masen lo cogió del codo.

—Haz caso de la dama. Sabe lo que se dice.

—No puedo quedarme de brazos cruzados, Masen. —Se soltó el brazo—.

Gracias, Tanith, gracias por todo lo que has hecho, pero no puedo seguir aquí.

—¡Gair, espera! —Le tomó la mano e intentó detenerlo—. ¿Siempre eres tan tozudo? Por favor, no te has recuperado del todo.

—Ya he descansado bastante. —Levantó la mano de ella y le dio un beso en el dorso—. Cuídate. Quizá la casa capitular necesite de ti más tarde.

Ella hizo un gesto de exasperación. Gair se dirigió a la escalera, a pesar de que sus músculos protestaron ante el esfuerzo exigido. Superó la primera incomodidad, puesto que no tenía tiempo para ocuparse de ello. Aún tenía una espada que empuñar si llegaba a ser necesario.

Los adeptos atestaban el patio. La mayoría permanecía de pie en silencio, vuelto el rostro hacia los demonios que llovían sobre el escudo y el resplandor que éste despedía. Algunos mantenían la cabeza gacha, y Gair oyó más de una plegaria cuando se introdujo entre ellos en dirección a la puerta principal. En el vestíbulo una mano le tiró de la manga. Pertenecía a Sorchal, cuya otra mano descansaba en el puño de la espada ropera que ceñía a la cintura.

—Pensé que te habrían destinado en el escudo —dijo.

—Así sería si estuviera en condiciones de ayudarlos, pero Tanith opina de otro modo. —Gair se señaló la cabeza—. ¿Y tú? ¿No estás fuera con los demás adeptos?

El elethrainiano esbozó una sonrisa feroz.

—¡No soy un gran talento! Yo allí sería de tanta utilidad como pueda serlo una rueda cuadrada en un carro. Me gustaría encontrar un modo de atacar a esas cosas. Me ponen de los nervios.

—Tal vez lo hay —sugirió Gair—. ¿Por qué no te encargas de que Haral abra el armero? Reúne a todo el mundo que sepa distinguir la punta del puño de una espada y que no sea necesario en alguna otra parte. Que se equipen. Quizá recurramos a ellos para proteger a los maestros si cede el escudo.

Una luz iluminó los ojos de Sorchal.

—No sería la primera vez que pido a una dama que baile conmigo, así que no me costará demasiado pedirle un baile a la Muerte. ¿Adónde vas?

—A hacer lo mismo que tú y prepararme para luchar.

Sorchal se alejó en busca del armero, mientras Gair entraba en el edificio. El vestíbulo principal estaba vacío y un eco saludaba sus pasos a medida que subía la escalera y recorría la silenciosa galería hasta llegar a su cuarto. A pesar de estar entre paredes, acusó la carga y descarga del escudo. Aguijoneaba donde el canto debería de ser como un bálsamo en una rodilla despellejada. Cuando salió de nuevo al pasillo espada en mano, vio a Darin algo despistado en el umbral que daba a su cuarto.

—¿Gair? —El belisthano tenía los ojos extraviados en las oscuras cuencas.

—¿Tú no tendrías que estar en el patio con los demás?

—Antes debo hacer algo.

Darin se llevó la mano izquierda a la pechera de la camisa, mientras crispaba la derecha en un puño. Miró por el pasillo, a un lado y otro, y volvió a hacerlo pero fue incapaz de recalar un instante en nada. Gair lo miró con atención.

—¿Te encuentras bien? —preguntó—. Estás muy pálido.

—Estoy asustado. —Esbozó una sonrisa enfermiza—. Los oigo gritar. Todos están gritando.

—Aquí no hay nadie más —dijo Gair, arrugando el entrecejo—. ¿Quién grita, Darin?

Como si no tuviera fuerzas suficientes para responder con propiedad, Darin se encogió de hombros.

—Todo el mundo —dijo finalmente, para después darse la vuelta y echar a andar.

—¡Espera, Darin! —exclamó Gair—. ¡Darin!

El belisthano se dirigió al extremo opuesto del pasillo, lejos de la escalera. Lo perdió de vista al doblar la esquina. Gair pensó en echar a correr tras él, incluso llegó a cubrir unos pasos, pero cuando se asomó al balcón no vio a nadie. Darin debía de haberse metido en otro cuarto. Gair lo llamó una, dos veces más, pero por respuesta no obtuvo más que el eco de su propia voz.

Habían sustituido a uno o dos maestros en el baluarte. Tanith permanecía arrodillada sobre una figura vestida con túnica que estaba al abrigo de la parte de la muralla situada junto a la cocina, pero se encontraba demasiado lejos para ver de quién se trataba. Sobre la puerta, Alderan observaba el escudo con atención. Gair subió la escalera para llegar a su lado. Apenas unos pasos los separaban de una maraña de afilados colmillos y ojos negros que miraban la nada.

—Son incansables, ¿no te parece? —preguntó Alderan, que reparó entonces en la espada—. Ruego a la diosa que la cosa no se tuerza hasta el punto de que debamos reñir cuerpo a cuerpo con ellos.

—El escudo de Tanith me mantiene aislado del canto. Al menos esta espada hace que no me sienta tan inútil.

El anciano le puso la mano en el hombro.

—Si no fuera por ti jamás habiéramos sabido de su presencia, de modo que estás lejos de ser un inútil. Has pagado un precio muy alto para darnos unos días de ventaja, lo cual te agradezco.

En lo alto resplandeció el escudo, y los demonios que chillaban cayeron fulminados. A través de la bruma azulada, Gair distinguió los barcos de casco alargado que cerraban sobre Pencruik. Las flechas de fuego cayeron sobre las barcas fondeadas y las embarcaciones pesqueras, incendios que se sumaron al que flotaba sobre el fondeadero de Pensaeca. Se adelantaba el anochecer, a medida que las nubes cargadas de tormenta asfixiaban el sol. Entonces, los diablillos de Savin volvieron a rascar la superficie del escudo y le bloquearon la visión.

—Exactamente, ¿qué es ese talismán que cree que tenemos, Alderan? Nunca llegaste a contármelo.

—Los nimrothianos lo llaman semilla estelar. Las piedras son tasadas por los portavoces del clan, porque les permiten profundizar más en el canto de lo que podrían sin ayuda. Así es como rasgaron el Velo en primer lugar, y cómo Corliann se las ingenió para cerrarlo de nuevo más adelante.

—¿Te refieres a Corlainn *el Hereje*? —preguntó, ceñudo, Gair.

—Corlainn *Azote de los Caídos* tendría que haber sido elevado a la santidad, en lugar de arder en la hoguera.

—Se condenó a sí mismo, Alderan, al reconocer que recurrió a las artes oscuras para invocar a los demonios. Aguarda... —Gair se corrigió cuando su cerebro fue capaz de relacionar entre sí ciertos elementos—. Así fue como defendieron el Desfiladero de Riannen cuando Gwlach empeñó sus reservas, ¿me equivoco? Así fue como lograron darle la vuelta a la suerte de la batalla: Corlainn empleó la semilla estelar.

Alderan inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Y Corlainn pagó con su vida proteger la reputación de la orden. Fue un héroe, Gair, la clase de personas de las que hablan las leyendas. Un soldado de buen corazón, parco en palabras, que no temía bregar hombro con hombro junto a sus hombres y derramar su sangre para defenderlos. Jamás debieron pedirle tal sacrificio, pero lo hizo porque creía en la existencia de algo que era más trascendente que él mismo.

—Y la Iglesia lo recompensó asegurándose de que en los anales de la historia fuera recordado como un traidor y un apóstata. —El escudo desprendió un chisporroteo acompañado de un intenso tufo—. Otro pecado por el que tendrían que pagar. ¿Qué me dices de la semilla estelar?

—Tras arrebatársela al portavoz del clan de Gwlach, la empleó para coser la grieta que ella había abierto en el Velo, devolviendo a la Hueste Feérica de vuelta a su mundo. Después de que lo arrestaran, la rindió a los suvaeanos. La historia no menciona dónde fue depositada.

—¿Está aquí? —preguntó Gair. Alderan hizo un gesto de negación con la cabeza—. Pero Savin cree que sí. ¿Por eso nos ataca?

—Por eso, y también porque hay mucho más conocimiento aquí: libros, gente... Mientras busca esa semilla estelar podría hacer uso de todas estas cosas. No podemos permitir que acceda de nuevo a la casa capitular.

—¿Qué haría con ella si la encontrase? ¿Fracturar el Velo?

—Bueno, eso ya puede hacerlo. —El anciano señaló con la mano la grieta del cielo a través de la cual se filtraban los diablillos; formaban una nube densa, como moscardones en torno a un pedazo de carne podrida—. Masen dice que el Velo pierde

fuerza. Con la semilla estelar, Savin podría destruirlo por completo. Si eso sucediera, no habría vuelta atrás.

Otro destello en lo alto. Gair experimentó una sensación de horror que fue en aumento, a medida que comprendía cómo terminaría la historia de Alderan.

—¡Madre santa, te refieres a los Últimos Días!

—«Y Eador arrojó al ángel al Abismo, donde habría de permanecer por toda la eternidad. Ella ordenó que el nombre del ángel no fuera pronunciado de nuevo, que morase en una oscuridad innombrable, siempre en oposición de su voluntad. Si el ángel llegara a escapar del Abismo habría mucho dolor, porque una oscuridad se extendería sobre la tierra y eso señalaría el fin de todas las cosas.»

Gair fue incapaz siquiera de lanzar un juramento. El fin de todas las cosas. El *Libro de los últimos días* era el último libro de los evangelios, las visiones apocalípticas de san Ioan de una batalla entre el cielo y el infierno. Lo habían educado en el temor de cosas así, pero Alderan le había revelado que podía vivir para presenciar esa serie de sucesos terribles. La cabeza le daba vueltas.

—No puedo creerlo, ¿por qué iba a querer destruir el Velo? ¿Qué podría empujarlo a hacerlo?

El anciano esbozó una sonrisa teñida de tristeza.

—Tendrás que preguntárselo tú mismo porque yo sencillamente no sé qué decirte. Buena parte del *Libro de Eador* se inspira en leyendas, fragmentos de relatos, que se remontan a un tiempo mucho más pretérito de lo que incluso los portavoces de clan son capaces de recordar, pero existe cierta verdad en lo que se narra. El infierno del libro es un aspecto del Reino Oculto, uno de los diversos mundos que existen al otro lado del Velo. Si el Velo desapareciese, nada impediría que estos mundos coincidieran con el nuestro, y las criaturas que los habitan no sienten ningún cariño por el ser humano. Menos aún aquellas criaturas a las que el hombre desterró allí.

—¿Acaso Savin no está al corriente de esto? —quiso saber Gair—. ¿No comprende lo que podría suceder?

—Estoy seguro de que sí lo sabe. También estoy convencido de que no le importa en absoluto. Savin desharía el mundo piedra a piedra hasta encontrar lo que busca, y luego no se molestaría lo más mínimo en devolverlo todo a su lugar cuando su curiosidad se viese saciada. Tal vez crea que el Innombrable sentirá tal agradecimiento tras verse libre que lo recompensará de algún modo. No lo sé. Lo único que quiero hacer es detenerlo.

Por un instante, Gair intuyó qué sentía Alderan por Savin. Repugnancia. Temor. Una pesadumbre honda, muy honda. Sobre todo un mar de aflicción. Entonces la expresión del anciano se volvió de nuevo opaca y se guardó todo el dolor en su interior, ocultándolo.

—Permíteme ayudarte —dijo—. Por favor, Alderan. Podrías utilizarme.

—No puedo, muchacho. Si Tanith te retira ese escudo antes de que te hayas curado, es casi seguro que te perderemos. No correré ese riesgo. Pienso que aún tienes una labor que desempeñar, pero no aquí. No en este momento.

—¿A qué te refieres? ¡No lo entiendo!

El escudo que formaba una bóveda sobre ellos lanzó un nuevo destello prolongado, pero la luz se les antojó más débil, entretejida con azul y púrpura. El canto que llevaba Gair en su interior resonó en respuesta de algo, pero no supo qué.

—Alderan, ¿qué acaba de suceder?

El anciano no respondió. Sus ojos buscaron el tejido del escudo cuando recurrió al canto. El peso sobre Gair se volvió opresivo. Los nervios le cosquilleaban como si tuviera hormigas rojas en la piel.

—Algo va mal —susurró, esforzándose por sentir qué podría ser.

Ansiaba tocar el canto, pero estaba cerrado tras la pared de seda, dura como el acero, del escudo de Tanith. Notó en la espalda el tacto de la mano de Alderan.

—Ve abajo al baluarte, Gair. Tengo la sensación de que podríamos necesitar tu espada.

En el interior de la casa capitular alguien profirió un grito.

FLECHAS EN EL AIRE

Tañó la campana del rede, y su sonido argénteo, metálico, llevó a las palomas a alzar el vuelo sobre las agujas de la sacristía. Ansel se detuvo en mitad del dictado y miró de reojo a su secretario por encima del fajo de notas que llevaba en la mano.

—Pensé que seguíamos en receso —dijo al tiempo que una paloma extraviada cruzaba a toda prisa frente a la ventana.

—El rede no volverá a reunirse hasta pasado San Saren. —El joven escribiente miró ceñudo por encima del libro de contabilidad, cuyas páginas pasaba con sus dedos largos—. No figura nada en mi libro, mi señor. Alguien debe de haber convocado una sesión extraordinaria.

Cualquier Anciano podía hacerlo, con la ayuda de un par que lo secundaran, si era capaz de convencer al escribiente real de que tenía un motivo de peso. De hecho el propio Ansel lo había hecho años atrás, cuando la curia se planteó la posibilidad de enviar las legiones a Gimrael. Arrojó las notas a la superficie del escritorio.

—Ve al vestíbulo, ¿quieres?, y mira a ver quién ha dado las campanadas. Esa correspondencia puede esperar.

—De acuerdo, mi señor.

Cuando el escribiente hubo recogido el escritorio portátil y cerrado la puerta al salir, Ansel clavó la mirada perdida en el papeleo administrativo que atestaba su mesa. De modo que habían lanzado las primeras flechas. El momento era perfecto. Prácticamente terminado el receso primaveral, muchos de los ancianos se hallaban aún en sus respectivas parroquias. Era muchísimo más fácil encontrar quórum entonces, cuando tantos miembros de la curia se hallaban ausentes y no les era posible ponerse en contacto con ellos.

Rugió movido por la ira y barrió el escritorio con el brazo. Las plumas y la correspondencia cayeron dispersas en la gastada alfombra. Malditos fueran. ¡Condenados por siempre a la oscuridad del Innombrable!

Se abrió la puerta, y entró en la estancia un joven fornido de pelo rubio que vestía túnica de novicio. Miró con ojos azules los papeles desperdigados, antes de que sus manos dieran forma a las palabras.

«Doy por sentado que has oído la campana.»

—La he oído —gruñó Ansel, que se levantó de la silla con el gesto torcido. Buscó apoyo en el escritorio y cargó el peso en las rodillas doloridas.

«¿Goran?»

—Sí, o él o su titiritero. Goran es tan astuto como el perro de un trapero, pero me apuesto los huevos a que no es él quien está orquestándolo todo. —Ansel dio un paso inseguro hacia la puerta que daba a su dormitorio, aguijoneadas las articulaciones por un sinfín de alfileres.

«Entonces, ¿quién ha dado las campanadas?»

—He enviado a mi secretario para que lo averigüe. —Dio otro paso y sintió más dolor. Soltó el borde del escritorio, pero tuvo que volver a confiar parte de su peso en él cuando las rodillas amenazaron con traicionarlo—. Me lo veía venir, Selsen. Los he visto conspirar a mis espaldas. Son como chacales. Esperan a que su presa esté debilitada y entonces la atacan todos a la vez para derribarla.

«Y después la devoran.»

—¡Ya! ¡Que lo intenten!

Lo que el joven dijo en lenguaje de signos a continuación dibujó una tensa sonrisa en el rostro de Ansel, a pesar del dolor que sentía.

—Nos encontramos en la casa de Eador, como bien sabes. Sólo a mí se me permite jurar con impunidad.

«Antes de acostarme rezaré cinco aves y un señor nuestro.»

—¿Los veintiocho versos?

«Por supuesto. —Selsen se cogió las manos bajo las mangas y compuso ante su preceptor una expresión de honesta devoción—. Y en greco, como muestra de respeto.»

El joven tardaría hora y media en recitar un señor nuestro entero, pronunciado en la formal y elegante lengua greca que tan sólo los estudiosos eran capaces de leer con cierta fluidez.

—Serás engreído. Tráeme la ropa del armario, ¿quieres? Bajaré al vestíbulo.

«¿Estás seguro? Te llevarán por caminos difíciles.»

—Al menos no podrán ignorarme.

Selsen inclinó la rubia cabeza para disimular una sonrisa mientras se dirigía al armario.

«Mi madre siempre dijo que tenías un peculiar sentido del humor.»

—Y por lo que veo tú tienes una lengua muy afilada. Ten cuidado de no cortarte con ella. ¿Queda algo de jarabe en el botellín de la mesilla de noche?

Las puertas se abrieron y cerraron; siguió el frufrú del tejido. El novicio salió del dormitorio con los brazos llenos de sedas de color perla y fajas de terciopelo con las que envolvió el respaldo de la silla de Ansel.

«Apenas quedan unas gotas. Por suerte he descubierto dónde tiene Hengfors las llaves del dispensario.»

Selsen sacó un botellín de un bolsillo oculto de la túnica, y se lo tendió. Ansel la

descorchó con el pulgar.

—Hijo mío, eres un gran consuelo en esta hora de necesidad —dijo. Inclino la cabeza para tomar un trago generoso del jarabe dulzón.

«Ten cuidado con eso, si tomas demasiado te quedarás dormido en pleno rede.»

—Sé lo que me hago.

«Salta a la vista.»

Ansel tapó el botellín, que lanzó al novicio.

—Disfrutas de cierto margen conmigo, pero te sugiero que no abuses de él.

Selsen se limitó a inclinarse ante él, pero al azul de sus ojos no asomó el menor rastro de contrición.

«Sí, mi señor.»

Incluso utilizando la lengua de los ladrones, el muchacho se las ingeniaba para mostrarse insolente. Una expresión hosca lo cubrió por completo como la lluvia que cae del alero. Igualito que su madre.

Ansel se quitó la bata de lana de estar por casa y aceptó las prendas que Selsen había sacado del armario. Cuando el frío tejido de seda de la camisa de cuello cerrado le rozó la espalda, no pudo reprimir un escalofrío.

«¿Tienes miedo, anciano? Sobreviviste a Samarak, también sobrevivirás a esto. ¡Maldita sea, cuando las flechas surcan el aire, levantas el escudo y mantienes la posición!»

Se ciñó la camisa y se dispuso a abotonarla. Los diminutos botones de perla se mostraron escurridizos; cada vez que acercaba uno al ojal, se le escapaba de entre los dedos. Condenadas miniaturas. Deseó que el sastre contrajera la sífilis. Lo intentó de nuevo hasta que Selsen intervino con un pulso más firme.

«Déjame ayudarte.»

Ay, la edad... Que ni siquiera fuese capaz de abrocharse la ropa por sí mismo, que tuviera que confiar esa labor a otro. Era posible enseñar a un crío idiota cómo apañárselas con los botones y puntillas. ¡Arg! Ansel apretó con fuerza los dientes a medida que el novicio abrochaba con destreza la pechera de la camisa y los puños. Apartó los brazos del cuerpo para que pudieran introducirle la camisa por debajo de los calzones, antes de pasarle la pesada túnica sobre los hombros.

«Me siento como si te estuviera poniendo la armadura antes de la batalla —dijo el joven mediante signos—. Primero la camisola, luego la coraza... —Estiró el guadamecí, con su reluciente hilo de oro—. Y luego el jubón.»

Selsen tomó la pesada túnica de terciopelo y sacudió los pliegues entre susurros de satén.

—Bien sabe la diosa que pesa tanto como una coraza. —Con el ceño fruncido, Ansel introdujo los brazos en las mangas—. Y que es tanto o más calurosa. —Ya tenía la camisola empapada de sudor, y no había forma de superar las diversas capas

para apartársela de la piel—. ¿Y bien? ¿Estoy presentable?

«Los avambrazos y las grebas te sentarían de maravilla, pero no creo que tardases en caer de bruces.»

—Crío descarado. Dame el bastón, anda, antes de que te arreé en el trasero el golpe que te mereces.

«Sigo pensando que toda esa parafernalia no es adecuada.»

—Puede que no, pero tienes razón, ¿sabes? Vamos a la batalla, así que por la diosa que pienso vestirme de punta en blanco, y ordenar que todos los pendones ondeen al viento.

De nuevo se oyó repicar la campana del rede, momento en que las comisuras de los labios de Ansel se curvaron hacia abajo. Sólo quedaba un cuarto de hora, y entonces todo terminaría, para bien o para mal. Había llegado el momento de salir. Se apartó del escritorio y se irguió. El jarabe de adormidera había empezado a hacerle efecto, acariciando y calmando el dolor de sus maltrechas articulaciones. Al cabo de un rato pagaría el precio por haber caminado tanto, pero ya lo afrontaría cuando llegase el momento.

El reflejo de un rayo de sol en una superficie metálica le llamó la atención. La espada en su vaina colgaba de un clavo junto a las estanterías que había al lado de la ventana, con el cinto enroscado, polvoriento y agrietado por la falta de uso. Lástima no haber encontrado una excusa para ceñirla a la cadera cuando hiciese su entrada en el salón del rede. Apoyar la mano en la pesada empuñadura bastaba para que los hijos de puta más traicioneros se sentasen tiesos en su presencia. Selsen siguió la trayectoria de su mirada.

«Al menos haría que recordaran quién gobierna esta orden.»

—Entonces la reservaré como último recurso —gruñó Ansel—. Cuando no haya más opción que actuar o morir.

«Por ahora ellos tendrán la mano de acero en puño de terciopelo.» Selsen se aseguró de que la túnica le cayese bien recta, y quitó una hilacha de la manga. Luego esbozó una sonrisa lobuna, tan parecido a su madre en ese momento que a Ansel le dolió el alma.

—¿Preparado? —dijo, esperando que el tono ronco de su voz fuese interpretado como decisión—. Es hora de presentar batalla.

Danilar trabó la cuerda de la campana en torno al colgadero, mientras el eco de la última campanada se adelgazaba hasta el silencio. De nada habían servido las precauciones, la obsesión de Goran de mantenerlo en secreto. A partir de entonces toda la casa materna lo sabría, incluido —eso esperaba el capellán con tanta devoción como aguardaba por el bien redentor— el propio preceptor. Por favor, diosa, que Ansel lo hubiese oído. Por favor, diosa, que llegase a tiempo al salón.

En relativo silencio salió por la portezuela que había al pie del campanario, allí

aguzó el oído por si oía el rumor de la conmoción, pero el largo vestíbulo seguía vacío. Nada se movía a la luz que se filtraba por los altos ventanales, a excepción de los estandartes que colgaban de la bóveda. Las puertas que había entre la pareja de guardias cubiertos de armadura permanecían cerradas. Quizá alguien dentro del salón del rede había oído las campanadas, pero eso no había bastado para distraerlos de lo que estaban haciendo.

Danilar crispó los puños. No sabía qué fallos podía tener Ansel, y por mucho que la curia discrepara con su administración de la orden había un procedimiento que debía seguirse para resolver las diferencias. Debían obedecer la letra de la ley, o ¿qué quedaría, exceptuando el caos? La inquietud y la ira hicieron que apretara el paso, regresó al cuarto para ponerse una ropa más formal. Era capellán y no tenía derecho a voto en la corte consistorial, pero tenía derecho a estar allí cuando se sentaran, y había demasiado en juego para perderselo.

El Anciano Festan puso los brazos en jarras y miró ceñudo al centinela que guardaba las puertas con travesaños de hierro.

—¿Qué significa que no puedes abrirla? —exigió.

—El rede ya ha iniciado la sesión, Anciano —dijo el inexpresivo centinela, mirando al frente, más allá del hombro de Festan—. Las puertas sólo pueden abrirse por dentro.

—Pero ¿cómo van a estar reunidos en sesión, si la mitad de la curia se está congelando los talones aquí fuera, por no mencionar al preceptor? ¡Te ordeno que abras esas puertas!

—Lo lamento, Anciano, pero no puedo hacerlo.

—¡Será po...!

—Dejémoslo estar, Festan —dijo Ansel—. Puede que vocear a este pobre hombre te haga sentir mejor, pero no va a cambiar las cosas. Si tienen quórum pueden iniciar el rede sin nuestra presencia, y quedarse ahí dentro todo cuanto quieran, como bien sabes. Así que haya paz y dejadme pensar.

Veinticuatro túnicas escarlata se apiñaron a su alrededor en el vestíbulo. Ansel los había encontrado revoloteando en los pasillos de camino al salón del rede, sin saber a qué venía que los convocaran. Todos ellos lo habían seguido, convirtiéndose en la cola de un cometa preceptor, para acabar descubriendo que las puertas cerradas del salón del rede lo habían desviado de su órbita. Veinticuatro. No eran suficientes.

Ojalá Festan estuviese en lo cierto y pudiera ordenar que le abriesen las puertas. Si pudiera encararse a ellos estaba seguro de vencer. Pero si se convocaba el rede y había quórum, los presentes podían actuar con toda la autoridad de la curia, y sus deliberaciones tan sólo podrían interrumpirse a instancias de los presentes. A ese lado de la puerta ni siquiera había un tirador.

Se oyeron chirridos rítmicos, procedentes del fondo del corredor. Todos volvieron la cabeza. El Anciano Tercel, que a su edad estaba demasiado frágil para caminar, iba sentado en una silla de ruedas que empujaba el Anciano Morten, un hombre casi tan encorvado y canoso como su acompañante. Los hubo que se apresuraron a ofrecerles ayuda, pronunciando palabras atropelladas, ansiosos como estaban de explicarse. Otros dos. ¿Cuántos acudirían aún?

«Tiene que haber algo que podamos hacer», le dijo por señas Selsen.

—No arríes la bandera que aquí aún no hemos terminado.

Ansel echó un vistazo poniéndose de puntillas para ver por encima de los demás. Oyó más pasos. Danilar entró en el vestíbulo sacudiendo a su espalda el extremo de la estola y estrujando en la mano un documento.

—Gracias a la diosa que te has enterado, Ansel. Temía que la campanada llegase demasiado tarde.

—¿Fuiste tú, y no ellos, quien la tocó? —preguntó Festan.

Danilar asintió.

—Por casualidad miré por la ventana, y vi a una docena de Ancianos cruzando el patio, vestidos todos con la túnica del rede. Vine aquí directamente, pero ya habían cerrado las puertas.

Festan frunció el ceño.

—No puedo creerlo. ¡Traición en nuestro propio seno! —Después de remangarse, se acercó a las puertas y las golpeó con los puños carnosos—. ¡Abrid! ¡Abrid en el nombre del preceptor!

El polvo flotó como una nube cuando las puertas temblaron en sus marcos. Algunos de los demás Ancianos sumaron sus voces a la de Festan, gorjeando su preocupación como gorriones con un gato en el jardín. Danilar mostró a Ansel el documento que llevaba.

—Ten. Me crucé por el camino con tu secretario y me dijo que esto podría serte útil. Es la lista de ausentes de la primera sesión prevista para la próxima semana.

Ansel pasó la mano por las arrugas del papel y echó un vistazo a los nombres, contando. Dieciocho ausentes, por tanto había ochenta y un asistentes. Cincuenta y cuatro jerarcas para obtener quórum. Sintió el calorcillo que le proporcionó una ligera esperanza. ¿Cabía esa posibilidad? Repasó de nuevo con la vista la estancia para confirmar sus cuentas, y la leve esperanza se esfumó. Veintiséis no eran suficientes para desafiarlos.

Ofreció en silencio el documento a Selsen, quien lo leyó con rostro serio antes de devolvérselo. Detrás de él, Festan siguió golpeando la puerta, pidiendo que lo dejaran entrar.

—Por los santos y los ángeles, Festan, déjalo. —Ansel suspiró—. No hay nada que podamos hacer, excepto esperar a ver dónde caen las flechas.

Se apoyó en el bastón cuando empezó a ceder la fuerza de la ira justiciera que lo había llevado allí. De modo que todo iba a acabar así: por un tecnicismo burocrático. Menuda ironía.

—¿Flechas? —aulló alguien—. ¿Acaso ha estallado por fin la guerra en Gimrael?

Ansel miró a su alrededor. Las vestimentas escarlata se apartaron del camino del preboste cuando éste entró en la estancia vestido con atuendo de caza, dándose palmadas con los guantes en el muslo al compás del taconeo de sus botas. Con él iba otro Anciano vestido de igual manera, de cuyo hombro colgaba aún la aljaba.

—Aún no, Bredon —respondió Ansel.

Eran veintisiete con Eadwyn. Seguían sin ser suficientes.

—Entonces, ¿qué está pasando? Me encontraba en el parque de ciervos de Eadwyn y tenía al alcance de mi arco una pieza cuando oí la campana. Alguien me debe un buen ejemplar.

«Insurrección», dijo Selsen por señas. El preboste arqueó ambas cejas.

—¿La lengua de los ladrones? Pensé que sólo los espías y los pillos la empleaban, no los novicios suvaeanos.

«Crecí en Puertos Blancos, mi señor, eso es algo que no puedo borrar. ¿Puedo pedirte prestada la daga?»

Bredon arrugó el entrecejo, pero sacó de la parte superior de la bota un cuchillo que utilizaba para desollar, que tendió al joven por el puño. Selsen tomó el arma y se dirigió a las puertas del vestíbulo, inclinando la cabeza al pasar junto al colérico Festan. Los centinelas lo miraron indecisos. Primero miraron al preboste, y luego a Ansel, antes de volver de nuevo la vista a su superior.

—Dejadlo hacer —ordenó Ansel—. ¿Selsen?

«Confía en mí.»

El novicio introdujo con cuidado la daga entre ambas puertas bajo el pestillo, y la deslizó hacia arriba hasta que se oyó un chasquido metálico. Apoyó el hombro y empujó, momento en que la hoja izquierda de la puerta se abrió más o menos una pulgada.

—Impresionante —alabó Bredon, recuperando el cuchillo—. Veo que el hecho de crecer en los muelles te ha proporcionado ciertas habilidades. ¿Quién eres, joven? Podría buscarte un puesto como agente de la ley.

«Me llamo Selsen, mi señor. Paso aquí una temporada, venido de la casa filial de Caer Amon.»

—¿Qué te propones hacer, Selsen? —lo interrumpió Ansel.

Por toda respuesta, Selsen se limitó a señalar al preboste con una sonrisa. Los ojos oscuros de Bredon expresaron primero cierta confusión, pero entonces frunció los labios cuando cayó en la cuenta. Se inclinó ante Ansel con la mano en el pecho.

—Acepto tu propuesta de nombrarme bajo la cuarta enmienda, mi señor

preceptor.

Pues claro. ¿Quién iba a sospechar que un novicio procedente de una remota casa filial estaría tan versado en las intrincadas sutilezas de la ley consistorial? Miró a Tercel, quien se acarició la barbilla con dedos huesudos antes de hacer un gesto afirmativo con la cabeza.

—Selsen, hijo mío, nunca dejas de sorprenderme —dijo Ansel, cuya compostura se vio amenazada por una sonrisa torcida—. Procedamos.

Como dependían una de otra, las puertas que daban al salón del rede se abrieron después de que Selsen propinara un fuerte empujón. Ambos centinelas se apartaron. Los Ancianos, sorprendidos, se volvieron en sus asientos, y a Goran se le trabaron las palabras subido al estrado del preceptor.

Ansel se situó bajo el dintel, recorriendo con la vista a los Ancianos reunidos. Algunos se engallaron desafiantes, pero no pocos fueron quienes se encogieron.

«Y bien que hacéis, condenados hipócritas. —Ansel sintió la ira en el pecho—. ¿Qué os prometió ese ambicioso gusano a cambio de vuestro apoyo?»

Bredon y Danilar se situaron a ambos lados de él, y a su espalda oyó los pasos del resto de los Ancianos, que fueron ocupando sus asientos. Cuando finalmente cesó el frufrú, observó con fijeza a Goran, de pie frente al asiento de preceptor en cuyo respaldo estaba tallado el roble, desafiándole a ser el primero en apartar la mirada.

—Éste que se celebra es un rede ilegal —anunció.

—Reunimos un quórum de Ancianos disponibles, tal como manda la ley consistorial —afirmó Goran—. Tenemos derecho a votar...

—Cierra la boca, Goran.

—A votar asuntos que conciernan...

—¡He dicho que te calles! —Ansel golpeó el suelo con el bastón—. Una sola palabra más antes de que yo termine de hablar y haré que el preboste te arreste.

Goran se irguió cuan largo era, colorado hasta la raíz del cabello.

—¿De qué se me acusaría?

—¿Por qué no empezamos por tu desprecio a la letra de la ley, y seguimos después a partir de ahí? —rugió Ansel—. ¡Alguaciles!

Los cuatro centinelas se cuadraron firmes.

—¡Cómo te atreves! —rugió Goran—. ¡No tienes autoridad para hacer tal cosa!

—¿Cómo que no? —Ansel lo miró fijamente y la rabia hizo que le temblase la voz—. Soy el preceptor de esta orden.

—Ya no.

El silencio invadió el salón. Ansel apretó con tal fuerza los puños alrededor del bastón que empalidecieron.

—¿Perdón?

—Has sido destituido del cargo por el voto de una mayoría en base a tu

incapacidad para desempeñarlo. Ahora yo soy el preceptor. —El triunfo le iluminó los ojos porcinos. Goran hizo un gesto al escribiente que estaba sentado a un escritorio bajo la tarima—. El voto ya ha sido anotado en el libro de actas.

La furia rebulló en la garganta de Ansel, amarga como el impulso de obrar con violencia.

—¿Yo... incapaz? ¡Déjame decirte quién es aquí incapaz de desempeñar un cargo sagrado, Goran! ¿Quién mantiene su propio equipo de interrogadores, a pesar de que fueron declarados ilegales al mismo tiempo que la Inquisición?

Goran pestañeó, y los miembros de la curia allí reunidos contuvieron el aliento.

—¿Acaso pensabas que ignoraba tu uso de esos interrogadores para infligir dolor a jóvenes para tu propia satisfacción?

Bredon cogió del brazo a Ansel.

—¿Es eso cierto?

—Claro que es cierto, lo que sucede es que nunca pude probarlo —susurró Ansel—. Ninguno de los pobres desdichados a los que maltrató sigue aquí para testificar en su contra.

—¿Muertos?

—Todos excepto uno.

Con el rostro sonrosado por la ira y los puños temblorosos a los costados, Goran no pudo contenerse más:

—¡Mentiras! No seguiré aquí de pie para escuchar tus difamaciones, Ansel. Te retiro la palabra. Alguaciles, exijo que saquéis a este hombre fuera de la sala.

—¿Podrías proporcionarnos a ese testigo? —susurró Bredon entre los murmullos de los Ancianos presentes.

—Lo envié lejos de Dremen por su propia seguridad.

—Con eso me basta. —El preboste levantó la voz para decir—: ¡Haya paz!

—Pero ¿qué haces? ¡Arresta a ese hombre! —Goran señaló con el dedo a Ansel—. Estás acabado, ¿me oyes? Llevas demasiado tiempo aferrándote al puesto que obtuviste gracias a tu historial de guerra. Hace años que tendrías que haber renunciado al cargo.

—Al menos yo tengo un historial de guerra del que enorgullecerme —replicó Ansel—. ¿Dónde estabas tú cuando ardieron las hogueras, Goran? ¿Dónde estabas cuando las legiones presentaron batalla superadas en número en Samarak, y las flechas cubrieron de tal forma el cielo que el mediodía se convirtió en medianoche? Arregazado en las fincas de tu padre, como una gallina en su nido, ¿me equivoco?

Una tos ronca arrancó al mismo tiempo que sus palabras, pero había llegado un punto en que Ansel no podía parar. Le hervía la sangre como no lo había hecho desde las guerras del desierto, cuando su vida había dependido del acero, los arrestos y un caballo recio que montar. Se secó los labios húmedos con el dorso de la mano.

—Yo estuve allí. —Le dieron un tirón de la manga, pero él la sacudió—. Entre toda esa sangre, el cieno, el hedor y las moscas. Estuve allí porque hice juramento de defender la fe con mi cuerpo y alma, por mucho que eso pudiera costarme la vida. Todos vosotros lo hicisteis cuando recibisteis las espuelas. ¿Es esto en lo que nos hemos convertido?

—La orden ha cambiado desde las guerras del desierto, Ansel —contraatacó Goran—. Ahora somos menos y la fe ha sufrido las consecuencias. Ya no basta con espadas y rosarios si pretendemos cambiar esa tendencia. Necesitamos que alguien nuevo gobierne el timón, una voz nueva capaz de unir a los fieles.

—¿Crees que esa voz es la tuya? ¿Crees que tienes los huevos necesarios para ocupar ese asiento?

Ansel levantó la mano para señalar el asiento del preceptor, y vio que tenía el dorso manchado de rojo, salpicándole el brocado de la manga. Otro ataque de tos le sacudió los pulmones y trastabilló. Selsen acudió en su ayuda y le pasó un brazo por los hombros, evitando así que se cayera.

—Sí, así es. Mírate —se burló Goran—. Estás moribundo, anciano. Ve a pastar al lugar al que perteneces.

Ansel se irguió con cierto esfuerzo. El sabor metálico de la sangre le llenó la boca y escupió en las baldosas de mármol para librarse de él.

—Estoy en el lugar al que pertenezco —dijo, pronunciando con énfasis cada palabra—. Por el roble y la diosa daré hasta mi último aliento. ¿Qué defiendes tú, Goran, que crees estar más capacitado que yo para liderar la orden?

—¡Todo ha terminado, Ansel! Hemos votado a favor de un cambio de preceptor, ¡acéptalo!

—Humm. El voto es nulo, Anciano Goran —intervino el escribiente.

—¿Qué?

—Es nulo. —El hermano cronista aferraba los papeles contra su pecho, a modo de escudo que lo protegía de las miradas que los presentes le dirigieron—. En el momento de emitirse no había quórum.

—¡Pero si había cincuenta y cuatro nombres en contra de la moción!

—Sí, pero hay ochenta y dos Ancianos presentes —respondió el escribiente, encogiéndose en la túnica negra bajo el peso del escrutinio al que era sometido. A su lado, Tercel y Morten asintieron.

—Repasa la cuenta —ordenó Goran.

—La cuenta es correcta. El Anciano Tercel así me lo confirmó. Bajo la cuarta enmienda del código de la curia, tal como se estableció en el gran rede, en caso de emergencia el preboste asume los derechos y responsabilidades de un Anciano de la orden suvaeana. —La voz del hermano cronista fue convirtiéndose en un susurro que, en la repentina quietud del salón del rede, reverberó como un vozarrón—. Veintiocho

a cincuenta y cuatro significa que no hay quórum.

El silencio duró lo que un latido de corazón. Después, el griterío se adueñó del salón del rede.

BRECHA

Alderan abrazó el canto y fundió la mente en el tejido. Gair tenía razón: algo iba muy, muy mal. Del tenso escudo que lo envolvía tiraban fuerzas diversas, lo que creaba un punto débil. Uno de los maestros en los que se anclaba empezaba a flaquear. Por la diosa. Buscó rápidamente en la telaraña de mentes y contó las pautas una a una. A su derecha aparecieron los colores de Masen y aflojó un poco la tensión, pero incluso con su viejo amigo en la red siguió debilitándose el escudo.

«No es suficiente, —dijo Masen—. ¿Qué es lo que sucede?»

«Eso querría saber yo. Todo el mundo está aquí, pero siento cómo se rasga el tejido.»

«¿Dónde está el leahno?»

«Lo envié al pie de la muralla. Él siente lo que pasa, Masen, a pesar del escudo. Nunca había encontrado un talento como el suyo.»

«Excepto uno.»

«Excepto uno, sí.»

Ante él los demonios parloteaban furiosos, redoblando sus esfuerzos para abrirse paso a través del tejido a fuerza de rasgarlo. Manchas púrpura lo cubrían, y con cada descarga que emitía se volvía claramente más débil. Los cuerpos cubiertos de escamas se amontonaban unos sobre los otros como si el peso bastara para alcanzar su objetivo. O como si supieran algo que los defensores ignoraban.

«¡Masen, va a abrirse una brecha justo ahí! ¡Reúne a todos los maestros que puedas para reforzar el tejido!»

Pasos en la escalera del baluarte, seguidos por la aparición de nuevos colores a lo largo del escudo. Una fuerza renovada lo llenó por completo, agua fresca en un charco de aguas estancadas. Alderan tomó del canto y redirigió toda esa energía hacia el tejido.

«¿Qué diantre sucede dentro?», preguntó a todos los que fueran capaces de escucharle. La voz de Donata le llegó flotando, serena como de costumbre.

«Viene uno de los adeptos... le preguntaré. ¿Tú también lo has oído?»

«Sí.»

El tejido se tambaleó repentinamente. Un fuerte dolor alcanzó el cerebro de Alderan. Los colores que había a lo largo del escudo se apagaron antes de encenderse, cuando sus propietarios empeñaron de nuevo sus fuerzas. Otra puñalada. La algarabía demoníaca aumentó de volumen, y las criaturas se dirigieron hacia un

punto situado a su izquierda. Una oleada de poder cargó el escudo, pero en lugar del destello incandescente que esperaba ver apareció una línea a lo largo de la curva de la urdimbre, precisa, como si la propia diosa la hubiese trazado. Entonces se abrió.

«¡Una brecha!», voceó Alderan.

El canto acudió presto a su llamada y se vertió sobre la urdimbre. Masen, Barin y una docena de personas hicieron lo propio, pero no fue suficiente. Las extremidades escamosas asieron los bordes de la brecha y cuerpos deformes la atravesaron. Casi de inmediato un velo plateado apareció sobre los adeptos situados abajo, en el patio, cuando alguien tuvo la presencia de ánimo necesaria para dar forma a un segundo escudo. Alderan agradeció a los santos que fuera quien fuese esa persona no se hubiera dejado arrastrar por el pánico, y después reculó horrorizado cuando vio que los demonios volcaban su atención en los desprotegidos maestros.

Una pauta de colores parpadeó sobre los establos. Alderan sintió el tirón, pero el tejido aguantó. ¿Podía prescindir del canto para protegerse a sí mismo? A su espalda oyó el sonido característico del acero en el cuero. Gair le tocó brevemente el brazo antes de alejarse blandiendo la espada ante la avalancha que se les acercaba. En algún lugar del baluarte los rayos recorrieron la piedra y el hedor a quemado se extendió en el ambiente.

«¡Tenemos que cerrarla, Alderan! —exclamó Masen—. Podremos con los que han superado el escudo, siempre y cuando no se cuelen más.»

«Eso requiere más poder del que disponemos.»

«No queda nadie, amigo mío. A menos que quieras empezar a utilizar a los pequeños.»

Alderan lanzó un juramento.

«Condenado seas, Savin, maldito cabrón.»

El escudo de los adeptos había empezado a combarse y desteñirse. No disponían de mucho tiempo. Al otro lado del patio una voz desconocida dio órdenes a voz en cuello, y Alderan dedicó un par de segundos a echar un vistazo. Un joven armado con una espada ropera encabezaba grupos de aprendices a dondequiera que los diablillos se hicieran fuertes, y se ponían a ello con cualquier cosa que pudiera servirles de arma: lanzas, palos, incluso rastrillos y azadones del jardín de la cocina. Quienes empuñaban la espada se mezclaban con los que no; de dos en dos, por tríos, la emprendían con los demonios con el denuedo de soldados veteranos. Alderan entonó una plegaria. Algunas de las voces que gritaban desafiantes le parecieron alarmantemente agudas.

Más demonios atravesaron la brecha. Otro estallido de color parpadeó. El dolor surcó el tejido como un relámpago escarlata.

«¡Alguien la está abriendo!» Masen sonaba agotado.

«¿Quién?»

«¡Donata!»

«¡Eso es imposible!»

«Hay algo extraño en sus colores, Alderan. No se aplica del todo al tejido.»

Alderan hizo un esfuerzo por mirar a lo largo del tejado el lugar donde se había apostado Donata. A través del humo distinguió una figura de pie en la muralla, con la cabeza echada hacia atrás. No podía ser obra suya. Su mente se negó a aceptar que pudiese haberlos traicionado. Repasó la zona del escudo donde se había abierto la brecha. Un portal, abierto para que entrasen los demonios, con los colores de Donata entretejidos en él. Imposible. Tanteó la urdimbre y los colores relucieron con luz trémula, pero Masen estaba en lo cierto: había algo raro en ellos.

Entonces vio una silueta oscura recortada en la blanca piedra. Colores de acuarela se derramaban a su alrededor, colores vivos como mariposas muertas. Se acercó. Donata tenía el rostro ceniciento, las sienes y el cuero cabelludo llenos de arañazos. El pelo negro enmarañado en torno a sus dedos ensangrentados. En su lugar se encontraba Darin. Tenía el cuerpo encogido, tembloroso debido a las fuerzas que lo recorrían, y en su cara, por lo general alegre, había una expresión de puro terror. Alderan oyó el canto que fluía en su interior, salvaje y caprichoso, totalmente enajenado.

Vio lo que Masen había percibido. Los colores pertenecían a Donata, pero, aparte de la ilusión de su presencia, Donata había desaparecido y tan sólo había en ella un fragmento de Darin. Lo suficiente para concentrar el tejido del escudo hasta que Savin escogiese abrir un agujero en él. De algún modo había logrado subyugar la mente de la belisthana y servirse de ella para perforar el escudo desde dentro.

«No es más que una herramienta de la que te has servido. No una persona, no una de las hijas de la diosa, digna de vivir como cualquier otra, sino una mera herramienta. Un medio para alcanzar un fin.» Alderan tembló presa de una ira que jamás pensó que volvería a sentir.

«No es Donata —informó a Masen—. Puede que ésos sean sus colores, pero no es ella quien está dentro.»

«Tenemos que cerrar ese portal.»

«Lo sé. Avisaré a los adeptos.»

Gair vio a Tanith al final del camino que llevaba a los establos. Estaba arrodillada, y descansaba en su regazo la cabeza de un maestro, mientras se esforzaba por obrar una curación en él y, al mismo tiempo, mantener un modesto escudo defensivo que protegiese a ambos. Blandió la espada en alto, dispuesto a abrirse camino. Escamas y garras alfombraban el paso, y la nieve que cubría el empedrado de la casa capitular estaba manchada de amarillo y negro. La astolana le dirigió una mirada de agradecimiento, luego destrenzó el escudo y se inclinó sobre el maestro caído. Gair

vio que se trataba de Brendan, ceniciento y con una terrible herida en el abdomen. Se sirvió de la espada para mantener a raya a los demonios, mientras ella seguía restañando la herida.

—Gracias —dijo, sin aliento.

—¿Se pondrá bien?

Un diablillo con piel color óxido atravesó el camino. Gair le abrió el cráneo por la mitad y de una patada lo apartó del baluarte.

—He hecho todo cuanto estaba en mi mano. He logrado estabilizarlo, al menos de momento.

Gair volvió la vista hacia ella. Tenía las manos y el vestido ensangrentados, y una mancha de hollín en la frente.

—No podremos aguantar mucho más si siguen así las cosas, Tanith. Por cada cinco que mato otros diez atraviesan la brecha. Tienes que dejar que ayude a Alderan a cerrarla.

—Eso te pondría en peligro. Supone una violación de mi juramento.

—No hay otra opción. —Una nueva criatura fue saludada por su espada—. Retira el escudo.

—No sé qué esperas encontrar más allá. Tal vez ni siquiera seas capaz de alcanzar el canto.

—Hazlo, por favor. Sabes lo fuerte que soy. Me necesitan.

Ella acercó sus manos doradas al rostro de Gair. Su presencia lo barrió como un ángel vengador, desapareció el escudo y la mente de Gair se llenó de pesadillas. Oscuridad. Dolor. Dejó caer la espada, cayó postrado de rodillas. Fragmentos de recuerdos, cosas sepultadas y olvidadas que se arrastraron de vuelta a la luz, los recuerdos más dulces hechos añicos, mezclados con temores de la niñez. La náusea se abrió paso en su interior y vomitó.

Cesaron los fuertes calambres y Gair se entregó al canto, que vibraba bajo la disonancia de sus pensamientos. Estaba muy cerca, pero cada vez que intentaba asirlo se le escurría entre los dedos. Apretó con fuerza los dientes e intentó con la voluntad que acudiera a él. Una asombrosa melodía lo llenó por completo, cristalina como el aire que hay en la montaña. Las pesadillas retrocedieron, cubiertas por el poder gozoso que esgrimía. Sobre él vio el tejido anclado en las sufridas mentes que lo rodeaban. Sin saber muy bien lo que hacía, tocó la compleja urdimbre y se deslizó en su interior.

Los colores. Todo a su alrededor eran colores. Algunos pudo reconocerlos, otros no. Algunos parpadeaban en parodias chillonas de sus habituales tonalidades a medida que se veían obligados a soportar presiones increíbles. El canto elevó el tono y floreció junto a su conciencia. Ancla por ancla extendió los brazos y los reunió a todos.

«¿Quién es ése?», preguntó una voz que no le resultaba familiar.

«Es Gair, Masen —contestó Alderan—. ¿Te encuentras bien, muchacho?»

«En realidad no, pero puedo aguantar lo necesario para que cerréis la brecha.»

«Alguien ha tejido un portal. Voy a necesitar toda la fuerza que puedas proporcionarme.»

«Se me ocurre una idea mejor —lo interrumpió Masen—. Prescinde completamente del escudo y téjelo de nuevo sin los colores de Donata. Si logramos cerrarlo, quizá después no tengamos a nadie a quien interrogar.»

Alderan se tomó unos segundos para pensarlo.

«De acuerdo. Quédate conmigo mientras puedas, Gair.»

¿Qué había sido de Donata? No era momento de hacer preguntas. El canto fluía a través de Gair como el agua por el cauce de un río, aunque no pudo evitar temer la cacofonía que le aguardaba cuando, finalmente, tuviese que soltarlo. Pero eso sucedería más tarde. De momento se deslizaba por la corriente como un barco empujado por un viento franco.

«¿Preparado?», preguntó Masen.

«Listo.»

El escudo parpadeó. Los demonios se abalanzaron sobre ellos. Con el campanileo de una copa de vino, la bóveda translúcida se materializó de nuevo. Atrapados en ese instante por el mágico campo de fuerza, las criaturas de Savin fueron despedazadas. Los fragmentos llovieron sobre los defensores como una tromba de desperdicios. En el exterior, la horda dio alaridos de frustración.

«¡Cargad el escudo! —voceó Alderan—. ¡Ahora!»

Por un instante, cada minúsculo fragmento que constituía el ser de Gair refulgió blanco y ardiente. El flujo del canto no sufrió mengua alguna, aunque el joven percibió que había cedido parte del control que ejercía. Los demás maestros le sirvieron de puntal. No era sino un mero conducto. En ese momento, era todo cuanto podía ser. Necesitó todo lo que tenía para evitar verse absorbido.

Sintió un fuerte dolor en el brazo, seguido de otra punzada. Cuando abrió los ojos vio una boca triangular con dientes afilados que se disponía a darle una dentellada en la cara. Resplandeció el acero y el diablillo cayó muerto, manchándole de sangre la manga al caer. Tanith empuñaba la espada de Gair, y se leía en su rostro una intensa concentración.

«Disculpa, pero estaba demasiado cerca para lanzar una bola de fuego.»

Los demonios cerraron de nuevo sobre ellos, como atraídos por su don. Docenas de ellos aletearon con fuerza para atravesar el pasillo que los llevaría hasta su posición. Tanith podía proteger o luchar, pero no podía hacer ambas cosas, y Gair no controlaba lo suficiente el canto para ayudarla. Como el ángel con cuya apariencia la había visto en una ocasión, la astolana levantó la espada, que desprendió una

llamarada azul. La sangre demoníaca chisporroteó para precipitarse al vacío en forma de oscuros copos de nieve. Entonces la marabunta se abalanzó sobre ellos.

Gair percibió que los maestros, exhaustos, abandonaban el escudo. Los rayos llovían en el patio. Goterones de agua repicaron a su alrededor en el empedrado, acompañados por el sonido de tímidos truenos, pero apenas los sentía cuando le alcanzaban la piel. Tanith había hecho lo posible, pero la sangre le corría por el brazo. No tardaría en ser incapaz de blandir la espada.

El grito agudo de un ave de presa le perforó la conciencia. El plumaje rojo y oro cruzó por su campo de visión, dispersando diablillos y fragmentos de demonios allá donde el águila encarnada se cebaba con el pico y las garras. Ante sus ojos el ave resplandecía como el sol, mortífera y espléndida. Los diablillos quedaron desfigurados. La sustancia amarilla salpicó el empedrado. Sin embargo, por cada uno de ellos que caía, había otro que lo reemplazaba. Algunos eran capaces de volar, y esquivaban sus fuertes alas antes de arrojarse sobre el ave y morderla y arañarla. Su plumaje invirtió la proporción de colores, tiñéndose de más rojo que dorado. El pánico se apoderó de Gair. No podía ayudarla. Acudió desesperado al canto, tomó más de lo que nunca se había atrevido a tomar.

La música desatada exploró su conciencia. Se mantuvo aferrado a ella por las yemas de los dedos. Quemaba como fuego, temblaba como aliento invernal. Cada fibra de su ser absorbió una pequeña parte. Fue como aquel día en el camino, enfrentado a los caballeros que mandaba Goran, pero multiplicado el efecto por mil. No obstante, había aprendido qué hacer con todo ese poder.

Un rayo azulado corrió de demonio en demonio, y fue abriéndoles el cráneo como si fueran cáscaras de huevo. Desde un cielo de tormenta, comenzó a caer la lluvia en forma de cortinas plateadas, pegándole la ropa a la piel, y originando penachos de vapor allí donde se cruzaba con el rayo. Pero más y más demonios se arremolinaron alrededor de Aysha, y las garras negras la hirieron y arrancaron plumas doradas. Una y otra vez, ella atacó con su pico, destrozando, descuartizando, pero tenía demasiados demonios encima y eso le hizo perder la estabilidad. Hubo una rociada de sangre y sus alas ya no la sustentaron. Lanzó un grito, uno sólo, y los colores brillantes rozaron el pensamiento de Gair antes de desaparecer. Gair respondió con un grito nacido de sus propios pulmones, falto de palabras, furioso, desesperado. El escudo que protegía la casa capitular acusó una sacudida debido al dolor que sentía, y finalmente saltó hecho pedazos.

No alcanzó a ver dónde caía ella. Era incapaz de ver más allá de la necesidad que tenía de venganza. Cuando estalló la tormenta, recurrió hasta al último jirón de maldad que sintió mientras el canto rebullía en su interior. Los demonios fueron aplastados por manos invisibles, rotos como leña menuda. Cuerpos deformes alfombraban los caminos que bordeaban la casa capitular, y también yacían tendidos

afuera, en los campos. Algunos retrocedieron con intención de ganar la seguridad que les ofrecían los nubarrones, al lugar donde el portal que daba a su mundo amenazaba con cerrarse. Ninguno de ellos llegó a tiempo. En el puerto, los buques negros atestaban el lugar con la vela dada, y hacían por navegar entre los restos de las barcas de pesca quemadas, proa a mar abierto. Gair también les dedicó un pensamiento, a pesar de hallarse demasiado lejos. Cerca de los límites de su capacidad, lo más que pudo hacer fue prender fuego a las banderas que ondeaban a popa y dejar que las llamas los empujasen a retirarse al norte.

Demasiado peso. Alivió el cansancio apoyándose en la muralla. Estaba agotado y así la piedra con tal desnudo que no sentía las yemas de los dedos, doloridos a causa de los calambres. Alguien le dio la vuelta, pero sólo tenía un propósito en la vida y quienes lo ayudaron no tuvieron más remedio que apartarse.

Gair encontró a Aysha recostada en la escalera del baluarte. Allí estaba también Tanith, que había extendido su capa de sanadora a modo de mamparo, de tal forma que él no pudiera ver. Demasiado tarde. Había demasiada sangre en la piedra para permitirse el lujo de creer que no había llegado tarde. Se arrodilló junto a Aysha. El alma que la abandonaba había vuelto gris su piel canela. Respiraba rápidamente, a bocanadas cortas, y sus ojos tenían la tonalidad azul oscuro de una contusión. Tal vez lloró, pero las lágrimas se extraviaron entre las gotas de lluvia.

—Aquí me tienes, *carianh* —dijo. Se sirvió de un pensamiento para levantar un escudo que mantuviera al margen la lluvia. No soltó el canto porque mantenía a raya las pesadillas—. ¿Qué te habías propuesto lograr con esa carga? Podrías haberte matado.

—Algo tenía que hacer, *leahno* —musitó—. Los adeptos estaban a punto de verse superados.

—Y yo convencido de que habías acudido en mi rescate. —Gair se concentró en lograr que el oxígeno superase el dolor lacerante que le atenazaba el pecho.

—Para qué malgastar fuerzas. Eres capaz de cuidar de ti mismo. —Quiso reír, pero la risa se tradujo en sollozo—. ¡Por la diosa, cómo duele!

Le cogió la manga. Los dedos, blancos como hueso, se trabaron en el tejido.

—Descansa un poco. Tanith está aquí y cuidará de ti.

—Ya no puede hacer nada por mí, lo sabes tan bien como yo.

—Tonterías. Te pondrás bien.

De pronto se había convertido en un torrente de palabras inocuas, parecía incapaz de morderse la lengua. Ella negó con la cabeza. No, le dijo.

—Siempre te he querido, *leahno*. Jamás pensé que yo sería la primera en marcharse.

—No vas a ir a ninguna parte. No te lo permitiré. —Miró a Tanith, y la sanadora lo miró a su vez, indefensa, una mirada que estuvo a punto de arruinarlo—. Tú

descansa un poco, *carianh*.

—¿Está a salvo la casa capitular?

—Creo que sí.

—Estupendo. —Otro espasmo de dolor la hizo llorar—. ¿Me abrazas, Gair? Tengo frío.

Un trueno hizo temblar el firmamento. La tormenta barrió por oleadas la casa capitular, pero bajo el modesto escudo reinaba la quietud. Gair deslizó su brazo por los hombros de Aysha y le acunó la cabeza contra el cuello.

—Mejor. —Un suspiro.

Le besó la frente con el consuelo de que no pudiera verle el rostro. Al cabo de unos segundos su respiración fue apagándose, la cabeza perdió fuerza. Con suavidad le levantó la barbilla para besarle los labios, de forma que la última cosa que ella sintiera fuese algo capaz de trascender el dolor.

LA FORJA

—¿Gair? Abrió los ojos. El rostro de Masen fue lo primero que vieron.

—Todo ha terminado, Gair.

—Lo sé, —dijo con voz ronca—. Necesito descansar un poco más.

Masen lo miró con comprensión, y luego se alejó caminando. Aún llovía, a pesar de que la tormenta se había convertido en un gruñido lejano. El agua corría por las paredes y se llevaba a rastras la sangre y los restos carbonizados, limpiando a su modo la casa capitular. Los capas verdes estaban ocupados en el patio, donde había más heridos de la cuenta. Gair quiso cerrar de nuevo los ojos, pero Tanith acababa de hablarle y tenía que mirarla a la cara. Las lágrimas y las sombras le rondaban la mirada. Se estaba disculpando. Postrada en el charco, tenía el vestido manchado de sangre y mugre. Las manos le imploraron que entendiera que todo había sucedido demasiado rápido, y que había alcanzado a Aysha demasiado tarde.

—Hiciste todo lo posible, Tanith —le dijo en voz baja—. Ve a ayudar a los demás.

Una lágrima solitaria le superó las pestañas y trazó un sendero a través del tizne que le cubría el rostro.

—Si hubiera llegado antes podría haberla salvado. Pero me topé con muchos a mi paso, y...

—Lo sé. —No quería oírlo decir.

—Perdóname, por favor.

—No hay nada que perdonar. —Logró forzar una sonrisa, la diosa sabría cómo, consciente de lo que reposaba cubierto por la capa verde. La cabeza de Aysha descansaba en su cuello, y era como llevar auestas el peso del mundo—. Adelante. A ver si Saaron puede echarle un vistazo a tu brazo, y luego ve a ayudar a los demás.

—¿Y el escudo?

Dentro de su cabeza no había más que silencio y la sensación de contener algo. No podía detectar de qué se trataba. Recurrió al canto, pero el pesar se enhebraba a través de un lamento.

—Creo que le he devuelto el lugar que le correspondía.

Ella se mostró sobresaltada.

—Eso no es posible.

Gair percibió que Tanith recurría al canto antes de tender la mano hacia él, pero la

apartó.

—Ve con Saaron, Tanith. Por favor. Estás sangrando. Lo mío puede esperar.

La astolana dejó caer la mano y se puso lentamente en pie. Los empapados tirabuzones de pelo rojo le enmarcaban el rostro. La mirada rota de sus ojos fue más de lo que Gair podía soportar. Fue un alivio que le diera la espalda.

Cuando se hubo marchado, Gair cerró el escudo a su alrededor, aislándose de todo y de todos. La tormenta se convirtió en murmullo. La gente pasó en silencio por su lado, flotando a través de las plateadas cortinas de lluvia. Dentro, acunó a Aysha y cerró por fin sus hermosos ojos.

Tardaron casi cuatro días en prepararlo todo. La enfermería superó su capacidad máxima, y las criptas de la capilla se transformaron en depósitos de cadáveres. Acudieron hombres de Pencruik con hachas y sierras para cortar la madera necesaria para la cremación. Algunos se hicieron acompañar por sus esposas para que echaran una mano en la enfermería, ancianas en su mayor parte, pues ellas no tenían reparos a la hora de lavar y amortajar a los fallecidos.

En la elevación desde donde se dominaba el puerto, el oleaje cubierto de cabrillas se tiñó de negro y los carros recorrieron de un lado a otro las hogueras. Incluso desde el balcón de su piso en la quinta planta Gair alcanzó a oler a madera fresca. Al aroma a pino y savia se imponía el aceite dulzón, aromatizado, que disimularía el olor de la carne quemada.

Haría un buen día. El invierno aún atenazaba las islas, pero perdía fuerza a la luz del sol, y los pastos centelleaban como cubiertos de diamantes. La hierba nueva no tardaría en abrirse paso a través de la que había amarilleado. Los pimpollos habían dado un estirón. Qué irónico, pues, que la casa capitular tuviera que entregar a sus muertos, cuando a su alrededor nacía la vida.

Gair miró la copa que tenía en la mano. Era una muestra ejemplar del buen hacer característico de las islas, el pie y la base tenían una tonalidad púrpura oscuro que se degradaba a amatista y plata en el borde. Quedaba menos de un dedo de brandy, pero estaba llena de recuerdos. Un paseo por el mercado del puerto de Pensaeca para comprar el regalo de Atardecer, mientras Aysha estaba subida a su hombro en forma de azor, riendo de un modo que únicamente él podía escuchar cuando el mercader que le empaquetaba el obsequio preguntó deferente si aquella ave magnífica estaba a la venta. El sabor del vino cuando el viento invernal gemía en el hueco de la chimenea. Recomponer la copa que ella había roto en un arrebató cuando se pelearon por alguna estupidez, y preguntarse más adelante por qué ella siempre la escogía por encima de las demás que componían el juego, cuando todas eran iguales. Le dijo que podía sentir cómo él tejía el canto. Se había convertido en su favorita. Era la copa que en ese momento tenía Gair en la mano.

Apuró el brandy de un trago. El fuerte licor le calentó el estómago. No quedaba más; la botella estaba vacía después de haberle ayudado en lo posible. Le habría gustado tragarse los recuerdos con ese último sorbo, pero seguían allí y poblaban de fantasmas el vacío que tenía en su interior.

Cuando Gair se dio la vuelta para volver a su cuarto, vio a Alderan en la puerta, con una mano en el tirador. No quería que lo molestaran, pero tarde o temprano iba a suceder, así que ¿qué mejor día que aquél? Al menos tendría ocasión de lavarse y afeitarse. Dejó la copa en el escritorio.

A Alderan no se le alteró la expresión cuando lo miró de arriba abajo. La capa de lana azul le colgaba de los hombros a los talones.

—Te sienta bien, muchacho —dijo finalmente.

—Pensé que ella apreciaría el gesto.

—Estoy seguro de que sí.

Gair estiró los bordes del tejido, a pesar de no ser necesario. El corte era perfecto, le encajaba como un guante.

—¿Lo sabías?

—Sí. No te la habías ganado cuando ella te la regaló, por mucho que todos fuéramos ya conscientes de tu potencial. Tienes un don considerable. Ahora creo que te pertenece por derecho.

Gair asintió, sólo una vez. No se había puesto la capa por eso.

—¿Has averiguado algo nuevo?

—Un poco. Que nosotros sepamos, se adueñaron de la mente de Donata, cuyo poder fue utilizado para mantener abierto el portal. Una ilusión de sus colores quedó en el tejido para disimular los propósitos de Savin, para procurarle tiempo. —Alderan lanzó un suspiro y, de pronto, Gair tuvo la impresión de que parecía más cansado—. Hay muchos detalles que desconocemos. Demasiado conocimiento que hemos perdido. Esperaba estar mucho mejor preparado antes de tener que enfrentarnos de nuevo a él.

—¿Y Darin?

—Darin era el ratón que introdujo en nuestra ratonera. Savin no podía acudir a nosotros directamente debido a las salvaguardas, de modo que envió a un agente. Fue puro azar que cayese en manos de Darin.

—¿Cómo?

—Lo llevaba aferrado en el puño cuando lo encontramos. Un cristal cortado y pulido para que se asemejase a una piedra preciosa, probablemente con un encantamiento tejido a su alrededor para asegurarse de que Darin nunca se separara de él. Gracias a ese objeto, Savin estableció vínculos con el joven. Estoy seguro de que podrás imaginar el resto.

La culpa atenazó la conciencia de Gair.

—Darin iba a engarzar la piedra en un anillo para regalárselo a Renna. Un anillo de compromiso. Me pidió que fuera su padrino.

—Lo siento mucho, Gair. Sé que erais muy buenos amigos.

«Y yo estaba tan ensimismado que fui incapaz de darme cuenta de lo que pasaba. El movimiento del caballo, el que se abalanza sobre tus piezas por el flanco, desde el ángulo que menos te esperas.» Apartó la mirada. Pasó un rato hasta que sintió la confianza necesaria para hablar.

—Al menos no llegó a despertar.

—No, supongo que debemos dar las gracias por ello. En cuanto Savin se hizo con el control, creo que Darin sólo supo lo que estaba pasando durante un breve período de tiempo. Cuando el escudo fue destruido, su cuerpo estaba vivo, pero la llama que hacía de él una persona había desaparecido. Al día siguiente su corazón sencillamente dejó de latir.

Una sombra cubrió la expresión de Gair. Echaría de menos la risa pronta del belisthano, su desparpajo. Darin fue el primer amigo que tuvo en la casa capitular, como un hermano para él. Le sorprendió comprobar cuánto le dolía, le sorprendió sentir tanto pesar después de todo por lo que había pasado, quizá porque se había creído inmune a él.

—Tienes razón, Alderan —dijo de pronto—. Acerca de Savin. Considera que todo, incluso las personas, son una herramienta de la que servirse para alcanzar un fin. No son más que las piezas de un tablero de ajedrez que sacrificar cuando resulta necesario.

—Eso es algo en lo que me habría gustado equivocarme. —El anciano exhaló un suspiro—. Nos habría ahorrado a todos un mar de lágrimas.

—¿A cuántos perdimos?

—Veinticuatro en total. Nueve adeptos, Darin incluido. Once aprendices. Brendan, Tivor y Donata.

—Y Aysha.

—Y Aysha.

No había pronunciado su nombre en voz alta desde lo sucedido. Por un instante sintió su presencia allí en el cuarto, como si estuviera mirándolo desde el sofá. El olor que desprendía su piel le alcanzó la nariz, y sus colores dieron vueltas como un torbellino en su mente. Cerró con fuerza los ojos, pero siguió viendo esas imágenes. Sangre oscura. Piel hecha jirones. Todo lo demás que las botellas de brandy no habían sido capaces de borrar. Gair abrió los ojos y vio que la crispación le había hecho cerrar los puños.

—Haré que arda por esto. Por la diosa que yo mismo le prenderé fuego. —Lo dijo con voz ronca. Alderan no abrió la boca, se limitó a mirarlo con pesar—. Asesino de niños. —Gair sintió una tirantez en el pecho y el peso de todo cuanto había reprimido

le estranguló la voz—. Niños y niñas, apenas capaces de encender una vela con su talento. Abrió un portal para que todos esos demonios pudieran entrar y dejó que asesinaran a los niños.

«Y a ella. Santa madre, por favor, cuida de ella por mí. Cuida de todos ellos», pensó.

—Mató a mis amigos. Veinticuatro personas que nunca le habían hecho daño, que jamás habían levantado una mano en su contra. Después de lo que ha hecho, no permitiré que salga indemne. No puedo. Acabaré con él.

Un par de manos fuertes lo cogieron de los brazos. La voz de Alderan era grave y feroz.

—Gair, sé cuánto te duele. Quieres castigar a Savin, y yo también. Lo entiendo, créeme. También a mí me arrebató a alguien, y quiero que pague tanto por ello como por lo que ha hecho aquí. Pero hoy no, muchacho. Hoy no. —Apretó levemente ambas manos, lo bastante para que Gair se volviera para mirarlo—. Hay un momento para todo, Gair. Llegará el momento en que deba responder, de eso no me cabe duda, pero hoy tenemos otras cosas que hacer.

Alderan tenía razón. Gair asintió.

—Puedo empezar diciéndote cuánto lo siento —dijo el anciano.

Inclinó de nuevo la cabeza. Gair seguía siendo incapaz de pronunciar una palabra. Alderan lo abrazó con firmeza y él respondió al abrazo. Sintió cierto consuelo en ese gesto tan sencillo, así que lo alargó cuanto pudo.

—La echo de menos.

Era inadecuado, inapropiado, poca cosa. Cuatro palabras no podían hacerle justicia, ni siquiera podían empezar a expresar el sentimiento de pérdida. Los ojos se le empañaron de lágrimas, y se le arrugó la expresión mientras se esforzaba por controlar la emoción.

—Yo también la echo de menos. Aysha y yo no siempre coincidíamos en nuestras opiniones, pero sentía un enorme respeto por ella. Creo que le hiciste mucho bien.

—Creía que lo desaprobabas.

—No tenemos muchas normas en la casa capitular, y es cierto que ésa es una de ellas. Pero esas cosas rara vez esperan a obtener la aprobación de los simples mortales. Ambos contasteis con la aprobación de la diosa, y no hay poder superior.

Gair, más calmado, se irguió y aspiró aire con fuerza.

—Gracias.

Llenó de nuevo de aire los pulmones. Se pasó la mano por el cabello y comprobó que el zirin de plata estuviera en su lugar. Se secó un ojo, por si acaso. Arrinconó los recuerdos tras las paredes que había levantado.

—¿Listo? —preguntó el anciano.

—Tanto como pueda estarlo.

Alderan esbozó una débil sonrisa, amable pero triste.

—Vamos pues a despedirnos, ¿de acuerdo?

La casa capitular contuvo el aliento cuando ambos la atravesaron caminando. Debería haberse oído el ruido de los pasos, los portazos, el rumor de todo aquello que por lo general llenaba el ambiente, pero sólo se escuchó el sonido de sus pies al avanzar. Escaleras, claustros, incluso el patio principal estaban vacíos y en silencio. Atravesaron las puertas y subieron la elevación desde la cual se divisaba la granja y el camino que llevaba a Pencruik. El fondeadero de Pensaeca relució como el peltre, y el viento coronaba sus aguas con palomillas. Una capa de nubes altas y poco densas cubría el cielo azul claro.

Todos los habitantes de la casa capitular formaban en círculo alrededor de las tres piras. El personal de servicio vestía ropa de faena, los maestros y adeptos llevaban puestas las capas, que ondeaban al viento. En cada rostro se leía la solemnidad, incluso los niños más pequeños, que asomaban con timidez entre las piernas de sus padres, eran conscientes de que estaba sucediendo algo importante y guardaban silencio. Gair y Alderan se dirigieron a la cabeza del círculo, donde ardía un brasero. Verenas, el capellán, los esperaba allí con el *Libro de Eador* en la mano y la vestidura blanca ondeando.

Cada pira era alta como un hombre y relucía con una capa de aceite. En lo alto, los cuerpos envueltos en lino compartían el anonimato. ¿Cuál le pertenecía? Gair no supo decirlo. Las mortajas no arrojaban la menor pista respecto al sexo del cadáver. Sin embargo, resultó inquietantemente fácil distinguir los bultos correspondientes a los más jóvenes.

Gair apenas escuchó a Verenas recitar la misa de difuntos. Acompañó a los demás en las respuestas, se arrodilló para recibir la bendición, pero tenía la cabeza en otra parte. En su mente surcaba el cielo, sentía en las plumas la caricia del aire frágil mientras volaba y otra águila respondía a cada uno de sus movimientos.

Cuando del último «que así sea» no quedó ni el eco, Alderan acercó una antorcha al brasero. Tardó un momento en prender y la llama se movió zarandeada de un lado a otro. Entonces el anciano se volvió y le ofreció la antorcha. Gair se concentró en los colores de Aysha, vibrantes como las vidrieras de una capilla cuando les da el sol. Cerca de las piras se respiraba el embriagador aroma del aceite aromatizado. Toda esa madera joven necesitaba cierta ayuda para prender, de modo que habían vertido bastante. Le llenó los pulmones y le dificultó la respiración.

«Ve con la diosa, *carianh*.»

Entonces aplicó la antorcha a la pira. Al cabo de unos instantes las llamas se alzaron en el aire y el calor le alcanzó el rostro con la fuerza de un golpe.

«*Carianh*.» Amor mío. Quiso habérselo dicho más a menudo. Debió de hacerlo cada vez que esa palabra se hizo un eco en su corazón, cuando ella le leía poesía

gimraeliana a la luz del fuego. Cuando yacían tumbados en silencio cogidos de la mano. Cada vez.

Hubo un chisporroteo y se alzó una columna de fuego. Gair extendió los brazos y recurrió al canto. La melodía acudió procedente de algún rincón más allá del calor del fuego, penetrante como el filo de un arma. Era el sonido del herrero del cielo, desde el lugar donde se forjaban las estrellas. Copos de plata aparecieron en el infierno que tenía ante sí, y luego se extendieron a las piras contiguas. Poco a poco esa tonalidad plateada se vio sustituida por el naranja y dorado, y luego el plata se volvió acero, se volvió azul.

El calor le hizo apartarse, un paso, luego otro, todo ello sin abandonar el contacto que había establecido con el canto. Haría que la llama fuese tan pura como fuera posible, procuraría que los fallecidos de la casa capitular fuesen conducidos al cielo sin la tacha del humo y la ceniza. Eso era todo lo que podía hacer por ellos. Por ella. Finalmente dejó que las lágrimas le rodaran por las mejillas.

Tanith observaba desde la distancia, envuelta en la capa. No había vuelto a ver al Leahno desde aquel día. Él no había abierto la puerta ni a ella ni a ninguna otra persona, y Tanith no quiso entrometerse en su dolor, por mucho que pensase que necesitaba de su capacidad curativa. Lo vio entero. Vestido con ropa limpia y el pelo cepillado, pero sus ojos lo traicionaban: grises como pedernal, distantes como el mar del Norte. El control que ejercía del canto era tan firme como de costumbre, aunque la astolana seguía sin tener idea de cómo había logrado escudarse a sí mismo de todo el daño que Savin le había hecho en la mente. Lo había visto en persona, y el recuerdo bastaba para hacerla temblar de los pies a la cabeza. Mucho temía que llegase el día en que Gair cedería bajo todo ese peso.

Si al menos hubiese logrado llegar junto a Aysha a tiempo de salvarla... Eso lo habría ayudado. Pero no era posible volver hacia atrás en el tiempo. Lo hecho, hecho estaba. Se acarició la reciente cicatriz que le discurría por el antebrazo, una marca que conservaría siempre sin importar cuántas veces pudiera sanarla. Era el recordatorio de su fracaso. Debió esforzarse más. Debió enfrentarse a los demonios para que la devorasen a ella en su lugar, haber hecho todo lo necesario para evitar que aquella herida arrebatase a Gair el corazón.

Tanith cerró los ojos en un esfuerzo por contener las lágrimas.

—Extraño ritual —dijo K'shaa—. Nosotros entregamos al mar a nuestros muertos, no al fuego.

Ella abrió de nuevo los ojos y citó la ceremonia de sepultura de los elfos marinos, aunque su voz se vio levemente sacudida por el temblor.

—Nacimos del agua, y al agua regresamos. Que nuestro hermano marino sea confiado al agua y llevado de vuelta al hogar junto a Madre, hasta que nos lo

devuelva el oleaje.

K'shaa inclinó la cabeza. El viento le sacudió las largas trenzas.

—Bien dicho. Dime, ¿siempre hacéis así las cosas? —Abarcó con un gesto las llamas azuladas que se alzaban al cielo.

—No. Es la primera vez que lo veo. Creo que se trata de algo nuevo.

—De un tiempo a esta parte he visto muchas cosas nuevas —dijo el elfo marino. Su tono de voz se empañó de pesar y cierta desaprobación—. Todo está cambiando.

Tanith apretó los brazos que mantenía cruzados a la altura del pecho. De pronto tenía frío.

—¿Lee tu pueblo el futuro, K'shaa? —preguntó—. ¿Leéis los signos y portentos en el cielo, oís los murmullos que arrastra el viento?

Él inclinó la cabeza y la contempló con sus ojos rasgados.

—Oigo cómo se ciernen las tormentas —admitió—. Huelo el rayo en el vientre del cielo y leo el oleaje. Ésos son los únicos portentos que conozco.

Ella observó a Gair, bañado por la luz de las piras. Tenía los ojos cerrados. Las lágrimas brillaban argénteas al correrle por el rostro.

«Hay tanto dolor en él... ¿Cómo lo soporta?»

—Yo también oigo las tormentas —respondió ella—. Temo que la que se aproxima pueda suponer el fin de todos nosotros.

EPÍLOGO

«Uno.» La luz blanca corre por la hoja cuando Gair gira sobre el talón. «Dos.» Acero contra acero, lluvia de chispas sobre el terreno. «Cubre el espacio con un paso, gira la muñeca.» Más chispas. «Tres. Bascula el peso, equilibrio, invierte la estocada.» Sorchal la evitó por unas pulgadas. «Gira de nuevo. Aférrala a dos manos para compensar la inercia de Arlin, que se ha tirado a fondo.» Las guardas entrechocaron con fuerza, y ambas hojas sirvieron de marco al rostro del tymano. La inercia ayudó a Gair a destrabarse, y la hoja de Arlin se deslizó hacia arriba. «Giro.» Cayó la espada sobre el brazo de Sorchal, que perdió agarre. Gair dio dos rápidos pasos para encarar de nuevo a Arlin. «Marcha. Carga sucia.» Cerró sobre el tymano con el hombro por delante, le estorbó el brazo y le hizo girar la espada para que la perdiera. Cayó con un golpe seco en el polvo. «Hecho.»

Arlin, ceñudo, le propinó un empujón para apartarlo. Gair lo asió de la muñeca y le propinó un empujón en el hombro, tras el cual acabó de espaldas en el suelo.

—Bien hecho —aplaudió Sorchal, secándose el sudor de la frente con el antebrazo.

Gair hizo un gesto de negación.

—Sigo siendo demasiado lento. —Pasaba demasiado tiempo entre golpe y contragolpe, un tiempo precioso en el que todo podía cambiar. Un latido de corazón era una eternidad entre dos espadas. Tenía que ser más rápido—. ¿Una vez más?

Sorchal se encogió de hombros.

—Una vez más.

Arlin, jadeando, rodó sobre el hombro y se incorporó en el suelo. Las manchas de sudor de la camisa se le habían cubierto de tierra. Gair le tendió una mano para ayudarlo. El tymano se la quedó mirando, fruncido el labio.

—¿A qué viene todo esto? —Lanzó un escupitajo que cayó a los pies desnudos de Gair—. ¿Por qué insistes en que sea yo quien venga aquí a diario?

—Porque eres el mejor espadachín de toda la casa capitular —respondió Gair sin apartar el brazo que le ofrecía.

Finalmente, Arlin aceptó su ayuda y Gair tiró de él para ponerlo en pie. Recuperó la espada, limpiando la hoja polvorienta en la pernera.

—Sabes que no me gustas, Leahno.

—No tengo que gustarte. Tú límitate a luchar conmigo. ¿Listo?

Arlin mostró los dientes.

—Siempre.

—Por la diosa que me hago viejo para andar cruzando el acero con fieras como él.

Haral secó el sudor de su frente con la toalla que llevaba alrededor del cuello, y se sentó en el banco junto a Alderan. Alderan gruñó pero no apartó la vista del patio, abajo. Tres espadachines entrechocaban el acero, giraban sobre sí, rompían y se trababan de nuevo mientras la luz del sol centelleaba en las espadas. Acero contra acero en la quietud primaveral que reinaba en el ambiente.

—¿Cuánto tiempo lleva hoy? —preguntó.

—Entre tres y tres horas y media. Más o menos lo mismo que ayer.

Y que el otro día, y también el día anterior a ése; lo mismo que cada jornada desde que se celebró el funeral. La preocupación se abrió paso, poco a poco, en el corazón de Alderan.

—Hace que parezca una danza.

—Sin duda. No es el mejor que he visto, pero por los santos que se acerca mucho. Enfrentarse a él supone todo un desafío para cualquiera de los que estamos aquí.

—Necesita descanso. Pasar el luto.

—Tal vez sea ésta la forma que ha escogido de encarar el dolor.

—Tal vez. —Alderan pensó que deseaba verlo llorar, aullar o beber hasta caer inconsciente. Hacer algo más humano. Cualquier cosa que no tuviera que ver con esa incesante actividad.

Haral le puso la mano en el hombro.

—Todos damos con nuestro propio modo de encarar la pérdida, Alderan —dijo, hosco—. Tú lo lograste, y yo también cuando me llegó el momento. Gair tiene el suyo.

Cuando Haral se puso de pie, Alderan levantó la vista hacia el fornido syfriano.

—Sabes lo que se propone, ¿verdad? —Y mentalmente, añadió: «Se está convirtiendo en un arma, se afila como el acero con la amoladera. Un arma con un único propósito.»

—Sí, lo sé.

—Es peligroso.

—Aún es joven, Alderan. Es joven y está muy dolido.

—No me gusta.

—Sobrevivirá. —Haral se hizo visera con la mano para observar al leahno moverse entre sus oponentes, y murmuró—: Aunque lo lamento por quienquiera que sea que acabe mordido por esa espada.

—Aún no se ha curado. Savin lo matará sin pestañear.

—No tienes la seguridad de que eso vaya a suceder. Me hablaste de lo que hizo Gair con el escudo, de cómo se hizo cargo él de todo su peso. Tú no te preocupes, que es capaz de plantar cara a ese cabrón.

«Pero me preocupo. Más de lo que haya podido hacerlo desde que Savin le invadió la mente.» Cuando Haral se alejó andando, Alderan se volvió hacia el duelo

que tenía lugar en el patio de armas, cada vez más preocupado.

El carretero ayudó a Tanith a bajar del carro en un muelle empedrado, y se sonrojó como una puesta de sol bajo el sombrero de fieltro cuando ella le dio sendos besos en las mejillas. Silbó a las mulas y se alejó de vuelta a Pencruik, volviéndose para saludarla. Ella respondió a sus saludos hasta que se perdió de vista.

Así había llegado a su fin. Su último contacto con la casa capitular desapareció en el ajeteo que imperaba en el muelle. Tanith no podía demorar más su partida. Había esperado todo lo posible, pero el *Estrella matutina* partiría con la marea alta y lo haría con ella a bordo. Los estibadores pasaron por su lado, cargando bultos o empujando barriles hacia los transportes de carga amarrados a lo largo del muelle, desnudos los pies sobre el empedrado. Sólo quedaban algunos toneles de agua; un viaje más y el *Estrella* estaría pertrechado para levar el ancla. Ante su mirada un lanchón se apartó del casco del barco elfo, anclado en la bahía, y bogó. Los remos asomaban y se hundían en el agua como las patas de un escarabajo del agua.

A pesar del cielo azul, soplaba un viento frío frente al puerto. Se cubrió mejor con la capa y se dirigió al embarcadero, dispuesta a esperar al lanchón. Junto a la escalera se encontraba Gair. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, y la capa de maestro le temblaba a la altura de las botas, mecida por el viento. La vio acercarse con una expresión tan neutra como la que lo caracterizaba desde aquella jornada terrible. Entonces se llevó la mano al corazón e hizo una profunda inclinación ante ella, tanto que el cabello le cayó sobre los hombros.

—Mi señora Elindorien.

—Veo que mi secreto ha salido a la luz.

Gair se irguió.

—Me lo contó Alderan. No tenía ni idea de que fueses la hija de la corte blanca.

—Ese título no significa nada fuera de Astolar, como bien sabrás. Aquí en las islas no soy más que una sanadora. Eso es todo cuanto he querido ser. Por favor, no te inclines ante mí.

—¿Ni siquiera cuando seas reina?

—Sobre todo entonces, a menos que toda la corte nos esté mirando. —«No puedo soportar que te inclines ante mí», pensó—. Prométeme que no lo harás.

Los labios de él se curvaron un poco, pero la sonrisa no asomó a sus ojos.

—Lo prometo.

—No quería marcharme sin despedirme, pero no pude encontrarte. —Ni rastro de sus colores. Bien escondido o ausente. Nadie supo dónde encontrarlo, ni siquiera Sorchal.

—Hoy me levanté muy temprano. Lo siento.

Los ojos grises apartaron la vista, fija en los tejados púrpura de Pencruik y en las

montañas blanquiazules que se alzaban más allá. Volvieron a mirarla a la cara, luego repararon en el collar que le colgaba del cuello. Extendió un dedo para acariciar las delicadas flores de cristal.

—Es bonito.

—Regalo de despedida de mis estudiantes. Los pendientes son a juego, ¿lo ves?
—Se apartó el cabello de la oreja para mostrárselo.

—Van a echarte de menos.

—Yo también los echaré de menos. He disfrutado mucho enseñando aquí.

Pero ¿qué estaba diciendo? Nada. Palabras absurdas, vacías, ruido con el que llenar el espacio que los separaba, en lugar de lo que necesitaba decir. En lugar de lo que quería escuchar. Tanith tocó el brazo de Gair.

—¿Estarás bien?

—Probablemente. —Gair asintió.

—¿Y el escudo?

—Aguanta. —Tomó sus manos—. No te preocupes por mí, Tanith. Estaré bien. Ahora tienes cosas más importantes en las que pensar. Ocupar el alto trono de tu casa. La corte blanca.

Pasos de pies desnudos en la escalera. K'shaa asomó la cabeza por el borde del embarcadero. Los ojos del color del mar miraron primero a uno, y luego al otro, todo ello sin que se le alterase la expresión.

—Partimos con la pleamar, mi señora.

—Gracias, K'shaa. No tardaré. —Lo había dicho con voz firme, pero su corazón bailaba una giga alrededor de los pulmones. Se volvió hacia Gair, y él le besó las manos.

—Buena suerte y que la diosa te lleve pronto adondequiera que vayas. —Hizo ademán de volverse, pero ella lo cogió del brazo. Por los santos, estaba tenso como un caballo a punto de dar un respingo.

—Espera. Por favor. —Se dejó llevar y lo abrazó—. Te echaré de menos.

Transcurrieron uno o dos segundos antes de que él respondiera al abrazo. Ella lo apretó con más fuerza, cerca, lo bastante para que le alcanzase su olor a cuero y acero, una camisa limpia y el olor de almizcle de la piel cálida que ocultaba.

«Los espíritus me guarden, no puedo soportarlo más.»

—Gracias, Tanith. Gracias por todo. Sé que la ayudaste cuando... —Calló. Tragó saliva con fuerza—. Cuando más te necesitó.

—Desearía haber hecho más. Lo siento tanto.

La dejó marchar y apartó de nuevo la vista. Había en ellos una mirada demasiado turbia para interpretarla.

—Hiciste todo lo posible. Cuídate —dijo al tiempo que le daba un beso en la mejilla. Al volver la cara, los labios de ella rozaron la comisura de los de Gair. No

mucho, lo suficiente. Tenía que bastar con eso.

—Recuérdalos. —Tocó los colores de Gair con los suyos, oro y encarnado, los colores del amanecer engarzados en jade.

—Lo haré.

Un ruido al pie de la escalera le recordó que K'shaa seguía esperándola. Había llegado la hora de decir adiós. Dio un paso hacia la escalera, pero se dio la vuelta.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Adónde irás?

—Lo encontraré. Haré que pague por lo que hizo en este lugar.

—No te pongas en peligro, Gair.

El joven esbozó una media sonrisa.

—Demasiado tarde.

Y se alejó caminando por el muelle. Ella sintió cómo alcanzaba el canto y su figura se fundió en la de un águila encarnada que alzó el vuelo, más y más alto, para después caer sobre un ala y pasar volando sobre ella, tan cerca que le revolvió el cabello. Entonces desapareció, se evaporó en el cielo azul, lejos, más allá de su alcance.

Tuvo que dejarlo marchar. No era para ella y nunca lo había sido. Sólo el tiempo y la distancia convencerían a su tozudo corazón de lo contrario. Tanith se volvió y a punto estuvo de topar con el hombro con un hombre que cruzó por su lado.

—Ah, discúlpeme, señor —dijo, reculando para apartarse de su camino. El hombre la miró con ojos azules, acuosos, perspicaces de pronto. Después sonrió y la perspicacia desapareció.

—Ha sido culpa mía. Sigo tambaleándome después de la travesía en barco. —Se cargó a hombros un bulto—. ¿Podría recomendarme una buena posada?

—El Dragón Rojo es muy popular. —Señaló con la mano—. Siga esa calle y cruce la plaza, no tiene pérdida.

El hombre sonrió para darle las gracias y echó a andar por la calle. Tanith bajó por la escalera y embarcó en el lanchón del *Estrella*, donde la esperaba K'shaa.

—Llegó el momento de regresar a casa, K'shaa —dijo.

El elfo marino la ayudó a moverse por la embarcación hasta la bancada de popa. Acto seguido dirigió un gesto con la cabeza al timonel, que pitó a los remeros del costado de babor para que apartasen a fuerza de remo la embarcación del muelle. Observó la nave distante montada sobre el oleaje hasta la cadena del ancla, tirando de ella como un caballo de carreras tira de las riendas. Ya iba siendo hora de volver al hogar.

Agradecimientos

En el largo camino hasta ver publicado mi libro, he tenido el privilegio de contactar con escritores de todo el mundo y de compartir sus historias. Algunos, como Debbie Bennett, se han convertido en muy buenos amigos. Mi agradecimiento especial para dos de ellos en particular, Greta van der Rol y N. Gemini Sasson, cuya paciencia infinita y entusiasmo me ayudaron a llegar hasta el final.

Desde luego que este libro no sería una realidad sin mi agente, Ian Drury, ni sin mi sabia y maravillosa editora, Jo Fletcher y todo el equipo de Gollancz. Hasta el momento ha sido una experiencia maravillosa, esperemos que continúe durante mucho tiempo.

Pero sobre todo, quiero dar las gracias a mi marido, Rob, quien, cuando yo había perdido la fe en mí misma, creyó en mí por los dos.